



MARÍA MARTÍNEZ

JUEGO DE ANGELES

Almas Oscuras III





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La maldición se ha roto y la única debilidad que mantenía a los vampiros en las sombras ha desaparecido. En pocos días, cientos de renegados comenzarán a tomar las calles y a convertir humanos.

Aunque ese no es el mayor problema al que deberá enfrentarse William. La tregua entre los ángeles se ha roto y no tardarán en declararse la guerra.

L≡LIBROS

María Martínez

Juego de ángeles

Almas Oscuras - 3

*A todos los lectores.
Gracias por hacerlo realidad.*

A Cristina, Marta, Raquel y Yúliss, siempre ahí.

Prólogo

Le encantaba que su padre cantara aquella canción, con su voz de tenor y ese timbre claro y brillante. Siempre cantaba mientras conducía. A su lado, su madre agitaba los brazos y movía la cabeza al ritmo de la música sin dejar de reír. Abrazó a Theo, su conejito, entornó los ojos y sonrió somnolienta a su padre, que la miraba a través del retrovisor.

Doblaron la curva y dos haces de luz cayeron sobre ellos, deslumbrándolos. El grito de su madre le taladró los tímpanos y el volantazo que dio su padre, para evitar chocar contra el coche que se les echaba encima, provocó que su cabeza rebotara en la ventanilla. El impacto contra el agua la lanzó hacia delante y su carita golpeó el asiento. Quedó aturdida y una explosión de dolor le provocó náuseas. Muy despacio, el coche se hundió en el río helado y el interior comenzó a inundarse con rapidez. El arnés de su sillita se había roto y su cuerpo diminuto flotó por el habitáculo.

El parabrisas resquebrajado cedió y la corriente del río la arrastró fuera del coche. El agua helada le quemaba los pulmones. Gritó, pero solo consiguió tragar más líquido. Se golpeó contra algo muy duro, quizá una roca o la carrocería del vehículo, y flotó desorientada unos segundos.

Pataleó con todas sus fuerzas tratando de aferrarse a cualquier cosa en la oscuridad. No había nada, solo agua negra y fría. Probó a quitarse el abrigo, pesaba demasiado y la arrastraba hacia abajo. No sentía las manos y los botones se le resbalaban de entre los dedos.

Dejó de resistirse en cuanto comprendió que todo era inútil. A pesar de su corta edad, entendía perfectamente qué le estaba ocurriendo. Se moría.

Poco a poco se hundió, hasta posarse en el fondo con el último latido de su corazón.

Kate aseguró los pies sobre la arena y cerró los ojos. La brisa marina se pegaba a su piel y azotaba su cabello. El olor a salitre era penetrante y colmaba su olfato hasta no poder distinguir ningún otro aroma. Inmóvil, escuchó con atención: el oleaje golpeaba la orilla, arrastrando con la fuerza de la marea los restos de una vieja barca; y las gaviotas revoloteaban y se zambullían a la pesca de peces, evitando las crestas espumosas de las olas.

A su espalda el aire se agitó. Una vibración apenas perceptible. Se giró a la derecha con un rápido movimiento y agarró por la muñeca y el codo aquel brazo musculoso que se enroscaba en su cuello. Dio un fuerte tirón e inclinó el cuerpo hacia delante usándolo como un calzo. Dobló las rodillas, preparándose para soportar el peso que se le venía encima, pero este no llegó, sino que sobrevoló por encima de ella y cayó a sus pies con un golpe sordo.

Clavó la vista en aquellos ojos azules que le devolvían la mirada con atención.

—¡William! —protestó medio enfurruñada con los brazos en jarras.

—¿Qué? —preguntó él de forma inocente. Sus ojos brillaron y su cuerpo se iluminó como una visión.

Kate apretó los labios y lo fulminó con la mirada.

—¡Has vuelto a hacerlo!

William se levantó del suelo, sacudiéndose la arena de los pantalones. El pelo no dejaba de revolotearle sobre la frente y sacudió la cabeza para apartarlo, mientras se esforzaba por controlar la sonrisa que se empeñaba en dibujarse en sus labios.

—¿El qué?

—Me estás dejando ganar —masculló ella. Se cruzó de brazos.

—¡No!

—Sí, lo estás haciendo —insistió muy segura—. ¿Cómo esperas que aprenda a defenderme si me dejas ganar todo el tiempo? —Le dio la espalda, cada vez más enfadada.

William la abrazó por la cintura. Acercó la nariz a su cuello e inspiró, absorbiendo el olor de su piel mezclado con el de la sal.

—No necesitas aprender a luchar —dijo él de forma condescendiente—. Jamás permitiré que nadie se acerque tanto a ti como para que tengas que

defenderte.

—No puedes convertirte en mi sombra —susurró ella—. William, esto es importante para mí. Quiero aprender, quiero ser de ayuda si al final hay problemas.

William la estrechó con más fuerza y depositó un tierno beso sobre su hombro.

—¿Y si te hago daño? Aunque ahora seas vampira, entre mis manos sigues siendo frágil.

—¿Y crees que alguno de esos renegados, nefilim o ángeles que nos odian se detendrá por miedo a hacerme daño? —No era una pregunta, sino una afirmación. Giró sobre los talones y apoyó el rostro en su pecho—. Sabes que no. Tengo que saber cómo defenderme de ellos.

William sabía que Kate tenía razón, pero eso no alivió el nudo que sentía en el estómago. Poseían demasiados enemigos, que estaban convirtiendo su vida en un camino cada vez más peligroso. Vivían unos días de falsa calma, los que preceden a la tempestad, y pronto debería separarse de ella. Cuando llegara ese momento, la dejaría bien protegida; aun así, no podía evitar la agonía que sentía ni el miedo que le daba abandonarla, para llevar a cabo una de las mayores locuras que se le habían pasado por la cabeza en toda su larga vida. Una locura que debía intentar a riesgo de salir mal parado, incluso muerto; él y todos aquellos que iban a seguirle en su misión suicida.

—Tienes razón —dijo William. La soltó y dio un paso atrás—. Vamos, inténtalo otra vez.

Kate dejó escapar un gemido de alivio y sonrió. Sus ojos cambiaron de color y se clavaron en William. Se plantó frente a él con los pies separados y los puños apretados a la altura del pecho. Esta vez el chico no sonrió; al contrario, se enderezó y sus músculos se tensaron como cables de acero.

Kate atacó veloz. Se impulsó a la izquierda, lo agarró del brazo y lo arrojó al suelo con una violenta voltereta. No sirvió de nada. Él ya estaba de pie antes de tocar la arena y volvía a plantarle cara. Lo intentó de nuevo. Consiguió golpearlo tras las rodillas y que perdiera el equilibrio durante un instante. Lo empujó en el pecho y él cayó de espaldas. Logró el tiempo suficiente para saltar sobre su torso e inmovilizarlo con una rodilla en el cuello. William se deshizo de ella como si fuera un muñeco y, con un giro imposible, la estampó contra el suelo y se colocó sobre ella.

Kate se retorció y pateó, tratando de soltarse, pero él la sujetaba sin alterarse lo más mínimo por sus esfuerzos. Dejó de oponer resistencia y resopló.

—Supongo que debo darme por muerta —replicó, demasiado molesta por su fracaso.

—No, lo has hecho muy bien. Si yo fuera un vampiro corriente me habrías dado una buena tunda —respondió sin soltarle las muñecas.

Kate sonrió y se movió, dándole a entender que quería que la soltara. Él no hizo caso y la sujetó con más fuerza.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—La clase no ha terminado. Quiero saber qué harías en una situación como esta. Solo hay un movimiento que te ayudaría a zafarte de un enemigo en este momento. ¿Cuál?

Kate frunció el ceño y volvió a forcejear; le fue imposible soltarse. Por muy vampira que ahora fuera, William seguía triplicándola en fuerza. Dejó de intentarlo en cuanto notó que la piel le ardía por la fricción. Resopló y lo miró a los ojos. Él no tenía intención de soltarla. Se relajó con un largo suspiro, de pronto consciente del peso de su cuerpo sobre ella, y un millón de mariposas se agitó en su estómago. Sin apartar su mirada de la de él, levantó la cabeza todo lo que su postura le permitía. Con una sonrisa tentadora miró fijamente la boca de William, separó los labios y una chispa cómplice se asomó a sus ojos.

Él dudó, pero sus labios acabaron curvándose con otra sonrisa codiciosa. Se inclinó sobre ella hasta atrapar su boca. La besó con un deseo apremiante. Dejó que ella enlazara las piernas en torno a sus caderas. Le soltó las muñecas y enredó una mano en su larga melena, mientras con la otra descendía por su costado buscando el borde de su camiseta. Deslizó los dedos por su piel hasta la curva del pecho, acariciándola, y con la otra mano le alzó las caderas para sentirla más cerca.

Kate gimió un suspiro. Abrió los ojos y contempló el rostro de William sobre ella, resplandecía; y había bajado la guardia, completamente desprevenido. En un visto y no visto se giró. Lo empujó en el pecho con todas sus fuerzas, y esta vez fue ella la que acabó arriba, sujetándolo por las muñecas.

William la miró sorprendido y empezó a reír a carcajadas.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! —exclamó entre risas. Intentó incorporarse para volver a besarla, pero ella se lo impidió ejerciendo más fuerza sobre sus brazos—. ¿Es así como piensas vencer a tus enemigos? ¿Seduciéndolos?

—Contigo ha funcionado —contestó ella con tono travieso y orgulloso.

William rompió a reír de nuevo y, con una rapidez que a Kate le arrancó un grito, se colocó sobre ella.

—Sí, pero no volveré a caer en esa trampa. Yo también sé jugar a esto. —La besó en los labios, mordisqueándolos, y la empujó con las caderas arrancándole un quejido ahogado—. Sigo esperando. Intenta soltarte.

Kate se retorció, pero en aquella posición le era imposible mover la parte superior de su cuerpo y, menos aún, los brazos.

—No puedo —se quejó.

—¡Sí puedes! —la urgió—. Piensa, y rápido, un renegado no tendrá tanta paciencia como yo.

Kate empezó a ponerse nerviosa, con una extraña sensación de claustrofobia.

Aquella posición le estaba provocando calambres en los brazos, y el peso de William sobre ella ya no era tan agradable como en un principio. Él estaba cumpliendo con su parte de no ponérselo fácil; su cara se había transformado en una máscara fría y distante. Esa imagen hizo que su nerviosismo se convirtiera en una punzada de miedo en el pecho. Le resultaba desconcertante cómo aquel rostro hermoso, que tanto amaba, podía transformarse en el de la mismísima muerte, aterrizándola. Las piernas del chico sujetaban las suyas con firmeza y sus manos le dominaban los brazos con tanta fuerza que amenazaban con partírselos.

—¿A qué esperas? —le gritó él.

Kate dio un respingo, azotada por el tono acerado de su voz, y su cuerpo reaccionó para defenderse. Dio un tirón seco con los brazos, al tiempo que concentraba toda su fuerza en las piernas y empujaba hacia arriba. Ayudándose de sus manos, ahora libres, golpeó el pecho de William en la misma dirección. Su cuerpo actuó como una catapulta y él salió despedido por encima de su cabeza. Giró sobre sí misma sin pararse a pensar en lo que hacía. Agarró la daga que sobresalía bajo la camisa de él y, con la gracia de un felino, cayó a horcajadas sobre su pecho presionando con la hoja afilada su cuello. Sus ojos brillaban como rubíes y sus diminutos colmillos asomaban amenazadores.

—¿Así? —preguntó Kate con tono enojado. Tenía los dientes apretados y temblaba de pies a cabeza.

—Así —respondió él sujetando su muñeca. Sentía la hoja afilada cortándole la piel y, con suavidad, la apartó muy despacio. Notó un hilito de sangre resbalando por su cuello.

Los ojos de Kate volaron hasta la sangre.

—¡Te he lastimado!

Él sonrió para tranquilizarla. La herida ya comenzaba a cerrarse.

—Solo es un rasguño.

—Lo siento —susurró Kate sin apartar los ojos de su cuello.

Se inclinó sobre él y, sin pensar en lo que hacía, lamió el corte. Deslizó la lengua como una caricia sobre la herida. El olor y el sabor de la sangre despertó en ella todo tipo de anhelos. Era lo más delicioso que había probado nunca. En cuanto sus papilas gustativas detectaron todos los matices, sus colmillos cobraron vida presionando en la encía superior. Sintió una necesidad salvaje de ingerir más.

Él se movió, incómodo. La sujetó por los hombros y la apartó, poniendo mucho cuidado en no ser brusco. Se puso de pie y se alejó de ella hasta la orilla. Se detuvo a pocos pasos de la línea espumosa que las olas dejaban sobre la arena al romper, y clavó la vista en la enorme esfera anaranjada que comenzaba a desaparecer en el horizonte.

—Lo siento, lo... lo hice sin pensar. ¡No iba a morderte, te lo aseguro! —se

disculpó Kate.

William sacudió la cabeza y enfundó las manos en los bolsillos de sus tejanos. Tenía los ojos, los labios y la mandíbula apretados.

—No me habría importado que lo hicieras. Al contrario —admitió con un susurro. Ahora que sabía que su sangre podía alimentarla, tenía muy claro que se la daría cada vez que ella pudiera necesitarla.

—Entonces, ¿qué te pasa?

William levantó la vista hacia el cielo y eludió su mirada.

—No me pasa nada.

Kate suspiró frustrada.

—Sí que te pasa. Te he recordado lo que ocurrió entre Adrien y yo.

William reprimió un gruñido. Se le iluminaron las pupilas, y Kate se quedó inmóvil cuando él la taladró con sus extraños ojos. Inhaló por la nariz y exhaló por la boca, empujando las palabras a través de su garganta.

—Es que no soporto la idea de que bebieras de él. Que después de todo lo que te ha hecho, aún tenga que agradecerle que te salvara la vida... —Se pasó una mano por el pelo, incapaz de soportar la frustración que sentía—. ¡Y no puedo evitar que se me revuelva el estómago cada vez que imagino que te tuvo de esa forma entre sus brazos!

—Te lo conté porque no quiero que haya secretos entre nosotros —replicó Kate con un nudo en el estómago.

Se acercó a él y lo abrazó por la cintura. William se giró hacia ella y le tomó el rostro entre las manos. La miró fijamente.

—Y así debe ser, tienes que contármelo todo —susurró mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

Kate echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Adrien ya no es nuestro enemigo.

—Tampoco nuestro amigo —replicó él con un tono más seco de lo que pretendía.

—No, pero debemos darle una oportunidad. Ahora está de nuestra parte. Está dispuesto a hacer lo que sea para enmendar lo ocurrido y mantener a su familia en Heaven Falls. Ellas no tienen la culpa, William. —Frunció los labios y sus ojos brillaron con un destello violeta mientras le acariciaba los anchos hombros. A veces tenía la sensación de que su cuerpo estaba aumentando de tamaño, que su pelo cada vez era más oscuro y su piel más dorada; y luego estaban sus ojos. Empezaba a parecerse a ellos, a Gabriel y a Mefisto. También había algo distinto en su carácter, algo que no conseguía captar con claridad.

William esbozó una sonrisa y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Siempre preocupándote por los demás. Vas a seguir adelante con esa idea, ¿verdad?

Kate asintió con la cabeza.

—Sí, voy a convertir la casa de huéspedes en un refugio para todos aquellos que lo necesiten.

—Lo que vas a hacer es convertir Heaven Falls en un nido de vampiros —repuso él. Su sonrisa se hizo más amplia, mostrando unos profundos hoyuelos.

Kate se aferró a sus brazos y alzó la barbilla para mirarlo. Sintió el corazón en la garganta, ese mismo corazón que ya no latía en su pecho, pero que parecía volver a la vida cuando estaba con él y la miraba de aquella forma tan íntima.

—La transformación y los primeros días fueron horribles para mí, y eso que te tenía a ti cuidando de mí. No quiero imaginar cuánto sufrirán aquellos que están solos, vagando sin nadie que los proteja y les enseñe —dijo ella. Se mordió el labio de forma coqueta—. Y os tengo a los chicos y a ti para controlarlos. Y a ese grupo de guerreros que me prometiste. No lo habrás olvidado, ¿no?

Él le acarició la piel del cuello con los pulgares y ladeó la cabeza para mirarla. A ella le encantaba que la mirara así, haciéndose el duro, aunque sabía que solo era una pose para picarla. Al final, William se rindió.

—¡Tengo que aprender a decirte «NO»! —exclamó con voz ronca.

—Pero, mientras tanto, lo harás, ¿verdad? ¡Es una buena idea! —insistió ella, y le dio un beso en los labios.

Él asintió con los ojos en blanco y una mueca de resignación que unió sus cejas.

—¿Qué piensas hacer, poner un anuncio en el periódico? —La meció entre sus brazos—. «Se ofrece cobijo a vampiros necesitados».

Una sonrisa enorme iluminó la cara de Kate. Se dejó abrazar por él y contempló el océano, mientras la luz violeta del anochecer los bañaba y una suave brisa otoñal alborotaba sus cabellos.

—¿Cuántos vampiros habrá en el mundo? —preguntó ella de repente.

William se encogió de hombros. Le rodeó la cintura con el brazo y empezó a caminar de vuelta a la casita en la que había nacido muchas décadas atrás. Habían decidido pasar unos días en Waterford para alejarse de todo.

—Es imposible saberlo con exactitud. En cada territorio hay un gobernador, estos controlan el censo, y cada cierto tiempo envían informes a mi padre. Los datos suelen ser aproximados.

—Menos en América...

William asintió.

—Ese continente nunca ha sido un destino muy frecuentado por los vampiros, es territorio de licántropos, sobre todo Norteamérica. Cuando los primeros descubridores llegaron al Nuevo Mundo, entre ellos había muchos hombres-lobo que escapaban de nosotros. El pacto garantizaba la paz entre ambos clanes, pero no logró que conviviéramos. Ellos acabaron huyendo en masa y el océano marcó una frontera entre ambas razas. Algo parecido ha ocurrido con los renegados. Es un país muy grande y el número de lobos pequeño. Prefieren

enfrentarse a ellos antes que a nosotros.

—Así que, casi todos los vampiros que se acogen al pacto viven aquí.

—Sobre todo se concentran en Europa y Asia. En torno a unos treinta mil.

Kate ladeó la cabeza para mirarlo, sorprendida por el dato.

—¡Vaya! Creí que habría muchos más.

—¿Te parecen pocos? Créeme, con algo de organización, podríamos acabar con este mundo en poco tiempo.

Kate se puso tensa y su piel se estremeció con un festival de escalofríos. Le resultaba imposible no pensar en que los vampiros ya no eran inmunes al sol; en todos los renegados que podrían estar preparándose para salir de su encierro y tomar todo aquello que les viniera en gana.

—Lo sé, es que pensaba que habría más. Es tan fácil transformar a un humano que...

William sacudió la cabeza y contempló el cielo, donde empezaban a verse las primeras estrellas.

—No, en eso te equivocas. No es tan fácil como crees, muchos no sobreviven al cambio. —Sin darse cuenta la abrazó más fuerte, y un ligero temblor le sacudió el cuerpo al pensar en lo cerca que ella había estado de no lograrlo—. Y la mayoría de renegados no suelen convertir a sus víctimas, las desangran hasta la muerte para conseguir su esencia. Solo transforman a aquellos que podrían ser aliados potenciales en un momento determinado.

Kate deslizó la mano por su espalda y le acarició los músculos por debajo de la camiseta de algodón.

—¿Por qué no los transforman? —preguntó.

—Por avaricia, es evidente, no les gusta compartir la comida. Además, el anonimato es lo que nos mantiene a salvo. Los más viejos saben de su importancia y no se arriesgan a tener neófitos descontrolados a su alrededor que puedan descubrirlos ante los humanos o los guerreros. Tampoco tienen la paciencia suficiente para enseñarles. Por otro lado, los que nos sometemos al pacto tenemos prohibido transformar a un humano sin la bendición, y esta no se concede si existen dudas sobre el vampiro que la solicita, o si el humano no cumple los requisitos.

Kate ladeó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Qué tipo de dudas?

Un destello muy duro brilló en los ojos de William.

—Si será capaz de detenerse una vez que muerda al humano y pruebe su sangre. No todos pueden. Se corrompen y acaban al otro lado.

—¿Y qué requisitos debe tener el humano?

—Para empezar, que no sea ningún psicópata, ni una persona inestable. Debe tener muy claro dónde se mete y a qué se enfrenta. —Miró a Kate de reojo y le dedicó una sonrisa traviesa—. Estás muy preguntona, ¿no?

Kate se encogió de hombros, como si se disculpara, y le rodeó la cintura con los dos brazos sin dejar de caminar. A lo lejos ya se distinguía la pequeña casita de una sola planta, rodeada por una valla de madera. Era preciosa con sus paredes blancas y las puertas y las ventanas pintadas de un azul muy brillante.

Una pareja apareció tras un montículo de rocas cubierto de líquen, también iban abrazados y conversaban. Kate los observó. Eran dos jóvenes que tendrían más o menos su misma edad, la chica hasta se parecía a ella; solo que Kate se sentía mucho más mayor y más cansada, preocupada. Una parte de ella los envidió, ansiaba su inocencia y, con toda seguridad, su vida tranquila y sencilla.

De repente, William la tomó en brazos y la alzó del suelo hasta que sus ojos quedaron a la misma altura. La miró con tal intensidad, que ella sintió el recuerdo de su corazón latiendo desbocado en el pecho. Notó el flujo de la sangre corriendo bajo su piel, y una sensación ardiente en el vientre que la obligó a apretar los muslos. Todo lo que sentía por él iba en aumento, se magnificaba día a día con una desesperación que la asustaba.

—No quiero que te rindas ni que pierdas la esperanza —susurró él—. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que todo vuelva a ser como antes. Mejor que antes. Vamos a tener una vida normal, sin ángeles ni renegados. Tendremos una eternidad aburrida y sencilla. ¡Te lo prometo!

Kate tragó saliva. A veces, tenía la sensación de que él podía leer en ella como lo haría en un libro abierto. Le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en los labios.

—Contigo es imposible tener una vida aburrida o sencilla. Cada día tengo la sensación de que es el primero a tu lado. Jamás podré acostumbrarme a lo que me haces sentir.

Él esbozó una sonrisita traviesa.

—Entonces, ya somos dos con el mismo problema.

Kate se sumergió en la bañera repleta de agua caliente. Poco a poco, dejó que su cuerpo resbalara sobre la porcelana y hundió la cabeza bajo la espuma de las sales de baño. William, apoyado en el lavabo, la observaba sin apenas parpadear. Era tan hermosa que mirarla le dolía como una herida abierta. El amor y el deseo que sentía por la chica eran tan puros e intensos, que sabía que jamás podría saciarse de ella, que era su soplo de vida. Por eso, desde que la maldición se había roto, el miedo por la seguridad de la joven vampira lo torturaba hasta la locura. Pasaba cada minuto del día alerta, a la espera de cualquier ataque: ya fuera por un vengativo arcángel o por un grupo de proscritos dispuesto a clavar su cabeza en una pica.

Hacía todo lo posible para que ella no notara el estado paranoico en el que se encontraba. La tensión comenzaba a hacer estragos en su concentración, y le estaba resultando muy difícil mantener su cuerpo y su mente a raya. Seguía cambiando. Era más fuerte, más rápido y sus habilidades mucho más poderosas; otras nuevas se estaban manifestando. Pero lo que de verdad le preocupaba, era el cambio que su interior estaba sufriendo. Las emociones, los sentimientos que, de repente, ya no entraban en conflicto con su conciencia, como si estuviera por encima de ella. Sus actos, la forma en la que estaba mintiendo a Kate, sin ningún remordimiento, eran la muestra de ello. Pero mantenerla al margen, hasta que llegara el momento, era lo mejor para los dos.

Ella no iba a entender, y mucho menos aprobar, los planes que se estaban poniendo en marcha para acabar con la amenaza, cada vez mayor, que suponían los renegados. No habría escaramuzas, ni trampas, habría un solo ataque. Un asalto directo y contundente. De la perfecta planificación de ese ataque dependía el éxito; y tener a Kate a su alrededor, intentando convencerlo de que había otros caminos, no era lo que necesitaba. Tampoco discutir con ella cuando sabía que nada de lo que pudiera decir le haría cambiar de opinión; y eso era lo que comenzaba a asustarlo, que, a pesar de amarla tanto que daría la vida por ella, era capaz de aprovecharse de su confianza sin alterarse ni sentirse culpable por ello.

Se dio la vuelta y se contempló en el espejo. Sus pupilas emitían un brillo blanquecino y el azul de sus ojos comenzaba a diluirse en aquel halo plateado que

los rodeaba. Se frotó los brazos y obligó a sus músculos a relajarse.

Su teléfono empezó a sonar en el salón. Salió del baño y se dirigió hasta la repisa de la chimenea donde lo había dejado. En la pantalla iluminada parpadeaba el número de Robert. Descolgó, pero no contestó.

—Era Duncan, pero el teléfono se ha quedado sin batería. Voy al coche, creo que dejé allí el cargador —dijo en voz alta.

—De acuerdo —canturreó ella desde el baño.

Salió de la casa y se llevó el teléfono a la oreja mientras se alejaba. Había anochecido por completo y arriba, en el cielo, una enorme luna resplandecía entre las nubes.

—Puedes hablar —susurró.

Robert suspiró al otro lado del teléfono.

—Este asunto empieza a descontrolarse —empezó a decir Robert—. El consejo se está poniendo nervioso, quieren respuestas. Quieren saber qué ha pasado y por qué la maldición se ha roto.

—¿No les basta con ser libres? —inquirió William, malhumorado.

—Están asustados, empiezan a darse cuenta de la magnitud de la situación. Pero eso no es lo peor, los Arcanos se niegan a nuestra petición —dijo Robert con tono prudente—. Consideran un sacrilegio simular el rito, solo lo llevarán a cabo si la abdicación es real. No queda más remedio, William, tendrás que hacerlo para seguir adelante con el plan. Padre ya lo está preparando todo.

—¡Joder! —masculló William. Se puso tenso. Un torbellino de rabia iba aumentando de intensidad en su interior—. No puedo hacer algo así. No es mi derecho, ni siquiera lo deseo.

—Es la única forma. Tienes que ser rey para presentarte ante ellos, tu palabra debe ser ley para que confíen en ti. No importa cuánto les prometa y o. Al final tú serás el único que logre atraerlos, y este es el único modo —aseguró Robert de forma vehemente.

—Lo sé... pero... ¡Robert, se trataba de que lo creyeran, nada más! Convertirme de verdad en rey...

—Los Arcanos no cederán, por muy noble que sea el motivo —dijo Robert—. Valoran las tradiciones más que su propia vida. La única forma de que todo el mundo crea que eres el nuevo rey, es que lo seas de verdad. No sabemos si hay más infiltrados en el Consejo, es arriesgado. Tienes que hacerlo, hermano, o habrá que pensar en otra cosa.

William meditó el asunto. Era imposible que las cosas pudieran empeorar más.

—Lo haré —aceptó entre dientes, sin dejar de moverse de un lado a otro—. ¡Malditos Arcanos, se creen omnipresentes y ni siquiera conocen el mundo tal y como es ahora!

—Quizá sepan más de lo que crees. Hay otro problema —indicó Robert con

cautela.

—¿Qué problema? —masculló William apretando el teléfono en su mano.

—Adrien y su familia son el problema —respondió Robert.

William se paró en seco con los ojos muy abiertos.

—¿Qué tienen que ver ellos en este asunto?

—Son descendientes de Lilit. Los Arcanos exigen su presencia en el rito —se apresuró a aclarar—. Comparten nuestra sangre. Son herederos en igual medida y no van a pasarlo por alto.

William se quedó mudo. Eso sí que no lo esperaba.

—¿Y cómo vamos a explicar su presencia ante el consejo?

—Ya pensaremos en eso, pero has de traerlos. Contradecir a los Arcanos no es buena idea.

—Lo sé —admitió William con un atisbo de ira—. Hablaré con Adrien y su madre.

—Hazlo cuanto antes. No podemos perder tiempo. Las informaciones que me están llegando no auguran nada bueno, no podré controlarlos mucho más.

—No te preocupes. Sigue adelante y prepáralo todo.

—Deben aceptar. Tienen que estar presentes y participar en el rito, sino no sirve —aseveró Robert.

—Irán aunque tenga que llevarlos a rastras —concluyó William.

Colgó el teléfono y se quedó mirando el mar mientras trataba de ordenar sus pensamientos. Ni siquiera había considerado la presencia de Adrien y su familia en aquel asunto, pero si los Arcanos habían averiguado que existan, no iba a tener mas remedio que incluirlos.

Contempló la casa y sondeó su interior. Kate continuaba en la bañera. No quería dejarla sola, pero... Miró su reloj. Quince minutos, no le llevaría más tiempo si no se andaba con rodeos, y podría estar de vuelta antes de que ella saliera del baño. Cerró los ojos y se desvaneció en el aire.

Sus pies se posaron en la tierra bajo un sol de justicia. A pesar de encontrarse a principios de octubre, el otoño se resistía a aparecer en Heaven Falls. Rodeó la cabaña en la que Adrien se había instalado con su madre y su hermana, hasta un garaje trasero del que provenía el ruido de un motor en marcha, que se apagó con un sonido ronco. Encontró al híbrido de espaldas, inclinado sobre un banco de trabajo, limpiando con un paño un par de bujías.

—¿Solo llevas tres días fuera y ya has vuelto a verme? ¿Me echabas de menos? —preguntó Adrien con tono burlón.

William puso los ojos en blanco y tomó aire haciendo acopio de paciencia. Su relación con el chico se encontraba en un punto que no sabía muy bien cómo definir. Una parte de él deseaba desmembrarlo lentamente, para después arrancarle el corazón mientras continuaba vivo. Lo odiaba con cada célula de su cuerpo. Despertaba sus peores instintos, y sus deseos de venganza le hacían

recrear cientos de torturas que elevaban esa ciencia a todo un arte; pero, por mucho que quisiera convertir aquellas fantasías en una realidad, sabía que no era lo correcto. Aunque, si sus ojos volvían a posarse en Kate con el más mínimo interés, se los arrancaría de las cuencas.

—Necesito hablar con tu madre —comentó con indiferencia.

Adrien ladeó la cabeza. Sus ojos entornados recorrieron a William de arriba abajo con un brillo de interés.

—¿Con mi madre? ¿Para qué? —preguntó mientras se limpiaba las manos llenas de grasa en el paño.

El rostro de William era una máscara que ocultaba sus emociones. Habló sin rodeos.

—Por favor, es importante, necesito hablar con ella. Dijiste que harías cualquier cosa para enmendar el desastre que has provocado...

Adrien se enderezó con los puños apretados. A su alrededor el aire comenzó a girar levantando las hojas secas del suelo.

—No soy el único que provocó el «desastre» —intervino con tono enojado.

William le lanzó una mirada asesina.

—Si tú no hubieras...

—Si yo no hubiera hecho lo que debía, mi madre y mi hermana estarían muertas —lo atajó Adrien—. ¡No vengas a darme lecciones!

La aparente tranquilidad de William se diluyó bajo la rabia que le corría por las venas.

—¿Lecciones? Convertiste a Kate en vampira, después le diste tu sangre. No tienes al destino, Adrien, aún no sé qué es lo que me contiene para no matarte.

Adrien soltó una carcajada sin pizca de humor. De repente un halo blanquecino rodeó sus manos.

—Inténtalo si puedes —lo retó dando un paso amenazador hacia él.

William reaccionó a la amenaza y su brazo prendió con un fuego sobrenatural.

—¡Adrien, madre quiere que invites al príncipe a entrar! —dijo Cecil.

La vampira había aparecido en la puerta sin que ninguno de los dos se percatara. Lucía una túnica de color azul, fruncida a la altura de las caderas por un cinturón de piel; y llevaba su largo pelo rubio recogido en una trenza que descansaba en su hombro. Le dedicó a su hermano una mirada que era una clara reprimenda. Después le indicó a William, con un gesto amable de su mano, que entrara en la casa.

—¡Príncipe! —masculló Adrien con una venia cargada de agresividad. Se dirigió al interior de la casa mascullando por lo bajo una retahíla de maldiciones.

—Os pido que le disculpéis, mi señor —susurró Cecil. Bajó la vista al suelo, tal como debía hacerse ante un miembro de la realeza—. Mi hermano siempre ha sido muy impulsivo y temerario. Pero su corazón es noble, os doy mi palabra.

Es solo que... —Tragó saliva— los últimos dos años no han sido fáciles para él.

William se relajó un poco y se fijó en la muchacha, de un plumazo todo su enojo desapareció. Él tampoco había sido un ejemplo de buena educación. No era quien para recriminar al vampiro sus actos, cuando él mismo estaba siendo capaz de cualquier cosa para proteger aquello que amaba. En el fondo, su odio hacia Adrien se reducía a los celos enfermizos que sentía con solo imaginar la intimidad que había tenido con Kate y sus sentimientos por ella.

—Yo también os pido que me disculpéis. Mi comportamiento no está siendo apropiado —dijo con una sonrisa. Se encaminó a la casa y se detuvo junto a la hermosa vampira—. Por favor, intentemos tutearnos. Los formalismos no son lo mío.

Cecil levantó los ojos hacia él y sonrió mientras asentía.

Juntos entraron en la casa: una construcción de madera un tanto rústica, pequeña pero acogedora. William sintió que volvía a alterarse al imaginar a Kate retenida en aquella cabaña. Sus ojos vagaron por la estancia absorbiendo hasta el último detalle. Trató de tranquilizarse y de deshacerse de la rigidez de sus miembros.

Adrien, con los brazos cruzados sobre el pecho, se había colocado junto a una de las ventanas y contemplaba malhumorado el exterior, ignorando a propósito cuanto ocurría a su alrededor. Ariadna estaba sentada en un sillón, a su lado, se puso de pie y se inclinó ante William con una graciosa reverencia.

—Señor, es un placer recibirlos en mi casa.

—El placer es mío, señora —respondió él con una inclinación de su cabeza. Sin más preámbulos, continuó en el tono más cortés y respetuoso que pudo adoptar—: Ariadna, necesito hablar con vos. Es importante.

—Por supuesto. Tomad asiento a mi lado —sugirió ella mientras se sentaba en el sofá. William la acompañó—. Bien, decidme, ¿en qué puedo ayudarlos?

William dejó escapar un suspiro y se acomodó un poco más en el asiento. Le brillaron los ojos y en su boca apareció una sonrisa torcida.

—¿Le importa si nos tuteamos?

—Claro que no. Adelante.

—Primero hay algo que debo preguntarte, para asegurarme. ¿Qué sabes de tu linaje? —Debía cerciorarse de que eran descendientes—. ¿Estás segura de...?

—¿De si la sangre que corre por mis venas es la misma de Lilith? —Hizo una pausa y entrelazó las manos sobre su regazo. William asintió—. Lo es. No es mucho lo que puedo decirte sobre mi familia, solo conocí a mi madre. Llevo casi un milenio en este mundo. Nací en Italia, en un pueblecito cercano a Florencia. Mis abuelos fueron asesinados por nefilim antes de que mi madre pudiera conocerles como para albergar algún recuerdo de ellos. Durante la masacre que acabó con toda mi familia, la sirvienta que se ocupaba de su cuidado logró escapar con ella en brazos. Fueron las únicas que sobrevivieron esa noche.

—Entonces, estás completamente segura de que eres uno de los pocos descendientes de Lilith que quedan con vida —insistió William.

Ariadna asintió con la cabeza.

—Sí. Helena, que así se llamaba la sirvienta, se lo contó a mi madre, y ella a mí. La pobre no sabía mucho, solo lo que había oído en algunas conversaciones. Mi abuelo compartía la sangre de Lilith, al igual que su madre, y su abuela y su tatarabuela... Llevo mi nombre en honor a ellas.

William se quedó pensando. Conocía esa historia, cómo esa familia había sido aniquilada, casi dos mil años antes, en una masacre sin precedentes que hizo que los Crain se ocultaran durante mucho tiempo. Nunca tuvieron datos fiables sobre quiénes los habían asesinado. Desde luego, no le sorprendía que el mérito fuera de los nefilim.

—Lilith tuvo cinco hijos —comenzó a explicar él—. Cada uno de ellos creó su propia familia y dieron lugar a las cinco castas. Durante muchos siglos, las cinco familias gobernaron juntas el mundo vampiro. Siempre a través de un líder, un rey, el heredero del primogénito de Lilith. Ahora ese título lo ostenta mi padre y, por derecho de nacimiento, la sucesión le correspondería a mi hermano y, en su ausencia, a mí. Si la primera casta desapareciera, el reino lo heredaría la segunda, y así sucesivamente. Era una forma de preservar nuestra raza.

» Suponíamos que los Crain éramos los últimos, pero no lo somos gracias a ti. Si mi linaje desapareciera, tú y tu hijo...

—Entiendo... —susurró Ariadna tratando de asimilar la información que el joven príncipe le estaba dando.

—Vuestra sangre pura os otorga una serie de privilegios, posesiones y... obligaciones con las que cumplir —terminó de decir con cierta incomodidad.

Adrien soltó una risita y se dio la vuelta para encarar a William.

—¡Obligaciones! —exclamó con sarcasmo—. ¡Vaya, ya nos vamos acercando al motivo que de verdad te ha traído hasta aquí!

—Adrien —lo reconvino Ariadna.

—Vamos, madre, solo ha venido porque hay algo que necesita de nosotros, ¿o de verdad crees que quiere devolverte todas esas posesiones? Dudo que esté aquí por pura generosidad, ¿no es así... príncipe? —arrastró la palabra con desprecio.

—Si así fuera, ni siquiera con eso pagarías la deuda que tienes conmigo y con nuestra gente. Romper la maldición no fue ninguna liberación para ellos, al contrario, los has sentenciado a muerte si los humanos nos descubren.

—No fui el único, si no recuerdo mal.

—No tuve más remedio, ibas a sacrificarla...

—Yo tampoco lo tuve, y mi motivo está sentado frente a ti —le espetó Adrien mientras apuntaba a su madre con el dedo—. Lo haría mil veces más, y no dudaría. Además, creo que ya pedí perdón por eso y te ofrecí mi ayuda para solucionar el problema. Ayuda que tú has rechazado, pero que ahora, de repente,

necesitas, ¿no es así?

—¡Basta! —gritó Ariadna al mismo tiempo que se ponía de pie. Lanzó una mirada reprobatoria a su hijo—. Será mejor que salgas de esta habitación y que dejes de avergonzarme con tu comportamiento, o puedes quedarte ahí y guardar silencio —le dijo con tono severo.

Adrien apretó los dientes y los puños. Al final resopló, dándose por vencido, y bajó la cabeza dispuesto a cumplir la orden de su madre. Se dio la vuelta y se dedicó a mirar por la ventana mientras farfullaba por lo bajo.

Ariadna se dirigió a William.

—Discúlpale, a veces su mal genio le hace perder los modales.

—Tiene razón —replicó Adrien sacudiendo la cabeza—. Puedo ver en tu mente como si se tratara de la mía. ¡Nos parecemos demasiado! —le recordó con una mueca de burla.

—Lo sabía —replicó Adrien sacudiendo la cabeza—. Puedo ver en tu mente como si se tratara de la mía. ¡Nos parecemos demasiado! —le recordó con una mueca de burla.

—¡Adrien! —lo reprendió Cecil.

William soltó la respiración contenida y abordó el tema que le había llevado hasta allí. No podía perder más tiempo.

—Ariadna, debo pedirte que viajes con tu familia a Roma. De inmediato. Dispondré todo lo que podáis necesitar: un avión, vehículos, seguridad...

—¿Por qué? —preguntó la mujer con tono preocupado.

—Lo siento, pero eso no podré decírtelo hasta que estés allí. Tengo un buen motivo, te lo aseguro.

—¿Quién demonios te crees que eres? Si piensas que vamos a sacar un solo pie de esta casa sin un motivo... —le espetó Adrien mientras se ponía de pie y lo fulminaba con la mirada.

—Iremos —intervino Ariadna haciendo caso omiso a su hijo.

—Pero... —empezó a protestar Adrien.

—He dicho que iremos —ratificó su madre.

Diez minutos después, William abandonaba la cabaña con una extraña sensación de alivio. Ariadna había aceptado sin dudar, a pesar de que él apenas le había dado información sobre lo que se esperaba de ella y de Adrien. Por seguridad, no podía decirles nada hasta que todo estuviera dispuesto.

Miró la hora en su reloj, rezando para que Kate aún continuara en la bañera. Se desmaterializó y segundos después tomó forma a pocos metros de la casa. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y llamó a su hermano.

—Hecho. Asistirán y harán cuanto les pida. Prepáralo todo —informó cuando la voz grave de Robert respondió al otro lado.

—Será dentro de tres días. Padre está enviando en este momento misivas a todos los miembros del Consejo.

William se estremeció y el estómago le dio un vuelco. Infinidad de emociones cruzaron por sus ojos.

—¿Solo tres días? —preguntó algo ansioso.

—No hay tiempo que perder. Sé que querías estos días para pasarlos con Kate, sobre todo en estos momentos, pero...

William suspiró, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. El teléfono crujió entre sus dedos y los aflojó un poco.

—Tranquilo. No pasa nada. Con un poco de suerte saldremos de esta y tendré toda la eternidad para compensarla.

Hubo una larga pausa al otro lado del teléfono.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —preguntó Robert.

—No sé cómo decírselo—susurró—. Joder, ¿cómo voy a decirle que es posible que estos días sean los últimos que pasemos juntos? ¿Cómo voy a mirarla a los ojos y a decirle que estoy poniendo en peligro a todos los que significan algo para ella en este momento? Acaba de perder a su abuela. Mantener el contacto con su hermana ya no es prudente...

—Will, debes decírselo. Tiene derecho a saberlo y, sobre todo, a prepararse para despedirse. Llevo mucho tiempo en este mundo. He sobrevivido a una esposa, a muchas amantes y a mi propia madre. Sé lo importante que es despedirse.

Los ojos de William brillaron y su cuerpo se iluminó con un tenue resplandor.

Notaba el estómago revuelto. Levantó la mirada al cielo, sin importarle si desde allí arriba alguien podía ofenderse por el odio que sentía.

—Quizás sea yo el que no está preparado para despedirse —dijo con voz áspera.

—¡William! —lo llamó Kate desde el interior de la casa.

—Tengo que colgar, Robert. Envía a unos guerreros para que acompañen a Adrien y a su familia hasta Roma. Y que Cyrus esté aquí a primera hora de la mañana.

Colgó el teléfono. Se sacudió, incómodo, y miró al suelo.

Entró en la casa y fue hasta el dormitorio. Encontró a Kate frente al armario, enfundándose en un vestido rojo. La contempló desde la puerta. Su piel era pálida y tersa; su rostro hermoso y delicado; y su cuello largo y esbelto. « Perfecta » no la definía, era mucho más que eso. Su mirada la recorrió de arriba abajo. Fue descendiendo por la espalda hasta las caderas ceñidas por la fina tela, y su cuerpo se agitó. Sus ojos brillaban de nuevo, casi deslumbraban. Jamás pensó que podría desear a alguien tanto como la deseaba a ella. La necesitaba de un modo que rayaba la locura.

Kate se sobresaltó al notar a William pegándose a su espalda.

—¡Dios, me has dado un susto de muerte! —protestó.

Kate intentó darse la vuelta, pero él no la dejó. Las manos del vampiro le recorrieron los costados en un lánguido descenso hasta sus muslos. Tenían un tacto lento y deliberado. Agarró el borde del vestido y, con la misma lentitud, lo fue enrollando en torno a sus caderas mientras con los dedos le acariciaba la piel. Tragó saliva y cerró los ojos cuando él escondió el rostro en su cuello, rozándole la piel con la nariz.

—Creía que querías salir a cazar esta noche —susurró ella.

—Ya estoy cazando —le dijo al oído.

Kate se estremeció. Él le sacó el vestido y le acarició el estómago hasta el pecho. Se separó de ella una décima de segundo y de nuevo volvió a sentirlo; se había quitado la camiseta. Notar su piel desnuda contra la de ella borró cualquier otra protesta. Se dejó acariciar sin mover un solo músculo, aunque se moría de ganas de tocarlo. Como si hubiera leído sus pensamientos, William la giró hacia él y sus miradas se encontraron. Se quedó sin habla. Sus ojos parecían de plata fundida, calientes y brillantes mientras examinaban su piel desnuda como si la estuvieran viendo por primera vez.

—Me enseñaste que no se debe jugar con la presa. Sufren mucho —dijo Kate.

William sonrió, y un leve gemido escapó de su garganta cuando Kate se apretó contra él y comenzó a desabrocharle los pantalones.

—¿Y si dejo que la presa juegue conmigo? —preguntó sin aliento.

Ella le dedicó una mirada coqueta que lo aflojó por completo. No podía

renunciar a tenerla de aquel modo. ¡Que el mundo entero se fuera al infierno! La tomó en brazos y se sentó en la cama con ella a horcajadas sobre sus caderas. La besó como si estuviera muerto de sed. Entonces, los labios de Kate se volvieron más impacientes, exigentes. La hizo girar y se abalanzó sobre ella perdiendo el control por completo. La poca ropa que los separaba desapareció hecha jirones.

Kate agradeció que no necesitara respirar. William no parecía dispuesto a abandonar sus labios mientras le separaba las rodillas con las piernas. Había algo distinto en él, podía percibirlo. Sentía una extraña desesperación en sus caricias, en la forma en la que le clavaba los dedos en la piel y su lengua se abría paso en el interior de su boca. Dejó de pensar y se abandonó a la maravillosa sensación ardiente que le provocaba el movimiento de su cuerpo contra el suyo. Todos sus sentidos estaban colmados por él. Abrió los ojos y su mirada sobre ella la deshizo en mil pedazos.

—¡Creído! —exclamó William. Tumbado boca abajo en la cama, trató de darse la vuelta, pero Kate se lo impidió sujetándolo por los hombros—. ¡Creído! —repitió.

—Lo eres. Eres un vanidoso —dijo ella trazando la longitud de su columna con un dedo—. Aunque admito que tienes motivos, así que... ¡Es un defecto bastante atractivo! —puntualizó mientras le daba un azote en el trasero.

William se echó a reír. Un brillo malévolo apareció en sus ojos.

—Sabes que este juego ha sido idea tuya y que después me toca a mí, ¿verdad?

Kate arrugó la nariz y le dedicó un mohín. Sentada a horcajadas sobre sus piernas, se inclinó sobre él.

—Vale, a ver si adivinas esta.

Comenzó a trazar las letras sobre la espalda del vampiro. Lo hizo de un modo lento y deliberado, disfrutando del torbellino de sensaciones que le provocaba sentir su piel, y del modo que él reaccionaba a su contacto. Afuera empezó a llover y el olor a tierra mojada inundó el ambiente. En apenas un par de segundos, la lluvia arreció hasta convertirse en un aguacero. Kate dibujó la última letra y una sonrisita frunció sus labios.

Él se quedó en silencio, inmóvil. Muy despacio, ladeó la cabeza buscando su mirada y varios mechones de pelo sedoso se le deslizaron sobre la frente. En sus ojos brillaba una advertencia y en su sonrisa había peligro. De repente, se desvaneció.

Kate cayó de bruces contra las sábanas y, antes de que pudiera darse cuenta de qué ocurría, unos brazos le rodearon las caderas y le dieron la vuelta arrastrándola hacia abajo.

—¿Arrogante? —preguntó él a solo unos centímetros de su cara—. Hasta

ahora has dicho que soy controlador, insufrible, creído y arrogante.

Kate apretó los labios para no reír a carcajadas. Intentó apartarlo con las manos, pero él fue más rápido y le sujetó los brazos por encima de la cabeza.

—También iba a decir que eres muy sexy, pero no me has dado tiempo.

—Ya... No creas ni por un momento que vas arreglarlo tan fácilmente. —A medida que se inclinaba sobre ella su voz se tornó más grave. Kate enlazó las piernas a su cintura y entornó los ojos—. Vas a necesitar mucho más que eso... —Ella se humedeció los labios con la lengua. El vampiro tragó saliva—. Mucho más...

El teléfono de William vibró en la mesita y la pantalla se iluminó con un mensaje. Un rápido vistazo le bastó para ver que se trataba de Cyrus. Sus ojos volaron hasta la ventana. El cielo cubierto de nubes negras y las sombras en las que se hallaba sumido el paisaje habían engañado a sus sentidos. Hacía rato que había amanecido. El deseo y la diversión desaparecieron de sus ojos, y ahora brillaban inquietos y con un atisbo de culpabilidad. Miró a Kate.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —preguntó ella.

—Cyrus. Está afuera —anunció con un tono demasiado seco—. Vístete y recoge tus cosas. Tenemos que irnos.

—¡¿Qué?! ¡Creía que nos quedaríamos aquí toda la semana! —exclamó Kate.

William sacó ropa limpia del armario y comenzó a vestirse.

—Lo sé, yo también. Pero ha surgido algo y debemos viajar hasta Roma.

—¿Roma? ¿Y... y cuándo te has enterado de eso? —inquirió Kate. Envoltió su cuerpo desnudo con la sábana y se acercó a él buscando su mirada esquiva.

—Anoche...

Kate arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Anoche? ¿Y no me lo dijiste?

Frunció los labios con disgusto, preguntándose qué demonios estaba pensando y a qué venía aquel repentino viaje. Dio media vuelta y se dirigió al armario. Dejó caer la sábana y se quedó desnuda mientras miraba la ropa que colgaba de las perchas.

—Iba a decírtelo, pero me distraje con otras cosas... —replicó William contemplando de arriba abajo su cuerpo.

Ella lo miró por encima del hombro y le dedicó una sonrisa irónica sin pizca de humor.

—Pues deja de distraerte y explícame qué pasa —le espetó.

William sonrió y sacudió la cabeza. Desde que Kate se había convertido en vampira todo en ella se había magnificado, incluido su carácter. Un carácter fuerte e impulsivo que no lo dejaba indiferente. Se puso de pie y se acercó a ella. Le recogió su larga melena sobre el hombro y le besó el cuello.

—Lo siento, ¿vale? Debí decírtelo. Te prometo que iba a hacerlo cuando

regresé después de hablar con Duncan. Para eso me llamó. —Otra mentira y ni siquiera le tembló la voz. Muy despacio le subió la cremallera del vestido y depositó otro beso en su hombro. La estrechó contra su pecho—. ¿Qué culpa tengo yo de que causes ese efecto en mí? Logras que me olvide de todo y que no piense en otra cosa —susurró mientras con las manos trazaba el contorno de su cintura.

Kate se relajó entre sus brazos, se giró y lo miró a los ojos. Sonrió, iluminando las sombras de su corazón; otra cosa que solo ella lograba. ¡Maldita sea, cuando supiera la verdad iba a odiarlo! Ella levantó la mano y recorrió su mejilla con los dedos. Williamladeó la cabeza y apretó los labios contra la palma de su mano.

—Yo tampoco pienso en otra cosa —susurró Kate—. Menos cuando sé que Cyrus está al otro lado de la puerta escuchando todo lo que decimos. —Una sonrisa indulgente y perezosa se extendió por la cara de William. Se encogió de hombros, como si ese detalle no le supusiera un problema. Kate puso los ojos en blanco y suspiró—. ¿Por qué vamos a Roma?

Él apretó los labios, formando una fina línea recta.

—Mi padre ha convocado al Consejo. Hay temas importantes que tratar y que no pueden esperar. Los renegados son un peligro cada vez mayor y no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—¿Y por qué en Roma? ¿Por qué no en Blackhill House como la última vez?

—Porque esta vez estarán presentes los Arcanos —respondió William. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al pronunciar su nombre.

—¿Y quiénes son los Arcanos?

William se apartó y la miró de reojo mientras se agachaba para recoger del suelo la ropa que habían dejado tirada la noche anterior.

—Son una especie de maestros, algo así como guías espirituales. Atesoran toda nuestra historia desde el principio de los tiempos y mantienen vivas nuestras tradiciones y ritos. Lilith los creó para que cuidaran de sus hijos, de su legado e historia, aunque nadie sabe exactamente qué son. Desde luego, no son solo vampiros. Son muy poderosos y tienen dones. Pueden ver dentro de la mente de un hombre como el que mira a través de un cristal.

—No me gusta la idea de que alguien pueda mirar dentro de mi cabeza.

—A mí tampoco —dijo William a media voz.

Su piel comenzó a resplandecer y de su mano saltaron pequeñas chispas. Apretó los dientes y cerró el puño con fuerza para hacerlas desaparecer. ¿Qué harían los Arcanos cuando miraran dentro de él y supieran que era mucho más que un vampiro? ¿Qué dirían cuando averiguaran que era un mestizo, una abominación para su raza que los había traicionado porque amaba demasiado a una mujer? Si se negaban a celebrar el rito, sus planes se vendrían abajo y las opciones se reducirían hasta desaparecer en un único camino: el del caos.

Kate le acarició la espalda.

—¿Estás bien? Porque si alguien tiene la culpa de todo esto, esa soy...

—¡Yo, soy yo! —la interrumpió William de forma brusca. Se alejó de ella y empezó a guardar la ropa en la maleta sin ningún cuidado. De repente, la alzó y la estrelló contra la pared—. Yo cumplí la profecía, yo rompí la maldición y yo concedí el libre albedrío a los renegados. Y sí, lo hice sin dudar y lo volvería a hacer mil veces. Nada ni nadie te hará daño jamás. Y por el mismo motivo, haré lo que sea necesario para enmendar lo que provoqué, ¡lo que sea!

Kate abrió la boca para decir algo, pero la mirada que él le dedicó la hizo enmudecer.

Sonaron unos golpes en la puerta.

—William, debemos marcharnos —dijo Cyrus al otro lado.

—¿De verdad es necesario que nos acompañen? —preguntó Kate mientras observaba a los guerreros. Cuatro vampiros, de increíble tamaño, controlaban con sus ojos felinos cada centímetro de la sala vip del aeropuerto de Dublín en la que esperaban su embarque.

—No voy a descuidar tu seguridad. Son necesarios —respondió William con la vista clavada en la pista de aterrizaje.

—Bueno, sí... pero todo el mundo los está mirando —susurró ella.

Llamaban demasiado la atención. Era imposible no darse cuenta de su actitud marcial. Ni siquiera el elegante traje oscuro que vestían disimulaba lo que eran: peligrosos soldados. Y no solo eso, eran vampiros, poseían ese atractivo innato que los hacía destacar entre los humanos.

—Fíjate en los pasajeros, están boquiabiertos —continuó ella.

William paseó su mirada indolente por la sala. Las gafas de sol ocultaban sus ojos, demasiado llamativos. Estudió a su escolta y se encogió de hombros.

—Solemos causar ese efecto. Ya deberías haberte acostumbrado —comentó con indiferencia.

Kate suspiró sin apartar los ojos de William. Desde hacía unos días su actitud estaba cambiando, estaba más frío y callado de lo normal, también ausente. A menudo lo encontraba sumido en sus pensamientos, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor; y no solo eso: parte de su dulzura estaba desapareciendo tras un halo de agresividad y superioridad que la ponía de los nervios. Había tratado de no darle importancia, pero su extraña conducta le estaba afectando a un nivel más íntimo y personal. Sabía que algo no marchaba bien, y en las últimas horas sus temores cobraban fuerza. William estaba cambiando.

—¿Qué te ocurre? —preguntó de repente Kate.

—Nada. ¿Qué te hace pensar que me ocurre algo?

—Para empezar, que apenas me miras cuando me hablas —respondió ella. Se colocó entre él y el cristal que los separaba del exterior, obligándolo así a que la mirara.

William bajó los ojos y lentamente se quitó las gafas.

—No me ocurre nada —declaró, atravesándola con sus pupilas. Dio un paso hacia ella y la tomó por la nuca para que alzara la cabeza—. Nada —repitió.

—Entonces ¿por qué de repente este viaje?

William suspiró con un atisbo de exasperación y la soltó.

—Ya te lo he explicado. El Consejo va a reunirse en Roma. Debemos trazar un plan contra los renegados.

—Eso ya lo sé, pero tengo la sensación de que hay algo más, de que hay algo que no me estás contando.

—Bueno, tampoco me sorprende. Es lo que sueles hacer, ¿no? Si no hay motivos ya te encargas tú de buscarlos —le espetó William. Las aletas de su nariz se dilataron y un tic contrajo el músculo de su mandíbula—. A veces, las cosas simplemente son sencillas, Kate. No hay necesidad de complicarlas con suspicacias infundadas. —Poco a poco la arrinconó contra el cristal—. Tu desconfianza no me deja en muy buen lugar, ¿no crees?

Kate se quedó de piedra.

—¿A qué ha venido eso? —inquirió con un hilito de voz y los ojos muy abiertos, sorprendida a la par que molesta por su salida de tono.

—A que no entiendo por qué tienes que darle siempre vueltas a todo. ¿Por qué no te limitas a confiar en mí y ya está?

—Confío en ti, es solo que...

—¡¿Qué?! —replicó exasperado. Tenía la mirada encendida—. ¿Quieres que diga que hay algo más que no te he contado? Está bien, lo hay. ¿Te sientes mejor? ¿No es eso lo que quieres oír?

Cyrus apareció junto a ellos. Por la expresión incómoda de su rostro era evidente que la discusión no le había pasado desapercibida.

—El avión está listo, podemos embarcar —anunció.

Kate apretó los dientes y pasó entre los dos vampiros sin molestarse en disimular su enfado.

—Kate —dijo William intentando detenerla.

Se había arrepentido de inmediato de cada una de sus palabras. Tenía los nervios crispados y los remordimientos le arañaban el estómago, por eso se había comportado como un idiota. Ella se deshizo de su mano con un tirón y continuó caminando. Altiva y orgullosa, se dirigió a la puerta de embarque sin prestarle atención a los dos guerreros que se habían posicionado a su lado como perros de presa.

Una vez a bordo, Kate ocupó su asiento ignorando de forma premeditada cuanto ocurría a su alrededor. Estaba furiosa. William nunca le había hablado de ese modo. Se le formó un nudo en la garganta y, de haber podido llorar, estaba segura de que un par de lágrimas ya se habrían deslizado por sus mejillas.

Contempló su anillo de compromiso y la asaltaron un sinfín de dudas. Ahora era vampira. Su antigua vida había dejado de existir, y William era cuanto le quedaba en el mundo. Toda su existencia giraba entorno a él y su mundo. Si le perdía, si por algún motivo él la abandonaba, ¿en qué lugar la dejaba eso? ¿A

dónde iría si el mundo normal ya no era para ella? Apoyó la frente en la ventanilla y trató de no pensar en locuras. No podía permitirse el lujo de sacar las cosas de quicio.

William entró en el avión y ella apartó la vista. Cuando se sentó a su lado, Kate se deslizó hacia la ventanilla, poniendo distancia entre ellos. Él cerró los ojos un segundo y su rostro se contrajo con un tic.

—Lo siento mucho, Kate. Me he pasado. Me he comportado como un demente y tú no tienes la culpa de que todo este asunto me tenga de los nervios. ¿Puedes perdonarme? —Se inclinó sobre ella y le cogió la mano, después se la llevó a los labios y la besó.

A Kate se le hizo un nudo en la garganta solo por el hecho de habérselo preguntado. Asintió una sola vez y dejó que entrelazara sus dedos con los suyos. Contempló sus manos unidas. Encajaban la una en la otra como si hubieran sido concebidas para no separarse.

—A mí también me preocupa este asunto. Me siento tan responsable como tú —dijo ella—. Aunque no lo creas, entiendo perfectamente la magnitud del problema y estoy asustada. Me preocupa lo que pueda ocurrir a partir de ahora...

William sacudió la cabeza y sus ojos brillaron.

—No quiero que te preocupes. Jamás permitiré que te ocurra nada. Haré cualquier cosa para que no tengas que vivir con miedo. Cualquier cosa —dijo en tono vehemente.

—Lo sé —respondió ella alzando la vista de sus manos—, pero no quiero que me protejas si eso supone que me mantienes al margen; y tengo la sensación de que es eso lo que estás haciendo.

William soltó de golpe el aire de sus pulmones.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Sí, confío en ti —respondió Kate sin vacilar.

—¿Me quieres?

—Más que a mi propia vida y lo sabes —respondió ella con una seguridad pasmosa.

William alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de ella.

—¿Y crees que serás capaz de recordarlo siempre?

Kate asintió con la cabeza.

—Sí —respondió. Jamás podría dejar de quererle.

—¿Y crees que podrás continuar a mi lado pase lo que pase y haga lo que haga?

Kate volvió a asentir de forma automática. No entendía a qué venían todas aquellas preguntas. Entonces se percató de sus últimas palabras; aunque no fue eso lo que provocó la alarma, sino el tono de su voz. Sus pupilas se dilataron y el iris de sus ojos adquirió un tono violeta muy vivo. Tragó saliva y un mal pálpito

se apoderó de ella.

—¿Qué significa eso? ¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho, lo que sea necesario —respondió él, de nuevo muy serio. Su teléfono móvil comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo de su cazadora mientras se ponía de pie.

Kate lo agarró por la muñeca.

—Pero no a cualquier precio, William —dijo con voz temblorosa. Lo miró fijamente a los ojos, incapaz de reconocerle en ellos—. Siempre hay un límite.

William le sostuvo la mirada. Los músculos de su cuello se movieron debajo de la piel, tensos como el acero. No respondió. Le dio la espalda y se llevó el teléfono a la oreja mientras se dirigía a la cola del avión.

—Shane, voy a volverme loco —susurró, apretando los párpados con fuerza. Intentaba mantener la compostura, fingiendo ser un tipo duro, pero el tono vulnerable de su voz lo traicionaba y le hacía parecer un niño.

—Tranquilo, tío. Estamos a punto de llegar —contestó el licántropo al otro lado del teléfono.

—No hay otra opción, ¿verdad? No son delirios.

Shane soltó una risita maliciosa que hizo que William también sonriera.

—¿Crees que me jugaría el pellejo en una misión suicida si solo se tratara de una de tus paranoias? —bajó la voz—. Escucha, idiota. Es una locura, es probable que todo falle, pero es lo único que tenemos. No vamos a rajarnos, hermano. Cuando a una serpiente le extraes el veneno, deja de ser peligrosa. Y nosotros vamos a dejarlos secos.

William apretó el teléfono con fuerza. Shane se había convertido en alguien muy importante para él. Siempre lograba que las cosas parecieran fáciles. Sin contar con que era el único al que le permitía que lo llamara idiota.

Aterrizaron en el Aeropuerto Intercontinental Leonardo da Vinci a media tarde, donde los esperaba un coche que los llevaría hasta el centro de la ciudad. Kate trató de retomar el tema, pero entre las constantes interrupciones telefónicas y la presencia de Cyrus y el guerrero que conducía, no tuvo la más mínima oportunidad. Así que, se resignó a confiar en él, tal como le había pedido con tanta desesperación.

El coche se detuvo en la plaza de Santa María, en el antiguo barrio de Trastévere. Kate la reconoció enseguida. La había visto en tantas fotografías y documentales, que no tenía dudas. Durante unos largos segundos, se quedó fascinada admirando hasta el último rincón. La plaza estaba llena de turistas ruidosos e infinidad de olores que le colmaban los sentidos; incluido el de la sangre.

No se había dado cuenta de lo sedienta que estaba hasta que aquella marea de

cuerpos palpitantes la rodeó. Sus ojos volaron hasta el cuello de un chico que chocó con ella por accidente. Le sonrió, apenas un esbozo tentador, pero el muchacho se detuvo y le devolvió la sonrisa. Indeciso, regresó lentamente sobre sus pasos, atraído por ella y el aura que la envolvía.

Una figura se interpuso entre ellos. William fulminó al chico con una mirada helada. Despuésladeó la cabeza y miró a Kate. Echaba chispas por los ojos.

—Me da igual si solo es por la sangre, pero si vuelves a mirar a otro hombre de ese modo le partiré el cuello —le susurró al oído con voz envenenada.

Kate lo miró de hito en hito, mientras él la agarraba del brazo y la obligaba a caminar hacia una de las callejuelas. Nunca había oído hablar a William de ese modo, ni de la vida de un inocente con esa ligereza.

—Lo siento. Tengo hambre y aún me cuesta controlar el « influjo » .

—Ya me he dado cuenta. Y también me hago una idea de cuáles serán las fantasías de ese humano durante los próximos días —masculló William. Él mismo había sentido la sensualidad de esa influencia—. Debería volver y dejarle frito el cerebro.

—¿Qué?! —exclamó Kate sin importarle que Cyrus y los guerreros pudieran oírla—. Entonces, yo también debería partirles el cuello a esas dos que no apartan sus ojos de ti.

William alzó la vista y sus ojos se posaron en dos turistas de piel dorada que lo observaban con disimulo. Negó con la cabeza.

—No trates de darle la vuelta, Kate. Ni de lejos estamos hablando de lo mismo. No vuelvas a hacer algo así, o el próximo idiota que te mire de ese modo perderá los ojos. Aunque sea culpa tuya.

—¿Desde... desde cuándo te has convertido en alguien tan celoso? —inquirió ella sin entender su actitud.

William apretó los dedos en torno a su brazo y aceleró el paso. Estaba sorprendido de su arranque, no se reconocía a sí mismo. Se maldijo por haber explotado como lo había hecho, pero las palabras le quemaban en la boca.

—Desde que sé cómo somos los vampiros y tú eres una de nosotros, con los mismos instintos y apetitos —masculló con desdén.

Kate se quedó pasmada.

—¿De verdad crees que puedo sentirme atraída por otros hombres? ¡Pues te equivocas! ¿Esta es tu idea de la confianza? Maldita sea, William, ¿qué demonios pasa contigo? —musitó. Se estaba esforzando para no levantar la voz—. Solo tengo sed, su sangre olía bien... No había nada sucio por mucho que te empeñes en sacar las cosas de quicio.

Intentó que la soltara retorciendo la muñeca.

De repente, William tiró de ella y la hizo entrar en el portal de una vieja casa. Cerró la puerta tras ellos y estampó a Kate contra la pared. Se quitó la cazadora, la tiró al suelo, y pegó su cuerpo al de ella hasta eliminar el último espacio.

—Bebe —ordenó William ladeando la cabeza para mostrarle el cuello.

Kate se quedó de piedra, incapaz de moverse por la impresión.

—Estás sedienta, bebe —insistió él con el mismo tono severo del que no lograba deshacerse, como si estuviera enfadado todo el tiempo.

—No, puedo esperar —respondió ella sin poder apartar la mirada de su cuello.

Un hambre voraz le arañaba el estómago, pero no podía hacerlo. No podía beber de él y menos de ese modo.

—Quiero que bebas de mí y vas a hacerlo.

—Esto no está bien, no puedo... —susurró; pero sin darse cuenta sus manos se aferraron a sus bíceps y lo apretaron atrayéndolo hacia sí. Un deseo frenético se apoderó de ella. La tentación era demasiado intensa.

—Bebe, Kate —esta vez sonó a súplica.

Presionó su cuerpo contra el de ella, atrapándola con las piernas y las caderas. Deslizó una mano por su nuca, la enredó en su pelo y la atrajo hacia él. Ella se resistió un poco, creando una deliciosa fricción entre sus cuerpos que provocó que William la abrazara con más fuerza. Notó cómo ella cambiaba de opinión, incluso antes de que separara los labios y mostrara sus diminutos colmillos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo en el momento que le perforó la piel, y un sonido áspero escapó de su garganta. El efecto que produjo en él fue narcótico, una tentadora mezcla de deseo, excitación y profunda relajación. Sus manos se perdieron bajo su ropa casi sin darse cuenta, acariciándole sin prisa las caderas mientras ella tomaba cuanto necesitaba.

—Prométeme que siempre serás mía —susurró con voz áspera.

Kate aflojó la presión sobre su garganta y soltó el aliento de golpe, completamente saciada.

—Siempre —respondió con un hilito de voz, abrumada por la euforia que la sangre de William estaba provocando bajo su piel y sus caricias sobre ella.

Él la sostuvo por las caderas y la aplastó contra la pared con su cuerpo, como si nada fuera lo suficientemente cerca. La besó, sintiendo en la lengua el sabor de su propia sangre.

—A partir de ahora yo te alimentaré... —Le dio un mordisquito en el labio inferior. Kate asintió, dejándose llevar—. Nunca habrá nadie más, solo yo. Pase lo que pase no me dejarás nunca. ¡Prométemelo! —añadió él en tono vehemente.

—Solo tú —logró articular Kate entre beso y beso.

—Porque no dejaré que te vayas... Nunca.

Kate apenas lograba pensar. Su mente solo era consciente de las caricias, cada vez más apremiantes, que exploraban su cuerpo. No necesitaba el aire y aun así se estaba ahogando en la muerte más dulce. Él deslizó una mano por su costado, acarició sus costillas y ascendió hacia su escote. Y eso significaba que su

vestido no estaba donde debía estar. De repente, fue consciente del portal, del ruido de la ciudad al otro lado de la puerta y de las voces que descendían de la vivienda que habían invadido.

—Espera, espera —jadeó mientras se apartaba un poco. William volvió a besarla—. Espera —repitió deteniendo el avance de su mano—. No podemos seguir, no podemos hacer esto aquí.

—Sí podemos, podemos hacer lo que nos dé la gana —replicó mientras le mordisqueaba la barbilla.

—Vale, podemos, pero no debemos seguir. Aquí no —insistió Kate.

Su mirada voló hasta la puerta, segura de que al otro lado Cyrus y los guerreros los esperaban. Empezaba a sentirse avergonzada, demasiado consciente de las escenas que William y ella estaban protagonizando en las últimas horas; ya fuera para tirarse los trastos a la cabeza, o para perder esa misma cabeza por una sobredosis de lujuria.

Volvió a detener su brazo atrevido con una mano y con la otra apresó los mechones de pelo que se le rizaban en la nuca. Hundió los dedos en ellos y tiró, obligándolo a que alzara la cabeza para mirarla. Se estremeció, sorprendida. Los ojos le brillaban desde dentro, apenas se distinguían las pupilas. Tenían el aspecto de dos diamantes y reflejaban un gran tormento.

—¿Qué te pasa, William?

Él sacudió la cabeza y trató de besarla, pero ella le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a sostenerle la mirada.

—Tú no estás bien. Hace días que no estás bien, puedo verlo. Cuéntame lo que te ocurre —insistió—. Sabes que puedes contarme lo que sea. —Le acarició las mejillas con los pulgares—. Lo que sea.

William apretó los párpados, tratando de no desmoronarse. Imposible cuando ella le hablaba de ese modo. No podía más. Una a una las piezas de su interior comenzaron a aflojarse. Tragó saliva y bajó los ojos. Poco a poco le colocó el vestido en su sitio.

—No lo entenderías —susurró. Apoyó su frente en la de ella. No quería hacerle daño, que se enfadara, y parecía que eso era lo único que lograba hacer últimamente—. Sé que no vas a entenderlo, porque ni yo lo entiendo.

A Kate se le aflojó el cuerpo. Ahí tenía la confirmación de que en realidad ocurría algo extraño, y que no era su imaginación paranoica la que le estaba jugando una mala pasada. Lo abrazó, mientras en sus oídos aún resonaba su voz. Esa voz cálida y grave en la que una chica podía perderse para siempre, pero que ahora sonaba destrozada.

—Te prometo que lo intentaré —le aseguró ella. Apenas podía abarcar su enorme cuerpo entre los brazos, aun así, lo acunó como si fuera un niño pequeño.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si no eres capaz de...? —preguntó él.

Ella le tapó la boca con los dedos y siseó para hacerlo callar. Le acarició la

barba incipiente y lo miró a los ojos.

—William, no siempre vamos a estar de acuerdo. Somos distintos y muchas veces veremos las cosas de forma diferente. Discutiremos, es inevitable, pero eso no va a cambiar lo que sentimos. No cambiará lo que siento por ti. Que me mientas o me ocultes cosas sí puede cambiarlo. Tenemos que confiar el uno en el otro para que lo nuestro funcione.

William soltó el aire que había estado conteniendo y la envolvió con sus brazos.

—No quiero perderte.

—No vas a perderme —aseguró Kate.

—Te he mentado. Han pasado algunas cosas... y he tomado decisiones que te afectan y que no he compartido contigo —confesó al fin en un susurro.

A Kate esas palabras le cayeron como un jarro de agua fría, pero intentó que no se le notara. Él se estaba sincerando y era evidente que se sentía mal.

—¿Por qué? —preguntó a media voz mientras le acariciaba la nuca.

—Porque sé que no lo vas a entender. Estoy a punto de hacer algo de lo que ni yo estoy seguro...

—William, debemos darnos prisa —dijo Cyrus al otro lado de la puerta.

William ladeó la cabeza y miró la madera. Su rostro se convirtió en la viva imagen de la resignación y la desolación.

—¿Qué vas a hacer, Will? —preguntó Kate llamando de nuevo su atención. No estaba dispuesta a que la conversación terminara allí.

—Me gusta cuando me llamas así —suspiró él, y añadió tras una breve pausa —: Tenemos que irnos.

La liberó del peso de su cuerpo. Una fría máscara cubrió sus facciones. La tomó de la mano, recogió su chaqueta del suelo y abrió la puerta. La luz del sol y el ruido los envolvió de nuevo.

Kate cruzó su mirada con Cyrus. El vampiro parecía demasiado tenso y atento a los movimientos de William.

—¡Will! Confianza, ¿recuerdas? —exclamó Kate.

Tiró de su mano, tratando de frenarlo. No podía soltarle que le había estado mintiendo y dejarla así, sin una sola aclaración. William se dio la vuelta.

—Pues confía en mí. Vas a tener que hacerlo si de verdad crees firmemente en todo lo que acabas de decirme. ¿Me quieres?, entonces no debería costarte mucho.

Recorrieron el laberinto de callejuelas del barrio de Trastévere hasta llegar al río, y continuaron caminando de prisa bajo la sombra de los árboles que cubrían la zona. Un rápido vistazo a su espalda, le bastó a Kate para darse cuenta de que los otros guerreros que les habían acompañado durante el vuelo habían vuelto a unirse a ellos, junto con otros dos que ni siquiera había visto aparecer.

—Aseguraos de que no nos ha seguido nadie —dijo Cyrus a dos de ellos. Después, se acercó a otros dos—. Quiero a todo el mundo en su sitio. Si la seguridad se ve comprometida, decapitaré al responsable.

Los guerreros asintieron una sola vez y dieron media vuelta. Kate sabía lo difícil que les resultaba moverse a plena luz del día, rodeados de humanos de corazones palpitantes y bajo un sol que hasta hace poco era letal para ellos. Pero nada en su aspecto manifestaba el tormento que, estaba segura, sufrían en su interior.

Dos minutos después, se detenían frente a un pequeño palacete de muros rojizos. Cyrus golpeó una enorme puerta de madera oscura. Inmediatamente se abrió y en el umbral apareció un vampiro de pelo oscuro y ojos rasgados. Se inclinó con una profunda reverencia, que no abandonó hasta que todos estuvieron dentro. Kate dedujo que debía ser algo así como un mayordomo.

—Mi príncipe —dijo con tono ceremonioso una vez hubo cerrado la puerta.

Volvió a inclinarse y, con un gesto de la mano, les indicó que lo siguieran.

Kate se quedó boquiabierta en cuanto abandonó el vestíbulo y penetró en la siguiente sala. Los techos y las paredes estaban recubiertos de frescos. Los dorados de las puertas y las ventanas entraban por los ojos como destellos, que rivalizaban con el brillo del suelo de mármol y las columnas. El lujo y la opulencia la dejó muda. Cruzaron un pasillo que era casi tan ancho como la casa de huéspedes, con enormes ventanales que daban a un jardín interior donde una fuente impresionante humedecía el ambiente. Al final del pasillo una puerta se abrió, y Robert apareció a través de ella. El vampiro vestía de esa forma tan elegante habitual en él; con el porte de un príncipe, pero la expresión de un condenado.

—Hermanito —saludó con una sonrisa. Abrazó a William y lo sostuvo apretado contra su pecho unos segundos.

Kate empezó a preocuparse de verdad. Ni una broma sobre su atuendo, ni un pique, nada. Solo un abrazo desesperado que no había visto nunca.

—Hola, Kate —Robert se dirigió a ella. La tomó de las manos y se las llevó a los labios para besarlas—. Tan preciosa como siempre.

—Hola, Robert. Me alegro de verte.

El vampiro le dedicó una sonrisa y le rodeó los hombros con el brazo.

—Madre ha dispuesto una habitación para vosotros en la primera planta —empezó a explicar a William. Señaló con la barbilla al mayordomo—. Giusto y ya ha subido vuestro equipaje y lo ha preparado todo... —Se detuvo un instante y olisqueó el aire. Una sonrisa se extendió por su cara—. ¿Os habéis puesto de acuerdo para llegar al mismo tiempo?

El sonido de unos pasos apresurados repiqueteó contra el suelo. Una de las puertas se abrió y Marie entró a la carrera tirando del brazo de Shane; Daniel los seguía con Carter pisándole los talones; y Samuel cerraba el grupo con cuatro de sus cazadores vigilando con ojos atentos hasta el último rincón.

—¿Qué hacen ellos aquí? Creía que el Consejo no se reunía con los lobos —preguntó Kate a William.

—Esta reunión es algo diferente. El tema que vamos a tratar nos incumbe a todos —respondió antes de que Marie saltara sobre él y se colgara de su cuello—. Hola, pequeñaja.

William se acercó a Shane y le dio un abrazo. Repitió el mismo gesto con Carter. Después se dirigió a Daniel y a Samuel, y los abrazó al mismo tiempo por el cuello.

—Gracias por estar aquí, no podría hacer nada de esto sin vosotros —susurró.

—Esta guerra también es nuestra. Y si no lo fuera, estaría contigo de todas formas —dijo Daniel—. Tú harías la misma maldita cosa por mí. Somos amigos.

—Somos familia —intervino Samuel sin apartar su mirada del séquito de guerreros que en ese momento ocupaba el corredor. Después paseó la vista por sus hombres; estos asintieron con una leve reverencia. Jamás pensó que lo vería de verdad: vampiros y licántropos bajo un mismo techo. A pesar del pacto, sus especies nunca dejaron a un lado los sentimientos y las heridas que, siglos de guerra y destrucción, habían marcado a fuego sus corazones. Hasta ahora.

—Mi príncipe —intervino el mayordomo—. La reunión está a punto de comenzar y vuestro padre desea hablar con vos antes.

William asintió una sola vez y lo miró por encima del hombro.

—Asegúrate de que están bien atendidos —dijo al mayordomo.

Se dirigió a la puerta más cercana con Robert a su lado. Hizo todo lo posible para no mirar a Kate, pero podía sentir sus ojos sobre él: expectantes, preocupados, y también aterrorizados. Se arrepentía tanto de no haber hablado con ella antes; ahora ya no quedaba tiempo.

Los demás siguieron al mayordomo hasta un enorme recibidor. El vestíbulo

estaba revestido de mármol blanco, desde el suelo hasta las columnas que sostenían el peso de una cúpula decorada con frescos que se alzaba varios metros por encima de sus cabezas. Una mujer, con la misma actitud servicial del mayordomo, los esperaba junto al pasamanos de una de las dos escaleras que conducían a la primera planta.

—Si me lo permiten, les mostraré sus habitaciones —se dirigió a Kate y Marie.

Empezó a subir la escalera.

—¿Ellos no vienen con nosotras? —preguntó Kate en un susurro, al ver que los licántropos ascendían por la otra escalera en dirección contraria a la de ellas.

Marie sacudió la cabeza con un gesto negativo. Sus ojos se entretuvieron un instante en la espalda de Shane.

—Tú confías en ellos y no te sientes amenazada por su presencia, pero no olvides lo que ellos son y qué somos nosotros. Para el resto de vampiros que habitan entre estos muros es difícil estar cerca de los hombres-lobo. Y a los lobos les ocurre exactamente lo mismo —explicó Marie en voz baja—. El pacto mantiene la paz entre ambas especies, pero aún no ha logrado que seamos capaces de convivir con normalidad. ¿Recuerdas el baile del centenario?

—Sí —respondió Kate. Jamás olvidaría esa noche.

—Ya viste cómo reaccionaron los invitados cuando vieron a Shane, y en aquel momento solo era uno. Ahora hay una treintena de ellos.

Terminaron de subir la escalera y continuaron por un largo corredor, que se asemejaba más a la sala de un museo que al pasillo de una casa. Kate tomó aliento en un intento por calmarse. Sus pulmones se hincharon de aire, a pesar de no necesitarlo, y lo expulsaron con un largo suspiro.

—¿Tú sabes de qué va todo esto en realidad? —preguntó Kate.

Marie alzó las cejas con un gesto inquisitivo.

—¿A qué te refieres?

Kate echó un rápido vistazo a su alrededor y aminoró el paso para alejarse un poco de los oídos de la sirvienta.

—A este viaje, a esta reunión tan precipitada, al Consejo... ¿Cuántas veces han estado presentes los licántropos en una reunión del Consejo? Nunca, ¿verdad? No sé, pero hay algo raro.

Marie se detuvo y cogió a Kate de la mano.

—Cielo, las cosas ahí fuera se están poniendo muy feas, y van a empeorar. De ahí la premura para esta reunión. Hay que encontrar la forma de parar a los renegados y eso es algo que incumbe a ambos clanes. No lo lograremos si no unimos fuerzas.

Kate le lanzó una mirada confusa. Se pasó una mano por la cara y la deslizó hasta su esbelto cuello.

—Eso lo sé, y lo entiendo. Pero...

—Si estuviera pasando algo, Shane me lo habría dicho.

—Marie, no son paranoias, lo siento aquí dentro... —Se llevó la mano a la altura del corazón. Hizo una pausa, y empezó a confeccionar una lista mental de todas las cosas que la habían empujado a creer que allí se estaba tejiendo la trama de algo que no presagiaba nada bueno, empezando por la propia confesión de su prometido—. William está muy raro.

—¿Más de lo normal, quieres decir? —bromeó Marie.

Kate sacudió la cabeza. Su habitual sonrisa había desaparecido y, en su lugar, una expresión más adusta y seria ensombrecía su rostro.

—Me está ocultando algo. Siempre está preocupado. Se enfada por cualquier cosa y está muy distante. Rehúye mi mirada y... —Se mordió el labio, confiando en no parecer una neurótica paranoica—. Él mismo lo ha admitido. Va a hacer algo que tiene miedo a contarme.

—¿Me estás tomando el pelo? —soltó Marie con los ojos muy abiertos—. William nunca te ocultaría nada. Es demasiado honorable y responsable para hacer algo así. Es más, yo diría que tiene algún tipo de alergia a lo incorrecto. Si intentara portarse mal, seguro que se hincharía como un globo y la piel se le llenaría de pústulas.

Kate no pudo evitar sonreír.

—Sé cómo es, pero estos últimos días no es el de siempre. Algo le pasa, Marie. Lo sé.

William estaba inmóvil frente a una de las ventanas. El silencio de la habitación pesaba en el aire, enrareciéndolo, lo sentía viscoso en sus pulmones. Su cuerpo rezumaba nerviosismo y sus pensamientos vagaban en una única dirección: Kate. Pensar en ella lo desgarraba por dentro, como si un animal salvaje tratara de abrirse camino a través de su pecho, arañando cada uno de sus huesos. Estaba flaqueando y su seguridad comenzaba a diluirse bajo las vibraciones de un brote de pánico incontrolable.

Sabía, sin necesidad de comprobarlo, que todas las miradas estaban puestas en él. De repente, el peso de la responsabilidad le pareció insoportable, lo aplastaba de una forma odiosa y persistente. ¿Cómo iba a guiar a todas aquellas personas si no era capaz de manejar su propia vida? Se dio la vuelta mientras se masajeaba el puente de la nariz. Shane se acercó y le puso en la mano un vaso que contenía un líquido lechoso de color verde queapestaba a alcohol.

—Es absenta, tumbaría a un elefante. Bébetelo, te calmará un poco.

William frunció los labios con una mueca de asco, pero le hizo caso y se lo bebió de un trago. El líquido bajó por su garganta, abrasándola como si hubiera bebido ácido. Dejó el vaso sobre la mesa y se sentó en un sofá con brocados dorados. Sus pensamientos iban a mil por hora sin poder encontrar una vía de escape de aquel callejón sin salida.

Todos estaban igual de nerviosos.

La frente de Sebastian se arrugó sobre sus ojos azul marino. En breve comparecería ante el Consejo. Tendría que dar explicaciones y contestar preguntas para las que no tenía respuesta. No podía decir la verdad sobre su hijo, su esposa, los ángeles..., ni sobre por qué abdicaba en realidad. En cuanto a Adrien y su madre, aún no sabía cómo iba a explicar la oportuna aparición de unos descendientes de Lilith a los que se daba por muertos. ¡Que Dios le ayudara con todo aquello!, porque él sentía que se le escapaba de las manos. Entre todos, y con la ayuda de Silas, habían inventado una historia bastante creíble que incluía una profecía; aunque no la verdadera. Con un poco de suerte saciaría la curiosidad de los miembros del Consejo; al menos, eso esperaba.

William alzó la vista y se encontró con la mirada de su padre sobre él. Se dedicaron una sonrisa, apenas insinuada: una palmadita de ánimo. Recorrió con

la vista los rostros de los presentes. Robert se hallaba sentado junto a Sebastian en un incómodo sofá de terciopelo burdeos. Daniel, Samuel y Carter se encontraban a su derecha. Shane y Cyrus a su izquierda, de pie, hombro con hombro; aquellos dos habían creado un lazo de lealtad que William nunca imaginó posible.

Adrien se mantenía apartado, pero sin perder de vista a ninguno de ellos. Minutos antes le habían explicado todo lo que iba a acontecer en las próximas horas, por qué estaba allí y cuál era su papel. Su cuerpo exhalaba desconfianza, y solo seguía allí por ese pequeño resquicio de culpabilidad que lo obligaba a hacer lo correcto.

Adrien miró a William. La conexión que había entre ellos se estaba volviendo más fuerte. Podía sentir sus emociones, incluso su presencia cuando no se encontraban en la misma habitación. Tenía la impresión de que se debía a que los ángeles funcionaban como si fuesen las abejas de una colmena, todos conectados; o puede que solo se tratara de algo entre ellos dos. Al fin y al cabo, eran los primeros y únicos de una nueva especie. Aún no lograba asimilarlo.

Unos golpes sonaron en la puerta y todos se pusieron en guardia. Cyrus, que había salido un minuto antes, entró en la sala y clavó sus ojos en William.

—Los Arcanos han llegado. Te están esperando. —Ladeó la cabeza y señaló a Adrien con un dedo—. A él también.

Adrien se puso de pie con el ceño fruncido.

—¿A mí?

Cyrus asintió.

—Daos prisa —los urgió.

Los dos vampiros abandonaron la sala y siguieron al guerrero hasta el vestíbulo principal. Una vez allí, salieron al jardín y se dirigieron a una pequeña capilla en la parte trasera de la mansión. Penetraron en el interior, recorrieron el pasillo hasta el altar y entraron en una pequeña sacristía. En el suelo se abrían unas escaleras de piedra que descendían.

—¿Hay algo que deba saber sobre esos tipos? —preguntó Adrien cuando no pudo soportar la tensión que sentía en el pecho.

William se encogió de hombros.

—Nunca los he visto, solo he oído hablar de ellos. Pero te daré un par de consejos: habla solo cuando se dirijan a ti y no les mientas. Si lo haces lo sabrán, lo saben todo. Pueden ver dentro de tu mente.

—¿Lo dices de forma literal?

William asintió, a modo de respuesta. Sonrió al ver la cara de estupor de Adrien.

—¡Eso no me gusta nada! —exclamó Adrien con la voz aguda y fría como fragmentos de hielo. Su mente estaba llena de recovecos oscuros de los que no se sentía orgulloso. De deseos y remordimientos que no era capaz de confesarse a sí mismo.

La escalera desembocó a un frío pasillo de piedra abovedado.

—¿Tienes miedo? —inquirió William, y una sonrisa maliciosa curvó sus labios.

—No tanto como tú. Yo no soy el idiota que va a convertirse en rey —respondió el mestizo con voz queda.

—Solo si ellos me aceptan, si no lo hacen, estamos jodidos. Si no me convierto en rey no tendré nada con lo que negociar. —Entornó los ojos—. No vuelvas a llamarme idiota, o esa será la última vez que uses la lengua.

Adrien lanzó un silbido y sus ojos brillaron en la penumbra del pasillo.

—A todo esto... ¿de quién fue la idea? No es que me asuste morir, pero nunca imaginé que sería porque iba a suicidarme.

William lo miró fijamente con una mueca de fastidio.

—Si tienes una mejor, soy todo oídos.

Adrien puso su cara más inocente.

—¿Enviar a los ángeles y a los humanos al infierno, y convertirnos en la raza suprema? —sugirió—. No sé, a mí me suena bastante bien. Prefiero una vida tranquila, rebotante de sangre y sexo, a que me corten la cabeza. ¿Tú no?

William resopló, cada vez más mosqueado.

—Y pensar que tú y yo compartimos la misma sangre.

Adrien soltó una risita.

—Si esperas que te abraze...

—¿Sabes? No impresionas a nadie con esa actitud de «a mí no me importa nada». Si, por una maldita vez, intentaras tomarte algo en serio, yo no tendría que ir solucionando todo lo que estropeas —soltó William sin rodeos.

Adrien se paró en seco y le lanzó una mirada feroz.

—Tú tampoco impresionas a nadie. —Le apuntó con el dedo índice y lo golpeó en el pecho—. Con ese aire de héroe atormentado solo das pena.

—No me toques —masculló William. Lo apartó de un empujón.

Adrien le devolvió el empujón.

En un visto y no visto, ambos estaban de espaldas contra la pared. Sus cabezas rebotaron contra la piedra y les rechinaron dientes con una nueva sacudida.

—Basta ya, os comportáis como niños. Deberíais avergonzaros —masculló Cyrus en tono severo mientras los estrangulaba con sus manos—. ¿Y vosotros sois los que vais a salvarnos? Estupendo... ya podemos darnos por muertos.

Los miró a los ojos sin disimular el desprecio que sentía por ellos en ese instante. Los soltó, se recolocó la guerrera con un par de tirones, y reanudó el camino.

—¿Te sirve y le permites que te falte al respeto? —preguntó Adrien a William en cuanto recuperó el funcionamiento de sus cuerdas vocales.

—No importa si se es rey o vasallo. Un hombre debe ganarse el respeto de otro con sus actos. Y el mío por vosotros está bajo mínimos —les espetó Cyrus

con una mirada aviesa por encima de su hombro.

—¿Siempre es así?

—Cierra la boca —masculló William—. Ya has visto cómo las gasta. Ahí donde le ves, tiene unos mil quinientos años. Yo me lo pensaría dos veces antes de provocarle.

—¡Joder! —soltó Adrien con los ojos clavados en la espalda de Cyrus. El vampiro apenas aparentaba los diecisiete y llevaba sobre la tierra más de quince siglos. Pero no era eso lo que llamó su atención. ¿Qué clase de tipo lograba sobrevivir tanto tiempo en un mundo como aquel? La respuesta era evidente. Alguien con la fuerza y los recursos suficientes para ser considerado un arma peligrosa. Algo parecido a la admiración cruzó por los ojos de Adrien.

Giraron a la izquierda y penetrando en un pasadizo iluminado por antorchas. El sonido de unos pasos llegó hasta ellos, reverberando en las paredes. La silueta de tres personas quedó recortada contra el resplandor de las llamas. Cyrus se detuvo.

—Yo no puedo pasar de aquí —informó a William; y con un gesto de la cabeza les indicó que continuaran caminando.

Dos vampiros de un tamaño descomunal se pararon frente a ellos. Lucían el emblema de la Guardia Púrpura, los soldados que se ocupaban de la seguridad de los Arcanos. Se hicieron a un lado y la tercera figura, más menuda, quedó a la vista: una mujer. Era alta, esbelta, con una larga melena negra y lisa hasta la cintura. Caminaba sobre unos tacones imposibles que hacían que sus caderas se contonearan con un movimiento felino y cimbreado. Unas caderas que se adivinaban a la perfección bajo la fina seda de su vestido de estilo oriental. Cada vez que daba un paso, la abertura de la prenda púrpura y dorada mostraba sus largas piernas hasta la cintura. Se detuvo frente a ellos e inclinó la cabeza. Conocía la costumbre, a un miembro de la realeza no se le miraba a los ojos hasta que este te dirigía la palabra.

Los ojos de William se abrieron como platos y una sensación extraña le recorrió el cuerpo.

—¿Mako? —preguntó, frunciendo el ceño con desconcierto.

La mujer levantó sus ojos rasgados del suelo y, con cierta timidez, enfrentó la mirada asombrada del vampiro.

—Príncipe —saludó Mako con tono ceremonioso. Miró a Adrien e inclinó la barbilla con una leve reverencia—. Debéis acompañarme, los Arcanos os recibirán ahora.

Dio media vuelta y emprendió el camino de regreso que la había llevado hasta allí. William y Adrien la siguieron, tras ellos los dos guardias cerraban la marcha.

—¿La conoces? —susurró Adrien, usando el lenguaje de los ángeles.

—No es asunto tuyo —le respondió en la misma lengua. Ninguno sabía cómo

y cuándo había surgido esa habilidad, pero la hablaban a la perfección.

A Adrien no le pasó desapercibida la incomodidad de William.

—*Vaya, ya veo que sí la conoces* —y añadió con malicia—: *Y Kate, ¿ella también ha tenido el placer...?*

—*Déjalo* —lo avisó William con una mirada asesina. Aceleró el paso hasta colocarse tras ella, tan cerca que casi la rozaba al andar—. Mako, ¿qué haces tú aquí?

Ella se estremeció un instante y enderezó la espalda intentando controlar sus pasos.

—Mako... —insistió él.

—Aquí no. No me está permitido hablarte —dijo ella en un susurro.

—Pero... la última vez que te vi... tú... ¡Te fuiste sin siquiera despedirte!

—Por favor. No es el momento —suplicó con la vista al frente.

Al final del pasillo había una puerta. Estaba abierta y penetraron en una sala tallada en la roca.

Un silencio sepulcral se impuso en el ambiente mientras ocupaban el sitio que les indicó Mako: frente una plataforma de piedra a la que se llegaba a través de tres escalones de poca altura. Sobre esa plataforma había un altar flanqueado por varios velones negros, tan gruesos como el brazo de un hombre, encajados en unos candelabros de hierro. Detrás del altar, una pintura ocupaba toda la pared: la imagen de una mujer muy hermosa de ojos rojos, semidesnuda, con una serpiente enroscándose en su pierna. Lilith.

William contempló la sala y sus ojos acabaron encontrándose con los de Mako. La vampira apartó la mirada rápidamente, más afectada de lo que intentaba aparentar; cerró los párpados un momento, antes de volver a abrirlos y dirigirse a la plataforma donde permaneció inmóvil con la barbilla levantada.

—Bienvenidos, hijos de Lilith.

Adrien y William se volvieron hacia la voz.

Tres figuras cubiertas por túnicas de color púrpura pasaron junto a ellos aspirando hasta la última molécula de aire, dejando tras sus pasos un extraño vacío. Nada en ellos era visible, ni siquiera sus caras. Se situaron delante del altar. Hubo un largo silencio en el que Adrien y William empezaron a ponerse más nerviosos de lo que ya estaban.

William no tenía ni idea del protocolo a seguir, pero si algo tenía claro era que con los Arcanos había que tener mucho cuidado. Ni siquiera sabía cómo dirigirse a ellos sin arriesgarse a ofenderlos. Su padre apenas pudo darle un par de directrices, ya que la primera y única vez que estuvo ante ellos fue durante su coronación, muchos siglos atrás. Y ni de lejos la situación era la misma, aunque pudiera parecerlo.

William dio un paso al frente con la actitud más sumisa que fue capaz de adoptar.

—Arcanos... —empezó a decir.

La figura que ocupaba el centro alzó el brazo, pidiéndole que guardara silencio, y dejó a la vista una mano de largos dedos de un color dorado resplandeciente. William inclinó la cabeza y se quedó inmóvil. La misma mano hizo una señal a Mako. La vampira se giró hacia el altar y cogió una bandeja donde reposaban dos cuencos de barro con sendas dagas de plata.

—La sangre pura que corre por vuestras venas hablará por vosotros —dijo el ser que se ocultaba bajo la segunda túnica, situado a la derecha del altar.

Mako se acercó a Adrien, sus rodillas se doblaron con una venia. A continuación, tomó una daga de la bandeja y se la ofreció.

No había que ser un genio para darse cuenta de qué se le estaba pidiendo, así que, sin vacilación, Adrien tomó la daga e hizo un corte en su muñeca, extendida sobre el cuenco. Recuerdos de lo ocurrido en Heaven Falls cruzaron por su mente. Los remordimientos que su conciencia no lograba acallar se agitaron dentro de él.

Mako se colocó frente a William y realizó una reverencia. Tomó la otra daga y se la ofreció. Durante un instante no pudo resistir el deseo de mirarlo y alzó los ojos hacia él. William le sostuvo la mirada hasta que ella la apartó, agitada. El tintineo de la sangre al gotear sobre el cuenco reverberó en las paredes y su olor metálico llegó hasta el último rincón.

Mako les dio la espalda y se acercó a los Arcanos. Se arrodilló en el suelo y les ofreció la bandeja. Uno a uno tomaron los cuencos y bebieron un sorbo del líquido que contenían. Sus cuerpos comenzaron a vibrar con un tenue zumbido.

William se sintió helado hasta las puntas de los pies. Un rápido vistazo al rostro de Adrien le bastó para saber que estaba experimentando lo mismo. De repente, notó un pequeño roce, ladeó la cabeza buscando aquello que lo había tocado, pero allí no había nada. Un nuevo intento, esta vez más intenso. Entonces se dio cuenta de que era dentro de su cabeza donde estaban intentando entrar. Un brote de pánico se apoderó de él. Su instinto trató de bloquear la intromisión. Imposible. Sintió una presión, un fuerte tirón, y las puertas de su mente se abrieron. La oscuridad lo rodeó por completo, ávida como un animal salvaje y hambriento, iluminada por leves destellos de colores. No podía moverse mientras sentía cómo su cerebro era desmenuzado hasta la última célula. Cada pensamiento, cada sueño, cada deseo, cada miedo fue absorbido por aquella fuerza que lo devoraba.

«Te vemos... Sabemos lo que eres... Luz... Miedo... Dolor... Ira... —Tres voces se colaron en su cabeza. Hablaban a la vez, inconexas y frías—. Tiene debilidades... Pero se hace fuerte... Muy fuerte... Demasiada humanidad... — William se llevó las manos a las sienes, convencido de que no podría aguantar mucho más aquella furiosa invasión—. La sangre de ellos es preponderante... Ellos nos traicionaron... La dominará... No se apartará del camino... Ella lo aprueba... Empuñará la espada contra la serpiente... Pero no por el motivo

correcto... Venganza... Es él... Debe ser él... No, ellos... Sus hilos se tejieron entrelazados... Son uno solo, comparten el vínculo... Es débil...»

—Basta —dijo William entre dientes; su cerebro ardía.

«Se fortalecerá... La sangre les une... El destino les une... Es puro... Sacrificio... Vida... Traición... —Las voces comenzaron a retirarse—. Está escrito... El don será concedido... Muerte... Muerte... Muerte...»

La luz fue desapareciendo y el frío dejó de atenzar sus huesos. Toda la ilusión desapareció. Los ojos de William se abrieron de golpe. El estómago se le puso del revés y unas arcadas que sabían a bilis ascendieron por su garganta. Logró enfocar la mirada en el altar, los Arcanos habían desaparecido. A su lado, Adrien resoplaba como si se estuviera ahogando. Se acercó al vampiro y su mirada vidriosa inyectada en sangre se posó en él.

—¿Estás bien?

—¿Ya está, ha terminado?

—Creo que sí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Adrien con un hilo de voz.

—No lo sé.

—Pues no me ha gustado. No quiero volver a sentirlo. Me encontraba... —Apenas podía pensar.

—¿Expuesto, vulnerable...?

Adrien se enderezó en toda su longitud. En la expresión de William pudo ver que para él tampoco había sido un paseo agradable.

—Sí —respondió a media voz, y añadió preocupado—: Han visto lo que somos.

—Hemos visto lo que sois —dijo uno de los Arcanos tras ellos.

Adrien y William se dieron la vuelta con un respingo.

—Lo que habéis provocado —dijo el segundo a su derecha.

—Lo que habéis despertado —susurró el tercero a su izquierda.

—Ahora debéis pararlos —habló de nuevo el primero.

—Este mundo no les pertenece...

—Él no debe entrar...

—No debe quedarse...

—O todos desapareceremos.

—¿Quién? ¿Quién no debe entrar? —inquirió William. No lograba entender nada. Le ponía de los nervios todo aquel misterio.

—¿Los renegados? ¿Es a ellos a quienes debemos parar? Joder, pues por eso estamos aquí —intervino Adrien.

William le lanzó una mirada airada, instándolo a que guardara silencio. Los Arcanos se acercaron a ellos, formando un círculo a su alrededor.

—Tu petición es aceptada. El rito tendrá lugar.

Sebastian dio por finalizada la reunión del Consejo. Nadie se movió, ni comentó nada. Sus caras de estupor lo decían todo. Sebastian acababa de abdicar a favor de su segundo hijo, pasando por alto al primogénito, y lo había hecho con las explicaciones justas y necesarias, sin desvelar nada de nada. William podía ver en aquellos rostros la dudas y la curiosidad. Podía notar sus miradas sobre él, el agradecimiento por haberles liberado de la maldición, y el recelo sobre cómo lo había conseguido; pero nadie osó preguntar.

Durante miles de años la familia real había protegido a su pueblo y eso era lo importante. Indómitos y orgullosos, nunca habían dado un solo motivo para cuestionar su liderazgo. Ningún miembro del Consejo se atrevería a discutir sus decisiones, y menos ahora que habían logrado liberarlos de su peor debilidad. Los Crain se habían ganado el derecho a ser dictatoriales, en el buen sentido, y en aquel momento era una verdadera bendición.

Los miembros del Consejo se pusieron de pie y uno a uno fueron abandonando la sala. En pocas horas tendría lugar la coronación.

William se mantuvo impassible en su asiento, bajo el escrutinio de cada vampiro que dejaba la sala. Por dentro hervía de nerviosismo. No podía dejar de pensar en Kate. Necesitaba verla, hablar con ella, contarle de una vez por todas lo que estaba ocurriendo; antes de que alguien se le adelantara y echara por tierra su única posibilidad de hacerle entender.

Por fin los Crain se quedaron solos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó Marie poniéndose de pie. Estaba tan atónita como el resto de consejeros

Como miembro de la familia real pertenecía al Consejo y debía asistir a las reuniones. Le había costado mucho mantener la compostura y fingir que estaba al tanto de todo, mientras oía cómo su padre abdicaba en favor de su hermano.

William cerró los ojos un instante, se había olvidado completamente de su hermana. A ella también la habían mantenido al margen. ¿Por qué? Buena pregunta.

—¿Vas a convertirte en rey? —preguntó furiosa a su hermano. Después se giró hacia su padre y Robert—. ¿Va a convertirse en rey y así es como me entero?

—Marie, teníamos un motivo... —empezó a decir Sebastian.

—¿Qué está pasando? ¿A qué viene todo esto? —insistió ella.

Las puertas se abrieron y los Solomon entraron en la sala.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Shane.

Marie se volvió hacia él hecha una furia.

—¿Tú sabías lo que mi familia estaba planeando? —La culpa se dibujó en el rostro del licántropo—. No puedo creerlo. Lo sabías y me lo has ocultado.

Demasiado enfadada para seguir allí sin sacudirle a nadie, abandonó la sala con los puños apretados y soltando una retahíla de maldiciones. Shane la siguió.

—Marie, espera... No te lo dije porque... —trató de explicar.

Ella se dio la vuelta y le apuntó con un dedo acusador.

—Me has mentido, y me has mentido sobre mi propia familia.

—Puedo explicarlo.

—No, no puedes. —Marie sacudió la cabeza con vehemencia—. Dentro de dos horas William va a convertirse en rey. No hay lógica en el mundo que explique eso.

—¿Qué has dicho? —preguntó Kate tras ellos.

Se había acercado sin que nadie se percatara de su presencia. Cansada de esperar en su habitación, había estado curioseando por el interior de la villa. Al ver a los miembros del Consejo retirarse, corrió al salón en busca de William. Sus ojos volaron hasta él, que salía de la sala de reunión junto a Daniel. Se había estrujado la cabeza pensando en qué podría ser eso tan malo que él le estaba ocultando, pero jamás en la vida habría imaginado algo así. ¿Rey? No lograba entenderlo. No veía la jugada.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

Él le sostuvo la mirada. Con dos pasos acortó la distancia que los separaba y la tomó del codo instándola a acompañarlo.

—¡Respóndeme! —exclamó enfadada.

—Aquí no —masculló William.

Con ella casi en volandas, cruzó el vestíbulo y subió la escalera. La condujo hasta la alcoba que compartían y cerró la puerta una vez dentro. La soltó y se quedó apoyado contra la madera, sin apartar los ojos de ella.

—¿Este era el secreto, eso que no podías contarme porque tan seguro estabas de que no lo iba a entender? ¿Pues sabes qué?, tenías razón, no lo entiendo —dijo Kate desde el otro lado de la habitación.

Había puesto toda la distancia posible entre ellos sin ser consciente de que lo hacía. William, con una punzada amarga, sí que se percató del detalle. Se pasó las manos por la cara, dolido. Se acercó a la cama, que ocupaba el centro de la estancia, y se sentó en ella con gesto cansado.

—Hasta hace un instante me moría por saber. Estaba preocupada por ti, por eso que cargas y que parece pesarte tanto. Ahora me da miedo preguntar —

musitó Kate.

William continuaba mirándola, de un modo que la estaba poniendo de los nervios. Podía sentir cómo la frustración se acumulaba en su interior. Él sonrió, aunque no había ni una pizca de humor en su gesto.

—Lo siento. Siento no habértelo dicho —dijo William.

—¿Lo sientes? ¡Sí, es evidente cuánto lo sientes! —replicó con tono mordaz—. ¿Quién está al tanto?

William dejó escapar un suspiro, pero no aflojó la presión que sentía en el pecho. Se acabó el tiempo, era hora de hablar y enfrentarse a lo que él mismo había forzado.

—Mi padre, Robert, los Solomon, Silas... —Sacudió la cabeza, pensando— Cyrus y Mihail. Nadie más.

—Está claro en quién confías y en quién no —criticó Kate, sintiéndose más sola que nunca.

William se puso de pie y se acercó a ella. Alzó la mano para acariciarle el rostro, pero sus dedos solo lograron rozarle las puntas del cabello antes de que la chica se apartara. Se moría por tocarla, abrazarla, y esconderse con ella para siempre bajo las sábanas de aquella cama.

—No digas eso. Sabes que no es cierto.

Kate sacudió la cabeza y se abrazó el estómago.

—¿Ah no? Entonces, ¿por qué ellos están al tanto y yo no?

—Para protegerte; y porque los necesito, porque sin ellos no puedo lograrlo...

—Los necesitas... Eso quiere decir que a mí no. Bueno es saberlo.

—Kate —William pronunció su nombre con un ligero tono de advertencia. No estaba dispuesto a entrar en ningún tipo de juego y chantaje emocional.

—Vale... —accedió Kate, replegando su mal genio y las ganas de gritar y discutir. Trató de que su voz sonara más calmada—. ¿Lograr el qué? ¿Para qué necesitas ser rey?

—Tengo que acercarme a los renegados, lograr que confíen en mí, y esta es la única forma de conseguirlo.

—Explicate —le exigió con un mal palpito.

—Voy a hacerles creer que estoy de su parte, que pienso como ellos y, que como nuevo rey, estoy dispuesto a cambiar las leyes. Les he dado el sol, ahora les haré creer que les daré el mundo y que juntos lo gobernaremos. Demasiado tentador como para que no acaben aceptando. Y cuando eso ocurra, cuando confíen en mí, caeré sobre ellos y los borraré de la faz de la tierra.

Kate se pasó una mano por el cuello, sin saber muy bien qué hacer con la sensación angustiosa que le estrujaba las entrañas.

—¿Cómo?

—Tengo que lograr reunirlos; a todos los que pueda. Cercarlos en un lugar seguro y masacrarlos sin darles tiempo a que sepan lo que ocurre. Solo lo lograré

si me los gano primero, si acuden sin reservas a mi llamada. Son más numerosos que nosotros, cinco a uno, por lo que todo debe estar muy bien planeado. Solo tendríamos esa oportunidad —admitió con una honestidad brutal.

Kate sintió que el pecho se le congelaba. Era el plan más absurdo que a nadie podría habérsele ocurrido. Tan absurdo como que un humano metiera los dedos en un enchufe mientras sumergía los pies en agua. El resultado era evidente.

—Eso es una locura. Un suicidio. No puedes hacer algo así, estarías enviando a una muerte segura a los que te sigan. ¡Dios, y algo me dice que todos están dispuestos a hacerlo! Shane, tu hermano, Daniel... —De pronto, notó que la rabia la dominaba. Su voz se alzó y resonó en la habitación—. ¿Has perdido el juicio? No puedes estar planteándotelo en serio.

La expresión de William cambió, sus ojos adquirieron un brillo hermoso y salvaje.

—Por eso no te lo dije. Sabía que no lo entenderías, que reaccionarías así —dijo él con un gruñido. El pecho se le encogió hasta caber en un puño.

—¿Y cómo quieres que me ponga cuando lo que estás planeando es tu muerte y la de todas las personas que me importan?

La pregunta fue como el azote de un látigo. William se puso de pie de un bote. La fulminó con la mirada, en sus ojos se distinguía remordimiento y algo más.

—¿Qué más puedo hacer? No hay otro modo, Kate. Una guerra no es viable, nos aplastarían; y cada minuto que pasa más cerca estamos de una. No se me ocurre otra cosa.

—Pues pensaremos en algo, pero con calma. Te ayudaré.

Él le dio la espalda. Estaba tan tenso como un cable de acero.

—No hay tiempo —gruñó.

—¿No hay tiempo o no quieres que lo haya? —estalló Kate—. Te has convencido a ti mismo de que no tienes más opciones, pero, si te paras a pensar, pueden que estén ahí, a simple vista.

William también estaba perdiendo la paciencia. El encuentro con los Arcanos lo había dejado exhausto, nervioso y confundido. Se giró hacia ella con los puños apretados. Un tenue chisporroteo vibraba en las yemas de sus dedos, lanzando chispas al aire. Se dio cuenta de su pérdida de control, cuando ella dio un paso atrás con los ojos muy abiertos. Hizo desaparecer las llamas, pero no la rabia.

—¿Cuáles? —Alzó la voz—. Si estás tan segura de eso dime cuáles. ¿Crees que quiero hacerlo? Conozco los riesgos, soy consciente de que dentro de una semana puedo estar muerto. ¡Todos podemos estar muertos! ¡Pero tengo que intentarlo! Por esto no te lo dije, por esta actitud intransigente te mentí. Sabía que intentarías convencerme, manipularme, y que lo único que conseguiríamos sería distanciarnos cuando deberíamos pasar cada minuto del día juntos; ¡porque podría ser el último!

—¿Manipularte? —inquirió Kate sin dar crédito.

William se encogió de hombros, como si los hechos fueran tan evidentes que no necesitaban aclaración.

—Me dejé convencer por ti cuando te empeñaste en proteger a Adrien, y ahora mira dónde estamos. Si me hubiera desecho de él cuando debía... —Su rostro adoptó una expresión firme—. No volverá a pasar.

En lo más profundo de su ser, Kate supo que las palabras de William, a pesar de ser muy duras, eran ciertas. Estaban en aquella situación por su culpa, porque no quiso ver lo que todos veían. Aun así, el orgullo y el enfado que sentía no la dejaron ceder y le lanzó un golpe bajo.

—Pudiste evitar todo esto dejando que me fuera.

—No vuelvas a mencionarlo —masculló él con la mandíbula apretada. Sus ojos destellaron con impaciencia, cansado de volver siempre al mismo punto. Sacrificarla jamás había sido una opción. No se arrepentía. No hacía todo aquello porque se arrepintiera—. Te prohíbo que vuelvas a mencionarlo.

Los ojos de Kate se abrieron como platos.

—¿Me prohíbes?!

Unos golpes sonaron en la puerta.

—Márchate —gritó William sin pararse a pensar en quién podría estar llamando.

La puerta se abrió y Sebastian apareció en el hueco. Los miró con ademán serio, acusador, aunque un brillo de compasión dulcificaba sus ojos.

—Debemos prepararnos para el rito, hijo.

En su alcoba, Kate cerró el grifo de la ducha. Se envolvió en una toalla y comenzó a secarse. Sin pretenderlo, se arañó la piel con su anillo de compromiso. Un corte finísimo pero profundo apareció sobre su pálida piel, que sanó de inmediato. Se quedó mirando el anillo. Aún se le encogía el estómago con un millón de mariposas, al recordar el momento en el que William le pidió que se convirtiera su esposa; esa era una imagen que la acompañaría para siempre. Dejó de secarse un instante. Esa palabra: matrimonio. De repente la ahogaba.

Alguien golpeó suavemente la puerta de la habitación.

—¿Mi señora?

La desconocida voz femenina sonó amortiguada al otro lado de la pared. Kate se puso la bata que colgaba de la percha y se dirigió a la puerta. La abrió y al otro lado una sirvienta se inclinó ante ella con una reverencia.

—Me han enviado para que os ayude a prepararos.

Kate se hizo a un lado y la mujer entró en la habitación con una caja larga y plana en los brazos, la dejó sobre la cama y la abrió con mucho cuidado. Al descubierto quedaron unos pliegues de tul y satén púrpura. Se inclinó y sacó un maravilloso vestido. Kate lo contempló pasmada. Era precioso, lo más increíble

que había visto nunca, y el tipo de vestido que ella misma habría elegido. Se percató de la nota que había pegada sobre la tapa de la caja. Tomó el pequeño sobre negro y lo abrió. Con las puntas de los dedos sacó la tarjeta que contenía y el estómago le dio un vuelco. Quién sino él.

No puedo hacerlo sin ti.

Se quedó mirando aquellas cinco palabras. Impresionada por la súplica y la incertidumbre que unos simples trazos de tinta en el papel podían transmitir. Se sentó en la cama con la tarjeta apretada entre los dedos. Estaba enfadada con William, asustada por el futuro e insegura porque no sabía cómo afrontar todo lo que estaba ocurriendo. Debía haber otra forma de solucionar el problema, de acabar con los renegados sin dar la vida a cambio.

—Señora —dijo la sirvienta.

Kate alzó la vista hacia ella con un gesto de sorpresa, se había olvidado de que seguía allí. No lograba acostumbrarse a que la llamaran de ese modo.

—Es casi la hora del rito —musitó la vampira sin atreverse a mirarla a los ojos.

Kate se estremeció. Esa noche, William iba a convertirse en rey y señor del clan vampiro. Se preguntó hasta qué punto cambiarían las cosas a partir de ahora, hasta qué punto cambiaría él; más de lo que ya lo había hecho.

—Señora, ¿pensáis asistir? —insistió la sirvienta, nerviosa por la hora.

Buena pregunta. Kate se sentía dividida. Asistir al rito daría a entender que estaba de acuerdo con toda aquella pantomima, y no lo estaba. Si no lo hacía, le estaría dando la espalda al hombre que amaba, lo dejaría solo en un momento crucial. «O todo o nada», la promesa aún resonaba en sus oídos.

Kate se puso de pie y tomó el vestido. Se vistió, dejando que la sirvienta la ayudara con los botones. Se acercó al espejo y contempló su aspecto. El vestido de corte imperio le confería a su silueta una forma aún más esbelta. Hacía palidecer su piel hasta un tono níveo que casi parecía traslúcido. Se pasó los dedos por las mejillas, cubiertas por un ligero rubor que nada tenía que ver con el maquillaje. Sus ojos relucían con un brillo violeta sobrenatural, tan intenso que captaban la atención sobre su rostro.

—Es un vestido precioso, hace juego con sus ojos —dijo la sirvienta terminando de abrochar los diminutos botones de raso.

Kate asintió. Pasó las manos por la suave tela de la falda. Era una auténtica maravilla, aunque ella habría elegido otro color menos llamativo. La sirvienta pareció advertir sus pensamientos porque añadió:

—Todos los asistentes deben vestir de púrpura en honor a los Arcanos. Hasta su guardia se hace llamar la Guardia Púrpura. El único que esta noche lucirá un color distinto es el príncipe.

Kate la miró por encima del hombro. Iba a preguntarle por qué, pero alguien llamó a la puerta. La sirvienta corrió a abrir. Robert entró en la habitación vistiendo una capa bordada con el emblema de la familia, de un tono muy similar al de su vestido. Se había cortado el pelo y lucía un estilo que le hacía parecer mucho más joven, acentuado por un remolino que se le formaba sobre la frente.

—¡Estás preciosa! —exclamó Robert con admiración. Kate esbozó una leve sonrisa y se inclinó con una reverencia tal y como había aprendido que se debía hacer ante un miembro de la realeza—. ¡Por Dios, no hagas eso! Tú no. —La tomó de las manos y depositó un beso sobre sus nudillos—. ¿Estás lista?

Kate quiso decir que sí, pero su barbilla se movió con un gesto negativo. Robert la abrazó, amoldando su cuerpo de forma protectora al de ella. Seducida por el cariño del gesto, Kate se apoyó contra el pecho del vampiro.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo —dijo él.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, Robert. Sé lo que está en juego y que es imposible que algo así salga bien. Os estáis sacrificando por nada —replicó Kate soltándose de su abrazo.

—Por nada no. Por nosotros, por la especie, por todo esto. —Hizo un gesto con los brazos con el que abarcó toda la habitación. Le lanzó una mirada penetrante—. Por la supervivencia de cada vampiro decente que habita este mundo. Y no olvides a los humanos.

—No intentes hacer que parezca que a mí no me importa. Me has entendido perfectamente. Lo que William pretende es una locura. Meterse en la boca del lobo, cuando ese lobo es mucho más grande que tú, no es lo más sensato.

Robert se acercó al tocador y cogió el collar que reposaba dentro de una caja de terciopelo. Otro regalo de William. Kate se dio la vuelta para que él pudiera colocárselo.

—Los lobos están de nuestra parte —le hizo notar él con un guiño travieso. Los ojos de Kate relampaguearon un instante; no estaba de humor para bromas. Robert terminó de abrochar el collar y le rozó la mejilla con el revés de la mano. La sostuvo por los hombros y la miró a los ojos a través de su reflejo en el espejo —. No temas, cuñadita, tengo un pálpito. Y yo nunca te he mentido. Tampoco soy de los que adornan la realidad para que el mundo parezca mejor.

—Espero que tengas razón —murmuró Kate con una afligida sonrisa.

—No suelo equivocarme. —Se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla—. William nos necesita esta noche más que nunca. Sobre todo a ti.

El rito iba a tener lugar en la pequeña capilla situada en el jardín interior del palacio. Cuando Kate llegó del brazo de Robert, el Consejo al completo ya se encontraba allí. Daniel y sus licántropos ocupaban un puesto de honor junto a los Crain. Así lo había dispuesto Sebastian, dando una muestra rotunda de la confianza que tenía depositada en ellos. A esas alturas, nadie parecía sorprendido de que no solo el pacto uniera a dichas familias. Amistad y lealtad sentaban las bases de esa alianza.

Kate clavó la vista en el suelo, mientras recorría el pasillo hasta su lugar. Sebastian abría la marcha con Aileen de su brazo, y la cerraba Marie guiada por Shane. ¡Eso sí que había sorprendido al clan vampiro!, ya que nadie tenía la más mínima noticia sobre esa relación; y los dos tortolitos no se cortaban a la hora de demostrarse su afecto.

Una vez que Sebastian y su esposa tomaron asiento, Kate los imitó siguiendo el protocolo que Robert le había explicado a grandes rasgos. «Guarda silencio, no te muevas y haz solo lo que yo haga», le había dicho segundos antes. A simple vista, parecía fácil.

Con las manos entrelazadas en el regazo, observó el interior del templo. La decoración era tan sencilla que apenas existía. Las paredes estaban desnudas, y el único mobiliario se reducía a unas sillas antiguas, tapizadas con brocados, que habían sustituido a los habituales bancos en ese tipo de edificios; y al altar, donde reposaba una bandeja con unos lienzos blancos doblados y una jarra dorada.

Kate se fijó en el retablo tras el altar, y la sorpresa se reflejó en su cara. La pintura, que ocupaba casi toda la pared, representaba la imagen de una mujer semidesnuda de larga melena pelirroja y ojos penetrantes. Desde luego, no era eso lo que esperaba encontrar en un lugar santo.

—Esa es Lilith, nuestra madre —le susurró Robert inclinándose sobre su oído—. Es a ella a quien veneramos. Por las venas de mi familia aún corre su sangre. También por la de Adrien. Nosotros somos los últimos vampiros de su estirpe.

Kate volteó la cabeza buscando a Adrien. Acababa de sentirlo como un leve roce dentro de su mente. Nadie le había dicho que estaría allí. No tardó en localizarlo, sentado frente a ella al otro lado del pasillo, junto a Ariadna. Una sonrisa maliciosa se extendió por la cara del vampiro, que no había dejado de

observarla desde que entró en el templo. Le guiñó un ojo, con ese gesto arrogante tan natural en él. Estaba a punto de levantar la mano para saludarlo, cuando un pequeño revuelo junto a la entrada captó su atención. Se estiró un poco para ver qué ocurría, mientras un silencio sepulcral invadía hasta el último rincón. Si la muerte tenía un sonido, era ese, el de varias decenas de cuerpos sin vida aguantando en sus pulmones un aire que no necesitaban para respirar.

Unos pasos vibraron sobre la piedra y cuatro soldados de la Guardia Púrpura penetraron en el templo en fila de a dos, con las cabezas cubiertas por las capuchas de sus capas granates. Otros cuatro caminaban un par de metros más atrás, custodiando a una única figura vestida con una capa similar, pero completamente negra. Kate no necesitó verle el rostro para saber que se trataba de William. Su forma de andar y de moverse era única e impresionante. Arrogante y poderosa. Se le formó un nudo en la garganta al recordar lo cerca que ese cuerpo había estado del suyo unas horas antes. Ahora se sentía a años luz de él.

Los miembros de la Guardia se posicionaron a ambos lados del altar. William se colocó en medio, de cara a los asistentes, con la cabeza inclinada hacia el suelo de modo que solo se podía ver de él el arco de su mandíbula. Una exclamación ahogada se extendió entre los presentes. Los Arcanos habían aparecido de la nada bajo la imagen de Lilith. Tras ellos, una mujer morena, apenas cubierta por una minúscula toga de seda casi transparente, se abrió paso hasta el altar, donde permaneció inmóvil.

Los asistentes se pusieron de pie e hicieron una reverencia. Desde su posición, William apenas podía ver nada. Solo oía el sonido de las ropas al moverse y ese zumbido metálico al que su cuerpo reaccionaba con un estremecimiento de inquietud. Aquellos tipos le ponían el vello de punta.

Los Arcanos dieron comienzo a la ceremonia. Sebastian abdicó en favor de su hijo sin que nadie objetara nada. Entregó su espada en señal de sumisión, a los pies del que iba a ser el nuevo rey, y regresó a su asiento. Los Arcanos iniciaron en voz baja un cántico, una suave letanía en el antiguo idioma de los vampiros.

William no lograba concentrarse ni prestar atención a cuanto sucedía a su alrededor. Le estaba costando un gran esfuerzo no levantar la cabeza y pasear la mirada por la sala en busca de Kate. No estaba seguro de si se encontraba allí y esa incertidumbre lo estaba matando. No soportaba la idea de que estuviera enfadada con él. Sabía que iba a tener que emplearse a fondo para conseguir que lo perdonara; aunque, por nada del mundo iba a ceder en nada que tuviera que ver con sus planes. Ni siquiera por ella, porque ella era suya y jamás le permitiría que lo dejara. Podía pasarse la eternidad molesta con él (si lograban sobrevivir), le bastaba con tenerla a su lado. «Aunque tenga que encerrarla en el maldito sótano», pensó, y él mismo se sorprendió ante tal idea.

El cántico se detuvo y William apretó los dientes. Había llegado el momento.

Notó unos pasos suaves tras él y tuvo que obligarse a permanecer tranquilo. Se dio la vuelta y cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, la visión de un cuerpo de mujer semidesnudo ocupó sus retinas. Tragó saliva. ¡La situación comenzaba a ser muy incómoda!

—William, hijo adoptivo de Sebastian, hijo de Alexander, hijo de Balzac, hijo de Lilith. Heredero al trono por voluntad de tu padre. Guerrero y protector de nuestra raza. Aquel que ha vencido al sol. —Empezaron a decir los Arcanos como si fueran una única voz, tan severa y remarcada como las líneas de sus túnicas contra la piedra blanca del suelo.

A William no le pasó desapercibida la mentira que contenían aquellas palabras, protegiendo así su secreto, su ascendencia, su verdadera naturaleza. Una parte de él respiró aliviada. Mantener ese secreto era vital, aunque no entendía por qué lo habían hecho.

—Nuestro pueblo es fuerte, indómito y orgulloso; y, aun así, su número disminuye —continuaron—. Necesita a alguien que medie en las disputas, que le dé esperanzas y que lo mantenga unido. Alguien que lo valore y lo guíe con la fuerza del corazón y la pericia de una mente inteligente que no se deje doblegar. Necesita un rey que lo ayude a sobrevivir, que lo proteja y que lo honre. Ese es ahora tu legado, guerrero. Liderarás a tu linaje, lo protegerás con tu vida y glorificarás la herencia que tus antecesores depositan en ti.

Hubo un largo silencio, durante el cual todos los presentes se pusieron de pie, tal y como exigía el protocolo.

—Si te consideras digno de dicho legado, descubre tu rostro —dijeron al unísono los Arcanos. Sus voces encajaban hasta fundirse en una sola. El mismo tono, el mismo timbre ronco y susurrante.

William tomó aire y, llevando las manos hasta su cara, echó la capucha hacia atrás y levantó la vista. Durante una milésima de segundo sus ojos procesaron que la mujer medio desnuda era Mako. Notó cómo se le tensaba la espalda al darse cuenta de que ella iba a llevar a cabo el rito. Se obligó a mirar imperturbable a las tres figuras que parecían flotar ante él.

—Soy digno —dijo William con voz alta y clara, firme.

Y no pudo evitar sentir un regusto amargo en la boca. Era mentira. No tenía ni la menor idea de cómo iba a gobernar. Él solo sabía matar, de muchas maneras diferentes. Era capaz de mantener la cabeza fría a la hora de tender una emboscada, de planear una batalla o de torturar a un enemigo sin sentir ni un ápice de arrepentimiento. Podía ser despiadado, letal, frío como un témpano de hielo; y capaz de sacrificar su vida por aquellos a los que amaba. De ahí a liderar a todo un pueblo, había un largo trecho que él no deseaba recorrer.

Los Arcanos inclinaron sus cabezas con un leve gesto de aprobación. Todo el mundo volvió a sentarse.

Mako se movió por primera vez desde que había aparecido. Muy despacio, se

acercó a William y se detuvo frente a él; solo unos pasos separaban sus cuerpos. Con la misma lentitud, sus manos soltaron el cierre que mantenía la capa sobre sus hombros. La prenda cayó al suelo. A continuación, le quitó la camisa, sujeta por un fajín, y la dejó caer con el mismo descuido. Mientras tanto, William permanecía inmóvil, dejándola hacer hasta que lo desnudó. Quedó tan solo con los pantalones de lino que vestía.

Ella se acercó al altar, tomó la jarra y vertió la mezcla de aceites que contenía en un pequeño recipiente de metal. Cogió un paño, lo sumergió en el líquido y regresó junto a William. No vio en él ni rastro del hombre que conocía, solo su aspecto. Ese sentimiento latente que se había negado a abandonarla, cobró fuerza mientras escurría el lienzo entre sus manos y lo deslizaba por su pecho desnudo con la intimidad de una caricia.

Los ojos de Kate se abrieron como platos mientras sus puños apretaban con fuerza la tela de su vestido. ¿Qué demonios estaba haciendo aquella vampira? Se inclinó hacia Robert.

—¿Por qué hace eso? —preguntó.

Robert la miró de reojo, percibiendo su creciente incomodidad. Él mismo estaba sorprendido por la escena que tenía lugar.

—Está llevando a cabo la Unción, es la forma en la que nosotros coronamos a nuestros reyes. En la ceremonia ella representa a Lilith. Unge a William como una madre a su hijo. Limpia el mal que pueda haber en él y lo purifica, dándole así su bendición para que realice el sagrado designio de guiar a su progenie. Una vez finalizado el rito, William será omnipotente —respondió él.

Kate le agradeció la explicación con una sonrisa tensa.

«Como una madre a un hijo, ¡y un cuerno!», pensó Kate. Aquella vampira deslizaba las manos por el cuerpo de William tomándose demasiadas libertades. Podía ver el calor en sus ojos cuando lo miraba; el anhelo de sus manos al deslizarse el paño sobre sus abdominales; la forma en la que buscaba el contacto entre sus cuerpos. ¡Aquella descarada lo estaba magreando! Se obligó a dominar el salvaje instinto posesivo que le retorció las entrañas.

—Arrodillate como siervo —dijo Mako.

William obedeció. Se arrodilló con las manos descansando sobre sus muslos. Ella tomó la copa que uno de los Arcanos le ofreció y dio un sorbo. Guardó la sangre en su boca y se inclinó sobre William, enmarcándole el rostro con las manos. Muy despacio, posó sus labios sobre los de él y vertió la sangre en su boca, alimentándolo. Se demoró más de lo necesario. Cuando se separó de él, sus ojos destellaban como ascuas ardientes.

Kate casi salta del asiento, pero Robert rodeó el respaldo de su silla con el brazo y le acarició con el pulgar la piel desnuda de su espalda que el vestido dejaba al descubierto. Siseó por lo bajo como si arrullara a una niña, tranquilizándola.

—Lilith alimentó a sus hijos con su propia sangre, por eso ha simulado... — empezó a explicar él, consciente de su ataque de celos.

—Estoy al tanto de la historia —masculló Kate.

Robert sacudió la cabeza y guardó silencio. Más tarde averiguaría quién era aquella vampira; algo le decía que su hermano ya la conocía.

—Ahora, levántate como rey —pidió Mako.

William se puso de pie con una elegancia fluida. El aceite que lo impregnaba hacía brillar su piel bajo la luz de las velas. Se giró hacia los presentes y sus ojos, de un azul imposible, recorrieron la sala destilando fuerza y seguridad. El mundo dejó de respirar cuando su mirada se topó con la de Kate. Estaba preciosa. Ella apartó la mirada, y el puñal se clavó tan hondo que perforó su alma; y aun así, deseaba acercarse, necesitaba tocarla. Casi sucumbe a su deseo, pero la voz de los Arcanos reverberó contra las paredes llamando su atención. Quedaba un último paso: William, como nuevo rey, debía afianzar el pacto con los licántropos.

Minutos después, William y Daniel firmaban el viejo pergamino con su sangre. El juramento volvió a repetirse y la alianza quedó sellada con más fuerza que nunca.

A pesar de la música y la decoración, en el ambiente no se respiraba el aire de fiesta que envolvía a los bailes. Los miembros del Consejo y el resto de asistentes aún estaban conmocionados por los últimos sucesos y lo precipitados que estos habían sido. Todas las conversaciones giraban en torno al nuevo rey y a los cambios que esa realidad podría suponer dentro del clan vampiro.

Sebastian había sido un buen rey, firme, autoritario e implacable; pero bueno y leal a su estirpe. William poseía todas esas aptitudes, aunque siempre había estado rodeado de un halo misterioso y siniestro que, junto a sus cualidades como guerrero y asesino, invitaban a guardar las distancias con él.

—¿Jugando al escondite?

Kate dio un respingo y su cuerpo se estremeció al notar un aliento en su cuello. No necesitó verle para saber que era Adrien quien se encontraba a su espalda. Asintió con la cabeza y continuó observando a las personas que bailaban en el centro del patio ajardinado. Se había refugiado bajo la galería porticada que sostenían las columnas del claustro, esperando pacientemente a que William apareciera. Marie le había dicho que se retrasaría un poco por culpa de una discreta reunión.

—¿Y te escondes de alguien en especial? —preguntó Adrien bajando el tono hasta convertir su voz en un ronroneo. Su humor estaba mejorando por momentos. Dentro de aquella burbuja asfixiante que era el palacio, solo Kate tenía ese efecto sobre él. Ella era uno de los pocos rayos de luz que disipaban sus sombras.

—Creo que de todos —respondió ella, mirándolo por encima del hombro. Frunció el ceño y se puso seria—. No esperaba encontrarte aquí.

—No es tan raro. No hay nadie más metido hasta el fondo que yo en este asunto.

—Tú también sabías de qué iba todo esto, ¿verdad? ¿También te hizo prometer que no me dirías nada? —preguntó con malhumor.

Adrien la contempló un instante. Solo necesitó un segundo para darse cuenta de por qué estaba enfadada. Sonrió y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Si estás pensando en echarme la bronca y pagar conmigo tu rabia, lo siento, pero no sabía nada de todo este asunto hasta que llegué esta mañana. Y te

juro que, de haberlo sabido, te habría ido con el cuento. —Le guiñó un ojo con picardía—. Lo que sea para ganarme tu agradecimiento.

Kate disimuló una sonrisa y trató de mantenerse seria. Adrien chocó su hombro contra el de ella de forma juguetona.

—Anda, demos un paseo.

Kate negó con la cabeza.

—Espero a William.

Adrien se encogió de hombros.

—Créeme, tardará un buen rato en aparecer. Y estoy seguro de que prefieres pasar este tiempo conmigo que con esos cretinos. —Hizo un gesto despectivo hacia los vampiros, más atentos a ellos que al baile.

Kate sopesó su oferta y finalmente aceptó acompañarlo. Adrien le ofreció su brazo y, sin decir una palabra, pasearon por la villa hasta encontrar un pequeño invernadero repleto de flores y plantas trepadoras, que se enroscaban en la estructura metálica que sostenía los cristales. Se sentaron en un banco de piedra situado entre lilas. Permanecieron el uno junto al otro durante un buen rato, sumidos en un silencio cómodo y natural.

—Lo siento —dijo de repente Adrien.

Kate parpadeó un par de veces y ladeó la cabeza buscando su mirada, que de pronto se había vuelto esquiva.

—¿Qué es lo que sientes?

—Esto —respondió él, rozando con la yema del dedo el pulso que debería latir en la muñeca de la chica—. Siento cada minuto que ha pasado desde que te conocí. Te arrebaté la vida y el derecho a decidir sobre esa vida...

Kate le tapó la boca con sus dedos. Tan solo unos centímetros de aire cálido los separaban y ella los acortó aproximándose a él. Apoyó la cabeza en su hombro y contempló cómo una polilla nocturna revoloteaba contra el cristal buscando una salida.

—Hace tiempo que te perdoné por eso. No te castigues, ¿vale? —dijo ella en voz baja.

Adrien la besó en el pelo. Cerró los puños para controlar el deseo de envolverla con sus brazos; parecía tan frágil en aquel momento. Ni siquiera sentía que mereciera estar allí con ella después de todo lo que le había hecho, pero era incapaz de mantener la distancia. Kate era importante para él y, aunque sabía que nunca lograría poseerla de la forma que deseaba, aquello que tenían era mejor que nada.

—Lo que no sé si lograré perdonarte es que estés participando en toda esta locura —murmuró Kate, y su cuerpo entero se agitó. Su malhumor y su preocupación regresó. Se puso de pie y se alejó unos cuantos pasos—. Lo que William pretende es un disparate, y parece que todos vosotros estáis dispuestos a seguirle como un rebaño de corderos directo al matadero.

Adrien la siguió.

—Ninguno quiere morir, te lo aseguro, y yo menos que nadie. Pero no hay muchas alternativas; por no decir ninguna. Mira, no sé qué sabes exactamente sobre el plan, porque es evidente que William ha intentado... —Se quedó sin saber qué decir para no herirla.

—Puedes decirlo —replicó ella—. Me ha dejado fuera. Me ha mantenido al margen porque creía que iba a ser un problema para él con mis lloriqueos y «manipulaciones» —escupió la última palabra, recordando cómo William la había acusado de eso apenas unas horas antes.

Adrien resopló disgustado, William podía ser bastante idiota cuando se lo proponía. Se plantó delante de ella, tan cerca que solo pudiera fijarse en él.

—No puedo creer que vaya a decir esto... —Se pasó una mano por el pelo—. William no obró bien manteniéndote al margen, pero, viendo tu reacción y sabiendo que no eres de las que se quedan con los brazos cruzados, creo que yo habría hecho lo mismo para proteger el secreto de esta misión. No podemos permitirnos el lujo de cometer errores. Y cuando piensas con el corazón y no con la cabeza, como estás haciendo tú ahora, esos deslices son peligrosos.

—¿Qué?! ¿Lo dices en serio? —estalló furiosa.

—Yo soy la prueba de ello —respondió Adrien con tono mustio. Kate abrió la boca para discutirsele. No pudo, él tenía razón, había puesto en peligro a muchas personas para protegerlo—. Puede que tu corazón no palpita, pero está muy vivo en tu interior. En estos tiempos eso es una debilidad.

Kate lo fulminó con la mirada, enfadada y avergonzada porque en el fondo sabía que él estaba en lo cierto. Intentó apartarse, pero Adrien se lo impidió, sujetándola por los hombros.

—Vamos, Kate. Tú eres una chica lista que nunca se ha dejado intimidar por el miedo.

—Sí cuando se trata de perder a tantas personas que me importan —respondió ella con la voz quebrada. Un sentimiento de profundo pesar la abrumó.

—Kate. —Suspiró Adrien acercándola a su pecho. Cuando comprobó que ella aceptaba su gesto, la estrechó entre sus brazos—. Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero no es así. Si no lo impedimos, se desatará una guerra que no podemos ganar. No podemos sentarnos a esperar un milagro que lo arregle todo, porque no hay tal milagro; esta vez no.

»Si no vamos a por ellos, serán ellos los que vengan a por nosotros; y moriremos de igual modo. Solo es cuestión de tiempo, ¿entiendes?, tenemos que golpear primero, con tanta fuerza que no sean capaces de volver a levantarse. Si no, serán ellos los que acaben con nosotros, y lo intentarán con todos los medios que dispongan.

Kate lo miró con tal desesperación e impotencia que Adrien tuvo que obligarse a permanecer quieto; porque lo único que deseaba era sacarla de allí y

llevarla a cualquier parte que borrara esa expresión de su cara.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó ella con un hilo de voz.

Adrien le acarició la mejilla con ternura. La respuesta a esa pregunta era un puñal en su pecho.

—Hay cierto idiota que debe estar de los nervios en este momento, y eso no es bueno sabiendo cómo las gasta cuando se pone nervioso. Puede que necesite que alguien le diga que todo está bien.

—Pero es que nada de todo esto está bien.

—Lo sé, y él también lo sabe. No es fácil escoger el camino difícil. Por eso, a veces, la vida solo te muestra ese. ¡Él te necesita más que nunca! —Alzó una ceja con un gesto travieso—. Esa corona debe de apretarle más que el collar de castigo de un perro de presa.

Kate sonrió y su cara se iluminó llena de vida.

—¿Cuándo te licenciaste en psicología?

Adrien se echó a reír. Bajó la vista y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Caer en el lado oscuro no es tan difícil, Kate. En William y en mí esa oscuridad forma parte de nuestra naturaleza. —Hizo un gesto hacia el cielo, dejando claro que se refería a los ángeles. Unos seres fríos, insensibles y soberbios—. Necesitamos una luz para no quedarnos a oscuras. Tú eres su luz, no lo olvides.

Kate asintió y se quedó mirando a Adrien con un calor que le estrujaba el pecho.

—¿Cuál es tu luz? —preguntó. Su mirada sobre ella le hizo arrepentirse de la pregunta. Por nada del mundo quería que Adrien sufriera por aquello que ella no podía darle.

—¿Quieres que te acompañe? Si no, creo que iré a dar una vuelta por ahí. Este baile es demasiado aburrido para mí y dicen que la noche en Roma es muy excitante —comentó Adrien, dando por zanjada una conversación que estaba tomando unos derroteros peligrosos.

—Tranquilo, ve —respondió Kate.

Adrien se desvaneció en el aire y Kate se quedó sola en el invernadero. Cuando se llevó la mano al cuello para aflojar la tensión que lo agarrotaba, notó que le temblaba. Había pasado todo el día aterrada, confusa, y después enfadada. Sus emociones se sucedían unas tras otras de una forma vertiginosa. Deseó ser menos impulsiva y tener más control sobre sí misma. De ser así, quizá hubiera tenido la calma suficiente para escuchar a William y no habría necesitado de la paciencia de Adrien para comprender que no había otro modo de resolver el problema que ahora los acosaba; y que ella misma había propiciado.

Iba a iniciar el camino de vuelta al jardín, donde estaba teniendo lugar la sobria gala, cuando un sonido llamó su atención: el repiqueteo de unos tacones, que casi resultaba molesto para sus sentidos desarrollados. Otros pasos, más

rápidos y suaves, se acercaban desde la misma dirección.

—¡Mako, espera!

Kate se quedó de piedra al escuchar la voz de William. Por puro instinto dio un paso atrás, ocultándose tras un arbusto plagado de diminutas y olorosas florecitas rojas. A través de los tallos, vio cómo la mujer que había ungido a William se detenía y se daba la vuelta. Había cambiado la túnica por un vestido de corte sirena que se ceñía a sus curvas voluptuosas.

William llegó hasta ella, luciendo un esmoquin; estaba tan guapo que su imagen abrumaba.

—¿Por qué me estás evitando? —preguntó él.

—No te evito. Tenía prohibido hablarte mientras duraran todos los pasos del rito.

—¿Por qué?

Mako se encogió de hombros.

—Normas de los Arcanos. Yo las acato sin preguntar —respondió, posando sus ojos oscuros en los de él.

—¿Cómo has acabado sirviéndoles?

Nerviosa, Mako parpadeó varias veces y se pasó una mano por el brazo.

—Conocí a Mihail en Varsovia, durante una emboscada al nido que yo perseguía. Me aceptó entre sus guerreros. Unas décadas después me recomendó para la Guardia Púrpura. Pasé las pruebas y me quedé. Unos años más tarde asumí el servicio personal de los Arcanos.

Hubo un largo silencio en el que ambos se quedaron mirándose sin parpadear.

—¿Por qué te fuiste sin decirme nada? Los amigos no hacen esas cosas. No desaparecen de la noche a la mañana sin siquiera despedirse —dijo William con frustración.

—No podía quedarme, Will. Llevábamos casi dos años cazando juntos. Tu *vendetta* se convirtió en la mía, y yo tenía unos padres a los que vengar. Era algo que necesitaba hacer sola.

—Podías haberme dicho esto entonces y no largarte sin más. ¿Crees que habría intentado impedir que te marcharas?

Mako sacudió al cabeza.

—¡No! —exclamó. Alargó las manos para tocarle, pero se detuvo en el último momento.

—Te busqué durante mucho tiempo. Creí que te había ocurrido algo malo, que algún grupo de renegados te había capturado. Permanecí en la ciudad todo un mes, buscando cualquier pista sobre ti. Y durante años traté de encontrarte, hasta que no me quedó más remedio que aceptar que quizás habías muerto.

Ella bajó la vista y la clavó en sus pies.

—No creí que lo hicieras. Lo siento.

—¿Lo sientes? —le espetó enfadado—. Éramos amigos y desapareciste sin

más. Mi obligación era remover cielo y tierra para encontrarte. Pero está claro que tú no querías que lo hiciera.

Ella lo miró vacilante.

—No podía seguir contigo, Will. Pasar tanto tiempo juntos no era bueno para mí.

—¿Por qué dices eso? Creía que formábamos un buen equipo...

—Y lo formábamos —lo atajó ella. Apartó la vista. Su piel era un lienzo blanco sin mácula, pero en sus ojos se podía ver el rubor que no llegaba a sus mejillas—, en todos los sentidos, tanto que de haberme quedado contigo me habría destrozado.

William frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—¿Ves? Ni siquiera te diste cuenta.

—¿De qué tenía que darme cuenta? —preguntó William con un tono dulce, reflejo de la paciencia que trataba de mantener.

Ella se lo quedó mirando un momento.

—De que para mí, aquello que había entre nosotros, dejó de ser solo sexo y compañía; significaba mucho más. Pero tú no tenías esos sentimientos por mí, solo pensabas en Amelia y en encontrarla. Yo únicamente aliviaba tu cuerpo y tu soledad.

Esta vez fue William el que se avergonzó.

—Eso no es cierto, tú me importabas mucho.

—Lo sé, pero no me amabas, Will. Y para mí el sexo ya no era suficiente, necesitaba más de ti. Mucho más.

—Debiste decírmelo —la acusó.

Ella se encogió de hombros con una disculpa.

—¿Y de qué habría servido? Te conozco, William. Te habrías sentido culpable, responsable y... me habría ido de todos modos. No quería a un hombre que estuviera a mi lado por caridad. Aunque ese hombre fueras tú.

—Mako, decidiste por los dos, pensando solo en ti. ¡Debiste decírmelo! ¡Me volví loco buscándote!

—¿Y qué habrías hecho, eh? ¿Enamorarte de mí sin más? ¿Abandonar la búsqueda de tu esposa para vivir conmigo en una casita blanca junto al mar?

—No lo sé. Pero eso es algo que ya nunca sabremos. Te di por muerta y anulé mis sentimientos. Ya sabes que eso se me daba bastante bien —replicó con amargura y un ligero tono de reproche.

Kate no podía seguir allí. Cada palabra tenía el efecto de una daga clavándose hasta el fondo en su corazón. William le había dado a entender que no habían existido otras mujeres después de Amelia, pero estaba bastante claro que no era así. Había tenido relaciones íntimas con Mako y algún tipo de historia personal, durante bastante tiempo al parecer, y ella se había convertido en alguien importante para él. Se preguntó en cuántas cosas más le habría mentido.

Deseó tener su habilidad para esfumarse en el aire y alejarse de aquel invernadero, incluso de la ciudad.

Despacio, muy despacio, movió un pie y luego el otro. Salió de su escondite y un rayo de luna incidió sobre ella, rodeándola con un halo blanquecino.

Los ojos de William volaron hasta Kate y se abrieron como platos, se quedó petrificado. Ni siquiera la había percibido.

—¿Cuánto llevas ahí? —preguntó. La contemplaba nervioso, como si intentara ver algo más allá de su expresión descompuesta.

—¿Quién es? —inquirió Mako, pero no obtuvo respuesta. William se alejaba de ella al encuentro de la vampira.

—El suficiente —respondió Kate sin dejar de caminar. Cruzó la puerta del invernadero sin intención de detenerse, quería alejarse de allí. Él le cortó el paso —. Parece que hoy tengo el don de aparecer en el momento más inoportuno.

William percibió el enfado en su tono mordaz. Se pasó una mano por el pelo; las cosas no hacían sino empeorar, con una facilidad casi ridícula. Se preguntó en qué momento habían iniciado aquella espiral de mal rollo.

—¿Qué hacías ahí? No debes estar sola. En este momento ningún lugar es seguro —masculló con los dientes apretados.

Kate lo miró perpleja. La única con motivos para estar enfadada era ella. ¿A qué venía esa actitud? La respuesta maliciosa salió de su boca como un proyectil.

—No estaba sola, estaba con Adrien, conversando. Acaba de marcharse.

Los músculos de William se contrajeron bajo la chaqueta y una de las costuras crujió por la presión. Sus ojos azules cambiaron de color, adquirieron el tono de la plata fundida y su pupila se estrechó hasta casi desaparecer. El ángel había tomado el control.

—¿Y era necesario un lugar tan apartado para conversar?

—Es evidente que sí. Y si lo que te preocupa es mi seguridad. Él es muy capaz de protegerme y está cuando lo necesito.

William sintió una oleada de celos e ira. Soltó una maldición y un dolor sordo se instaló en su corazón.

—No lo necesitas. Y no es de fiar.

—¡Vaya, otra cosa que tenéis en común! —replicó ella lanzando una mirada a Mako. La vampira se alejaba con discreción, regresando sobre sus pasos—. Parece que tú tampoco eres de fiar. Bueno es saberlo ahora y no cuando sea tarde.

El gruñido de William la sobrecogió. Jamás lo había visto tan enfadado y no creía que pudiera empeorarlo. Su propio enojo también aumentó. ¡No tenía ningún derecho! Intentó sortearlo y regresar al baile, pero él la sujetó por el brazo.

—¡Déjame! En este momento tenerte cerca me hace desear abofetearte —le espetó ella. Trató de soltarse, pero sus dedos en torno a su muñeca eran como grilletes.

—Y a mí besarte, ¿qué pasa, que ni en eso podemos ponernos de acuerdo? —Acercó su cara a la de ella. Una sonrisita se extendió por su rostro.

—No tiene gracia —masculló Kate.

—No, no la tiene —aseveró William.

En un visto y no visto la cogió en brazos y desapareció. Dos segundos después, tomaba forma en una sala oscura y húmeda de piedra arenosa, de un tamaño minúsculo.

Kate no dejó de forcejear hasta que él la dejó en el suelo. Se apartó de su lado de un salto. Sus pies se enredaron en el bajo del vestido y a punto estuvo de caer de culo. Solo el brazo certero de William, en torno a su cintura, lo impidió.

—¿Qué demonios haces? —preguntó ella a gritos apartándolo de un empujón.

—Tú y yo tenemos que hablar, antes de que uno de los dos haga alguna tontería que empeore esta situación aún más.

—Y crees que esa voy a ser yo, ¿verdad?

—Algo me dice que estás muy cerca —contestó él mientras se quitaba la pajarita de un tirón y se desabrochaba los botones superiores de la camisa.

—¿Pues sabes qué?, yo no quiero hablar contigo. ¡No quiero! —gritó. Se movió de un lado a otro investigando los diferentes túneles que se abrían en la sala—. ¿Dónde estamos? —preguntó exasperada.

—En las catacumbas —respondió William. Se había quitado la chaqueta y le daba vueltas a los puños de su camisa.

—¿En las catacumbas? ¿En las de Roma? —Observó con ansiedad los túneles, intentando averiguar cuál le permitiría salir de allí. Empezaba a sentir claustrofobia. De repente se detuvo, consciente por primera vez de la clase de sitio que era. Sus ojos recorrieron las paredes y los huecos que había en ellas. Y

los vio, restos óseos en cada uno de ellos. ¡La había llevado a un cementerio subterráneo!—. ¿Por qué me has traído aquí? Sabes que no puedo estar bajo tierra.

William se encogió de hombros con una expresión inocente en la cara.

—Porque quieras o no, aquí tendrás que hablar conmigo. En este lugar hay kilómetros y kilómetros de corredores que forman un complejo laberinto. Hay que conocerlos muy bien para no perderse. Sobre todo en esta parte, donde nadie ha entrado desde hace siglos. La entrada se derrumbó y yace sepultada bajo escombros. Solo yo puedo sacarte y lo haré si hablas conmigo.

Kate lo fulminó con la mirada. Durante un instante la imagen de William la distrajo. Con la camisa entreabierta, remangada hasta los codos, y el pelo despeinado, estaba muy sexy. Se recompuso de inmediato, ignorando el calor que ascendía por su estómago.

—Tengo mis recursos, y tú me subestimas —soltó con una mueca de desprecio.

William sonrió ante su descaro y suficiencia.

—Adelante —la invitó, señalando con uno de sus dedos un oscuro pasillo.

Kate no dudó y, movida por su orgullo, se sacó los zapatos con un par de sacudidas y agarró el bajo de su vestido para no tropezar con él. Tomó el corredor con paso decidido.

William se sentó en el suelo con gesto paciente. Se despeinó el pelo con los dedos y apoyó la cabeza y la espalda contra la pared. Cerró los ojos mientras descansaba los brazos en las rodillas; y esperó. Empezó a silbar. Unos minutos después, oyó los pasos de Kate acercándose. Sonrió ante la retahíla de maldiciones que arrastraba.

—¿Cuántas mentiras me has contado desde que nos conocemos? —preguntó ella, enfurruñada, penetrando de nuevo en la estrecha sala.

William abrió los ojos y la miró.

—Ninguna.

—¿Pero cómo puedes ser tan hipócrita?

—Nunca te he mentado —ratifico él con un brillo acerado en la mirada.

—¿Ah, no? ¿Y qué pasa con lo de convertirte en rey y esa misión suicida?

—No te menté. Simplemente no te lo dije. Eso no es mentirte.

—No, es ocultarme de forma premeditada algo que merecía saber. Para el caso es lo mismo.

William suspiró y dejó caer la cabeza hacia delante. Permaneció así unos segundos.

—Sé que no hice bien y te pido perdón. No volveré a hacerlo, te lo juro.

—Me apartaste de todo, hasta de ti. Casi me he vuelto loca pensando qué te podría estar ocurriendo. —Abrió los brazos con un gesto de frustración—. No tenías necesidad de todo esto, porque al final lo habría entendido. —Hizo una

pausa y suspiró—. Lo he entendido.

Los ojos de William se abrieron como platos ante tal confesión.

—Sí, así es, lo entiendo —continuó ella—. Al principio me asusté, ¿cómo no hacerlo? Pero sé que es el único modo de poder sobrevivir, solo necesitaba tiempo para aceptarlo... Y que alguien me hablara con sinceridad y como a un igual, no como a la frágil, caprichosa e infantil mujer que crees que soy.

William se puso de pie a la velocidad del rayo. Dio un par de pasos hacia ella, pero se detuvo cuando Kate retrocedió, alejándose de él. No soportaba que huyera de él.

—Jamás he creído eso, Kate —dijo con dulzura—. Fue mi propio miedo el que me hizo actuar como un idiota. —Tomó una bocanada de aire—. Ese alguien es Adrien, ¿verdad? ¿Por eso estabais juntos en el invernadero?

Kate asintió.

—Parece que, a pesar de todo, os entendéis bien —dijo él con un tono más duro de lo que pretendía. Los celos eran como serpientes enroscándose en torno a su corazón—. Es curioso que hayas acabado confiando en él más que en mí.

—¿Y quién tiene la culpa, Will? Me pides que confíe en ti, cuando tú no eres del todo sincero conmigo.

—Eso no es cierto.

—¿Y qué hay de esa... —Hizo una mueca de desagrado—... Mako? Me dijiste que después de Amelia no hubo nadie más para ti.

—Y es verdad.

Kate apretó los labios con una mueca de escepticismo. La irritación la aguijoneó, eclipsando cualquier pensamiento lógico. Le apuntó con un dedo acusador.

—Maldita sea, William, ni lo intentes. Estaba allí cuando aparecisteis, he oído toda la conversación.

Le dio la espalda para perderlo de vista.

William acortó la distancia entre ellos, solo unos milímetros los separaban; pero no la tocó.

—No te he mentado —le dijo en voz baja junto a su oído—. Nunca ha habido nadie después de Amelia. Ni siquiera ella, porque nunca he amado de verdad hasta conocerte a ti.

Kate se estremeció, sintiendo sus palabras en lo más profundo de su corazón y su vientre.

—La última vez que vi a Mako fue en 1930 —empezó a contarle—. La conocí dos años antes, en Praga, ella perseguía al mismo grupo de renegados que yo. La apresaron en un descuido, la torturaron, y estaban a punto de decapitarla cuando yo aparecí. Logré sacarla de allí y me ocupé de ella hasta que pudo recuperarse. Me contó que estaba buscando a un vampiro albino, que cinco años antes había asesinado a su familia.

—¿Andrew? —aventuró Kate con un hilito de voz.

—Sí —respondió él—. Mako trabajaba en un club nocturno, cantando. Andrew apareció una noche y se encaprichó de ella, pero Mako lo rechazó. Andrew era el psicópata más peligroso que he conocido jamás, después de Amelia. Siguió a Mako hasta su casa. La obligó a ver cómo se ensañaba con su familia y los asesinaba uno a uno, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Después la violó y la transformó, abandonándola a su suerte. No sé si fue porque compartíamos el mismo deseo de venganza hacia Andrew, o porque sabía que ella sola y sin saber luchar no iba a sobrevivir, pero le di la posibilidad de quedarse conmigo un tiempo.

Acercó la nariz al pelo de Kate e inspiró su olor. Necesitaba tocarla, y no dar rienda suelta a ese deseo se estaba convirtiendo en un infierno.

—Juntos seguimos el rastro del nido de Amelia; Andrew siempre permanecía cerca de ella —continuó William—. Viajábamos constantemente, tras cualquier pista que surgía. Le enseñé todo lo que pude y poco a poco se ganó mi confianza y mi cariño. Se convirtió en una amiga... Después en mi amante. No sé cómo pero pasó, y acabamos compartiendo lecho. —Su voz se había convertido en un susurro.

Kate se estremeció, pero permaneció inmóvil junto a él.

William se inclinó un poco más sobre ella, hasta rozarle con los labios la oreja.

—Nunca he sido un santo, Kate. Soy un hombre con los mismos deseos y apetitos que cualquier otro; y no siempre he pensado con la cabeza. Pero puedo asegurarte que entre Mako y yo solo hubo una necesidad física, que cubriamos del mismo modo que nos procurábamos alimento. Sé que esto no me deja en buen lugar, pero es la verdad: nunca la quise, no significó nada para mí en ese sentido.

» Llevo mucho tiempo en este mundo, solo y sin ningún tipo de compromiso. Mako no ha sido la única en estos ciento cincuenta años. Que hayas pensado en mí como en alguien casto solo es una ilusión romántica.

Kate se dio la vuelta y lo miró a los ojos. Algo espantoso despertó en su pecho. Su estúpido corazón marchito se agitó como si estuviera vivo y palpitante, celoso de todas aquellas mujeres que habían estado con William.

—Y después de contarme todo esto, ¿cómo puedes decir que nunca me has mentido? —soltó con rabia. William ladeó la cabeza y la miró sin entender—. Me dijiste que no habías estado con nadie después de Amelia. La primera vez conmigo, te mostraste tímido e inseguro por todo el tiempo que había pasado desde que tú... —No era capaz de decirlo en voz alta—. Y resulta que has ido de cama en cama como si fuera un deporte... ¡Dios!

—¡Y era sincero! —exclamó él con tono vehemente—. Tú eras la primera con la que hacía el amor después de perder a Amelia.

Kate sacudió la cabeza, ofendida por su empeño en no admitir lo evidente. Trató de apartarse, dispuesta a no escuchar nada más.

William resopló, frustrado.

—No quiero ser grosero para que entiendas lo que trato de decir, pero, si es lo que hace falta para que me comprendas, lo seré. —La tomó por los brazos para asegurarse de que le prestaba toda su atención—. A una mujer a la que quieres más que a tu propia vida le haces el amor, a una que no te la...

Kate le tapó la boca con la mano y negó con la cabeza para que no acabara la frase. William la sujetó por la muñeca y le sostuvo la mirada dispuesto a aclarar aquel tema de una vez por todas.

—¿Me entiendes ahora? Nunca había estado de ese modo con nadie, ¿cómo no iba a sentirme inseguro? —Le tomó el rostro entre las manos—. Tú eres la primera y única para mí, ahora y siempre. Siento... siento haber roto mi promesa con todo este asunto de los renegados, pero te prometo que no volveré a hacer nada parecido. No más secretos. Te lo juro.

Se quedaron mirándose fijamente. Kate pudo ver en su expresión que decía la verdad. Se desinfló como un globo, mientras un sollozo entrecortado se atascaba en su garganta. De repente, no sabía por qué estaba tan enfadada en realidad. Era como si la burbuja de ira y desconfianza que había crecido a su alrededor, hubiera explotado de golpe dejando tan solo la amarga sensación de que, quizá, había forzado la situación hasta sacarlo todo de quicio. Suspiró sin saber qué decir.

—No quiero seguir enfadada contigo. No me gusta —musitó Kate.

—Eso puede arreglarse. Deja de estar enfadada conmigo —le sugirió él con una sonrisa encantadora—. A mí me está matando.

—Lo haría si pudiera quitarme de encima esta sensación de ahogo. No puedo respirar —dijo con la voz entrecortada. Parecía un corderito asustado.

—No necesitas respirar —le recordó William sin dejar de mirar sus ojos. Habían recuperado su color natural, un verde esmeralda que brillaba iluminado desde dentro. Eran enormes y preciosos.

Kate hizo un puchero.

—Eso díselo a mi cerebro. No deja de pensar que las paredes y el techo van a sepultarme en cualquier momento.

William sonrió.

—Cierra los ojos. Voy a sacarte de aquí —le dijo al oído.

Kate le hizo caso. Apretó los párpados mientras se dejaba caer sobre su pecho. Sintió cada molécula de su cuerpo separándose del resto, formando una corriente de energía blanca y brillante, que se entrelazaba con otra mucho más vibrante y dorada que tiraba de ella. Se dejó arrastrar con la seguridad de que no había un lugar más seguro que aquellos brazos que la sostenían. Sus pies desnudos se posaron de puntillas sobre una alfombra mullida. Abrió los ojos y se encontró

con la mirada de William sobre su rostro.

—¿Mejor? —preguntó él. Kate asintió, reconociendo el dormitorio que compartían—. ¿Sigues enfadada?

Kate sacudió la cabeza, mientras la invadía una avalancha de sensaciones abrumadoras.

William le rodeó la nuca con una mano y se inclinó lentamente hasta alcanzar sus labios. La besó, y fue un beso lento y contenido comparado con el ansia que lo agitaba por dentro. Pronto el beso no fue suficiente y sus manos descendieron, acariciándola, hasta posarse en sus caderas para acercarla más. Kate le devolvió las caricias y, cuando sus uñas se le clavaron en la espalda, el poco control que tenía se vino abajo. Sin dejar de besarla, palpó los botones de su vestido, tan diminutos que se escapaban entre las yemas de sus dedos. Era frustrante.

—¿Te gusta mucho este vestido? —preguntó William con voz ronca.

—Es un regalo tuyo, claro que me gusta —respondió ella sin entender muy bien a qué venía aquello—. ¿Por qué... por qué lo preguntas?

William le acarició el hombro con los labios.

—Para conseguirte otro.

Nada más pronunciar esas palabras, todos los botones del vestido saltaron con fuerza, estrellándose contra las paredes sin que nadie los hubiera tocado. Las costuras se deshicieron y el vestido cayó al suelo hecho jirones. Kate ahogó un grito, sorprendida, y de golpe empezó a reír. Él esbozó una sonrisa de pirata que le iba que ni pintada, mientras la miraba de arriba abajo.

—Mucho mejor —susurró con los ojos entornados.

—No sé si esto es buena idea —comentó ella caminando hacia atrás.

—Lo es, te lo aseguro —dijo William. Su mirada se oscureció mientras acertaba cada paso que ella daba, acechándola.

—Te estarán echando de menos en el baile —le recordó.

William se encogió de hombros con indiferencia, y de un tirón se quitó la camisa. Kate no dejaba de moverse, jugando al gato y al ratón.

—¿Y no tendrás problemas? —insistió ella.

William esbozó una sonrisa engreída que a ella le provocó fiebre. Su presencia la tenía embelesada.

—Ahora soy el rey, puedo hacer lo que me dé la gana. Y en este momento, lo que quiero es a mi reina en esa cama.

Dicho y hecho. Kate no tuvo tiempo ni de parpadear. Se encontraba de pie junto a la cómoda, y un instante después se hallaba tumbada de espaldas contra las sábanas, con el cuerpo de William sobre ella de forma deliciosa.

William se frotó los ojos. Apoyó los codos sobre la mesa del salón y miró por la ventana de su villa en Laglio. Las aguas del lago de Como estaban tan quietas que parecían una pintura sobre un enorme lienzo. Se alegraba de no haber vendido aún la casa. Después de darle muchas vueltas, había decidido que era el mejor sitio para pasar inadvertido y no correr el riesgo de sufrir alguna filtración inoportuna de los planes que se estaban trazando, y que complicara aún más la situación.

Necesitaba un sitio tranquilo en el que pensar y aquel era el mejor con diferencia. La puerta se abrió y Kate entró completamente mojada y envuelta en una toalla. Un cachorro de labrador la seguía meneando su cola, mientras la miraba con total adoración.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó él alzando una ceja.

—No lo sé, pero me sigue a todas partes —se quejó Kate con una mueca exasperada. Aunque el tono de su voz era bastante divertido.

William sonrió mientras se repantigaba en la silla y la miraba. El cachorro gimoteó, llamando la atención de Kate.

—No sabes cómo te entiendo, pequeñajo. A mí también me vuelve loco —le dijo al animal. Le sorprendía que aquella bolita peluda no tuviera miedo, normalmente los animales huían de los vampiros. Para ellos eran depredadores y reaccionaban con un instinto irracional de supervivencia.

—Muy gracioso, animale —masculló Kate. Rodeó la mesa y se sentó en las rodillas de William. Le echó un vistazo a los papeles y mapas que tenía esparcidos por toda la superficie—. ¿Qué es todo esto? —preguntó.

William la abrazó por la cintura y se inclinó hacia delante; con la barbilla apoyada sobre su hombro contempló los mapas.

—Las marcas amarillas señalan los lugares donde hay comunidades de vampiros acogidas al pacto: regiones seguras. Las verdes marcan las zonas donde ya se ha hecho limpieza —respondió.

—¿Limpieza?

—Así es como llamamos a la búsqueda y eliminación de renegados —aclaró William—. Las naranjas señalan los lugares donde hemos localizado objetivos, nidos pequeños que no suponen un gran problema.

El teléfono de William sonó. Le echó un vistazo a la pantalla y descolgó. Escuchó en silencio durante un par de minutos y colgó con un simple «gracias». Cogió un marcador de color verde e hizo un círculo sobre las marcas naranjas que rodeaban las ciudades de Ámsterdam y Praga.

—¿Y las rojas? —preguntó Kate. De esas había muchas.

William tomó una bocanada de aire y miró el mapa con el ceño fruncido.

—Ahí es donde creemos que se esconden los nidos más peligrosos. La mayoría están liderados por asesinos sin escrúpulos, pero eso no es lo malo. El problema es que no se contentan con alimentarse y matar. Tienen ideales, creen en la supremacía de la raza y odian todo aquello que representa el pacto, incluida la alianza con los licántropos. Sabemos con seguridad que se están organizando para una rebelión, por eso no podemos perder tiempo.

—Todos esos nidos están en Estados Unidos y Canadá —dijo Kate con un hilito de voz. Miró a William con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué?

—Nuestra presencia allí siempre ha sido limitada; y los lobos solo tomaban medidas cuando alguno llamaba demasiado la atención. Es un territorio grande con millones y millones de personas: gente anónima, vagabundos, extranjeros..., donde un par de desaparecidos aquí o allí no preocupan a nadie; entran dentro de las estadísticas. Y lo más importante, no tienen que competir entre ellos por la caza, hay buffet libre para todos.

Kate miró con atención el mapa. En el sur solo había marcas amarillas.

—¿Y por qué no hay renegados en Sudamérica?

—Silas lo estudió hace mucho. Pienso que se debe a su carácter y su cultura, allí las personas no son tan escépticas, creen en los monstruos. Esos humanos pueden ser peligrosos para nosotros. Siempre miran más allá de las apariencias.

Kate se sorprendió de las cosas que aún no sabía. Volvió a centrarse en la parte superior del mapa.

—¿Cómo vas a hacerlo? ¿Cómo... cómo vas a lograr llegar hasta ellos? —No pudo disimular el miedo y la incertidumbre que sentía. No hacía falta ser un estratega para ver que solo un milagro les ayudaría a salir de aquella locura con vida.

William la estrechó con más fuerza y la besó en el hombro.

—Aprovechando sus debilidades. Toda rebelión necesita un líder. No son idiotas y saben que solo podrán salir adelante si se unen; pero, de momento, les está costando bastante. Hay tres nidos que desean el poder y ninguno quiere someterse. Mi baza es convertirme en su única opción. Y para lograrlo tengo que ser más listo y duro que ellos.

—Ya lo eres —susurró Kate sobre sus labios. Le acarició con los dedos la barba incipiente y después los enredó en el pelo de su nuca—. Además, también eres un ángel, ¡que intenten superar eso!

William sonrió sobre su boca y después hundió el rostro en su cuello,

acariciándola con la nariz. Con ella cerca todo parecía más fácil. El cachorro se acercó a ellos y comenzó a dar saltitos y a ladrar. William alargó la mano y lo tomó, alzándolo en el aire. El perrito lo miró sin inmutarse.

—Eres valiente, bolita de pelo —le dijo con los ojos entornados. El perrito lo ignoró y comenzó a estirar las patas para alcanzar a Kate—. Lo tienes fascinado. Voy a ponerme celoso.

Kate se echó a reír.

—Mira que eres bobo —bromeó mientras tomaba al pequeño en su regazo.

El sonido del motor de una lancha llegó hasta ellos. Segundos después, Robert entraba en la casa sin llamar. Había cambiado su habitual ropa elegante por un vaquero azul y una camiseta blanca que le daba un aire menos serio y más travieso.

—¡Hola, tortolitos! —saludó con una sonrisa encantadora. Sus ojos volaron hasta el Labrador—. ¡Vaya, vaya, pero si me habéis traído un aperitivo! —Se acercó a la mesa y cogió al perro del lomo sin que a Kate le diera tiempo a impedirlo. Lo alzó a la altura de su rostro y arrugó la nariz.

—No es ningún aperitivo, Robert. Devuélvemelo ahora mismo —le ordenó Kate muy seria.

—Ya veo. Lo quieres para ti, ¿verdad? —Le guiñó un ojo y añadió en tono socarrón—: Avariciosa, es de mala educación no compartir.

—No seas idiota. No voy a tocarlo.

—Entonces, deja que le dé un mordisquito —insistió Robert—. Solo uno.

Kate le dio un codazo en las costillas a William, que intentaba no echarse a reír.

—¿No piensas decirle nada? —le recriminó con una mirada furiosa.

—Robert, deja al chucho —pidió William intentando parecer severo.

Kate le dio otro codazo por usar un nombre tan despectivo.

—¿A quién estás llamando chucho? —inquirió Shane desde la puerta. Sus ojos destellaron con un brillo ambarino, taladrando con ellos a Robert.

—Creo que es a ti —dijo Adrien tras el lobo—. Eres el único aquí; sin contar a tu sobrinito, claro —comentó mientras señalaba al perrito, que había regresado a los brazos de Kate.

Robert soltó una carcajada.

—Sigue riendo y te sacaré las entrañas —le susurró Shane al pasar por su lado. Robert apretó los labios, pero por dentro se estaba tronchando—. Yo que tú, tendría cuidado con los chuchos. Hay algunos con los dientes muy grandes —le dijo como si nada a Adrien al tomar asiento a su lado.

El vampiro abrió la boca para responder, pero el gruñido amenazador del lobo le hizo guardar silencio.

William se pasó las manos por la cara, cansado.

—Solo llevan aquí diez segundos y ya me duele la cabeza —susurró para sí

mismo. Cuando llegara el resto, iba a necesitar de todo su control para no asesinar a nadie.

—He encontrado un lugar en Nueva Orleans, junto al puerto. Es lo suficientemente grande como para reunirlos a todos. La estructura es sólida, de acero la mayor parte. Manteniendo el control en las salidas, podremos sitiarlos —dijo Samuel. Había sido el último en llegar, junto a dos de sus hombres—. Solo tiene un problema, y es uno muy grande: no hay dónde esconderse, los hombres que metamos dentro estarán a la vista. Si nos pasamos con el número se sentirán amenazados y sospecharán.

—Robert, tú eres el que más cerca ha estado de ellos. ¿Cómo logro que confíen en mí? —preguntó William desde la pared contra la que se había apoyado.

Robert bajó las piernas de la mesa y se puso derecho en la silla. Su enorme cuerpo se desbordaba por todos los lados.

—No se andarán con chiquitas. Tienes que demostrarles que eres más fuerte que ellos; que cuentas con los medios suficientes para plantarles cara si deciden iniciar una guerra; y que nada te detendrá. Tienen que entender que les interesa unirse a ti si quieren un trozo del pastel. —Con sus penetrantes ojos examinaba continuamente las ventanas y la puerta, vigilando los alrededores. Algo que también hacían los demás de forma automática—. Nos reuniremos por separado con cada grupo y les haremos creer que, si aceptan aliarse contigo, tú les darás privilegios que otros nidos no tendrán. Esa promesa logrará que entre ellos no intenten comunicarse ni negociar.

—¿Y todos accederán a ir a Nueva Orleans? Es la parte más importante del plan. Si esa falla... —les hizo notar Shane.

Robert sacudió la cabeza y se frotó la frente.

—La mayor parte de renegados de esos nidos, sobre todo los que mandan, creen en las viejas costumbres —empezó a explicar—. Son lo suficientemente antiguos para conocer la importancia de las leyes. Siempre ha habido un rey, un dirigente al que recurrir. Si aceptan someterse, y William lo pide, irán a rendirle pleitesía para sellar la alianza. —Ladeó la cabeza y miró a su hermano—. Promételes sangre y el favor de un rey, y no dudarán.

—Visto así, parece fácil —intervino Adrien sin su habitual fanfarronería. En su mano tomó forma una pequeña serpiente de fuego, que se deslizó entre sus dedos como si fuera la moneda de un truco de magia—. Pero no lo es. Así no tendría gracia, ¿verdad?

Cyrus sacudió la cabeza con un gesto negativo y se cruzó de brazos. Se encontraba junto a Shane, al lado de la chimenea.

—Para empezar, William y tú no podéis usar vuestros poderes. Nadie debe

saber lo que sois en realidad. Sembraría la duda entre nuestra gente —dijo el guerrero muy serio. Adrien lo miró a los ojos e hizo desaparecer el fuego de su mano—. No sabemos cuántos acudirán, pero estoy seguro de que serán muchos. Querrán hacerle la pelota a William; se arrastrarán si es necesario. Y eso es bueno, porque podrían caer casi todos de un solo golpe. El problema es que no podemos impedirles que vayan armados, es una prueba de confianza por ambas partes. —Guardó silencio un segundo, pensando—. Somos pocos y no podemos llevarnos a todos los guerreros, dejaríamos nuestro hogar y a nuestra gente desprotegidos.

—No pienso hacerlo —declaró William.

Se miró la mano donde lucía el anillo de Sebastian; aquel pedrusco pesaba una tonelada. Kate salió de la cocina y cruzó la habitación directa a sus brazos. La estrechó contra su pecho.

—Ni siquiera sé cómo vamos a meter en el país a los que podamos llevar sin llamar la atención —añadió.

—¿A cuántos de los tuyos podrás reunir? —preguntó Cyrus a Samuel.

—A unos setenta sin dejar expuesta a mi gente, no somos muchos —respondió el lobo—. ¿Y tú?

Cyrus frunció el ceño y resopló.

—Con la preparación suficiente para algo así: un centenar. Puede que alguno más si Mihail cree que sus novatos están preparados. Los miembros de mi clan están muy dispersados y necesito muchos hombres aquí para protegerlos.

Adrien se puso de pie y se acercó a la ventana. Afuera solo se veían las luces de algunas casas en la otra orilla del lago.

—¿De qué cifras estamos hablando, cuatro a uno? —preguntó.

—Cinco a uno más bien —lo corrigió Robert—. Y puede que sean más.

—Podríamos lograrlo, pero tendríamos muchas bajas —advirtió Adrien muy serio. Por la expresión de William, supo que estaba pensando lo mismo.

—Un número excesivo de bajas nos dejaría expuestos en un futuro inmediato —comentó Cyrus—. El pacto, nuestras leyes, la mortalidad durante el cambio. Nuestro clan cada vez es menos numeroso, no podemos permitirnos perder a tantos guerreros.

—Bien, entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Shane.

—Ser tan precisos que no se den cuenta de lo que está ocurriendo hasta que se desplomen con la garganta abierta —dijo William con un filo acerado en la voz.

La reunión terminó poco después. Habían decidido viajar esa misma noche a Estados Unidos y terminar de atar cabos allí, en Heaven Falls. El tiempo corría en su contra, y aún debían preparar la entrada al país de los guerreros que Cyrus y su segundo al mando, Mihail, habían seleccionado para la misión. Además, Robert necesitaba concertar las reuniones con los dirigentes de los nidos más peligrosos de renegados.

William abandonó la casa y caminó hasta la orilla del lago. Había dejado a Kate recogiendo sus cosas y pensando qué hacer con la pequeña bola de pelo que la seguía a todas partes. Algo le decía que, por primera vez en su vida, estaba a punto de tener una mascota. Sonrió, la situación era tan rara como que un pájaro adoptara a una lombriz. Enfundó las manos en los bolsillos de sus tejanos y se quedó inmóvil, contemplando las sombras del bosque que rodeaba la casa. En algún lugar, no muy lejos de allí, se oían risas y música a un volumen muy alto.

—Parece que alguien está dando una fiesta —dijo Adrien tras él—. No sé tú, pero yo cogería un buen pedo en este momento.

—Has tardado —le hizo notar William.

—¿Ah, sí? Yo solo he oído... « Quiero hablar contigo » —imitó el tono serio y estirado de William—. Se me ha debido pasar el « inmediatamente » . —William lo miró por encima del hombro y, para su sorpresa, no replicó—. Vale, ¿qué pasa? —preguntó. Esta vez no había nada divertido ni sarcástico en el tono de su voz.

Adrien se colocó al lado de William, tan cerca que sus brazos se tocaban con el más leve movimiento.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo William.

Miró a Adrien por el rabillo del ojo. Lo evaluó de pies a cabeza. Había cambiado, su cuerpo parecía mucho más grande y fuerte; los rasgos de su cara más marcados y duros; sus ojos eran los de un viejo que ha vivido demasiado y que ha contemplado cosas que desearía no haber visto jamás. Al igual que él. La seguridad de que Adrien era el indicado le dio el coraje para hablar.

—No formarás parte de mi escolta en las reuniones. Vas a quedarte en Heaven Falls —dijo William.

Adrien giró el cuello tan rápido, que fue un milagro que no se lo partiera.

—¿A qué viene esto? ¿Sigues sin confiar en mí? —preguntó enfadado y herido en su orgullo—. Joder. Pues lo llevas claro, soy el único que de verdad puede proteger tu culo si las cosas se ponen muy feas. Y lo sabes.

—No se trata de eso.

—¡Oh, sí, te has propuesto recordarme hasta el último día que soy la escoria que ha provocado todo esto! Ni siquiera vas a dejar que intente redimirme. —Se dio la vuelta y comenzó a alejarse—. Buena suerte, mi rey —dijo con desprecio.

—Quiero que te quedes con Kate y que cuides de ella.

Adrien se paró de seco y giró sobre sus talones, tan sorprendido que tenía la boca abierta.

—¿Es una trampa? ¿Me estás poniendo a prueba? Te dije que no la molestaría y estoy manteniendo mi promesa.

—Dios, ¿quieres cerrar la boca y escuchar? —le ordenó William—. Necesito a alguien que cuide de ella mientras yo no esté.

—¿Y has pensado en mí?

—¿Tanto te sorprende?

Adrien alzó las cejas de forma elocuente.

—Sí, sobre todo porque estoy seguro de que pedirme esto te está provocando una úlcera.

William no pudo evitar sonreír. Una úlcera no, pero iba a tener pesadillas por culpa de aquella conversación.

—Me preocupan los arcángeles —confesó William al fin. Adrien endureció el gesto, no esperaba esa respuesta; y aun así no le sorprendió—. No me digas que tú no lo has pensado. Podrían ir a por nosotros, o castigarnos a través de Kate, tu madre, tu hermana... Si eso ocurre, tú eres el único que podría hacerles frente.

—¿Te dan miedo los ángeles? —preguntó Adrien.

William alzó la vista al cielo. Una oleada de pánico lo abrumó. No le asustaba que Gabriel y sus hermanos volvieran, no temía enfrentarse a ellos; temía que fueran a por Kate, que intentaran quitarle aquello por lo que lo había sacrificado todo.

—¿Tú no los temes? —preguntó a su vez.

—Cada amanecer me pregunto si ese será el día en el que aparecerán para ajustar cuentas. —Adrien se quedó callado un instante—. Lo haré —dijo al fin.

No le gustaba quedarse al margen. Quería participar en aquella misión, porque quizá así lograría quitarse de encima el sentimiento de culpa que lo torturaba. Pero no había llegado tan lejos defendiendo a su familia, como para dejarla ahora desprotegida. Y mucho menos a Kate.

William se limitó a asentir. Dio media vuelta y se dirigió a la casa.

—No intentes nada con ella —avisó sin dejar de caminar.

—¿Y si es ella la que intenta algo conmigo? —preguntó Adrien con una sonrisita maliciosa.

—Sigue soñando.

—¿Qué?! —estalló Kate, cansada de la mirada escrutadora de Adrien sobre ella.

—Nada, solo espero —respondió el chico mientras guardaba en el coche unos botes de pintura que acababan de comprar.

Ella puso los ojos en blanco.

—Vale, ni siquiera sé por qué pregunto, pero... ¿a qué esperas?

Adrien adoptó su pose habitual de suficiencia. Se apoyó en el coche con los brazos cruzados y entornó los ojos.

—Estoy esperando que empieces a patalear y a quejarte porque has tenido que quedarte aquí, a mi cuidado. No sé... pero los dos sabemos que no te va el papel de princesa en la torre. —Se agachó y cogió otro par de cubos—. Y si soy sincero conmigo mismo, me preocupa que intentes jugármela, largándote durante algún (seguro que improbable) despiste por mi parte.

Kate se lo quedó mirando, dudando entre darle un puñetazo o echarse a reír. Se colocó el pelo tras las orejas y se acomodó a su lado.

—No tienes que preocuparte —dijo, dándole un empujón cariñoso con el codo—. No voy a ir a ningún lado. Sé que lo mejor que puedo hacer es quedarme aquí y rezar para que todo salga bien. Me mata no tener noticias, ni saber qué está pasando; pero me da más miedo ponerlos en peligro. No lo soportaría. —Lo miró de reojo y sonrió—. Me portaré bien, tranquilo.

—¿De verdad?

—De verdad —le aseguró—. Sé que no hay nada que pueda hacer para ayudar. Salvo quedarme aquí, a salvo, para que él no tenga que preocuparse por mí. ¡No pasa nada por ser de vez en cuando la princesa en la torre!

—Ya, y me lo creería si no supiera que te dan arcadas con solo pensarlo.

Kate soltó una carcajada. Adrien también rió y le rodeó los hombros con el brazo de forma protectora.

—Bueno. Ya tenemos la pintura, las herramientas y la madera. ¿Qué más necesitas?

—Nada más —respondió ella.

—Entonces, ¿nos vamos?

Kate sacudió la cabeza mientras rebuscaba en su bolso.

—No. Tengo que pasar por la oficina de correos y recoger unos paquetes para Rachel. Keyla y yo le prometimos que nos encargáramos de la librería mientras ella estuviera fuera con los niños.

—No te preocupes, yo me encargo de eso. Si a cambio tú entras en Lou's y me consigues una tarta de calabaza para Carter. Esa camarera, Mandy, me acosa cada vez que me ve —le dijo con un guiño travieso.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. Intenta meterme mano en cuanto tiene ocasión.

Kate sacudió la cabeza, muerta de risa.

—Está bien. Yo compraré la tarta. Nos vemos aquí en cinco minutos —dijo mientras comprobaba que llevaba dinero—. ¡Eh! —llamó al chico, que comenzaba a alejarse—. Me gusta que empieces a llevarte bien con ellos. Me hace feliz.

Adrien se dio la vuelta sin dejar de caminar.

—¿Lo dices por los lobos? —preguntó.

—Y por William —aclaró ella.

—Mi familia necesita un lugar seguro, y yo haré lo que sea para que lo tenga. Si el precio es convertirme en un buen chico. —Se encogió de hombros con una sonrisa que dibujó hoyuelos en su cara. Vestido con unos tejanos desgastados y un jersey de lana gris, era imposible no contemplarlo.

Kate entendía perfectamente a Mandy.

—Aunque, si Carter sigue mirando a mi hermana como lo hace, voy a cortarle algo más que las piernas —añadió él alzando el dedo con un gesto de advertencia.

—¿Carter y Cecil?! —exclamó Kate sin dar crédito.

Adrien no contestó, se limitó a fruncir los labios con una mueca de disgusto. Dobló la esquina y se perdió de vista.

Kate alzó las cejas, alucinada. ¡Vaya, menuda sorpresa! Cruzó la calle y entró en el Café. Fue directamente a la barra. Lou se acercó en cuanto la vio, esbozando una sonrisa sincera. Nada que ver con las miradas fulminantes que le dirigieron Becca Hobb y sus amigas. El grupito de humanas se había dedicado a conciencia a extender rumores sobre Jill y ella, y el tipo de relaciones que mantenían con los chicos nuevos, a los que ya habían tildado de «raritos». Por suerte, nadie les hacía mucho caso y no habían intentado averiguar qué había de cierto en esos chismes.

Mientras esperaba a que Lou guardara en una caja la tarta. Kate echó un vistazo al local. Tenía la incómoda sensación de que alguien la estaba observando. Junto a la ventana, sentado a una mesa, un hombre de unos treinta años comía unas tortitas. Llamaba la atención porque llevaba el pelo de dos colores: una abundante cabellera de mechones rubios y negros. Tenía la piel dorada y unos ojos castaños que parecían absorber toda la luz. El hombre alzó su taza y la

saludó con una inclinación de su barbilla. Kate frunció el ceño, por un momento pensó que no era a ella a quien se dirigía. Miró a su alrededor y, cuando clavó la vista de nuevo en la mesa, el tipo ya no estaba.

Cogió la tarta y salió de la cafetería con un nudo en el estómago. Adrien estaba al otro lado de la calle, guardando en el maletero dos paquetes de gran tamaño. Se esforzaba por fingir que pesaban mucho, y que no era una especie de superhéroe que podría levantarlos solo con el poder de su mente.

—¡Vaya, qué bien huele eso! —exclamó el chico. Tomó la tarta de las manos de Kate y acercó la nariz—. Cada vez disfruto más de la comida.

Kate no le prestó atención. Miraba fijamente un punto al otro lado de la calle. El hombre de la cafetería estaba de pie, junto al semáforo, y no apartaba sus ojos de ella.

—¿Habías visto antes a aquel tipo? —preguntó a Adrien.

—¿Qué tipo? —Escudriñó la calle.

—Allí. Junto al semáforo. Pantalón oscuro y cazadora gris.

—Yo no veo nada.

—¿Cómo que no?! ¡Si está ahí mismo! —Ladeó la cabeza un instante, para asegurarse de que Adrien miraba en la dirección correcta—. Allí... —Se quedó muda; el hombre había desaparecido.

—Kate, ahí no hay nadie —insistió el chico. Le puso una mano en el hombro—. ¿Estás bien? —Ella parpadeó y lo miró a los ojos. Se esforzó por sonreír, pero el gesto no llegó a sus ojos. Asintió—. Entonces sube al coche. Quiero regresar. No me gusta que mi hermana pase tanto tiempo con el chuchó.

—Se llama Carter —le recordó Kate con tono reprobatorio.

—Sé cómo se llama —le hizo notar él con una sonrisa inocente que no disimuló la mala intención del comentario.

Kate puso los ojos en blanco y subió al coche. Apoyó la frente en la ventanilla mientras Adrien conducía. Estaba tan segura de haber visto a ese hombre; quizá su imaginación le había jugado una mala pasada. Se enderezó en el asiento a la velocidad del rayo. Allí estaba de nuevo, junto a la carretera, y la miraba. Si se movía unos centímetros más a la izquierda, le pasarían por encima. Alargó el brazo para señalarlo. Miró a Adrien, pero este seguía tamborileando sobre el volante al ritmo de la música y sin intención de frenar; como si allí no hubiera nadie. Y no lo había. Kate se dio la vuelta en el asiento y miró a través del cristal trasero. La carretera estaba desierta. Dios, ¿estaba teniendo alucinaciones?

—¡Eh, preciosa! ¿Seguro que te encuentras bien? Pareces enferma. —Kate sacudió la cabeza con un gesto afirmativo—. ¿Cuánto hace que no te alimentas?

—Un par de días —respondió. Se frotó los brazos, intentando deshacerse de los escalofríos que le recorrían la espalda. Volvió a mirar por encima de su hombro.

—Eso es mucho tiempo si solo bebes de conejitos —le hizo notar él con un guiño travieso. Se puso serio y bajó la voz—. Si lo necesitas... Yo podría... No me importaría, lo sabes. Y sería nuestro secreto.

Kate se puso tensa y su estómago se agitó. Él le estaba ofreciendo su sangre, y solo pensar en ello disparaba su sed a niveles estratosféricos. Ni siquiera iba a considerarlo. Carraspeó para aclararse la voz, que, de repente, se le había atascado en la garganta.

—Adrien, pasó una vez, una única vez, y no volverá a repetirse. No estaría bien.

—No lo entiendo, de verdad que no. ¿Qué tiene de malo que quiera cuidar de ti? Tienes hambre, puedo sentirlo. Y mi sangre te fortalece más que ninguna otra. —Sus ojos iban de la carretera a ella y de ella a la carretera—. No veas nada sucio en esto, Kate. No sé, podrías verlo como un padre que alimenta a su hija. Yo te creé y me siento en deuda contigo.

Kate se quedó boquiabierta. ¡¿Como un padre a su hija?! Le puso mala cara por recordarle lo ocurrido y la osadía de la propuesta. Aunque, durante un instante, se dejó llevar por la tentación. Había estado bebiendo de William hasta el punto de que casi se había convertido en su única fuente de alimento. Su sangre la saciaba de un modo que no conseguía ni la humana embotellada que tragaba; mucho menos la de un zorro o un... conejo. ¡Puaj! Recordaba el sabor de la sangre de Adrien, más picante, como a especias. Apartó la idea con una inspiración entrecortada.

—William lo sabe. Sabe lo que pasó —confesó ella—. Se lo tomó como si me hubiera acostado contigo.

Adrien lanzó un silbido y después resopló.

—Me sorprende que no haya intentado arrancarme la cabeza.

Kate contuvo la sonrisa que le tiraba de los labios.

—Créeme, tuve que recurrir a todo mi arsenal para que no lo hiciera —replicó con un atisbo de rubor en la voz.

Adrien la miró de reojo y sonrió. Meneó la cabeza y la sonrisa se convirtió en una risita silenciosa que sacudió su cuerpo. La adoraba, no podía evitarlo. Y ahora había una serie de imágenes que no podía quitarse de la cabeza.

—Es hora de irnos —dijo Robert desde la puerta.

William se puso de pie, irguiéndose con elegancia en toda su estatura. Vestido completamente de negro, la única nota de color la ponían sus ojos de color zafiro, que esa noche destellaban con un brillo mortífero y decidido.

Abandonó la habitación del hotel con Robert a su lado, escoltados por los vampiros que en los últimos días se habían convertido en su sombra: Cyrus abría la marcha; cuatro de sus mejores guerreros caminaban controlando los flancos;

y Mihail y Mako vigilaban la retaguardia seguidos de otros dos hombres.

Para William había sido toda una sorpresa encontrar a la vampira formando parte de sus guardaespaldas. No porque tuviera dudas sobre sus capacidades (el hecho de que Mihail la hubiera elegido por encima de otros guerreros más viejos y con muchos más años de experiencia, demostraba que ella era un arma precisa y mortal), sino por que había decidido dejar de servir a los Arcanos por voluntad propia. Y después de su último encuentro, que no se sintiera incómoda estando cerca de él, le sorprendía bastante.

En la calle les esperaban tres GMC Yukon de color negro, aparcados en fila frente al hotel. William subió al que estaba estacionado en segundo lugar, su hermano se sentó a su lado y Cyrus en el asiento del copiloto. El resto subió a los otros vehículos; y se pusieron en marcha.

A través de los cristales tintados, William contempló la ciudad de San Diego. Allí se encontraba uno de los nidos más peligrosos de los que tenían conocimiento, y en breves minutos tendría a su líder frente a frente. Esperaba que estuviera tan dispuesto a colaborar, como lo habían estado los otros líderes. Y si no, no tenía ningún inconveniente en ser un poco persuasivo. Nunca lo había tenido. Por ese motivo su nombre siempre había sido temido entre los renegados.

Se frotó el pecho con los nudillos. Sentía un calor extraño en su interior. Se miró las manos y percibió en los dedos destellos de luz blanca. Cada vez le costaba más controlar las evidencias de su otra naturaleza. Mantener a raya al ángel era toda una demostración de autocontrol.

Los coches se detuvieron frente a un club nocturno.

—Aquí es —informó Robert—. ¿Estás listo?

William asintió con la cabeza mientras acomodaba un par de dagas bajo su chaqueta, y espero a que Cyrus le abriera la puerta. Odiaba la parafernalia que rodeaba a su nuevo estatus, pero era necesaria para darle credibilidad. Descendió del vehículo. Sus ojos recorrieron el entorno con precisión milimétrica. Había sombras observándoles desde todos los rincones. Se enderezó en toda su estatura y, con una tranquilidad estudiada, se dirigió a la puerta con su séquito armado pisándole los talones.

Entró en el club sin un ápice de duda. Se movía con la elegancia mortal del depredador que era, y el influjo que desprendía se extendió por la sala. A medida que se abría paso a través de las mesas, con sus anchos hombros balanceándose siguiendo los vaivenes de sus caderas, todos los ojos se alzaron para mirarle.

Entornó los párpados y sus labios se curvaron con una sonrisa siniestra. Logró el efecto que pretendía y muchos bajaron la vista, como si supieran que aquel vampiro podía matar a los presentes sin usar nada más que sus manos. Y no se equivocaban.

Al fondo del local, tras una pared de cristal, William localizó lo que parecía una zona vip. Sentados en un sofá de plástico rojo había varios renegados. En el

centro, un vampiro de larga melena rubia se puso de pie nada más verle. Sonrió y unos colmillos quedaron a la vista tras sus labios, finos y pálidos.

—Bienvenido a mis dominios, señor Crain —dijo el vampiro en tono alegre, evitando de forma deliberada llamarle «rey». Le ofreció la mano con una actitud prepotente—. Soy Roland Trap.

William miró la mano y después a los ojos del vampiro. Había comenzado el juego de posiciones y William tenía que dejar muy clara cuál era la suya: rey, dueño y señor de cada vida vampira sobre la faz de la tierra. Hizo un gesto a Cyrus y este agarró por el cuello a un vampiro que estaba sentado en un sillón; lo levantó en peso antes de lanzarlo contra la barra. Sin inmutarse lo más mínimo, William se acomodó en el asiento libre y le pidió con una mirada a Roland que se sentara. Después sacó las dagas que llevaba a la espalda y las colocó sobre la mesa, con las empuñaduras apuntando en su dirección; una clara invitación a que intentara usarlas si tenía agallas.

Roland se quedó mirando las dagas. Después paseó la vista por los guerreros que lo acompañaban. Aquellos hombres y la mujer iban armados hasta los dientes, y parecían dispuestos a dar la vida por él. No había que ser muy observador para darse cuenta de que en un enfrentamiento provocarían muchas bajas antes de caer. El único que sonreía era Robert, pero era una sonrisa carente de humor; lo ponía de los nervios. Todo el mundo sabía que era un psicópata egocéntrico con habilidades de carnicero. Se sentó de nuevo, y la arrogancia dejó paso a la cautela.

—Cuando tu hermano contactó conmigo para concertar esta reunión, me aseguró que me interesaba mucho acceder a verte. Y no solo eso, me contó cosas bastante interesantes. ¿Es cierto lo que se dice? ¿Que has sido tú el que ha roto la maldición del sol? —preguntó Roland.

William asintió y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Y por qué debería creerme eso? ¿Porque lo dices tú? —continuó el renegado.

—Háblale con respeto —intervino Cyrus. Rodeó con la mano la empuñadura de su espada bajo la chaqueta.

—Mi respeto ha de ganárselo. Hasta ahora, que yo sepa, lo único que ha hecho es asesinar a su propia especie. Ha ayudado a su padre a mutilarnos, reprimiendo por la fuerza nuestros instintos, nuestra naturaleza depredadora. A un vampiro no se le puede domesticar —escupió Roland.

Mihail dio un paso adelante desenfundando su arma. William alzó la mano y el guerrero se detuvo.

—Sí, he roto la maldición —respondió.

—¿Cómo?

—El modo no importa. Podía y lo he hecho. Acepta el regalo y no lo cuestiones —le sugirió con una mirada feroz.

En el rostro de Roland se visualizaba la confusión. Deambulaba alrededor de su cara como una sombra oscura, recelosa. No había fanfarronería en el nuevo rey, parecía sincero. Y no podía ignorar el hecho de que siempre había sido inmune al sol. Los más santones siempre habían creído que era una especie de elegido enviado a salvarles.

—Los rumores también dicen que has depuesto a tu padre, que ahora eres el rey. ¿Eso es cierto?

William se miró la mano donde lucía el anillo.

—Mi padre llevaba demasiado tiempo al mando, era hora de un cambio. El futuro necesita nuevas perspectivas.

—Debes haber sido muy persuasivo para que él y el Consejo hayan accedido sin más.

William dibujó una amplia sonrisa. Se inclinó hacia delante de modo que la luz dejó de iluminarle el rostro y quedó oculto en sombras. Sus ojos destellaron convertidos en rubíes. Su aspecto acobardaba, aunque intimidaba mucho más lo que no se veía pero podía sentirse latir bajo su piel.

—Consigo lo que quiero, Roland. Siempre. Y suelo enfadarme mucho cuando alguien intenta impedirlo. Mi padre goza ahora de unas merecidas vacaciones en un bonito lugar.

Roland sonrió y estudió a William durante dos largos segundos. Se moría por preguntar qué le había ocurrido al virtuoso traidor de Sebastian, pero no lo consideró prudente en aquel momento. Lo importante era que, por fin, parecía que el rey represor había dejado de ser un problema.

—Y bien, ¿qué te ha traído aquí exactamente? Robert no me explicó mucho y tengo verdadera curiosidad.

William se estiró en el sillón y unió las puntas de sus dedos a la altura de su boca, golpeando ligeramente sus labios con gesto pensativo.

—Tengo planes, grandes planes —empezó a decir—. Cada movimiento que hago es un paso más que me acerca a un fin: la maldición, el trono, mi presencia aquí... Me voy a encargar de que los vampiros vuelvan a estar arriba en la cadena alimenticia. De donde no debieron descender nunca.

—Eso suena muy bien —dijo Roland asintiendo con agrado.

William sonrió con suficiencia.

—Sí, y solo es cuestión de tiempo y paciencia lograrlo; y de no caer en el error de menospreciar al enemigo. Los humanos no son más que alimento, rebaños. Pero no soy idiota, esos rebaños son muy numerosos, y la masa cobra fuerza por sí sola. Un solo error y caerán sobre nosotros antes de que consiga controlarlos. Así que, no puedo permitir errores, ni que nada ni nadie ocasione esos errores. Voy a deshacerme de todos aquellos que puedan suponer un riesgo que amenace mis deseos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Por supuesto que lo entiendo y creo que tienes toda la razón. E imagino por

qué estás aquí. Así que, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

William soltó una risita. Sus brillantes ojos estaban clavados en Roland. Suspiró desencantado.

—No lo has entendido. No tienes nada que yo necesite, ya lo tengo todo. Eres tú quien necesita algo de mí.

Roland frunció el ceño, contrariado. Miró a Robert; en su conversación telefónica las cosas parecían de otro modo. Un acceso de orgullo le hizo envararse.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Qué podría necesitar yo de ti? —le soltó con desprecio.

Cyrus gruñó y Robert se inclinó hacia delante, con el cuerpo tenso y listo para saltar sobre el renegado.

—Cuida tu lengua o dejará de pertenecerte —le dijo.

William posó una mano en el brazo de su hermano, y este se relajó.

—No he venido hasta aquí a negociar contigo, ni a hacer un trato. He venido a darte la posibilidad de que continúes con todo esto. —Hizo un gesto con el que abarcó el local—. A darte la oportunidad de que sigas vivo...

—¿Vivo? —repitió el renegado con un ligero temblor en la voz—. ¿Qué te hace pensar que podrías matarme? —Miró a sus hombres. En ese momento, en el club, había más de una veintena; doblaban en número a William y sus guerreros.

—Ni siquiera tendría que moverme para acabar contigo en este momento —dijo William.

Se inclinó hacia delante y envolvió con su mente el corazón de Roland. Una garra invisible lo apretó, clavándose en él. Roland abrió la boca con un resuello y se llevó las manos al pecho. El miedo se reflejó en sus ojos. «¿Puedes sentirlo?», le preguntó dentro de su cabeza.

—Vamos, Roland. Mírame —dijo en voz alta. Abrió los brazos, exhibiéndose, adoptando ese aire arrogante tan natural en él—. Estoy muy lejos de ser un vampiro... corriente. Nunca me ha afectado el sol y he liberado a la raza de su única debilidad. Soy rey y cientos de guerreros están dispuestos a matar y morir por mí. Soy el Mesías que ha venido a liberaros de todas vuestras cadenas —le hizo notar con un susurro amenazador—. Inténtalo, da la orden. Diles que me maten.

Roland negó con la cabeza, su confianza se estaba desmoronando con cada palabra, con cada mirada de William. Un instinto primario le advertía de que no jugara con él. William era mucho más de lo que parecía a simple vista. Ninguna de las habladurías sobre él le hacía justicia. Era letal y frío, poderoso, sin límites aparentes. ¿Y si no era palabrería? ¿Y si era algún tipo de Mesías? Siempre había sido escéptico, pero ahora...

—¿Y qué tendría que hacer para conseguir ese favor? —cedió al fin.

—Nada, eso es lo mejor de todo, que no tendrás que hacer absolutamente nada. No te moverás, hablarás o comerás sin que yo te lo ordene primero. Te limitarás a esperar hasta que yo te necesite, si es que te necesito. Y si haces todo eso, yo seré benevolente y un buen rey contigo.

Roland lo meditó un largo segundo.

—Está bien, acepto.

Un brillo de diversión apareció en los ojos de William.

—Me alegro de oírlo, pero voy a necesitar que repitas esas palabras en otro momento y en otro lugar.

El renegado asintió con la cabeza.

—Será como digas.

—Bien. Dentro de diez días, en Nueva Orleans. Irás con tu gente al lugar que yo te indique a rendirme pleitesía, y haréis un juramento —le informó William. Roland asintió—. Permanece a mi lado y te recompensaré. Suelo ser muy generoso.

William se puso de pie con el sabor de la victoria en su paladar. Estaba eufórico. La primera parte del plan había funcionado. Los tenía. Un solo golpe y acabaría con la mayor parte de ellos, los más peligrosos. Después de eso, el resto quedaría disperso, se escondería. Cazarlos no sería un problema, solo cuestión de tiempo, y el mundo quedaría libre de la plaga que eran.

—Espera —pidió Roland. Le hizo un gesto a uno de sus hombres. El vampiro desapareció con paso rápido tras una puerta—. Me gustaría hacerte una ofrenda. Un regalo.

La puerta volvió a abrirse y el vampiro regresó con una chica humana a la que sujetaba de un brazo y casi obligaba a caminar. La joven tenía los ojos muy abiertos, asustados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando; parecía en estado de shock.

—Acéptala, por favor —pidió Roland—, como símbolo de mi lealtad hacia ti. —Se llevó la mano al pecho e inclinó la barbilla hacia delante—. Juro que lucharé por ti, que te protegeré con mi vida y que te alimentaré, mi señor. Acepta mi humilde sacrificio y el poder de su esencia.

William se quedó de piedra. Roland era más antiguo de lo que parecía y conocía las viejas tradiciones anteriores al pacto. Regalar una presa, con lo escasas que habían llegado a ser en otras épocas, era un gesto de generosidad y respeto que no se debía rechazar sin caer en la ofensa. Casi se le doblaron las rodillas. Miró a la chica. Era menuda, con unas mejillas sonrosadas en un rostro redondo y moreno. No tendría más de veinte años, puede que menos. La humana le devolvió la mirada y, poco a poco, su miedo dio paso a otra cosa; se quedó embelesada. No era la primera vez que le ocurría algo así con los humanos. Despertaba en ellos una incómoda fascinación, que había ido aumentando desde que su naturaleza de ángel se estaba haciendo con el control de su cuerpo y su

mente. Maldijo para sí mismo, ni siquiera se había planteado que algo así pudiera ocurrir. Era un contratiempo, e importante.

—Si no es de tu agrado, puedo ofrecerte otra... —dijo Roland al ver que William no dejaba de mirar a la chica en silencio.

« ¡Dios, esto no puede estar pasando! ¡No puedo hacerlo, no puedo hacerlo! », pensó.

Él luchaba para defender a los humanos. Se alimentaba de sangre animal y la humana solo la ingería de vez en cuando para recuperar fuerzas; siempre embotellada, fría para no sentirse tentado con los matices y el aroma que potenciaban el calor. Y bien sabía que no era lo suficientemente fuerte como para beber de un humano sin perder la cabeza. Ese riesgo era demasiado alto en su caso. Sin contar con que incumpliría el pacto que él mismo había firmado y jurado defender.

Pero si no lo hacía, el papel que estaba representando quedaría en entredicho.

Miró por encima de su hombro, buscando a su hermano. Robert parecía una estatua, inmóvil e impasible, solo sus ojos reflejaban el pánico que sentía. Y estaba pensando lo mismo que él. William asintió de forma imperceptible, y Robert le devolvió el gesto. No podían despertar sospechas, ni mostrar debilidad, no a esas alturas. Todas las batallas exigían sacrificios.

—Ya veo —continuó Roland—. Temes que haya puesto algo en su sangre. No confías en mí. Te juro que no es así. Te lo demostraré.

Roland tomó a la humana del brazo y, sin un atisbo de compasión, se llevó su muñeca a la boca. Clavó los dientes en ella y tomó un buen trago de sangre. La chica se estremeció y gimoteó, incapaz de apartar los ojos de la herida sangrante. El olor a vida penetró en el olfato de William. Sus fosas nasales se dilataron, capturando el aroma. Su estómago se agitó.

—Deliciosa —dijo Roland, relamiéndose. Colocó una mano en la espalda de la joven y la empujó contra William.

La chica tropezó y William la sostuvo por la cintura antes de que perdiera el equilibrio. La miró a los ojos, los suyos cambiaron de color hasta convertirse en fuego. Ella quedó atrapada en su mirada, demasiado impresionada para moverse o siquiera pensar. El olor de la sangre lo estaba trastornando. Se dijo que pararía antes de dejarla seca, dejaría que se convirtiera y después cuidaría de ella para compensarla. Mejor vampira que muerta para siempre.

La sangre lo llamaba de forma insistente. La imagen de Amelia apareció en su mente como un flash, la apartó con un gruñido. Entonces vio a Kate, caminando por el bosque con la garganta abierta. Si algo podía ayudarle en ese momento, era ella. Lentamente se inclinó sobre la chica, que permanecía quieta. Con suavidad le puso una mano en el cuello, le acarició la vena con el pulgar. Le palpitaba a un ritmo endemoniado, cargada de adrenalina; y con cada latido, la sangre goteaba más rápido contra el suelo desde su muñeca. El deseo se apoderó

de él. Había fantaseado tantas veces con hacer algo así.

La mordió. Sus dientes se clavaron en la piel suave y el mundo se detuvo cuando la sangre inundó su boca. Bebió, y continuó bebiendo. Placer y dolor. Poder recorriéndole las venas. Cerró los ojos y el tiempo quedó parado en un éxtasis demoledor. El cuerpo de la chica se volvió lánguido entre sus brazos, los latidos se ralentizaron y el flujo disminuyó. William clavó los dientes con más fuerza y succionó con un gruñido, no quería que se acabara. Necesitaba más, mucho más. Volvió a gruñir, insatisfecho con aquel último sorbo; y entonces la sintió, pegándose a su lengua, deslizándose por su garganta, abriéndolo en canal de arriba abajo. La esencia vital de la chica se abrió paso hasta su corazón y, durante un instante, lo hizo latir. Palpitó de verdad.

Abandonaron el local con paso rápido. Apelando a su fuerza de voluntad, William logró entrar en el coche como si no pasara nada de nada. Por dentro un zumbido hacía vibrar su cuerpo con la sensación de que en cualquier momento esa vibración saldría a la superficie desdibujando su piel. La sangre de la chica le supo increíblemente dulce y su esencia... Dios, su esencia... Ni siquiera tenía palabras para describir lo que había sentido. Fuerza y poder en estado puro, ilimitado.

—¿Estás bien? —preguntó Robert.

Robert miraba a su hermano, preocupado. Sus ojos descendieron hasta las manchas de sangre que le habían salpicado la piel bajo la mandíbula. No podía quitarse de la cabeza la imagen de William bebiendo de la joven humana, la expresión de absoluta maldad en su rostro al separarse del cuerpo sin vida y el desconuelo en sus ojos al comprobar que estaba muerta. Había sacrificios que jamás compensarían el precio que se pagaba por ellos. Por suerte, el resto de su séquito no había visto la escena. Cyrus había sido prudente a la hora de hacerles salir un instante antes.

—La he matado, Robert. No he sido capaz de detenerme —susurró con la vista fija en algún punto solo visible para él. Se sentía como un violador, un asesino... Un monstruo.

—Esa chica ya estaba condenada antes de que tú llegaras. Al menos, no ha sentido miedo y ha servido a un buen propósito. ¡No te atormentes, hermano! No pienses.

William lo miró de reojo. Dos lágrimas descendían por sus mejillas, parecían perlas.

—Lucho para evitar que cosas así ocurran y me he convertido en lo que combató.

—¡No, has hecho un sacrificio necesario! ¿Acaso crees que yo no cargo con mis propios demonios? Mientras le seguía el juego a Amelia y a Marcelo, no tuve más remedio que hacer... «cosas». Aunque siempre me detuve antes de que la vida abandonara al humano. Siempre he tenido miedo de llegar tan lejos. Mi oscuridad está demasiado presente para ponerla a prueba.

—Yo no he podido detenerme —se lamentó William. Rechinó los dientes; de

repente sentía una necesidad casi física de acabar con aquella conversación y alejarse de todo—. Para el coche —le ordenó al guerrero que conducía.

El vampiro obedeció de inmediato y William descendió del vehículo.

—¿A dónde vas? —preguntó Robert bajándose tras él.

El coche que les seguía se detuvo y Mihail y Mako salieron con sus armas en las manos, recorriendo con la vista el entorno tratando de localizar la amenaza.

—¿Qué ocurre? —inquirió Mihail.

—Nada —respondió William. Su mirada se encontró con la de Mako. Ella hizo ademán de ir a acercarse, pero se detuvo en el último momento, ocupando su oposición tras su superior—. Aquí hemos terminado. Quiero que regreséis a Heaven Falls para preparar el siguiente paso. Nos encontraremos allí.

—Pero... mi señor, eso no es prudente. No debes quedarte desprotegido, ahora eres demasiado importante para la raza —le recordó Mihail.

—Es una orden —gruñó William. Odiaba que lo llamaran así.

—Está bien —aceptó el vampiro, vacilante.

Robert se pegó a él y sujetándolo por un codo le habló al oído.

—¿Qué te pasa?

La cara de William se puso tensa y el tono de su voz se volvió inexpresivo.

—Nada, solo necesito estar solo un rato y... caminar. Acabaré volviéndome loco dentro de ese coche. No te preocupes, ya sabes que tengo mis medios para regresar a casa.

—Sí, pero creía que habíamos quedado en que no usarías tus «medios». No estamos seguros de si el uso de tus poderes puede alertar a los ángeles o a los nefilim. Llamar su atención es lo último que necesitamos.

—Lo sé. Tendré cuidado.

Robert estaba preocupado, conocía demasiado bien a su hermano.

—Will, lo de esa humana...

William hizo una mueca de fastidio.

—Era necesario. Lo sé, ¿vale? Y estoy bien. No voy a lanzarme sobre el primer cuello que vea —le aseguró. Sin darle tiempo a decir nada más, se alejó a paso rápido perdiéndose en la noche.

Pero no estaba tan seguro de esa afirmación como creía. Mientras se movía entre las personas que circulaban por la calle, sus sentidos se centraban en cada pulso latente que pasaba por su lado. Decenas de corazones repletos de vida lo rodeaban como un mar revuelto, sacudiéndolo de un lado a otro. Una chica con un uniforme de camarera salió de una cafetería. Sin querer chocó con él. Alzó sus ojos y lo miró con una disculpa en su sonrisa. El rubor le tiñó las mejillas y William se encontró sonriendo sin darse cuenta.

—Lo siento. No miraba por donde iba.

—Perdonada —dijo William. Su sonrisa se acentuó sin dejar de mirarla. En realidad contemplaba la vena que latía bajo su oreja, cada vez más rápido.

—Tu acento... Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó ella, recogiendo el pelo tras las orejas de forma coqueta.

William percibió el cambio de olor en su cuerpo. Se sentía atraída físicamente por él con una evidencia imposible de ignorar. El corazón le martilleaba el pecho con fuerza.

—Eres muy perspicaz —le susurró inclinándose sobre ella. Aspiró su olor sin ningún disimulo.

—Sí... Bueno... Tengo buen oído —dijo ella cada vez más colorada.

—Y muchas más cosas —le hizo notar él.

Esbozó una sonrisa. Hermosa y sensual. La chica quedó atrapada en ella. Si le pedía que lo acompañara, ella lo haría, y él tenía un agujero en el pecho que necesitaba llenar. Solo podía pensar en ese agujero. Una vocecita le decía que nada de aquello estaba bien. Otra le recordaba que era un híbrido único y poderoso, y que no tenía por qué someterse a nadie, solo a sus propios deseos.

—¿Tienes novia? —curioseó ella.

La pregunta se abrió paso en su cerebro como la hoja de un cuchillo. Kate. William se envaró, ¡qué demonios estaba haciendo coqueteando con aquella humana! Coqueteando no era la palabra. Estaba acechando a una presa.

Apretó los dientes y echó a andar, dejándola allí plantada. De repente la marea humana ya no era tan apetitosa, sino molesta; no le apetecía su sangre, quería arrancar cada corazón de su pecho. Y él estaba tan enfadado. Ardía por la rabia, por las contradicciones y su debilidad. Se adentró en un callejón buscando un lugar para desmaterializarse sin ser visto. Anduvo entre los contenedores donde algunos mendigos rebuscaban algo que llevarse a la boca. Un poco más adelante, un hombre discutía con dos mujeres por dinero. Parecían prostitutas. Ellas le dieron todo cuanto llevaban en sus bolsillos y él las despidió con un cachete en el trasero.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —le espetó el hombre mientras contaba un fajo de billetes sin siquiera levantar la vista.

Todo ocurrió en un visto y no visto en el que su humanidad desapareció bajo un instinto salvaje descontrolado. Estaba de pie en el callejón y un parpadeo después su mano aferraba el corazón del hombre. Lo sostuvo mientras veía cómo se desangraba, sin una pizca de arrepentimiento. Su mano se iluminó y el músculo quedó reducido a cenizas. Apartó el cuerpo de una patada y se desvaneció en el aire.

William se materializó junto al arroyo, cerca de la cascada. No podía precisar con exactitud la sensación que experimentaba bajo la piel. Lo que sí sabía con total seguridad, era que nunca había sentido algo así, y que era una señal de alarma. Se miró la mano ensangrentada, aún podía notar el calor del hombre calentándole la palma de la mano. Le había arrancado el corazón del pecho. Lo había asesinado a sangre fría y, aunque el tipo era un indeseable, no

dejaba de ser una vida sobre la que él no tenía ningún derecho. Y la chica... Cerró los ojos. Su sangre... Los remordimientos se entremezclaban con el placer y el deseo de volver a sentir la vitalidad humana en sus venas. Lanzó un grito cargado de frustración.

Se agachó y comenzó a lavarse. Tenía la chaqueta y la camisa salpicadas de sangre, también los zapatos. Se quitó toda la ropa, menos los pantalones, y le prendió fuego. Mientras contemplaba las llamas, intentó ignorar la oscuridad que pulsaba en su interior, abriéndose paso. Se sobrepuso a la inquietante sensación a fuerza de voluntad, y se dirigió a casa. Las luces de la segunda planta estaban encendidas y se oía el agua de la ducha caer. Su necesidad de ella, de verla y sentirla, lo dominó por completo. Ella era su oasis en el desierto, su casa. Nada más poner un pie en la entrada, se quedó inmóvil,ladeó la cabeza y sus ojos taladraron el bosque.

—Como la estés mirando te sacaré los ojos —dijo William bruscamente.

Se oyó una risita y el ruido de unas ramas. Una sombra cayó hasta aterrizar en el suelo con la elegancia de un puma.

—Aún no tengo rayos X en los ojos que atraviesen las paredes. Pero no estaría mal, ¿eh?

William resopló con los ojos en blanco.

—¿Cómo se ha portado?

—¿Kate? —Adrien sonrió—. No te lo vas a creer, pero... como un corderito. Ha pasado toda la semana en la casa de huéspedes, dándome órdenes y haciéndome trabajar como un esclavo. Lo mío es el arte de la guerra, no pintar estuco. —Abrió los brazos como si implorara—. ¿Le has... le has dicho que es un disparate convertir la casa en un albergue para vampiros?

—¿Crees que serviría de algo? —le preguntó a su vez William.

Adrien alzó las cejas, pensativo. Sacudió la cabeza con un gesto exasperado.

—La verdad es que no —respondió, caminando hasta él. Entornó los ojos y miró a William con atención, con el extraño presentimiento de que algo malo, muy malo, le había ocurrido—. ¿Todo bien?

William asintió y se apoyó contra la columna de madera.

—Mejor de lo que esperaba. Los he convencido, aunque solo con miedo y promesas, pero eso es lo de menos, ¿no? Irán a Nueva Orleans, todos, ¡y los reduciremos a cenizas!

—Me alegro, pero no me refería a eso. Sé que ha ido bien porque estás aquí de una pieza. Pero no te pregunto por las reuniones. Estás... raro... —Entornó los ojos, como si así fuese capaz de ver aquello que se le escapaba. Y entonces lo olió—. ¡Por Dios! ¿Qué has hecho, idiota?

William se enderezó, tan tenso como un cable de acero.

—Lo que debía —escupió—. Vete a casa, Adrien. Te llamaré si te necesito. —Y desapareció sin más.

—De nada. Ha sido un placer —respondió Adrien al tiempo que dirigía una mirada feroza a la casa.

La ropa de Kate estaba esparcida por el suelo del dormitorio y olía a pintura y disolvente. Entró en el baño sin hacer ruido y se quedó mirando la silueta de su cuerpo tras la mampara de la ducha. ¡Dios, cómo la había echado de menos! Su cuerpo se agitó con un estremecimiento. Ella lo derretía, lo conmovía, y las capas de frialdad y dureza tras las que se cobijaba caían una tras otra cuando la tenía cerca. Era su mundo privado donde todo era perfecto.

Kate se quedó quieta. Por un momento le pareció percibir una presencia en la casa. Pensó en Adrien, quizá había entrado a por algo. Corrió el cristal y asomó la cabeza.

—¡Hola!

Nadie contestó. Se encogió de hombros, seguro que había sido su imaginación inquieta. Tan inquieta que había empezado a tener alucinaciones. Se giró para coger la esponja y un grito escapó de su boca al darse de bruces contra una mole de piel y músculos. William estaba dentro de la ducha vestido tan solo con unos tejanos.

—¡Dios, casi me matas del susto! —le espetó, golpeándolo en el estómago con el puño.

Los labios de William se curvaron con una sonrisa mientras la miraba de arriba abajo.

—No era esta la bienvenida que esperaba —le dijo en voz baja. Kate lo contempló un instante. De repente, lo abrazó, hundiendo el rostro en su pecho con la desesperación que había estado controlando los últimos días—. Mucho mejor —murmuró con los labios contra su pelo. La estrechó con fuerza, sintiendo su cuerpo desnudo, frágil y tembloroso entre sus brazos.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto. Estaba muy preocupada. Muerta de miedo —confesó. Echó la cabeza atrás para poder mirarlo a los ojos—. ¿Todos están bien? —Él asintió—. ¿Y las cosas han salido como esperabas? —Volvió a asentir. Kate suspiró y su cuerpo se relajó entre sus brazos—. ¿Y ahora qué?

William se encogió de hombros. Le levantó la barbilla con un dedo y la miró fijamente. Su sonrisa tenía una expresión muy masculina, de satisfacción y posesión. Ella se deritió y le devolvió la sonrisa.

—Me muero de deseo por ti. No puedo estar lejos de ti sin sentir que me han arrancado medio cuerpo. Una semana y estoy famélico; te necesito. Me muero y tú mueres por mí —dijo contra sus labios. Percibiendo el hambre que despertaba en ella. Eso aumentó su deseo—. ¿De verdad quieres hablar de renegados y del futuro en este momento?

—No, no quiero —suspiró ella. Con sus palabras solo había logrado que pensara en una única cosa.

Lo tuvo encima incluso antes de pecatarse de que se movía. Introdujo una

pierna entre sus muslos, le sujetó los brazos por encima de la cabeza y atrapó sus labios con su boca. La besó con fuerza. Ella no pudo contenerse y lo mordió en el labio inferior. William gimió con un sonido delicioso, mientras la sangre se mezclaba con la saliva.

El mundo dejó de existir para ambos. Solo sentían sus emociones y estas los impulsaban al uno contra el otro con ferocidad. William la alzó por las caderas y ella enlazó los brazos en su cuello, mientras le recorría la mandíbula con la nariz. Le acarició la oreja y después el cuello, aspiró su olor sobre la vena tensa que descendía hasta la clavícula. Él ladeó la cabeza y ella besó su piel antes de hundir los dientes en ella.

William gruñó.

—¡Dios, me encanta alimentarte!

—Olvidalo —dijo Kate mientras se movía por el salón buscando las llaves del coche—. No pienso llevar escolta. ¿Sabes... sabes lo raro que sería ir por ahí rodeada de unos tíos que parecen clones de Riddick?

—¿Quién? —preguntó William.

Kate lo miró como si tuviera delante a un extraterrestre. Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—No necesito guardaespaldas —aseguró con voz firme.

William se reclinó en el sofá, acomodándose de un modo perezoso y arrogante. La miró con las pestañas bajas.

—Kate, por favor, serán discretos. No puedes ir por ahí desprotegida.

—No estoy desprotegida. Sabes muy bien que puedo defenderme, y estos días he practicado con Adrien. Pregúntale, verás cómo te dice que sé protegerme bastante bien.

La sonrisa desapareció del rostro del vampiro. No le gustó oír aquello. Intentó apartar de su mente la imagen de un combate cuerpo a cuerpo entre ellos. Imposible. Ahora no lograba pensar en otra cosa que no fueran brazos y piernas entrelazados. Se puso de pie y se dirigió a la cocina. Sacó de la nevera una bolsa de sangre y la rasgó con los dientes. Empezó a beber. Necesitaba calmar los nervios que sentía en el estómago.

Ella lo siguió. Se quedó parada junto a la puerta, mirándolo. Solo llevaba un pantalón de pijama que colgaba por debajo de sus caderas, mostrando lo suficiente para que pudiera distraerse con su perfecta anatomía.

—Will —dijo con tono mimoso. Él la miró de reojo, enfadado. Unos mechones de pelo oscuro le cayeron por la frente cuandoladeó la cabeza hacia la ventana—. Sé que te preocupa mi seguridad. Pero, intenta pensar, no puedo pasearme por Heaven Falls con un ejército de vampiros. Lllaman demasiado la atención, son... son enormes y dan miedo. La gente hará preguntas, empezarán a fijarse en nosotros y a especular. Sabes que eso no sería bueno para nosotros.

» Además, no hay motivos para pensar que en este momento los renegados vayan a atacarnos. Y si lo que te preocupa son los ángeles, sabes que solo necesitan un pensamiento para reducir a cenizas a uno de nosotros. Si deciden ir a por mí, ni siquiera tendrán que acercarse.

William dejó de beber. Parpadeó y pareció caer en la cuenta de lo que ella acababa de decir. Que tuviera una escolta no era suficiente. ¡Dios, cómo no se había dado cuenta antes!

—Tienes razón, por eso será mejor que te quedes en casa hasta que todo esto pase y estemos seguros. Puedo traer a Jill para que te haga compañía, seguro que a Evan no le importa. También trasladaré a Marie. Os podremos proteger mejor si estáis juntas.

—¿Qué? —Kate dio un respingo—. No pienso quedarme en casa encerrada.

—Solo será hasta que todo acabe. Hasta que eliminemos el peligro.

—¿Eliminar el peligro? ¡Siempre habrá ángeles! No puedes tenerme encerrada por toda la eternidad.

—Lo que no puedo permitir es que te hagan daño.

—¿Incluso a costa de mi libertad? ¡No eres mi dueño!

—Estoy cansado de discutir. Es lo único que hacemos, discutir y discutir —respondió exasperado.

Tiró la bolsa vacía a la pila. No lograba entender la actitud de Kate. ¿Acaso no se daba cuenta de que lo hacía por ella, para mantenerla a salvo? Que la quería tanto que perderla no era una opción.

—Puede que dejemos de discutir si tú intentas ser más razonable —le espetó Kate.

La irritación aguijoneó a William. Se plantó delante de ella, tan cerca que el aire apenas circulaba entre sus cuerpos. Apretó los labios con una mueca de escepticismo.

—¿Razonable? ¿Ser razonable es quedarme de brazos cruzados mientras tú te expones con una diana del tamaño de Maine en la espalda? Todo el mundo sabe lo que significas para mí, que eres mi debilidad, e intentarán aprovecharla para controlarme o castigarme.

»Reduciría el mundo a escombros por ti y lo saben. Al igual que saben que moriría si te pierdo. Así que, no estás en posición de negociar conmigo, sino de hacer lo que yo diga.

Kate retrocedió un paso, estremeciéndose como si la hubiera abofeteado. William se había pasado con su actitud machista y controladora.

—Bueno, yo veo otra solución al problema: dejaré de ser tu debilidad. Quizá debamos demostrarles que no soy tan importante para ti; es más, les dejaremos muy claro que no soy nada tuyo. Así dejaré de interesarles. —Lo apuntó con el dedo—. Ni siquiera habrá que fingir... ¡porque a este paso será la verdad!

La piel de William comenzó a iluminarse y sus ojos se convirtieron en dos pozos sin fondo de plata fundida. Su expresión era siniestra y amenazante.

—¿Y eso qué quiere decir?

Kate se envaró, dispuesta a no dejarse amedrentar. No podía permitir que él la doblegara. No iba a dejar que nadie pensara y decidiera por ella. Y mucho

menos iba a quedarse encerrada, vigilada día y noche, de forma indefinida.

—Justo lo que he dicho, que no soy nada tuyo. No soy una propiedad, ni una mascota, ni una esclava que obedezca todas tus órdenes sin rechistar. Si lo que buscas es una mujercita sumisa, te has equivocado conmigo.

La luz que rodeaba a William, cada vez era más intensa. De repente, empezaron a oírse un montón de clics. Todos las ventanas y puertas se estaban cerrando solas. Solas no, las estaba cerrando él. Los ojos de Kate se abrieron como platos. No daba crédito al comportamiento de William.

—Todo lo que estoy haciendo es para mantenerte a mi lado. Para que mañana, dentro de un siglo o de diez, sigamos juntos y tengamos una vida que vivir. Solo intento protegerte —masculló él.

—No, tú quieres enterrarme entre estas paredes. Sin aire, sin vida. Yo no puedo vivir así, ni siquiera por ti. Lo siento. Esta es mi última palabra. —Kate se sacó su anillo de compromiso del dedo.

—Vuelve a ponértelo —ordenó él en un susurro.

Ella no le hizo caso, sino que extendió la mano con el aro en la palma dispuesta a devolvérselo. Estaba tan enfadada que no lograba pensar, solo quería ganar aquel pulso de poder injusto; y, en ese momento, estaba dispuesta a romper el compromiso, aunque eso también le rompiera el corazón.

—No estoy de broma, Kate. ¡Vuelve a ponerte el maldito anillo! —gritó William.

Alguien tosió afuera. Los dos se giraron hacia la puerta acristalada. Robert y Adrién saludaron, sin poder disimular la incomodidad del momento.

—Terminaremos esta conversación más tarde —dijo William en voz baja, mientras cogía el anillo y se lo colocaba en el dedo casi a la fuerza.

—No hay nada que terminar. No vas a encerrarme, ni vas a controlarme, eso te lo aseguro —replicó de forma tajante Kate. Se dio la vuelta y salió de la cocina hecha una furia.

William movió la mano y la puerta de la terraza se abrió.

—No pretendíamos interrumpir —dijo Robert a modo de disculpa.

—No habéis interrumpido nada —respondió William. Miró su reloj y exhaló el aire que estaba conteniendo. No tenía ni idea de que fuera tan tarde. En pocos minutos aquella casa iba a llenarse de gente—. Iré a vestirme.

Subió al dormitorio. En el baño se oía el agua de la ducha. Cogió el picaporte y lo giró, solo para comprobar que ella había cerrado desde dentro. Una sonrisa arrogante se dibujó en su cara. Si de verdad pensaba que eso podía detenerlo...

Se le cayó el alma a los pies. Se dio cuenta de que Kate sabía perfectamente que un cerrojo no iba a impedirle el paso, pero sí el claro mensaje que estaba enviando y que lo ponía a prueba. No lo quería cerca.

Se alejó de la puerta y se sentó en la cama. Se quedó mirando las sábanas desordenadas. Presa de la frustración, se pasó una mano por la barba incipiente y

después por el pelo. Solo un par de horas antes habían estado en esa cama, envueltos en besos y abrazos; y ahora ni siquiera estaba seguro de si ella volvería a hablarle. ¿Por qué tenía que ser tan testaruda? ¿No se daba cuenta de que solo quería protegerla?

Sacó del armario unos tejanos azules y una camiseta gris de manga larga. Quizá no fuera el atuendo más adecuado para el rey de una de las razas más poderosas que existían, pero eso era algo que estaba lejos de importarle.

Cuando bajó al salón, todos a los que había convocado ya se encontraban allí. A William no le pasó desapercibido que el ambiente entre vampiros y licántropos era mucho más relajado que en Roma. Eso era bueno, un problema menos del que preocuparse. Que llegaran a entenderse, como si de un solo clan se tratara, hacía más fácil que se cubrieran las espaldas los unos a otros sin importarles de qué linaje procedía el que luchaba a su lado.

Se sentó junto a Daniel, que le dio un fuerte apretón en el brazo a modo de saludo. Robert se acomodó a su lado con Adrien unos pocos pasos por detrás. William recorrió con la vista los rostros de todos los presentes y el peso que sentía en el estómago se aligeró un poco. Los Solomon habían acudido al completo, también Cyrus, Stephen y Mihail, junto a sus mejores hombres. Confiaba en todos y cada uno de ellos.

—¿Y bien? —preguntó William.

—Tengo hombres revisando palmo a palmo los muelles —empezó a decir Cyrus—. Pero van con cuidado y tardarán un par de días en pasarme un informe fiable. No me fio de que los renegados también envíen a algunos de los suyos, para asegurarse de que no tramamos nada, y sorprendan a los nuestros.

—Yo lo haría —dijo Robert—. Intentaría conocer el lugar: las salidas, los accesos y las zonas donde podrían tenderme una emboscada. Necesitamos conocer muy bien el terreno para poder esconder a nuestros hombres antes del ataque.

—Habría que trasladarlos hasta allí con bastante antelación. Es probable que los renegados comprueben el terreno varias veces. Sería de ilusos creer que confían en nosotros, aunque hayan jurado lealtad —replicó Mihail.

—Ese juramento no sirve de nada hasta que lo hagan de forma pública y derramen su sangre en señal de obediencia —intervino William.

—Y, aun así, no sería sensato fiarnos de ellos —indicó Daniel. Miró a William a los ojos—. ¿Tenemos alguna idea de cuántos serán?

William le hizo un gesto a Cyrus para que contestara.

—No, solo previsiones. Pero estoy seguro de que son muchos. Tengo hombres vigilando los nidos, intentando conseguir un censo. No es fácil, no están tan unidos como creíamos, se disgregan continuamente.

—Mis hombres estarán listos en tres o cuatro días. Se están concentrando al norte de Atlanta. Allí pasarán desapercibidos —informó Samuel—. ¿Los

vuestros?

—Nos está costando un poco lograr que entren en el país sin llamar la atención —admitió Mihail—. Tres, cuatro días, puede que cinco. Eso nos deja poco margen antes de la noche de la reunión.

Kate abandonó la habitación y enfiló el pasillo hacia las escaleras. Desde allí podía oír el murmullo de las voces que ascendían desde la sala. Notaba la tensión y preocupación que debía respirarse en el ambiente. Nerviosa se arregló la ropa, un vestido muy corto y ajustado a juego con unos botines de tacón y una cazadora de piel sintética. Demasiado atrevido, pero era así como se sentía, atrevida y desafiante; e inexplicablemente le hacía sentirse más segura que su ropa de oferta de tiendas *outlet*.

Bajó las escaleras como si nada y entró en la sala con su bolso en una mano y las llaves del coche en la otra. Sus ojos recorrieron las caras de los presentes, que de golpe se habían puesto de pie y la saludaban con una inclinación de sus cabezas, como si ella fuera alguien importante. Consecuencias de salir con el nuevo rey de los vampiros; y no le hacía ni pizca de gracia. Les devolvió el saludo. Se fijó en la silueta grácil que había junto a la puerta: Mako, ataviada como un guerrero más, solo que en ella esa ropa destacaba de una manera muy diferente. La vampira le dedicó una extraña sonrisa. Kate se puso tensa, rígida, e inmediatamente fingió que le era indiferente.

—¿Vas a salir? —la voz de William llegó hasta ella abriéndose paso como una hoja afilada.

Kate clavó su mirada en la de él, fría y desafiante.

—Sí. Tengo cosas que hacer —respondió.

«Kate, no salgas por esa puerta. ¿Me oyes?», William le habló directamente dentro de su cabeza.

Kate le sostuvo la mirada durante un largo segundo, retándolo a que dijera o hiciera algo delante de todas aquellas personas; a que se pusiera en evidencia. Pero él no hizo nada, solo fulminarla con una mirada asesina. Ella se dio la vuelta y fue a la puerta.

«¡Kate! ¡Joder!», maldijo William. Le costó un esfuerzo sobrehumano controlarse y no salir tras ella para volver a meterla en la casa. Kate se había propuesto volverlo loco de preocupación con su tozudez. Buscó a Adrien con la mirada. Apretó los labios y exhaló el aire de sus pulmones por la nariz. No necesitó decirle nada, y fue un alivio porque la frustración que sentía ni siquiera lo dejaba pensar.

Adrien asintió una sola vez.

«No la perderé de vista», le dijo a William antes de seguir a Kate hasta la calle.

Kate entró en la biblioteca pública, cargada con todos los libros que tenía en casa y que había sacado prestados unas semanas antes con intención de familiarizarse con algunas de las asignaturas que daría en la universidad. Eso había ocurrido antes de que un híbrido la convirtiera en vampiro y que toda su vida cambiara para siempre. Estudiar, tener un trabajo normal, ese tipo de cosas parecían lejanas e imposibles en ese momento. Su día a día se había convertido en una sala de espera en la que el reloj avanzaba implacable mientras ella era un mero objeto inanimado sin prisa.

Cruzó las puertas dobles y se dirigió al mostrador. Ni rastro de Amanda, la bibliotecaria. Miró su reloj de pulsera. Eran más de las diez y quería regresar a la casa de huéspedes antes del mediodía, para continuar recogiendo las cosas de Alice. Dejó los libros sobre el mostrador y deambuló por las salas en busca de la chica. Recorrió un pasillo tras otro, rodeada de montones de estanterías. Apenas encontró gente en las mesas a esas horas, y más allá, en los atrios junto a los ventanales, solo halló un par de parejas dándose el lote. Menudo lugar para meterse mano.

Escudriñó la sala e inconscientemente se dirigió a la sección de antiguas religiones. Notó un calor en la nuca y se giró. Durante una milésima de segundo le pareció ver una figura familiar desapareciendo tras un cubículo. La siguió, sin tener muy claro por qué y qué estaba siguiendo. Llegó hasta la zona donde se amontonaban los ordenadores anticuados, que poco a poco iban siendo sustituidos por otros más actuales.

Se paró de golpe y, aunque estaba tan muerto como las mariposas que colgaban de alfileres en los cuadros de la pared, sintió su corazón saltar con fuerza dentro del pecho. El hombre de la cafetería estaba sentado a una mesa no muy lejos de donde ella se encontraba, y la miraba. Su instinto le decía que saliera corriendo, pero se impuso la curiosidad y la necesidad de saber si solo se trataba de alucinaciones. Se acercó con cautela, sin apartar la vista de aquella mirada que le sonreía.

—Saludos, mi pequeña y hermosa vampira —dijo el hombre.

Kate se puso tensa al escuchar el timbre de su voz, se asemejaba a una sucesión de roncos suspiros provocados por el placer. Tentadora.

—¿Cómo sabes lo que soy? —se atrevió ella a preguntar.

El hombre sonrió.

—Yo sé muchas cosas —respondió. Le hizo un gesto con la mano para que se sentara en la silla, frente a él. Kate dudó y miró por encima de su hombro, solo para comprobar que estaban solos—. Tranquila, soy completamente inofensivo para ti.

Kate apartó la silla y se sentó. Apoyó las manos en la mesa y contempló al hombre. Tenía un aspecto que le resultaba familiar y, a la vez, sobrecogedor.

Poseía un rostro hermoso que distaba mucho de ser perfecto, pero sus rasgos la tenían embelesada.

—No eres una alucinación. En la cafetería, y más tarde en la carretera. Ayer te vi de verdad.

Él le dedicó un guiño y sonrió. Sus labios se curvaron hacia arriba, confiriéndole a su boca una expresión incitante.

—Solo por que yo quise que lo hicieras.

—¿Por qué?

Él se inclinó sobre la mesa y entornó los ojos, ocultándolos bajo sus largas pestañas.

—¿Y por qué no?

Se produjo un largo silencio en el que Kate era incapaz de apartar la vista de él. Sabía que estaba mal mirar a una persona de ese modo, pero tenía una sensación extraña que la empujaba a buscar algo que, estaba segura, tenía ante las narices y se le escapaba. Algo importante que aparecía en su mente y que era tragado por una oscuridad absoluta y silenciosa antes de que tuviera tiempo de averiguar de qué se trataba.

—¿En qué piensas? —preguntó él con verdadera curiosidad.

—Intentó averiguar qué eres. No eres un vampiro, ni un licántropo, y tampoco pareces un ángel. ¿Qué eres? —Kate continuaba mirándolo atónita.

Él se reclinó en la silla y sacó del bolsillo de su chaqueta una bolsita con galletas saladas.

—Será divertido ver cómo lo averiguas —dijo mientras abría la bolsa y se echaba una galleta a la boca—. Por cierto, ¡qué maleducado soy!, no me he presentado. Me llamo Marak ¿Quieres? —Le ofreció una galleta con la palma de la mano extendida.

Kate se quedó mirando la galleta. Sacudió la cabeza con un gesto negativo.

—Soy un vampiro, supongo que sabes que no puedo comer.

—¿Lo has intentado?

—Oye... Marak —pronunció su nombre, que se atascó en su boca un instante—. Sé que no puedo. Los vampiros enfermamos con la comida.

—A lo mejor sí puedes —la contradijo. Se encogió de hombros y se comió la galleta—. Tú no eres un vampiro corriente. Te convirtió un semiángel y la sangre de otro te alimenta. Querida, tú también eres única en tu especie. Otro milagro de la evolución. ¡Quién sabe qué cosas podrás hacer!

Kate lo miró estupefacta, con el miedo reflejado en la cara. Aquel... lo que fuera, sabía cosas sobre ella que era imposible que supiera; y que no debía saber. Su instinto la apremiaba para que saliera de allí a toda prisa, Marak no era de fiar, pero no le hizo caso y se quedó donde estaba. Necesitaba saber quién era y qué hacía allí. Por qué ella podía verle.

—¿Cómo sabes tantas cosas sobre mí? —preguntó Kate.

—Observar es lo único que me distrae. Podría decirse que soy un *voyeur*.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación espiar a los demás?

La sonrisa desapareció del rostro de Marak.

—No soy un mirón en ese sentido. —Parecía ofendido—. No necesito acechar en las sombras para saber esas cosas. Puedo leer el alma de las personas. Es el registro más completo que existe, todo se almacena ahí. La mente olvida, el cuerpo olvida, el alma nunca lo hace.

Los ojos de Kate se abrieron de par en par.

—¿Puedes ver el alma? ¿La de cualquiera?

—Sí, si quiero hacerlo, por supuesto. Aunque pocas despiertan mi interés —respondió como si nada.

A Kate le temblaron los labios. ¿Qué clase de ser podía ver el alma y leer en ella? «Un ángel», se dijo con un nudo en el estómago. Solo que no parecía uno.

—Y mi alma es una de esas pocas que despiertan tu interés —repuso despacio, casi sin habla.

Marakasintió y se quedó callado.

Kate se dio cuenta de que no iba a lograr sacarle nada más. Se fijó en el libro que tenía abierto sobre la mesa. Un tomo muy antiguo, escrito en latín y con unos grabados xilográficos en madera. Había recorrido cada pasillo de aquella biblioteca ininidad de veces, desde que era una niña que ni siquiera sabía leer, conocía cada estante y no recordaba haber visto algo parecido allí antes.

—Infernum Canem. —Kate leyó en voz alta el título que figuraba sobre el dibujo de la página derecha. Miró a Marak a los ojos, unos ojos completamente humanos. Intentó ver en ellos algo más allá de lo que mostraban, pero nunca había sido muy buena interpretando a la gente—. ¿Perros del infierno? ¿Crees en estas cosas?

—Por supuesto. Si existen otras criaturas, criaturas como tú, por qué no habrían de existir ellos también.

—Porque si es verdad todo lo que se ha escrito sobre ellos. Unos seres tan malévolos no deberían existir.

Un brillo de diversión iluminó el rostro de Marak.

—Oh, querida. Ni el malo es tan malo, ni el bueno es tan bueno. Y sé de lo que hablo. —Giró el libro y lo empujó hacia ella—. ¿Por qué no te lo llevas? Verás que el mundo está lleno de extrañas criaturas y que todas fueron creadas para un fin.

Kate estudió el grabado. Representaba una manada de enormes perros de grandes fauces y mirada enloquecida. Lo aceptó sin saber muy bien por qué lo hacía. De repente tenía la necesidad de llevarse ese libro con ella. Al coger la tapa para cerrar el volumen, su mano se topó con la de Marak.

—¡Madre mía! —gritó. Dio un bote en la silla, empujándola hacia atrás, y a punto estuvo de caer de espaldas. Su mano había atravesado la de Marak como si

esta fuera de humo. Lo miró de hito en hito—. ¡¿Eres un fantasma?!

Marakse echó a reír con ganas.

—Es una forma de verlo —comentó él.

Kate se relajó solo un poco. Que Marak fuese un fantasma era algo tranquilizador, comparado con todas las peligrosas posibilidades que había estado barajando; o eso esperaba. ¿De verdad existían los fantasmas?

—¿Estás atrapado aquí, en este lado? No es que sepa mucho sobre espectros, pero he visto esa serie, *Cazadores de fantasmas*. Dicen que sois espíritus que quedáis atrapados en este lado por cuentas pendientes, o porque simplemente no sabéis que estáis muertos. Estás muerto, ¿no?

Marakarqueó una ceja, muy divertido.

—Ya no. Tu presencia y tu sonrisa me han devuelto la vida.

Kate se quedó mirándolo. Le estaba tomando el pelo. Sabía que no podía ruborizarse y aun así notaba un calor intenso en las mejillas. Apartó la vista, cohibida.

—¡Eres tan inocente! —exclamó Marak bebiéndosela con los ojos—. Pura e inocente como el alma que no ha conocido el pecado.

—¡Kate! —la voz de Adrien se abrió paso en el silencio de la biblioteca como lo haría un proyectil. Alguien le chistó para que guardara silencio y él soltó una palabrota no apta para menores. Llegó hasta ella hecho un basilisco—. No lograba encontrarte. ¿No me oías llamarte? ¿Qué demonios haces?

—Hablando, ¿no lo ves? —le espetó ella sin pensar.

—¿Sola?

—¿Sola? —inquirió. Se giró hacia Marak y vio cómo este se desvanecía en sus narices—. No estaba sola. Había alguien... Estaba ahí hace un segundo...

Adrien alzó la cejas y la miró preocupado.

—Ahí no había nadie. Estabas hablando sola. Te he visto desde el otro extremo de la sala.

Kate abrió la boca para contestar, pero soltó un suspiro y guardó silencio. El día anterior Adrien tampoco había visto a Marak. ¿De verdad que solo ella podía verle? Se pasó una mano por el cuello y apretó los párpados un segundo. Lo más sensato era dejarlo estar y no insistir en algo que podría causarle problemas. Hablar sola no la hacía parecer muy cuerda.

—¿Por qué no dejas que te lleve a casa? Pareces cansada —sugirió él.

—Te ha enviado William, ¿verdad?

Adrien asintió. De nada servía negarlo, era la verdad. Aunque la habría seguido igual de no habérselo pedido. Preocuparse por ella formaba parte de su día a día, no podía evitarlo.

—Está preocupado por tu seguridad. Es normal, Kate. Yo también lo estoy. Eso es lo que pasa cuando alguien te importa y no quieres que le ocurra nada malo.

Ella puso mala cara.

—No está preocupado, está obsesionado —matizó mientras cogía el libro y lo abrazaba contra su pecho—. ¿Sabes por qué discutíamos esta mañana? —Adrien negó de forma imperceptible—. Quiere que me quede en casa mientras él considere que afuera hay peligro. ¿Sabes qué significa eso?, quiere encerrarme, quiere confinarme prácticamente de por vida. Porque los ángeles estarán ahí siempre. —Lo miró a los ojos.

Él le sostuvo la mirada, incómodo por verse envuelto en algo tan personal entre William y Kate.

—No sé qué decir. Puede que él...

—¿Puede qué? —inquirió incrédula por lo que parecía un intento de justificación. Alzó la voz—. ¿Estás de acuerdo con él? ¿En su lugar tú también me harías algo así?

Alguien siseó para que bajaran la voz. Adrien tomó a Kate por el codo y la guió hasta la salida.

—Mi primer impulso quizá fuera ese. No te lo voy a negar —confesó él, y añadió en tono vehemente—: Pero no, no lo haría. Aunque fueras mía, aunque me pertenecieras en cuerpo y alma, jamás tendría ese derecho sobre ti. Nadie lo tiene.

Kate dejó escapar un suspiro de alivio. Sus palabras le calentaron el pecho.

—Pues explícaselo a él. A mí no me escucha.

Adrien sacudió la cabeza mientras sostenía la puerta de salida.

—No pienso meterme en vuestros asuntos —replicó una vez en la calle.

—Ya estás metido. Estás aquí, vigilándome porque él te lo ha pedido.

—Te protejo, no te vigilo —matizó Adrien. Se detuvo frente al coche de Kate y extendió la mano para que le diera las llaves. Ella se las entregó—. Y sí, lo hago porque él me lo ha pedido; y el hecho de que empiece a confiar en mí significa mucho. Pero también porque quiero hacerlo.

—¿Y desde cuándo os entendéis tan bien como para confiar el uno en el otro? —preguntó ella con sarcasmo.

Adrien puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico. La miró de reojo, sin saber muy bien cómo salir de aquel embrollo si hablar más de la cuenta.

—Kate, voy a darte un consejo: no tenses demasiado la cuerda con él. Entiendo lo que te ocurre, pero también entiendo todo por lo que él está pasando estos últimos días. Por favor, no fuerces las situaciones con William si después no vas a saber controlarlas.

—¿Y qué se supone que significa eso? —le espetó, atónita. ¿De parte de quién estaba? Sabía que era una reacción infantil, pero no podía evitar sentirse traicionada. Se cruzó de brazos, mirando por la ventanilla, enfurruñada.

Adrien apretó tanto los dientes que empezó a palparle un músculo del cuello. Solo necesitaba pronunciar unas palabras y todo podría cambiar para él.

Alimentaría la semilla de la discordia que ya estaba arraigando entre William y Kate, y ella vendría directa a sus brazos. Pero no la quería así y, en cierto modo, ya se había resignado a tenerla solo como amiga. Desear lo que no puedes tener, es un veneno que te consume y te destruye.

—Significa que William está enfrentándose a demasiadas cosas —empezó a decir él—. La situación lo supera y trata de hacerlo lo mejor que puede. Pero si se le presiona demasiado... —Giró en el cruce, en dirección a la casa de huéspedes donde Kate había insistido que se instalaran Ariadna y Cecil—. ¿Recuerdas nuestra conversación en Roma? Lo que te expliqué sobre la oscuridad que crece dentro de nosotros —le recordó. Ella asintió y en sus ojos pudo ver que el enojo daba paso a la comprensión—. De eso es de lo que estoy hablando. Sé lo que digo. La presión puede llevarte a hacer cosas que no desees y a creer que de verdad son necesarias. Y si se presionan los puntos equivocados, las consecuencias podrían ser desastrosas.

Kate pensó detenidamente en todo lo que Adrien había dicho. Se quedó mirando la mano que acababa de cubrir la suya con un cariño que le encogió el estómago. Él movió la cabeza hacia ella y en los labios se le formó una sonrisa tensa.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Adrien?

Adrien retiró la mano y puso el intermitente antes de girar y tomar el sendero de tierra que conducía a la casa. Pisó el acelerador e ignoró la pregunta, consciente de que Kate no apartaba sus ojos de él. Por nada del mundo iba a contarle que William había tomado la esencia vital de un humano; y que ese humano, evidentemente, había muerto desangrado por él. No era tonta y conocía el peligro y las consecuencias de un acto así.

—No estaba hablando sola en la biblioteca —musitó Kate al darse cuenta de que Adrien no iba a decir nada más. No podía fingir que su encuentro con Marak no había sucedido—. Había alguien allí... Creo que es un fantasma...

Adrien ladeó la cabeza y la miró con los ojos como platos. En su rostro se adivinaba la lucha interna de pensamientos que estaba batallando, dividido entre creerla, o asumir que algo dentro de ella no estaba funcionando como debía. Síntomas de estrés o cualquier otra cosa similar.

—¡¿Qué?!

—Si dejas de mirarme como si estuviera loca, podría explicártelo.

Adrien sacudió la cabeza, dispuesto a escucharla.

—¿Me crees? —preguntó Kate cuando terminó de contarle lo que había sucedido en la biblioteca.

Adrien había frenado en medio del camino y la miraba fijamente. Se rascó el mentón, cubierto por una ligera sombra de barba. El silencio se alargó unos instantes en los que Kate empezó a ponerse de los nervios. Comenzaba a arrepentirse de haber abierto la boca. Adrien cruzó sus musculosos brazos sobre

el pecho y asintió con la cabeza.

—Admito que es raro, pero... no tengo motivos para creer que no sea cierto —comentó mientras contemplaba el libro entre los brazos de Kate—. El mundo está lleno de seres sobrenaturales, ¡por qué no fantasmas! —Se encogió de hombros y añadió con tono severo—: Y por ese mismo motivo no quiero que vuelvas a acercarte a él. Algo en este asunto me da mala espina.

—Si hubiera querido hacerme daño, lo habría hecho. No sé, es posible que...

—Sin concesiones, Kate. Ni siquiera voy a darle el beneplácito de la duda. Si le ves, te alejas y vienes a buscarme, ¿de acuerdo?

Kate frunció los labios con una mueca de fastidio y se hundió en el asiento. Estaba cansada de recibir órdenes, como si fuera una niña pequeña y desamparada que necesitara atención constante. De repente, sintió un nudo en el estómago y miró a Adrien con cierta desconfianza.

—¿Vas a contárselo a William? Porque lo último que necesito es que se ponga paranoico con este asunto.

Adrien negó con un gesto y aceleró, poniendo en marcha el vehículo.

—No voy a contarle nada, por tu bien y por el suyo, pero esto se convierte en un acuerdo: yo mantengo la boca cerrada y tú no te acercas a ese... fantasma o lo que sea. ¿Trato hecho?

Kate musitó un sí y se dedicó a mirar por la ventanilla. No dijeron nada más durante el resto del trayecto.

Una sonrisa enorme se dibujó en la cara de Adrien cuando detuvo el coche frente a la casa. Cecil agitaba la mano desde el porche, saludándolos. Adoraba a su hermana. La sonrisa desapareció de inmediato. Carter Solomon asomó tras ella, sin camiseta, cubierto de serrín y con un martillo enorme sobre el hombro.

—El chucho empieza a ponerme de los nervios —masculló—. Y alguien debería sugerirle que se vistiera un poco más.

—No veo qué tiene de malo su atuendo —bromeó Kate.

Kate entró en la cocina con la última caja entre los brazos. La habitación de Alice ya estaba vacía y al día siguiente podrían instalar el nuevo suelo. La dejó sobre la mesa y la cerró con cinta de embalaje. Se quedó mirándola con aprensión, mientras un montón de recuerdos afloraban con un dolor intenso. Dar sus cosas a la beneficencia iba a ser muy duro. Sentía como si se estuviera desprendiendo de ella y no de un montón de ropa usada.

—¿Estás bien? —preguntó Adrien a su espalda.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Cuesta creer que ya no esté, que se haya ido para siempre —susurró. Se dio la vuelta y apoyó la cadera contra la mesa.

—Sigue aquí, contigo —aseguró él—. Las personas que queremos nunca nos abandonan, porque siempre las llevamos con nosotros, aquí adentro. —Le rozó el esternón con la punta del dedo.

Ella sonrió, agradecida.

Un coche se detuvo junto a la puerta principal. Llamaron al timbre. Segundos después, Carter aparecía en la cocina con tres pizzas de tamaño familiar. Arrastró una silla a su paso y se sentó a horcajadas mientras destapaba la primera, de queso y salchichas.

—¿Qué hace todavía por aquí? Piensa mudarse o qué —masculló Adrien, fulminándolo con la mirada.

Carter no se percató del comentario malicioso. Toda su atención estaba puesta en Cecil, que le sonreía con timidez desde la encimera donde envolvía unas figuritas de porcelana en plástico de burbujas. Kate sonrió. Ver a Carter flirteando con una chica era tan normal y frecuente como verle respirar, pero el brillo de sus ojos al mirar a Cecil era completamente nuevo y encantador.

—Algo me dice que lo vas a ver bastante. En tu lugar, yo empezaría a asumirlo —dijo Kate.

La música sonaba en la radio, amortiguando sus voces.

—¡Y un cuerno! —Adrien se cruzó de brazos y le dio la espalda a la «parejita». La sonrisa coqueta de Cecil le estaba provocando dolor de estómago —. Mi hermana... mi hermana es demasiado... Debo cuidar de ella. No dejaré que un tipo que colecciona figuritas de acción y miniaturas de coches salga con

ella.

Kate se plantó delante de Adrien y le tomó las manos.

—Ese tipo liderará algún día el clan licántropo. Esa responsabilidad no recae sobre cualquiera, ¿no crees? Lo conozco, es un buen chico. Cecil está en buenas manos.

—Eso es lo que me preocupa... —susurró Adrien inclinándose sobre su oído — sus manos sobre ella.

A Kate se le escapó una carcajada. El instinto protector de Adrien hacia Cecil no dejaba de ser sorprendente; sobre todo, cuando él se comportaba como un auténtico Casanova. Kate estaba convencida de que la cama de Amanda no era la única que el chico había visitado desde que se instaló en Heaven Falls.

Carter se giró en la silla y echó un vistazo por encima de su hombro, con una pequeña sonrisa de desquite en los labios.

—¿Y a vosotros qué os pasa? —preguntó, intrigado.

Una canción comenzó a sonar. Adrien y Kate se quedaron mirándose, sin soltarse de las manos. Una sonrisa se extendió por la cara del chico. Un par de meses antes, en aquella misma cocina, estuvo sonando la misma canción. Desde entonces habían pasado muchas cosas que habían cambiado y unido sus vidas para siempre. La miró con la sensación de estar viviendo un *déjà vu*. Sin previo aviso la hizo girar entre sus brazos y la inclinó hacia atrás hasta que su larga melena tocó el suelo. Kate dejó escapar un grito. Tiró de su cintura y la colocó derecha, tan cerca que sus estómagos se tocaban.

—*Madeimoselle*. —Hizo una reverencia. Kate puso cara de espanto y dio un paso atrás. Adrien apretó la boca intentando aguantar la risa—. Esta vez prometo no tirarte al suelo ni romper los muebles. Mi trasero aún no se ha recuperado del... « incidente » .

Kate sonrió como si fuera un buen recuerdo; y en realidad lo era. Colocó su mano sobre la de él y dejó que la guiara. Adrien subió el volumen con un simple deseo y la música se mezcló con la risa de Kate. Un brillo chispeante iluminó los ojos de Carter al ofrecerle su mano a Cecil; y la cocina se convirtió en una improvisada pista de baile. Adrien se percató de los dedos del lobo deslizándose por la espalda de su hermana en un peligroso descenso. Gruñó.

—Eh...

Kate le puso una mano en la mejilla para que solo la mirara a ella.

—¡Por Dios, cierra esa boca y déjalos en paz! —Él hizo ademán de protestar—. Lo digo en serio.

Adrien apretó los labios con una mueca de disgusto. Gruñó un « vale », y Kate se le recompensó con un beso en la mejilla. Sorprendido, contempló su rostro con un cosquilleo en el estómago que envió ondas de calor por tu su cuerpo. Tenía que dejar de pensar en ella del modo que lo hacía.

De golpe, sus ojos volaron a la ventana. Afuera había alguien, podía sentir su

presencia familiar en la piel.

—¿Pasa algo? —preguntó Kate. Él se había quedado inmóvil.

Adrien suspiró y asintió con una sonrisa, como si estuviera asumiendo la culpa de un desafortunado acto de traición.

William se dio la vuelta y se perdió entre los árboles que rodeaban la casa de huéspedes. Había acudido con intención de disculparse con Kate y tratar de arreglar las cosas entre ellos. Esa mañana no se había comportado como debía y, aunque seguía convencido de que tenía razón en cuanto a su seguridad y la forma de mantenerla a salvo, sabía que debía pedirle perdón por cómo la había tratado.

El día se le había antojado eterno entre planes, estrategias y reuniones de las que apenas recordaba los detalles. Porque no hizo otra cosa que pensar en Kate y en que no había regresado con él, sino que había preferido ir hasta su antigua casa con un tipo al que apreciaba y que estaba enamorado de ella.

No fue capaz de entrar en la casa después de haber visto a Kate bailando con Adrien. Los espió durante unos minutos oculto en la penumbra. Mientras la veía girar y reír, intentó recordar cuándo fue la última vez que ella se había sentido así de bien con él. No estaba seguro, pero hacía mucho.

Unos celos dolorosos levantaron ampollas en su interior. Sabía que en aquella casa no estaba ocurriendo nada por lo que sentirse así. Para empezar, no estaban ellos dos solos, y su oído había captado la mayor parte de la inocente conversación. Pero no se trataba de eso, sino de su propia inseguridad, de que se sentía culpable por ser el responsable del distanciamiento entre ellos; de que no tenía ni idea de cómo arreglarlo, porque cada vez que volvían a estar bien, ocurría algo que los separaba creando un abismo cada vez mayor entre ellos. ¡Y eso lo cabreaba!

Su teléfono móvil sonó. Le echó un vistazo, era Robert. Rechazó la llamada. Un segundo después, le llegó un mensaje de texto en el que le pedía que regresara a casa. Había surgido algo. ¡Dios, no podían dejarle en paz ni un maldito segundo!

« Lo harían si tú no hubieras metido la pata hasta el fondo con la profecía », dijo una voz en su cabeza.

« Voy a arreglarlo y, una vez que lo haga, pienso desaparecer » , pensó.

Mientras un gruñido brotaba en su garganta, estrelló el teléfono contra el tronco de un árbol. Pequeñas piezas quedaron incrustadas en la corteza. Apretó el paso hasta que se cuerpo se convirtió en un borrón. No veía nada con claridad, los colores habían desaparecido y su vista solo percibía una luz azulada teñida de rojo.

William rogó por tener algún desahogo, pero el que necesitaba ni siquiera iba a planteárselo. Se detuvo al cabo de unos minutos. La frenética carrera no alivió la tensión; era un manojo de nervios. La rabia y la agonía bullían en su interior.

Entornó los ojos y recorrió con la mirada el entorno. Había acabado en el parque, el mismo en el que Amelia hizo su aparición la noche que él pretendía contarle a Kate la verdad sobre su naturaleza. Se le humedecieron los ojos. Resopló para apartar esa mierda emocional más propia de blandengues. Él no era un maldito llorón, sino un cazador y un asesino; que estaba hecho polvo.

Sus sentidos se pusieron en marcha. Alguien se acercaba a la carrera, jadeando. Una mujer vestida con ropa de deporte apareció en el sendero. Caminaba a paso rápido mientras comprobaba el pulsómetro que llevaba en la muñeca. Se quedó mirándola, atrapado en el color sonrosado de su piel provocado por los latidos desbocados de su corazón. Podía ver las venas palpitando al ritmo de su respiración, y también percibía el olor de la adrenalina.

Ella se paró en seco al captar la presencia de un hombre en las sombras. Sus ojos lo examinaron, y el gesto de desconfianza se borró de su cara.

—¡Ah, hola, no te había reconocido! William, ¿no?

William dio unos pasos hasta colocarse bajo la luz amarillenta de la farola. La conocía. Al ver que él no decía nada, ella acortó la distancia y le sonrió.

—Soy Amanda, la bibliotecaria. Nos hemos visto un par de veces. Soy amiga de Kate. Bueno... lo era más de su hermana, Jane, íbamos juntas al instituto. Creo que no nos han presentado formalmente. —Alargó el brazo, ofreciéndole la mano. Él la miró durante un largo segundo antes de estrecharla—. Encantada de saludarte.

—Lo mismo digo —dijo William.

Sus ojos se convirtieron en dos ranuras que ocultaron el cambio de color de sus iris. Una sonrisa perezosa se extendió por su cara y, presa de un impulso incontrolable, se llevó la mano a los labios y la besó en los nudillos, inhalando su olor. Con suavidad le giró la mano, dejando a la vista el pulso que latía en su muñeca. Los colmillos presionaron en su encía y un hambre atroz se apoderó de él.

Amanda sonrió, encantada con el gesto tan galante del chico.

—Eres encantador, Kate tiene suerte —señaló ella casi sin pensar—. Por cierto, esta mañana estuvo en la biblioteca. ¿Te importaría decirle que no es suficiente con que deje los libros en el mostrador? —comentó divertida—. Necesito que vuelva y que lleve su carnet para poder registrar la devolución. Es un cielo, pero últimamente parece distraída y nerviosa. Supongo que será por el compromiso. La gente comenta que os vais a casar muy pronto.

A William le costó entender el parloteo de la humana, solo pensaba en cuál sería el mejor punto en su piel para hacer una incisión que mantuviera un flujo constante de sangre. Pequeños retazos se colaron en su mente: Kate, compromiso... De repente la soltó y dio un paso atrás. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Se lo diré —respondió él con un tono demasiado seco. Ella lo miró de hito

en hito sin entender su cambio de humor—. Deberías regresar al pueblo, este sitio no es seguro tan tarde.

Y se lo dijo convencido. El mayor peligro se alzaba frente a ella, cada vez más nervioso, haciendo malabarismo con su autocontrol para no abalanzarse sobre su cuello y dejarla seca.

Amanda pareció dudar.

—Tienes razón, la gente chismorrea sobre un vagabundo que ha estado molestando a jovencitas estas últimas semanas —indicó ella; y su pulso se aceleró con un estremecimiento—. Bueno... Adiós.

Amanda se despidió con un gesto de su mano y se alejó corriendo, concentrada en poner en marcha de nuevo el pulsómetro. Él se quedó atrás, con las manos metidas en los bolsillos para esconder el temblor que las sacudía. En ese momento se sentía en el mismísimo infierno. Necesitaba sangre y... ese « algo » que empezaba a desear más que cualquier otra cosa. No podía quitárselo de la cabeza.

Oyó un grito ahogado, algo arrastrándose entre la maleza y después un siseo, como si alguien estuviera chistando para obligar a guardar silencio. Susurros, gemidos y un llanto suplicante. Sigiloso como un depredador, se dirigió al lugar de donde provenían los ruidos. Su retina captó la imagen: un hombre de mediana edad inmovilizando a Amanda contra el tronco de un árbol, mientras le tapaba la boca con una mano sucia. No pensó, solo reaccionó. Agarró al tipo por el cuello y se desvaneció arrastrándolo con él.

Una brisa helada los sacudió cuando tomaron forma a kilómetros del parque.

—Dios, ¿qué me has hecho? —gritó el hombre mientras se palpaba el cuerpo, como si estuviera comprobando a toda prisa que no le faltaba ningún trozo. Miraba a William con el rostro desencajado—. ¿Qué eres tú?

William aspiró el aire impregnado de miedo. Apretó los párpados con fuerza, inmóvil. Notó que el tipo echaba a correr. Sus pasos se alejaban erráticos y descoordinados. Abrió los ojos y una maldad absoluta brilló en ellos. Una de sus comisuras se elevó con una sonrisa ladeada. ¡A cazar!

Corrió tras él. Le cortó el paso y, sin darle tiempo a comprender lo que iba a ocurrirle, lo agarró por la pechera y lo levantó a la altura de su cara. Con un gruñido enterró los dientes en su cuello; y el dolor y el tormento desapareció bajo un chorro de vida que sabía a gloria.

El golpe lo pilló por sorpresa. Salió despedido por los aires y se estrelló contra un árbol, que se partió por la mitad con un crujido.

Adrien no desaprovechó la escasa ventaja que tenía. Cogió al vagabundo y con ambas manos le sostuvo la cabeza; un giro y le partió el cuello. El hombre se desplomó sin vida sobre la hojarasca, donde terminó de desangrarse. William se puso de pie en un nanosegundo.

—¿Qué diablos haces? —le gritó. Con el dorso de la mano se limpió la sangre

que le escurría por la barbilla.

—¿Que qué hago? —le espetó Adrien—. ¡Evitar que te condenes!

—¿Rompiéndole el cuello?

—Mejor eso que lo que tú le estabas haciendo —bramó con las manos en las caderas—. Una sola vez basta para engancharte. Dos es condena segura. Si sigues no podrás parar. ¿Acaso no lo entiendes?

—¡No es asunto tuyo! —gritó William pegado a su cara—. Nada de lo que yo haga es asunto tuyo, ¿está claro? —Lo empujó en el pecho una vez, y después otra. La tercera no llegó porque Adrien le devolvió el golpe—. No deberías haber hecho eso.

Adrien, lejos de amedrentarse, sonrió.

—¿Quieres desahogarte?, adelante, desahógate. —Lo invitó mientras se desarmaba, tirando al suelo las dagas que llevaba escondidas bajo la ropa—. Hace tiempo que deberíamos haber hecho esto. Pero vamos a hacerlo sin truquitos de ángel que llamen la atención. No queremos visitas imprevistas, ¿verdad?

William no necesitó que le insistiera. Se deshizo de sus propias dagas, clavándolas en la tierra húmeda. Estaba fuera de sí, tan frustrado que solo se guiaba por impulsos. Sentía la sangre del humano pegada al paladar, pero eso no era suficiente, necesitaba lo que Adrien había permitido que se perdiera junto con su último aliento.

Se abalanzó sobre él, sin pensar, sin vacilar, y hundió un hombro en su costado. El sonido de un par de costillas al romperse llegó a su oído. Adrien ni siquiera se inmutó, devolvió el golpe y acabaron enzarzados en un combate titánico. Adrien lo agarró por la cintura y lo empujó como si fuera un jugador de rugby haciendo un placaje. William le enseñó los colmillos, se echó hacia atrás y le dio un cabezazo. Un gancho impactó en su mandíbula. Sacudió la cabeza, aturdido, y vio la sonrisita de suficiencia de Adrien mientras este volvía a levantar los puños en actitud ofensiva. Se lanzaron el uno contra el otro y el choque les hizo caer rodando por un terraplén. Lejos de detenerse, se pusieron de pie y continuaron golpeándose como si fuera lo último que harían en la vida; sin reglas.

Los dos terminaron en el suelo, hombro con hombro, tan débiles que apenas podían moverse. Adrien dio media vuelta y escupió la sangre que tenía en la boca. Volvió a acostarse como estaba, contemplando las estrellas. William se pasó los dedos por la mejilla (notaba un dolor intenso en ella) y notó sorprendido que tenía un corte enorme que no estaba cicatrizando. Ladeó la cabeza y miró a Adrien, su rostro no estaba mucho mejor. Habían consumido tanta energía atizándose, que ahora apenas tenían suficiente para curarse con rapidez.

—¿Cuántas veces lo has hecho? —preguntó Adrien.

William sabía de qué le estaba hablando. Se puso un brazo sobre los ojos.

Estaba tan cansado que hasta su enfado se había diluido. Ya no tenía ganas de matar a nadie, de hecho, no sentía nada de nada.

—Solo una. Una chica. En San Diego. Roland, el jefe del nido, me la ofreció tras llegar al acuerdo. —Soltó el aire como si fuera un globo desinflándose—. No podía rajarme, mi tapadera habría quedado al descubierto.

—No, no podías. Hay que asumirla como un daño colateral —admitió Adrien. Se acomodó sobre el costado y frunció el ceño—. Pero sí podías haberla tomado como sierva, haberle hecho creer que la querías como amante; y dejar que se convirtiera. Mejor ser vampira que un cadáver.

William levantó la cabeza y la volvió a dejar caer sobre el suelo.

—Lo pensé. Te juro que lo pensé —su voz sonó desesperada—. No pude hacerlo, no pude detenerme. Fue como si... alguien se apoderara de mi razón. Dejé de importarme si estaba bien o mal, solo importaba lo que yo quería. Sentí a la chica apagándose poco a poco y lo único en lo que podía pensar era que quería que durara más. Entonces, con el último latido, su esencia entró en mí: un fuego exquisito quemándome la garganta y... después... Fue mil veces mejor que un orgasmo —declaró muerto de vergüenza. El deseo volvió a sacudirlo. Adrien asintió, entendía perfectamente lo que William trataba de explicarle—. Ahora no dejo de pensar en ese momento. Necesito volver a sentir esa cosa de nuevo. A veces creo que no podré vivir sin ella, y me siento despreciable.

—Te sentirás aún peor, te lo aseguro —dijo Adrien.

—Gracias por animarme —masculló William.

—Podría hacerlo, pero no serviría de nada. Métete esto en esa cabezota que tienes. Tú y yo no podemos cruzar durante mucho tiempo la línea que nos separa del lado oscuro, nos movemos en él como pez en el agua. Es nuestro hábitat natural, el elemento perfecto para lo que somos, y después no seríamos capaces de abandonarlo. Tú y yo, por naturaleza, somos viles, nos atrae como moscas a la miel. —Volvió a suspirar—. Lo difícil es ser bueno, por eso te sientes así de mal.

William arqueó las cejas con un gesto interrogante. Adrien resopló y añadió sin mucha paciencia:

—¡A ver si con dibujitos lo entiendes! Imagina, si un adorable unicornio y Alien echaran un polvo, el resultado sería un vampiro corriente con cierto equilibrio entre el bien y el mal. Bueno, pues tú y yo seríamos el resultado de un apareamiento entre Alien y Predator. ¡Todo bondad y buenas intenciones! —dijo con una risita.

William se cubrió la cara con las manos, sin dar crédito a la explicación surrealista que acababa de darle Adrien.

—Muy ilustrativo —se burló.

Aunque en su fuero interno había captado a la perfección lo que Adrien trataba de decir; y lo peor era que tenía razón. Cada vez se sentía más cómodo

con «su lado oscuro», un lado que últimamente aparecía con demasiada frecuencia. Lo que de verdad le costaba era portarse bien.

—Necesitamos un trago —anunció Adrien, dándole a su voz un tono de entusiasmo que no sentía—. Un buen trago de algo muy fuerte.

—¿Con estas pintas? —le hizo notar William. Así no podían presentarse en ningún bar.

Adrien sonrió. Su rostro se contrajo con una mueca, tenía el labio partido y le dolía con el más ligero movimiento.

—Tengo una botella de Talisker escondida en la cabaña, reserva de diez años. ¿Te ves capaz de llegar hasta allí? Porque no pienso cargar contigo.

William lo fulminó con la mirada y asintió una sola vez. Un segundo después se desplomaba en uno de los dos sillones que había frente a la chimenea. Adrien se sentó a su lado con la botella de whisky en la mano, y la abrió usando los dientes. Se la llevó a la boca y dio largo trago. Chasqueó la lengua y se sacudió mientras el líquido dorado se deslizaba por su garganta. Se la pasó a William.

—¡Dios, esto es...! —no pudo terminar la frase.

—Bueno, ¡eh! —comentó Adrien con una sonrisita.

—¡Dios, sí! —exclamó William con un estremecimiento.

Beber y comer era de las pocas cosas buenas de las que podía disfrutar en su condición de ángel. Volvió a saborearlo y en su cara se dibujó la misma expresión cansada y relajada que lucía Adrien. Incomprensiblemente, se sentía bien junto al tipo que más odiaba sobre la faz de la tierra. Bueno, quizá no fuera al que más, pero se acercaba bastante a los primeros puestos.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Adrien con cautela.

William se puso de pie a la velocidad del rayo. No tenía ánimo para confesiones a la luz de la luna, la única iluminación de la casa en ese momento. Se acabó el instante idílico.

—Gracias por el trago.

—Siéntate —le pidió Adrien—, o tendré que seguirte. —William le puso mala cara—. Lo siento, amigo, pero no vas a poder deshacerte de mí aunque lo intentes. Llámame sentimental, pero, por alguna extraña razón del destino, tú y yo nos hemos encontrado y nuestros caminos se han ligado. Voy a convertirme en tu sombra para que no metas la pata... Más aún —susurró para sí mismo, aunque William lo oyó sin ningún problema.

William se sentó con un gruñido y dio otro trago.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué te importa lo que me ocurra? —Le pasó la botella—. Tú me odias.

—Yo no diría que te odio —admitió Adrien—. En realidad, no tengo nada contra ti. Es cierto que te mataría si pudiera; y que me quedaría con tu novia, adoptaría un par de niños y... ¿Quién sabe?, hasta me compraría un perro. Pero un perro de verdad, no esa cosa peluda y llorona que os habéis traído de Laglio.

—Su nariz se arrugó con una mueca—. Pero no voy a hacerlo. Sé que esa partida la perdí antes de iniciarla. ¡Si hasta empiezo a creer que me caes bien!

William intentó parecer cabreado. No lo logró y las comisuras de sus labios se elevaron con una sonrisa. Lo miró de reojo.

—Púdrete. Nos acabamos de golpear hasta no poder más.

—Has empezado tú —le recordó Adrien, encogiendo un hombro como si nada.

Guardaron silencio durante un buen rato. Apuraron la botella de whisky y Adrien encontró otra de vino en la cocina. A ese paso la borrachera estaba asegurada. Suspiró con la vista clavada en las llamas que crepitaban en la chimenea.

—No puedes caer de nuevo —empezó a decir Adrien—. Si entras en esa espiral nunca volverás a ser el mismo. Acabará contigo, y te arriesgas a perder todo lo que de verdad te importa. Durante dos años me alimenté así. Dejé de ser yo, nunca era suficiente. He matado a muchos, William, algunos inocentes. Cada vez que asesinaba a un humano, una parte de mi alma se rompía y moría con ellos. No he recuperado esos fragmentos y sé que nunca lo haré, seguirá rota e incompleta mientras viva. No le deseo a nadie ese tormento.

William se inclinó hacia delante y se pasó las manos por la cara con frustración.

—¿Qué te llevó a hacerlo la primera vez? —Miró a Adrien, con la cabeza colgando de los hombros.

—No me dejaron alternativa, como a ti. Mi padre —aclaró—. Él me obligó la primera vez. Nos enfrentamos cuando me dijo quién era y lo que había hecho con mi madre y mi hermana. Casi me mata, y me necesitaba vivo y coleando, así que... —Se encogió de hombros y le dio un trago al vino con mirada ausente—. Me obligó a beber de aquella chica. Era casi una niña. Recuerdo su cara, el color de sus ojos... el miedo. Olía a miedo. La segunda vez fue con un tipo con ganas de pelea.

—Justo después de asesinar a esa chica, casi hago lo mismo con una camarera con la que choqué en la calle. Recuperé el juicio en el último momento; eso no impidió que un minuto más tarde le arrancara el corazón a un tipo en un callejón. Me descontrolé —confesó William.

Adrien lo miró de reojo.

—¿No le gustaba tu corte de pelo?

—Me preguntó que « qué estaba mirando ».

—Ufff... —Adrien sacudió la cabeza—. Mala pregunta, no me extraña que le arrancara el corazón. Aunque... no sé, quizá la lengua hubiera estado más acorde.

William sonrió, no pudo evitarlo. Miró a Adrien a los ojos. No, ni de broma iba a plantearse la posibilidad de que acabaran siendo amigos.

—Bueno, yo le rompí los brazos y las piernas a un idiota que pensó que era buena idea llamar a mi madre zorra. Luego me lo bebí enterito —comentó Adrien—. Después de él ya no pude parar.

Se puso de pie y se acercó a la ventana. William lo siguió con la vista.

—¿Y ahora?

—¿Te refieres a si he parado? —inquirió Adrien. William asintió con rigidez—. Kate fue la última humana a la que mordí. Desde entonces, el infierno que vivo por la culpa me ayuda a controlarme. Aunque hay días en los que... los supero a duras penas.

William apretó los dientes y tensó los músculos de la mandíbula. Le entraron ganas de volver a liarse a golpes con él.

—Ella no lo merecía.

—Lo sé —respondió Adrien sin disimular la culpa que lo ahogaba.

—Tampoco la chica de San Diego —dijo William para sí mismo; y una pequeña parte de él conectó con Adrien. «Daños colaterales», había dicho el chico, y eso eran, las bajas de un plan mayor que no lograba entender—. Aún no has contestado a mi pregunta: ¿por qué te importa lo que yo haga o deje de hacer?

Adrien se dio la vuelta y lo miró con aplomo.

—Lo hago por Kate, solo por ella. Se lo debo. Porque por mi culpa ha perdido demasiadas cosas y no voy a permitir que te pierda a ti también. —Hizo una pausa en la que tomó una profunda bocanada de aire, lo soltó muy despacio en un largo suspiro. Confesar aquello le resultaba difícil—. Kate te quiere y perderte la haría sufrir.

William se frotó los ojos, cansado.

—Y tú la quieres a ella —masculló.

—No voy a disculparme por eso —susurró Adrien cruzando los brazos sobre su pecho.

William agachó la mirada y frunció el ceño.

—Entonces... el pacto, los humanos, el problema con los renegados están para ti en segundo plano.

—No están en segundo plano, ni siquiera en tercero. Me importan un cuerno los vampiros, los humanos y las estúpidas leyes sobre ética y moral. También odio a los ángeles, así que, mejor no hablemos de Dios y su indulgencia o empezaré a vomitar. —Sacudió la cabeza y echó un vistazo al bosque—. No soy bueno, *hermanito*. Soy un maldito egoísta capaz de cualquier cosa para lograr que las personas a las que quiero estén a salvo; y si para eso hay que salvar a la humanidad... —Sonrió con malicia—, me pondré la capa de superhéroe. Aunque paso de las mallas.

William empezó a reír por lo bajo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Adrien.

—Que yo también paso de las mallas... *hermanito* —usó el mismo nombre a propósito.

William apuró el vino de la botella y se puso de pie. Parpadeó para deshacerse del velo brumoso que le cubría los ojos. La debilidad y la falta de sangre habían hecho que su cuerpo asimilara el alcohol con mucha rapidez. ¡Estaba pedo!

—Creo que debería regresar a casa. —Miró a Adrien y un destello de dolor cruzó por sus ojos—. ¿Kate?

—Carter la habrá llevado a casa. Seguro que está allí —respondió. Vio el alivio en el rostro del chico cuando este se dirigió a la puerta—. William —lo llamó—. Déjala respirar. Si le quitas el aire buscará cualquier salida para recuperarlo. Entiendo por qué lo haces, pero una cárcel, aunque esté hecha de diamantes, no deja de ser una cárcel. No lo soportará y la perderás de todos modos.

—¿Te lo ha contado? —preguntó. Adrien dijo que sí con un gesto. William echó la cabeza hacia atrás y resopló—. Pero al menos seguirá conmigo, a salvo.

—¿Estás seguro de eso? No tienes ese derecho sobre ella y lo sabes.

William lo sabía y, aun así, era incapaz de asumirlo. Agarró el pomo, lo giró y abrió la puerta. La noche llenaba de vida el bosque, inundándolo de sonidos y extraños colores; de olores que durante el día el sol y su calor diluían.

Respiró el aire cargado de humedad y salió al porche.

Adrien lo siguió afuera.

—¿Vas a contarle mi... problema? —preguntó William.

—No, deberías hacerlo tú. Y te lo dice alguien que aún oculta a su familia que es un adicto psicópata que intenta no recaer.

—Entonces, entenderás que no pueda contárselo.

Adrien asintió y respondió:

—En ese caso, pórtate bien y no me obligues a decírselo yo.

Gabriel descendió a tal velocidad que, al posarse, sus pies se hundieron varios centímetros en la tierra dura. Estaba cubierto de sangre y aún sostenía sus espadas gemelas apretadas en las manos. Amatiel y Nathaniel aparecieron a su lado; un segundo después, Rafael se posó junto a ellos cargando con el peso de Meriel, que tenía una herida en el costado y parte del ala izquierda chamuscada.

La tregua entre ángeles y Oscuros (así era como llamaban a los arcángeles que habían seguido a Lucifer en su caída) había finalizado. Muchos siglos atrás, tras una batalla que mermó considerablemente sus filas y la población humana, llegaron al acuerdo de no intervenir en ningún plano terrenal. El mundo pertenecía a los humanos y no podría ser tomado por ninguno de los dos bandos.

No influirían en el futuro de la especie y permanecerían reclusos en sus planos correspondientes. Solo los arcángeles y algunos de los caídos de mayor rango podían descender y disfrutar de los placeres y la belleza del mundo, pero únicamente si mantenían su promesa de no intervenir. Lo que estaba escrito se cumpliría sin más, pero llegado su momento. Era la ley.

Los siervos y las almas rescatadas de ambos bandos tenían prohibido cruzar los portales. Aunque siempre había insurgentes del lado oscuro que incumplían dicha norma y cruzaban para poseer cuerpos y obrar con una maldad absoluta. Estos eran perseguidos por las Potestades y devueltos a su plano.

Gabriel le hizo un gesto con la cabeza a Rafael, y este último emprendió el vuelo con Meriel a punto de desfallecer. Clavó una de las espadas en el suelo, se agachó y hundió los dedos en el polvo cubierto de sangre, mientras con la vista recorría los cuerpos sin vida que yacían frente a él. Se habían ensañado con ellos de un modo repulsivo. No lograba entenderlo.

Las Potestades eran seres celestiales, que habían sido elegidos como guardianes de las fronteras entre el mundo espiritual y el físico. Eran los únicos con una verdadera conciencia que les impedía hacer el mal; eran justos. Y por ese mismo motivo, habían sido elegidos para ese papel tras el acuerdo y la tregua. Eran los únicos, sin conflicto de intereses, que podían vigilar los portales que permitían el acceso a la tierra y velar por que se cumplieran las leyes.

Pero, claro, la tregua había terminado.

Gabriel se puso de pie y con una mirada furiosa contempló la puerta que

había sido abierta, invisible para ojos que no fueran divinos.

—Nos han engañado, todo este tiempo nos han engañado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nathaniel. Su larga melena cobriza ondeaba por el viento.

—Los ataques que hemos estado sufriendo en nuestras fronteras. —Gabriel miró a su hermano con furia silenciosa, luchando contra la fuerza de un arrebato descontrolado—. No eran reales, no pretendía tomar nuestros dominios. No tenía lógica que lo intentaran una vez tras otra cuando estaban sufriendo tantas bajas. Era un plan demasiado ambicioso, incluso para ellos; además de inútil. Intentaban distraernos para que no descubriéramos el auténtico ataque.

La confusión se reflejó en los rostros de Amatiel y Nathaniel.

—Pensadlo —continuó Gabriel—, han estado enviando huestes como corderos al matadero, pero solo eran siervos y almas descarriadas bajo el mando de los caídos de menor rango. ¿Y nuestros hermanos y sus capitanes? ¿Dónde estaban ellos?

Nathaniel se quedó pensando. Paseó la vista por los cuerpos de las Potestades y sus ojos se iluminaron con un destello de comprensión.

—Estaban aquí. No quieren un trono en los cielos. Con que logren uno en la tierra habrán ganado —susurró.

Gabriel apretó los dientes y su espada centelleó con una lengua de fuego que lamía la hoja.

—Este es el premio gordo. Siempre lo ha sido. Quienes controlen el lado físico dominarán el espiritual —dijo Gabriel—. Nos han hecho creer que apuntaban más alto, y mientras aniquilaban la primera defensa. ¡¿Cómo hemos podido caer en un ardid tan burdo?!

—No te atormentes, Gabriel —susurró Amatiel. Se acercó a su hermano y le colocó una mano en el hombro, intentando aliviarle el sufrimiento que casi lo convulsionaba.

—Está cumpliendo sus amenazas, no era ningún farol. Intenta lograr que cruce. ¿Te das cuenta ahora? —gritó Gabriel. Su mirada voló por encima de Amatiel y se clavó en Miguel, que acababa de aparecer tras ellos—. No era palabrería. Te transmití su mensaje y lo ignoraste. Podríamos haber evitado todo esto si hubiéramos reaccionado cuando debíamos.

—Se estableció un acuerdo de honor. El poder del cielo y el infierno lo decidían los hombres con su libre albedrío —empezó a decir Miguel. No podía apartar los ojos de los cuerpos salvajemente mutilados sobre el suelo—. La lucha se libraría en las mentes humanas a través de su voluntad para decidir entre el bien y el mal. El desequilibrio a favor de un bando u otro lo decide esa voluntad.

Gabriel resopló frustrado. Dio media vuelta y, con la espada colgando aún de su mano, se acercó a Miguel.

—Por nuestro padre te lo suplico, hermano. Deja de cegarte a ti mismo.

Nunca se arrepentirán, nunca pedirán tu perdón. Tu amor por ellos no es correspondido. —Señaló los cuerpos—. Mira lo que han hecho con estos seres, han apagado la luz más pura que existía. Ni Mefisto ni ninguno de ellos tienen honor, tampoco Lucifer. El acuerdo se ha roto y debemos pasar a la ofensiva.

Miguel asintió. Estaba completamente deshecho. Millones de años, sin perder la esperanza de que algún día sus hermanos recapacitarían y volverían a los brazos del padre, le habían vuelto descuidado. El dolor que sentía al ver a su familia dividida era insoportable, y se había aferrado a la ilusión de que solo era una simple rabieta por parte de Lucifer, que estaba durando demasiado y que acabaría por terminar cuando esta pasara. Su esperanza escapaba con la misma rapidez que lo había hecho la sangre de sus hermanos, y del mismo modo que había dejado que su espíritu guerrero lo abandonara hacía mucho. Había sido un ingenuo, cegado por la culpa y un corazón donde aún sentía amor por su hermano pequeño, su pupilo.

Miró a Gabriel a los ojos. Su mirada solo le mostró lo que ya sabía, que hacía mucho tiempo que su hermano se había convertido en el recipiente vacío que era. Tras la primera caída, todos los arcángeles sufrieron un daño que los cambió para siempre. Amor, misericordia, honestidad... todos esos valores fueron sustituidos por otra «cosa» que les ensombreció el corazón; y, desde entonces, sufrían una lucha interior entre los destellos fugaces de esos sentimientos y la oscuridad más absoluta. Gabriel era quien más sufría esa lucha, sus ojos lo delataban.

—Tienes razón —admitió al fin Miguel, consciente de a dónde le habían conducido todos sus errores—. Averigüemos si todas las Potestades han sufrido la misma suerte. Necesitamos más guardianes que vigilen los márgenes. Nadie más debe cruzarlos. —Se giró hacia Amatiel—. Toma las huestes que necesites y encuéntralos a todos; después, devuélvelos al infierno. Revisa todos los portales. Busca cada grieta, cada agujero que hayan encontrado sus siervos y las almas descarriadas, y sállalos.

—Con los caídos solo será cuestión de tiempo, los atraparemos. Pero ni el mejor de nuestros capitanes puede hacer frente a nuestros hermanos —le hizo notar Amatiel.

—Oscuros —corrigió Miguel—. A partir de ahora solo usaremos el nombre que se les ha dado y al que hacen honor.

—Oscuros —repitió Amatiel.

—Nosotros personalmente nos ocuparemos de ellos.

Amatiel asintió una sola vez y emprendió el vuelo.

—Somos seis, ellos ocho. La balanza no está muy equilibrada —le recordó Gabriel.

Miguel exhaló el aire de sus pulmones. Uriel los había abandonado pocos meses antes. No lo vio venir. No percibió los cambios, las señales de aviso de la

tentación cerniéndose sobre el arcángel. Se lamentó en silencio, ¿cómo había estado tan ciego ante lo que ocurría frente a sus ojos?

—Estar en minoría nunca ha sido un problema para ti. Disfrutas con los retos.

Gabriel sonrió y su expresión traviesa provocó que Miguel también sonriera.

—Cierto. —Arqueó las cejas con suficiencia. La sonrisa desapareció de su cara al echarle un nuevo vistazo al portal—. ¿Y si ha cruzado?

Miguel sacudió la cabeza con un gesto negativo.

—No hay posibilidad de que haya cruzado. Me encargué personalmente de cada portal. Hay tantos hechizos protegiéndolos que, ni con las puertas abiertas de par en par, él podría cruzarlos. He estudiado cada profecía relacionada con su alzamiento, y he creado un sello que anularía al roto en caso de que se cumpliera alguno de los presagios —explicó.

Gabriel no apartaba sus ojos de él y pudo ver en ellos lo que estaba pensando: los híbridos y la maldición de los vampiros eran dos de esos sellos; y ambos estaban rotos. Cada sello quebrado hacía más fuerte a Lucifer, y su poder siempre había sido superior al de todos ellos. Era más listo y escurridizo. No podían estar seguros de que fueran a funcionar, de que pudieran contenerlo para siempre.

—Aunque todas la profecías se cumplan y todos los sellos se rompan, no hay forma divina de que cruce —insistió Miguel. «Usé magia prohibida para desligar su alma», confesó a través del vínculo mental que lo unía a Gabriel, para que Nathaniel no pudiera escucharlos.

Gabriel lo contempló boquiabierto. El alma era el bien máspreciado que existía. Cualquier acto contra el espíritu de un ser era tabú. El mayor pecado. Y a ese acto infame había que sumarle que la magia prohibida requería un pago importante de almas; y, en su caso, esas almas eran buenas. Después de todo, Miguel poseía menos conciencia de la que imaginaba. No podía criticarlo; en su lugar, él habría hecho lo mismo. Pero no dejaba de sorprenderle que su hermano hubiera considerado una medida tan extrema. La culpabilidad de tal acto debía atormentarlo.

«Cruzaría su cuerpo, pero no su alma. Quedaría atrapada en el infierno sin un recipiente que la proteja, exponiéndola a sus propios seguidores. Dudo que confíe tanto en ellos. Y sin alma en la tierra es tan frágil como un niño humano. No correrá un riesgo así», continuó Miguel con la voz teñida de vergüenza.

Gabriel consideró su confesión. Si Miguel estaba en lo cierto, la posibilidad de que Lucifer quedara libre era prácticamente inexistente. El mayor problema estaba resuelto, pero quedaban unos cuantos más.

—Es evidente que Mefisto está convencido de que puede hacerle cruzar, y pronto; el ataque a las Potestades así lo demuestra. ¿Qué ocurrirá cuándo se de cuenta de que es imposible? —preguntó Gabriel.

—Conociéndolo, cualquier cosa. Lo aniquilará todo, no dejará piedra sobre

piedra. Por eso debemos encontrarlo, a él y todos los demás. Después haré con ellos lo mismo que con Lucifer, y destruiré los portales. —Acaricié la mejilla de Gabriel y le sonrió—. Volvamos, veamos cómo se encuentra Meriel y organicémonos.

—Adelántate con Nathaniel. Quiero ver a los híbridos. Los ataques han hecho que no piense en ellos y me preocupa lo que puedan estar tramando —pidió Gabriel.

—¿Qué importancia tienen en este momento?

—Su profecía me preocupa. Es la única que no hemos logrado interpretar completamente. Tu confesión me ha tranquilizado, pero no quiero correr riesgos innecesarios. Es mejor que esos sellos no se rompan nunca.

—Está bien —cedió Miguel—, pero envía a otro. Alguien en quien confíes. No podemos perder ni un segundo más.

William se inclinó sobre la mesa y contempló los planos. A su lado, Daniel no dejaba de señalar los puntos que debían ser revisados con antelación; necesitaban conocer palmo a palmo el terreno. Alzó los ojos y su mirada se encontró con la de Mako, la vampira le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

Intentó pasar por alto el hecho de que ella se había quitado la guerrera y que, cuando se inclinaba sobre la mesa, la camiseta de tirantes que vestía apenas lograba contener unos senos generosos. Resultaba embarazoso. Aunque no tanto para los presentes sin pareja: Robert y Adrien se estaban dando un buen atracón sin ni siquiera parpadear.

—No sé, quizá sea más seguro colocar un vigía... —comentó William. Se quedó pensando. De repente, su mano salió disparada—. ¡Aquí! —Su voz se convirtió en el eco de la de Mako. Sus manos chocaron sobre el mapa al señalar a la vez el mismo punto.

—Vaya, parece que hay cosas que ni siquiera el tiempo puede cambiar. Seguimos compenetrados —dijo Mako en tono suave, sosteniendo su mano. Le dio un ligero apretón antes de soltarla.

—Te equivocas. Esto se debe a que tú fuiste una buena alumna y yo mejor maestro —respondió él con una sonrisa tirando de sus labios.

Mako ocultó los ojos tras sus largas pestañas y frunció la boca con un mohín.

—Es cierto. En aquella época me enseñaste muchas cosas.

Durante un segundo, William notó calor en las mejillas. No le pasó desapercibido el tono tan íntimo que ella había usado. Un rápido vistazo a la cocina le bastó para darse cuenta de que a los demás tampoco: Robert estaba boquiabierto; Daniel y Samuel se habían ruborizado hasta las orejas; Carter trataba de contener una sonrisa nerviosa y Shane lo observaba con una mirada censuradora.

Confundido, William bajó la vista a los planos. No tenía muy claro si él había dado pie al coqueteo, desde luego esa no era su intención. O quizá sí, ya no estaba seguro de nada de lo que hacía. Kate se encontraba al otro lado del cristal, en el jardín, desde allí podía haber oído la conversación. Se pasó una mano por el pelo con un gesto de frustración. No deseaba añadir más problemas a la larga lista que ya tenían.

La noche anterior, cuando llegó bebido a casa, Kate ni siquiera le dirigió la palabra; y él pensó que era más prudente no hablar en esas circunstancias y dejarlo para cuando estuviera sobrio y fuera capaz de pensar con claridad. Desde entonces, encontrar un instante de privacidad para hablar con ella se había convertido en una misión imposible.

—¡Dios, tienes razón! —exclamó Marie, sentada bajo un árbol en un extremo del jardín. Sus ojos, ocultos por unas gafas de sol y el ala de una enorme pámela, estaban clavados en la puerta acristalada de la cocina. Miró a Kate—. Esa arpía va tras mi hermano.

—¿En serio? Y yo que pensaba que el coqueteo y las caricias accidentales eran de lo más normal entre un chico prometido y su ex amante ¡Qué ingenua soy! —exclamó Kate con tono irónico.

Le lanzó una mirada acusadora a Marie y esta se encogió de hombros con una disculpa. Se frotó los brazos y abrió el viejo libro que Marak le había dado. Empezó a hojear las páginas sin ver nada de nada. Su mente no paraba de reproducir la escena que presenció la noche anterior entre Mako y William.

Poco después de medianoche, se había asomado a la ventana de su dormitorio, justo cuando William salía del bosque con pasos inseguros. Parecía ebrio. Dos guerreros que vigilaban la casa corrieron hacia él, preocupados por si le ocurría algo. Él los detuvo con un gesto y se sentó en el columpio que un par de meses antes había colgado de una de las ramas del viejo roble. Kate pensó en bajar y hablar con él, o simplemente darle un beso y acurrucarse entre sus brazos. A pesar de las diferencias que estaban teniendo, él era todo cuanto quería y necesitaba.

No tuvo tiempo de moverse, se quedó petrificada viendo cómo Mako cruzaba el jardín a su encuentro. A ella sí la dejó acercarse. No estaba de guardia, así que había cambiado su uniforme por unos tejanos ajustados y una camiseta de lica que mostraba una figura perfecta. Se paró al lado de su novio y sujetó la cuerda para detener el balanceo del columpio. Comenzaron a hablar y, al cabo de unos segundos, William se hizo a un lado para que Mako pudiera sentarse junto a él. La conversación se transformó en risas a media voz y las risas en leves empujones con el codo. Después, Mako le tocó la cara como si le estuviera limpiando algo y acabó apartándole el pelo de la frente con un gesto cargado de ternura. William la dejó hacer. Después de eso, Kate no quiso mirar más.

—Perdona, es que... no sé... Es tan fría que parece no tener sentimientos —

dijo Marie.

—Pues es evidente que los tiene —intervino Jill. Sentada sobre la hierba, pelaba una naranja—. Aunque más que sentimientos, esa lo que tiene es un calentón.

—¡Jill! —la reprendió Marie—. No creo que a Kate le ayuden mucho esos comentarios.

—Solo digo lo que veo. Intento que no se ponga paranoica y que sea objetiva con la situación. A ver, dime, ¿tú qué prefieres, a una chica enamorada de Shane o a otra que solo quiere tirárselo? La primera es más peligrosa, te lo aseguro.

Marie frunció el ceño y buscó al licántropo con la mirada. Lo localizó cerca de la ventana, hablando con Samuel.

—La descuartizaría en trozos muy pequeños si se pasara de simpática —indicó la vampira como si nada. Adoraba a su novio y en ese sentido era bastante posesiva.

Jill puso los ojos en blanco y le dio un bocado a la naranja.

—No estoy paranoica, ni celosa sin motivo. Ninguna mujer mira a un hombre como lo hace ella solo en nombre de la amistad. Sigue enamorada de él, y parece que no le importe mucho que esté conmigo —comentó Kate bastante molesta.

—No solo está contigo —le hizo notar Marie mientras le acariciaba el brazo—. Tenéis un compromiso, vais a casaros. ¡Mi hermano está enamorado de ti como un idiota!

—Aun así, yo tendría cuidado. Esa vampira es demasiado lista, sabe lo que hace —sugirió Jill.

—¿Y eso qué quiere decir? —le espetó Marie.

—Vamos, miradla. Esta situación le permite estar pegada a él como si fueran siameses. No solo lo protege, también lo consuela. —Alzó las manos al ver la mirada furiosa de Kate—. ¡Eso es lo que nos has contado que ocurrió anoche! —se justificó Jill.

—No he dicho que lo consolara —replicó Kate.

—Vale, pero está claro que es lo que intentaba. Es evidente que William y tú no estáis pasando por vuestro mejor momento, y ella lo está aprovechando. Solo digo eso. Ten cuidado.

Marie se quitó las gafas y se inclinó sobre Kate, que había vuelto a concentrarse en las páginas del libro como si fueran lo único interesante. Solo el temblor de sus manos y la rigidez de su cuerpo mostraban lo mal que estaba llevando aquella conversación. Marie colocó la mano sobre la página que ella trataba de pasar. A Kate no le quedó más remedio que enfrentarse a su mirada.

—¿Tan mal estáis? —preguntó Marie.

Kate se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no estamos bien. Está muy cambiado, a veces me cuesta

reconocerle. Y lo peor es que siento que hemos dejado de comunicarnos. Nos estamos distanciando. —Frunció el ceño y empezó rascar con la uña una de las esquinas del libro.

—Y *Lara Croft* se está aprovechando de la situación, con su estrategia de «solo soy una amiga que me preocupo por ti y que te entiende mejor que nadie» —comentó Jill con tono burlón—. ¿Quieres un consejo? Acaba con esa historia antes de que empiece, porque esa arpía comienza a cogerte terreno.

—¡Estupendo, Jill, genial! Si algún día quiero suicidarme, ya sé a quién debo llamar para no arrepentirme —soltó Marie alzando la voz más de la cuenta.

Kate tragó saliva, mientras observaba cómo William y Mako salían juntos de la casa, seguidos de Cyrus y Mihail. Ella le estaba mostrando una pistola a la que acaba de quitarle el cargador. Captó retazos de la conversación, algo sobre la aleación de las balas y la plata con belladona que contenían en su interior. Mihail le dio la razón con cierto orgullo paternal en la voz. William sonrió. Tomó la pistola de sus manos y encajó el cargador. Ella le corrigió la postura de los brazos cuando él apuntó. Tenían demasiadas cosas en común contra las que Kate sentía que no podía competir.

William levantó la vista y miró a Kate directamente a los ojos. Su mirada la abrasó un instante, esperanzada y nerviosa. William aminoró el paso, parecía dudar; iba a acercarse. Ella se enderezó y le dedicó una tímida sonrisa. Uno de los dos debía dar el primer paso. La cara de William se iluminó y le devolvió la sonrisa.

—Tenemos prisa, William —le recordó Mako.

William asintió sin apartar la vista de Kate. Le dedicó un guiño a modo de despedida y trotó hasta el coche.

Kate habría jurado que percibió en Mako cierto aire de triunfo y diversión. Jill estaba en lo cierto. Su amiga tenía tendencia a decir las cosas tal y como las pensaba, sin paños calientes, pero eso no las hacía menos ciertas.

—William jamás te engañaría con otra —susurró Marie—. Lo sabes, ¿verdad?

Kate asintió, pero ya no estaba segura de nada.

Habían pasado otros tres días y el atardecer volvía a pintar el cielo de un rojo intenso. Solo quedaban cuatro noches más; contando la que se abría paso en ese momento, arrastrando tras ella un manto cuajado de estrellas. Durante la quinta mucha gente iba a morir. La tensión de su inminente llegada se palpaba en el ambiente con tanta intensidad que podía saborearse. Todo el mundo estaba nervioso y la sensación crecía minuto a minuto.

—Lo estás haciendo bien —dijo Robert.

William se levantó del escritorio de su estudio y se paseó por la habitación.

—¿Qué parte, la de mandar o la de atemorizar?

En apenas una semana, había tenido que tomar más decisiones que en toda su larga vida. Decisiones de las que dependía la supervivencia de los dos linajes y la de muchos humanos. Descubrió que tenía un don natural para dirigir; el de provocar miedo ya venía de serie desde el mismo momento que se convirtió en la clase de persona que ahora era.

Su oscuridad nació aquella noche en la que tres renegados entraron en su casa y le arrebataron la inocencia a su espíritu. Después, su mujer le marchitó el corazón. El odio y la venganza lo convirtieron en un guerrero sin escrúpulos que no sentía nada. Sanguinario y cruel. Su nombre era leyenda entre los proscritos por ese motivo.

Después de ciento cincuenta años sin sentir nada, Kate le había devuelto la vida a su corazón; y ahora era incapaz de saber qué hacer con todos aquellos sentimientos que lo abrumaban, que lo llenaban de paz y sufrimiento en igual medida.

—Ambas —respondió Robert con una leve sonrisa. Se masajeó las mejillas con las palmas de las manos y se dejó caer en una silla—. ¿Vas a contarme qué te atormenta?

William lo miró de reojo.

—Estoy bien.

—Nunca has podido ocultarme tus emociones. Leo en tu rostro como lo haría en un libro. Algo te atormenta.

William suspiró y se encaminó a la puerta.

—Mi vida en sí es un tormento, siempre lo ha sido —dijo mientras giraba el

pomo.

Abrió y se dio de bruces contra dos guerreros que hacían guardia en el pasillo. Inclinaron sus cabezas como muestra de respeto y él les devolvió el saludo. Si fuera humano, ya tendría calambres en el cuello por la cantidad de veces que repetía ese gesto a lo largo del día. Aquella casa era como una estación de metro en hora punta.

Sus botas sonaron con fuerza sobre el suelo de baldosas de la cocina.

Salió afuera. Al instante, sus ojos dieron con ella. Se encontraba en medio del jardín. Había arrastrado hasta allí el sofá de la terraza y, enterrada en una pila de cojines, contemplaba el cielo plagado de estrellas.

No habían cruzado más de tres palabras en los últimos días; y la última vez que habían logrado estar a solas, discutieron completamente alterados porque él se empeñó en convertir la casa en unos grilletes para ella.

Se dejó caer a su lado. Tenía la sensación de que el cuerpo le pesaba una tonelada y que, si cerraba los ojos, podría sumirse en un sueño profundo. Miró a Kate, de repente sin palabras. Había tantas cosas que quería decirle, que confesar, que no sabía por dónde empezar. Aunque se conformaba con olvidarse de todo durante un rato y abrazarla muy fuerte. Se moría por hacerlo, pero solo se atrevió a colocarle un mechón de pelo tras la oreja. Ella ni siquiera lo miró. ¿Cuándo se habían distanciado tanto?

Dando rienda suelta a su deseo de tocarla, le acarició la mejilla y la observó detenidamente. Su cuerpo parecía exhalar oleadas de cansancio; y se la veía tan triste que el alma le sangraba solo con pensar que él tenía la culpa. Con un diminuto pantaloncito y una camiseta sin mangas, su pálida delgadez era evidente. Estaba muy delgada y no lo había notado hasta ahora. Se la veía tan pequeña, tan vulnerable... Le acarició el cuello, rezando para que no lo rechazara. No lo hizo.

Kate se acurrucó entre sus brazos. Se apretó contra su pecho y le rodeó el torso con los brazos. William la besó en el pelo e inspiró su olor hasta llenar los pulmones por completo.

—Hueles tan bien —susurró él—. A violetas y tarta de frambuesa.

Se inclinó y la besó en la frente.

—Y tu piel sabe igual de bien, a bizcocho recién hecho y a sirope de caramelo. Tan dulce —continuó. Le tomó una mano y se la llevó a la boca. Olió su muñeca y la acarició con la nariz—. A manzanas y a licor de menta. No, espera...

Con la punta de la lengua recorrió la piel donde debería latir su pulso. Ella dio un respingo y lo miró con los ojos muy abiertos; el reflejo de su respiración se aceleró. William sonrió.

—... sabe a melocotones —terminó de decir con tono divertido.

Le besó la palma de la mano y después los dedos, uno a uno. Con los dientes

apresó su dedo índice y lo mordisqueó.

—Lo sé porque me gusta saborearte.

Kate se estremeció e intentó soltarse. Una suave risa escapó de su garganta.

—Déjame, me haces cosquillas.

William la mantuvo abrazada.

—Vamos, solo un bocadito. Eres como un trozo de delicioso pastel y yo tengo hambre. Pensándolo mejor, creo que voy a comerte entera.

Apresó otro dedo con los dientes y jugueteó con ellos.

—Suéltame —insistió Kate riendo con más ganas. Logró que abriera la boca y aprovechó el momento para echarse hacia atrás y mirarlo a los ojos—. Eres tonto —le dijo con una enorme sonrisa.

William hinchó su pecho con orgullo.

—Lo sé. Si dieran un premio al tipo más tonto del mundo, me lo darían a mí sin lugar a dudas —susurró con un guiño. Se quedó mirándola como si fuera la primera vez, o puede que la última. Ella le acarició la mejilla y le sostuvo la mirada con la misma intensidad—. Te echo de menos.

—Y yo a ti —musitó Kate.

Con las puntas de los dedos le acarició la mandíbula y el cuello, maravillada al comprobar que William volvía a comportarse como siempre. Eso la reconfortaba. Era cierto. Lo echaba tanto de menos que su ausencia le dolía de una forma física. Echaba de menos sus largas conversaciones tumbados en la cama, en la oscuridad; sus escapadas a la cascada y los baños a la luz de la luna.

—Me alegra oírlo —suspiró él. La tomó por la cintura y la sentó en su regazo—. Kate, escucha, si lo conseguimos... Si logramos derrotarlos de algún modo..., te prometo que será distinto para nosotros. Mi padre volverá a ser rey, y tú y yo nos alejaremos de todo esto. Empezaremos de nuevo. —La tomó de la barbilla y la acercó a su cara. Sus ojos no podían disimular el sentimiento de culpa que lo consumía al mirarla—. Te quiero. Te quiero muchísimo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —respondió ella con un hilito de voz.

William la besó con ternura, mientras ella enlazaba los brazos alrededor de su cuello. Podía sentirla en cada célula de su cuerpo. Deslizó la mano por sus piernas desnudas, ella se estremeció en respuesta a su caricia. Dentro de la casa se oyó un teléfono; los faros de un coche destellaron en el camino de entrada, acercándose; y entre la espesura se oían las pisadas de los lobos que vigilaban los límites de la propiedad. Echaba en falta tener intimidad.

Le costó ignorar la fiebre que empezaba a recorrerle el cuerpo, y separar sus labios de los de ella lo dejó moribundo. La realidad volvió a aplastarlo con todo su peso: puede que aquel fuera uno de sus últimos momentos con Kate. Forzó una sonrisa despreocupada y trató de no pensar en el futuro. Le echó un vistazo al viejo libro. Lo tomó y lo puso sobre las rodillas de ella, que aún continuaba sobre su regazo.

—¿Es bueno? —preguntó mientras pasaba las páginas—. Lo llevas contigo a todas partes.

Kate se encogió de hombros.

—No sé, es interesante.

—Interesante... —repitió él. Continuó pasando páginas.

—Sí, aunque no consigo leer la mayor parte. Hay frases escritas en latín, pero otras están en una lengua que desconozco.

William se fijó en el texto. Kate tenía razón, no solo estaba escrito en latín, había distintos pasajes en otras dos lenguas. ¡Qué extraño! Frunció el ceño y lo miró con más atención. Parecía una especie de diario que recopilaba información sobre seres sobrenaturales, hechizos, símbolos malditos, pentáculos que podían convertirse en trampas para fantasmas...

—Tienes razón, pero no hay una sola lengua, sino dos: arameo medio y polabo. Ambas dejaron de usarse hace mucho —empezó a explicar él.

Kate lo miró con los ojos como platos.

—¿Las conoces? ¿Puedes... sabes leer esto? —preguntó. William asintió—. ¡Vaya, es increíble!

—Bueno, mi infancia transcurrió entre libros y tutores. Cuando tus profesores son vampiros con cientos de años, aprendes cosas que no suelen estar en los planes de estudio de un colegio normal. No sé, quizá me hubiera resultado más útil Economía Doméstica.

Kate sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó William.

Kate abrió la boca para contestar. Dudó un instante, no podía hablarle de Marak Preocuparlo por algo que no sabía si era importante, no le parecía una buena idea dadas las circunstancias. Él ya tenía mucho por lo que inquietarse y ella no estaba de ánimo para otra discusión sobre su seguridad; y menos cuando parecía que volvían a estar tan bien como siempre.

—Amanda, me lo sugirió ella, el otro día en la biblioteca —mintió sin dudar.

William la miró a los ojos. Cuando habló con Amanda le pareció entender que no se habían visto, de hecho, en el parque... Se le encogió el estómago. En el parque había estado a punto de atacarla. Después intentó dejar seco a aquel hombre. Su mente se distrajo con el recuerdo de esa noche.

—¿Estás bien? —preguntó Kate.

William parpadeó varias veces y esbozó una sonrisa despreocupada.

—Sí —respondió. Miró de nuevo el libro, concentrándose en las palabras para no pensar en lo que su cuerpo le exigía sin tregua para apaciguarse: sangre directa de un cuerpo humano vivo y caliente. Pasó otro par de páginas—. Estos sí que dan miedo.

Kate miró la ilustración que representaba a los perros del infierno.

—Lo mismo pensé yo. ¿Qué dice sobre ellos? En Wikipedia solo he leído

cosas sobre la diosa Hel, guardabosques esqueletos, jinetes muertos... Nada creíble.

—¿De verdad te interesa todo esto? —preguntó William.

Ella se encogió de hombros, quitándole importancia, pero lo cierto era que tenía una curiosidad inexplicable por aquellos seres. William paseó la vista por el texto. Había perdido práctica y le costó traducir algunas palabras.

—Bueno, según la fecha que figura en la ilustración y al comienzo, este libro lo escribió un tal Baptistam Thier en el año 1644. Según este tipo, los perros del infierno no son seres espectrales, en realidad son...

Un coche se detuvo en la entrada, se oyeron dos portazos y los pasos apresurados de alguien caminando sobre la hierba. William se puso tenso. El olor a vida inundó el jardín y llegó hasta él como el canto de una sirena. La cabeza empezó a darle vueltas y sus colmillos se alargaron con vida propia.

—¡Kate! —exclamó Jill mientras iba al encuentro de su amiga—: ¿Desde cuándo no miras el teléfono? Jane acaba de llamarme, por segunda vez en una hora. Estaba histérica. Dice que lleva días intentando hablar contigo, que te ha dejado un montón de mensajes... ¡Amenaza con coger un vuelo y venir hasta aquí si no la llamas inmediatamente!

Kate agachó la mirada y frunció el ceño.

—Ni siquiera sé dónde he puesto mi teléfono —se excusó.

William se movió inquieto, inclinó la cabeza y escondió el rostro en la larga melena de Kate. Aspiró su olor, pero ni la dulzura de ella pudo enmascarar el aroma que desprendía el cuerpo de su amiga. Apretó la mandíbula con fuerza y clavó sus ojos en la oscuridad del bosque. No sirvió de nada, el pulso de la humana era un eco que resonaba en sus oídos como una llamada insistente.

El teléfono de Jill vibró en el bolsillo trasero de sus pantalones. Lo cogió y le echó un vistazo.

—Es ella —se lamentó con una mueca de fastidio. Estiró el brazo y le plantó el teléfono a Kate a pocos centímetros de su nariz. Demasiado cerca de la cara de William—. Habla con ella antes de que envíe al FBI o a la CIA a buscarte.

Kate sacudió la cabeza.

—No, por favor, no puedo hablar con ella ahora.

—Kate, no me pidas esto. Jane es tan...

—Por favor —insistió la vampira.

William empezó a jadear. Giró la cabeza para perder de vista la muñeca palpitante; el impulso lo estaba desgarrando. Si continuaba allí, acabaría rajándole el cuello. Soltó un juramento en voz alta y se puso de pie. Kate casi tuvo que saltar de su regazo para no caer al suelo.

—Te ha dicho que no. No quiere hablar con ella. ¿Qué parte es la que no entiendes? —le espetó a Jill con malos modos.

La chica dio un paso atrás, demasiado impresionada.

—Yo...

—¡William, ¿qué demonios te pasa?, no le hables así! —exclamó Kate, tan sobrecogida por su reacción que no era capaz de moverse.

La voluntad de William estaba a punto de quebrarse. Clavó sus ojos en los de Kate y le envió una fiera orden mental: «No me reprendas. No vuelvas a hacerlo». Miró de nuevo a Jill, con su última defensa desmoronándose.

—Es mejor que te marches y no vuelvas por aquí. Tu presencia incomoda.

Dio media vuelta y se encaminó a la casa. Se cruzó con Evan; el chico había oído los gritos y acudía para ver qué estaba pasando.

—¿Qué ocurre? —preguntó el lobo.

—Que has olvidado que tu mujer es humana y que esta casa está llena de vampiros. Vampiros más interesados en su sangre que en prepararse para evitar que los decapiten dentro de pocas horas. ¡Llévatela a casa, Evan!

Evan se quedó de piedra. El tono airado y desquiciado de William lo había pillado por sorpresa. Su bestia reaccionó con un gruñido a la amenaza que suponía el vampiro en ese momento. Su lado racional le dijo que tenía razón y se obligó a tranquilizarse.

—Solo pensé en la seguridad de este sitio, creí que aquí estaría a salvo —se justificó.

—¿A salvo? —se burló William—. Tanto como un pequeño cervatillo entre una manada de lobos con sed de caza —le espetó con cada músculo de su cuerpo temblando por la tensión—. ¿Por qué no piensas de vez en cuando? Si le ocurriera algo tendría que castigar al responsable, y perdería un buen soldado solo porque tú eres un inconsciente.

Evan apretó los dientes.

—Lo he entendido.

—Eso espero. No necesito cachorros a los que sermonear, sino cazadores que no necesiten niñera. —Lo empujó con el hombro al pasar por su lado, y lo hizo a propósito, con todo el despotismo del que fue capaz. Estaba hirviendo de rabia y necesitaba dejarla salir.

—¿Pero a ti qué demonios te pasa? —gruñó Evan.

William se paró en seco. Se giró mientras sus manos se iluminaban y sus ojos se convertían en dos estrellas blancas. La bestia de Evan reaccionó a la amenaza y su cuerpo comenzó a convulsionar. Iba a transformarse.

—¡Eh, eh, eh, tranquilos! —Adrien apareció tras William y le rodeó el pecho con un brazo. Tiró de él hacia la casa; una tarea bastante difícil porque William no dejaba de retorcerse y maldecir—. Ya vale. Déjalo de una vez.

Daniel pasó por su lado e hizo lo mismo con Evan. Logró contenerlo y alejarlo hacia la espesura.

—Me parece que tú también necesitas una niñera —gruñó Adrien mientras lo sujetaba con más fuerza. William no dejaba de resistirse, fuera de sí—. No me

obligues a dejarte frito.

—Como si pudieras.

—A este paso, vamos a necesitar un ring en el sótano —bromeó con la voz entrecortada. Logró arrastrarlo por la cocina y conducirlo hasta su estudio. Lo empujó dentro y entró tras él. Cerró la puerta y se apoyó contra la madera—. ¿Qué te ha pasado ahí afuera? Creía que esos chicos, los Solomon, eran como hermanos para ti.

William se movía por la habitación como un león enjaulado.

—Y lo son. Tuve a ese idiota en los brazos minutos después de que naciera —replicó con la mirada encendida. Se llevó las manos a la cabeza. Había estado a punto de hundirle el puño en el estómago y arrancarle los intestinos—. He perdido el control.

Los cuadros bailaban en las paredes y la pantalla del televisor se encendía y se apagaba.

—¿A él tampoco le gusta tu corte de pelo? —volvió a bromear Adrien.

—Con Jill, he perdido el control con Jill. He estado a punto de... —Cerró los ojos y lanzó un grito—. ¡Esto es un infierno!, ¿cómo lo soportas?

Se oyeron varios chasquidos. Las bombillas de las lámparas estaban explotando y los cristales vibraban como si los estuviera sacudiendo un terremoto.

Adrien miró a su alrededor, cada vez más preocupado por el poder que estaba manifestando William. A ese paso, iba a causar daños serios.

—Minuto a minuto —suspiró. Se acercó a él y le apretó el hombro—. Mira, el truco está en pensar en aquello que no puedes soportar y hacer justo lo contrario. No soporto ser un adicto; que me dominen mis impulsos; la debilidad que causa el dolor. Tampoco soportaría la mirada de mi madre si lo supiera. Ni el regocijo de mi padre si volviera a caer.

William lo miró a los ojos y empezó a tranquilizarse.

—Puede que tu voluntad sea mayor que la mía. Todos creen que soy una especie de héroe lleno de virtudes, y no hay nada más lejos de la realidad —dijo con tono amargo.

Adrien le dio un golpecito en el hombro y se apoyó contra la mesa.

—Bienvenido al *Club de los desastres*. —Sacudió la cabeza, preguntándose en qué momento aquel cretino había empezado a caerle bien—. No voy a dejar que hagas nada de lo que te puedas arrepentir. Aunque para eso tenga que convertirme en tu sombra, ¿de acuerdo? —William asintió. Adrien sonrió—. Pero no te hagas ilusiones, no voy a ducharme contigo.

Una leve sonrisa asomó a los ojos de William. No dijo nada, pero en su rostro se podía apreciar lo agradecido que se sentía. Adrien le sostuvo la mirada durante unos largos segundos.

—Quédate aquí un rato y tranquilízate, ¿vale? Voy a ver qué tal están las

cosas ahí fuera.

Adrien salió del estudio y William se quedó inmóvil en el centro de la habitación. Se frotó la cara con la palma de la mano. Le dolía el pecho y se pasó los dedos por el esternón con un fuerte masaje. Sentía como si hubiera envejecido un siglo en las últimas dos semanas.

Se dio cuenta de que aún llevaba el libro en la mano. Lo apretó con fuerza y lo tiró sobre la mesa. Los papeles volaron y una caja con lapiceros se desparramó sobre la superficie. Oyó un sollozo que le costó identificar. De repente se dio de que era él quien sollozaba. Tenía lágrimas en los ojos y estaba gimoteando como un idiota. Se dejó caer en el suelo, con la espalda contra la mesa y los brazos cruzados sobre las rodillas. Frotó la cara contra las mangas de la camiseta y escondió el rostro.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse con rapidez.

—¿Mi señor? —preguntó Mako.

—No tienes que llamarme así en privado —dijo él sin levantar la cabeza.

—Pero eres el rey, así debo dirigirme...

William resopló con frustración.

—Primero soy tu amigo, o al menos espero seguir siéndolo.

Mako se acercó a él y se arrodilló en el suelo, a su lado.

—Por supuesto que lo eres —susurró.

Su larga melena le caía sobre uno de los hombros y la apartó hacia atrás con una sacudida. Indecisa, alzó una mano y enredó los dedos en el pelo oscuro de William. Los deslizó hasta su nuca con una suave caricia. Al ver que él no la rechazaba, continuó repitiendo el gesto en silencio.

William apretó los párpados con fuerza. Se estaba derrumbando casi sin darse cuenta. Su mente retrocedió en sus recuerdos, hasta cuando era un niño tan pequeño que necesitaba ponerse de puntillas para subirse a una silla. Tenía miedo a la oscuridad y las pesadillas lo despertaban aterrado. Su madre solía calmarlo de aquel modo, lo acurrucaba en su regazo y le acariciaba la cabeza mientras tarareaba dulces melodías. Si solo pudiera volver atrás unos instantes.

Se inclinó sobre Mako hasta apoyar la cabeza en sus piernas. El calor de las lágrimas le abrasaba los ojos y la piel. Lloró en silencio. Por todo y por nada. Por el odio y el dolor que sentía. Porque era un corazón maldito incapaz de sentirse en paz.

Mako notó cómo se le humedecían los pantalones. Sorprendida, deslizó los dedos desde el cabello de William hasta su mejilla. Tragó saliva al notar el líquido caliente. Le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a que la mirara.

—¡Dios mío, estás llorando! —exclamó atónita. Los vampiros no podían llorar—. ¿Cómo es posible?

—Nunca he sido muy normal, ¿verdad? —respondió con tono cínico.

Mako esbozó una leve sonrisa y sacudió la cabeza.

—No, pero dudo que eso sea algo malo. —Hizo una pausa, atrapada en su mirada zafiro—. ¿Qué eres en realidad, Will?

—No puedo decírtelo.

—¿Tampoco puedes decirme por qué estás aquí así, tan destrozado? —preguntó con cautela.

Le enjugó con los pulgares las lágrimas que le caían por las mejillas. Con una punzada de dolor recordó la última vez que hizo algo así, fue consolando a su hermana después de haberse caído de un manzano. Había pasado tanto tiempo que ya no recordaba la sensación.

William suspiró y negó con la cabeza, como si estuviera asumiendo la mayor de las culpas. Se estaba volviendo loco, sobre todo por tener que contener su violencia. Era increíble lo que podías aparentar cuando no tenías elección. No le quedaba más remedio que fingir normalidad y una mente fría, si quería mantener a todo el mundo tranquilo y que no se desmoronaran como un castillo de naipes sacudido por el viento. Así que eso era lo que fingía, porque la realidad era bien distinta. Su sed no cesaba porque solo había una cosa que podía calmarla; y no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a caer, porque caería. Y su mal humor no ayudaba en la ecuación, incrementaba su deseo por destrozarse todo cuanto sus ojos alcanzaban.

—Verte así me duele —susurró Mako.

Deslizó los dedos por sus mejillas hasta el arco que dibujaba su mandíbula. Lo miró a los ojos, esos preciosos ojos azules que muchas décadas atrás le habían sonreído solo a ella, y que ahora eran una dolorosa estaca clavada en su pecho. No lo había olvidado, a pesar de que sabía que nunca había sido correspondida del modo que cada célula de su cuerpo anhelaba. Pero así eran las cosas, uno sentía lo que sentía y no era culpa de nadie si la conexión solo funcionaba por una de las partes. El problema residía en su incapacidad para aceptar que esa conexión nunca fluiría en ambos sentidos. Mantenía la esperanza de que, quizá algún día, ellos podrían...

Se inclinó y posó sus labios sobre los de él. Un tímido roce que a William lo pilló desprevenido. Lo aprovechó y su boca presionó contra la de él con más urgencia, dulce y tierna.

William se apartó de golpe.

—Mako... —Empezó a negar con la cabeza, mientras se ponía de pie—. Tú eres importante para mí, siempre lo has sido, y hubo un tiempo en el que... Yo... —Suspiró, y continuó con voz firme—: Ese tiempo pasó.

—Pero podríamos hacer que regresara. Podría funcionar. Lo supe en Roma, cuando volví a verte. Lo sentí aquí. —Mako se llevó una mano al pecho e intentó acariciarle el rostro con la otra, pero él se alejó.

—Si estás aquí porque de verdad crees eso, lo siento mucho. No debiste dejar a los Arcanos y arriesgar la vida por algo que nunca podré darte. Amo a Kate y

mi compromiso con ella es de verdad.

Mako se cruzó de brazos, con la amargura del rechazo aún en los labios.

—¿Y por qué no está ella aquí? Mírate, tú no estás bien, y a ella parece que no le importa. A mí sí me importa, Will.

William se acercó a la ventana. Los ojos le brillaron a la luz de la luna.

—Si no está aquí es por que últimamente no hago otra cosa que alejarla de mí. —Sonó aturdido, perdido incluso. Se apartó el pelo de la frente con una mano mientras apretaba la mandíbula con fuerza.

—Puede que tu subconsciente esté intentando decirte algo que tú te niegas a aceptar. No es buena para ti si te hace sentir así, si te abandona y se aleja de ti cuando la necesitas; aunque tú la hayas empujado a hacerlo —susurró tras él. Posó una mano en su espalda—. Ella no es lo que necesitas, ¿acaso no lo ves?

William se giró y la miró a los ojos.

—Arriesgaría cuanto poseo para mantenerla a mi lado: mi clan, mi familia, hasta mi alma. Ya lo he hecho y volveré a hacerlo. Haré pedazos este maldito mundo si la pierdo. No vuelvas a decir que no la necesito.

Mako dio un paso atrás, los ojos de William se habían iluminado desde dentro con una extraña luz blanca y se inclinaba sobre ella de forma amenazante. Dentro de él había algo que la asustaba. Una presencia inquietante y peligrosa que activaba todos sus instintos de supervivencia.

La puerta se abrió de golpe y Robert apareció en el umbral. Sus ojos evaluaron la escena y no le gustó lo que vio. William resplandecía como el maldito ángel que era, solo le faltaban las alas para completar la imagen. Parecía cualquier cosa menos un vampiro. Una multitud de emociones cruzó por el rostro de Mako al girarse hacia él.

—¿Todo bien por aquí? —le preguntó Robert. Ella asintió y recuperó de inmediato la compostura y su actitud marcial. Enderezó los hombros y relajó el rostro—. Si habéis terminado, necesito hablar con mi hermano.

Mako volvió a asentir y se dirigió a la puerta. Robert la sujetó por la muñeca cuando pasó por su lado.

—¿Estás segura de que todo está bien? —susurró sin mirarla. El tono de su voz era tan frío y mortífero como la daga que llevaba oculta bajo la manga en el antebrazo.

—Por y para siempre mi rey. Así lo juré ante Lilith —respondió ella consciente de la amenaza.

Una vez que Mako hubo salido, Robert cerró la puerta y se quedó mirando a William. Sin prisa se acercó a la mesa y se sentó en la esquina, con una pierna apoyada en el suelo y la otra colgando con un ligero balanceo.

—¿Eres consciente de que debería cortarle la cabeza a esa chica por lo que acaba de ver? ¿Y que tal vez lo haga en cuanto salga de aquí? —dijo como si nada.

William entornó los ojos y le dedicó una mirada furiosa a su hermano.

—No vas a tocarla. Confío en ella.

—No deberías confiar en nadie, ni siquiera en ti mismo hasta que todo esto acabe. Y no es prudente hacerlo en una mujer que evidentemente ha salido de este cuarto bastante despechada. —Robert suspiró con aire dramático—. Y yo pensando que todos estos años habías sido tan casto como un monje eunuco, y resulta que has sido un chico muy malo.

—¡Que te den, Robert! —le espetó William. Se dejó caer en un sillón y masculló una maldición—. ¿Qué quieres?

Robert fue directo al grano.

—¿A qué ha venido lo de antes? Ningún vampiro bajo tu mando habría puesto un solo dedo en Jill; y lo sabes. Esos guerreros llevan sobre sus espaldas siglos de entrenamiento. Se les ha puesto a prueba de todas las formas posibles y siempre han mantenido el control.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Conforme se acerca el momento están más nerviosos. Solo intento...

Robert se puso de pie de un salto. Esbozó una sonrisa impenitente y ladeó la cabeza, estudiando a su hermano con detenimiento.

—¿Estás seguro de que es por ellos y no por ti? En San Diego...

—No tienes que preocuparte por eso, así que cambiemos de tema.

Robert entornó los ojos con perspicacia. Tenía un mal presentimiento. La esencia humana era la heroína de un vampiro, te volvía loco y te acababa matando. Él nunca lo había experimentado, pero lo había visto en otros, muchos siglos atrás. Antes del pacto, los vampiros eran auténticos monstruos.

—Si lo que pasó allí te hubiera trastornado de algún modo, sabes que podrías confiar en mí y contármelo. Te ayudaría a...

William se movió incómodo. Cada vez que pensaba en esa chica, en su sangre, en su esencia..., la cabeza le daba vueltas.

—No hay nada que contar. Todo está controlado —atajó.

—Somos hermanos, nos parecemos demasiado como para no darme cuenta de que lo que ocurrió allí te atormenta.

William se puso de pie. La rabia hervía de nuevo en sus venas.

—No creas que me conoces tan bien, no nos parecemos tanto. Compartimos el ADN de mi padre, pero es la sangre de mi madre la que se impone desde hace tiempo. Es un ángel, tenlo presente. ¡Soy un maldito mestizo! —le dijo con dureza.

La tensión de su cuerpo le estiraba la piel de tal modo que creía que iba a desgarrarse de un momento a otro. Todo se estaba volviendo rojo a su alrededor. Necesitaba deshacerse de la oscuridad que tan cerca estaba de gobernar su mente.

—¿Y quién estaba dispuesto a machacar a Evan, el vampiro o el ángel?

Porque si es el mismo que quería merendarse a Jill, tiene un problema —replicó Robert, buscando las emociones que hicieran a William poner los pies en la tierra.

Un largo y tenso silencio llenó la habitación. William bajó la mirada y ocultó el sentimiento de vergüenza que se abría paso bajo su coraza. No le gustaba el sabor amargo que tenía. Creía que jamás sería capaz de agredir a alguien que le importara. Ya no estaba tan seguro.

—No hay tal problema. ¿Necesitas que te lo diga por escrito para que me creas?

—Will... —insistió Robert sin ánimo de ceder.

—¡Maldita sea, Robert! ¿Tengo que darte una puñetera orden para que me dejes en paz?

—¿Lo dices en serio? —preguntó el vampiro sin dar crédito a la amenaza de su hermano.

—Nunca lo he querido —masculló William, dándole vueltas al anillo de su padre en el dedo—. Pero ahora es mío y es lo que soy. Cambia de tema o te pediré que te largues, y no será un comentario, ni una sugerencia... Será una orden.

Robert apretó los labios con fuerza y volvió a sentarse en la mesa. Solo acató el deseo de William porque había pasado toda su vida inculcándole valores y el respeto por las leyes. Debía dar ejemplo, pero, maldita sea, estaba a punto de saltar encima de él y darle de bofetadas. Si pensaba que se iba a olvidar de todo sin más, estaba muy equivocado.

—Vale. Tú mandas —accedió. Cogió el viejo libro que William había lanzado sobre la mesa y empezó a hojearlo—. Espero que seas consciente de que ese anillo volverá a la mano de nuestro padre. Y que entonces voy a patearte el culo hasta que me implores un poco de misericordia y me demuestres el respeto que me debes como tu hermano mayor.

William sintió una punzada de remordimientos. Quería a Robert y lamentaba como acababa de comportarse con él.

—Será divertido verte intentarlo —replicó William.

Robert levantó la vista hacia él y sonrió divertido. William le devolvió el gesto, ansioso por dejar a un lado los últimos minutos.

—Sí, y el final será el mismo de siempre: mi espada en tu estómago hasta la empuñadura —dijo el vampiro. Soltó una risita perversa y bajó la vista hacia el libro—. ¿Qué diablos es esto?

—Kate lo encontró en la biblioteca. No sé, parece el diario de un investigador de temas ocultos.

Robert cerró el libro para poder ver la cubierta de piel cuarteada. Le echó un vistazo al autor en la primera página y pronunció su nombre en voz baja. Luego lo abrió y continuó hojeándolo. Se detuvo en la ilustración de los perros.

—Esto es polabo. ¿Qué demonios hace un libro como este en la biblioteca de Heaven Falls? Es una reliquia, un museo sería más apropiado.

William se encogió de hombros. Robert comenzó a leer en silencio.

—Pues esta historia es buena, según el tal Baptistam, en el año 1642 un grupo de..., y leo textualmente: *salvajes bestias, seres sin conciencia y seguidores de Satán, fueron encerrados en una profunda sima a las puertas del infierno para proteger al mundo de la destrucción que arrastraban a su paso.* —Miró a William—. Habla de licántropos, pero los describe como fieros perros, tan altos como un caballo y la envergadura y la fuerza de un *Ursus arctos*... ¡Un oso Kodiak!

Nunca he visto un lobo tan grande. ¡Es lo que tienen las leyendas y los cuentos, que siempre exageran!

—Si lo has visto —le hizo notar William. Robert puso cara de póquer—. Shane es casi tan grande como se describe a esos.

Robert se quedó pensando. Rememoró la noche del baile de solsticio, en la que Fabio intentó matar a Shane por celos. En aquel momento la adrenalina y la rabia lo empujaron a actuar sin pensar, y apenas recordaba nada de lo que pasó. Solo tenía vagos recuerdos del lobo blanco desangrándose sobre la hierba; la histeria de Marie y las heridas de William; las cadenas de plata hechas trizas en el suelo. Esas cadenas eran prácticamente irrompibles.

—¡Eso tengo que verlo! —exclamó con un brillo curioso en la mirada.

William puso los ojos en blanco. Robert había encontrado un nuevo juguete, solo que el juguete podía devorarlo de un bocado si se pasaba de listo.

Sonaron unos golpes en la puerta y Cyrus entró sin esperar a que le dieran permiso.

—Samuel y Mihail acaban de llegar. No son buenas noticias —anunció el guerrero.

William y Robert cruzaron una mirada preocupada. Con paso rápido, los tres juntos se dirigieron al salón. Samuel estaba conectando un ordenador portátil a una pantalla, bajo la mirada atenta de Daniel y sus tres hijos. Mako y Shane observaban las fotografías que uno de los hombres de Samuel colocaba sobre la mesa con expresión grave. El cazador hablaba muy rápido, y Shane asentía sin parar con los brazos cruzados sobre el pecho, tan envarado y tenso que parecía una estatua de granito.

Mihail entró en la casa y se colocó frente a Samuel, con la mesa separándolos.

—Aquí, tu Capitán Colmillos —empezó a decir Samuel en cuanto vio aparecer a William—, cree que el número de renegados que asistirán a tu «baile» es mucho mayor de lo que esperábamos. Parece que te has hecho famoso y la curiosidad que sienten por ti y tus planes se ha impuesto a su cautela. Serán muy pocos los que no acudan a tu llamada. Y eso es algo bueno, muy bueno, porque cuantos más renegados caigan esa noche, menos habrá por las calles que rastrear después. —Apoyó las manos en la mesa y sacudió la cabeza—. El problema es que nosotros no somos suficientes para enfrentarnos a ellos, ni aunque fueran desarmados podríamos con todos ellos.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó William.

—Sí, mi rey —respondió Mihail. Le lanzó una mirada enojada a Samuel—. No vuelvas a llamarme Capitán Colmillos.

Samuel se encogió de hombros.

—Tú no tienes mucho sentido del humor, ¿verdad?

Mihail frunció labios y le mostró los colmillos.

—Los renegados serán muchos y nosotros muy pocos —dijo Mihail.

Señaló las fotografías. Había decenas de ellas. Tomadas desde el mar, el aire y todos los ángulos posibles. También del interior del edificio: un enorme almacén de contenedores a punto de ser embargado. William lo había comprado a través de una empresa fantasma.

El guerrero continuó:

—Se han reforzado todas las paredes con planchas de acero, y estas se han recubierto para que pasen desapercibidas —continuó explicando el guerrero—. Las ventanas tienen rejas y se han soldado y tapiado la mayor parte de las salidas. Una vez dentro, nadie podrá salir salvo por los tres accesos: dos laterales y el principal, que estarán bien controlados. Pero contenerlos no será suficiente, si no los reducimos rápido, acabarán con nosotros.

—¿Sospecharán? —preguntó Robert.

—Por supuesto que sospecharán, por eso irán armados hasta los dientes —respondió Samuel—. Seamos realistas. Nosotros pensamos masacrarlos, y es muy probable que ellos se estén aliando para hacer lo mismo contra nosotros. Es posible que todo acabe en un baño de sangre al que nadie sobreviva...

—Solo contamos con que los jefes de cada nido prefieran someterse a William, antes que iniciar entre ellos una guerra para decidir quién los liderará en el enfrentamiento; y por ende, se quedará con el premio después de que nos aniquilen —dijo Mihail.

La puerta volvió a abrirse y Kate entró en la casa seguida de Adrien. En los últimos días él se había convertido en su sombra, en su guardaespaldas particular (así lo había decidido William) y ya nadie encontraba raro o preocupante que la prometida del rey pasara tanto tiempo con otro hombre. Nadie excepto William.

Los celos eran como ácido en su pecho; y, aun así, fingía que no pasaba nada. Algo que hasta cierto punto era verdad, entre Adrien y Kate no pasaba absolutamente nada que pudiera darle motivos para estar celoso excepto por el hecho de que Adrien estaba enamorado de ella, hasta el punto de resignarse a no tenerla y preocuparse de salvarle el culo a su prometido para verla feliz.

William intentó no fijarse en lo cerca que se habían sentado el uno del otro, ni en que Kate hacía todo lo posible para no mirarlo. Debía estar muy disgustada por lo que había ocurrido en el jardín con Jill y Evan. Apartó la vista, enfadado consigo mismo.

—... lo más importante es mantener a los lobos ocultos. Esperarán que William acuda con un buen número de guerreros que garanticen su seguridad y la de la zona. Eso no los hará sospechar —continuaba explicando Mihail.

William se obligó a prestar atención.

—No hay muchos sitios donde ocultar a mis hombres. Tendrán que mantenerse alejados para que no capten su olor, y esos nos obliga a perder unos segundos vitales —indicó Samuel.

Giró el portátil para tener acceso al teclado, insertó una tarjeta de memoria en el puerto USB y en la pantalla se abrió una carpeta que mostró una lista de imágenes. Abrió una de ellas y apareció un plano del muelle con todos los edificios, calles y accesos. Señaló un cuadrante con el dedo.

—No podremos acercarnos a menos de dos kilómetros, y el único contacto que tendremos con vosotros, mientras los renegados van llegando, será a través de vigías que también deberemos ocultar. Los puntos marcados con rojo son los más seguros, pero están demasiados expuestos. —Suspiró y se pasó una mano por la cabeza—. No puede fallar nada o estaremos perdidos. El problema es que no hay un solo paso con posibilidades de funcionar.

—Nada de todo esto es relevante —intervino Shane—. Aunque no cometamos ningún error y consigamos encerrarlos dentro de ese edificio, las posibilidades de vencer son escasas. Los números hablan por sí mismos: nos superan, somos pocos. Podremos matar a muchos en los primeros segundos, aprovechando el desconcierto, pero ellos son demasiados y, en cuanto averigüen qué ocurre, estaremos muertos.

—Dentro del edificio apenas podremos meter a unos setenta hombres. El resto estará en el perímetro, y el acceso a los lobos se limita al tejado y a los puntos de desagüe en el suelo. Todo es demasiado lento —masculló Carter. Cruzó una mirada con su primo. Shane frunció el ceño, bastante enfadado. Carter explotó—: Voy a ir digas lo que digas. Necesitamos hasta el último hombre.

—De eso nada. Tú llevas la marca, tú te quedas por si el resto no podemos volver. La manada no puede seguir sin alguien que la dirija.

—Puede hacerlo Jared —replicó Carter.

—Es demasiado joven —le hizo notar Shane. Miró a su tío Daniel—. ¿De verdad vas a dejar que vaya?

—Es tan cabezota como tú. ¿Tú te quedarías? —masculló Daniel.

Shane se cruzó de brazos y de su garganta brotó un gruñido.

Robert soltó una risita divertida.

—Nuestras posibilidades de sobrevivir son inexistentes. ¡Me encantan los retos imposibles! Aunque, mentiría si dijera que no agradecería un poco de ayuda. —Ladeó la cabeza y le guiñó un ojo a William—. Ahora es cuando nos vendrían bien unos cuantos perros del infierno, ¿eh?

Daniel se giró hacia ellos, sorprendido.

—¿Conocéis esa historia?

—Algo —respondió Robert.

Daniel apoyó la cadera contra la mesa y se apartó con la mano unos cuantos rizos de la frente. Sonrió con desgana y cierta resignación.

—Yo también lo he pensado —dijo de repente. Sacudió la cabeza y miró a Robert a los ojos—. Aunque dudo que encontráramos la forma de controlarlos. Se convirtieron en bestias con una sed de sangre descontrolada, no distinguían a

amigos de enemigos. Su lucha se redujo a algo personal entre ellos y el resto del mundo. Victor casi perdió la vida al capturarlos, pero logró someterlos y aislarlos donde no hicieran daño a nadie.

Robert cruzó la sala con dos zancadas y se paró delante de Daniel. Los inteligentes ojos del vampiro se clavaron en el lobo. Cuando habló no pudo ocultar la emoción que le recorrían el cuerpo.

—¿Estás diciendo que esa historia es cierta? —Daniel asintió, desconcertado por la actitud eufórica de Robert—. ¡¿Quieres decir que esa manada de licántropos existe de verdad?! —Daniel volvió a asentir y Robert lanzó un puñetazo al aire, encantado—. ¡Bien! ¡Diablos, sí! Eso es... eso es... Ya tenemos caballería.

—¿Estás insinuando lo que yo creo? —preguntó William.

—Es una locura —terció Samuel.

—No lo es —se justificó Robert—. Si esos chuchos son tal y como los describen, con unos cuantos de ellos podríamos tener alguna oportunidad. ¡Venga ya, pensadlo!

Shane se plantó delante de Robert y lo golpeó en el pecho con un dedo.

—Borra la palabra chuco de tu vocabulario o lo haré yo.

—Vamos, cuñadito, no te des por aludido. Un pajarito me ha dicho que tú te pareces mucho más a un osito polar.

Shane mostró los dientes y su cuerpo empezó a temblar. Marie apareció como un soplo de brisa tras él y le rodeó el pecho con los brazos, tirando de él para alejarlo de su hermano.

—Robert, eres un cretino. No entiendo qué consigues metiéndote con él —le regañó Marie.

—Que el «osito» se lo meriende de un bocado —masculló Shane.

Robert sonrió encantado. Provocar a Shane era tan divertido como picar a William; hasta ahora, el único capaz de enfrentarse a él y suponer un reto.

—No le hagas caso —suspiró William—. Hay quien se entretiene jugando a las cartas y a Robert le gusta que le hagan escupir los dientes.

—Cuando quieras —retó Shane a Robert.

—No es que me moleste el nivel de testosterona en el ambiente —intervino Mako—, pero deberíamos centrarnos en lo importante. ¿Cómo salimos de esta? No disponemos de más cazadores, ni guerreros, y no podemos sacrificar civiles que no han peleado nunca...

—Necesitamos a esos tipos —insistió Robert apuntando con un dedo a Daniel.

—Es imposible, nadie sabe dónde se ocultan —trató de explicar Daniel.

—Puede que yo sí —aseguró Robert.

Salió de la sala como una exhalación y un segundo después regresó con el libro. Lo abrió sobre la mesa y pasó las hojas hasta dar con la que buscaba. Daniel se acercó, con Samuel a su lado, y observaron las páginas. Se miraron

entre sí.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Daniel.

—Yo lo encontré en la biblioteca —respondió Kate con voz temblorosa.

Miró de reojo a Adrien. Él mantuvo su palabra y no dijo nada sobre Marakni ninguna otra cosa relacionada con el supuesto fantasma. Alzó la vista y se encontró con la mirada de William sobre ella. Aún podía oír su voz echando a Jill de la casa como si no fuera nadie. ¡Por Dios, era su mejor amiga, como una hermana para ella! Y él lo sabía mejor que nadie. Lo ignoró de forma deliberada, demasiado enfadada como para actuar de otro modo.

—¿En la biblioteca? ¿Y cómo ha llegado esto a la biblioteca? —preguntó Samuel a Kate, sorprendido por el hallazgo—. Este libro lo escribió un licántropo. Baptistam Thier era un escriba, un testamentario e investigador de nuestro linaje. Algo así como Silas para nuestro clan.

—¿Qué más da cómo ha llegado hasta nosotros? Lo importante es que lo tenemos y que puede ayudarnos —terció Robert con la sensación de que nadie más veía el filón que tenían entre manos.

—Robert tiene razón —dijo Cyrus. Esa afirmación silenció todas las otras conversaciones que se habían desatado—. No estamos en posición de descartar ninguna posibilidad.

—¡Vaya, gracias! —exclamó Robert con tono irónico. Se concentró en el libro. Su polabo nunca había sido muy bueno y le costaba traducir el texto. El último párrafo daba a entender que el mapa mostraba el lugar donde habían escondido a los perros del infierno—. ¿Qué demonios es esto?

William echó un vistazo al dibujo que su hermano señalaba en el reverso de la ilustración. Estaba pintado a mano con tinta, y esta se había diluido adquiriendo un tono beis que apenas se veía.

—Parece una carta astral —respondió William.

Robert entornó los ojos y lo estudió con más atención. De repente dio una palmada, como si celebrara algo.

—En aquella época las cartas astrales servían como mapas. Señalan un lugar: su latitud y longitud exacta; y una hora concreta —explicó Robert, cada vez más nervioso—. Tenemos un mapa y sé quién puede leerlo. —Sacó su teléfono móvil y escaneó el dibujo—. Espero que ese viejo cascarrabias haya aprendido a usar el ordenador que se le instaló.

—Aunque encuentres la localización, no servirá de nada —intentó explicar Daniel. Suspiró y sacudió la cabeza—. Perdieron la razón, es imposible presentarse ante ellos e intentar que nos ayuden.

—Silas —ladró Robert al teléfono, haciendo caso omiso a Daniel.

—¿Cuántos eran? ¿Qué les pasó? —preguntó Carter, interesado en la historia.

—La manada la dirigía un hombre llamado Daleh y contaba con una treintena de miembros, todos parientes entre sí —empezó a relatar Samuel—. Se

decía que eran los lobos más antiguos que existían, los primeros, nacidos de una bruja a la que un dios nórdico castigó. Eran fieros y enormes. También fueron los primeros licántropos capturados por los vampiros. Durante siglos soportaron muchas torturas. Perdieron esposas, hijas y hermanas, como castigo a sus intentos de sublevación. Bajo el látigo y la humillación alimentaron su rabia y acabaron perdiendo su humanidad; hasta tal punto que ya no lograron volver a su forma humana y adoptaron la de la bestia para siempre.

» Cuando tuvo lugar la rebelión, escaparon y emprendieron una venganza personal contra todos, incluso contra su propio clan cuando la mayoría de su gente aceptó el pacto con los vampiros. A pesar de haber perdido el juicio, el honor y el espíritu del cazador nunca los abandonó. De ese honor se sirvió Victor, y lo desafió a combatir cuando logró sitiarlo cerca de Varsovia, momentos después de que Daleh y su manada acabaran con todos los miembros de una de vuestras castas.

Los ojos de Robert relampaguearon. Sabía perfectamente de qué familia estaba hablando Samuel. A ella pertenecía su esposa, la primera mujer de la que se había enamorado y que murió asesinada con un hijo suyo en el vientre. Apretó los puños, controlando el sentimiento que durante siglos había tratado de reprimir y ahogar. Nunca estuvo seguro de quiénes la habían asesinado, ahora ya lo sabía. Kara, su adorada y hermosa Kara. Desde entonces había buscado su rostro en infinidad de amantes, pero nunca logró encontrarlo, por eso continuaba solo y se había resignado a estarlo para siempre.

—Nunca supimos quién lo hizo —susurró Robert.

William se acercó a su hermano y puso una mano sobre su hombro.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Shane a su tío.

Abrazaba a Marie contra su pecho, como si temiera que pudiera desaparecer si no la sujetaba muy fuerte. Cada vez que oía historias sobre los años de guerra y odio entre ambos clanes, su cuerpo se estremecía con una extraña mezcla de emociones.

Daniel sacudió la cabeza antes de responder.

—Se enfrentaron y Victor ganó el desafío, también el respeto de Daleh. Daleh aceptó su derrota y le entregó sus vidas. Victor no consintió el sacrificio. A cambio les ofreció el exilio y la promesa de servirle si algún día los necesitaba. Pero Victor ya no está y el lazo con ellos se ha roto.

—Según vuestro escriba, Victor los recluyó en un viejo castillo al norte de Eisleben —explicó Robert—. Pero unas décadas después, tuvo que sacarlos de allí por culpa de la guerra que provocó la Reforma protestante. Consiguió un barco que zarpó de Cádiz, España, hacia el nuevo mundo. Y aquí se acaba la información. Pero este viaje se realizó en 1642. Tenemos un espacio de tiempo aproximado y con la carta astral podremos averiguar el lugar al que los llevaron.

—De acuerdo, ¿y quién asegura que Baptistam supiera de verdad el lugar

donde se ocultan? —preguntó Samuel.

—Era un miembro más de la tripulación de ese barco. Los acompañó... —declaró Robert. Una voz sonó al otro lado del teléfono y se concentró en las palabras. Segundos después, su cara se iluminó con una sonrisa perversa—. Acabas de ganarte mi respeto, viejo gruñón. —Soltó una risotada cuando Silas empezó a maldecir y le colgó—. Están a unos doscientos kilómetros al norte de Montreal. ¿Y sabéis qué? Hay una leyenda que habla de un valle maldito donde habitan unos demonios que caminan a cuatro patas. ¡Son ellos!

—¿Y qué? Ir allí puede suponer mucho más que perder el tiempo —dijo Samuel—. Podríamos perder la vida. ¿Has oído algo de lo que se ha dicho? Nunca ha existido nada parecido a esos hombres. Son sangre pura, y perdieron todo rastro de cordura y humanidad. El único que tenía algún poder sobre ellos era Victor, y ya no está.

William no apartaba los ojos de Robert, casi podía oír los engranajes de su cerebro funcionando a toda prisa. Conocía la expresión que esculpía sus facciones, esa mirada de genio lunático que era el preámbulo de sus planes más descabellados. Y le daba miedo.

—Yo no estoy tan seguro de eso —lo contradijo Robert y su mirada se posó en Shane—. Transfórmate.

—¿Qué? —replicó Shane.

—Cambia a lobo, quiero ver cómo eres de grande.

—No, Robert —intervino William, de repente consciente de los pensamientos de su hermano. ¡Venga ya, no lo podía estar pensando en serio!

—Aquella noche, durante el baile, cuando te mostré el cuadro, te dije que no existían las coincidencias. Tenía razón. Todo tiene un porqué y el suyo es este —le recordó Robert a su hermano mientras señalaba a Shane con un dedo.

—¿De qué demonios estáis hablando? —preguntó Shane.

William se inclinó sobre Robert, tan cerca que sus mejillas se tocaban.

—Lo que dices es una locura —masculló junto a su oído—. ¿Sabes cuántas probabilidades hay de que exista una conexión en todo esto?, ninguna. La estás imaginando; peor aún, tú quieres creer que existe y eres el idiota más obsesivo que conozco.

—Vale, pero no me discutirás que es igualito y que el plan podría funcionar.

—William, ¿de qué está hablando Robert y qué tiene que ver con él? —preguntó Marie, mientras rodeaba con su brazo la cintura de Shane.

—Explicate, pero sea lo que sea, no me gusta nada que tenga que ver con mi sobrino —le exigió Samuel.

Robert asintió, mientras se colocaba con pequeños tirones los puños de su camisa.

—Yo estuve presente durante la firma del pacto y conocí a Victor. Shane es una réplica exacta de él, y no solo en su forma humana. Por lo que me han

contado, su lobo es impresionante, y blanco como la nieve al igual que Victor.

Hubo un silencio sepulcral en el que todos se quedaron mirando a Robert.

—¡Tienes que estar de broma! —explotó Carter alzando los brazos.

—¡Olvidalo, no le darán tiempo ni a hablar! —exclamó Samuel.

—Tú... tú —comenzó a gritar Marie completamente histérica, apuntando a su hermano con una mano temblorosa—. Tú has perdido el juicio. Lo que propones es una locura. No, de eso nada, Shane no se moverá de aquí.

Kate se levantó y fue junto a ella.

—Tranquila, nadie le pedirá a Shane que haga algo parecido —le dijo a la vampira. Buscó con la mirada a William para que acabara con aquella locura, pero él parecía sumido en sus propios pensamientos.

Robert dio un golpe contra la mesa y de nuevo se hizo el silencio.

—Estamos ante una guerra que no podemos ganar. Surge una posibilidad y la rechazáis sin ni siquiera pararos a pensar en todo lo que está en juego. Shane puede hacerlo, su aspecto le ayudará a acercarse, creerán que es Victor.

—¿Y qué ocurrirá cuando se den cuenta de que no es él? Descubrirán que no tiene influjo sobre ellos y tratarán de matarlo —intervino Daniel—. Es mi sobrino, y no lo sacrificaré así como así por un plan sin pies ni cabeza.

—Por supuesto que no —aseveró Marie.

—Lo haré, desafiaré a ese Daleh —dijo Shane. Su voz resonó firme y segura. Miró a Robert—. ¿Estás seguro de que nos parecemos tanto?

—¿Qué demonios te pasa, Shane? —lo increpó Marie, tirando de su brazo para que se girara y la mirara. Él la ignoró.

—Pregúntaselo a tus tíos. Samuel llegó a conocerlo —respondió Robert.

—Solo era un niño —gruñó Samuel evitando la cuestión.

—¿Es cierto? —insistió Shane. Samuel asintió con los labios tan apretados que se habían convertido en una fina línea recta—. Entonces dejarán que me acerque. La sangre de Victor corre por mis venas, si tienen honor me dejaran hablar; y entonces desafiaré a Daleh.

—¡¿Qué?! —gritó Marie—. ¿Pretendes retar a una bestia sin juicio?

—Shane puede vencerlo y lograr su lealtad. Una treintena de licántropos con sed de sangre vampira, y del tamaño de un oso pardo gigante, equilibrarían la balanza. Los necesitamos —dijo Cyrus.

—Tú también no —replicó Kate con los ojos como platos—. Creí que lo apreciabas.

—El aprecio no tiene nada que ver con el deber —se justificó Cyrus—. Estamos hablando de supervivencia, no de elegir un compañero afin para jugar a los bolos.

Kate lo atravesó con la mirada y se acercó a William, que continuaba en silencio.

—William, tienes que parar esto —le pidió cogiéndolo de la mano.

Él la miró a los ojos y apretó su mano con suavidad, un gesto que escondía algo más, una súplica para que intentara comprenderle.

—¿De verdad te crees capaz? —preguntó William a Shane.

El joven lobo asintió sin dudar.

Kate quitó la mano de la de William con brusquedad. El abismo entre ellos no dejaba de crecer y él sentía que no podía hacer nada para remediarlo. Debía acabar con los renegados y recuperar el control y la seguridad del mundo vampiro. Sin esa estabilidad no podrían sobrevivir, ninguno de ellos. Cruzar al lado oscuro y adoptar la filosofía de los proscritos era un despropósito, tentador, sí, pero un disparate que se les podía volver en contra.

—Está bien. Hay que prepararlo todo, apenas queda tiempo —susurró William sin apartar la vista de Shane. El chico se había convertido para él en lo más parecido a un hermano. Si le ocurría algo cargaría con una culpa insoportable el resto de su vida.

—¡No puedes hacerlo, William! —exclamó Kate. Su tono de voz no era, ni por asomo, amable. Él guardó silencio, y ella quiso abofetearlo. Dominó su enfado y se mostró firme—. No lo hagas, no lo dejes ir —insistió con vehemencia. Él no respondió—. No voy a permitirte que lo hagas. Piensa en Marie, en los Solomon si lo pierden. Estoy segura de que él lo hace por ti. Solo lo hace porque no es capaz de negarte nada —le gritó a la cara, frustrada hasta rayar la desesperación.

Vampiros y hombres-lobo comenzaron a abandonar la sala. Marie salió corriendo hasta el piso de arriba y Shane la siguió suplicándole que hablara con él. Cyrus y Daniel fingieron examinar de nuevo los mapas; y Samuel desapareció en la cocina.

—Está decidido —dijo William sin más.

—Creía que te conocía, pero es evidente que nunca lo he hecho —le espetó ella. Dio media vuelta, dispuesta a marcharse.

—Kate, espera, iré con él. No lo dejaré solo. —William la sujetó por el brazo, pero ella se zafó dándole un empujón.

—Sí, desde luego eso mejora bastante la situación —le recriminó con sarcasmo.

Kate salió de la casa como alma que lleva el diablo. Se plantó en medio del jardín sin saber qué hacer para dar rienda suelta a la frustración que la ahogaba. Se llevó un puño a la boca y lo mordió, amortiguando el grito que escapó de su garganta. ¿Acaso todos se habían vuelto locos? ¿Dónde había dejado aquella vida donde su mayor problema era decidir qué asignaturas iba a estudiar y hacer oídos sordos a las burlas de Becca?

—No deberías hablarle de ese modo, y menos delante de sus hombres —le reprochó Mako desde su espalda.

Kate se dio la vuelta con los puños apretados.

—¿Disculpa? —preguntó con voz envenenada.

—Es el rey, nadie puede hablarle de ese modo, ni siquiera tú. No puedes humillarlo delante de sus soldados. Lo hace parecer débil y puede perder su respeto. No vuelvas a hacerlo.

Kate no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Tú no eres quién para meterte en nuestros asuntos.

—Soy miembro de su guardia. Lo cuido, lo protejo y velo por él. He jurado servirlo y eso hago. Tú le has faltado al respeto delante de todo el mundo y eso no pienso permitirlo. Dentro de vuestra alcoba el cómo os habléis es asunto vuestro, fuera de ahí es mío —replicó Mako con tono vehemente.

Una sonrisa curvó los labios de Kate, pero no había ni un ápice de humor en el gesto.

—Tú no hablas como un soldado, sino como la mujer que aún está enamorada de él. No tienes ningún derecho.

Mako sonrió de forma burlona y la miró de arriba abajo buscando aquello que la hacía tan fascinante a los ojos de William. Solo encontró una vampira neófita, débil y sabelotodo.

—Conozco a William desde hace mucho. Hemos compartido demasiadas cosas, más de las que imaginas. Es cierto, aún lo amo, y también lo acepto como es. No intento cambiarlo y convertirlo en la clase de hombre que nunca será. Si tú no eres capaz de hacer lo mismo, quizá deberías apartarte de su camino.

Kate notó que una emoción irracional iba subiéndole por la espalda al tiempo que Mako seguía allí sin intención de moverse y dejarla tranquila.

—¿Para que te deje ese camino libre a ti? —dijo como si nada; pero, ah, eso le había dolido.

—Le convengo más que tú. Durante dos años lo compartimos todo: venganza, confidencias, risas y cama. Sé cómo es, cómo piensa; hasta lo que le gusta. Tú no tienes ni idea —escupió Mako sin cortarse un pelo.

Kate sintió como si le hubieran atravesado el pecho de lado a lado, y el dolor casi la partió en dos.

—William no es la misma persona de entonces.

—Oh, sí que lo es. Eres tú la que ha vivido con el reflejo de algo que no es real. Hace un rato era yo la que enjugaba sus lágrimas y lo consolaba. ¿Dónde estabas tú? No puedes darle lo que necesita.

Kate precisaba alejarse de aquella arpa, o acabaría por darle un puñetazo a su pálida cara de rasgos orientales. Apeló al último resquicio de autocontrol que le quedaba.

—Si pensar eso te hace sentir mejor, adelante. Pero no vuelvas a acercarte a él o te las verás conmigo.

Mako soltó una risita cargada de desprecio.

—¿Es una amenaza?

—Yo no amenazo —le espetó Kate mientras regresaba a la casa.

Mako se quedó donde estaba. Sentía el sabor de la victoria en el paladar. Kate no era rival para ella en ningún sentido y solo era cuestión de tiempo que su relación con William terminara; y, por la tensión que percibía entre ellos, no tardaría mucho en suceder.

Una sombra surgió de la nada y Adrien se detuvo a su lado. Mako lo miró de reojo, sorprendida de que no lo hubiera oído acercarse. Él permaneció quieto, con las manos embutidas en sus tejanos y la mirada perdida en las primeras luces del alba que iluminaban el bosque. Ya se había fijado en que era guapo, muy guapo; pero nunca lo había tenido tan cerca y se sorprendió de la fuerza que emanaba de su cuerpo. Tenía algo que le recordaba a William en más de un sentido.

—No vuelvas a hablarle de ese modo. Porque si lo haces, me obligarás a enseñarte modales sin importarme que seas una chica —dijo Adrien de repente. Su voz no fue más que un susurro, pero estaba cargada de agresividad.

Mako dio un respingo ante la declaración. Se irguió con la espalda tensa y lo atravesó con la mirada.

—Soy un guerrero, podría romperte unos cuantos huesos sin ningún esfuerzo.

Adrien se encogió de hombros. Se movió hasta plantarse delante de ella y la miró por primera vez.

—Muy bien, guerrero, no vuelvas a molestarla si no quieres vértelas conmigo.

Se produjo un silencio en el que ambos se evaluaron a conciencia.

—Para ser solo su guardaespaldas, pareces demasiado preocupado por sus sentimientos —dijo ella.

Adrien comenzó a jugar con el anillo que llevaba en su dedo meñique.

—Mi relación con Kate es algo que tú nunca podrás comprender. Ella es responsabilidad mía, y no permitiré que nadie le haga daño, ni siquiera una exnovia celosa que quiere ocupar su lugar —masculló sin poder ocultar sus sentimientos.

Mako dio un paso atrás. Sonrió con condescendencia y algo parecido a la lástima. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Tú... ¡Tú estás enamorado de ella! —Sacudió la cabeza—. Sabes mejor que nadie cómo me siento, no deberías cuestionarme.

—Es posible —respondió él.

—¿Y no crees que llegados a este punto, lo mejor para ambos sería aliarnos y que cada uno consiga lo que desea? —preguntó Mako un tanto exasperada.

Adrien contuvo el aliento un segundo y lo soltó con fuerza.

—Ella ama a William y es feliz con él. Nada cambiará eso, ni siquiera yo; así que déjala en paz y no vuelvas a inmiscuirte entre ellos. De lo contrario, me encargaré personalmente de que te largues y no vuelvas —advirtió, haciendo

hincapié en las últimas palabras.

—¿Y por qué tengo la sensación de que es una despedida para siempre? —gimió Marie.

Su melena desparramada sobre la almohada, parecía una cascada de fuego iluminada por los últimos rayos de sol que se colaban por la ventana. En menos de dos horas habría anochecido y su corazón se rompería en mil pedazos.

Shane se giró hacia ella, se apoyó en el codo y se quedó mirando su rostro.

—No es una despedida —susurró él acariciando la esbelta pierna de ella, que reposaba doblada y desnuda sobre la cama—. Todo va a salir bien.

—No lo siento así. Tengo tanto miedo que puedo saborearlo.

—¿Tan poco confías en mí que no crees que lo consiga?

Ella ladeó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Confío en ti, ¡por supuesto que confío en ti! —respondió con vehemencia. Alzó la mano y le acarició la mejilla. Lo amaba tanto que el sentimiento la ahogaba con un peso aplastante—. Pero ellos son toda una manada y tú estarás... solo —la última palabra se quebró en sus labios.

Shane se inclinó y la besó con dulzura. El mundo entero desapareció durante esos preciados momentos. El corazón del chico latía con fuerza contra su pecho y Marie apoyó una mano sobre él para poder sentirlo. Shane se separó con un jadeo y apoyó su frente sobre la de ella.

—Te amo tanto —suspiró. Le acarició con la mano la piel suave del vientre.

—Yo también te amo. Aunque eres tan cabezota que me sacas de quicio.

Shane soltó una risita y la besó en la punta de la nariz. Deslizó la mano por la curva de su cadera.

—Por primera vez en mi vida tengo todo lo que quiero, y esa vida es tan injusta que quiere quitármelo —dijo Marie con una mueca triste.

—Nadie va a quitarte nada. Vamos a tener una vida larga y perfecta; y podrás seguir mangoneándome tanto como quieras, por siempre jamás.

Marie arrugó el ceño y le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Yo no te mangoneo! —exclamó indignada, y volvió a sacudirle.

Shane se echó a reír con ganas. Intentó sujetarle las muñecas para que no continuara pegándole, pero ella se movió tan rápido que en una décima de segundo lo tenía de espaldas sobre la cama, y le inmovilizaba las caderas sentada

a horcajadas sobre él.

—Me gusta verte así —susurró Shane.

Levantó la mano y atrapó uno de sus mechones rojos, lo estiró y después lo soltó para ver cómo recuperaba la forma. Contempló sus ojos dorados sobre él, grandes y preciosos, y los diminutos colmillos que mostraban sus labios entreabiertos. Una sonrisa ladeada curvó su boca, nunca imaginó que unos colmillos le pondrían tanto.

—No te vayas y podrás verme así todo el tiempo que quieras —dijo ella.

Él le guiñó un ojo.

—Has estado ahí arriba las últimas dos horas. Y pensándolo mejor, también me gusta verte así. —Giró de golpe y se colocó sobre ella. Si Marie hubiera podido ruborizarse, estaría roja como un tomate por el recuerdo de lo que había pasado en esa habitación durante las horas que llevaban encerrados en ella. Shane se alzó sobre los brazos y dejó que ella le rodeara las caderas con las piernas.

—No te vayas y podrás verme así todo el tiempo que quieras —susurró Marie. Él la miró desde arriba. Había tanto amor en sus ojos que se le encogió el estómago, pero no dijo nada y continuó adorando su rostro. Ella soltó un suspiro ahogado—. Vale, aunque espero por tu bien verte aquí dentro de tres días... —Si hubiera podido llorar, estaría hecha un mar de lágrimas e hipando como una niña pequeña—, porque no voy a permitir que dejes a medias el porche de atrás; y desde luego que vas a terminar el vestidor y a poner una bañera enorme junto a la ventana tal y como me prometiste. Sin contar con que odio la pintura de la cocina y ese estúpido papel pintado...

La frase quedó ahogada en sus labios, apresados por la boca de Shane en un beso codicioso y vehemente, mientras sus manos se enredaban en su pelo. La besó... y la besó otra vez sin una sola pausa para recuperar el aliento. Cuando al fin levantó la cabeza, la miró con una sonrisa traviesa.

—¿Algo más?

Ella iba a responder «vuelve a besarme» cuando sonaron unos golpes en la puerta. Shane salió de encima de Marie y la cubrió con la sábana. Después se puso los tejanos y abrió la puerta. William se encontraba en el pasillo y parecía la fatalidad en persona. Sus ojos inyectados en sangre estaban enmarcados por dos círculos oscuros, y su cuerpo temblaba presa de la tensión.

—Pasa —dijo Shane haciéndose a un lado.

William entró en la habitación completamente derrotado. En otro momento, encontrar a su hermana desnuda bajo una sábana habría sido muy embarazoso, a pesar de conocer el compromiso entre ella y Shane. Se sentó en la cama, de espaldas a ella, y Marie aprovechó para ponerse su ropa. Una vez vestida se acercó a él desde atrás. Le rodeó el cuello con los brazos y le plantó un beso en la mejilla.

Shane contemplaba la escena desde la pared donde se había apoyado con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo.

—Se le pasará —dijo Marie—. Es muy joven y visceral, pero se le pasará. Ya lo verás. Aunque habría ayudado que te disculpas con Jill, pero...

William también lo había pensado, pero no se sentía capaz de acercarse a la chica ni a ningún otro humano. Esa misma mañana, le faltó muy poco para convertir en su desayuno a un par de tipos que hacían senderismo. Sus impulsos cada vez eran más fuertes y le costaba mantener el control. Ahora, el miedo por lo que pudiera pasarle a Shane se sumaba a sus preocupaciones.

—Lleva todo el día evitándome, intentando que no nos quedemos a solas. No quiero estropearlo aún más forzando la situación y obligándola a hablar conmigo. Pero en unas horas salimos y no puedo irme así —dijo William.

—Está enfadada. Yo también lo estoy —admitió Marie—, por eso sé que no dejará que te vayas sin despedirse de ti. Si yo he perdonado a ese idiota, ella también te perdonará a ti. —Le dedicó una sonrisa a Shane y él se la devolvió. Abrazó con más fuerza a su hermano—. Confía en mí.

—Son muchas las cosas que tiene que perdonarme, hermanita. —Sacudió la cabeza, frustrado—. No logro entender cómo hemos llegado a esta situación.

Marie le sonrió y le frotó la nariz con la suya.

—¿Quieres que hable con ella? Ya sabes que soy capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

Shane tosió y después carraspeó. Ella le sacó la lengua.

William asintió sin estar muy convencido.

—Creo que sigue en nuestro dormitorio.

—Vale. Ya verás que todo se arregla —dijo ella antes de salir.

William se quedó mirando a Shane y el licántropo le sostuvo la mirada todo el tiempo.

—Siento obligarte a hacer esto —dijo al cabo de unos segundos.

Shane se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Tú no me fuerzas a nada, soy demasiado orgulloso para permitir que alguien me obligue a hacer algo que no quiero. Lo hago porque sé que es lo que debo hacer, y porque yo también tengo una familia y una chica para los que deseo una vida que merezca la pena. Si no de qué sirve tener esperanza.

Se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—No sé si te servirá de algo —continuó Shane—, pero si aquel día en el templo yo hubiera estado en tu pellejo, tampoco habría sacrificado a Marie por nada del mundo. No te culpes por lo que está pasando, de un modo u otro, antes o después, nos encontraríamos en esta situación. No te atormentes, necesitas estar centrado y pensar con claridad.

» Y sobre Kate. No sé qué demonios os está pasando, ni si es culpa tuya, suya, o de los dos. Pero si quieres hablarme de ello y, de paso, contarme qué

demonios te traes con Adrien como para servírsela en bandeja, soy todo oídos.

Shane le dio una palmadita a William en la espalda y se puso de pie.

—Aunque te cueste creerlo confío en él. Y en este momento es el único que puede ayudarme —acabó por confesar William.

—¿Qué puede hacer él por ti que no podamos hacer los demás?

—Es como yo. Es el único en este maldito mundo que es como yo, y sabe qué se siente al vivir siendo lo que soy.

Shane le sostuvo la mirada un largo segundo.

—No me importa lo que hayas hecho, Will. Eres mi mejor amigo y eso está por encima de todo. Cuando estés preparado para contarme tu mierda, ya sabes dónde encontrarme. Entonces te darás cuenta de que no se trata de la sangre ni del ADN, sino de esto. —Se golpeó el pecho a la altura del corazón—. Voy a darte una ducha.

—Kate, soy yo, ¿puedo pasar? —preguntó Marie.

Dentro de la habitación se oyó un gemido y después un rápido jadeo. Abrió la puerta y entró. Kate se encontraba sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra un montón de almohadones. El perrito estaba en su regazo, mirándola con adoración. Marie se sentó a su lado y le acarició las orejas al cachorro.

—No nos tiene ningún miedo. Nunca había visto nada igual —dijo con tono alegre—. ¿Qué nombre le has puesto?

—No le he puesto nombre —respondió Kate.

—¿No vas a quedártelo?

Kate se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a querer quedármelo? ¿Sabes cuántas veces al día pienso a qué sabrá su sangre? Es mono, pero no deja de ser un batido caliente de sangre fresca.

El perrito gimoteó y se bajó del regazo de Kate a toda velocidad.

—Cualquiera diría que te ha entendido —dijo Marie. Contempló a su amiga y le apartó de la cara un mechón de pelo—. ¿Alguien está de mal humor?

Kate forzó una sonrisa sin pizca de gracia y se recostó sobre los cojines. Tenía esos pensamientos porque estaba famélica. Tomaba sangre, pero su cuerpo no se saciaba; al contrario, protestaba con unos dolores de estómago espantosos. Era como si solo admitiera lo que únicamente William podía darle. Y llevaba días sin tomar de él.

Marie suspiró con cierto dramatismo.

—¿Sabes? No me deja en buen lugar que tú estés más enfadada que yo con todo este asunto. Es mi novio el que va a retar a una especie de *Yéti* demoniaco. —A pesar de que pretendía ser una broma, su pecho se encogió con una punzada

de desesperación.

Kate permaneció en silencio.

—Se están preparando para marcharse —prosiguió Marie—. ¿No quieres despedirte? Si no lo haces, nunca te lo perdonarás.

Kate se colocó de costado, dándole la espalda, y continuó sin decir nada. Marie la imitó y se pegó a ella, con la barbilla en su hombro y un brazo rodeándole la cintura. Se quedó inmóvil compartiendo su silencio, mientras las sombras del ocaso danzaban sobre las paredes creando extrañas figuras.

—Estoy tan enfadada que no sé qué hacer con todo esto que siento y que me ahoga —dijo Kate al cabo de un rato—. Lo amo, lo amo muchísimo, pero ya no aguanto más esta situación. No es solo la presión a la que está sometido, hay mucho más que no dice y que trata de ocultar. Son las decisiones que toma sin que le preocupen las consecuencias y a quienes afectan. Es el hecho de sacrificar sin dudar a las personas que le importan, en nombre de un supuesto bien mayor, como si el fin justificara cualquier medio, cualquier precio. Eso es lo que me da miedo y me aleja de él. Lo que me asusta de él.

—Ha ido a verme. Está destrozado, cree que te está perdiendo.

Kate ladeó la cabeza y la miró por encima de su hombro.

—¿Y cómo crees que me siento yo? Pero soy incapaz de fingir que no pasa nada.

Marie le frotó el brazo y le besó el pelo como si estuviera arrullando a una niña pequeña.

—Conozco a mi hermano, por eso soy la primera en admitir que no es perfecto. —Puso los ojos en blanco—. ¡Pero qué estoy diciendo!, en realidad es un completo desastre y tan complicado que dan ganas de abrirle la cabezota con una barra de acero. —Rió por la bajo—. Si fuera el protagonista de una de esas novelas románticas que leen las jovencitas, se cargaría de un solo golpe todos los estereotipos. Bueno, menos uno: es guapísimo —susurró con voz sugerente. Notó que Kate sonreía, y eso la animó a seguir—: Ni siquiera creo que sea consciente de cómo está actuando en realidad.

Kate se dio la vuelta y apoyó la mejilla contra sus manos unidas sobre la almohada. Miró a Marie a los ojos.

—Puede que sea así, pero eso no alivia el dolor que siento cuando lo veo comportarse de ese modo. Y acabo por dudar de él.

—William te quiere muchísimo, nunca dudes de eso, jamás.

Kate apartó la mirada intentando disimular un malestar creciente, y se colocó de espaldas.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó Marie. Se alzó sobre el codo para verle el rostro.

—Mako me ha dicho que no soy buena para él. Insinuó que William acabará por darse cuenta de que yo no soy lo que necesita y que ella estará allí para

dárselo.

Marie se estremeció.

—¡Será... arpia! —exclamó con los puños apretados—. ¿Pero quién se cree que es esa...? —Se levantó de la cama y empezó a andar de un lado para otro—. No la habrás creído, ¿verdad? —Kate negó con la cabeza—. Dime que la pusiste en su sitio.

—Lo intenté, pero no se deja intimidar fácilmente. Parece de hielo... menos cuando lo mira a él.

—Eso es porque aún no se las ha visto conmigo. ¡Maldita zorra! —gritó mientras enterraba la cara entre las manos, y continuó atropelladamente—: Discúlpame, no suelo hablar así. ¡Si Aileen me oyera! Pero es que...

—No le des importancia. Yo intento no dársela —dijo Kate.

Marie suspiró y volvió a sentarse sobre la cama.

—Siento decir esto, pero... Jill tenía razón, está aprovechando vuestros problemas para acercarse a él. Así que, voy a ir a buscar a William y le diré que venga. Hablaréis y arreglaréis las cosas. Necesitáis un poco de tiempo a solas, solo eso, antes de que se marche. ¿De acuerdo? —preguntó esperanzada.

Kate no sabía qué contestar. Se mente era un hervidero de sentimientos y pensamientos contradictorios. Despedirse de él podría significar un adiós para siempre. Había tantas posibilidades de que no regresara. No se encontraba preparada para eso. Estaba aterrada.

De repente la casa se llenó de ruidos, gritos y órdenes. Se oyeron un par de golpes y un estruendo. Kate y Marie se miraron un instante e inmediatamente salieron al pasillo. Se dieron de bruces con Shane.

—Volved a la habitación y no salgáis —dijo mientras las hacía entrar de nuevo—. Si me oís gritar vuestro nombre, salís de la casa a toda prisa y os escondéis. Buscad un lugar donde haya mucha gente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marie.

—Ángeles —respondió Shane, como si solo ese nombre pudiera explicarlo todo. Cerró la puerta y regresó abajo.

Los sonidos de cristales rotos y madera crujiendo no dejaban de oírse. Un ligero olor a quemado flotó en el aire. Más ruidos imposibles de identificar y un aullido de dolor que les taladró los tímpanos.

No podían quedarse en aquella habitación, de brazos cruzados. Salieron al pasillo y se lanzaron escaleras abajo. Entraron al salón y sus ojos se abrieron como platos. Había un hombre en medio de la sala, vestido con un pantalón holgado blanco y una camisa de lino del mismo color. Se elevaba en el aire unos centímetros y no dejaba de forcejear como si intentara liberarse de unas cuerdas invisibles.

—No os acerquéis. —Shane apareció frente a ellas y las hizo retroceder—. Os dije que os quedarais arriba, es peligroso.

—¿Ese es el ángel? —preguntó Marie. Ella aún no había visto ninguno, salvo a Aileen. Pero no podía compararse la dulzura de su madre con la presencia amenazante de aquel ser.

—Adrien y William lo están controlando, pero es fuerte y no deja de resistirse.

—¿Y qué hace aquí un ángel? —preguntó Kate sin disimular su preocupación.

El ángel abrió los ojos y clavó su mirada plateada en William y después en Adrien. Esbozó una mueca de desprecio y forcejeó de nuevo, tratando de liberarse de la fuerza que lo mantenía prisionero.

Kate no podía apartar los ojos de la criatura: su piel oscura refulgía con una pálida luz; tenía un rostro hermoso de facciones infantiles, donde sus ojos sin pupilas parecían dos faros en medio de la oscuridad. El ángel la miró y sus párpados se entornaron. Kate apartó la vista y sintió una mano en la espalda tirando de ella. Cyrus la posicionó de modo que el cuerpo del vampiro se levantó como un escudo entre ella y el serafín, pero sin impedirle ver lo que pasaba. Se dio cuenta de que en la sala había más gente. Mihail estaba al otro lado, junto a la puerta principal, armado hasta los dientes. Daniel y Carter ocupaban la entrada a la cocina y ... Mako observaba a William con los ojos muy abiertos y una mezcla de fascinación y desconcierto. El secreto de William ya no era tan secreto.

—¿Quién te envía? —preguntó William.

El ángel clavó sus hermosos ojos en él. Su piel oscura destelló un momento y volvió a apagarse con la misma rapidez.

—No voy a repetirte la pregunta —insistió.

El ángel lo ignoró y se mantuvo impassible. William alzó el brazo y una lengua de fuego surgió de su mano enroscándose en el cuello del serafín. El dolor se reflejó en sus ojos sin pupilas; ni siquiera entonces emitió un solo sonido.

—No dirá nada —masculló Adrien.

—¿Qué estaba haciendo exactamente? —inquirió Shane.

—Nada de nada. Nos observaba. Ni siquiera sé cómo he logrado percibirlo. Era completamente invisible y estaba a un centenar de metros de aquí, flotando sobre los árboles —respondió Adrien. Se giró hacia el ángel—. Será mejor que hables —lo amenazó, y su mente se abrió paso como una hoja afilada a través del pecho angelical. El serafín aguantó de forma estoica la tortura y se mantuvo firme con los labios apretados. Sus ojos brillaron como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Kate no pudo evitar conmovirse. Casi parecía un niño.

—¿Qué hacemos, William? —preguntó Daniel—. Deberíamos salir en un par de horas como muy tarde.

William se pasó una mano por la cara, tratando de pensar y ordenar sus pensamientos.

—No podemos dejar que se vaya. No sabemos cuánto tiempo lleva

espiándonos y lo que sabe —indicó Carter.

—¿Y qué hacemos con él? ¿Encerrarlo? —sugirió Mihail.

Adrien negó con la cabeza.

—No se puede encerrar a un ángel entre cuatro paredes. Pueden desmaterializarse.

—¿Estás diciendo que no hay manera de contenerlo? —Mihail empezaba a preocuparse de verdad.

—¿Y qué crees que estoy haciendo ahora? —escupió Adrien. En las arrugas de su rostro se podía apreciar el esfuerzo que estaba haciendo para mantener inmóvil al ángel con sus poderes.

—¿Ha tratado de hacer daño a alguien? —preguntó Kate tras Cyrus.

Su voz hizo que William se girara hacia ella. No le gustó verla allí, pero antes de que él pudiera echarla, alegando que era peligroso que estuviera en la misma habitación que un ángel, ella añadió:

—Quizá solo nos observe, ¿y qué puede haber visto? A un grupo de licántropos y vampiros conviviendo en la casa. Nada más.

El ángel la miro y ella le sostuvo la mirada. La compasión dulcificó sus ojos y el ser pareció sentirla, porque se relajó un poco.

—Me preocupa más lo que haya oído —masculló Cyrus.

—Nada de lo que pueda haber oído incumbe a los ángeles, ¿por qué iban a interesarles nuestros asuntos? Solo intentamos frenar la amenaza de los renegados, no tomar el cielo —replicó Kate, consciente de que William la observaba sin parpadear, controlándose para no sacarla de allí en volandas.

—Tengo un mal palpito con esto —dijo Adrien.

—¿Y qué hacemos? —gruñó Daniel—. No sabemos nada de él, ni qué le ha traído hasta aquí. Si ha venido solo o vendrán más. Y tampoco podemos contenerlo.

—Tú no vienes con nosotros —comentó Mihail, dirigiéndose a Adrien—. Contrólalo mientras vamos a Montreal, eres el único que puede hacerlo, ¿no?

—Dicho así parece fácil —refunfuñó Adrien—. Si no fuera porque William me está ayudando y en los pocos minutos que llevamos aquí nos está dejando secos. No aguantaremos mucho más.

—Dejad que se vaya. No creo que quiera hacer daño a nadie —sugirió Kate.

—Entonces, ¿por qué calla? Que responda a un par de preguntas y lo dejaremos ir —intervino Carter.

Kate se movió para sortear a Cyrus y acercarse al ángel, pero el vampiro la frenó con el brazo.

—¿Te ha enviado alguien? —preguntó ella desde su posición segura—. Solo dinos por qué has venido y podrás irte.

—Sirvo a Gabriel —respondió el ángel para sorpresa de todos.

Una oleada de poder surgió de él y hasta los cimientos de la casa se

sacudieron. Adrien y William tuvieron que concentrarse para no aflojar el lazo con el que lo sujetaban.

—Me ha enviado para vigilaros, le preocupa vuestro papel en los acontecimientos que están teniendo lugar. Decido si sois una amenaza —añadió.

—No lo somos —replicó Kate con tono vehemente.

William sentía unos extraños retortijones en el estómago, como si estuviera montado en una montaña rusa. El nombre de Gabriel le erizaba el vello y despertaba cada terminación nerviosa de su cuerpo. Sus instintos aullaban advertencias. El arcángel no se había olvidado de ellos, de hecho, estaba atento en las sombras, esperando la excusa, el momento idóneo para aniquilarlos.

—¿Y qué piensas decirle si te dejamos marchar? —preguntó Shane con voz mortífera—. No estamos haciendo nada que pueda afectarlos.

—Mi juicio no importa, sino vuestros actos —respondió el ángel.

—¿Y qué dicen nuestros actos? —preguntó William.

El ángel meditó su respuesta. Alzó la vista del suelo y ladeó la cabeza.

—Aún no lo sé.

—No podemos dejar que se vaya —masculló Cyrus.

—¿Y cómo lo controlamos? —intervino Carter.

—No hacemos nada malo —insistió Kate. Miró al ángel a los ojos con una súplica—. Se lo dirás, ¿verdad? Le dirás que no debe preocuparse por nosotros.

—Me habéis torturado sin motivo. La misericordia divina es solo para los inocentes. El daño que ya habéis causado es irreparable —dijo sin emoción alguna.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Adrien.

—Que os reduciré a cenizas —sentenció el ángel.

Adrien y William se miraron, sus poderes estaban consumiendo todas sus fuerzas y la debilidad se apoderaba de ellos.

«¿Qué hacemos?», preguntó Adrien a William a través del vínculo que compartían.

William entornó los ojos y apretó los dientes. Tomó la decisión y la ejecutó en lo que dura un parpadeo. Su cuerpo se movió con la gracia letal de un felino. Su puño atravesó el pecho del ángel y la sangre le salpicó la cara y todo le que había a su alrededor. Su brazo se transformó en una corriente de luz mientras lo traspasaba y el ángel estalló como si estuviera hecho de miles de cristales.

Kate se tapó la boca para contener el grito que le desgarraba la garganta. El silencio se impuso en la sala y todas las miradas se clavaron en William.

De él surgía un resplandor que palpitaba como un corazón que bombea al límite de su capacidad. Sus ojos brillaban desde dentro, fríos y letales. Se llevó la mano a la cara y se limpió las gotas de sangre que resbalaban por sus mejillas. Con la misma frialdad con la que había acabado con el ángel, se frotó la mano en los pantalones. Salió de la sala sin decir nada, envuelto en una brisa de apatía fría

y perturbadora que envolvió a Kate calándola hasta los huesos.

Una luna pálida iluminaba la casa como si se tratara de una aparición espectral. William se quedó mirándola desde el límite de la arboleda. Apretó el puño, pegajoso por la sangre del ángel. Cualquiera que pasara y le viera allí de pie, inmóvil, con las piernas separadas y los brazos a ambos lados del cuerpo, no tendría dudas sobre lo que estaba viendo. William era la mismísima muerte con un hermoso envoltorio.

—¿Habías dejado que se fuera? —preguntó cuando Adrien se paró a su lado.

—No lo sé —respondió Adrien—. Quizá sí para no enfadar más a lo ángeles, pero algo me dice que se cabrearán hagamos lo que hagamos, así que... ¡que se jodan! Un ángel muerto es un ángel menos del que preocuparse.

—Gabriel vendrá a buscarlo —le hizo notar William.

—Entonces iré sacando las velas, la porcelana fina y la plata. No queremos que se sienta despreciado, ¿verdad?

Los labios de William se curvaron con una sonrisa, que acabó transformándose en una suave carcajada. Adrien rió con él y la tensión que le agarrotaba el cuerpo se relajó un poco; pero el reloj corría y ya deberían haber salido hacia Montreal. La sonrisa desapareció de su cara al pensar en Kate.

No había podido hablar con ella; y algo le decía que acababa de bajar otro peldaño en el descenso imparable en el que estaba cayendo su relación. La luz que ella transmitía era el faro que William necesitaba para no hundirse en las tinieblas que siempre había sentido a su alrededor. Pero la empatía que Kate parecía sentir por todo el mundo no se aplicaba a él, al contrario, era un repeleante contra la clase de persona en la que él se estaba convirtiendo poco a poco. La luz de ese faro estaba dejando de brillar y William se hundía sin remedio.

—Voy a quitarme toda esta porquería —dijo Adrien. Se miró la ropa y arrugó los labios con una mueca de asco, estaba cubierta de sangre seca y otros restos más repulsivos. Miró a William de arriba abajo—. Y tú deberías hacer lo mismo.

William entró en la casa y fue directamente a su habitación. En el baño se oía el agua de la ducha. Se le formó un nudo en la garganta y sintió una opresión en el pecho que lo dejó sin voz. Una expresión de alivio cruzó su rostro impasible. Kate estaba allí.

Solo que no era Kate.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

La mampara de la ducha se abrió y Mako apareció completamente desnuda. Él apartó la mirada de golpe y se dio la vuelta.

—Vamos, no te sientas cohibido, me has visto desnuda muchas veces —le recordó ella; y añadió respondiendo a su pregunta—: Los otros dos baños están ocupados por los chicos. Pensé que no te importaría. Lo siento si me he equivocado.

William suspiró y se dio la vuelta en cuanto oyó que ceñía su cuerpo con una toalla.

—No creo que sea lo apropiado dadas las circunstancias. No quiero que Kate se enfade por cosas que no son.

—¿Acaso no confía en ti? —preguntó ella con tono coqueto dando un paso hacia él.

William la miró fijamente. Mako seguía siendo preciosa. Sus rasgos orientales parecían esculpidos en fina porcelana y contrastaban con su melena de un negro azulado. Poseía un cuerpo fuerte y atlético de curvas generosas que volvería loco de deseo a cualquier hombre. Menos a él. Ya no sentía nada de eso por ella. Alargó la mano y cogió el montón de ropa que había sobre el lavabo; se lo ofreció con el brazo estirado.

—Será mejor que te vistas fuera.

Mako tomó la ropa y salió del baño.

William se metió bajo el agua de la ducha. Frotó cada centímetro de su cuerpo, poniendo especial atención a la cara y los brazos. La sangre se había adherido a la piel como pintura y le estaba costando sacarla. Se concentró en limpiarla y no en pensar en lo que estaba por venir en las próximas horas, los próximos días.

Al cabo de un rato salió del baño, afeitado, oliendo a jabón y con una toalla alrededor de las caderas. Se paró un segundo al descubrir que Mako continuaba en la habitación. Su cuerpo, cubierto tan solo por unos diminutos bóxer y una camiseta de tirantes, brillaba bajo la luz de la lámpara y olía a loción corporal. Se estaba desenredando el cabello con las suaves pasadas de un peine. Ella le sonrió, como si que siguiera allí fuera lo más natural.

William tomó una bocanada de aire y se dirigió al vestidor. Se puso unos pantalones negros de vago aire militar. Sus hombros se movieron cuando se subió la cremallera y notó un fuerte tirón en el cuello. Estaba tan rígido como una barra de acero. Lo giró de un lado a otro; le dolía horrores.

Regresó a la habitación moviendo el hombro en círculos, para tratar de aflojar el nudo que notaba bajo la piel. Se acercó a la cómoda y sacó del primer cajón una camiseta negra de manga corta. Del segundo cogió una funda de cuero, de las que se cruzan sobre los hombros y se cierran bajo los pectorales.

—¿Estás bien? —preguntó Mako dejando el peine a un lado.

—Sí, solo es un tirón.

—Déjame ver —replicó ella mientras se levantaba de la cama.

—No es necesario, estoy bien —insistió William, y añadió—: Deberías vestirme y darte prisa, saldremos de inmediato.

Mako soltó una maldición y lo cogió del brazo, tiró de él hacia la cama.

—¿Podrías dejar de comportarte como un idiota y aceptar un poco de ayuda? —Lo empujó hacia abajo por los hombros, obligándolo a que se sentara. Después

se colocó tras él, de rodillas sobre las sábanas.

—¿Es así cómo le hablas a tu rey? —Williamladeó la cabeza para mirarla con el ceño fruncido.

—Dijiste que primero somos amigos; y más en la intimidad, ¿lo recuerdas?

Comenzó a masajearle los hombros y el cuello, clavando los dedos en los músculos con habilidad. Trazó pequeños círculos y palpó cada nudo; y notó cómo él se iba aflojando bajo su roce. La piel desnuda de su espalda, suave, dorada, y tan desnuda, se fue calentando.

—¿Mejor? —preguntó ella. A William no le quedó más remedio que admitir la evidencia. Gruñó un sí y cerró los ojos—. Siempre has tenido problemas con el cuello. Debo haber hecho esto como un millón de veces.

William no dijo nada, pero su mente viajó atrás en el tiempo. Recordaba hasta el último detalle de aquellos dos años. Cómo la encontró en aquel sótano al borde de la muerte, hasta el vacío que le dejó cuando desapareció sin más.

Miró el reloj, inquieto. Si bien era cierto que su cuerpo se había relajado bastante, su conciencia era una brasa ardiente que le susurraba que aquello no estaba bien. Pensó en Kate y llegó al borde mismo del límite, allí donde el siguiente paso daría salida a la oscuridad que lo acechaba.

La puerta se abrió y Kate apareció en el umbral como si la hubieran invocado. Sus ojos tardaron un instante en asimilar la escena: William vistiendo tan solo un pantalón y Mako de rodillas tras él en ropa interior, acariciándole la espalda.

William se puso de pie a la velocidad del rayo.

Kate sintió que el pecho se le convertía en un pozo frío y húmedo. La idea de un momento tan íntimo entre ellos le provocó náuseas. Notó un clic dentro de su cabeza. La rabia se derramó, empapándola, fluyendo sin control. No recordaba estar tan enfadada en toda su vida. Era como si un fuego violento la quemase por dentro, como si hiciese arder sus pensamientos. Entrelazó los brazos sobre el pecho.

—Tú, largo de aquí —le espetó a Mako. La vampira la miró, sorprendida por el tono soberbio de su voz—. ¿Acaso no me has oído? —gritó al comprobar que no se movía.

Mako se enderezó.

—Yo solo acepto órdenes de mi rey o de Mihail.

—Mako, por favor —pidió William; aunque sonó como una orden sin derecho a réplica.

La vampira recogió su ropa y salió de la habitación a toda prisa.

—Sé que estás furiosa y ofendida... —empezó a decir él dando un paso hacia ella.

—No tienes ni idea de cómo me siento —dijo Kate al tiempo que retrocedía—. Durante estas semanas has jugado conmigo y mis sentimientos. Me has

mentido, me has tratado como un cero a la izquierda. Has sido mezquino, un déspota y solo has pensando en ti. Y para completar el cuadro, te encuentro a solas con ella.

—No estábamos a solas en ese sentido. Necesitaba la ducha, los otros baños estaban ocupados por los chicos.

Kate alzó las cejas con un gesto de desdén.

—¿Y qué eres tú? ¿Está mal que comparta el baño con ellos pero no contigo? Ah, disculpa, qué tonta soy. Los dos años que fuisteis amantes le dan ese derecho. ¿Recordabais viejos tiempos?

William apretó los dientes, empezaba a enfadarse. Kate estaba tocando las teclas necesarias que podían hacerle perder los nervios.

—No ha pasado nada entre nosotros —aseguró él.

—¿Y debo creerlo porque lo dices tú? Perdona, pero tu credibilidad quedó en entredicho hace mucho.

—Nunca te he mentado —aseveró rodeado por un halo de energía.

—Es cierto, tú no mientes, solo no mencionas las cosas. ¡Qué estúpida soy, ¿verdad?! —se burló.

—Hay cosas sobre mí que es mejor que no sepas. En este momento no las entenderías —susurró William. Intentó acercarse, como si sintiera sus emociones y estas lo empujaban hacia ella.

—Llevas repitiéndome eso desde que viajamos a Roma. Últimamente parece que no soy capaz de entender nada, según tú. Esa no es excusa para que no seas sincero conmigo. Si me conocieras sabrías que no puedo estar con alguien que me miente. No a estas alturas —y conforme lo dijo se arrepintió.

Ella también tenía secretos. Marak era su secreto, y más la sensación de desconfianza que le provocaba; pero estaba tan enfadada y descontrolada, tan celosa, que la necesidad de explotar era insoportable. Quería abofetearlo, hacerle tanto daño como él le estaba haciendo a ella, y el impulso era tan fuerte que pensó que sería mejor salir de allí. No solo de allí, necesitaba alejarse de él cuanto pudiera. El despecho la ahogaba y la imagen de Mako sobre él la corroía como el ácido. En ese momento, ni siquiera se sentía capaz de estar en la misma casa que él.

William casi podía leer sus pensamientos: iba a dejarlo. Su primer impulso fue tomarla en sus brazos, contárselo todo. Estaba harto y soltar el lastre que lo asfixiaba sería tan liberador. Pero se quedó donde estaba, herido y con un fuerte sentimiento de traición. Ella debería confiar en él por encima de todo lo demás, y no lo estaba haciendo.

—Sé lo que estás pensando —procuró que su voz sonara tan dura como había sonado la de ella.

Kate soltó una carcajada mordaz y sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa, ahora también eres vidente?

William sonrió a medias, pero fue un gesto sin pizca de humor.

—Estás intentando decidir si te alejas de mí.

Kate apartó la mirada, sintiéndose expuesta. Su actitud altiva flaqueó.

—Y si decido que sí, ¿me dejarás marchar?

—Todo lo que tiene un principio tiene un final.

—Vaya, veo que te importa tan poco como a mí —replicó ella con soberbia. Dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

William la agarró por la muñeca para que no huyera. Ella forcejeó y él la sujetó más fuerte.

—Todo tiene un final menos nosotros. El nuestro aún no se ha escrito —masculló William junto a su oído.

—Lo has escrito tú durante estas semanas, palabra a palabra. —Intentó soltarse y llegar hasta la puerta—. Déjame.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Como si pudieras pedírmelo sin más.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo ordeno... soy tu rey.

Los ojos de Kate se abrieron como platos.

—¡Tú no eres mi rey! Es más, ni siquiera pertenezco a este sistema que os habéis montado. ¡Paso!

William soltó una palabrota que ella nunca le había oído antes.

—¡No puedes pasar! Eres un vampiro, perteneces al « sistema » . Lo contrario podría considerarse traición.

—¿Traición? No te atrevas a hablar de traición conmigo. ¿Quién está engañando a quién? No te reconozco. Tú no eres... este. —Kate alzó las manos para señalarlo de arriba abajo. Dejó escapar una carcajada, incrédula—. O quizá Mako tenga razón y ahora seas más tú que nunca.

—¿Qué tiene que ver Mako en esto?

—No sé, dímelo tú. Tengo la impresión de que ella sabe mucho más de ti que yo.

William sentía cómo la sangre le palpitaba en las sienes. Se la quedó mirando; después soltó una maldición. Le parecía que la cabeza le iba a estallar en cualquier momento.

—¿Seguro que quieres conocer la verdad que con tanta dignidad exiges? —preguntó pegado a su cara—. ¿Te crees capaz de encajar una realidad que ni yo consigo asumir y no salir corriendo? Porque si no te la he contado hasta ahora, es porque tengo bastantes dudas de que superes la prueba. —Se le crispó el rostro al confesar lo que de verdad lo torturaba durante días.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kate.

William se inclinó sobre ella hasta casi rozarle la oreja con los labios. Quería la verdad e iba a tenerla.

—En San Diego un renegado me puso a prueba. El vampiro es uno de los

cabecillas más importantes, su nido el más numeroso, y no podía correr el riesgo de que sospechara de mí. Me entregó una humana para sellar el acuerdo. Fue un regalo de un depredador a otro, y no tuve más remedio que matar a la chica.

El tono frío de su voz resultaba espantoso. Kate se apartó un poco para verle el rostro, y peor fue el efecto de sus ojos insensibles y brillantes al mirarla. William continuó:

—Bebí de ella hasta dejarla seca y absorbí su esencia. No pude parar. Al principio me sentí mal, pero después solo podía pensar en hacerlo de nuevo. Y casi lo hice, con una camarera que encontré en la calle. ¡Dios, la deseaba de verdad!, y ella estaba dispuesta a ir conmigo, creo que ni siquiera se habría resistido. Pero pensé en ti y dejé que se fuera; aunque eso no evitó que después le arrancara el corazón a un tipo que no fue muy amable conmigo. —No pudo reprimir cierto tono burlón y suficiente—. Ni que, por mi culpa, Adrien tuviera que romperle el cuello a un vagabundo al que atacué para evitar a mi verdadero objetivo aquella noche: Amanda, la bibliotecaria.

Hizo una pausa para inspirar con fuerza. El brazo de Kate se había quedado flojo entre sus dedos, sin vida.

—Y lo mismo me ocurrió con Jill. La eché porque apenas puedo controlarme cuando está cerca. Rajarle el cuello se ha convertido en una tentación constante —confesó sin ninguna emoción.

—¿Y el ángel? —preguntó Kate con un hilo de voz.

—¿El ángel? He disfrutado atravesándole el pecho. Odio a cada uno de ellos con todas mis fuerzas. —Soltó una risita fría y traviesa—. Estoy a punto de volverme loco por los remordimientos y el hambre, por estos deseos enfermizos de abandonarlo todo y dejarme llevar. ¿Y sabes por qué? Porque no soy bueno, nunca lo he sido. Estoy luchando contra lo que soy por ti, solo por ti. Porque tú eres lo único que me mantiene cuerdo y no quiero perderte; aunque eso suponga mentirte y fingir lo que no soy. Ahí tienes tu verdad, querida.

Por fin la soltó. Kate dio un paso atrás, frotándose la muñeca allí donde los dedos de él se habían clavado. William la miraba fijamente, esperando alguna reacción, una respuesta. No sabía qué decir, aún estaba asimilando todo lo que él acababa de soltarle.

—Yo tenía razón. No puedes con la verdad. Me tienes miedo —suspiró William al ver su rostro desencajado.

Kate sacudió la cabeza.

—No es miedo, es que no te conozco. Tú no eres la persona de la que me enamoré.

William realizó otra respiración temblorosa y su mirada vagó por la habitación.

—Esa persona nunca ha existido, Kate. Lo sabes muy bien. Y si existió, bajó al infierno y sigue allí. Lo que ves es lo que hay y lo que he hecho, hecho está.

Kate cerró los ojos con fuerza. Agarró el pomo de la puerta, dispuesta a marcharse. Necesitaba poner distancia entre ellos y pensar. Aunque primero tenía que sacarse de la cabeza la imagen de William con Mako; la idea de que había asesinado a una chica alimentándose de ella; y la certeza de que disfrutó matando al ángel.

William empujó la puerta y la cerró de nuevo.

—No puedo dejar que te vayas. Puede que... cuando todo esto acabe...

Kate se giró hacia él y el brillo airado de sus ojos lo perforó. Perdió los nervios y dejó de pensar.

—¡Inténtalo! —gritó con rabia—. Intenta retenerme y te juro que dedicaré cada segundo de mi existencia a odiarte como nadie hasta ahora. Ni siquiera Amelia.

Fue un golpe bajo, rastrero, y salió con tanta facilidad que ella misma se sorprendió. No podía creer que esas palabras hubieran salido de su boca, pero había sido incapaz de detenerlas. Y por si eso no había sido suficiente, se quitó el anillo y lo dejó caer al suelo.

Muy despacio, William quitó la mano de la puerta y se apartó un par de pasos. Él mismo la abrió y la sostuvo para que Kate pudiera salir. En cuanto ella desapareció por el pasillo, la cerró de un portazo que aflojó los goznes y rajó la madera.

Kate echó a correr y alcanzó el bosque sin que nadie tuviera tiempo de detenerla. Continuó corriendo hacia el único lugar que consideraba suyo de verdad: su casa, su refugio desde el día que nació. Aunque esa casa estuviera ahora vacía de recuerdos.

Unos brazos le rodearon la cintura, deteniendo su frenética carrera. La alzaron del suelo y le aplastaron la espalda contra el tronco de un viejo pino. Se encontró con la cara de Adrien a solo unos centímetros de la suya. Ni siquiera pensó en lo que hacía, su mano salió disparada y lo abofeteó.

—Lo sabías y no me lo dijiste —le espetó, apartándolo de ella de un empujón—. ¿Cómo has podido?

—Intenté decírtelo, ¿recuerdas? Te hablé de la oscuridad, de la luz que necesitamos para no hundirnos en ella. Te dije que él estaba pasando por demasiadas cosas que apenas podía controlar... Que no se le debía presionar mucho...

—No me dijiste un cuerno, Adrien. Palabras sin más. No me dijiste que estaba enganchándose a la esencia de los humanos. No me hablaste de Amanda, ni del vagabundo, ni de lo que ocurría cada vez que Jill venía a casa. Y tampoco me dijiste que se ha convertido en un recipiente vacío sin un ápice de arrepentimiento. En un psicópata en potencia.

—Por supuesto que no —replicó él alzando la voz. El brillo de sus ojos perforaba la oscuridad—. No puedo contarte sus secretos, cuando no soy capaz de contarle los míos ni a mi propia madre. No es fácil decirle a alguien que quieres que ya no queda dentro de ti ni un atisbo de humanidad, que te estás convirtiendo en un monstruo sin remordimientos y que, además, te gusta sentirte así. ¡Nosotros somos diferentes, diferentes a todos vosotros! —gritó exasperado. Se le crispó el rostro—. Ya no somos vampiros, Kate.

»Si quedaba algo de la estirpe en nosotros, ya no está. Se ha diluido. No somos vampiros ni ángeles, ni una cosa ni la otra; y no hay nadie a quien podamos recurrir que nos ayude. Estamos solos y aprendemos solos. Él es mi identidad, lo más parecido a unas raíces que tengo, y no voy a traicionarlo.

Kate se quedó sin palabras. No tenía ni idea de cuáles eran los sentimientos reales de Adrien hacia William. Puede que él tampoco, viendo la cara que se le

había quedado tras el arrebató que acababa de sufrir.

—Tenía derecho a saberlo —insistió ella en un susurro.

—Es posible, pero ¿qué hay de sus derechos? William también merecía saber que compartes confidencias con fantasmas que, casualmente, han puesto en tus manos un diario bastante sospechoso, justo cuando nos hacía falta —le hizo notar con una mirada elocuente.

Kate se quedó helada, ni siquiera se había dado cuenta de la conexión. Algo incómodo se agitó dentro de ella. Él continuó:

—Me pediste que guardara silencio, que no dijera nada para no preocuparlo; y cumplí mi promesa a sabiendas de que no debía. Tú estás haciendo exactamente lo mismo que él ha hecho. Y mi mala suerte me ha colocado entre vosotros dos.

Kate quiso replicar, decirle que las acciones de William no se podían comparar a las suyas, que ella no era un peligro para nadie. Abrió la boca buscando las palabras, pero no había nada que decir. Adrien tenía razón.

—¿Te lo ha contado todo? —preguntó él.

Ella asintió.

—Creo que sí.

—Ya... Y por lo que veo, no te lo has tomado muy bien.

—¿Y cómo quieres que me lo tome?

Kate se dejó caer hasta sentarse en el suelo. Se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla sobre el brazo.

—Hay algo que no entiendo —dijo Adrien. Se agachó frente a ella y empezó a jugar con el cordón de su bota de forma distraída—. Mi historia es aún peor. Sabes que he matado a muchas personas para alimentarme de su esencia; algunas inocentes, con familias que han quedado destrozadas. Sabes que soy un adicto intentando rehabilitarme y que estar cerca de cualquier humano me tortura, incluida tu amiga. Y puedo asegurarte que, si William no se hubiera adelantado, yo mismo habría matado hoy a ese ángel.

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos. Vio que estaba diciendo la verdad.

—También sabes que he hecho cosas horribles de las que jamás podré redimirme —continuó Adrien—. Tú eres la prueba de ello. Te condené a vivir en este sórdido mundo sin darte elección. Casi te sacrifico, y obligué a William a cumplir la profecía. Pero nunca te has enfadado conmigo por esas cosas. Has tratado de ser comprensiva y perdonarme, incluso me has defendido a riesgo de perder a tus amigos. ¿Por qué no eres capaz de hacer lo mismo con él? —Su frustración era casi palpable. No quería hacerse ilusiones, no era idiota y sabía que ella no iba a darle la respuesta que cambiaría su vida, porque no lo quería de ese modo—. En serio, no logro entenderlo. ¡Dios, si William comparado conmigo es tan inocente como un bebé!

Kate alzó la cabeza y miró el cielo. El firmamento nocturno era inalterable

sin importar cuánto cambiaran las cosas bajo él. Cada estrella, cada planeta y constelación, ocupaba su lugar; y ella se sentía tan fría como la luz que irradiaban. No tenía una respuesta clara a la pregunta de Adrien. Pero la vergüenza que comenzaba a sentir le daba una idea del porqué. Miedo, celos... Que era completamente idiota... Más celos, infantiles y enfermizos.

—¿Crees que va a recuperarse? —preguntó Kate mientras dibujaba una línea en el suelo con el dedo.

Adrien asintió. Allí sentada, bañada por la luz de la luna, estaba tan hermosa que sintió que la herida que tenía dentro le volvía a doler.

—Estoy convencido. Es mucho más duro que yo y su voluntad es más fuerte que la mía. Lo está haciendo bien... la mayor parte del tiempo. De vez en cuando pierde el control, después se autocastiga y sufre, pero hasta ahora he podido controlarlo durante esos arrebatos. —Kate lo miró a los ojos y él pudo ver en ellos un agradecimiento profundo al saber que había estado cuidando de William. Le sonrió—. Yo he pasado dos años en ese infierno, solo, pero he regresado. Se puede salir de él y vivir. Nunca te libras del deseo a sucumbir, de la oscuridad, pero al final encuentras los motivos que te ayudan a soportar todo eso.

—No logro entender cómo ha acabado así. Bueno, intenta salvar al mundo, eso debe volver loco a cualquiera —admitió ella mientras su enfado remitía un poco.

—¿El mundo? —Adrien soltó una risita burlona—. Le importan un cuerno los humanos y cualquier otra especie. Nunca le han importado, y lo sabes tan bien como yo.

Kate asintió con la cabeza, era cierto. Cuando conoció a William, lo primero que percibió fue su desprecio por todo lo que lo rodeaba. Sus pequeñas muestras de afecto se limitaban a quienes significaban algo para él. Los demás eran como cucarachas bajo sus zapatos. ¡De qué se sorprendía ahora!

—Todo lo que está haciendo lo hace por ti —añadió Adrien—. Quiere darte un futuro en el que estés a salvo, en el que no tengas que esconderte de nada ni nadie. Y no le importa el precio que deba pagar.

Kate se frotó los ojos, le escocían. Las retinas le ardían por las lágrimas que no podía producir. Él le acarició la mejilla y añadió:

—Ve a verlo antes de que se vaya. Arregla las cosas —sugirió. Intentó no sentir aquella punzada que solía encogerle el corazón.

Kate se puso de pie de un salto.

—No puedo hacerlo —dijo con un estremecimiento.

—¿Qué te lo impide? —preguntó Adrien.

—Le dije cosas horribles que deben haberle hecho mucho daño y... rompí con él.

—¿Qué? —Adrien miró su mano y comprobó que al anillo no estaba allí.

El miedo y la ansiedad se mezclaron en la mente de Kate, al darse cuenta de

que había sido una estúpida y que ahora no era capaz de retractarse por más que lo deseara.

—Entré en la habitación y vi a William con Mako en mi cama, casi sin ropa...

Los ojos de Adrien se abrieron como platos.

—¿Estaban...?

—¡No, no hacían nada de eso! —se apresuró a aclarar ella—. Mako le estaba dando un masaje en la espalda, pero no pude evitar que me pareciera igual de íntimo. Me enfadé muchísimo y perdí el control. No he podido evitarlo, ¿vale? Ella... desde que la encontramos en Roma no ha dejado de perseguir a William. Siempre está cerca de él con su uniforme de guerrera y su expresión de suficiencia —dijo con despecho—. Mientras yo me quedo en un segundo plano.

—A él no le interesa esa chica, te lo aseguro —replicó Adrien, completamente convencido. Ella lo miró a los ojos, como si necesitara creerle para volver a respirar—. Oí lo que Mako te dijo en el jardín. No debes creerla. Cualquiera puede ver que está enamorada de William, y también que es capaz de muchas cosas para intentar separaros. Pero sé que pierde el tiempo.

» Kate, ve a hablar con William, estoy seguro de que no tendrás que esforzarte mucho para arreglar las cosas.

—No puedo.

Adrien la miró con los ojos como platos, sin entender nada de nada.

—¿Por qué? Mirate, estás fatal —le hizo notar. Suspiró. Se estaba ganando a conciencia el título de mayor idiota de la historia, empujándola a los brazos de otro solo por verla feliz—. Si dejas que se vaya así, y en los próximos días él no...

«No lo consigue, no sobrevive», acabó la frase en su mente.

Kate empezó a moverse de un lado a otro. Negó con la cabeza, como si no lo hubiera escuchado.

—Le he hecho mucho daño, le he dicho cosas que en el fondo no sentía. ¡Dios, estaba tan celosa! He roto con él, le he devuelto su anillo y me he ido, porque en el fondo esperaba que me siguiera. Pero no lo ha hecho, se ha quedado allí... Así que eso deja bastante clara su postura. Lo ha aceptado sin más.

Adrien se quedó con la boca abierta.

—A ver si lo entiendo, ¿no quieres arreglar las cosas porque no estás dispuesta a tragarte tu maldito orgullo? —Kate no contestó y le dio la espalda. Le temblaba el cuerpo de arriba abajo y él tuvo que pegar los brazos a los costados para no abrazarla—. ¿Cómo puedes ser tan...?

—¿Mala, vengativa, vil? ¡Tú me has hecho como soy, no lo olvides! —le espetó. Cerró los ojos con una punzada de dolor en el pecho. Se dio cuenta de que se estaba comportando con Adrien del mismo modo mezquino que con William unos minutos antes. Se llevó la mano a los labios, pero ya no había modo de

borrar sus palabras.

—Iba a decir infantil e inmadura —susurró él. Las palabras de Kate lo habían afectado más de lo que cabía pensar. Sus remordimientos afloraron enganchándose en su carne como espinas—. Aunque, tampoco podría reprochártelo. En realidad solo eres una niña de dieciocho años que empezabas a conocer el mundo cuando yo te lo arrebaté.

—Diecinueve —dijo Kate con la voz rota—. Hoy es mi cumpleaños.

Adrien cerró los ojos con fuerza y maldijo para sí mismo una sarta de disparates. Era el cumpleaños de Kate, nadie se había acordado y como regalo le habían machacado el corazón entre todos. Se le acercó por la espalda y la rodeó con sus brazos. Apoyó la barbilla sobre su cabeza y la estrechó con más fuerza. La sintió estremecerse, su interior lloraba en silencio. Tan solo era una niña que intentaba ser fuerte en un mundo que aún no conocía ni entendía, ¿qué más se le podía exigir que no hubiera dado ya?

—Lo siento, preciosa. Lo siento tanto. Te mereces mucho más que todo esto.

Kate posó sus manos sobre las de él.

—No me ha seguido, Adrien. Me ha dejado ir. Ha dejado que me fuera. Me ha visto marchar y se ha quedado allí sin que le importara.

Él la besó en el pelo. Luego, la hizo girar y, cuando la tuvo de frente, le tomó el rostro entre las manos.

—En las películas queda bien, ¿verdad? Romántico e intenso. —Le acarició las mejillas con los pulgares—. Esto no es una película, Kate. Cuando a un tipo como William le dices «No», respeta ese «No» aunque hacerlo lo mate. Le dejaste muy claro que habíais terminado y le devolviste tu anillo de compromiso. No había más que decir. Aunque estoy seguro de que tuvo que atarse a los cimientos de la casa para no salir a buscarte.

Los ojos de Kate se iluminaron.

—¿Lo crees de verdad?

Adrien dijo que sí con un gesto. Por supuesto que lo creía, William vivía por y para Kate, para nadie más.

—¿Podrías llevarme con él? —cedió al fin.

—No debería desmaterializarme y correr el riesgo de llamar la atención de los de arriba. Sobre todo después de lo que ha ocurrido esta tarde.

Kate asintió, lo entendía. Y él añadió:

—Pero ¿sabes qué? —Esbozó una sonrisa traviesa—. ¡Al infierno con ellos!

La abrazó con fuerza y se fundió con ella.

Había llegado tarde. Cuando apareció en la casa y corrió a buscarlo, William ya no estaba. Se lo tenía bien merecido, por desconfiada, estúpida e impulsiva. Decepcionada imploró a Adrien que la llevara hasta Montreal, aunque sabía que

esa opción era imposible. Demasiado arriesgado y peligroso. Podría atraer a los ángeles hasta él y echarlo todo a perder; sobre todo ahora que contaban con los restos de uno muerto en el cubo de la basura.

—¿Estás bien? —preguntó Adrien.

Kate dijo que sí con la cabeza, perdida en sus pensamientos mientras se encaminaba a la escalera de la casa de huéspedes. Pasarían allí los próximos días para mantenerse juntos, por si ocurría algo.

—Sí, solo necesito ir un rato arriba. Estaré... estaré en mi antigua habitación. Tranquilo. —Trató de sonreír, pero solo logró dibujar una mueca tensa.

—Vale. Yo estaré por aquí, organizando un poco todo esto. Si me necesitas solo tienes...

—Estaré bien. No te preocupes por mí —susurró ella desde el primer peldaño.

Adrien se encogió de hombros y dio media vuelta en dirección a la cocina.

—Adrien.

—¿Sí? —La miró por encima del hombro.

—Contigo aquí, William está solo. ¿Qué pasa si... si pierde el control? ¿Qué pasará si...? ¿Quién va a controlarlo?

Adrien esbozó una sonrisa divertida, aunque había en ella un atisbo de disculpa.

—Le prometí que guardaría su secreto, pero no he podido cumplirlo. Estaba hablando con Shane y con Carter cuando te vi salir corriendo de la casa. Les he contado lo que está pasando y hasta qué punto William es un peligro para sí mismo. Ellos lo vigilarán y no dejarán que haga ninguna tontería.

Kate se recogió el pelo tras las orejas y después se pasó las manos por el estómago, sin saber muy bien qué hacer con el temblor que le sacudía el cuerpo.

—¿Estás seguro? Quizá ellos no sean capaces de entender lo que le ocurre. Tienen sus propias ideas sobre dañar a los humanos; y está el pacto, ellos son Solomon...

Adrien se acercó y la tomó de las manos.

—Eh, tranquila. —Le sonrió intentando calmarla—. Escucha, en el fondo todos adaptamos e interpretamos las normas según las circunstancias. No tienes de qué preocuparte. Shane haría cualquier cosa por William, incluso ir contra las normas, y pienso lo mismo de Carter. Aunque a este... —Encogió un hombro— puede que le haya prometido considerar su relación con mi hermana. Si es que regresa de una pieza, claro.

Kate sonrió, a pesar de que el comentario no tenía gracia. En menos de dos días todos ellos podían morir.

Subió las escaleras arrastrando los pies. Se sentía cansada y deprimida. Al entrar en la habitación sacó su teléfono móvil del bolsillo y le echó un vistazo. Nada. Después de todo, tampoco esperaba encontrar un mensaje o una llamada.

Se quedó mirando el aparato. Solo necesitaba pulsar unas cuantas teclas y podría hablar con él.

En un arrebato marcó su número y esperó, mientras una vocecita le decía que quizá no fuera buena idea. Podría estar siendo de lo más inoportuna, incluso comprometiendo su seguridad. Antes de que pudiera arrepentirse y colgar, una voz contestó al otro lado; pero no era la de William, sino la de Mako.

—Diga... ¡Diga!

Kate colgó, petrificada. El agujero en su pecho dolía y la asfixiaba. Se sentó en la cama y dejó el teléfono a un lado. A su alrededor, la casa, silenciosa, parecía hueca. Inspiró, llenando de aire sus pulmones, y un aroma intenso le colmó el olfato. Se giró de golpe y la vio: una rosa roja sobre la almohada, y, a su lado, también estaba el álbum de fotos que durante semanas había intentado terminar, pero que no era capaz. Demasiados recuerdos dolorosos.

Tomó la rosa y la olió. Cuando cogió el álbum entre sus manos y vio la nota sobre la cubierta, un sollozo ahogado se abrió paso en su garganta.

Feliz cumpleaños.

No lo había olvidado, a pesar de todo, no se había olvidado de lo especial que era ese día para ella. Lo abrió y comenzó a hojearlo. Se llevó una mano a la boca, emocionada. Lo había terminado por ella, había colocado todas las fotografías: recuerdos de infancia, imágenes de sus padres, de Alice, de Jane; y otras mucho más recientes con Jill, los Solomon, incluso Marie y Robert aparecían en muchas de ellas. Frunció el ceño y volvió a miraras, pasó las hojas con rapidez. No había ninguna de William, ni una sola; y los espacios que habían ocupado estaban en blanco y solo quedaban los restos de pegamento. Miró a su alrededor y vio un sobre color hueso sobre las sábanas. Lo abrió con manos temblorosas, y allí estaban. Le había dejado a ella la decisión de si merecía formar parte de sus recuerdos. ¡Dios, ahora sí que se sentía miserable!

Una a una las fue colocando en los huecos. Cuando pegó la última, se la quedó mirando un buen rato: William y ella en la feria ambulante, delante de un fondo idílico de las cataratas del Niágara. Esa misma noche, él le regaló las llaves de la casa de sus sueños y le pidió matrimonio. Inconscientemente se tocó la mano; su anillo ya no estaba allí y se sintió desnuda sin él.

Guardó el álbum y regresó abajo. Los nuevos habitantes de la casa estaban en el salón, distraídos frente al televisor. Al menos era lo que parecía, porque, en realidad, nadie estaba prestando atención a la milésima reposición de *Orgullo y prejuicio* que estaban dando en la tele por cable. La preocupación y la tensión se palpaba en el aire. Marie tenía la vista perdida en la pared, arrebujada bajo el brazo de Jared en una esquina del sofá; Cecil y Ariadna conversaban en voz baja

en un diván junto a la ventana; Adrien hablaba por teléfono con uno de los guerreros que Cyrus había dejado con ellos como refuerzo. El tipo llevaba un buen rato afuera, atento a cualquier peligro.

Adrien ladeó la cabeza al percatarse de su presencia y le sonrió. Dio unas palmaditas al sofá y Kate corrió a sentarse a su lado. Lo miró de reojo y él le dio un golpecito con la rodilla. « Todo va a salir bien, ya lo verás », el chico coló el pensamiento en su mente y ella no pudo evitar dar un respingo; aún le costaba no asustarse con ese tipo de invasión, pero se alegraba tanto de tenerlo a su lado.

—¿Son ellos los que asesinaron a T.J.?

Al ver que la chica no respondía, la agarró por el antebrazo y le clavó los dedos en la piel hasta que creyó que acabaría por perforarla. Ella se encogió y soltó un gemido mientras asentía.

—Sarah, te he hecho una pregunta, ¿son ellos los que asesinaron a mi hermano? —insistió el nefilim.

Medía casi dos metros y tenía una mirada brillante y feroz, en la que no se podía ver nada salvo un odio profundo. Su cuerpo musculoso temblaba, contenido, porque lo único que deseaba era abalanzarse sobre los monstruos que habitaban aquella casa. Vampiros y licántropos unidos, ¡quién lo diría!, y esa cosa mestiza que despertaba sus instintos más crueles y despiadados.

Sarah asintió de nuevo, y su largo flequillo oscuro le ocultó parte de los ojos como si fuera una cortina.

—Sí, sí, es él —respondió entre sollozos—. Al otro no lo veo por ninguna parte. No está ahí. Te lo juro, Emerson, no está ahí.

El nefilim la miró a los ojos un largo segundo y después la soltó. Sarah comenzó a frotarse el brazo para que la sangre volviera a circular por su extremidad. Si T.J. había sido un jefe intratable y despótico, su hermano pequeño, Emerson, lo era aún más. Ella nunca había odiado a nadie, pero a él lo aborrecía hasta cubrir sus pensamientos con un velo rojo de violencia contenida que en cualquier momento iba a desbordarse; aunque el arranque le costara la vida.

—Bien, esperaremos una noche más. Si el otro bastardo no aparece, nos cargaremos a este y a los que hay en la casa con él. Volvamos con los otros. — Emerson dio media vuelta, de regreso al campamento que habían montado cerca de la falda de la montaña, ocultos en un profundo barranco.

Sarah se quedó mirando la casa. No podía apartar los ojos de Adrien. Su silueta se recortaba contra la ventana y la luz del televisor lo rodeaba como si se tratara de un halo. Después de que lograra escapar del inútil ataque que T.J. dirigió contra los híbridos unas semanas antes, ella no había podido sacarse de la cabeza al semiángel. Sabía que era algo estúpido, cuando él se mostró más que dispuesto a matarla; pero ella era así de tonta.

Aquel día, oculta entre los árboles, lo había visto luchar contra sus hermanos nefilim, moviéndose con tal gracia y eficacia que le resultó imposible no fijarse en él. Si su vida ya era un asco, que se sintiera atraída por alguien como él la hacía más patética.

—Sarah —gruñó Emerson en la oscuridad—. No me gusta repetir las cosas, y aún te queda espacio en ese cuerpo para unos cuantos moratones más.

Sarah se encogió sobre sí misma y se apresuró a seguirlo, mientras clavaba una mirada asesina en su espalda y se juraba a sí misma que encontraría la fuerza para huir de él.

La primera nevada cayó antes de lo previsto. Aún faltaban dos meses para el inicio del invierno, pero un temporal surgido de la nada había cubierto con más de un metro de nieve todo el norte de la reserva.

William y Shane caminaban sobre el manto blanco, completamente immaculado bajo los abetos y píceas rojas. De la boca del licántropo surgía una columna de vaho, que se condensaba a su alrededor como una nube.

Las coordenadas que Silas había logrado descifrar en la carta astral del diario, correspondían a un punto concreto al noreste del parque; pero ese punto era tan amplio que alcanzaba una vasta extensión de bosques y lagos. La probabilidad de encontrar a la manada de licántropos era mínima. Solo disponían de unas pocas horas y necesitaban mucho más tiempo para patearse la zona de arriba abajo. La situación pintaba tan mal que rezar para que ocurriera un milagro, que los pusiera tras la pista correcta, les parecía una buena opción.

El sonido de unas zarpas arañando madera llegó hasta ellos. Vieron un oso negro afilándose las garras en la corteza de un árbol, a unas decenas de metros de donde se encontraban. El animal se quedó quieto durante un segundo, alzó la cabeza y olfateó el aire, miró hacia ellos y, de repente, dio media vuelta y se alejó perdiéndose entre los árboles.

—Llevamos dos horas andando y ni rastro de esa cueva, ni de perros del infierno, ni nada —se quejó Shane.

—¿Tienes prisa por enfrentarte a ese tal Daleh? —preguntó William.

—Sí, la verdad es que sí —susurró Shane para sí mismo.

Continuaron caminando sin decir nada más. Atentos a cualquier rastro o ruido extraño. Sentían que los estaban vigilando, pero solo por pequeños animalitos asustados por su presencia.

William se concentró en la nieve y en la forma en la que sus botas se hundían en ella. Estaba preocupado por su amigo. Si encontraban a las bestias el enfrentamiento sería inevitable; y, aunque conocía la fuerza y el poder de Shane y de lo que era capaz, no tenía ni idea de cómo podía ser Daleh. Solo sabía que el tipo era uno de los lobos más viejos que existían, y eso no lo tranquilizaba en absoluto. Cuanto más viejo más fuerte, al igual que ocurría con los vampiros. Deseó poder ocupar su lugar, pero hasta un semiángel tenía poco que hacer

contra una manada como aquella. Sí, podría deshacerse de ellos uno a uno, aprovechando sus poderes, pero los necesitaban vivos y dispuestos a colaborar.

Llenó sus pulmones con una fría bocanada de aire y se paró en seco. El ambiente le estaba crispando los nervios y prefería mil veces discutir con él a aquel silencio.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó con tono seco.

Shane se detuvo un poco más adelante. Se quedó quieto mientras su ancha espalda subía y bajaba por la rapidez con la que respiraba.

—Adrien me lo contó antes de salir hacia aquí —respondió el licántropo. Ladeó la cabeza para mirarlo por encima del hombro—. Aunque hace días que lo sospecho.

—¡Ese estúpido bocazas! —gruñó William. Lanzó una patada a la nieve con gesto infantil.

—Me duele admitirlo, pero ese estúpido bocazas ha hecho lo que debía. Por alguna extraña razón le importas, y sabía que no debía dejarte salir de Heaven Falls sin niñera —comentó el licántropo. Su instinto le decía que Adrien se había convertido en el tipo de persona en el que podía confiar; pero que a él le llegase a caer bien ese tipo, era un asunto totalmente distinto.

—No necesito una niñera —masculló William.

Shane sonrió con aire travieso.

—No, en realidad necesitas dos. Por eso Carter también está al tanto, y has de saber que su lealtad ha sufrido un leve conflicto de intereses. Tú eres su amigo, pero Adrien tiene a la chica, así que... pórtate bien o se chivará.

William se quedó mirando a Shane, con las manos en los bolsillos. La declaración lo había pillado a contrapié. Una brisa helada jugueteó con uno de los mechones que le caían por la frente.

—No estoy tan mal —comentó sin mucha convicción.

—Sí lo estás, pero eres tan arrogante y orgulloso que jamás dejarás que tus instintos te conviertan en ese monstruo que crees que llevas dentro. Y si al final sucumbes, siempre estaremos nosotros para traerte de vuelta.

Hubo un momento de silencio. Se quedaron mirándose fijamente. No había reproches, ni acusaciones en los ojos de Shane, solo comprensión y la misma lealtad de siempre. William se dijo a sí mismo que era un maldito afortunado que no merecía a su amigo. Asintió despacio, sin dejar de mirarlo. No había nada más que decir salvo...

—Gracias.

—De nada —respondió Shane. Se percató del anillo que colgaba del cuello de su amigo sujeto a una cadena. Se le encogió el estómago, no tenía ni idea de que las cosas hubieran llegado tan lejos—. ¿Estás bien?

William se llevó la mano al cuello. Cogió el anillo y lo guardó debajo de su ropa.

—Sí, no te preocupes. Nada va a distraerme.

Shane sonrió, pero el gesto desapareció de su cara con la misma rapidez que había aparecido. Por el rabillo del ojo vio un lobo gris de ojos oscuros que lo observaba con cautela, apenas había alcanzado la madurez. Meneaba el rabo de forma vacilante y se movía de un lado a otro en una especie de extraño baile, extendiendo y retrayendo las zarpas con nerviosismo. Solo era un lobo normal y corriente, pero su bestia se puso alerta.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó Shane con una sonrisa.

Se agachó y alargó la mano hacia el animal.

El lobo dudó; poco a poco se acercó hasta olisquearle la mano. Se alejó de Shane dando saltitos y se detuvo una decena de metros por delante de ellos. Dio media vuelta para mirarlo, moviéndose en círculos. Gimoteó, como si le estuviera pidiendo que lo siguiera.

Shane se puso de pie y comenzó a quitarse la ropa.

—Están cerca de aquí —anunció.

—¿Estás seguro? —preguntó William. Se estremeció con un escalofrío. Había llegado el momento.

Shane asintió.

—Al otro lado de esa montaña. Tenemos el viento a favor, eso ha evitado que nos descubran; de haberlo hecho, ya estaríamos muertos. A partir de aquí sigo y o solo. —Hizo una pausa, completamente desnudo. Su enorme cuerpo parecía esculpido en granito, con los músculos tan tensos que una roca habría rebotado en ellos. Agarró su ropa y le pasó el montón de prendas a William—. Si no... si no regreso...

—Regresarás, ¿vale? Sé que lo harás.

—Pero si no lo lograra. No dejes que Marie... Dile...

William le rodeó la nuca con una mano y clavó sus ojos en los de él.

—Puedes hacerlo.

Se quedaron mirándose unos largos segundos. Shane tomó aire, dio unos pasos atrás y se transformó en lobo. Se perdió en la espesura, fundiéndose con la capa de nieve que la cubría. Su olfato le mostró el camino con la precisión de un GPS. Recorrió unos diez kilómetros antes de salir a campo abierto. Se detuvo en la última línea de árboles y escudriñó el prado helado.

Shane era cauteloso y disciplinado; rápido y peligroso; y el lobo más fuerte de su manada en los últimos siglos. Además, estaba tan furioso y decidido a regresar a casa, que esa emoción le daba unos cuantos caballos más al motor que lo hacía funcionar, convirtiéndolo en un tren sin control. Se tomó unos segundos, tiempo para reunir el control necesario sobre sí mismo, antes de enfrentarse a la bestia que lo observaba oculta entre la maleza.

Con pasos firmes, largos y seguros, se adentró bajo cielo abierto. Se mantuvo tranquilo mientras los licántropos más grandes que había visto nunca, salían de la

espesura y formaban un círculo a su alrededor entre un coro de gruñidos y leves aullidos de advertencia. ¡Dios, eran enormes!, pero lo que más le sorprendió fue comprobar que su propio tamaño era similar al de ellos. ¿Cuándo había dado semejante estirón?

Abandonó sus pensamientos, y a punto estuvo de quedarse con la boca abierta, cuando un último lobo de pelo gris tomó posición frente a él. Tenía una expresión fiera, acentuada por una cicatriz que le cruzaba la cara desde la ceja al labio superior.

«Nunca creí que volvería a verte, pero aquí estás. Y el único motivo que se me ocurre, es que vienes a reclamarme la deuda que tengo contigo», dijo el lobo.

Shane supuso que era Daleh y guardó silencio. Sabía que, en cuanto abriera la boca, se darían cuenta de que él no era Victor. Asintió sin más.

«¿Y qué es eso que necesitas de mí, Victor Solomon?», preguntó Daleh a través del vínculo mental que les permitía comunicarse cuando se transformaban en bestias.

Shane ignoró el penetrante olor que destilaba la ira de Daleh, y prestó atención al resto de la manada. Ninguno apartaba los ojos de él, alertas, preparados para atacar a la más mínima orden o señal de alarma. Uno de ellos lanzó un rugido, un aullido ronco que contenía poco más que furia ciega.

Shane le sostuvo la mirada sin inmutarse. Sus brillantes ojos dorados desprendían una seguridad perturbadora, la seguridad que distingue a todos los Alfas, y Shane lo era aunque no tuviera la marca. Por ese motivo abandonó toda cautela y enfrentó lo que no le quedaba más remedio. Cuanto antes mejor.

«Soy un Solomon, pero no soy Victor...»

No pudo terminar la frase. Un lobo, de pelo tan negro como una noche sin luna, abandonó su posición y saltó sobre él desnudando los dientes. El instinto fue lo que hizo que Shane se moviera sin pensar. Se apartó en el último momento y, con un giro imposible, logró apresar la garganta del atacante. Usó la fuerza de su cuerpo en movimiento, para levantarlo en el aire y hacerlo caer de espaldas, inmovilizándolo. Un solo jadeo más fuerte que un susurro y le partiría el cuello.

Nadie se movió. Todos se quedaron mirando a Shane y a su presa sobre la nieve. Las caras de sorpresa casi parecían una cómica caricatura. Un segundo lobo gruñó y se preparó para abalanzarse sobre él. Daleh lo detuvo con una orden. Los ojos de Shane se movían de un rostro a otro, alerta. Los latidos de su corazón le estaban machacando el pecho con un ritmo frenético. ¡Dios, seguía vivo! Y no solo eso, de momento parecía tener el control. Con más calma evaluó la situación. Los lobos no apartaban los ojos del compañero que yacía en el suelo, y podía sentir el desasosiego en sus pensamientos. Vale, se preocupaban los unos por los otros, eso era bueno.

«¿Cómo nos has encontrado?», preguntó Daleh.

« Victor era mi bisabuelo... » , respondió Shane.

« ¿Era? Eso quiere decir que Victor ya no mora en este mundo » . Los ojos de Daleh se entornaron.

« No. Murió hace mucho tiempo, pero nos habló de ti y tu deuda, y nos explicó cómo encontrarte si te necesitábamos » , declaró de forma concisa, aunque solo era una verdad a medias.

« Mi deuda era con Victor, él ya no está. Tú no tienes poder sobre mí » , respondió Daleh.

Su mirada bajaba constantemente al lobo que permanecía sometido sobre la nieve. Un presentimiento se apoderó de Shane: los lazos que unían a Daleh con aquel licántropo eran fuertes, de sangre. ¿Hijo, hermano... hija? ¿No se había dado cuenta de que era una chica!

« Están sucediendo cosas que también os afectan, corréis el mismo peligro que nosotros. La maldición de los vampiros se ha roto y cientos de renegados van a tomar las ciudades si no lo impedimos » , dijo Shane. Fue directo al grano. Intentaba ganar tiempo, porque no tenía ni idea de cuándo dejarían de hablar para pasar a la acción.

Daleh se enderezó y su enorme cuerpo se puso tenso.

« Esa lucha terminó para nosotros, no nos incumbe. Tenéis lo que os habéis buscado. Avisé a Victor, se lo dije » .

Se movía de un lado a otro, con la cabeza rozando el suelo y los ojos entornados. Lo estaba acechando. Daleh continuó:

« Los vampiros jamás serán aliados, y se propagarán como la peste matándolo todo a su paso. Mis hermanos y yo vinimos al mundo por la magia de una bruja. Fuimos los primeros y creamos una estirpe fuerte y poderosa. Los vampiros nos lo arrebataron todo y nos encadenaron. Nunca debisteis confiar en ellos » .

« El pacto se mantiene y es más fuerte que nunca. Pero guerreros y cazadores no son tan numerosos como en otros tiempos, y los renegados se están convirtiendo en un problema mayor de lo que jamás imaginamos » , dijo Shane.

« ¿Crees que me importa? » , preguntó Daleh con desdén.

« Voy a soltarla » , anunció Shane como muestra de buena fe.

« Si la sueltas, nada impedirá que mis hermanos te descuarticen después » , comentó Daleh. Una ligera sonrisa se insinuó en su boca. Los lobos se movieron nerviosos, pateando el suelo, girando sobre sí mismos mientras gruñían mostrando una hilera de dientes afilados.

« Tú no dejarás que lo hagan. Tienes honor, y un día respetaste tanto a mi bisabuelo como para cumplir hasta hoy un trato con él. Consiguió ganarse tu respeto » , replicó Shane.

Muy despacio abrió las fauces y la loba quedó libre. De un salto se puso de pie y quiso arremeter contra Shane, pero Daleh ladró una orden que la dejó

clavada en el suelo. Shane se enderezó y sus músculos se perfilaron bajo su pelo blanco. Su aspecto era impresionante, se fundía con la nieve como si formara parte de ella. Sus ojos resaltaban en el blanco como las llamas de una hoguera. Miró fijamente al Alfa de la manada.

«Yo no soy él, pero... Daleh, he venido a desafiarte y a cobrar la deuda que asumiste con Víctor».

Daleh estudió a Shane unos largos segundos.

«Confías demasiado en unos principios en los que yo ya no sé si creo. ¡Matadle!», gruñó mientras daba media vuelta.

Dos lobos se lanzaron contra Shane. Logró evitar al primero, pero el segundo le machacó las costillas dejándolo sin aire en los pulmones. Aun así, logró que su mente funcionara y le gritó a través del vínculo:

«No fue por Víctor, ni porque ganara el desafío. Fuiste un cobarde, Daleh, porque no eras capaz de enfrentarte al mundo que te arrebató lo que amabas. Odiar es fácil, lo difícil es tomar ese odio y usarlo para hacer las cosas bien y aceptar que pueden cambiar, tal y como hizo Víctor hasta sus últimos días. Tú elegiste la muerte, y cuando esta no acudió, preferiste el exilio. Eso es de cobardes», gritó mientras se defendía de los ataques.

Daleh se detuvo y sus zarpas crispadas se hundieron en el manto blanco.

De repente, un misil plateado se abalanzó contra Shane, llevándose por delante a unos cuantos licántropos. Lo único que pudo hacer Shane, fue absorber el impacto y evitar perder el equilibrio mientras sus patas se deslizaban por la nieve.

«Acepto el desafío», rugió Daleh.

Los lobos se apartaron formando un amplio círculo en el claro. Nubes de vaho se alzaban desde sus hocicos, y el ambiente se cargó del olor acre del sudor que emanaban sus cuerpos. La adrenalina fluía como electricidad entre ellos. Shane apenas tuvo tiempo de recomponerse antes de que Daleh lo atacara de nuevo. Se vio obligado a aplicar todo el músculo, la velocidad y la inteligencia a su alcance para evitar que el licántropo lo abriera en canal cada vez que se acercaba demasiado. La batalla se transformó en un baile mortífero de dentelladas y garras rasgando carne hasta el hueso.

La prístina nieve se convirtió en un barrizal donde la sangre se mezclaba con el hielo derretido y las huellas de los cuerpos. Shane sentía su cuerpo aplastado y machacado, no había un solo centímetro que no le doliera. Por eso no tenía ni idea de dónde estaba sacando la voluntad para seguir moviéndose, atacando y encajando golpes sin desfallecer. Quizá fuera por la imagen de Daleh. No se encontraba mucho mejor que él. Así que se obligaba a aguantar un segundo más, y después otro, con la esperanza de que fuera el viejo licántropo el que se viniera abajo.

Shane sacudió la cabeza para aclarar su mente y su vista; Daleh resbaló en el

barro y perdió el equilibrio durante una décima de segundo. Shane la aprovechó. Se lanzó hacia delante, clavó las garras en el suelo para ganar tracción y embistió el cuerpo de Daleh, al tiempo que con la boca le apresaba la parte posterior del cuello y la oreja. No frenó, sino que lo arrastró con él y dieron vueltas con sus cuerpos formando una maraña de miembros. Cuando por fin se detuvieron, Daleh estaba de espaldas en el suelo, entre las patas delanteras de Shane y con sus colmillos desnudos a escasos centímetros de la parte vulnerable de su cuello. Un giro y le rompería el pescuezo y le destrozaría la arteria.

La tensión se alargó en el tiempo. Los lobos gruñían y arañaban el suelo, alentando a Daleh para que se moviera. No lo hizo, sino que relajó su cuerpo a modo de rendición. Lo había intentado, pero finalmente el auténtico Alfa se había impuesto. Cerró los ojos y se quedó quieto. Poco a poco su cuerpo adoptó una forma humana, y Shane se encontró con unos rasgos duros enmarcados en una piel clara cubierta de pecas rojizas, al igual que la cabellera que le llegaba hasta los hombros. Unos ojos tan verdes como el tallo de una flor recién cortada se clavaron en los suyos.

—¿En qué podemos ayudarte? —preguntó Daleh, tragándose el orgullo que aún bullía en sus venas.

El lobo negro también se transformó, revelando el cuerpo de una mujer idéntica a él, que corrió a su lado después de que Shane se dejara caer al suelo.

—Estás hecho un asco —dijo Carter mientras cargaba con las bolsas de ropa y botas que acababan de comprar en una tienda de artículos de caza en Laval.

Shane lo miró de reojo, ni siquiera podía respirar sin ver un millón de estrellas. Se apoyó en el mostrador y apretó los dientes hasta que el calambre que le oprimía el diafragma se aflojó un poco.

—¿No me digas? Porque yo me siento de maravilla —masculló con tono irónico.

—¿Algo más? —preguntó el dependiente, mirándolos con desconfianza. El aspecto de los tres chicos no le gustaba nada. Eran de esos tipos que llevaban colgado el cartel de peligro en cada parte visible del cuerpo.

—No, gracias —respondió William. Le entregó una tarjeta de crédito y, tras firmar el recibo, volvió a guardarla en su cartera. Después sujetó a Shane por un brazo y lo ayudó a caminar hasta la salida.

—Pues si tú has quedado así, el otro tiene que estar hecho trizas. ¿Cómo demonios vais a estar en forma para mañana por la noche? Ni siquiera puedes caminar —replicó Carter, sosteniendo la puerta abierta para que salieran.

—Como no cierres el pico, mis piernas no serán las únicas que dejen de funcionar.

—¡Vale, y a me callo! Por cierto, tengo hambre, ¿vosotros no?

Shane puso los ojos en blanco.

—Primero hay que encargarse de Daleh y su manada —dijo William—. Les hemos conseguido ropa, ahora hay que procurarles comida.

—Creía que no podían transformarse en humanos —comentó Carter. Miró con aprensión hacia el parque sumido en sombras donde sabía que se encontraban los licántropos, ocultos bajo un puente. Aún no había podido verlos y la excitación por contemplar a unos seres como aquellos, sus antepasados, lo ponía nervioso.

—Puede que fuera así en aquel tiempo. Pero han pasado siglos en ese bosque, aislados de todo. Quizá la soledad les ha ayudado a ser un poco más humanos —comentó Shane—. Aunque eso es bueno, simplifica su transporte, ¿no?

Cruzaron la calle y se adentraron en el parque. Les pareció que el silencio los engullía y que el zumbido de la ciudad se apagaba a sus espaldas. Se perdieron en la oscuridad, cargados con un montón de bolsas de plástico que crujían por el peso.

—Es ahí —dijo Shane, señalando el puente con la cabeza. Se detuvo y miró a William—. Es mejor que tú no te acerques mucho. Están al tanto de todo y saben quién eres y que en pocas horas estarán rodeados de vampiros. Pero es prudente ir poco a poco.

William dijo que sí con la cabeza y le pasó sus bolsas a Carter. Shane y su primo continuaron andando hasta llegar al puente. Del hueco surgieron dos licántropos en su forma animal. Olisquearon el aire y se les erizó el pelo del lomo. Gruñeron por lo bajo al reconocer el olor a vampiro. Otro gruñido los tranquilizó desde la oscuridad.

—¡Madre de Dios! —susurró Carter—. Menudos músculos tienen estos tíos.

Shane le dio un codazo para que mantuviera la boca cerrada, y se adentraron bajo el puente. Los lobos se hicieron a un lado, permitiéndoles el paso. Al final, cerca del otro extremo, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, se encontraba Daleh en forma humana y completamente desnudo. Su aspecto era tan terrible como el de Shane, que lograba mantenerse de pie a duras penas. La chica estaba junto a él, igual de desnuda, y Shane apartó la vista, incómodo. Estaba convencido de que se trataba de su hija, puede que su hermana; el parecido era asombroso.

—Os hemos traído ropa —informó Shane.

Carter se adelantó un par de pasos y dejó las bolsas en el suelo, haciendo todo lo posible para no mirar a la loba. Daleh emitió un sonido áspero y los lobos comenzaron a transformarse. En cuestión de escasos minutos, todos estaban vestidos. Se movían molestos, tirando de las costuras de los pantalones y de la tela de algodón de sus camisetas.

Daleh se puso de pie con esfuerzo. Apoyándose en la pared, se acercó hasta la boca del túnel donde se había detenido Shane. Se quedó mirando las montañas,

que se recortaban con siluetas agudas sobre el cielo estrellado. Después del enfrentamiento, y a pesar de las heridas y el cansancio, Shane y él habían conversado durante mucho tiempo. El chico Solomon le había relatado todos los acontecimientos importantes que debía saber. Desde entonces, no había dejado de pensar en la emboscada en la que tendrían que participar. Sus hermanos y él iban a estar rodeados de vampiros, de supuestos aliados y fieros enemigos. Ni siquiera sabía cómo iba a distinguir a unos de otros. Si por él fuera, los mataría a todos; pero tenía una deuda que pagar e iba a pagarla de una vez por todas.

Le preocupaban las consecuencias del ataque, no quería perder a ningún miembro de la manada; aunque algo le decía que no todos sobrevivirían. Cuando Shane le explicó el plan desesperado que iban a llevar a cabo, pensó que todos ellos estaban locos. También le inquietaba qué sucedería después si lo lograban.

—¿Qué pasará con nosotros si logramos ganar la batalla? —preguntó.

Shane cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Si ganamos... —empezó a decir.

—No te lo estoy preguntando a ti, sino a él —lo interrumpió Daleh, señalando a Carter con el dedo—. Tiene la marca, puedo sentir su influencia. ¿Eres el Alfa de la especie?

Carter sacudió la cabeza. El aire despreocupado y atolondrado que solía lucir desapareció de su rostro. Sus rasgos se endurecieron y se transformaron en una máscara fría y controlada. No era el heredero solo por la marca, lo era por otras muchas razones. Era fuerte, letal y extremadamente inteligente; además de noble y compasivo.

—No, yo no soy el Alfa, lo es mi padre. Daniel Solomon. Pero puedo hablar en su nombre y mi palabra es ley —respondió sin vacilar, con tanta seguridad que Daleh creyó lo que decía—. Si vencemos, los que sobreviváis seréis libres. La deuda se considerará pagada y podréis regresar aquí o ir a cualquier parte que queráis. Siempre y cuando cumpláis las leyes. —Hizo una pausa y su expresión se tornó solemne—. Aunque, me gustaría que permanecierais con nosotros. El clan necesita a miembros como vosotros.

Daleh levantó la vista del suelo, sorprendido. Shane percibió claramente lo que Daleh sentía en ese momento por Carter: cautela. Ni desprecio ni rechazo, sino una respetuosa cautela, la actitud de un depredador hacia otro en territorio neutral.

—Piénsalo, ¿vale? Solo es una opción tan buena como cualquier otra —continuó Carter. Se dio la vuelta y echó a andar en busca de William. De repente se detuvo y añadió—: Una cosa más. Si tocáis un solo pelo del vampiro equivocado. Los golpes de Shane van a parecerse caricias al lado de lo que yo podría hacerte. Os avisaré en cuanto tengamos listo el transporte.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Marie tras colgar el teléfono. Todos asintieron —. Bien, porque no tengo fuerzas para hablar —y dicho esto, se giró hacia Cecil y la abrazó con fuerza.

Kate y Adrien se miraron. La expresión de alivio iluminaba sus caras y una leve sonrisa les curvaba los labios. Shane lo había logrado y en ese momento viajaba con el resto de su extraño grupo a Nueva Orleans, para unirse al resto de cazadores y guerreros.

Kate había podido oír la voz de William mientras cruzaba unas palabras con su hermana. Cerró los ojos para dominar el repentino dolor que la asfixiaba: como un puño estrujándole el corazón. El tiempo pasaba implacable y, en apenas unas veinte horas, aquella pesadilla llegaría a su fin. Para bien o para mal.

A pesar de la buena noticia, la embargó una conocida sensación de ansiedad. La potente emoción la aplastaba, como si las paredes encogieran, estrechándose sobre ella sin dejarle espacio para respirar. « No necesitas respirar », se recordó para dominar su claustrofobia, que parecía empeorar cada vez más.

El pequeño labrador llegó corriendo hasta ella desde la cocina y comenzó a gimotear y a arañar la puerta. No era la única que estaba nerviosa, o quizá solo quería hacer sus « cosas » .

Abrió la puerta y le dejó salir. El perrito echó a correr hacia el lago y desapareció de su vista.

—Eh, no es seguro que te alejes —gritó Kate—. Por aquí hay animales mucho más grandes que tú.

El perrito no hizo caso y sus ladridos se oían cada vez más lejos. Kate bajó del porche. La grava se clavó en sus pies descalzos, pero siguió adelante. Una brisa húmeda le agitó la ropa y le apartó el pelo de la cara. El cielo nocturno estaba abarrotado de estrellas, pronto desaparecerían en la luz del amanecer. Kate sentía la llegada del sol: un cosquilleo en su nuca que le erizaba el vello con una sensación desagradable, como si su cuerpo aún lo reconociera como un enemigo. Era extraño, pero, a pesar de que los vampiros podían moverse a la luz del día, continuaban sintiéndose más cómodos durante la noche; incluso ella, que solo se había visto sometida a su maldición unas cuantas semanas.

No tardó en alcanzar el lago. Mientras recorría la orilla, sacó del bolsillo de

sus pantalones el teléfono móvil. Le echó un vistazo y el desencanto se apoderó de ella. Nada. Ni un escueto mensaje. Pensó en llamarlo, pero ¿de qué iba a servir? La segunda vez que lo intentó, Mako respondió de nuevo. No sabía el motivo, pero era ella quien llevaba su teléfono.

Al menos sabía que él se encontraba bien.

Cerró los ojos un instante. ¿De verdad todo se había terminado entre ellos? ¿Así, sin más? En solo unas horas podría estar muerto y ni siquiera ese motivo parecía suficiente para dejar a un lado todo lo ocurrido y llamarla.

De verdad era idiota si pensaba que él la llamaría después de las cosas que se habían dicho. Recordó su expresión segundos antes de dejarlo en la habitación, y sintió como si alguien la estuviese torturando por dentro. Adrien tenía razón, él había asumido lo que ella le había dejado bastante clarito con su ataque de celos y rabia. El mundo se desmoronaba a su alrededor y no sabía qué hacer. Apagó el teléfono. Se sintió fría, como fuera de sí misma. Deseó con todas sus fuerzas poder retirar cada palabra.

El perrito soltó un ladrido lastimero. Kate se puso de puntillas para intentar verle entre la maleza.

—Eh, pequeño, ¿dónde estás, pequeño?

Frenó en seco y se quedó inmóvil. Marak estaba a solo unos metros de donde ella se encontraba, mirándola, mientras acariciaba al cachorro de forma distraída entre sus brazos. Kate tuvo la sensación de que su aspecto era más sólido, menos etéreo. Llevaba la misma ropa que le había visto las veces anteriores.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. ¿Cómo logras sostenerlo si eres... así?

No estaba segura de qué sustancia estaba formado el cuerpo de un fantasma.

—Lo educado es saludar primero —dijo Marak con una sonrisa. Esperó, pero Kate no abrió la boca, así que respondió—: No lo sostengo con mi cuerpo, eso es evidente. Lo hago con mi mente. Dominar la materia a través del pensamiento es difícil, pero una vez que lo logra el mundo adquiere una nueva perspectiva para un ser como yo. Por cierto, ¿te gustó el libro?

Kate le dedicó una mirada de desconfianza.

—En realidad fue útil, demasiado útil.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Marak con un gesto inocente.

—Dímelo tú, estoy segura de que nada contigo es casual. Viniste aquí con un propósito. Dame ese libro y que yo se lo hiciera llegar a mis amigos para... ¿para qué exactamente, Marak?

—En serio, querida, no tengo la más remota idea de qué estás hablando —replicó él con un suspiro que no pudo esconder el sarcasmo en su tono de voz.

—Lo sabes. Sabes mucho más de lo que sospecho, y lo que me preocupa es qué pretendes y qué sacas tú de todo esto.

Marak se agachó y dejó al cachorro en el suelo. El perro se quedó sentado a

su lado, mirando fijamente a Kate.

—Chica lista —susurró, más para sí mismo que para ella—. ¿Y si te dijera que quiero ayudarte porque me caes bien?

Kate se quedó mirándolo fijamente varios segundos.

—Me costaría creerte —respondió.

Marak sonrió. La luz de la luna jugueteaba sobre sus altos pómulos, mientras alzaba la cabeza para contemplar las estrellas.

—Pues es la verdad, me caes bien. Y tienes razón, puse ese libro en tus manos con la esperanza de que pudiera ayudarte. No quiero que te pase nada malo. Me gustas y no quiero que sufras daño alguno. Eres importante para mí y te necesito sana y salva, mi dulce mariposa.

Kate se estremeció; que la llamara así le ponía el vello de punta.

—Explicame por qué soy importante para ti. ¿Acaso ya nos conocíamos? ¿Llegamos a conocernos cuando aún estabas vivo? ¿Pertenece a mi familia? ¿Eres algún antepasado?

Kate estaba dando palos de ciego con aquellas preguntas. Confiando en que alguna de ellas fuese el motivo por el que Marak había aparecido en su vida. Algo así sería comprensible hasta cierto punto. Solo obtuvo un largo silencio por respuesta.

—¿Sabes qué? No sé qué pretendes ni qué buscas, pero no vuelvas a acercarte a mí —replicó ella con malos modos.

—¿Sabes qué? —repitió él—. Es posible que dentro de unas horas me agradezcas que ignore esa petición. Te guste o no, mi único interés es que tú sobrevivas el tiempo...

—¡Kate!

El viento arrastró la voz preocupada de Adrien hasta ella. Kate se giró hacia atrás por puro instinto, y cuando volvió a mirar a Marak, este había desaparecido. El perrito continuaba inmóvil, casi sin respirar, como si estuviera en alguna especie de trance. Kate se agachó y alargó la mano.

—¿Estás bien, pequeño?

El cachorro parpadeó. Ladró al aire y se precipitó en sus brazos, justo cuando Adrien y el guerrero aparecían tras ella muy preocupados.

—¿Qué parte de no te alejes de la casa es la que no entiendes? —le soltó Adrien a dos centímetros de su cara.

—Estaba aquí —dijo ella mirando a su alrededor.

—Eso ya lo veo, pero es allí donde deberías estar —protestó él, señalando entre los árboles el punto donde se alzaba la casa.

—No hablo de mí, sino de él.

—¿Quién? —preguntó con recelo Adrien. Deslizó una mano bajo su camiseta y sacó la daga que ocultaba en la cinturilla del pantalón.

—Marak. Estaba ahí hace un segundo.

Adrien giró sobre sí mismo, escudriñando el bosque mientras desplegaba todos sus sentidos. Nada, no percibía absolutamente nada. Resopló molesto. Cada vez que perdía a Kate de vista se ponía histérico; y saber que un *poltergeist*, demasiado oportuno como para no tenerlo en cuenta, la perseguía por toda la ciudad, no lo ayudaba mucho a calmarse.

—Me estoy planteando seriamente sacaros a todos de aquí y llevaros a un sitio muy, muy lejano y solitario. Como la Antártida, donde el mayor peligro lo suponga un pingüino cabreado —masculló mientras la cogía de la mano y la guiaba de vuelta a la casa.

—¿Un pingüino cabreado? —repitió Kate con los ojos como platos. Una sonrisa divertida se extendió por su cara.

—Por tu bien, borra esa sonrisa. Te supliqué que no salieras sola.

El perrito empezó a ladrar, como si estuviera reprendiendo a Adrien por hablarle de ese modo a Kate.

—Y tú cierra el pico si no quieres que te deje seco —le espetó al cachorro.

Esta vez, Kate tuvo que morderse los labios para no echarse a reír con ganas. Durante un instante volvió a sentirse bien, un solo instante.

Salma se sentó contra la pared con su cerebro amenazando con estallar. Las visiones estaban a punto de volverla loca. Al principio no lograba entenderlas, ni sabía qué relación tenían entre sí; solo veía ese libro una y otra vez, sus páginas escritas en un idioma que no reconocía, pero que, de algún modo, sabía qué decían. Contenían la fórmula para el desastre, la puerta hacia el caos absoluto y la aniquilación de los humanos.

Necesitaba el libro, sin él no la creerían. No podía presentarse ante ellos y decirles sin más que iban a acabar con el mundo. Aún recordaba al vampiro que había ido a buscarla, tan siniestro y peligroso. Se le ponía el vello de punta solo con pensar en él. Imaginar verlo de nuevo le disparaba el pulso. Pero no le quedaba más remedio, tenía que hacerlo. Nunca había sabido a ciencia cierta a qué se debía su don, por qué había nacido con él; por qué ella y no su hermana, o la vecina, o su compañera de instituto.

Quizá las respuestas a todas esas preguntas estaban por fin allí. Quizá su propósito era mucho más importante que adivinarle el futuro a unas cuantas adolescentes durante las ferias. Se había pasado toda su vida siendo la rara, la loca, la marginada; sin entender por qué veía las cosas que veía.

—Salma, ¿estás bien?

Salma parpadeó y enfocó su mirada en el rostro que tenía pegado a la cara: Lena, la jovencita que tomaba fotografías junto a su tienda. La chica parecía confusa y asustada, no tenía color en la cara.

—Sí, solo ha sido otra visión. Esta noche va a pasar algo horrible. He visto un

rio de sangre —respondió mientras se masajeaba las sienes.

Lena se dejó caer al lado de Salma y le dio un pañuelo de papel para su nariz, le sangraba un poco. A través de los arbustos en los que se habían escondido, espío la casa que se encontraba al otro lado de la calle. No entendía cómo se había dejado convencer para aquello. Siempre había creído que Salma estaba loca de remate y que su don para la adivinación no era más que un fraude; que su suerte a la hora de vaticinar se debía a que era buena observadora; y que haciendo las preguntas adecuadas, podía dar con las respuestas correctas. Pero, en los últimos días, había comprobado de primera mano que no era así. Salma veía cosas. Y si había interpretado bien sus últimas visiones, estaban en un lío de los grandes.

—Siguen ahí —dijo Lena—. ¿Cómo vamos a entrar sin que nos vean?

—Esperando. Dentro de un rato recibirán una llamada y se moverán. Entonces solo tendremos unos minutos —respondió Salma.

—¿Y estás completamente segura de que el libro está en esa casa? —preguntó la chica.

—Sí —respondió Salma.

—¿Y por qué tienen algo tan importante guardado ahí?

—No tengo la respuesta a todas las preguntas, Lena. Solo sé lo que veo. Ese libro está ahí y lo necesito; no solo para que me crean y confíen en mí, sino para que lo descifren y se pueda evitar el desastre.

—Sigo sin saber cómo vamos a cogerlo. Si esos dos son... —Tragó saliva antes de pronunciar la palabra que, en las últimas horas, había adquirido un nuevo significado para ella— demonios, ¿no crees que se darán cuenta de lo que intentamos? ¿Qué crees que nos harán si nos descubren?

—Tranquila, lo he visto, saldremos de la casa sin que nos descubran. Confía en mí —dijo Salma.

Sonó un teléfono móvil y uno de los dos hombres a los que vigilaban respondió a la llamada, tal y como Salma había visto en su visión. La conversación llegó hasta ellas con claridad. Habían pedido comida a domicilio y el coche del repartidor se había averiado unas calles más abajo. El tipo que contestó al teléfono ladró un par de maldiciones y unas cuantas palabrotas, y se subió a un destartado coche. Lo puso en marcha y desapareció al doblar la esquina.

—¿Los demonios conducen? Creía que volarían, o que se transportarían. Algo así, no sé... —susurró Lena.

—Han pedido comida. Quizá sean más normales de lo que imaginamos —respondió Salma.

Se movió hasta pegar la cara al arbusto. Ahora veía el porche de la casa con total claridad. En unos segundos aparecería la segunda distracción: cinco, cuatro, tres, dos... Allí estaba la rubia despampanante, embutida en un ceñido vestido

que mostraba mucho más que si no lo llevara puesto. El tipo que se había quedado en la casa, junto a la acera, cedió a su sonrisa coqueta con una mirada cargada de lujuria, y no dudó en seguirla hasta el otro lado de la calle donde la chica acababa de detenerse para encender un cigarrillo.

—¡Ahora! —susurró Salma, tomando a Lena de la mano—. Tenemos un par de minutos.

Cruzaron la calle justo cuando un camión de reparto pasaba, ocultándolas mientras se deslizaban por un lateral de la casa y la rodeaban. Acabaron en un jardín abandonado, donde la hierba había crecido hasta cubrir los primeros peldaños que conducían a la puerta trasera. Abrieron la mosquitera y empujaron la puerta. Cruzaron la cocina y salieron a un pasillo enmoquetado que olía a pis de gato y a azufre.

—Abajo —susurró Salma.

Giró el pomo de una puerta que Lena ni siquiera había visto, y se precipitaron escaleras abajo hasta el sótano. Lena no daba crédito a cómo se desenvolvía la vidente dentro de la casa. Sabía dónde estaba cada cosa con una precisión increíble. Si le quedaba alguna duda sobre su don, esta acababa de disiparse. En medio del sótano encontraron un arca de madera, idéntica a la que Salma le describió unos días antes; y si había tenido razón en todo aquello, también la tenía sobre las otras cosas que había visto: el fin del mundo, el caos, la desaparición de la raza humana. Empezó a temblar.

—Lena, tienes que ayudarme a mover la tapa, yo sola no puedo —susurró Salma.

Lena parpadeó, volviendo en sí. Asintió una vez y se acercó a la tapa del arca. Para eso estaba allí. Salma había sabido desde un principio que sola no podría levantarla y que iba a necesitar ayuda, por eso se había visto obligada a contárselo todo a Lena.

Juntas colaron los dedos en la única rendija en la que podían hacer palanca, y tiraron hacia arriba. La tapa cedió muy despacio, con un chirrido de bisagras oxidadas que recorrió el sótano. El viejo libro quedó a la vista, situado en el centro del cofre.

—¿Puedes sostener la tapa? —preguntó Salma.

Lena utilizó toda la fuerza de su cuerpo para sujetarla, mientras Salma se inclinaba y cogía el texto, que no era más que unas cuantas hojas de papel amarillento perforadas con un punzón y unidas por un cordón que atravesaba los agujeros. Salma lo sostuvo en sus manos con sumo cuidado, como si acunara a un recién nacido. Alzó la vista y miró a Lena, que estaba roja y comenzaba a sudar por el esfuerzo. Dio un respingo y dejó el libro a un lado. Ayudó a la chica a bajar la tapa y salieron corriendo de regreso arriba.

Salma llevaba el libro abrazado contra su pecho y misteriosamente sintió un extraño vínculo con él. De repente, en su cabeza apareció la imagen de un

hombre vestido con una túnica blanca, inclinado sobre una mesa de madera a la luz de un par de velas, escribiendo en él como si estuviera poseído por una especie de trance.

Oyeron pasos en el porche principal, justo cuando cruzaban el umbral de la cocina. Se precipitaron afuera y sus pies se hundieron en la hierba atestada de ortigas secas. Corrieron con todas sus fuerzas y enfilaron la acera en dirección a la calle donde habían aparcado la pequeña furgoneta de Lena.

Salma llevaba las llaves, gracias a sus visiones conocía la zona mejor que la chica. Abrió la puerta de un tirón y subió de un salto, se inclinó sobre el asiento y abrió la otra puerta para que la joven pudiera subir. Una vez dentro le pasó el libro y arrancó el vehículo. No perdieron tiempo ni en ponerse el cinturón. Salma pisó el acelerador a fondo y salieron disparadas hacia la salida del pequeño pueblo.

Se miraron un instante, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Lo habían conseguido, tenían el libro. Ahora solo debían viajar hasta New Hampshire y dárselo a quienes de verdad podían hacer algo con él.

La mirada de Salma voló hasta la sombra al otro lado de la ventanilla tras Lena. Se encontró con unos ojos completamente negros e inhumanos. Un brazo atravesó la ventanilla y cogió a Lena por el cuello. Tiró de ella y la sacó por el hueco dejando tras de sí una lluvia de cristales. Salma no pudo reaccionar, solo tuvo tiempo de ver la expresión horrorizada de la chica; y cómo, en una fracción de segundo, su rostro se transformaba con un gesto audaz mientras empujaba el libro, que aún sostenía en su regazo, hacia el interior de la furgoneta. «No pares», pudo leer en sus ojos.

Salma pisó el acelerador hasta el fondo. El motor rugió, vibrando como si en cualquier momento fuese a desmontarse. Miró por el retrovisor y pudo ver a Lena en el suelo, inmóvil después de que le rompieran el cuello; y cómo el demonio iniciaba de nuevo su persecución. Las lágrimas resbalaban sin control por sus mejillas. Había muerto, Lena había muerto por su culpa. Por eso no podía permitir que la cogieran y que todo hubiera sido en vano.

Carter puso el intermitente, y el furgón de reparto alquilado abandonó la Interestatal 10 y tomó la 641 en dirección a la 61. Doce horas antes habían cogido un vuelo desde Montreal hasta Houston, desde allí emprendieron por carretera el resto del viaje hacia Nueva Orleans. Carter conducía y William lo acompañaba en la cabina; en la zona de carga iban veintisiete licántropos del tamaño de un oso XXL, incluido Shane.

No había sido nada fácil calmarlos y hacerlos subir a un avión. Nunca habían visto uno de cerca. Conocían su existencia, máquinas voladoras que habían ido evolucionando en forma y velocidad; pero para los hombres de Daleh eran como engendros del demonio. Las aves volaban, no los hombres.

No dejaba de ser curiosa la percepción que tenían del mundo. Nunca habían abandonado las montañas en las que Víctor los exilió, unos bosques donde solo moraban algunos pueblos nativos: nómadas que viajaban junto a los grandes rebaños de renos, alces y caribús para poder alimentarse. Cientos de años viviendo en un lugar salvaje que se había convertido en su hogar. Desde allí habían visto cómo el mundo avanzaba y evolucionaba, cómo aparecían nuevas máquinas, vehículos y objetos electrónicos; sabían en teoría qué eran todas aquellas cosas, pero nunca les interesaron ni trataron de comprenderlas. Eligieron vivir una vida solitaria y aislada de todo; hasta que los Solomon habían aparecido de nuevo para cambiarla.

El viaje había estado salpicado de momentos raros, tensos, incluso divertidos. Vestirlos fue el primer problema. No se acostumbraban a las camisetas de algodón ceñidas, ceñidas porque en la tienda no encontraron tallas lo suficientemente grandes para ellos. Se sentían torpes con las botas, parecían niños aprendiendo a andar.

En el aeródromo tuvieron serios problemas para no llamar la atención. Los tipos estaban nerviosos e irascibles; la idea de despegar los pies del suelo, unos cuantos cientos de metros, parecía suficiente para volverlos locos. William logró alquilar un avión de carga con suficientes arneses y cables como para mantenerlos quitecitos. Con dinero podías conseguir prácticamente todo lo que te propusieras, incluso cruzar una frontera y medio país en un vuelo sin declarar.

William miraba por la ventanilla del furgón. Todo lo acontecido en los últimos

días le parecía algo muy fácil que había sucedido hacía mucho; pero solo lo parecía porque lo que estaba por venir era muchísimo peor.

Un destello llamó su atención. Se enderezó en el asiento y vio los coches aparcados en la cuneta. Todo estaba saliendo según lo planeado. Los señaló con la mano y Carter asintió mientras empezaba a reducir la velocidad. Se detuvieron tras un Hummer H2 negro y un GMC Yukon.

William saltó del vehículo, mientras del Hummer descendían Robert y Cyrus, y del GMC bajaban Daniel y su hermano Samuel.

—Me alegro de verte —dijo Robert yendo al encuentro de su hermano. Le dio un fuerte abrazo—. Sin problemas por lo que veo.

—Shane lo hizo bien—comentó William con una sonrisa.

Carter fue hasta la parte trasera del furgón y levantó la puerta. El primero en descender fue Shane. Aún cojeaba un poco y lucía varios moratones en la cara y en los brazos desnudos. Los ojos de Robert se abrieron como platos.

—¡Ni que te hubiera pasado un tren por encima! —exclamó el vampiro. Shane le dedicó un gruñido y una mueca de dolor se dibujó en su cara al enderezarse—. Venga, no seas quejica. Seguro que no era para tanto. ¿Al cachorro le han hecho daño? —se burló como si lo estuviera arrullando.

—Un día de estos voy a cerrarte esa bocaza, Robert. Aunque después tenga que aguantar la bronca que me echará tu hermana.

Robert iba a replicar, cuando los lobos comenzaron a descender del camión. Se quedó mudo al ver a Daleh. El tipo era enorme (superaba con facilidad los dos metros de altura), sus hombros, bajo la chaqueta de aire militar, eran anchos como los de un defensa. De él emanaba un aire de amenaza que despertaba todos los instintos de los vampiros presentes. Cyrus se llevó la mano al costado donde una daga reposaba en su funda de cuero. La apretó con fuerza cuando todos los hombres quedaron a la vista.

William se acercó a él y le apretó el hombro.

—Están de nuestro lado, no lo olvides —le susurró al oído.

Cyrus aflojó su mano y se obligó a relajar el brazo.

—Si tú lo dices.

—Lo digo —afirmó.

Daniel, con Samuel tan cerca que parecía su sombra, se acercó a Daleh.

El viejo lobo se lo quedó mirando. De repente cayó hacia abajo y clavó una rodilla en el suelo, inclinando la cabeza en señal de respeto. No necesitó ver la marca para saber a quién tenía delante. La influencia de Daniel se le metía en la piel a través de los poros, penetrando en cada terminación nerviosa hasta calarle en el cerebro como un sello impreso. Sus hombres lo imitaron. Un gruñido de reconocimiento se elevó en el aire mientras se golpeaban el lado derecho del pecho con un puño.

—No es necesario que hagáis eso. Levantaos —pidió Daniel. Hacía décadas

que un hombre-lobo no lo saludaba a la vieja usanza.

Daleh alzó la vista hacia él.

—Eres el padre de la raza. Debemos mostrarte nuestro respeto como es debido.

Daniel cruzó una mirada con Samuel. Su hermano le guiñó un ojo, divertido por el mal rato que estaba pasando. A Daniel nunca le habían gustado ese tipo de formalismos.

—Os lo agradezco, pero no es necesario... Y tampoco prudente —terminó de decir mientras un turismo pasaba por la carretera.

Sus ocupantes se quedaron embobados mirando la escena, incluso redujeron la velocidad. Samuel se movió incómodo. Empezaban a llamar la atención, así que tomó el control. Ese era su trabajo.

—Soy Samuel Solomon —informó a Daleh. Dio un paso hacia él y le tendió la mano.

Daleh se puso de pie y se la estrechó con fuerza. Sus ojos pasaron de un rostro a otro: Shane, Carter, Daniel y Samuel. La estirpe de Victor había seguido su camino sin perder un ápice de pureza, y mantenía su fuerza intacta. Eran hombres de valía y esa era una virtud que siempre había respetado. También percibió otra cosa: la relación que mantenían con aquellos vampiros iba más allá de una simple alianza. Entre ellos las emociones y los sentimientos mostraban algo más profundo. El abrazo entre Shane y un guerrero con el pelo muy rubio, le confirmó lo que su instinto ya sabía. «Muerde a uno y tendrás que enfrentarte a todos», pensó.

—Dirijo a los cazadores, y soy yo quien os dará las órdenes. A partir de este momento haréis lo que yo diga cuando yo diga. Sin preguntar, sin dudar —continuó Samuel. Su expresión era seria y parecía que tenía prisa—. Supongo que ya os habrán puesto al tanto de cómo están las cosas y de lo que nos jugamos.

Shane asintió en respuesta al comentario. Él había tratado de explicarle y detallarle a Daleh todo lo que necesitaba saber.

—El plan es sencillo. Una vez dentro, no dejéis que ningún renegado salga de allí con vida —terminó de decir.

Daleh asintió con la cabeza.

—Gracias por ayudarnos. Sin vosotros estaríamos en un aprieto mayor —dijo Daniel con expresión fiera.

—Siempre pagamos nuestras deudas. El desafío fue justo y tu sobrino ganó. Victor estaría orgulloso de él —respondió Daleh.

Shane se dio la vuelta para ocultar que se había sonrojado.

—Debemos ponernos en marcha, William —dijo Cyrus mientras guardaba su teléfono en un bolsillo de su guerrera—. En el barrio francés hay movimiento. Varios nidos han llegado ya.

—Prometieron no llamar la atención, espero que sean capaces de cumplirlo

—replicó William; su tono de voz era de extrema gravedad—. En pocas horas habrán tomado la ciudad.

Se encaminó al Hummer, pero se detuvo al ver que Robert no se movía. Su hermano parecía una estatua, sin apartar la mirada de la manada de licántropos. Lo conocía demasiado bien como para saber lo que le pasaba por la cabeza. El aire que lo rodeaba parecía latir de pura furia. La tensión de su cuerpo hablaba por sí sola. Los hombres que tenía delante lo habían mutilado sin necesidad de tocarlo, la noche que asesinaron a Kara sin ninguna compasión.

—Robert —dijo William—. Tenemos que marcharnos.

Robert tardó un instante en darse la vuelta y subir al coche.

—¿Cuál de ellos crees que fue? —preguntó una vez dentro. No había emoción en su voz, solo frialdad.

—¿Acaso importa ahora? —preguntó William desde el asiento del copiloto.

—Importa —respondió Robert para sí mismo. Clavó la vista en la ventanilla tintada—. Duele demasiado para que no importe.

William se lo quedó mirando un largo segundo, nunca había visto así a su hermano. De repente parecía hueco, mayor y cansado, demasiado cansado. Era como si todos los muros que había ido levantando durante años y años a su alrededor, para poder protegerse y dejar de sufrir, hubieran caído de golpe y sin tiempo a reconstruirlos, mostrando al hombre que era en realidad. William pudo ver su dolor, tan real y sólido que pensó que podría palparlo si extendía la mano. Clavó la vista en el parabrisas. Nunca había conocido a la esposa de su hermano, apenas había oído hablar de ella. Pero si Robert la amaba tanto como él amaba a Kate, le parecía un milagro que su hermano hubiera sido capaz de controlarse; y bien sabía que no era por miedo. Él se habría vuelto loco y los habría matado a todos.

William salió del hotel a medianoche enfundado en acero. Desde que había llegado a Nueva Orleans, se había dejado ver por sus calles, apenas custodiado por un par de guerreros y su hermano, demostrando así que no sentía ninguna inquietud por su seguridad en una ciudad repleta de renegados.

Estaban por todas partes, en cada esquina, en cada calle. Habían acudido en masa tal y como esperaba. William los miraba a los ojos como si él fuera un dios invencible y ellos sus esclavos, a los que podía reducir a cenizas por simple capricho sin mancharse las manos. Debían temerle, tenían que saber que los mataría si se enfrentaban a él; y ese mensaje, de momento, les estaba llegando alto y claro.

Subió al Hummer junto a Cyrus, Robert y Mako. Mihail conducía. Nadie dijo una sola palabra mientras circulaban hacia el puerto. Esa noche se celebraba una gran fiesta de disfraces para los turistas, con un desfile, música en vivo

recorriendo las calles y fuegos artificiales. Ruido y celebración, la mejor distracción para que nadie se fijara en lo que iba a ocurrir a poca distancia de allí. Para que los gritos y el fragor de la lucha pasaran desapercibidos.

William se acomodó en el asiento. La funda que le cruzaba la espalda estaba llena de armas que apenas podía disimular bajo su ropa, y se le estaban clavando en la piel. Se ajustó la pistola en un costado. Los hombres de Samuel habían logrado convertir en un líquido la extraña aleación de plata que usaban en sus dagas, y habían rellenado con él balas huecas con punta perforante. Un disparo al corazón y la plata se extendería por el torrente sanguíneo. Imposible recuperarse de esas heridas.

Mako se movió a su lado.

—Había olvidado que lo tenía —susurró mientras le entregaba su teléfono móvil.

—¿Has podido instalar las aplicaciones que te pedí? —preguntó él.

—Sin problema. Ahora podrás conectarte y manejar todos los archivos, listados, informes..., incluso el sistema de seguridad de tu casa: cámaras, contraseñas... Todo.

William le dedicó una sonrisa.

—Gracias.

Ella se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa.

William aprovechó para hacer una última llamada. Duncan, el abogado de la familia, descolgó el auricular en su despacho del bufete.

—¿Lo has solucionado? —preguntó directamente, sin ningún tipo de saludo.

—Sí. No tienes de qué preocuparte. Si... si no regresaras. —El abogado hizo una pausa y tomó aire. Le resultaba difícil hablar, dada la situación y el carácter de la conversación—. Ella será la dueña absoluta de cuanto posees. También lo he dispuesto todo para ocultarla de una forma segura, junto a tu familia. Puedes estar tranquilo.

—Gracias, Duncan.

—No tienes que darlas, ya lo sabes. Suerte, mi rey —dijo a modo de despedida.

William colgó el teléfono y trató de distraerse comprobando las llamadas y los mensajes. Cualquier cosa que lo ayudara a no pensar. De repente, se quedó helado. El número destellaba en la pantalla como si lo iluminara una baliza. Ella lo había llamado. Se estremeció y las dudas se apoderaron de él. ¿Habría pasado algo? No, de ser así, Adrien hubiera contactado con Robert o Cyrus. Así lo habían decidido. ¿Entonces? Se estrujó el cerebro buscando una razón lógica a su llamada, porque no quería hacerse ilusiones. ¿Pero qué otro motivo podía tener ella para querer hablar con él?

—Ese número llamó un par de veces, pero nadie respondió —dijo Mako sin darle mucha importancia.

—¿Lo cogiste? —preguntó con un tono demasiado duro. Ella se quedó inmóvil un segundo, impresionada por su reacción—. ¿Contestaste? Te dije que no lo hicieras —le espetó enfadado sin esperar una respuesta.

—Lo... lo siento —se disculpó la vampira—. No pensé que estuviera mal.

—No debiste hacerlo.

Mako leyó en su cara la verdadera razón del problema. Se trataba de ella, por eso estaba tan disgustado. Ladeó la cabeza y contempló las calles a través de la ventanilla. Lejos de enfadarse por su reacción, una sonrisa se extendió por su cara. Sin proponérselo había logrado que la situación entre William y Kate se complicara un poco más; o eso esperaba. ¡A ver si de una vez por todas ella desaparecía de su vida!

William se tragó un par de maldiciones. ¡Genial, Kate lo había llamado y Mako había atendido el teléfono! Se sentía tan frustrado y preocupado por las conclusiones que Kate podría haber sacado. No necesitaba ser muy listo para saber qué impresión se habría llevado. Apretó el teléfono y le devolvió la llamada, a esas alturas le importaba una mierda arrastrarse y suplicar. Ella tenía el teléfono apagado. Colgó, pero negándose a rendirse. Necesitaba saber, así que buscó el número de Adrién en su agenda.

Mihail detuvo el vehículo frente a la puerta principal del enorme edificio.

—Hemos llegado —anunció Cyrus.

—Un segundo —pidió William. No encontraba el maldito número.

Robert le puso una mano en el brazo y detuvo sus movimientos compulsivos.

—No tenemos un segundo —le susurró con tono severo.

—Es importante —insistió William.

—¿Más importante que esto? —lo cuestionó su hermano.

William se detuvo. Apretó los dientes y guardó el teléfono en su bolsillo. Cuando se bajó del coche, un pasillo formado por sus guerreros se extendía hasta la entrada del edificio. Tomó aire y dejó que una máscara fría y letal cubriera sus emociones. Dio el primer paso con la seguridad de que ya no había vuelta atrás. Iba a interpretar su papel tan bien que deberían darle un jodido Oscar. Lograría entretenerlos el tiempo necesario para que los lobos pudieran rodear el edificio y sitiarlos sin que se percataran de la tela de araña que ya se estaba tejiendo.

Iba a vencerlos, acabaría con todos y saldría de allí intacto; solo por un único motivo: averiguar la razón por la que Kate lo había llamado, dos veces.

Caminó con paso seguro, escoltado por un gran número de sus hombres. Cuando atravesó la puerta, alzó una ceja y su pecho se infló con deleite. La realidad estaba superando con creces sus expectativas. No cabía un alma en el interior. A pesar del gran número de renegados, apenas se oían voces, solo susurros.

Los miembros de cada nido se mantenían juntos y observaban con cautela a

los otros. La desconfianza se podía oler en el ambiente. Sus líderes ocupaban posiciones más seguras parapetados entre sus hombres. En cuanto se percataron de la llegada de William, se movieron abriéndose paso para ser los primeros en saludarlo, reclamando posiciones de poder al lado del rey; las que él les había prometido.

William esbozó una sonrisa. Eran tan predecibles que se sorprendió por haber pensado que podrían ser capaces de aliarse entre ellos y preparar una emboscada. Se les veía tan ciegos de poder que pactar entre ellos era lo último que habrían hecho.

Caminó sin prisa por el pasillo que los guerreros iban abriendo casi a la fuerza. Se dio cuenta de que su presencia ejercía un peso palpable y lo alimentó dejando que su oscuridad, que tanto se esforzaba por controlar, brotara de él sin control, sin ningún límite. Corría el riesgo de que más tarde no pudiera encadenarla de nuevo en lo más profundo de su ser, pero ya se preocuparía de eso más adelante. Su agresividad y su impulso asesino eran las únicas armas de que disponía para controlarlos; así que las dejó fluir, junto a una mezcla volátil de adrenalina y furia.

Roland salió a su encuentro con una gran sonrisa. Inclino la cabeza a modo de saludo y se llevó un puño al pecho, después le ofreció su mano. William aceptó el fuerte apretón; luego hizo algo que sabía que seduciría a Roland y lograría que relajara su actitud: le dio un abrazo y, a continuación, le rodeó el hombro con un brazo invitándolo a acompañarlo.

«Primero córtale la cabeza a la serpiente, y el resto del cuerpo solo podrá dar sacudidas sin control hasta desangrarse», pensó; pero para eso necesitaba tenerlo cerca.

—Me alegra volver a verte, Roland —dijo William—. ¿Todo bien?

—Por supuesto, señor —contestó el renegado—. Es más, mis dagas están a vuestro servicio si las necesitáis esta noche. —Con disimulo levantó la solapa de su americana de firma y dejó a la vista el destello de una daga de plata—. Parece que los ánimos no están muy calmados.

William volvió a sonreír.

—Gracias, mi querido amigo, pero para eso estoy aquí, para calmarlos. —Se inclinó sobre su oído y le susurró: No te alejes mucho. Tengo una sorpresa.

Le palmeó la espalda y fue en busca del siguiente líder que buscaba su atención. Ya tenía a Roland de su lado, con su gesto le había dado una posición de ventaja y el viejo vampiro parecía encantado. El resto de cabecillas se obligaron a relajar su postura. William no solo contaba con sus guerreros, sino con el apoyo del nido de San Diego, el más grande; así que, someterse era la única opción. Ahora solo se trataba de conseguir un buen trozo del pastel.

—¡Lukan! —William abrió los brazos al cabecilla de Seattle—. Tu presencia me llena de alegría.

—Señor, a mí me llena de alegría tu gratitud.

—Me gusta cuidar de mis hermanos; siempre y cuando ellos sean buenos conmigo, por supuesto —replicó William con tono malicioso.

Los ojos de Lukan se abrieron como platos. El rey lo había llamado hermano y el halago tuvo un efecto inmediato, pasando por alto la amenaza implícita. Sus hombros se relajaron y una sonrisa sincera se extendió por su cara.

—Mi privilegio es protegerte, mi rey.

—Y mi obligación es garantizar tu protección y la de los tuyos. No dudes que lo haré siempre que lo necesites.

—Gracias, señor. Sois muy generoso.

—¡Aún no te he dado nada, Lukan! Espera a ver lo que tengo para vosotros, entonces podrás empezar a frotarte las manos.

El renegado sonrió encantado y dejó que William continuara con su paseo.

Cyrus y Robert cruzaron una mirada temerosa, asombrados por el comportamiento de William. Se había transformado por completo, metiéndose en su papel tan bien que se veían obligados a recordarse que solo se trataba de una representación y no de algo real.

William saludó uno a uno a todos los dirigentes de los nidos. Su diplomacia resultaba sorprendente. Se movía entre ellos como pez en el agua. Cuando llegó al otro extremo del edificio, se subió a una escalera de metal que daba acceso a una oficina de paredes de vidrio. Desde allí podía controlar hasta la esquina más alejada y a todos los renegados que se agolpaban frente a él.

Con las manos en la barandilla, sonrió a los presentes y dejó que el silencio se prolongara a propósito. Todos lo observaban ansiosos. Por debajo de la violencia latente y el juego de las apariencias, podía percibir una corriente de miedo fluyendo hasta él. Aquellos vampiros lo temían, temían su calma y su indiferencia; pero, sobre todo, temían su deseo de agradarles.

Los sentidos de William captaron los movimientos que nadie más pudo ver, los renegados estaban demasiado impresionados y expectantes como para darse cuenta. El número de guerreros estaba aumentando sin que se percataran de ello. Se colaban por los accesos como un ligero goteo apenas perceptible, creando un cerco de cuerpos y acero, como un redil conteniendo ovejas.

En pocos segundos llegarían los licántropos, tomarían el tejado y los accesos bajo el suelo. Necesitaba distraer a los renegados un poco más y enmascarar el olor de los lobos. Ellos eran su arma secreta, y debía ser secreta hasta que sus mandíbulas empezaran a moverse desmembrando cuerpos. Solo había un modo de lograrlo y, aunque les costó mucho aceptarlo, por el riesgo que implicaba y lo que suponía, habían llegado a la conclusión de que los sacrificios eran necesarios para alcanzar un bien mayor.

—Bienvenidos... —dijo William.

No se oía nada salvo el sonido de los cuerpos al moverse nerviosos; y

comenzó un discurso preparado al milímetro. Les habló del pasado, de la supremacía de la raza, de lo que esperaba del futuro y del mundo que iba a servirles en bandeja de plata. Un mundo solo para ellos, convertido en restaurante de lujo y sin límite en la carta. En este punto, hizo una pausa.

Desplegó sus sentidos de ángel y los sintió en el tejado. Suaves y silenciosos en su forma humana. Letales y crueles cuando la bestia tomaba el control. Hizo un gesto con la mano y la puerta de la oficina se abrió. Cyrus salió arrastrando por el cuello a un tipo con aspecto de motero, y Stephen hacía lo mismo con otro que parecía a punto de hacerse pis en los pantalones. Habían tenido mucho cuidado a la hora de elegirlos. No podía ser cualquiera, estos debían merecer lo que les iba a pasar, de modo que su pérdida supusiera un bien. Y, desde luego, a esos dos no los iba a llorar nadie salvo sus clientes.

Hora de crear la distracción.

William sujetó por el brazo a uno de los hombres y tiró de él. Por dentro temblaba como un flan, rezando para no sucumbir y mandarlo todo al infierno por un trago de la esencia del humano. Por fuera continuaba siendo el rey: frío, indiferente y con una mirada psicópata que lograba que pensaras dos veces el simple hecho de dirigirle la palabra.

En su mano apareció un cuchillo y sin ningún tipo de preámbulo le abrió la muñeca al humano. Un suspiro ahogado recorrió el edificio, los vampiros se movieron dentro de sus propias ropas, provocando una fría corriente de aire. William colocó una copa bajo la sangre que brotaba profusa. El olor lo mareaba. Sus colmillos pulsaban en sus encías deseando liberarse. Hizo crujir su cuello y alzó la copa rebosante.

—Esto es lo que os prometo y lo que tendréis si me aceptáis. Nadie os tocará un pelo por tomar lo que os pertenece.

Los murmullos se extendieron. Las cabezas se movían de arriba abajo, asintiendo sin parar. El olor dulzón de la sangre lo inundó todo y distrajo a los renegados. William se llevó la copa a los labios y dio un trago mientras sus ojos volaban arriba. Había llegado el momento, y no le quedó más remedio que confiar en cada uno de sus hombres, en su voluntad de hierro y en su entrenamiento para no distraerse con nada que no fuese rebanar cuellos y arrancar corazones.

—Y bien, ¿qué respondéis? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

Un segundo después, los renegados comenzaron a arrodillarse, inclinando sus cabezas en señal de respeto. Una sonrisa se extendió por la cara de William. Abrió los brazos como si quisiera abrazarlos a todos. Su presencia se adueñó del edificio. Una señal y el baile comenzaría. Se llevó la copa a los labios y bebió de nuevo.

—Entonces... Sed bienvenidos a mi reino —dijo con un tono de voz que habría parado el corazón de cualquier ser vivo.

Alzó una ceja y un brillo de diversión iluminó sus fascinantes ojos azules. Soltó la copa, impactó contra el suelo y se hizo añicos. La sangre se extendió por el piso de cemento. La siguieron los cuerpos de los humanos...

Y el caos se desató. Los sonidos del acero y los disparos se mezclaron con los gritos y los gruñidos. Los licántropos irrumpieron y, en pocos segundos, aquel edificio fue el escenario de la mayor carnicería que una ciudad como Nueva Orleans jamás había acogido; y puede que ninguna otra.

El pánico, crudo y descarnado, se apoderó de los renegados.

Pandemónium.

William vació su último cargador. Tiró la pistola al suelo, se llevó las manos al pecho y desenvainó las dagas que llevaba cruzadas sobre él. El estrés era literalmente veneno en su torrente sanguíneo. Apenas era capaz de procesar todos los ataques que recibía. Giraba en un remolino de puñetazos y patadas, que él desviaba con los antebrazos y esquivaba agachando el torso y la cabeza.

Roland apareció frente a él, armado hasta los dientes y con una mirada desquiciada. El renegado parecía de verdad cabreado. William entornó los ojos y se permitió el lujo de sonreírle. Roland le lanzó un tajo con su daga, William interceptó el golpe, lo hizo girar y, utilizando su impulso, lo lanzó contra un grupo que intentaba acorralar a su hermano. Roland se recuperó rápidamente del inesperado impacto y arremetió contra él.

William se apartó en el último momento girando sobre sí mismo; sus brazos eran como aspas y se movieron con precisión. Su mano atravesó tejidos y huesos. Se quedó inmóvil con una rodilla en el suelo y los brazos extendidos, al igual que Roland. La expresión de este era de sorpresa y horror. Muy despacio miró hacia abajo y contempló el agujero en su pecho. Se desplomó hacia delante de golpe.

William dejó caer el corazón del renegado al suelo. Le dio una patada con desprecio y apuntó a su siguiente objetivo. Ser un semiángel tenía sus ventajas, cada vez que lanzaba una de aquellas lenguas de fuego, unos cuantos renegados se convertían en cenizas; pero no podía usarlas sin correr el riesgo de herir a uno de los suyos. Estaban demasiado mezclados, así que tenía que calcular muy bien el momento para no lamentar un daño irreparable.

Intentaba por todos los medios no perder de vista a Robert y a los Solomon, pero entre aquel mar de cuerpos era imposible ver nada ni a nadie.

Los hombres de Daleh eran cuanto habían esperado de ellos y mucho más. Eran auténticas máquinas de combate con los pistones bien engrasados, y parecían funcionar con una perfecta mezcla de alto octanaje, porque no aflojaban el ritmo, ni mostraban cansancio. La mirada de William se cruzó con la del lobo, una milésima de segundo que aprovechó un vampiro gigantesco del

nido de Seattle para abalanzarse sobre Daleh; nada que una daga en el pecho no pudiera arreglar.

Mientras desnudaba los colmillos y un gruñido se elevaba en su garganta, William dio un salto y voló sobre sus cabezas. Giró en el aire como lo haría un proyectil. Un movimiento de muñeca y la cabeza del renegado se descolgó de su cuello a cámara lenta. Al aterrizar sobre el suelo, los pies de William resbalaron en la sangre que lo cubría. Parecía una pista de patinaje en la que sus botas se hundían unos buenos cinco centímetros. Miró a su alrededor. Había sangre por todas partes: las paredes, las puertas, las ventanas; incluso ellos estaban cubiertos por una capa pegajosa que escondía sus facciones, convirtiéndolos en una especie de figuritas de acción, todas iguales. Casi no podía distinguir a amigos de enemigos.

El descuido tuvo sus consecuencias.

Notó un golpe seco en el hombro y la punta de una hoja apareció bajo su clavícula. Sintió el mango del arma golpeándole la espalda. ¡Lo había atravesado de lado a lado! El dolor lo sacudió como un latigazo. Un grito ronco salió de su garganta mientras se giraba y hundía una daga en el cuello del renegado que acababa de apuñalarlo. A unos cuantos metros de donde se encontraba, Mako tenía verdaderos problemas para mantenerse a salvo de las estocadas de dos proscritos. William se lanzó hacia delante como un tren de mercancías, embistiendo todo lo que encontraba a su paso. Era un guerrero increíble, las dagas giraban en sus manos emitiendo destellos bajo las luces. Sus brazos y piernas se movían cambiando de posición más rápido que un parpadeo, con una ejecución y un equilibrio perfectos que tuvieron como resultado otras cuatro bajas en el bando enemigo.

—¿Estás bien? —le preguntó a la chica mientras la sostenía por un brazo.

Ella se llevó una mano al costado y asintió. William no pudo distinguir si se encontraba herida o si solo había recibido un golpe, estaba cubierta de sangre y no sabía si en parte era de ella.

—Voy a sacarte de aquí —le gritó por encima del ruido.

—¡No! —exclamó Mako.

Tarde, William ya se había desmaterializado con ella en brazos, sacándola del infierno que ellos mismos habían desatado. La dejó en un tejado cercano.

—No soy de las que huye —le gritó en cuanto tuvo los pies en el suelo. De repente fue consciente de cómo había llegado hasta allí—. ¿Cómo demonios has hecho eso?

William no respondió. Se quitó el anillo del rey y se lo puso en la mano.

—Si no salgo de ahí, devuélveselo a mi padre.

Desapareció en un latido y Mako se quedó en el tejado completamente sola.

Sarah echó a correr como alma que lleva el diablo. Aún no podía creer que hubiera logrado escabullirse sin que se dieran cuenta. Los nefilim estaban tan concentrados en repasar el ataque que, cuando Emerson le pidió que preparara café, y ella le hizo notar que se habían quedado sin agua, la enviaron al río sin nadie que la vigilara.

Ni siquiera se paró a pensar. Cogió una de las botellas y sin mirar atrás se encaminó al arroyo, pero no se detuvo allí, sino que continuó corriendo. Podría haber tomado cualquier dirección. Había conseguido algún dinero, suficiente para un billete de autobús que podría llevarla a cualquier parte lejos de allí, lejos de Emerson y de su grupo de psicópatas. Pero no lo hizo.

Alcanzó la orilla del lago y continuó corriendo sin detenerse. Tenía la sensación de que escapaba de un agujero peligroso para lanzarse sin cuerda a otro mucho peor. Algo inexplicable en su interior la empujaba a hacer estupideces, como ir al encuentro del híbrido por el que perdía la capacidad de hablar y que no dudaría en matarla a la menor ocasión, para intentar salvarle la vida.

A través de los árboles distinguió la casa. Había luces encendidas en el interior. Apretó el paso. Su respiración se asemejaba más a los estertores de un moribundo que a la de una joven sana. Sentía el sabor de la sangre en la boca, tan seca que los labios se le habían agrietado y la garganta la tenía en carne viva. Un líquido caliente escapó de su nariz. Lo notó resbalando por la comisura de su boca hasta la mandíbula. Había forzado demasiado su cuerpo para llegar hasta allí. Casi se derrumbó al pisar el primer peldaño del porche.

La puerta se abrió de golpe y Adrien apareció en el umbral. Sarah no lo creía posible, pero al verlo delante su corazón empezó a latir con más fuerza. Tras él, Kate se asomó por encima de su hombro.

—¡¿Tú?! —exclamó Adrien. Su mano voló hasta la daga que escondía bajo su camiseta.

Kate reaccionó a tiempo y se la arrebató de las manos.

—¿Qué haces? —lo reprendió.

—Van... a... ata... caros... Van... a... Están... a... punto... de lle... gar.

Sarah cayó de rodillas.

Kate empujó a Adrien a un lado y se arrodilló junto a la chica. Un grito ahogado escapó de su boca cuando vio el estado de sus zapatillas, estaban deshechas y a través de los agujeros se le veía la piel ensangrentada.

—¿Cuánto llevas corriendo?

—Muchos... kilómetros a tra... vés del... bosque —resollló.

—¿Qué quieres decir con que van a atacarnos? —gruñó Adrien. La agarró sin miramientos de un brazo y la puso de pie a la fuerza—. ¿O es otra de tus tretas?

Nos la jugaste una vez; esa fue la primera y la última.

—No es... una treta.

—¡Y un cuerno! —le espetó él, sacudiéndola sin compasión.

Kate apartó a Adrien y lo obligó a que la soltara.

—Tranquilízate —le ordenó. Se acercó a Sarah y con una mano en su cintura la ayudó a sostenerse—. Vamos adentro. Te daré un poco de agua y me contarás por qué estás aquí, ¿vale?

—De eso nada. O se larga o le rebano el cuello —dijo él; y no lo decía para impresionar a nadie.

Kate solo tenía deseos de agarrar el macetero que había sobre la repisa de la ventana y estampárselo en la cabeza. Cuando se cerraba de aquel modo, razonar con él era imposible.

—Es mi casa, la acogeré si me da la gana —replicó con tono severo.

—No puedes estar hablando en serio —masculló él, pegándose a su oído—. Nos tendió una trampa y aquellos nefilim, sus amiguitos, casi nos matan a William y a mí. No podemos confiar en ella.

—Mírala, si no es capaz de tenerse de pie.

—No lo necesita. Ella es el caballo de Troya, como la otra vez. No me gusta. Seguro que es una trampa. Seríamos idiotas si picáramos de nuevo.

—Tengo un presentimiento. Algo me dice que debemos escucharla.

Adrien se pasó una mano por el pelo, intentando tomar una decisión.

—Definitivamente soy idiota —dijo mientras empujaba a la nefilim dentro de la casa—. Empieza a hablar.

—Me... llamo Sarah.

—¿Acaso crees que me importa tu nombre? —explotó él.

Sarah se encogió y apretó los párpados muy fuerte. Estaba aterrorizada, aunque esa sensación ya formaba parte de ella. Se obligó a mirarlo y cerró los puños para sacar fuerzas. Nada podía ser peor que todo lo que ya había soportado.

—El grupo de nefilim que os atacó este verano lo dirigía un hombre llamado T.J., estaba loco y era peligroso. Emerson es su hermano pequeño, es mil veces peor que T.J., y está ahí fuera, en alguna parte de ese bosque, viniendo hacia aquí para vengar la muerte de su hermano —fue su breve explicación.

Adrien y Kate se miraron un instante. Tras ellos, Cecil y Ariadna aparecieron junto al guerrero. Marie bajó del piso de arriba.

—¿Quién es? —preguntó la vampira.

—Alguien con los minutos contados —respondió Adrien.

Sarah los observaba muerta de miedo, intentando mantener la compostura y no derrumbarse.

—No miento —insistió al ver que todos guardaban silencio, sometiéndola a un incómodo escrutinio.

—¿Esperas que crea que has venido hasta aquí para avisarnos de que tus hermanitos *Quiero Unas Alas Doradas* pretenden cortarnos el cuello esta noche? —preguntó Adrien. Sarah asintió sin dudar—. ¿Y por qué ibas a traicionar a tu gente para ayudarnos? ¿De verdad esperas que me lo trague?

Sarah alzó la barbilla y le sostuvo la mirada con aplomo. Durante un instante se perdió en sus ojos negros y su corazón volvió a revolotear en su pecho; y esta vez no fue por miedo.

—No son mi gente aunque pertenezcamos a la misma especie. Yo no soy como ellos, nunca he hecho daño a nadie. Y os lo debía por lo que pasó. —Bajó la vista y se abrazó el estómago mientras lanzaba miradas preocupadas a las ventanas—. Ya deben saber que me he escapado. Debo irme o volverán a atraparme; y vosotros deberíais hacer lo mismo.

Adrien se quedó callado sin dejar de mirar a Sarah. Su instinto le decía que no estaba mintiendo. Sacó su teléfono del bolsillo y buscó en la marcación rápida el teléfono de Jared.

—Problemas, y de los grandes —dijo cuando este descolgó.

Sarah dio media vuelta dispuesta a marcharse por donde había venido, con la esperanza de contar todavía con algún minuto que le permitiera huir de Emerson.

—No podemos dejar que se vaya, está sola. Y ha elegido venir hasta aquí para avisarnos, cuando podría haberse largado sin más —susurró Kate a Adrien, cogiéndolo del brazo.

Adrien sacudió la cabeza.

—No somos una ONG —replicó él.

Kate frunció el ceño y lo reprendió con la mirada. Adrien lanzó una maldición y salió tras la chica.

—Eh. —La detuvo con una mano en el hombro y se esforzó por parecer un poco más amable. Aunque el cambio no se notó mucho, el tono de su voz solo había pasado de ser ácido a áspero como un trozo de lija—. Puedes quedarte aquí si no tienes a dónde ir. Total, para morir, cualquier sitio sirve. Y si has dicho la verdad, quizá no pasemos de esta noche.

Sarah se dio la vuelta. Aquello era lo último que esperaba oír. Se quedó petrificada, con la garganta seca, mirándolo incapaz de decir nada. Cuando él apartó la mano, ella sintió un escalofrío. Contempló la firme línea del cuello de Adrien que desaparecía bajo la camiseta..., y notó un calor sofocante ascendiendo por sus mejillas. De repente fue consciente de que llevaba días sin pisar algo más que el baño de una gasolinera y el agua helada del arroyo. Tenía el pelo sucio y enmarañado, la cara cubierta de arañazos; y estaba segura de que no olía muy bien. Sí, desde luego, aquel era el momento perfecto para preocuparse por eso.

Asintió sin estar muy segura de si era la mejor decisión, pero, de momento, no quería ir a ninguna otra parte. No tuvo tiempo de pensar mucho más en el

asunto. Sus ojos volaron al camino, donde una furgoneta avanzaba hacia la casa a toda velocidad. Notó cómo el brazo del chico cruzaba por su estómago y la empujaba hacia atrás, hacia el interior de la casa.

El guerrero apareció al lado de Adrien empuñando dos espadas gemelas, dispuesto a abalanzarse sobre cualquier peligro que pudiera surgir del vehículo. La furgoneta se detuvo con un fuerte frenazo y una mujer salió del interior de un salto. Los ojos de Adrien se abrieron como platos; aquella se estaba convirtiendo en la noche de los fantasmas. Contempló a la vidente, mientras ella lo miraba a él sin parpadear, abrazada a un viejo libro. Su pecho se agitó con un mal presentimiento. Cada vez que una de esas antiguallas aparecía, no era por mera casualidad. A este paso iban a reunir una colección digna de una biblioteca.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Salma.

—Eres la vidente —respondió él con voz grave, sintiendo como el aire de la noche se volvía espeso a su alrededor. Su mente se iluminó con una idea que lo dejó frío—. ¿Qué has visto?

—Muchos cadáveres. Un mar de sangre. Y esto... —Agitó el diario—. Lo que sea que vais a llevar a cabo, tenéis que dejarlo antes de que sea tarde.

—¿Tarde para qué? —preguntó Adrien.

—Para el fin del mundo.

—Explicate —la urgió, moviendo una mano para que se acercara. Ella vaciló—. Mira, has venido hasta aquí, así que dudo mucho que tu seguridad sea lo que más te preocupa. Pero, si te sirve de algo, nadie va a hacerte ningún daño.

Salma inspiró hondo, como si tratara de olvidar un mal momento.

—Hace unas horas he visto morir a una amiga en manos de un demonio, mientras intentábamos conseguir este libro. No creo que pueda ocurrirme nada peor que eso.

—¿Demonios? —repitió Adrien.

Ella asintió, aún conmovida. Se acercó a Adrien y lo siguió a la casa.

Desde el porche, Kate miraba atónita a la vidente. Se frotó el brazo en el mismo punto donde aquella noche la mujer le clavó las uñas, mientras le pedía que tuviera cuidado con el demonio de ojos rojos que intentaría arrebatarle su don más preciado. Su aviso fue innegable hasta cierto punto; poco días después, un semiángel, y no un demonio, le arrebató su humanidad.

Se miraron a los ojos y Kate creyó que la mujer podía desnudarle el alma si se lo proponía.

—Me hubiera gustado equivocarme —dijo Salma en un susurro—. Lo siento.

Kate no respondió y se limitó a seguirlos hasta la sala.

Salma dejó el libro sobre la mesa. No tenía más de cuarenta páginas, y la encuadernación se limitaba a unos cuantos agujeros por los que pasaba un fino cordón manteniendo las hojas unidas. Se recogió el pelo tras las orejas y miró a los presentes sin poder evitar que el estómago se le encogiera.

La puerta se abrió de golpe y Jared entró a la carrera, seguido de un joven licántropo: un nuevo recluta de Samuel.

—Empecé a tener visiones después de que fueras a buscarme por el cáliz. —Salma abordó el tema sin más dilación.

—¿Ya la conocías? —preguntó Kate a Adrien.

—Es una larga historia —respondió Adrien sin intención de profundizar en los detalles—. Continúa, por favor —le pidió a Salma.

La vidente se había ganado su respeto cuando le mostró el camino hacia el cáliz. No era ninguna farsante, de eso no tenía la más mínima duda. Así que, si había ido hasta allí, y viendo lo alterada que se encontraba, iba a tomarse muy en serio cualquier cosa que dijera.

—He tenido visiones muy extrañas. Al principio no lograba interpretarlas. Eran fragmentos inconexos, sin mucho sentido, pero hace dos semanas se tornaron más nítidos y empecé a ver vuestros rostros.

—¿Qué más? —presionó Adrien al ver que se detenía. Sarah no dejaba de moverse y de asomarse a las ventanas, preocupada, y lo estaba poniendo de los nervios.

—He visto a un hombre escribiendo este libro. Vivió hace mucho tiempo, puede que cientos y cientos de años atrás. También tenía visiones, como yo. Mis visiones están directamente relacionadas con él, es como si yo reviviera lo que él veía en aquel tiempo. No encuentro las palabras para explicar...

—Te agradezco toda esta charla, Salma, pero... ¡no me estás explicando un cuerno! No tienes que convencerme, ¿vale? Digas lo que digas, creo que voy a creerte. —Se dio la vuelta—. ¿Podrías quedarte quieta un segundito? —le ladró a Sarah.

—Tenemos que irnos, ya —susurró la nefilim.

Salma continuó sin perder tiempo.

—Vale. Todas estas visiones que he tenido, creo que son cosas que van a pasar, pero que no deben pasar. Cada una es la imagen de un hecho concreto, una cadena de sucesos que conducen a un fin escrito hace mucho, y que anuncian algo malo. Como si fueran las vueltas de una llave en una cerradura, y cuando la llave gire por última vez, una puerta que no debería abrirse jamás, liberará la oscuridad que ha estado conteniendo.

Adrien se pasó una mano por la cara. Que le arrancaran un brazo si había entendido algo.

—Vale. Empieza por describirme esas visiones.

Salma asintió, y señaló a Kate.

—La vi a ella a punto de ser sacrificada. Y a ti y al otro vampiro, tu amante —aclaró dirigiéndose a Kate—, vertiendo vuestra sangre en un cáliz. El mismo cáliz por el que me preguntaste aquella noche. Después he visto cientos de vampiros saliendo bajo la luz del sol sin que este les cause daño. He visto a

hombres de otros tiempos convertirse en lobos y desprenderse de unas cadenas invisibles que doblegaban su voluntad. ¡No se les debe liberar, nunca! —enfático la última palabra.

Kate y Adrien cruzaron una mirada, no había que pensar mucho para darse cuenta de que la vidente hablaba de Daleh y su manada. ¿Quién si no? Pues el aviso llegaba tarde. Salma continuó:

—Vi un mar de sangre, cientos de cuerpos despedazados y una sombra que cobraba fuerza con cada visión. Estoy segura de que todo eso está escrito en estas páginas. —Posó la mano sobre la cubierta del libro—. Supe de inmediato que todas las respuestas estaban aquí, y que sean lo que sean esas visiones, no deben cumplirse o estaremos iniciando el Apocalipsis. Y no hablo metafóricamente. También he visto ángeles, y no querubines como los que aparecen en los retablos. Estos eran peligrosos y luchaban entre sí reduciendo este mundo a escombros. Todo perecía bajo el fuego. —Tragó saliva—. No importa qué ocurra, ni las consecuencias, pero esas cosas que he visto no deben ocurrir. ¡No pueden pasar!

Adrien cogió el libro y comenzó a hojearlo.

—Está escrito en una lengua que desconozco —comentó Salma—. Si consiguiéramos descifrarlo, quizá podríamos averiguar más cosas y saber qué hacer.

—Es enoquiano —susurró Adrien.

—¿La lengua de los ángeles? —preguntó la vidente.

El vampiro asintió y ella se abstuvo de preguntar cómo conocía esa lengua.

Adrien comenzó a leer, mientras lo hacía le preguntó:

—¿Cómo lograste el libro?

Salma palideció y pensó en Lena, muerta sobre el asfalto.

—Lo vi en uno de mis trances. El lugar, la hora... Vi a esos demonios saliendo de la casa, distraídos durante unos minutos, y algo me dijo que debía ir a buscarlo. Que debía traerlo hasta aquí. No sabía el precio que tendría pagar: la chica que me ayudaba murió asesinada por uno de esos seres.

Kate se acercó a ella y puso una mano en su hombro.

—Siento lo que le ha pasado a tu amiga.

Salma le dedicó una sonrisa de agradecimiento y le dio una palmadita en la mano.

Adrien se concentró en el texto. Dejó escapar un siseo que logró captar la atención de todos los presentes. Se estremeció para liberarse de toda aquella desagradable energía que se estaba apoderando de él. Llegó a un pasaje que ya conocía y una sensación incómoda se instaló en su pecho mientras leía. ¡Tenía entre sus manos la maldita profecía que durante meses había buscado para intentar saber qué tramaba en realidad Mefisto!

—*De la semilla del primer maldito nacerán dos espíritus sedientos de sangre. Uno heredero de la luz y el otro de la oscuridad. El equilibrio perfecto. Tan*

poderosos que con una palabra darán vida a la muerte y muerte a la vida. Cuando la noche venza al día en su plenitud, la oscuridad dominará con sus sombras a la luz. Sobre el cáliz que alimentó a la primera plaga, los espíritus derramarán su sangre mancillando la tierra sagrada, y aquellos que se ocultan en las tinieblas caminarán bajo la estrella de fuego a salvo de las llamas. Se abrirán las puertas del averno y el mal que guardan abandonará su destierro.

Vale, aquello empezaba a pintar bastante mal. Adrien continuó:

—El pecado de la carne expiará con magia y el castigo forjará la nueva raza. Cuerpo de hombre, alma de bestia. El espíritu noble de corazón atormentado, el primero de todos, el Guerrero, será coronado rey y gobernará la tierra desde un trono impuesto. Bajo su espada los enemigos tornarán aliados. La réplica devolverá la nobleza a los padres de la raza. Prisioneros de la marca, doblegados por el honor; sometidos por las cadenas invisibles del perdón.

» Y el hijo destronado, el hermano derrocado, el dragón derrotado iniciará su ascensión.

Adrien resopló y se pasó una mano por la cara.

—El dragón derrotado iniciará su ascensión —repitió—. No soy muy bueno interpretando acertijos, pero no me gusta cómo suena todo esto.

—Continúa —rogó Kate.

—El castigo será cumplido, la falta enmendada y los pecados perdonados. La muerte cobrará su precio, los errantes regresarán al abismo, y en un mar de sangre renacerá el caído. El tirano se alzaré. Y el alma más pura, dos veces nacida, dos veces marchita, completará el ciclo restituyendo con un sacrificio lo que una vez le fue concedido.

» Donde el cielo cae, dando nombre a la tierra. Ante los que un día estuvieron y ya no se encuentran. Ante los que fueron carne y en polvo se desvanecen. Una promesa cumplida traerá consigo el fin de los días. El velo caerá, la oscuridad retornará, y la tierra llorará sangre cuando los primeros hijos se desafilén.

Adrien dejó de leer y clavó sus ojos en Kate. Ella le devolvía la mirada completamente desesperada, también había llegado a la misma conclusión que él.

—¡Es vuestra profecía! No acabó con la maldición, hay mucho más y la estamos cumpliendo sin darnos cuenta —dijo ella con la voz apagada, como contenida.

Adrien se quedó callado, pero sus ojos hablaban por él. Los peones de un juego, eso eran, simples piezas en un tablero que manejaban otros. Un juego que no iba a detenerse hasta el final y que ganaría el más taimado y mezquino. Algo le decía que ese era Mefisto, su «queridísimo» padre. Él lo había iniciado y, hasta ahora, lo había dominado; pero Adrien pensaba cambiar ese final, costara lo que costara.

—Tengo que hablar con William. Hay que parar la masacre —dijo mientras sacaba su teléfono móvil del bolsillo de sus pantalones.

—¿Qué? No podemos hacer eso, no a estas alturas —dijo Jared.

—Escucha, *ese mar de sangre* hace referencia a la matanza de esta noche. Estoy seguro. Cientos de renegados muertos bajo la espada *del Guerrero*, ese es William. ¿Y quiénes crees que son los aliados bajo su mando? —Jared palideció, y Adrien añadió—: Exacto, los clanes de vampiros y licántropos. Mira, lo siento, pero todos los que estamos aquí hemos comprobado que estas cosas se cumplen; y que cuando lo hacen, la situación empeora. No me voy a arriesgar a provocar... a provocar... —No encontraba las palabras.

—El fin del mundo —terminó de decir Salma—. Con azufre, fuego y toda la parafernalia que podáis imaginar. Lo he visto.

Kate se quedó mirando a la vidente, pálida como un cirio. Sus piernas apenas la sostenían.

—Llama a mi hermano —rogó Marie, que miraba pasmada a la adivina.

Kate sacudió la cabeza, de acuerdo con la idea.

Adrien empezó a marcar el número en su teléfono; los cientos de kilómetros que los separaban impedían la conexión mental. Desmaterializarse hasta Nueva Orleans no era una opción, no con la amenaza de un posible ataque nefilim. La aparición de Salma no había hecho que se olvidara de ese pequeño detalle. Soltó una maldición. ¿Qué más podía salir mal?

—¡Están aquí! —exclamó Sarah. Se apartó de un salto de la ventana y se pegó a la pared.

Adrien, con el teléfono pegado a la oreja, la miró un segundo; el tiempo que necesitó para darse cuenta de a qué se refería. Abrió la boca para gritarles que se pusieran a cubierto, pero no tuvo tiempo. Los cristales de las ventanas estallaron y una lluvia de flechas de ballesta llovió sobre ellos. Apenas tuvo tiempo de rodear a Salma con un brazo y arrastrarla con él al suelo. Ella era humana, por lo tanto la más débil, y una pieza clave en todo el asunto de la profecía que no podía perder.

—Ve arriba, sube hasta la buhardilla. En el pasillo, en el techo, hay una trampa que lleva a un pequeño desván. Escóndete allí —la urgíó.

Salma no dudó, salió a gatas del salón y se precipitó escaleras arriba.

Una segunda lluvia de flechas penetró en la casa. El guerrero, que William había dejado bajo las órdenes de Adrien, cruzó la habitación de un salto y rodeó a Kate con sus brazos al tiempo que la empujaba contra la pared para protegerla. Tres flechas impactaron en la espalda del soldado, de las que no dio muestra de percatarse. Se apartó de Kate para examinarla de arriba abajo. Sus ojos brillaron por el alivio al comprobar que ella se encontraba bien.

—Gracias —logró decir Kate.

—Mi reina —dijo el vampiro con una inclinación de cabeza. Le colocó una daga en cada mano—. No os separéis de mí.

Kate no pensaba discutir esa petición. Se pegó al vampiro mientras otra de las ventanas reventaba y acababa convertida en una miríada de fragmentos brillantes esparcidos por el suelo. El olor a quemado se extendió por el aire. La alfombra estaba ardiendo.

Adrien miró a su alrededor, desesperado. Un rápido vistazo al exterior le mostró lo que ya sabía. Una veintena de tipos tatuados corrían hacia la casa. Y él solo contaba con un guerrero, dos licántropos que aún no habían alcanzado la madurez, su madre, su hermana, Marie y Kate; y una nefilim que yacía acurrucada en una esquina completamente aterrada e incapaz de moverse. Rodó por el suelo hasta ella.

—¿Sabes usarla? —le preguntó mientras le ponía una pistola en la mano. Solo

estaba cargada con balas de plata, pero balas al fin y al cabo, y, aunque se necesitaban varios disparos en zonas vitales para cargarte a un nefilim, era mejor que nada. La chica meneó la cabeza con ojos llorosos—. Bueno, tú apunta al cuerpo y dispara. Con una bala en el estómago serán más lentos.

Adrien pensó qué hacer. Necesitaban un milagro. Iban a masacrarlos. Ni siquiera desmaterializándose conseguiría sacarlos a todos de allí. Pateó aquellos pensamientos al fondo de su cerebro, mientras corría a la cocina a por el arsenal que guardaba en su bolsa. Ponerse histérico no iba a cambiar el resultado. Regresó en la sala y empezó a repartir armas.

—Si llevan cadenas, no se os ocurra transformaros si os atrapan —le dijo a Jared y al otro chico.

Jared asintió y tomó las armas que le ofrecía.

—¿Listo? —preguntó Adrien al guerrero. El tipo hizo crujir los huesos de su cuello y adoptó una posición de ataque.

Los nefilim entraron en la casa a través de puertas y ventanas. Adrien se abalanzó sobre los dos que tenía más cerca, y una sonrisa peligrosa desnudó sus colmillos. Sus muñecas se movieron con dos giros certeros y el olor a sangre se mezcló con el del humo. Un par menos, aun así eran demasiados.

Kate alzó la cabeza hacia un nefilim que debía medir al menos dos metros. Durante un instante se quedó paralizada.

El hombre levantó el brazo, dispuesto a hundir una estaca en su pecho. Sonó un disparo que le acertó en el hombro. El nefilim soltó un grito y se le escapó la estaca de entre los dedos, ladeó la cabeza para ver quién le había disparado. Sarah le apuntaba desde el otro extremo de la habitación, temblando de arriba abajo; parecía que el arma se le iba a escurrir de las manos en cualquier momento.

Kate aprovechó la distracción y recordó sobre la marcha todas las lecciones que William le había dado. Le propinó un empujón en el pecho. El tipo cayó hacia atrás y rodó por el suelo para alejarse de ella. Kate no perdió el tiempo. Se lanzó hacia delante y corrió a por él. Pisó una silla y saltó en el aire, su pie izquierdo encontró la pared y la utilizó para impulsarse más arriba. Mientras volaba levantó la daga que tenía en la mano y cayó sobre el nefilim antes de que lograra ponerse derecho, enterrando la hoja en su pecho hasta la empuñadura. La giró con un rápido tirón hacia la derecha y después hacia abajo. Notó los huesos partirse y un charco de sangre se formó a sus pies. El nefilim se desplomó en el suelo completamente muerto.

Sus ojos recorrieron la escena. Los nefilim los triplicaban en número; no lo iban a conseguir. Una sensación de urgencia se apoderó de ella. Tenía que ponerlos a salvo, no podía perder a nadie más. Algo empezó a despertar en su interior, un instinto desconocido que no sabía que poseía y que la dominó por completo.

Repitió la misma táctica. Se lanzó hacia delante, saltó sobre la mesa y se impulsó con el pie, alcanzando la altura suficiente para volar por encima de un par de nefilim que iban a por Sarah. Aterrizó en el suelo, giró sobre sí misma y abrió los brazos en cruz. Golpeó hacia atrás y hundió las puntas de las dagas en el espacio entre sus vértebras, seccionándoles la espina dorsal. Se desplomaron sin más.

Una chica la golpeó en el costado con un trozo de madera que había arrancado de algún mueble. ¡El aparador de su abuela! Ignoró el dolor y el crujido de los huesos. Se giró hacia ella, le arrebató la improvisada estaca y la sacudió como si fuera un bate de béisbol. No dudó, ni siquiera ante la expresión de súplica de la muchacha. De repente, esas emociones que la hacían humana habían desaparecido. No sentía compasión, ni lástima, nada; solo el deseo de hacerle pagar que quisiera herir a las personas que le importaban. La golpeó en el estómago, y el impacto lanzó a la nefilim contra una vitrina. Antes de que pudiera levantarse, Kate le atravesó el pecho.

Su auténtica naturaleza, la que había mantenido oculta en un estado latente, tomó el control. Ni siquiera sabía que era capaz de comportarse como una asesina en serie sangrienta. Pues bien, lo era, y se sentía fantásticamente bien con esa nueva faceta.

En el vestíbulo, junto a la escalera, Ariadna tenía problemas para contener el ataque de un tipo de piel oscura y ojos muy claros. Costaba creer que alguien tan hermoso pudiera poseer una mirada tan sucia y desprovista de sentimientos. Corrió hasta ellos evitando los golpes que Adrien y un nefilim, que atendía al nombre de Emerson, se estaban propinando en medio de la sala. Por suerte, ella tampoco se sentía muy compasiva en ese momento. Vislumbró una espada en el suelo, la cogió al paso y la esgrimió con toda la fuerza que pudo invocar a sus brazos. Con un rugido de furia le cercenó la cabeza al hombre.

Ariadna lanzó un grito de socorro. Arriba, junto a la escalera, Cecil estaba en el suelo con uno de aquellos semiángeles sentado a horcajadas sobre sus caderas mientras la atacaba con una daga. Los brazos de la vampira presentaban cortes que sangraban de forma abundante, los estaba usando a modo de escudo para protegerse de las cuchilladas.

Kate y Ariadna corrieron en su auxilio escaleras arriba, pero no pudieron llegar hasta ella. Un hombre con el tamaño de un luchador de sumo, las agarró por la espalda y las hizo volar por encima de su cabeza. Ariadna impactó contra la pared y Kate cayó sobre el perchero que colgaba junto a la puerta. Notó cómo uno de los ganchos de metal se clavaba en su espalda y le rasgaba la piel mientras caía al suelo.

El nefilim saltó sobre ella empuñando un cuchillo de cocina. Pero, en lugar de asestarle una estocada, en el último momento, su mano cambió de dirección y se apuñaló a sí mismo a la altura del corazón. Cayó sobre Kate sin vida.

Kate salió de debajo del cuerpo sin dar crédito a lo que acababa de ver. Arriba, Cecil contemplaba en estado de shock cómo una sombra con apariencia de hombre le partía el cuello al tipo que intentaba matarla. La sombra se volvió sólida al saltar desde arriba al vestíbulo, y Kate vio a un hombre de piel cetrina con los ojos completamente negros. Arrancó a su paso un barrote de la barandilla y ensartó a un nefilim que corría hacia él.

—¿Quién eres tú? —logró preguntarle Kate.

—La caballería —respondió el ser con una sonrisa maliciosa.

Con los ojos como platos, Kate comprobó que en la casa había otros dos... (lo que fueran aquellos seres), luchando contra los semiángeles. Uno de ellos recibió un buen tajo dirigido a Marie; ni siquiera tembló. Apartó a la vampira a una posición segura y encajó otro corte que llegó hasta el hueso de su antebrazo. Con ese mismo brazo, atravesó el pecho de su atacante y un corazón palpitante acabó en su mano. Kate lo observaba atónita, por eso no vio venir a otro nefilim empuñando contra ella un arma que se asemejaba a una lanza.

Se giró en la última décima de segundo; demasiado tarde para reaccionar. Kate extendió las manos, como si así pudiera detener el golpe que iba dirigido a su pecho. La punta de la jabalina chocó contra un muro invisible de energía, que se desplazó a través del arma y lanzó hacia atrás al hombre. Acabó clavado a la pared por el cuello, colgando de forma grotesca, mientras la vida se le escapaba sin ninguna clemencia.

Una mano agarró a Kate por el cuello y la puso de pie como si pesara menos que nada.

—¿A que te alegras de que no sea un chico obediente? —susurró una voz junto a su oído.

Kate vio a Marak por el rabillo del ojo. Sonreía con prepotencia, y era evidente que estaba disfrutando con la situación. A ella no le quedó más remedio que responder que sí.

Marak soltó una risita y la tomó en brazos. Salió con ella al porche y la alejó de la casa unos metros antes de dejarla en el suelo.

—No sé cómo lo has hecho, pero... gracias —dijo ella.

—No permitiré que nadie le haga daño a mi pequeña. Aunque, algo me dice que no necesitas que te proteja, ¡ya no! —exclamó con un brillo fiero en los ojos—. Mi niña, puedes hacerlo tú sola, y muy bien. ¡Eres una caja de sorpresas! ¡Y me encantan las sorpresas!

Kate se estremeció con el sentimiento de posesión que tenía su voz, y dio un paso atrás sin entender de qué estaba hablando. Marak acortó ese paso y la sujetó por el cuello con ternura, con una mano mucho más sólida que la última vez que pudo tocarlo. Todo él parecía más consistente. Le acarició la piel con el pulgar y Kate notó un revoloteo en su pecho, como si su corazón hubiera comenzado a latir de nuevo y quisiera abandonarla.

—Ahora me debes un favor —dijo él, acercando su cara a la de ella. Sus labios casi se rozaban—. Uno muy grande.

—Yo no te he pedido nada —replicó Kate, un tanto confundida y recelosa.

—Es cierto, no lo has hecho. Pero ellos, tus amigos, están vivos gracias a mí —le hizo notar, señalando con uno de sus dedos la casa—. Me debes un favor.

—Eso depende de lo que pretendas pedir a cambio —replicó ella sin estar muy segura de si Marak hablaba en serio o solo le estaba tomando el pelo.

Marak frunció los labios con un mohín. Le chispeaban los ojos con un brillo inusitado que escondía su color castaño.

—Nada que no puedas darme —susurró él con complicidad. Una enorme sonrisa se extendió por su cara, y Kate se dio cuenta de que hablaba completamente en serio. Estaba en deuda con él.

Dentro de la casa los sonidos cesaron.

Adrien miró a su alrededor. Aquellos tipos que habían aparecido de la nada eran el milagro que había suplicado. Se habían desecho de los nefilim que quedaban con vida en un visto y no visto. Una treintena de cuerpos despedazados salpicaban toda la planta baja y la escalera. Algo así era difícil de esconder. Bueno, ya tendría tiempo de pensar en eso. Buscó a quiénes de verdad le importaban. Jared atendía en el suelo al otro licántropo.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí, solo tiene una herida en el costado, pero está sanando —respondió el chico.

Adrien vio a su madre y a su hermana ayudando a Marie a sentarse. La vampira tenía una flecha atravesándole el muslo de lado a lado. Ella misma la sacó con un fuerte tirón mientras apretaba los dientes. El guerrero recuperaba las fuerzas; bajo su brazo se encontraba Sarah. La chica respiraba con dificultad y tenía un golpe bastante feo en la frente. Oyó un pitido y una ligera vibración. Vio su móvil junto al sofá, se estaba quedando sin batería.

¡William! Debía avisar a William para que no continuara adelante. ¡Maldita profecía! Esperaba que Salma se encontrara bien, necesitaban a la vidente para intentar salir de toda aquella locura. Las teclas del móvil estaban cubiertas de sangre y le costó pulsar los números. Los tonos se sucedieron. William no contestaba al teléfono. Adrien empezó a ponerse cada vez más nervioso, pensando en los motivos por los que no respondía. ¿Y si ya había empezado la masacre?, ¿podría aún detenerla? ¿Y si estaba muerto? ¡Dios, puede que ya estuviera muerto, que todos estuvieran muertos! Apretó el teléfono contra su oreja mientras recorría la casa con un nudo en el estómago.

—¡Kate! —gritó. No la veía por ninguna parte y todo su cuerpo se puso en tensión con un brote de pánico—. Kate —gritó con más fuerza.

—Estoy aquí.

Adrien corrió hasta el porche y se quedó de piedra. Kate estaba junto a un

hombre que logró que todos sus instintos y sentidos se volvieran locos. Algunas partes de su cuerpo se transparentaban, aunque empezaban a cobrar solidez por momentos. Tras él, se materializaron los tres hombres que les habían salvado la vida.

—Marak me sacó de la casa, vino a ayudarnos —dijo ella con una sonrisa de alivio.

Adrien no parpadeaba. Por supuesto que habían venido a ayudarles; aquella aparición empezaba a cobrar sentido.

—Ese no es Marak —indicó con un tono de voz tan frío como el hielo.

—Claro que sí. —Kate parpadeó—. Un momento, ¿puedes verle?

Adrien asintió sin apartar los ojos del tipo y alargó la mano hacia Kate.

—Aléjate de él, rápido.

Ella sacudió la cabeza, sin entender qué pasaba.

—No va a hacerme daño. Marak acaba de...

—Te digo que ese no se llama Marak —insistió él—. Y mucho menos es un fantasma. Es el Caído. ¡Aléjate de él!

—¿Qué quieres decir? No es un caído, es un fantasma, mira su cuerpo...

Los ojos de Kate se abrieron como platos, el cuerpo de Marak se estaba volviendo completamente sólido ante su mirada.

«... y en un mar de sangre renacerá el caído», pensó Adrien. Empezó a comprender: con cada paso de la profecía cumplido él se fortalecía en la tierra, y ahora tenía un aspecto más que saludable.

—No es un caído cualquiera. Es el Caído, ese es Lucifer.

Kate retrocedió de prisa hasta chocarse con el pecho de Adrien. Él la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Hola, sobrino —dijo Lucifer. La sonrisa que iluminó su cara era maldad en estado puro—. Tu padre me ha contado cosas sobre ti que me han impresionado. Es raro que mi hermano muestre afecto por alguien, pero a ti te ama... A su manera, claro está, pero te ama. ¡No sé si sentirme celoso!

—Puedes decirle a mi padre —escupió la palabra—, que él y yo tenemos un asunto pendiente. Un día de estos, me quedará con su cabeza como trofeo.

Marak se echó a reír con ganas. Unas carcajadas fuertes y claras inundaron el tenso silencio. Los Oscuros que lo acompañaban rieron con él.

—Desde luego, es digno de ser tu heredero —dijo Lucifer.

El aroma a tabaco turco llenó el aire y unos pasos sonaron sobre la hojarasca. Mefisto apareció con paso lento y seguro, mientras daba largas caladas a un cigarrillo.

—Es blando como su madre —susurró con voz envenenada. Alzó los ojos hacia el porche y le dedicó una sonrisa a Ariadna, que estaba tras su hijo con los puños apretados—. Querida —saludó. Se giró hacia su hermano—. Si has terminado de jugar...

—Por supuesto —suspiró Lucifer. Sus ojos oscuros se clavaron en Kate—. Adiós, mi dulce niña, y no olvides nuestra conversación.

Kate le sostuvo la mirada. Una mirada plateada que él ya no escondía. Estaba enfadada. Se sentía como una marioneta a la que obligaban a moverse a un son que no le gustaba. Era la mayor idiota del mundo por pensar que todo tenía un lado bueno. Creyó en Marak e ignoró sus instintos, los avisos que le gritaban que se equivocaba y que debería desconfiar. Se paseó con ese libro durante días hasta que cumplió con la labor que esperaba de ella; y no lo había visto venir. ¿Y ahora qué?

—¿Qué quieres de nosotros? ¿Qué quieres de mí? —gritó Kate exasperada, pero no halló respuesta. Se desvanecieron sin más.

William no dejó de caminar hasta alcanzar el borde del muelle. Los gritos y el fragor de la batalla aún resonaban en sus oídos, pero ese estruendo ya formaba parte del pasado. El puerto estaba sumido en un silencio sepulcral, roto tan solo por el arrastre de cuerpos hasta el centro del edificio. Los guerreros amontonaban los cadáveres en una improvisada pira funeraria; el fuego limpiaría cualquier rastro y purificaría el lugar. La tonelada de productos inflamables que había metido allí, subiría la temperatura del incendio hasta convertirlo en una caldera donde ni el acero resistiría las llamas.

Un goteo continuo le hizo mirar a sus pies, pequeños riachuelos corrían entre sus botas para caer al mar formando diminutas cascadas. El olor metálico y dulzón le colmaba el olfato, hasta el punto de enmascarar el penetrante olor a combustible. A pesar de la oscuridad, su sentido de la vista vampírico, desarrollado hasta límites insospechados por su naturaleza angelical, captó el color que el agua salada estaba adquiriendo. Ante él se extendía un auténtico mar de sangre, cientos de litros derramándose en la superficie; la recreación viviente de la plaga más grotesca que narraba la Biblia.

Captó un ligero zumbido. Le costó unos segundos darse cuenta de que su teléfono móvil estaba vibrando. Parpadeó y se obligó a salir del trance en el que se hallaba inmerso. De repente fue consciente de la realidad que lo rodeaba. Con las manos aún manchadas de sangre, sacó el teléfono de uno de los bolsillos de su pantalón, comprobó que se trataba de Adrien y no perdió el tiempo en saludar.

—¿Kate está bien?

—Eh... —vaciló Adrien. Estuvo a punto de hacer un chiste sobre su corazón roto por no decirle ni siquiera un «hola»—. Sí, ella se encuentra bien. Está aquí mismo.

William se relajó con un suspiro.

—Gracias —susurró, sin saber muy bien a quién le estaba agradecido; y añadió antes de que Adrien pudiera decir nada—: Ha acabado. Lo hemos

logrado. Están todos muertos, Adrien. Han caído muchos de los nuestros, pero no ha sobrevivido ningún renegado.

—Lo sé —dijo Adrien con un tono de voz ronco.

No dejaba de pensar, de repasar paso a paso la profecía, y había llegado a la conclusión de que Lucifer siempre estuvo entre ellos, haciéndose más fuerte con cada sello que se iba rompiendo. Kate empezó a verlo nada más convertirse William en rey. En ese momento solo era un ente etéreo, pero que, paso a paso, fue adquiriendo fuerza. Según la profecía, aún quedaba otro sello que romper, puede que más, antes de que se alzara por completo. Tenían una posibilidad de evitar lo que quiera que estuviera planeado.

William percibió algo extraño Adrien.

—No parece que te alegres.

—Créeme, por dentro soy una fiesta; pero no tendría gracia si todo fuera tan fácil.

William no entendía qué quería decir, pero sí que podía percibir las emociones de Adrien. Algo no iba bien, nada bien.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me has llamado?

—No te preocupes por eso ahora, ya no. Hablaremos con más calma cuando regreses —comentó. No servía de nada revelarle en ese momento otro montón de problemas.

—¿Seguro que están todos bien?

—Te lo juro por mi familia. Todos están bien.

—Voy para allá —dijo William antes de colgar.

Adrien se quedó mirando el teléfono y no se movió de donde estaba, esperando. El vampiro no tardaría en aparecer.

William colgó el teléfono, completamente seguro de que algo había pasado en Heaven Falls. Tenía que regresar de inmediato y ver con sus propios ojos que estaban bien. Se giró hacia el fuego, que comenzaba a calentarle la espalda. El edificio ardía envuelto en una cortina de llamas que se alzaban varios metros hacia el cielo. Toda la estructura del tejado se desplomó con un estruendo y el humo cubrió el muelle con una densa nube. El espectáculo no tardaría en llamar la atención. Alguien daría la voz de alarma y, en pocos minutos, el puerto se llenaría de humanos curiosos y servicios de emergencia.

Cyrus y Mihail repartían ordenes y comenzaban a organizar a todos los supervivientes vampiros. Daniel, junto a su familia, hacía otro tanto con los miembros de su clan. Mientras iba en su busca, William comprobó con alivio que todos se encontraban bien; solo estaban cansados y con algunas heridas leves, nada que el descanso y el alimento no pudieran solucionar. Robert salió a su encuentro, cojeaba y el brazo izquierdo le colgaba de forma extraña.

—¿Estás bien? —preguntó William a su hermano.

Robert lo miró con ojos brillantes. Se apoyó en el Hummer y, sin pararse a

pensar en lo que iba a hacer, golpeó su hombro contra el coche. Se oyó el crujido de los huesos al recolocarse y el gemido de dolor que escapó de su garganta.

—Mucho mejor. Aunque una bañera con agua caliente y una preciosa mujer en su interior, sería mi definición perfecta de estar bien —suspiró el vampiro. Empezó a mover el hombro en círculos, mientras abría y cerraba el puño.

William sonrió y deslizó un brazo por el cuello de su hermano, lo atrajo hacia su pecho y lo besó en la sien sin importarle todas las miradas que se habían posado sobre ellos. Verlo vivo y con su habitual sentido del humor, era un regalo del destino que no esperaba. En su interior siempre pensó que no lo conseguirían.

—¿Crees que podrías encargarte de todo esto? Necesito regresar a Heaven Falls de inmediato.

Robert lo estudió con ojos perspicaces.

—¿Algún problema? ¿Marie está bien?

—Sí, acabo de hablar con Adrien, todos están bien; pero necesito volver.

—Supongo que, si a mí me esperara alguien como Kate, también estaría desesperado por volver.

William desvió la mirada. Aún no le había dicho nada a su hermano sobre la ruptura, ni tampoco lo haría en ese momento. Se limitó a sonreír y a palmearle la espalda con afecto.

—¿Podrás?

—Claro que sí. Yo me encargo de todo —respondió Robert.

William se acercó a Cyrus y le dio unas cuantas indicaciones. Todos los guerreros debían regresar a sus lugares de origen. Volverían a organizarse y se crearían pequeñas facciones para dar caza a los renegados que, con toda seguridad, correrían a esconderse en cuanto se extendiera la noticia de lo que había pasado en Nueva Orleans. Solo sería cuestión de tiempo dar con ellos y eliminarlos. Habían logrado aniquilar a la mayor parte de proscritos con un único y certero golpe; lo más difícil ya lo habían conseguido. Le puso en la mano el anillo de su padre, que Mako le devolvió nada más reencontrarse tras la masacre.

—Dáselo en cuanto regreses. Debe recuperar el trono lo antes posible para mantener el orden —pidió William.

—Querría que te lo quedaras. Lleva algún tiempo pensando en dejar el trono. Está cansado —le hizo notar Cyrus—, seguro que agradecería el relevo.

—Si mi padre quiere dejarlo tendremos que arriesgarnos con Robert, y rezar para que no quiera uniformarnos a todos con trajes de Tom Ford y diseños minimalistas en Blackhill House. —Cyrus se echó a reír, y William añadió—: Yo no sirvo para esto. Soy un guerrero, no un político.

Cyrus asintió con la cabeza y se guardó el anillo.

—Parece que tendremos algo de paz durante un tiempo. Tenía mis dudas sobre este asunto, nunca creí que lo conseguiríamos. Si no hubiera sido por los lobos... —dejó las palabras en el aire.

—Tendremos paz durante un tiempo; espero que sea mucho —deseó William.

Vio a Daniel conversando con Daleh. Ambos licántropos parecían mantener una conversación importante, probablemente relacionada con el futuro de la manada. William se percató de que su familia había sufrido cuatro bajas, que sumadas a las de los cazadores de Samuel y sus propios guerreros, completaban una cifra importante que empañaba la alegría de haber ganado aquella batalla. No había nada que celebrar salvo muerte y más muerte.

—Debo regresar —informó William a los licántropos—. ¿Podréis arreglároselas sin mí?

—Por supuesto —dijo Daniel. Miró por encima de su hombro el edificio en llamas—. Aquí ya hemos terminado. Organizaré a mis hombres e iré a buscar a Rachel. Ahora que todo este infierno parece haber llegado a su fin, necesito que vuelva a casa e intentemos vivir como si no hubiera pasado nada. ¡Dios sabe que lo necesito!

—Lo haremos, hermano —le aseguró William.

—Lo haremos —repitió Daniel mientras le daba un fuerte abrazo—. Siempre lo hemos hecho.

William se enfrentó a Daleh. Lo miró a los ojos y le ofreció la mano.

—Gracias por ayudarnos, y lamento sinceramente que hayas perdido a tus hermanos.

Daleh se quedó mirando su mano un largo segundo, al final la estrechó con fuerza.

—Han muerto con honor —se limitó a decir el lobo.

—¿Regresaréis a vuestras montañas?

—Espero que decidan quedarse. Nuestra raza estaría más segura con ellos cerca —intervino Daniel. Samuel, tras él, movió la cabeza dándole la razón a su hermano. Se dirigió a William—. Ve, no te preocupes. Nos vemos en casa, y esta vez será con una cerveza bien fría y una barbacoa en mi jardín. Cocino yo.

William sonrió y le dio un abrazo.

—Ahora puedo decirlo con conocimiento de causa: ¡cocinas de pena! —le susurró al oído, y se desmaterializó sin que Daniel tuviera tiempo de abrir la boca salvo para gruñir.

William tomó forma frente a la casa de huéspedes. Adrien estaba en medio del jardín, como si le esperara. Kate se encontraba con él y hablaban en susurros. Guardaron silencio en cuanto se percataron de su presencia. Sintió una punzada en el pecho, allí estaban de nuevo los malditos celos: profundos y dolorosos; y también ese deseo desmesurado que sentía con solo tenerla cerca. Recompuso su actitud fría e indiferente de la mejor forma que pudo. Después de todo, habían terminado. Pero lo había llamado y ese pequeño detalle lo estaba volviendo loco.

—¡Estás horrible! —le hizo notar Adrien.

Menuda novedad, William sentía la piel tirante por toda la sangre seca que la cubría, sin contar con el olor nauseabundo que lo rodeaba.

—¡No me digas, porque yo me siento de maravilla! —le espetó en tono mordaz.

Su mirada se cruzó con la de Kate, que lo miraba con los ojos muy abiertos y una expresión de horror deformando su precioso rostro. Se obligó a continuar impasible. La máscara se le cayó en cuanto se percató de que ambos tenían las ropas manchadas de sangre; y del aspecto de la casa, parecía que la había azotado un tornado o una explosión.

—¿Qué demonios ha pasado? Me dijiste que estabais todos bien.

—Y lo estamos —ratificó Adrien. William lo fulminó con la mirada mientras se acercaba con paso rápido—. Menos por los desperfectos de la casa y los nefilim que hay muertos en el interior.

—¡¿Qué?! —exclamó.

—Tranquilízate, ¿vale? En las últimas dos horas han pasado muchas cosas que aún trato de asimilar. ¿Qué te parece si te pongo al día mientras nos deshacemos de todos esos cuerpos? Pronto amanecerá —sugirió Adrien.

—Pues empieza —dijo William mientras se dirigía a la casa para ver con sus propios ojos qué había sucedido.

Una hora más tarde. Todos los cadáveres habían desaparecido y la casa estaba limpia de restos.

—... y eso es todo lo que ha pasado —terminó de contar Adrien a William mientras apoyaba contra la pared lo que quedaba de la puerta principal.

William estaba paralizado, con la vista clavada en el suelo y la mandíbula tan

apretada que era un milagro que no estuviera escupiendo trozos de dientes. Su frustración y su rabia se podían palpar en el aire. Un ligero temblor empezó a sacudir las paredes. Sarah y Salma se miraron la una a la otra, nadie más parecía preocupado por el terremoto; solo que no era un terremoto. El temblor aumentó y un extraño zumbido surgió del suelo. Una luz blanquecina iluminó la piel de William. La luz se encogía y se expandía como si palpitara; y con cada latido, el temblor cobraba intensidad.

Kate se dio cuenta de inmediato de qué ocurría. Quiso acercarse a William e intentar calmarlo, pero se quedó clavada junto a la chimenea cuando él levantó la vista del suelo y la taladró con una frialdad capaz de helar un desierto a mediodía. Estaba muy enfadado, aun así, en lo más profundo de sus ojos, pudo captar un destello de algo más.

William se enderezó y se pasó una mano por el pelo revuelto y salpicado de sangre.

—Según la profecía, solo queda un sello que romper: el alma dos veces nacida y no sé qué más...

Mientras hablaba, el temblor disminuyó hasta desaparecer.

—Sí —dijo Adrien.

—Y nada apunta a que pueda haber más sellos.

—El libro termina ahí, después no se volvió a escribir en él.

Williamladeó la cabeza y miró a Salma.

—¿No has visto nada más? —La vidente sacudió la cabeza y musitó una negativa—. Debo pedirte que te quedes, y es algo que no voy a discutir. Pero te prometo que estarás bajo mi protección y que nadie te pondrá una mano encima.

Salma le sostuvo la mirada un largo segundo.

—Ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias —respondió él. Se quedó cabizbajo, pensativo. De repente se giró, agarró la mesa en la que estaba apoyado, la alzó, y la arrojó contra la pared—. ¡Voy a matarlos a todos!

—Eh. —Adrien se apresuró a contenerlo. Le puso las manos en los hombros y buscó su mirada—. Estoy contigo en esto y no vamos a quedarnos de brazos cruzados; pero esta vez iremos con mucha más calma. Haremos como que no pasa nada, no moveremos un solo dedo para no correr riesgos, y mientras averiguaremos todo lo que podamos sobre esa profecía. No podemos romper ningún otro maldito sello, ni siquiera por accidente.

—¿Y crees que van a dejarnos tranquilos mientras jugamos a los detectives? Hace una hora tu padre y el mismísimo Lucifer estaban en el porche —dijo William con tono escéptico.

—Hasta ahora lo han hecho —replicó Adrien. William le dedicó una mirada cáustica—. Vale, potencialmente lo han hecho. En realidad se han dedicado a jugar con nosotros y a empujarnos como reses al matadero; pero eso se acabó.

¿Quieren jugar? Jugaremos.

Marie se acercó a su hermano y lo abrazó por la cintura. Él la estrechó con fuerza, sintiéndose de pronto reconfortado entre sus brazos.

—No estoy segura de que quieran hacernos daño. Esta noche nos han protegido de los nefilim —dijo ella.

—Porque aún nos necesitan para lo que sea que tengan pensado —intervino Jared.

—El alma pura de la que habla la profecía está entre vosotros; y si no lo está, sois el medio para conducirlos hasta ella. Mientras no la obtengan, este juego se queda en tablas —dijo Salma.

—Si nosotros somos el medio, presionarán hasta que la consigan —susurró Ariadna—. Conozco a Mefisto y no se rendirá. Lleva años planeando esto y ha logrado traernos hasta aquí sin que nos demos cuenta. Tenéis que ser muy cautos.

—Necesito acabar con esta pesadilla y olvidarme de todo —masculló William.

Kate levantó la vista del suelo al percibir la pena que impregnaba la voz de William. Las facciones de su rostro eran tan hermosas, tan familiares. Deseó que él se diera la vuelta, la tomara entre sus brazos y la estrechara contra su pecho; pero, desde que había regresado, se estaba tomando muy en serio ignorarla. Salió del salón sin decir nada, necesitaba unos momentos a solas y una ducha que limpiara la sangre de su cuerpo.

—Lo que precisas es alimentarte y quitarte toda esa porquería de encima. Seguro que Adrien puede prestarte algo de ropa —oyó que decía Marie, mientras subía la escalera.

Kate se encerró en el baño durante un buen rato. Abrazada a sus rodillas, permaneció bajo el agua caliente hasta que su piel comenzó a arrugarse. Algo en su interior se moría. ¿De verdad había terminado todo entre ellos? No podía creerlo. No entendía cómo dos personas que se amaban tan profundamente como ellos, habían llegado a no entenderse hasta el punto de no dirigirse la palabra, ni siquiera una mirada.

Cuando encontró el álbum de fotos sobre la cama, creyó que era su forma de pedir perdón, el principio de un acercamiento que deseaba más que nada. Ya no lo tenía tan claro. Tras el frío reencuentro, su deseo de que las cosas pudieran arreglarse entre ellos se desvanecía como el humo. Y ahora que sabía lo de Marak... o Lucifer, todo se complicaba aún más. Nunca lo había visto tan enfadado como cuando Adrien le relataba esa historia.

No podía culparlo por sentirse decepcionado. Se estaban pagando con la misma moneda una y otra vez; y esa certeza le corroía las entrañas. Intentó enumerar las cosas que le habían molestado de él, y se dio cuenta de que ella había actuado de la misma forma. Y no porque no lo quisiera, o porque no le importaran sus sentimientos; todo lo que había hecho a sus espaldas estaba más

relacionado con el hecho de protegerlo, o de que él pudiera quererla menos si se enteraba de ciertas cosas. No podía echarle en cara nada que ella no hubiera hecho antes.

William era como era, con sus defectos y sus virtudes. Era un ser especial y diferente: un depredador que no se parecía a ningún otro, y se comportaba como tal. No podía reprochárselo, porque sería como culparla a ella del color de su pelo o de tener pecas. Además, él nunca intentó aparentar ser otra cosa. Pero el daño ya estaba hecho, se habían dicho un montón de cosas difíciles de olvidar.

Regresó a su habitación y abrió el armario. Estaba vacío, toda su ropa se encontraba en su casa. «Su» casa, la de verdad, la que compartía con él. Tomó unos shorts olvidados en un cajón y se puso una camiseta de tirantes que colgaba del perchero.

El aire se estremeció con una leve perturbación. La ansiedad y el miedo se agitaron dentro de ella como las burbujas de un refresco. Se dio la vuelta, consciente de que su pecho se movía con una respiración acelerada que no necesitaba. William estaba en medio de la habitación, recién duchado, descalzo y vestido tan solo con un tejanos negro. Su rostro había recuperado el color y las profundas ojeras que solían enmarcar sus ojos los últimos días habían desaparecido. Efectos inmediatos de haber tomado una considerable cantidad de sangre. A pesar de su buen aspecto, la expresión de su cara la hacía sentir como si alguien la estuviera torturando por dentro.

—Debiste hablarme de Marak —dijo William muy serio.

Kate se envaró y la rabia circuló por sus venas como un reguero de dinamita.

—Sí, debí hacerlo, pero escogí imitarte y guardarme mis secretos para mí. Tal y como estabas haciendo tú —replicó.

Kate no podía creer que hubiera dicho eso. No, otra vez no, no podía volver a las acusaciones y a los reproches. Él se quedó paralizado, y ella necesitó cada molécula de su fuerza para enfrentarse a sus ojos. Se miraron fijamente; hasta que Kate no pudo soportarlo más y agarró una toalla con la que empezó a secarse el pelo.

William la observó en silencio. La tristeza se arremolinó entre ambos como una nube de tormenta. Por el rabillo del ojo vio el álbum, abierto sobre la cama, y sus fotografías estaban pegadas en él. Todo su enfado y tensión comenzó a diluirse bajo la pequeña esperanza que aquel detalle inspiraba. Quiso rodearla con sus brazos y estrecharla contra su pecho para siempre, olvidar todo lo pasado como si nunca hubiera existido; pero había tanto que olvidar. Se frotó los ojos al sentir que todos aquellos malos recuerdos lo aplastaban.

—Me llamaste. Dime por qué —le exigió.

Kate se quedó quieta. Así que William sabía que ella había intentado hablar con él.

—Por nada. Si hubiera sido importante le habría dejado el mensaje a Mako.

¡Estoy segurísima de que te lo habría dado!

Era una mentirosa pésima. Además de orgullosa y una suicida por provocar su propia muerte alejándolo de ella cada vez que abría la boca. ¿Qué diantres le pasaba? ¿Desde cuándo era tan mezquina? Los celos eran una enfermedad horrible. Le dio la espalda y empezó a peinarse el pelo con los dedos.

—Dime por qué —insistió él, tan cerca que Kate sentía su aliento en la nuca.

Ella intentó zafarse, pero él la sujetó por la muñeca y le dio un tirón hasta que estuvieron cara a cara contra la pared. La miró a los ojos con la sensación de estar a punto de saltar desde el borde de un precipicio sin saber lo profunda que sería la caída. Kate tenía ese efecto sobre él.

—He pasado las últimas horas en un infierno —susurró pegado a su cara—, en una maldita guerra que podía habernos costado la vida a todos los que estábamos allí; y yo solo podía pensar en tu llamada. ¿Te das cuenta? Era lo único a lo que le daba vueltas. —William soltó una palabrota—. ¡Necesito saberlo! ¿Qué demonios querías decirme?

Kate se desmoronó, no podía más con aquella situación.

—Fui a buscarte la otra noche, cuando te dije las cosas que te dije —empezó a explicar—. Aún no había llegado al bosque cuando ya estaba arrepentida. Regresé, pero tú ya no estabas. Te llamé... te llamé porque necesitaba decirte que lo sentía. Que nada de lo que había dicho lo pensaba en serio. Solo estaba enfadada y celosa, porque los últimos días parecías estar más cerca de Mako que de mí; aún a sabiendas de lo que ella siente por ti.

» Me mantenías alejada, con tus secretos y tus cambios de humor... Tu actitud me estaba matando... —Se le escapó un sollozo. Las palabras salían de ella como un torrente, una tras otra—. Y en lugar de intentar hablarlo como adultos, me comporté como una chiquilla celosa e inmadura... Pero nada de eso importa porque sé que ahora tú me odias, y lo he estropeado todo. Y comprendo que me odies, porque ni siquiera te conozco de verdad. Creía que sí, pero no. He criticado y despreciado lo que eres sin intentar entenderlo, y yo... —Levantó las manos con un gesto de frustración—. Entiendo lo que te está pasando, y no me importa nada de lo que hayas hecho o puedas hacer. ¡No me importa!, porque yo te quiero tal y como eres. Y sé que lo que siento por ti no va a cambiar nunca, pase lo que pase. ¡Ojalá pudiera volver atrás y retirar las cosas que dije! Yo no...

William detuvo sus palabras con los labios, acunando su cabeza con las manos y besándola ferozmente, con una urgencia desesperada que le hizo anhelar mucho más. La presión de su boca era perfecta y su lengua terciopelo, sus besos lo abrasaban. Ella gimió cuando coló una mano por debajo de su camiseta, y ese sonido le calentó cada célula del cuerpo y llenó cada rincón oscuro de su ser.

—Lo siento... Lo siento mucho... Todo... He sido... He sido una idiota —murmuró Kate contra sus labios entre beso y beso.

William se separó de ella, solo un poco para poder mirarla a los ojos;

mientras le recorría con los dedos la suave piel de la espalda. La miraba como si estuviera muerto de sed y ella fuera el único oasis en miles de kilómetros.

—Yo también lo siento —musitó él.

Volvió a besarla, sin estar muy seguro de si era su cuerpo el que temblaba o era el de ella. De repente, Kate lo empujó con fuerza y le dio una sonora bofetada. Se quedó alucinado, sin saber qué había hecho ahora.

—¡Me dejaste ir! —gritó Kate—. Dejaste que me fuera sin más, como si no te importara. Te quedaste mirando cómo me marchaba sin hacer nada. Sentí que todo te daba igual.

William tomó aire y se pasó la lengua por el labio inferior, probando el sabor de su propia sangre. Ladeó la cabeza y la miró. Estuvo a punto de echarse a reír. ¿De verdad todo podría haberse solucionado antes si la hubiera seguido? Sintiéndolo mucho, lo dudaba bastante. Probablemente lo habría llamado psicópata acosador. Aquella cabecita era demasiado complicada, y ambos lo sabían. Los separaban más de un siglo y medio de vida, y la psicología femenina nunca había sido su fuerte.

Le destellaron los ojos y le dedicó una mirada cargada de deseo. Acortó de un paso el espacio que los separaba y la alzó por las caderas. La estampó contra la pared.

—Déjame compensártelo —exigió con voz ronca, antes de besarla como nunca antes lo había hecho.

Kate dejó de pensar, perdida por completo en el roce de su piel contra la de él. Apenas fue consciente de cómo llegaron hasta la cama, pero allí estaban. La ropa fue desapareciendo y las velas prendieron con un solo pensamiento. Se arqueó con un suspiro cuando los dedos de William se deslizaron a lo largo de su vientre, mientras se susurraban un millón de palabras y promesas que cerraron todas las heridas. Cobró vida bajo él, solo para él, perdida en la forma en la que su cuerpo se movía contra el suyo; y, mientras lo abrazaba, se prometió a sí misma que jamás permitiría que nada ni nadie la apartara de él. La agonía de haberlo perdido casi la mata.

William se alzó sobre los brazos y clavó sus ojos azules en ella. Un débil resplandor le iluminaba la piel; hermoso no bastaba para describirlo. Se llevó la mano al cuello y arrancó de un tirón la cadena de la que colgaba el anillo. Se lo puso a Kate en el dedo.

—No vuelvas a quitártelo —le pidió en un susurro.

Kate negó con la cabeza. Él sonrió, y su mundo se redujo al espacio entre aquellas cuatro paredes, no existía nada más.

Adrien abandonó el baño con las caderas envueltas en una toalla. Buscó algo de ropa en el armario y se vistió a toda prisa. Necesitaba salir un rato de la casa y

pensó que sería buena idea ir hasta el pueblo. Precisaban ventanas nuevas y una puerta, y eso solo para empezar; la casa tenía un montón de desperfectos. Se peinó con los dedos y le echó un último vistazo al espejo para comprobar su aspecto.

Frunció el ceño y acercó la cara a milímetros de su reflejo. Sus ojos cada vez eran más inhumanos, demasiado angelicales para su gusto. Le molestaban esos parecidos con una raza que no la sentía suya, pero la única forma de disimularlos sería extirpándolos; y, bien pensado, la posibilidad de unas lentillas que los disimularan le parecía mucho más cómoda. Se miró las manos y estas prendieron con unas llamas sobrenaturales. Presa de la frustración, pasó un dedo por la superficie de cristal y observó cómo se derretía.

Abandonó la habitación y enfiló el pasillo camino de la escalera. Al pasar junto al cuarto que su madre y su hermana compartían, vio la puerta entreabierta y escuchó un quejido que provenía del interior. Entró sin dudar. Se quedó parado y las palabras se atascaron en su boca. Sarah estaba de pie, frente al armario, en ropa interior y de espaldas a él. Quién iba a decir que bajo las toneladas de ropa sucia que le había visto usar, se escondía un cuerpo tan esbelto, bien formado y con las curvas justas en los lugares apropiados. Un cuerpo cubierto de cardenales de pies a cabeza. No era ningún experto, pero sabía que esas marcas eran producto de un maltrato continuado. Apretó los dientes.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó con voz asesina.

Sarah se dio la vuelta con un susto de muerte. Se inclinó sobre la cama y agarró una toalla con la que intentó cubrir su desnudez. Se puso pálida al ver que se trataba de Adrien, y esa palidez se desvaneció tras un rubor que le encendió las mejillas.

—Ya no importa, está muerto. No volverá a tocarme —susurró sin ninguna emoción.

Adrien se acercó a ella. Sus ojos recorrieron cada centímetro de piel visible. Alzó una mano con intención de rozar un hematoma con mal aspecto que tenía sobre el hombro. Ella se estremeció y se apartó antes de que él la tocara. Podía oír su corazón latiendo como loco, y el olor de su sangre cargada de adrenalina llegó hasta su olfato. Le tenía miedo, y algo más que no supo distinguir. La miró con los ojos entornados y, muy despacio, bajó la mano. La chica tenía miedo hasta del aire, y sintió lástima por ella.

La contempló con nuevos ojos. Acababa de ducharse y aún tenía el pelo mojado, peinado hacia atrás, de modo que podía verle el rostro sin ese flequillo demasiado largo que le llegaba hasta las pestañas. Su piel, tersa y sonrosada, desprendía calor y olía al jabón de lilas que su hermana solía usar; solo que en Sarah el aroma tenía ligeras variaciones. Sus ojos eran de un color indefinido entre el azul oscuro y el negro, con pequeñas motitas grises que se asemejaban a estrellas en el fondo de sus iris. Era muy bonita. El estómago de ella gruñó sin

ningún disimulo, lo que logró que se ruborizara aún más. Una sonrisa ladeada se dibujó en la cara de Adrien.

—Vístete, conozco un sitio donde preparan unas tortitas que levantarían a un muerto con solo olerlas —dijo con una sonrisa.

Se había puesto de buen humor casi sin darse cuenta. Sarah asintió con timidez y se acercó a una silla donde Cecil había dejado algo de ropa para ella. Se dirigió al baño y él se sentó en la cama con intención de esperarla. El silencio se vio interrumpido por un golpe seco y un gemido que revelaba mucho más que una imagen. Imagen que se coló en la cabeza de Adrien como si fuera una gota de ácido. Se puso de pie con el estómago en un puño.

—Te esperaré abajo, ¿vale? —le dijo a Sarah.

—Vale —respondió ella desde la puerta del baño. Los sonidos se hicieron más nítidos. Sarah miró al techo, y después hacia la puerta por la que Adrien había desaparecido. Se mordió el labio y trató de no pensar en cómo la hacía sentir todo aquello.

Adrien llevó el coche de Carter a la entrada. Un préstamo hasta que el licántropo regresara. Sentado sobre el capó contemplaba el lago, que parecía un lienzo inanimado, quieto y en silencio. Ni siquiera los árboles se agitaban con la más mínima brisa. La puerta se abrió y Sarah apareció en el porche. Vestía unos tejanos grises muy ajustados y una camiseta rosa que dejaba a la vista su estómago plano cada vez que se movía. Se había recogido el pelo en una coleta y su flequillo medía unos cuantos centímetros menos.

—¿Te has cortado el pelo? —preguntó.

Ella se sonrojó de nuevo y se frotó las manos contra los pantalones, después se las pasó por el cuello sin saber muy bien qué hacer con ellas.

—Sí. Encontré unas tijeras en el baño. Lo necesitaba, apenas podía ver nada —se justificó.

Adrien sonrió.

—Te queda muy bien —admitió con cierta timidez.

—Gracias.

—De nada —dijo mientras le abría la puerta del coche.

Se pusieron en marcha y viajaron en silencio hasta el pueblo. Adrien la miró de reojo. Sarah se giró hacia él y lo pilló observándola.

—¿Crees que después de esas tortitas podrías acompañarme hasta la estación de autobuses? No tengo ni idea de dónde está —pidió Sarah.

—No hay estación, solo una parada con una taquilla cerca de la gasolinera —le explicó—. ¿Piensas irte? —Ella asintió—. ¿Adónde? ¿Tienes familia?

Sarah apartó la vista y se concentró en el paisaje al otro lado de la ventanilla. Los comercios comenzaban a abrir sus puertas y los camiones de reparto ya ocupaban las calles para abastecerlos.

—No tengo a nadie —confesó—. Así que, cualquier parte lejos de los de mi

especie me sirve. No sé, había pensado en irme a Los Ángeles.

—¿De verdad no tienes a nadie?

—No. Mi madre me abandonó en el hospital donde me tuvo. De ahí me llevaron a un orfanato. Después pasé por varios hogares de acogida, pero ninguno definitivo; hasta que T.J. y Emerson me encontraron hace unos cuatro años —explicó sin ninguna emoción en la voz, aunque su cuerpo temblaba de arriba abajo.

Se detuvieron junto a un semáforo en rojo.

—¿Cómo los conociste? —se interesó él. Sentía una creciente curiosidad por la nefilim. No era nada de lo que había supuesto que sería, incluso le inspiraba cierta ternura.

—Un día me abordaron a la salida de mi instituto, mientras regresaba a la casa de la última familia que me había acogido. Me obligaron a subir a una furgoneta y me explicaron que yo era diferente a los humanos; que era como ellos, y que por eso debía seguirles y olvidar mi vida anterior. No me dieron más opción que obedecerles, pero nunca encajé entre ellos —respondió como si nada, mientras se miraba las uñas.

Adrien se dio cuenta de que esa insensibilidad que mostraba la chica, era en realidad un mecanismo de defensa. Fingía no sentir, esperando de verdad no hacerlo. Se sintió irritado. Recordaba perfectamente el aspecto de los dos hermanos, la casualidad había hecho que fuera él quien se deshiciera de los dos. Al primero lo había degollado junto al río un par de meses atrás, al segundo no hacía ni cuatro horas; y eran dos tipos muy, muy grandes, que no necesitaban de la violencia para imponerse a una chiquilla. Y aun así...

—¿Por eso te pegaban? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza antes de responder. El semáforo se puso en verde y Adrien continuó circulando.

—Era Emerson quien me pegaba. T.J. solo me llamaba estúpida bastarda y me obligaba a comer y a dormir en el suelo cuando no hacía las cosas bien, que era casi siempre. Nunca he sido muy buena en nada.

Adrien apretó el volante con tanta fuerza que crujió entre sus dedos.

—Lo has sido en sobrevivir. Créeme, eso cuenta —replicó él. Ella le dedicó una mirada sorprendida con aquellos ojos enormes y tristes. Adrien continuó: —¿Por qué no intentaste marcharte?

Ella dio un respingo.

—¿Acaso crees que no lo intenté? Lo intenté. Logré escaparme en dos ocasiones, pero me encontraron y acabé con un grillete en el tobillo durante cuatro meses. Al final me resigné. Tampoco tenía a dónde ir. La gente no tardaba en darse cuenta de que era un poco diferente y se alejaban de mí como si tuviera la rabia. Con los nefilim no tenía que fingir que era normal. —Aunque era lo que parecía, no había hostilidad en sus palabras, solo una profunda resignación.

Se quedaron en silencio. Adrien la miró de reojo, Sarah parecía cualquier cosa menos alguien capaz de arreglárselas sola; al menos de momento. Olía a miedo, a desesperanza y no tenía ninguna seguridad en sí misma. Que acabara en manos de otro Emerson solo era cuestión de tiempo. Y sin saber muy bien por qué, eso lo preocupaba.

—No tienes por qué irte, podrías quedarte un tiempo. Esa casa en la que estamos, aunque no lo creas, es un refugio para seres como nosotros que lo necesitan; o eso es lo que Kate intenta lograr.

Sarah alzó la mirada de su regazo, atónita, y Adrien se sintió un poco incómodo por la atención tan descarada que estaba recibiendo.

—No tengo dinero para pagarlo —dijo ella—. Ni siquiera tengo dinero para unos zapatos nuevos —susurró avergonzada.

Adrien le miró los pies y vio unas zapatillas desgastadas que se caían a trozos.

—No te preocupes por eso. Lo que puedas necesitar..., y yo podría...

—¡No necesito la caridad de nadie! —lo atajó ella con un repentino cambio de humor.

Él disminuyó la velocidad y le tomó la barbilla con la mano derecha para girarle la cara y que lo mirara.

—No es caridad, Sarah. Tómallo como un préstamo. Además, en esa casa harán falta unas cuantas manos que la hagan funcionar, tendrás que trabajar. Así que, te ganarás hasta el último centavo.

Sarah se quedó callada un largo segundo. Se frotó las mejillas con nerviosismo, notaba las lágrimas abriéndose paso bajo sus pestañas y se negaba a llorar. Una risita histérica escapó de su garganta.

—No lo entiendo, deberías estar echándome a patadas, y me estás ofreciendo tu ayuda y un lugar donde vivir.

—No pierdas el tiempo intentando entenderme, ni siquiera yo lo he logrado. Solo acepta lo que te ofrezco. Estoy seguro de que es la mejor oferta que vas a recibir —dijo con una sonrisa traviesa, que relajó el ambiente entre ellos.

Sarah también sonrió. Un calor reconfortante le calentó el pecho. ¡Dios, empezaba a gustarle de verdad! Se acomodó en el asiento casi sin aliento.

—¿Y no tendrás problemas con tus amigos? Quizá ellos no estén de acuerdo.

—No te preocupes por eso. Kate estará encantada de que te quedes, tiene la costumbre de adoptar a todos los huérfanos que se cruzan en su camino. Es demasiado buena —susurró para sí mismo.

Sarah percibió en su voz lo que ya había intuido antes.

—Ella te gusta mucho, ¿verdad?

—Sí, me gusta —respondió Adrien sin pararse a pensar que lo hacía.

—Pero ella está con el otro chico, William. Son... son pareja.

—En realidad están prometidos. William es un buen tipo y sé que la quiere muchísimo. ¿Sabes? Son como una de esas parejas de los libros, destinados a

estar juntos incluso antes de nacer.

Adrien frenó y maniobró espacio para aparcar en un hueco libre entre dos coches.

—Pero a ti eso debe de dolerte. No tiene que ser fácil estar cerca de ellos y ...
—Sarah no supo cómo terminar la frase.

—Al principio sí dolía, pero ya no —admitió Adrien con sinceridad—. Me hace feliz que Kate sea feliz y, aunque sé que siempre me preocuparé por ella, verla con William ya no me resulta difícil. No obstante, hay cosas de las que prefiero no ser testigo —dijo con una risita nerviosa.

Sarah lo miró y apartó la mirada rápidamente.

—Cuando menos te lo esperes, ella llegará —susurró.

Adrien detuvo el coche y sacó la llave del contacto mientras miraba a Sarah con curiosidad.

—¿Ella?

—Sí, la chica de la que puedas enamorarte de verdad y que te corresponda en igual medida o más —declaró Sarah. Notó cómo el rubor le cubría las mejillas de nuevo. No podía creer que estuviera allí, con él, como si no hubiera pasado nada. Como si fueran amigos desde siempre contándose sus secretos.

Una diversión genuina se asomó a los ojos oscuros de Adrien.

—¿Tú crees?

—Seguro que está ahí, en alguna parte, esperando que puedas verla —susurró ella incapaz de mirarlo a los ojos.

—Entonces, puede que deba empezar a mirar con más atención —replicó él con un tonito de suficiencia adorable; o eso le pareció a Sarah, que estaba a punto de hiperventilar.

Se bajaron del Hummer y Sarah siguió a Adrien por la acera. Ahora que podía observarlo sin esconderse, se dio cuenta de que era mucho más atractivo de lo que pensaba, con un cuerpo grande y atlético que no aparentaba toda la fuerza sobrenatural que contenía; pero que ella había podido comprobar durante la batalla contra sus hermanos nefilim. Se movía con la gracia y la seguridad de ser el depredador que se encuentra arriba de la cadena alimenticia. Atraía la mirada de cuantos se cruzaban con él. Aunque él parecía ajeno a las reacciones que despertaba.

—Entonces, ¿vas a quedarte? —preguntó Adrien.

Sarah tuvo que levantar la cabeza para verle el rostro. Le sacaba unos buenos veinte centímetros.

—El mismísimo Lucifer os visita en vuestro porche y, por lo que he oído, es posible que desatéis el Apocalipsis —dijo como si nada—. ¿Quién querría perderse lo?

—Me lo tomaré como un sí —replicó con una sonora carcajada.

De repente, Sarah se detuvo. Él también se paró y la miró sorprendido.

—Gracias —susurró la chica. Unas lágrimas se arremolinaban bajo sus pestañas.

Adrien sacudió la cabeza.

—No, gracias a ti. Pudiste largarte sin más y no lo hiciste. Viniste a avisarnos del ataque; aun cuando la primera y única vez que te vi quise matarte. Eso hace que tu gesto tenga más valor.

La tomó de la mano y tiró de ella, obligándola a caminar a su lado mientras cruzaban la calle. El olor de las tortitas que preparaba Lou flotaba en el ambiente. Abrió la puerta de la cafetería y la sostuvo para ella.

—Me alegro de no haberlo hecho —dijo Adrien, inclinándose sobre su oído cuando pasó bajo su brazo.

—¿El qué? —preguntó Sarah con una inocencia adorable.

—Matarte.

—¡No puedes matarme, no dentro de este cuerpo! —barbotó el demonio.

—Si crees que mi buen corazón impedirá que destroce tu recipiente, es que no has oído suficientes cosas sobre mí —dijo Gabriel.

Apretó su mano sobre el cuello de aquella abominación y lo hundió en el agua de la fuente. El demonio comenzó a patalear y a boquear, el agua bendecida se colaba por todas partes causándole un dolor insoportable. Gabriel tiró de él y le sacó medio cuerpo fuera del agua. Tenía la piel cubierta de llagas y envuelta en humo. Sobre ellos, el cielo hindú brillaba cuajado de estrellas.

—Y bien, ¿dónde se esconden mis hermanos? —insistió el arcángel.

—No sé de qué me hablas.

—Mefisto, Uriel..., todos ellos.

El demonio se quedó mirándolo, aterrado. Poco a poco su rostro se relajó con una sonrisa, que fue extendiéndose por su cara hasta formar un arco de oreja a oreja. Se echó a reír y las carcajadas fueron subiendo de volumen hasta convertirse en graznidos bastante molestos. Adoptó una expresión desdeñosa y miró al arcángel directamente a los ojos. Deseos de venganza ardían en ellos.

—Ha sido tan fácil engañaros, manteneros distraídos —dijo satisfecho.

Gabriel lo miró perplejo y acercó su rostro al de él.

—¿Qué significa eso? —gruñó.

—Vais a perder vuestras alas, él mismo os las arrancará con sus propias manos.

—¿Él? —inquirió el arcángel.

El demonio sonrió.

—¿Quieres que te cuente un secreto? Podéis devolvernos al infierno mil veces, podéis cerrar todos los portales, colocar nuevas Potestades para que vigilen los límites. Seguiréis perdiendo el tiempo. Ha estado aquí desde el principio, viendo cómo os movíais en círculos corriendo detrás de cualquier hueso que él dejaba caer. Esta vez, él será quien gane. No hay nada que podáis hacer para evitar lo que está escrito.

—Explicate —gritó Gabriel.

El demonio negó con la cabeza y volvió a reír. Gabriel se enderezó a la velocidad del rayo. En su mano apareció una espada y, con un giro de muñeca,

la hundió en el cuerpo del demonio, que quedó reducido a cenizas. Se quedó mirando el montoncito de polvo, mientras la brisa lo arrastraba y el agua diluía la mayor parte.

«Lucas», gritó en su mente. El ángel no respondió, no solo eso, ni siquiera notaba su presencia en este plano. El aire se agitó a su espalda, arrastrando copos de nieve.

—Es imposible —dijo Miguel.

—Está en la tierra —afirmó Gabriel.

—No puede ser. Tendría que dejar su alma atrás. No se arriesgará a abandonarla desprotegida; y sin ella, aquí no tiene nada que hacer —insistió su hermano.

—Y si ha encontrado la forma, Miguel, y si es más fuerte que toda tu magia y tus hechizos.

—No lo es. Si estuviera completo ya nos habría desafiado. Tiene que vencernos en combate para reclamar este mundo como suyo. Algo que, sin lugar a dudas, lograría en este momento. Así que, no, si está aquí, solo lo está su cuerpo.

—Entonces, ¿qué se trae entre manos? ¿Por qué se está arriesgando de este modo? —insistió Gabriel. Miguel abrió la boca para contestar, pero no supo qué decir, se sentía tan contrariado como su hermano. Gabriel apretó los dientes y su espada desapareció en un ligero resplandor—. Lucas no responde a mis llamadas.

—Es un Vigilante, solo vendrá a ti si descubre algo que deba preocuparnos. Ya sabes cómo son —le recordó Miguel.

—Mi instinto me dice que no estamos donde debemos. La clave está en los híbridos. Mefisto se tomó muchas molestias para cumplir la profecía de los malditos. Que nosotros no hayamos podido descifrarla, no significa que él no lo haya hecho.

—¡Hermano! —dijo Miguel con aire frustrado—. No te inquietes por ellos, aunque se cumpla la profecía, no ocurrirá nada que deba preocuparnos a nosotros. Que los malditos se maten entre ellos solo nos simplifica las cosas. ¡Ojalá acaben exterminándose los unos a los otros y una aberración menos mancillará este mundo! Confía en mí. El alma de Lucifer está anclada tras el velo, no hay forma divina de que cruce.

Gabriel dejó de respirar. Un mal presentimiento se apoderó de él. Entornó los ojos y frunció la boca, pensando.

—Has dicho divina y no es la primera vez que lo mencionas —musitó. Miguel asintió—. ¿Y si hemos pasado por alto lo más sencillo?

—¿Qué quieres decir?

—Hablo de un recipiente.

Miguel sacudió la cabeza, exasperado.

—Su alma sería detectada por la magia, su poder no puede esconderse así como así. Un recipiente como el que insinúas, sería casi un milagro de Dios. No existe esa pureza en estos tiempos.

—Pero... y si existiera un recipiente capaz de esconderla, dentro del cual pasara desapercibida. Podría cruzar, ¿estoy en lo cierto?

La expresión de Miguel empezó a cambiar. Su piel se tornó roja, como la rabia que comenzaba a bullir dentro de él. No podía haber sido tan estúpido, se negaba a pensar en ello. Asintió una sola vez.

—Pero el recipiente tendría que aceptar ser el portador, y después devolverla con la misma disposición. Un alma pura no se prestaría a algo así. Eso nos lleva de nuevo al principio: no existe tal recipiente —explicó Miguel con tono vehemente. Ya no estaba tan seguro, por eso tenía la imperiosa necesidad de convencerse a sí mismo.

—Y si la engañó. Nuestro hermano es el padre del engaño —insistió Gabriel.

—Entonces, su alma se encuentra a este lado del velo. Y si su cuerpo también ha cruzado, lo único que necesita... es recuperarla —concluyó Miguel temblando de pies a cabeza—. ¡Debemos reunirnos, ya! Encuentra a Lucas, averigua si ha visto algo raro sobre esos híbridos.

Habían pasado cinco días desde la masacre en Nueva Orleans. En las noticias solo se hablaba de un incendio provocado, que había reducido a escombros una parte del puerto. No tenían ninguna pista sobre lo ocurrido, y las investigaciones de la policía forense y de los cuerpos especializados no aportaban ningún dato relevante con el que aclarar lo sucedido. La alta temperatura que el fuego alcanzó, había fundido hasta el metal de la estructura donde se originó el incendio y no había nada que analizar.

Con la mirada clavada en las imágenes de la pantalla del televisor, Kate no era capaz de imaginar el infierno que allí se había desatado. Entre aquellos escombros, reducidos a polvo, estaban los restos de cientos de renegados y, también, los de los vampiros y licántropos que habían acabado con ellos. Sintió una pena profunda por todos ellos. Buenas personas que habían dado su vida para que la raza perdurara.

Ahora intentaban recuperar la normalidad a marchas forzadas. Desde el primer momento, se habían creado nuevos grupos de cazadores y guerreros para localizar a los renegados dispersos e ir acabando con ellos.

El resto había regresado a sus hogares. William envió a Mihail a Europa con todos sus hombres y con la mayor parte de los de Cyrus. Este último permanecería unos días más en el país, para organizar un pequeño ejército de guerreros, similar al que lideraba Samuel, que asegurara la paz entre la raza vampira y su protección. Stephen los encabezaría, pero sería William quien

controlaría hasta el último movimiento. Personalmente iba a encargarse de los asuntos del clan en el país, había llegado el momento de convertirse en quien debía ser.

Robert pensaba quedarse un tiempo y se instaló en casa de Marie; algo que a Shane no le hizo ninguna gracia. Rachel regresó con los niños. La librería volvía a funcionar como si nada, aún mejor con la ayuda de Ariadna: las dos mujeres habían congeniado a las mil maravillas. Keyla iba a regresar a su trabajo en el hospital, tras la pequeña excedencia que había solicitado; y ahora Stephen y ella pensaban vivir juntos.

Las reparaciones de la casa de huéspedes habían comenzado un par de días antes. La ayuda de Salma y Sarah era más que bienvenida, ambas se estaban involucrando en el trabajo y ya no parecían tan incómodas entre tanto vampiro y licántropo. En especial Sarah. La joven neofilim no apartaba la vista de Adrien y Kate conocía el porqué, sus ojos hablaban por ella cuando estaba con él.

Ahora que Jill era consciente del problema de William, se había mostrado de lo más comprensiva. Aunque no era capaz de estar cerca de él sin la presencia de los chicos. Confiar en él le iba a costar un largo tiempo.

William y Kate habían regresado a su casa junto a la cascada. La tenían toda para ellos solos. Él se negó rotundamente a conservar guardaespaldas, nunca los había necesitado, se bastaba para cuidar de sí mismo y de Kate. Necesitaban estar solos, recuperar el tiempo perdido y llevar una vida lo más normal posible.

Las únicas sombras en sus existencias continuaban siendo los ángeles. No tenían ni idea de qué pretendían, ni del papel que jugaban en sus planes. Y luego estaba Mako, la vampira había rechazado regresar a Europa con Mihail y se había ofrecido para formar parte del ejército que permanecería en el país. Kate intuía sus motivos: continuar cerca de William. Se había prometido a sí misma olvidarse de la guerrera. Él no tenía ningún interés en ella y eso era lo único que importaba.

Kate se levantó del sillón y apagó el televisor. Fue hasta la cocina y se quedó en la puerta, contemplando el exterior a través del cristal. William, Adrien y Shane se encontraban en la terraza, sentados sobre una mesa bajo las primeras luces del amanecer. Se habían pasado toda la noche leyendo, una vez tras otra, el diario que Salma había traído consigo. Buscaban interpretaciones y pistas que pudieran aclarar un poco el misterio que encerraban aquellas páginas. Si averiguaban dónde se encontraba el riesgo, sería más fácil protegerse de él. Por ese motivo no se rendían y continuaban indagando, recurriendo a los sabios de ambos clanes, incluso a internet y a miles de páginas que alguien en sus cabales jamás miraría: visionarios, gente que aseguraba haber presenciado apariciones, videntes..., todo podía contener algo de verdad. De momento, no habían tenido suerte.

Una de las dagas de William voló desde el tronco del árbol donde estaba

clavada hasta la mano de Adrien. Durante un par de segundos quedó suspendida en el aire a escasos centímetros de sus dedos. La hoja giró sobre sí misma y salió disparada a la velocidad del rayo hasta hundirse en la misma hendidura.

Se repitió la escena. Esta vez, la daga se detuvo frente a William. Señaló un punto a lo lejos. Adrien le dedicó una mirada de «Venga ya, eso es imposible». William encogió un hombro y el arma voló como un proyectil; y debió acertar donde pretendía, porque Shane rompió a reír y Adrien sacó un billete de veinte dólares que puso en la mano de William.

Viéndolos allí, riendo a carcajadas como cualquier grupo de chicos normal, costaba creer por todo lo que habían pasado en los últimos días. Kate deseaba más que nada que las cosas continuaran así, que nada perturbara la calma que se habían ganado con dolor y sangre. Daría cualquier cosa para conseguirlo.

«¿Cualquier cosa?», susurró una voz en su cabeza.

Dio un respingo y se llevó las manos al pecho, a la altura del corazón. Sabía que era imposible, pero lo sentía latir contra las costillas con un dolor insoportable. Parecía vivo y que intentaba salir a la fuerza de su pecho. ¿Sería eso lo que los médicos llamaban un dolor fantasma? ¿Percibir las sensaciones de una parte de ti que ya no está? Si era así, estaba sufriendo un infarto psicológico. Oyó pasos y se obligó a tranquilizarse.

—¡Buu!

Kate miró por encima de su hombro y le dedicó una sonrisa a Marie.

—¡Menudo susto! —exclamó. Se llevó una mano al pecho con un gesto dramático y se masajeó el esternón, tratando de deshacerse de la sensación de ahogo.

Marie puso los ojos en blanco y se apoyó contra el dintel.

—Soy feliz —dijo de repente la vampira pelirroja—. Después de convertirme en vampiro, nunca creí que lo sería del todo. Siempre tenía la sensación de que me faltaba algo, pero no sabía qué era ese algo. —Sonrió y sus ojos volaron hasta Shane—. Ahora lo sé: me faltaba él, este lugar, esta vida... —Suspiró con inquietud—. Tenemos el mismo derecho que cualquiera a vivir una vida tranquila y en paz, ¿verdad? No hacemos daño a nadie, nos preocupamos de los nuestros e intentamos cuidarlos lo mejor que podemos. Hacemos lo que haría cualquiera que quiere vivir y tener una familia, ¿no es así? Deberíamos poder tener una existencia apacible y segura.

Kate le acarició el brazo con ternura.

—Deberíamos.

—Yo solo quiero eso, Kate. Una vida tranquila junto a mi familia y al hombre que amo.

—Y la vas a tener. ¡La vamos a tener, y a lo verás!

«¿Estás segura de eso?», la voz irrumpió de nuevo en su mente.

Kate se dobló hacia delante y se abrazó el estómago. Sintió náuseas y su

garganta se contrajo con unas arcadas que amenazaban con hacerla vomitar. ¡El corazón le iba a explotar! Su cabeza era incapaz de mantenerse erguida y las piernas dejaron de sostenerla.

—¡Will! —oyó que alguien gritaba.

Entre la bruma en la que se sumergió su mente, Kate notó cómo unos brazos fuertes y sólidos la recogían del suelo y la alzaban. Oía el eco de unas voces, aunque no lograba identificar qué decían. Notó un fuerte tirón y el modo en que cada célula de su cuerpo trataba de separarse, pero estas reaccionaron como si estuvieran unidas por unos hilos elásticos que impedían que se distanciaran las unas de las otras.

Todo era confuso e inconexo. Seguía oyendo voces, entre ellas la de Marie, más aguda que el resto:

—¿Qué le pasa? No tiene buen aspecto.

Una voz profunda contestó y Kate la siguió, sumergiéndose en aquel sonido hermoso y reconfortante.

—¿Y cómo se sabe si un vampiro desmayado sigue vivo?

Esa era la voz de Shane.

—Está viva. Kate está bien, ¿de acuerdo?... Tiene que estarlo...

De nuevo el arrullo de aquella voz preocupada. Quiso decirle que no le pasaba nada, que solo estaba cansada y que quería dormir. Abrió la boca, pero no estaba segura de si había dicho algo. Le llegaron más voces apagadas, que se fueron alejando, hasta que ya no oyó nada más.

No podía dejar de sonreír, a pesar de que se moría de sueño. La lluvia caía fría y torrencial, tamborileando sobre el cristal mientras los limpiaparabrisas se movían sin descanso. Abrazó a su conejito de peluche y empezó a tararear, tratando de seguir el ritmo. Imposible cuando su padre desafinaba maullando como un gato mojado.

Su madre se echó a reír, se giró en el asiento y le colocó su pañuelo como si fuera una manta sobre las piernas.

—Duérmete, cielo. Aún falta un buen rato para llegar.

Se acomodó en la sillita y bostezó, pero sus párpados se negaban a cerrarse. La lluvia arreció y resultaba difícil ver con claridad el asfalto. Doblaron la curva y dos haces de luz incidieron sobre ellos, deslumbrándolos. El coche dio un bandazo y se salió de la carretera. Su padre pisó el freno a fondo y las ruedas se bloquearon, aunque eso no detuvo el avance del coche, que se deslizaba a toda velocidad sobre el barro del arcén.

Se precipitaron por la pendiente y cayeron al río. Muy despacio se sumergieron en la corriente helada y el interior comenzó a inundarse con rapidez. El parabrisas resquebrajado cedió, y la corriente del río la arrastró fuera del

coche. El agua congelada le quemaba los pulmones. Gritó, pero solo consiguió tragar más líquido. Pataleó con todas sus fuerzas, intentando aferrarse a cualquier cosa en la oscuridad.

No había nada, solo agua negra y fría. Intentó quitarse el abrigo, pesaba demasiado. Apenas sentía los dedos y los botones se le resbalaban. Dejó de resistirse en cuanto comprendió que todo era inútil. A pesar de su corta edad, entendía perfectamente qué le estaba ocurriendo. Se moría. Poco a poco se hundió, hasta posarse en el fondo con el último latido de su corazón.

La luz la cegó y desapareció con la misma rapidez que había aparecido. Se vio a sí misma en la cama de un hospital, cubierta de cables conectados a unos monitores. Sonó un pitido agudo y constante. Después se oyeron unos lamentos y vio unos rostros bañados por las lágrimas. Un médico se acercó a los monitores y los apagó, después abandonó la habitación con la vista clavada en el suelo y los hombros hundidos.

De repente, notó cómo una fuerza invisible tiraba de ella hacia el cuerpo que yacía inerte. Se dejó arrastrar y penetró en su interior. Sintió la familiar sensación de sus miembros y su mente funcionando. El aire entró en sus pulmones y sus ojos se abrieron. ¡Estaba viva!

William, sentado en la butaca que había junto a la puerta del vestidor, no apartaba los ojos de la cama.

—En apariencia está bien, no creo que le ocurra nada malo —dijo Silas, cubriendo el cuerpo de Kate con la sábana. Continuaba inconsciente.

—¿No crees? Los vampiros no se desmayan, y ella lleva así todo el día —indicó William al borde de un ataque de nervios.

Silas resopló mientras se ponía derecho y sacudía las arrugas de su túnica.

—Los vampiros no se desmayan, y tampoco enferman, jovencito. A veces, algunas hierbas suelen ayudar en ciertos casos, pero muy pocos conocen esas hierbas porque esos «ciertos casos» se han dado en muy raras ocasiones, ¿entiendes lo que digo? Por eso no existen médicos en nuestra raza, no son necesarios. Solo padecemos y nos recuperamos por la sangre; ese es nuestro único mal. Pero ella está completamente sana en ese sentido, demasiado sana te diría. ¿Solo toma sangre humana?

William no contestó.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó sin mucha paciencia.

—No lo sé. Quizá deberíamos trasladarla a mi casa, allí tengo más medios —sugirió Silas.

—Imposible. No puedo moverla así como está, y un viaje en avión supone demasiadas horas. No voy a arriesgarme a hacer algo que pueda perjudicarla —replicó William.

—¿No podrías llevarla del mismo modo que Adrien me ha traído hasta aquí?

William lo miró a los ojos y frunció el ceño con frustración.

—Fue lo primero que intenté, pero no puedo desmaterializarme con ella. Algo lo impide —admitió. Se puso de pie y se acercó a la cama. Le dolía verla tan quieta, como si estuviera muerta.

—No puedo hacer mucho más —dijo Silas.

Se giró hacia el anciano y sacudió la cabeza.

—No te preocupes. Adrien te llevará de regreso inmediatamente.

Tras despedirse de Silas, William se quedó a solas con Kate. Se sentó sobre la cama y la cogió de la mano, preguntándose qué demonios le ocurría. No soportaba verla en ese estado y un brote de pánico se fue apoderando de él. ¿Y si no reaccionaba?

De repente, Kate dio un bote y se quedó sentada, tomando una bocanada de aire tras otra. Necesitaba respirar para dejar de sentir aquel dolor en el pecho. Notaba los ojos secos y le escocían como si alguien le estuviera echando alcohol en ellos.

—Tranquila, tranquila...

Kate parpadeó, tratando de enfocar la vista, y se encontró con el rostro de William a solo unos centímetros del suyo. Estaba de rodillas frente a ella y le sostenía la cabeza entre las manos, ayudándola a mantenerla erguida. Él le apartó unos mechones de la cara que se le habían quedado pegados a la piel por culpa del sudor. ¿Sudor?, los vampiros no sudaban.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

Kate se obligó a prestarle atención, se sentía desorientada y mareada.

—Creo que bien. ¿Qué... qué me ha pasado?

William suspiró. La tomó en brazos y la sentó en su regazo mientras la abrazaba con fuerza contra su pecho.

—No vuelvas a hacerme algo así, ¿me oyes? No vuelvas a darme un susto como este.

—Vale —logró responder Kate, sin saber muy bien a qué se refería. Le rodeó el torso con los brazos. El olor de su piel y la familiaridad de las líneas de su cuerpo la reconfortaban. Miró a su alrededor, sin tener muy claro aún dónde se encontraba. Poco a poco reconoció su habitación.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste, parecías muerta. ¡Dios, durante un instante llegué a creer que lo estabas de verdad!, pero me di cuenta de que seguías aquí porque tus ojos no dejaban de moverse bajo tus párpados, como si estuvieras soñando.

«¿Soñando?», pensó Kate. Los vampiros no sueñan, porque, para empezar, ni siquiera pueden dormir. De repente todas las imágenes volvieron a su mente, como si alguien estuviera volcando una tina de ellas en el interior de su cabeza. Se llevó las manos a las sienes. Un gemido ahogado escapó de su garganta.

—Lo he visto...

—¿El qué? —preguntó William, cada vez más preocupado.

—El accidente en el que murieron mis padres. Nunca supe qué pasó aquella noche, no lo recordaba, como si mi mente infantil hubiera bloqueado esos recuerdos. —Miró a William con los ojos como platos—. ¿Por qué lo recuerdo ahora?

William inclinó la cabeza cerca de la de ella. Acabó enterrándola en su cuello y respiró hondo.

—No lo sé. Todo esto es muy raro —admitió él con un suspiro. Tenía la voz ronca y cansada. La abrazó de nuevo y la besó en el pelo—. ¿Recuerdas algo? Me refiero a antes de desmayarte.

Kate sacudió la cabeza.

—No. Sentí un dolor muy agudo en el pecho y...

Se quedó callada. Se estremeció con un escalofrío recorriéndole la espalda.

—¿Qué ibas a decir? —inquirió William.

Ella le sostuvo la mirada, vacilante. Los secretos entre ellos se habían terminado.

—A veces siento la voz de Marak en mi cabeza —empezó a decir. No lograba llamarle de otro modo—. Y cuando eso ocurre, mi cuerpo reacciona.

—¿Y cómo reacciona?

—Como si mi corazón estuviera vivo y latiera al doble de su capacidad. Late tan fuerte y deprisa que me duele, me duele mucho. Eso es lo que me ha ocurrido abajo.

William la miró angustiado.

—No sabía que un vampiro pudiera desmayarse —añadió ella.

—Yo tampoco —confesó él—. He llegado a pensar que era culpa mía. Has estado bebiendo de mí y he creído que quizá estabas enfermando por eso.

Kate le acarició la mejilla con las puntas de los dedos. Una sonrisa cansada se le dibujó en los labios.

—No creo que eso tenga nada que ver. Llevo tiempo haciéndolo y tu sangre no es la de un vampiro, es como la humana. Quizá él, Marak, me haya hecho algo. No sé, puede que haya establecido algún tipo de conexión entre nosotros. Puede que... para espiaros a través de mí. Parece una locura, pero qué no lo es últimamente.

William se encogió de hombros.

—Es posible. Pero ya pensaremos en eso más adelante. Ahora necesitas descansar.

—¿Descansar? Llevo... —Se fijó en que no entraba luz por la ventana. Había anochecido—. ¿Cuántas horas he pasado inconsciente?

—Toda una vida —suspiró William. Al menos eso le había parecido a él.

Volvió a abrazarla y la sostuvo contra su pecho durante un rato. Notó algo

líquido empapándole la camiseta. Primero percibió el olor, y una rápida mirada le bastó para comprobar que no se trataba de su imaginación. La apartó y le alzó la cara con un dedo bajo la barbilla; la vida abandonó su rostro.

Kate se llevó una mano temblorosa a la nariz, después se miró los dedos y un jadeo escapó de su garganta. Estaban manchados de sangre y goteaban sobre sus piernas.

—¿Por qué estoy sangrando? —preguntó con los ojos muy abiertos y brillantes.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo, te lo prometo. No dejaré que te pase nada. —Se puso de pie con ella en brazos, muerto de miedo—. Vamos al baño a limpiarte.

—No sé qué le ocurre —dijo Keyla. Su larga melena negra ondeaba por la brisa que enfriaba el jardín.

William se quitó la gorra que llevaba puesta, se pasó los dedos por el pelo y después volvió a colocársela con un gesto violento. Apartó la mirada de ella para posarla en la casa, mientras tragaba saliva con la boca demasiado seca.

—Sea lo que sea, está empeorando —le hizo notar William—. Es un vampiro y está sudando y tiene fiebre como si fuera humana. Eso es imposible, pero está pasando.

Keyla lo miró. En su perfil pudo ver una expresión dura y atormentada. El dolor que había en sus ojos era inmensamente profundo.

—Me gustaría ayudarla, créeme. Kate es mi amiga y haría cualquier cosa por ella; pero no sé qué le ocurre, solo soy una enfermera. Conozco el cuerpo de los licántropos y también el de los humanos, y en ambos es normal tener fiebre de vez en cuando, las infecciones o que la nariz sangre. Pero en vosotros no tengo ni idea de qué es normal y qué no. Lo siento, Will —dijo en voz baja; y lo sentía de verdad.

Le tomó la mano para reconfortarlo, y acabó dándole un abrazo al ver lo afligido que se encontraba. De repente, una idea se coló en su mente.

—Quizá... —empezó a decir.

—¿Qué? —se interesó el vampiro de inmediato.

—Cuando un humano se transforma en vampiro, ¿su cuerpo sufre algún cambio interno? Me refiero a la anatomía. ¿Cambia algo o todo se mantiene igual?

Un brillo de interés iluminó los ojos de William.

—Cuando un humano se convierte, es como si su cuerpo se congelara durante la transformación. Todo permanece igual salvo que algunos órganos y tejidos no funcionan, dejan de producir fluidos. Los cambios son a otro nivel: la piel se endurece, los sentidos se agudizan y la fuerza y la velocidad se multiplica —explicó él.

—Entonces, podríamos llevarla al hospital durante mi turno y hacerle un par de pruebas. No perdemos nada intentándolo, al fin y al cabo, vuestra anatomía sigue siendo idéntica a la de un humano. Si hay algo extraño, lo veremos.

William la tomó por los hombros y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias —susurró.

—No me las des, aún no he hecho nada. Llévala esta tarde, sobre las siete. Lo tendré todo preparado.

Keyla tocó el claxon a modo de despedida y agitó su mano tras la ventanilla. William le respondió con el mismo gesto y se quedó mirando cómo el coche se alejaba por el camino. Adrien se levantó de la silla donde estuvo sentado todo el tiempo que Keyla pasó explorando a Kate. Se acercó a William sin decir nada y se quedó inmóvil a su lado.

—Dime qué estás pensando —pidió William. Empezaba a conocer al chico.

—No te va a gustar. Y seguro que estoy equivocado.

—Sea lo que sea, quiero saber qué piensas.

Adrien embutió las manos en los bolsillos de sus tejanos y se le iluminaron las pupilas mientras pensaba cómo transformar en palabras sus pensamientos.

—¿Y si Lucifer le ha hecho algo? Ha estado en contacto con él varias veces.

Williamladeó la cabeza y lo miró a los ojos sin ocultar su enfado.

—No debiste guardarle el secretito. Deberías habérmelo contado en cuanto supe que un tipo que solo ella podía ver se estaba paseando por el pueblo.

—Ya, igual que debí contarle a ella el nuevo menú de tu dieta; pero no lo hice.

—Adrien se encogió de hombros—. Además, no sirve de nada pensar en eso ahora. ¿Quieres que te lo cuente o no? —William asintió—. Todo apunta a que nosotros tenemos algo que Lucifer quiere, y si no lo tenemos, somos el medio para que lo consiga. Es evidente que ninguno moveremos un solo dedo para ayudarlo, a no ser que...

—Necesitemos algo a cambio —terminó de decir William.

Adrien sacudió la cabeza con un gesto afirmativo.

—Como que le salvara la vida, de un mal que él mismo ha provocado, a una persona que nos importa a ambos.

—Sabe que haría cualquier cosa por ella.

—Ya lo hiciste en aquella iglesia —le recordó Adrien. William lo había arriesgado todo al romper la maldición sobre los vampiros para salvar a Kate de acabar convertida en un montón de cenizas bajo el sol—. Mi padre no habrá escatimado en detalles a la hora de hablarle de nosotros.

—¿Y si estás en lo cierto? ¿Y si le ha hecho algo y la única forma de que Kate se ponga bien es haciendo lo que ellos digan? —preguntó William.

Se miraron fijamente durante un largo instante.

—Yo nunca permitiría que le pasara nada malo a Kate, lo sabes. Pero ya no se trata de renegados a la luz del sol, sino de arcángeles reduciendo este mundo a cenizas. —William se giró hacia él con los puños apretados y una expresión asesina. Adrien alzó las manos en un gesto de paz—. ¡Eh, no estoy diciendo que vaya sacrificarla ni nada de eso! Solo digo, que tenemos que buscar la forma de

que no le ocurra nada sin que eso suponga morir. Porque de nada servirá salvarla si después todos nos convertimos en combustible para las llamas del infierno. Y eso es lo que ocurrirá si se cumple la profecía.

William le dio un golpecito en el pecho con el dedo. La irritación lo aguijoneaba, eclipsando cualquier otra sensación.

—Eso está por verse —concluyó.

Las puertas del ascensor se abrieron y William las cruzó con Kate en brazos, seguido de Shane y Adrien. Robert, Carter y Evan controlaban los accesos a la planta para asegurarse de que nadie los vigilaba y que no habría visitas inoportunas.

—Tengo dos piernas que funcionan perfectamente —dijo Kate con los brazos rodeando el cuello del chico.

—Es cierto, tienes dos piernas preciosas y perfectas —replicó él sin darse por aludido. Una sonrisa traviesa iluminó su rostro y soltó una risita grave—, además de otras muchas cosas preciosas y perfectas que también me gusta contemplar.

Kate notó que se le calentaba la sangre. Se acercó a su oído y le susurró:

—¿Está coqueteando conmigo, señor Crain?

—No, señorita Lowell —bajó la voz hasta convertirla en su susurro profundo y sexy—, solo la estoy poniendo al corriente de cuáles son mis intenciones para cuando esta visita termine. —Inclinó la cabeza y la besó en la comisura de los labios—. Espero que mis planes sean de su agrado —musitó sin despegar la boca de su piel.

Kate dijo que sí con un movimiento de su cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Él se rió y el eco de aquel sonido la estremeció entera. Una embriagadora mezcla de emociones batallaba en su interior y, de repente, tuvo miedo de estar enferma de verdad. ¿Por qué parecían condenados a distanciarse cada vez que lograban estar juntos? Lo abrazó con fuerza y no aflojó cuando sintió las vértebras de su cuello crujir.

Keyla estaba rellenando un formulario en el puesto de enfermeras. Lo dejó a un lado en cuanto los vio aparecer y fue a su encuentro con una sonrisa en los labios.

—Todo está listo —indicó la chica. Empujó una puerta batiente y la sostuvo con su cuerpo mientras William la cruzaba—. Le he pedido a la doctora Weatherly que venga para hacer las pruebas. Pertenecer al clan y es de confianza. Ha venido desde Massachusetts solo para esto. Yo no podría interpretar correctamente los resultados —se justificó el ver cómo William fruncía el ceño.

—Está bien, Keyla. Confiamos en ti completamente —dijo Kate.

Keyla se detuvo frente a una doble puerta.

—Aquí solo puede entrar ella. Tiene que cambiarse y... —informó al

vampiro.

William soltó un gruñido.

—No hay nada de ella que yo no haya visto, así que no pienso dejarla sola —le espetó.

La loba suspiró con los ojos en blanco.

—Es el protocolo del hospital —terció Keyla—. Kate entrará sola y tú te quedarás en el pasillo para que la doctora pueda hacer su trabajo. Y esto no es negociable, William. Pero si te empeñas en continuar con el papel de troglodita, también puedo pedirle a mi hermano que te acompañe a la salida.

William miró de reojo a Shane. El chico se encogió de hombros y sonrió a modo de disculpa. Lo sacaría de patitas a la calle sin dudar, y Adrien parecía dispuesto a colaborar.

—Will —susurró Kate—. No va a pasarme nada. Estaré ahí mismo, ¿vale?

Él pareció meditar las opciones. Finalmente la dejó en el suelo y, antes de que pudiera moverse, la cogió por el rostro y la besó con fuerza.

—Todo va a ir bien —dijo con la frente apoyada en la de ella.

—Eso ya lo sé.

Kate siguió a Keyla. Entraron en una habitación blanca donde había una mesa con monitores junto a una pared con un cristal, a través del que se veía otra sala con una máquina enorme que parecía salida de un proyecto de la NASA. Llamaron a la puerta y entró una enfermera, seguida de la doctora Weatherly. Kate supo que se trataba de ella sin necesidad de ver la placa identificativa. Olía a licántropo.

—Kate, esta es la doctora Weatherly —se apresuró a presentar Keyla.

—Es un placer, doctora —dijo Kate tendiéndole la mano.

—Llámame Andrea, por favor. Y el placer es mío. ¿Preparada? —preguntó con una enorme sonrisa.

Kate asintió y llenó sus pulmones con una bocanada de aire que le colmó el olfato con un fuerte olor a desinfectante y... a algo más que no supo identificar, pero que le hizo sentirse mal, mareada.

—Estupendo —rió la doctora. Se giró hacia la enfermera—. Por favor, acompáñela para que pueda cambiarse; y después puede dejarnos. Yo me ocuparé del resto.

La enfermera sonrió y empujó la puerta que conducía a la sala que se veía a través del cristal.

—Sígueme, por favor.

Kate hizo lo que le pedía. Penetró en aquella sala fría y miró con atención, y un poco de cautela, aquel tubo futurista. La enfermera desapareció tras una cortina. Un segundo después le entregaba una bata de color blanco con topes azules.

—Puedes cambiarte tras la cortina —le dijo a Kate; y añadió al ver que

parecía preocupada—: Eso es un tomógrafo. Te tumbará en la camilla mientras se introduce en el hueco. Hará unos ruidos un poco raros, pero no debes preocuparte. Tú no te muevas, relájate y cierra los ojos, verás cómo la doctora termina en un suspiro.

—Gracias —susurró Kate. Le dedicó a la enfermera una tímida sonrisa—. Los espacios cerrados me producen claustrofobia. No puedo evitar ponerme nerviosa.

La enfermera ladeó la cabeza y la miró con atención. Tenía el pelo corto y rubio, y unos ojos azules que desprendían una inusitada calidez. Alargó la mano y acarició la mejilla de Kate. Para sorpresa de la vampira, aquellos dedos estaban increíblemente calientes.

—Oh, cielo. No tienes que ponerte nerviosa —dijo con exagerada emoción. La expresión de su cara cambió mientras bajaba el tono de voz—, jamás permitiríamos que te pasara nada malo.

Kate dio un paso atrás. Durante una décima de segundo le pareció ver que aquellos ojos azules perdían su color tras un velo negro que los cubrió por completo. La enfermera se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Kate reaccionó.

—Disculpe —dijo. La enfermera se giró con una sonrisa tirando de sus labios, y Kate no vio nada raro en sus ojos. Quizá solo lo había imaginado, se le daba muy bien ponerse paranoica con cualquier cosa—. No es nada. Perdone.

Kate se desvistió y se puso la bata. Un minuto después, Keyla la ayudaba a tumbarse en la camilla. Se quedó completamente quieta, tal y como le había explicado su amiga. Cerró los ojos y trató de relajarse. Los zumbidos que la máquina emitía eran fuertes y molestos. Intentó pensar en algo agradable, pero lograrlo se convirtió en una misión imposible. Su mente se empeñaba en vagar por aguas oscuras que la engullían asfixiándola.

De repente, el sonido se detuvo y una mano en su brazo le indicó que ya habían terminado. Se puso de pie y se dirigió a la cortina para volver a vestirse.

—Kate —dijo la doctora desde la otra sala a través de un comunicador—. No te quites la bata, me gustaría hacerle otra prueba. Keyla, quiero hacerle una ecografía, ¿podrías prepararlo todo?

—¿Una ecografía? —repitió Kate—. ¿Ha visto algo?

—No estoy muy segura, por eso quiero cerciorarme. —Miró a Kate—. No te preocupes, no será nada.

Kate sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. No le gustaba la expresión de la doctora, parecía preocupada, incluso confusa. Y la cara de Keyla, al oír las palabras de Andrea, terminó de convencerla de que algo ocurría. Se le hizo un nudo en la garganta y le temblaron los labios.

—Ahí, ¿lo ves? —preguntó la doctora.

Keyla miró con atención la pantalla del monitor. Ladeó la cabeza, primero hacia la izquierda, después repitió el gesto hacia la derecha. Entornó los ojos y se

acercó un poco a la imagen.

—Se mueve —susurró.

—Yo diría que es como un latido. Se expande y se retrae de forma rítmica —comentó Andrea Weatherly.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kate cada vez más preocupada.

—No lo sé —respondió Keyla—. Puede que sea normal en vosotros. Iré a buscar a William, quizá él sepa algo.

Kate pudo oír el sonido de las botas de William pisando con fuerza el pasillo. Segundos después, él entraba en la habitación casi a la carrera. Miró a Kate directamente a los ojos y después a la doctora.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No estoy segura —contestó Andrea. Señaló un punto en la pantalla—. ¿Ves esa mancha blanca, tras el corazón, cerca del esternón?

William estudió la imagen y asintió con la cabeza. Frunció el ceño hasta que sus cejas formaron una sola línea.

—¿Es posible que tú tengas algo parecido? No sé, quizá sea algo natural en los vampiros —continuó Andrea.

William casi no escuchaba a la doctora. No podía apartar la vista de la extraña mancha. Tras el corazón de Kate había una masa luminosa que palpitaba, creando el efecto de que era su corazón el que latía. El órgano se expandía a su ritmo y con la misma intensidad. De repente, el tamaño comenzó a aumentar con cada palpitación y Kate volvió a notar aquella presión angustiosa en el pecho.

—¿Qué es eso? —preguntó William, respondiendo así a la doctora.

—No lo sé. Es imposible ver algo más con los medios que tenemos —empezó a explicar Andrea—. Se le podría hacer una pequeña intervención y observarlo *in situ*. Es algo complicado, porque con la capacidad de regeneración empezaría a sanar antes de que pudiéramos completar la incisión. Por lo que tendríamos que debilitarla lo suficiente como para ralentizar el proceso de curación y...

William empezó a negar con la cabeza antes de que ella terminara la frase.

—No voy a dejar que la toques, y mucho menos que la drenes. De eso nada, olvídalo, es peligroso para ella. Tiene que haber otra forma de saber qué es eso.

—Quiero verlo —pidió Kate con voz temblorosa.

No quería asustarse. Quizá estaban exagerando y no era nada. O quizá sí lo fuese, porque aquella cosa se movía dentro de ella como si quisiera salir. Una de las imágenes de la película *Alien, el octavo pasajero*, acudió a su mente como un mal augurio. El miedo empezó a dominarla.

—Claro —dijo Keyla al darse cuenta de que la estaban ignorando. Giró el monitor para que pudiera verlo—. Es esto de aquí. ¿Lo ves? ¿Ves cómo late?

Kate asintió. Dentro de su pecho había una tenue luz que se movía, y parecía una...

—Es una mariposa —se le quebró la voz; y el fogonazo de un recuerdo oculto que no supo identificar se coló en su mente.

—Voy a hacerlo, Will. Dejaré que Andrea me haga esa intervención —dijo Kate en voz alta. Sentada en el sofá del salón se abrazaba las rodillas—. Sea lo que sea esto que llevo dentro, quiero que me lo saquen.

William regresó de la cocina con un vaso de sangre templada y se lo entregó. Se sentó a su lado y suspiró.

—No creo que sea buena idea. No sabemos qué es, ni cuánto lleva ahí. Pueda que sea una anomalía genética y que nacieras con ella. O que la haya provocado tu transformación... —La miró a los ojos sin disimular lo mucho que lo preocupaba aquel tema—. Ten en cuenta que si Adrien y yo somos únicos en nuestra especie, tú también lo eres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella mientras bebía pequeños sorbos.

—Que no te mordió un vampiro normal, sino un híbrido que es mitad ángel; y te alimentas de mí, otro híbrido. Puede que esa mancha sea una consecuencia, una marca de lo que eres. ¿Quién nos asegura que al tocarla no podamos matarte? Quizá sea tu centro vital, no sé. Los humanos tienen aura, puede que eso sea una especie de halo también. —Se pasó los dedos por el pelo y lo alborotó con un suspiro—. No estoy dispuesto a correr el riesgo, Kate. Es tu vida la que está en juego y me importa demasiado.

—Tú lo has dicho, es mi vida. Tengo derecho a decidir.

—Lo sé... —Hizo una pausa. Le costaba decir aquello—. Temo que Lucifer, Marak o como demonios se llame, te haya hecho algo, algo malo, para poder chantajearme a cambio de algún... favor. Esa táctica ya le funcionó a Mefisto hace unos meses. No haré nada sin estar seguro.

Kate se quedó en silencio, contemplando un anuncio en la tele sin sonido. Dejó el vaso sobre la mesa y con manos temblorosas se recogió la melena en una coleta. Estaba muy preocupada. No tener la menor idea de lo que le pasaba era una tortura, y las suposiciones de William lo eran todo menos alentadoras. Si le habían hecho algo para conseguir que él accediera a cualquier cosa que le pidieran, ella estaba segura de que lo haría sin dudar. No podía permitirlo, por eso debía adelantarse y saber qué terreno estaban pisando.

—Vale, puede que tengas razón —admitió Kate sin mucha convicción—. Pero necesito que me ayudes a averiguar qué es esta cosa que llevo dentro.

Porque... porque... —no sabía qué decir. Estaba asustada—. No me gusta cómo me siento, es como si me estuviera absorbiendo la energía.

William le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia su pecho. La apretó con fuerza y la besó en el pelo. Su piel volvía a estar caliente y una fina película de sudor se le extendía por el cuello hacia la espalda. Era como si su vampirismo se estuviera revirtiendo y comenzara a ser humana de nuevo. ¡Una locura!, pero rezaba para que se tratara de eso, ojalá lo fuera.

—Lo haremos, te lo prometo. Ahora pensemos en otra cosa, ¿vale? Distraigámonos un poco, ambos lo necesitamos —sugirió él, dedicándole una sonrisa divertida. Le dio un golpecito en la nariz.

Ella sonrió. Le era imposible no hacerlo cuando se convertía en el hombre más encantador del mundo. Se acurrucó contra su pecho, mientras él apuntaba con el mando al televisor y seleccionaba una película. Se estaba convirtiendo en un adicto a las cintas de superhéroes y a los cacahuets bañados en chocolate; y a ella le encantaba hacer cosas tan normales como esa.

—Así que Adrien y tú habláis sobre mí —dijo Kate.

William se puso un poco tenso.

—¿Te ha dicho que hablamos sobre ti?

Ella deslizó la palma de su mano por el estómago de él y sacudió la cabeza contra su camiseta.

—No. Pero estoy segura de que lo hacéis; y no solo habláis de mí, también de otras muchas cosas —aseguró convencida—. Parece que os habéis hecho amigos.

—Yo diría que «amigos» es exagerar un poco —respondió él.

—Es posible que hace unas semanas sí. Ahora lo sois. ¡Venga, admítelo, te cae bien! —William no contestó, pero un brillo de diversión destelló en sus ojos —. Pues tú a él sí, me lo dijo.

—Así que Adrien y tú habláis sobre mí —replicó William con tono pícaro.

Kate sonrió y se apoyó en su pecho con las manos para incorporarse un poco.

—Me dijo que tú eres la única identidad que tiene, lo más parecido a unas raíces, y que no pensaba traicionarte ni siquiera conmigo. Creo que para él eres mucho más que un amigo. Contigo ha dejado de sentirse solo y diferente.

William se quedó mirándola. Le recogió un mechón de pelo tras la oreja, mientras pensaba en el híbrido. En cierto modo él se sentía igual respecto a Adrien. Saber que eran iguales en sus orígenes, que no era el único de una especie que no debería existir, suponía cierto alivio. Encogió un hombro con desgana y se acomodó con pereza contra el respaldo del sofá, contemplando de nuevo la pantalla iluminada por los créditos iniciales.

—Puede que empiece a caerme bien —dijo como si nada.

Kate apretó los labios para no soltar una risita.

—Solo bien —terció ella—. Ya, por eso lo llevas contigo a todas partes,

incluso hoy al hospital. Confías en él. Yo diría que eso es algo más que caerte bien.

Volvió a acomodarse sobre el pecho de William y se abrazó a su estómago como si fuera una almohada, dura pero confortable, y que olía de maravilla.

—Creo que le gusta Sarah —dijo ella al cabo de unos segundos.

William le pasó los dedos por el pelo.

—¿En serio? —preguntó sorprendido. Kate dijo que sí con la cabeza. William soltó una carcajada—. ¡Vaya, quién lo iba a imaginar! El destino juega a veces estas pasadas.

—¿Por qué dices eso?

—Hace dos meses se enfadó conmigo porque no lo dejé que le rebanara el cuello a la chica, y ahora... Creo que me debe una disculpa.

Kate le dio una palmada en el estómago.

—¡Oh, por Dios, no se te ocurra mortificarlo con eso! Prométeme que lo dejarás en paz.

Una enorme sonrisa se extendió por la cara de William. Cruzo los dedos sin ningún disimulo.

—Lo prometo —dijo en tono solemne.

Empezaron a ver la película en un cómodo silencio. Al cabo de un rato, Kate dejó de prestar atención y se dedicó a contemplar a William. Parecía un niño pequeño, con los ojos muy abiertos para no perderse ni un detalle de cómo Lobezero volvía a enfrentarse por tercera vez a Magneto. No había rastro del hombre despótico, frío y malhumorado de las últimas semanas. Parecía el de siempre, dulce y atento, cariñoso y preocupado hasta sacarla de quicio con su actitud sobreprotectora; pero no cambiaría absolutamente nada. Ya no. Él se estaba esforzando, respetaba su espacio y sus decisiones y ella se lo agradecía con toda su alma. Su relación volvía a ser como al principio, mejor incluso. La última semana había borrado todos los sinsabores y los malos momentos, como si estos nunca hubieran existido.

Aunque Kate era muy consciente de que había cosas en William que aún lo hacían sufrir. Su naturaleza oscura pulsaba en su interior sin descanso. Luchaba a todas horas contra el deseo de dejarse llevar por sus instintos. No era capaz de estar cerca de un humano, no confiaba en sí mismo en ese sentido. Sus deseos irracionales continuaban tentando a su férrea voluntad; y cuando no le quedaba más remedio que mezclarse con ellos, siempre lo hacía con Shane y Adrien como muro de contención. Los únicos capaces de reducirle si llegaba el momento. Por eso los llevaba a todas partes con él.

Ahora estaba relajado, demasiado relajado para los peligros que aún lo acechaban y la incertidumbre sobre lo que podría ocurrir con los ángeles. Kate no podía dejar de pensar en ellos, ni tampoco en Marak; así que, la calma de William era un bálsamo de tranquilidad para ella.

O quizá no estaba tan relajado como parecía.

Se oyó un ruido en el exterior, apenas perceptible y que podría haber pasado por el susurro de las hojas mecidas por la brisa nocturna. Kate iba a mencionarlo cuando se dio cuenta de que William tenía un par de dagas sobre el muslo y que de su costado sacaba muy despacio un arma cargada con balas con el interior de plata líquida. Levantó los ojos hacia su rostro, pero él continuó viendo la película como si no pasara nada. Su cuerpo era lo único que delataba su tensión, rígido como una barra de acero. De repente, suspiró y se relajó por completo.

La puerta corredera de la cocina sonó con un clic y a continuación se abrió. Se oyeron pasos y después cómo alguien abría un armario y el sonido de una bolsa de plástico.

—¿No te han enseñado a llamar? —preguntó William alzando la voz.

—Sabías que me acercaba antes de poner un pie en tu jardín —respondió Adrien con una risita. Apareció en el salón con una bolsa de palomitas—. ¿Para qué iba a llamar?

Saludó a Kate con una sonrisa y se dejó caer en el sofá. Puso las piernas sobre la mesa y empezó a comer.

—Podría estar desnudo. Es mi casa, no te he invitado, no has llamado antes de venir; y podría apetecerme estar en bolas —le hizo notar William con una mirada poco amistosa.

Adrien le dedicó una mueca burlona.

—No debes preocuparte. —Alzó las cejas con un gesto elocuente—. No eres mi tipo. Me gustan más listos.

A Kate se le escapó una risotada, que disimuló sin mucho éxito con una mano en la boca. William, lejos de enfadarse, también se echó a reír mientras sacudía la cabeza.

—¡Me encanta esta película! —exclamó Adrien. El mando a distancia escapó de entre los dedos de William y fue a parar a su mano. Subió el volumen hasta que casi resultó molesto—. Aunque la primera es mucho mejor.

—¿Esta visita es por algo, o simplemente te apetecía desvalijarme la cocina y fastidiarme la noche? —le espetó William.

Adrien entornó los ojos, ofendido. Iba a replicar cuando su oído captó el sonido de dos vehículos aproximándose a toda velocidad.

—¿Esperas visita? —preguntó.

William se enderezó, cauteloso. De repente su cara se iluminó. ¡Dios, lo había olvidado por completo!

—Es Cyrus, esta noche regresa a Europa. Lo olvidé, no sé dónde tengo la cabeza —respondió mientras se ponía de pie.

Kate aprovechó que William iba a estar ocupado un buen rato, para subir y darse un baño. Sentía la piel pegajosa y caliente, y aún tenía en el pecho restos del gel que habían usado para hacerle la ecografía. Entró en su dormitorio y se

asomó a la ventana. William y Adrien conversaban con Cyrus y Stephen junto a un par de vehículos aparcados en el lateral. Con ellos había otros dos vampiros que, por sus ropas y aspecto, supo que eran parte de los nuevos guerreros reclutados por William. Mako también estaba allí.

Su primera reacción fue un terrible sentimiento de ira; la segunda, llenar los pulmones de aire y tranquilizarse. De momento, la vampira era alguien a quien debería soportar, y tenía que hacerse a la idea. Además, no existían motivos por los que tuviera que preocuparse, William era suyo y de nadie más.

Entró al baño, abrió el grifo del agua fría y, mientras la bañera se llenaba, reflexionó sobre qué podía estar pasándole a su cuerpo. Tenía miedo de que aquella mancha en su pecho fuese algo malo. Los vampiros no podían enfermar por las mismas enfermedades que acosaban a los mortales, pero... ¿y si se trataba de otra cosa? ¿Y si... la suposición de William era cierta? Apartó la idea, empujándola al rincón más apartado de su mente. Estaba agotada y necesitaba descansar, desconectar de todo y no pensar en nada. Se metió con cuidado en la bañera. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo resbalara hasta sumergir la cabeza por completo en el agua fría; un alivio para la temperatura de su piel.

Pataleó con todas sus fuerzas. El agua la arrastraba, golpeándola contra las rocas. Algo afilado le arañó la pierna. Giraba y se hundía en un remolino de agua fría y oscura. No podía respirar; notaba fuego en los pulmones y su cabeza palpitaba a punto de estallar. Poco a poco dejó de sentir dolor; y solo quedó el frío seco y gélido que le entumecía la piel. El agua y la oscuridad habían desaparecido, y todo a su alrededor era blanco. No había líneas ni formas que evidenciaran dónde se encontraba. No había un arriba o abajo; un suelo o un cielo; no había paredes ni un horizonte. Solo blanco por todas partes.

Notaba la tez tirante. Tratando de controlar el tembleque que le recorría el cuerpo, alzó una mano de dedos temblorosos para palparse la mejilla. Descubrió que tenía el rostro cubierto de una fina lámina de hielo y que su pelo estaba congelado. Abrió la boca y su aliento se transformó en una nube. Entornó los ojos y miró con atención; una sombra estaba tomando forma, haciéndose más nítida conforme se acercaba. Una mano le acarició el pelo, calentándola. Se deslizó por su brazo hasta su mano y ella la agarró con sus dedos, que apenas tenían sensibilidad...

Kate dio un respingo, agitando piernas y brazos como si estuviera descendiendo en caída libre, buscando dónde asirse para no estrellarse contra el suelo. Sus manos aferraron con fuerza el borde de la bañera y logró enderezarse. Jadeó mientras escupía todo el agua que había tragado. Miró a su alrededor, tratando de

recordar dónde se encontraba. Había vuelto a desvanecerse.

Se llevó una mano a la garganta sin poder dejar de toser. Sintió que algo explotaba tras sus retinas y un sabor conocido inundó su boca. Se palpó la cara y comprobó, para su propio horror, que volvía a sangrar. Se lavó la cara y salió de la bañera. Se envolvió en una toalla y se acercó al espejo. Pasó otra toalla por la superficie y contempló su reflejo en el cristal. Parecía un fantasma con los ojos hundidos y la piel seca y blanca como el papel.

« Me estoy muriendo » , pensó.

Se desenredó el pelo con fuertes tirones y se vistió a toda prisa. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado en la bañera, pero, para su sorpresa, cuando miró el reloj que tenía sobre la mesita, comprobó que solo habían pasado quince minutos. Quince minutos que se le habían antojado un mes.

Se asomó a la ventana. La reunión continuaba bajo un cielo cubierto de estrellas. William se giró y miró hacia arriba, como si supiera que Kate estaba allí. Una sonrisa le iluminó la cara al descubrirla y ella se encontró alzando el brazo con un tímido saludo. Apoyó la palma de la mano en el cristal que los separaba, sintiéndolo como si en realidad fuera un muro de acero de un metro de grosor, y no una fina capa de vidrio.

Bajó la escalera y se dirigió a la cocina. Nada más cruzar la puerta se encontró con Mako lavándose las manos en la pila. No pudo evitar encenderse como leña empapada en gasolina. Aquella casa había dejado de ser un campamento para guerreros vampiros y volvía a ser su hogar. Ella no tenía ningún derecho a estar allí. No era bienvenida. Mako cerró el grifo y la miró mientras se secaba las manos con un paño. Junto a ella había un vaso con restos de sangre. ¡Vaya, si hasta se había servido un tentempié!

—No tienes buen aspecto —le dijo Mako con un tonito engreído, acompañado de una sonrisa despectiva y suficiente. Se estaba comportando como si la molesta intrusa fuera Kate.

—¡Fuera! —dijo Kate con los brazos colgando rígidos a ambos lados del cuerpo.

—¿Qué?

Kate acortó la distancia que los separaba, mirándola fijamente a los ojos. Su cara se transformó con una expresión maliciosa que hizo que Mako diera un paso atrás. Allí estaba otra vez, ese lado oscuro que había aflorado la noche del ataque nefilim.

—He dicho... ¡fuera! Quiero que salgas inmediatamente de mi casa y que no vuelvas a poner un pie dentro a no ser que yo te lo permita. Pero te aseguro que eso no sucederá jamás —le espetó.

De nuevo su pecho volvió a agitarse, la sensación de revoloteo regresó y notó cómo se expandía hinchando su corazón como un globo. Esta vez no le resultó doloroso, sino extrañamente placentero.

Mako levantó un dedo.

—Tú no eres...

—¡Cierra la boca, no te permito que me hables! —gruñó Kate. Sin saber cómo, en su mano apareció un cuchillo de cocina que normalmente estaba en un taco de madera sobre la encimera—. Esta es mi casa y tú no eres bienvenida.

Los ojos de Mako volaron hasta el arma y se puso tensa. Por primera vez se sintió intimidada por ella. Desprendía un aura que le ponía los pelos de punta y que le susurraba que tuviera cuidado.

—William... —empezó a decir la guerrera.

Kate soltó una risita fría y cínica.

—William te enviaría a Groenlandia a vigilar tu propia sombra si yo se lo pidiera —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Dame un solo motivo y lo haré. —Sonrió y dio media vuelta. Abrió la nevera y sacó una bolsa de sangre—. ¿Es cosa mía o sigues aquí?

Mako giró sobre sus talones y salió de la casa dejando tras de sí una estela de rabia contenida. Se sentía humillada y... vencida en su propio juego. La odiaba, odiaba a Kate con toda su alma inmortal. La odiaba porque poseía cuanto ella quería; y porque sabía que cada palabra que había dicho era cierta. William haría cualquier cosa que ella le pidiera. La amaba de verdad y no la dejaría por nada ni por nadie.

Kate se apoyó en la encimera. Dejó el cuchillo y lo empujó lejos de ella, hizo lo mismo con la sangre, y se sujetó con fuerza al borde. Temblaba de arriba abajo, aunque se sentía bien por lo que acababa de hacer. Mako había forzado aquella situación, sacando de ella sus peores instintos. Había tenido que apelar a su conciencia para no destruirla allí mismo.

Necesitaba sentarse y descansar. Una risita divertida sonó en su mente, aturdiéndola. Se llevó las manos a las sienes y las presionó con fuerza.

«Sal de mi cabeza», pensó con rabia.

Prestó atención a los sonidos del jardín. William continuaba hablando con Cyrus. Por lo visto, en un mes comenzarían las obras de un nuevo edificio en Boston, que acogería las primeras oficinas de la Fundación Crain. Una sede idéntica a la que tenían en Inglaterra. Una sociedad fantasma que invertía dinero en la investigación hematológica y genética; en realidad se dedicaban a comprar sangre en el mercado negro para abastecer a los vampiros. William estaba dispuesto a llevar las cosas del clan del mismo modo que su padre en Europa. La fórmula funcionaba y él lograría lo mismo en su nuevo hogar.

Cyrus entró un segundo para despedirse. Kate le dio un fuerte abrazo y le sonrió como si ningún problema la atormentara. Se encaminó al salón con piernas temblorosas, mientras oía el sonido de los coches alejándose por el camino. Las primeras luces del amanecer coloreaban el cielo y la tenue penumbra del interior.

Notó un escalofrío, seguido de una vibración en el ambiente. Su cuerpo se puso tenso de inmediato. Algo raro le pasaba al aire. De repente la casa crujió, los cristales temblaron, y un intenso olor a electricidad le colmó el olfato. Seis cuerpos tomaron forma frente a ella. Una pared de músculos, rostros hermosos y miradas que la aplastaban; y ... alas. Las paredes se inclinaron un poco a medida que el pánico le taladraba el pecho.

—¡Will! —gritó con todas sus fuerzas a la vez que agarraba el atizador de la chimenea y lo esgrimía como un bate de béisbol.

Adrien y William se giraron hacia la casa, un segundo antes de que el grito de Kate restallara como un látigo en sus oídos. Lo habían sentido en la piel, en cada célula del cuerpo. Una energía que los atraía como un imán a una pieza de hierro. Se lanzaron hacia la escalera y penetraron en la casa.

Durante un instante, se quedaron inmóviles contemplando a los seis arcángeles que había en el salón. La imagen parecía sacada de un..., ni idea, nunca habían visto nada igual. Kate les plantaba cara con un atizador y la mirada encendida. Aquello los impactó aún más. Sabían que era valiente, pero no tan inconsciente como para enfrentarse a los seres más poderosos del mundo ella sola.

Miguel movió una mano y el atizador se deshizo en una cascada de polvo, que acabó en un montoncito en el suelo.

—Eso no es necesario —dijo con tranquilidad. Ladeó la cabeza y miró a William y a Adrien—. ¿Son ellos?

—Ellos son —confirmó Gabriel. Vestía de negro al igual que sus hermanos.

Miguel los contempló. Evaluándolos. Se detuvo en William.

—Te pareces a ella. Aunque no has heredado sus ojos.

—¿Quién eres? —preguntó William con un tono poco amistoso.

Rafael dio un paso adelante y su larga melena castaña se agitó con vida propia.

—Habla con respeto, abominación —le espetó con un atisbo de cólera en la mirada.

—¿He dicho alguna vez que no me gusta que me insulten? —intervino Adrien. Una sonrisita mordaz le curvaba los labios mientras le daba vueltas a una daga en la palma de la mano. Giraba como una peonza, destellando bajo la luz.

Rafael gruñó y alzó una mano en la que se formó una esfera de energía.

Miguel lo detuvo con un gesto.

—No hay duda de quién es tu padre —dijo el arcángel—. Compartes con él algo más que el aspecto, tenéis el mismo carácter. Bastante molesto, por cierto.

Adrien apretó los dientes. Ese tipo de comparaciones provocaba que hiciera estupideces, como lanzarse contra aquel cretino y arrancarle la lengua. William debió adivinar sus intenciones, porque le pidió a través del vínculo que

compartían que no hiciera ninguna tontería. No tenían posibilidad de medirse con ellos.

—Mi nombre es Miguel —informó, respondiendo así a la pregunta de William—. Y ellos son mis hermanos: Gabriel, Rafael, Amatiel, Nathaniel y Meriel.

—¿Y qué queréis? —preguntó Adrien.

—Buscamos a Lucifer —respondió Miguel.

William se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía. Que los arcángeles estuvieran allí no era bueno, nada bueno. Una prueba más de que algo muy grande estaba pasando; y su instinto le decía que todo tenía que ver con la profecía. Su mente trabajaba a toda prisa buscando salidas. Los arcángeles no debían averiguar nada sobre Salma; y, menos aún, sobre la posible conexión que unía a Kate con Lucifer.

—Pues habéis venido al sitio equivocado. No está aquí. Hace días que no vemos su estúpida sonrisa —respondió Adrien.

—¡Entonces, es cierto, está aquí entre los humanos! —fue Nathaniel el que habló esta vez.

William asintió sin dejar de observar a Gabriel, el arcángel no apartaba sus ojos de Kate. La estudiaba como si fuera un espécimen al que estuviera diseccionando. No le gustaba ese repentino interés; aunque recordaba que ella ya había llamado su atención meses atrás, cuando la conoció junto al arroyo.

—Dices que lo habéis visto —terció Miguel.

—Sí, lleva un tiempo por aquí. Se pasó a saludar, trajo tarta de manzana..., y ya sabes, esas cosas que suelen hacer los nuevos vecinos —bromeó Adrien—. Pero hace una semana que no lo vemos.

Miguel sacudió la cabeza, pensando.

—¿Sabéis el motivo que lo trajo hasta aquí? ¿Os pidió algo, os dijo algo? —Cada palabra que pronunciaba, por muy tranquila que fuese dicha, sonaba como una amenaza.

—No —respondió Adrien—. Comentó algo sobre la genética familiar. Parece que coincide contigo en lo mucho que comparto con mi padre. —Sonrió, dejando a la vista sus colmillos—. Yo creo que no nos parecemos en nada.

Miguel le sostuvo la mirada durante unos eternos segundos.

—¿Insinúas que vino hasta vuestra casa para darse la vuelta y marcharse sin más? Mentir es pecado —dijo con un suspiro.

—No está mintiendo —intervino Kate. Lo miraba como si estuviera dispuesta a arrancarle los brazos si intentaba algo contra alguno de ellos—. No nos dijo nada ni nos pidió nada. Vino a ayudarnos.

—¿A ayudarlos? —preguntó Meriel con un tono a medio camino entre el desdén y la sorpresa.

—Un grupo de nefilim nos atacó. Eran demasiados y nos habrían ejecutado si

él no hubiera intervenido —explicó Adrien, atrayendo de nuevo la atención sobre él. Se movió de forma que Kate quedó unos pasos por detrás, entre William y él.

Miguel y Gabriel cruzaron una mirada elocuente. Por el tiempo que pasaron en silencio, sin apartar la vista el uno del otro, William sospechó que se estaban comunicando del mismo modo que Adrien y él utilizaban. Su instinto le dijo que aquel medio era seguro y que solo involucraba al emisor y al receptor al que iba dirigido el mensaje.

«Si la situación se complica...», dijo William.

«Sacar a Kate de aquí es la prioridad, lo sé», terminó de decir Adrien.

—Así que vino a protegeros —musitó Miguel para sí mismo. Su mirada plateada se clavó en William con una intensidad que resultaba incómoda—. ¿Y a ti te dijo algo?

—No —respondió William sin perder de vista a Gabriel. El arcángel solo tenía ojos para Kate—. Yo ni siquiera estaba aquí, me encontraba a miles de kilómetros.

—Miente —masculló Nathaniel con desprecio.

—¿Y por qué iba a mentir? —preguntó William, levantando la barbilla con un gesto desafiante.

—Ayudáis al bando equivocado —lo reprendió Rafael.

—Para mí no hay bandos salvo el mío; y ni Lucifer ni vosotros estáis en él —escupió William.

—Eso simplifica nuestra presencia aquí —replicó Rafael. Una espada apareció en su mano mientras daba un paso hacia William.

—Ni se te ocurra acercarte a él —gruñó Kate con los puños apretados.

William giró la cabeza hacia ella sin poder creer que hubiera dicho aquello. Una parte de él se sintió orgulloso de que se lanzara a defenderlo de ese modo; otra se estremecía de miedo porque hubiera tenido el valor de amenazar al arcángel. «No los provoques e intenta salir de aquí», coló el pensamiento en su mente con demasiada desesperación, y ella no estaba preparada.

Kate dio un respingo y se llevó la mano a la cabeza. Su pecho comenzó a palpar con fuerza y la temperatura de su cuerpo a subir.

—¿Lo notas? —preguntó Gabriel, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Sí —respondió Miguel.

—Proviene de ella.

Gabriel hizo el intento de acercarse a Kate. William y Adrien se movieron como perfectas máquinas sincronizadas, interponiéndose como un muro entre ellos.

—Déjala en paz —gruñó William.

Gabriel clavó sus ojos en él, fríos e inhumanos, desprovistos de cualquier emoción salvo ira.

—¿De verdad quieres un enfrentamiento entre nosotros? Seis hijos de Dios contra dos abominaciones como vosotros. Podría reducirte a cenizas ahora mismo —soltó con desdén, esforzándose por mantener el control sobre sí mismo y no convertirlo en ascuas.

William acercó su rostro al de él.

—No-te-acerques-a-ella —remarcó cada palabra sin parpadear.

Su cuerpo se iluminó con un leve resplandor, y sus iris se transformaron adoptando el mismo aspecto que el de los arcángeles. Sintió el poder de Gabriel golpeándolo, rodeándolo. Bloqueó cada intento sin apenas esfuerzo.

El ángel dejó de intentarlo, sorprendido a la par que molesto. El híbrido se había hecho mucho más fuerte que la última vez que midieron sus fuerzas.

—No quiero hacerle daño.

—No confío en ti —dijo William.

—Desprende una energía extraña. Necesito saber qué es.

—No —replicó William categórico.

—Esa fuerza que desprende no es suya y la está consumiendo. ¿Y si resulta que puedo ayudarla?

—Y a qué precio sería eso —gruñó William desde lo más profundo de su garganta. No se fiaba de él ni de nadie; a veces, ni de sí mismo.

—Depende de lo que encuentre —respondió Gabriel con su habitual tonito engreído.

Kate no aguantó callada por más tiempo. Al fin y al cabo, era de ella de quien estaban hablando.

—¿Qué tendrías que hacer para saber qué me ocurre? —preguntó.

Gabriel la miró de arriba abajo.

—Tocarte. Posaré mis manos en tu cabeza y escucharé, nada más.

—Kate, no lo hagas —dijo William.

—Tengo que saberlo —suplicó con un susurro.

—Puedo averiguar qué es —indicó Gabriel.

Kate le sostuvo la mirada, vacilante, con los puños apretados para disimular el temblor de sus manos. En su mente, William no dejaba de gritarle que no lo hiciera. Le pedía que saliera de allí a toda prisa y que no dejara de correr. Pero Kate no podía hacerlo, sabía que algo no estaba bien dentro de ella y necesitaba saber qué era y si había alguna posibilidad de sacárselo.

—Está bien —aceptó al fin.

—Si le haces daño, me haré una almohada de plumas con tus alas —le susurró Adrien cuando pasó por su lado.

Gabriel se paró delante de Kate. Alzó las manos y las posó a ambos lados de su cabeza. Sus dedos lanzaban pequeñas descargas que le electrizaban la piel. Kate cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. Una vez que ella dejó de estar a la defensiva, derribar los muros de su mente fue sencillo. Su voluntad

penetró en ella como la hoja caliente de un cuchillo lo haría en un trozo de mantequilla. Notaba la extraña energía que encerraba su frágil cuerpo, pero no lograba encontrar el origen; de hecho, se había replegado hasta casi desaparecer.

Exploró su mente. Pasó entre sus recuerdos y sus pensamientos con rapidez, descartando lo irrelevante. Volvió a percibir lo que aquel día de verano: su alma tenía una marca, la marca que recibían los que regresaban de la muerte, y solo regresaban aquellos que una voluntad divina decidía. No le habían permitido cruzar.

Empezó a ponerse nervioso. « Si quieres esconder algo, déjalo a la vista, así nadie lo verá », pensó. Aceleró la exploración y retrocedió en la vida de la chica. Se detuvo en un punto oscuro, bloqueado. Intentó penetrar en el agujero, pero una barrera invisible frenaba todas sus tentativas. Lo intentó con más fuerza. La vampira gimíó entre sus manos y su fuerza vital disminuyó. Empujó de nuevo, tensando la barrera hasta que notó que esta cedía. Cayó de golpe dentro del agujero.

Miró hacia arriba, intentando distinguir quién era aquella sombra que le sostenía la mano. Parpadeó varias veces, pero no logró verla con claridad. Una sensación de calidez se fue extendiendo por sus miembros y poco a poco dejó de sentir frío. Miró hacia atrás y vio luces de colores iluminando los árboles, y cómo unos hombres sacaban su cuerpo del agua y lo depositaban sobre la hierba. Sintió miedo, pero la sombra le apretó la mano y su contacto la tranquilizó.

—Ven conmigo —dijo la sombra.

Se dejó llevar por ella y se adentraron en la niebla. Caminaron cogidos de la mano sobre un manto de hierba blanca que su fundía en el horizonte con la bruma. Comenzó a disiparse y entonces los vio: sus padres estaban al otro lado de un río de aguas también blancas. Tras ellos, un túnel brillante se abrió y una necesidad extraña de cruzar al otro lado se apoderó de ella. Quiso ir con ellos, pero aquel ser la sujetó con fuerza mientras negaba con la cabeza.

—Quiero ir allí —lloriqueó como la niña pequeña que era.

La sombra se convirtió en un hombre. Se agachó frente a ella y pudo ver su rostro traslúcido. Era hermoso, con unos ojos oscuros salpicados de plata. Su pelo tenía un color indefinido, unos cabellos eran tan rubios que casi parecían blancos y otros tenían el tono de la noche oscura. Su sonrisa era perfecta y tranquilizadora.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Me llamo Kate.

—Hola, Kate. Tienes un nombre precioso. ¿Cuántos años tienes?

—Casi cuatro —respondió entre hipidos, sin dejar de lanzar miradas al otro lado del río donde se encontraban sus padres—. Quiero ir con ellos —suplicó,

temblando de arriba abajo.

El hombre sacudió la cabeza y le acarició la mejilla.

—Kate, eso no es posible. Debes volver a casa —le dijo. Ella rechazó la idea, moviendo la cabeza de forma compulsiva—. Confía en mí. Todos acabáis aquí antes o después. Unos cogen un camino y otros... —dejó la frase suspendida en el aire—. Volverás aquí, con ellos, pero otro día, dentro de mucho tiempo. Ahora debes volver a casa.

—¿Tú vendrás conmigo? Mis papás dicen que no debo ir sola a ninguna parte.

—Me encantaría, pero no puedo. —Le guiñó un ojo—. Estoy castigado, mis hermanos mayores son un poco gruñones y no les gusta que me divierta. ¿Tú tienes hermanos mayores?

Kate sacudió la cabeza.

—Se llama Jane, y a ella tampoco le gusta que me divierta —confesó con una leve sonrisa.

El hombre se echó a reír y la rodeó con su brazo de forma cariñosa.

—Mi dulce niña. Sabía que eras especial, pero no que lo fueras tanto. Eres un rayo de luz en un mundo que se muere. Cuando supe de ti no quise creerlo, pero aquí estás, y la espera ha merecido la pena. —Le acarició el rostro—. Tienes que volver.

—No puedo. Quiero quedarme aquí, con mis padres y contigo —insistió, testaruda—. Ahora soy como tú, ¿ves? —Miró su mano trashúcida entre los dedos de él.

—Mi hermosa niña, no puedes permanecer aquí, necesito que regreses.

Kate se negó de nuevo con el rostro bañado por unas lágrimas tan etéreas como su piel.

—Regresa a casa, pequeña. Tienes mucho que vivir, amigos que conocer. La vida es hermosa. Conocerás el amor y otras cosas igual de maravillosas. Además, necesito que me hagas un favor, necesito que cuides de alguien por mí —le dijo mientras le mostraba la palma de la mano hacia arriba. De ella brotó una mariposa dorada que agitó sus alas lanzando destellos—. Mírala bien, ¿notas su energía?

Kate asintió y sonrió al ver cómo el insecto levantaba el vuelo y revoloteaba a su alrededor. Era la cosa más bonita que había visto nunca. Se echó a reír cuando se acercó tanto que le acarició con sus alas de terciopelo la punta de la nariz, haciéndole cosquillas

—¿Lo harás? ¿Cuidarás de ella por mí? —volvió a preguntar él.

—Lo haré.

Él sonrió de oreja a oreja y la besó en la frente.

—Bien, porque solo alguien especial puede cuidar de ella, alguien tan puro

como para mantenerla a salvo de aquellos que quieren destruirla —le susurró con los labios acariciando su piel—. Ahora, vuelve.

Con una mano en la espalda la empujó hacia la niebla.

—No se ve nada —dijo Kate sin estar muy segura.

—El camino está ahí, solo tienes que avanzar.

—¿Volveré a verte?

—Nos veremos dentro de un tiempo. Te lo prometo —dijo el hombre.

Gabriel rompió el contacto con Kate.

Ella, aturdida, abrió los párpados. Su mente aletargada despertaba lentamente; y de golpe lo recordó todo. Ahora entendía por qué tenía esa sensación de familiaridad hacia Marak. Ya se habían visto antes. Una parte de ella se agitó con un sentimiento extraño. La noche del accidente en el que murieron sus padres, ella no solo resultó herida, sino que también perdió la vida; y él se la devolvió y la trajo de vuelta con un único motivo.

De repente, todo cobró sentido. «Y el alma más pura, aquella dos veces nacida, dos veces marchita, completará el ciclo restituyendo con un sacrificio lo que una vez le fue concedido», pensó en el pasaje de la profecía. Ella había nacido dos veces: una como humana y otra como vampira. También había muerto en dos ocasiones: la noche del accidente y cuando Adrien la convirtió; aquel día murió para renacer como lo que ahora era.

Sus ojos se encontraron con los de Gabriel. No tuvo tiempo de moverse. Una espada apareció en la mano del arcángel y la descargó sobre ella con un rugido de furia en menos tiempo de lo que dura un latido. La hoja chocó contra un campo de fuerza invisible y el impacto sonó como una explosión. Aquella coraza etérea que protegía a Kate absorbió el golpe y lo devolvió multiplicado, generó una onda expansiva que los estrelló a todos contra las paredes y reventó los cristales.

William sintió cómo crujían todos sus huesos al impactar contra la pared. Rebotó y cayó al suelo. Sus retinas habían captado toda la secuencia y su cerebro la procesó sin dar crédito a lo que acababa de ver. Buscó a Kate con el corazón en un puño. Estaba de pie, en medio de la sala, sin un solo rasguño. Al contrario que la habitación, por la que parecía que acababa de pasearse un tornado.

Sus ojos volaron al otro lado de la sala, Gabriel se estaba poniendo de pie y miraba a Kate con una mezcla de horror y sorpresa. *Crack*. El muro que contenía su violencia se rompió y un poder como jamás había sentido lo llenó por completo. Una fría explosión de furia surgió de su interior. La temperatura bajó de golpe al menos veinte grados.

Se lanzó a por el arcángel, con el aire a su alrededor cargado de venganza y

una promesa de muerte. Se movió tan rápido que ningún ojo pudo seguirlo. Embistió a Gabriel como lo haría un tren de mercancías sin control y atravesaron la pared. Rodaron por la hierba, atizándose. Se empujaron y golpearon, chocando contra la casa, los árboles y los vehículos aparcados, destrozando todo lo que encontraban a su paso.

Gabriel giró sobre sus talones y golpeó a William en la espalda con el codo. Con un giro feroz, William evitó caer, logró agarrar al arcángel y lo arrojó por los aires como si fuera un *frisbee*. Rafael se movió para ayudar a su hermano, pero Miguel lo contuvo con una mano.

—No nos habías dicho que fueran tan fuertes —le recriminó Rafael.

—Desconocía su poder —aseguró Miguel, igual de sorprendido. Gabriel era el más fuerte de todos ellos, junto con él, y el hijo de Aileen lo igualaba en poder. Asombroso al igual que peligroso.

—Se han descontrolado —les hizo notar Meriel—. Hay que pararlos antes de que se maten entre sí.

Miguel apretó los dientes y cerró los ojos un segundo. Una nube negra surgió de la nada y descargó un rayo que se dividió en dos, alcanzando a Gabriel y a William al mismo tiempo. El crujido del impacto reverberó en cada rincón de Heaven Falls. Días después, la gente aún hablaría de la explosión que se había sentido a varios kilómetros a la redonda. Ambos cayeron al suelo de rodillas, envueltos en una nube de vapor. William tuvo que apoyar un puño en la tierra para sostenerse erguido. Gabriel se sentó sobre los talones sin dejar de mirar a William, aún con ganas de saltarle encima y destrozarlo.

—Basta —dijo Miguel con un tono de voz tan firme y autoritario que nadie se atrevió a rechistar.

Incluso William se contuvo y permaneció donde estaba. Ni siquiera sabía si podría moverse si lo intentaba. Estaba destrozado, y nunca le había dolido el cuerpo como le dolía en aquel momento.

La nube empezó a descargar una fina llovizna, que los empapó de inmediato, aunque ninguno pareció notarlo. Estaba agotados, llenos de heridas y destilando un odio profundo por cada poro de su piel. De reojo, William vio a Kate en el hueco de la ventana, estaba perfectamente sana. Aún no podía creerlo, debería estar... partida en dos. Pero la espada había rebotado en ella como si su cuerpo fuera duro como un diamante.

—Vuelve a intentar algo parecido y te arrancaré la piel de los huesos con mis propias manos —gruñó William mientras se levantaba con esfuerzo. Se irguió por completo, sin pasar por alto que se sentía distinto. Algo había cambiado en su interior. Miró a Gabriel desde arriba—. Y sabes que puedo hacerlo.

Kate volvió a humedecer el paño en agua fría y limpió el corte que William tenía en la mejilla. Continuaba sangrando, al igual que el resto de sus heridas. Sentado sobre la mesa, su aspecto era el de alguien a quien había arrollado un camión de dos ejes. Él no apartaba los ojos de ella, mientras una decena de preguntas sin respuesta embotaban su cabeza. Sus vidas se estaban convirtiendo en un auténtico desvarío. Todo lo que estaba pasando era de locos. Una pesadilla que no parecía tener fin y que se complicaba más y más cada vez.

—Todo va a salir bien —dijo él en un susurro.

—¿Cómo? Ya te he contado lo que he visto cuando Gabriel me ha tocado. Yo soy el alma pura de la que habla la profecía —y repitió la frase que se había grabado a fuego en su cerebro—: *Y el alma más pura, aquella dos veces nacida, dos veces marchita, completará el ciclo restituyendo con un sacrificio lo que una vez le fue concedido*. Marak me entregó algo aquella noche y está aquí para que se lo devuelva. Cuando lo recupere, la profecía se cumplirá y empezarán a pasar cosas horribles.

—Entonces, ¿por qué no te pidió que le devolvieras esa... cosa, la primera vez que te vio? —preguntó William con tono escéptico—. Quizá te estás precipitando al sacar conclusiones.

Kate tragó saliva para aflojar el nudo que tenía en la garganta.

—No lo sé, pero estoy segura de que ellos lo saben —musitó para que los arcángeles no la oyeran—. Siguen ahí, hablando, y la forma en la que me miran...

—No dejaré que vuelvan a acercarse a ti. Ahora estoy preparado. Te prometo que nadie va a hacerte daño.

Ella lo miró a los ojos, asustada, y asintió forzando una sonrisa que no se reflejó en sus ojos. William ladeó la cabeza y le devolvió la sonrisa. Kate lo sujetó por la barbilla y lo obligó a que levantara el rostro para poder limpiarle las heridas.

—¿De verdad estás bien? —preguntó él. Aún le temblaba el cuerpo. Jamás se había sentido tan impotente y asustado como cuando había visto caer la espada sobre Kate. Alzó las manos y la abrazó por las caderas.

—Sí, tranquilo. Pero tú no lo estás —le hizo notar ella—. No dejas de sangrar

y estos cortes no están sanando.

Adrien, que se hallaba junto a la ventana en silencio, se acercó y le echó un vistazo a su cara.

—Tiene razón. Estás débil, necesitas alimentarte —comentó con el ceño fruncido.

Kate corrió a la nevera y sacó una bolsa de sangre.

—No —repuso William. Alzó las manos, rechazando el alimento—. No voy a tomar sangre humana. Saldré de casa.

—¿De caza? ¡Si no te mantienes de pie! —exclamó ella—. Necesitas recuperarte del todo, y eso no lo vas a conseguir con sangre animal.

William sacudió la cabeza y el cansancio le encorvó los hombros.

—Desde Nueva Orleans no he tomado ni una sola gota. No puedo beber sangre humana, me incita a pensar en otras cosas. —Se pasó la mano por la cara y después por el pelo. Su mirada era fiera cuando alzó la cabeza—. Necesito concentrarme todo el tiempo para no caer en la tentación, y esa sangre no me ayuda.

Kate dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Ser vampiro es una mierda —dijo desde lo más profundo de su alma—. En serio, ¿qué ventajas tiene?

—Ninguna, ser vampiro es un castigo y una maldición, no un regalo —dijo Miguel desde la puerta—. Sufrir es vuestro sino.

Kate lo fulminó con la mirada. Cogió la muñeca de William y le puso la bolsa de sangre en la palma de la mano sin apartar la vista del arcángel.

—Entonces deberíamos empezar a comportarnos como lo que somos y dejar de torturarnos. Es evidente que la redención se creó para otros y no para nosotros. ¿No es así? ¿Para qué esforzarse? —preguntó a Miguel. Acunó el rostro de William con una mano y se inclinó para darle un beso en los labios—. Bébetela. Si necesitas más, este pueblo está lleno de gente a la que desangrar. Al fin y al cabo, no importa lo que hagamos. Nada cambiará lo que somos.

William la miró sorprendido por su repentino ataque de rabia. Se moría de miedo cada vez que Kate se comportaba de ese modo, retando y provocando a seres que eran mucho más fuertes que ella y que podrían destruirla con un chasquido de sus dedos. Y al mismo tiempo, se sentía orgulloso de su carácter y su fortaleza, de que no se dejara dominar por nadie, ni siquiera por él mismo.

Miguel guardó silencio un largo segundo. Después entró en la cocina, llenando con su presencia la amplia habitación. A simple vista parecía una persona más. Era alto y fornido, con el pelo del color de la miel formando leves ondas que le cubrían las orejas. Vestía un tejano negro y una camisa de lino del mismo color con el cuello *mao*. ¡Madre mía, si hasta iba a la moda! Su rostro y su cuerpo eran los de una persona joven; eran sus ojos los que mostraban su edad real.

—Necesito hacer algo antes de seguir hablando. —Su mirada se posó en

Kate. Extendió el brazo, ofreciéndole la mano—. ¿Puedo?

William se puso de pie de un salto y la rodeó con su cuerpo.

—Déjala en paz —gruñó.

—No voy a hacerle daño. Nadie va a hacerle daño. Gabriel ya ha sido amonestado por su comportamiento.

—¡Amonestado! —exclamó Adrien; y añadió con la voz cargada de ironía—: Eso suena mal de verdad. ¿Le has obligado a escribir cien veces *No volveré a hacerlo*? Seguro que así aprende la lección.

Miguel resopló, sin esconder su disgusto. Se acercó a la encimera y tomó un cuchillo. Después se giró hacia Kate y volvió a extender la mano hacia ella.

—Tengo la sospecha de que ni siquiera podré rozar tu piel, pero tengo que asegurarme —le dijo—. Lo intentaré en el brazo, nada más.

William soltó una carcajada sin pizca de gracia.

—¿Qué parte de «si os acercáis a ella os despellejo» es la que no habéis entendido tus hermanos y tú?

—William —replicó Kate—. Por favor, yo también necesito saber qué pasa.

William bajó la mirada hacia ella, aún le temblaban las piernas por el efecto de la adrenalina. Asintió una sola vez y la soltó. Kate se acercó al arcángel y estiró el brazo hacia él. Miguel lo sostuvo por el codo con una mano y con la otra sujetó el cuchillo. Sin más dilación, dejó caer el filo de la hoja sobre su piel. El arma chocó con algo a dos centímetros de su destino. Ejerció presión. Nada, imposible hierla.

—Voy a intentar otra cosa, pero necesito que confíes en mí —pidió. Kate dijo que sí con la cabeza—. Bien.

Miguel soltó el brazo de Kate y, con una velocidad increíble, trató de sujetarla por el cuello con intención de estrangularla. No logró ni siquiera rozarla, sus dedos chocaron contra esa pared invisible que la protegía. Abrió y cerró el puño varias veces, recolocando los huesos en su sitio sin hacer una sola mueca de dolor. Su expresión impasible sacaba a William de quicio. Él, al contrario que el ángel, era un caleidoscopio de emociones. No daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Kate era inmune a cualquier ataque. Eso era bueno, más que bueno; pero, por otro lado, le preocupaba mucho el precio de esa defensa.

—¿Has terminado? —preguntó William con malos modos. Atrajo a Kate de nuevo a la protección de sus brazos. Volvía a temblar, asustada, y enterró el rostro en su pecho.

—Deberíamos sentarnos y hablar —sugirió Miguel.

—Es lo primero con sentido que oigo en todo el día —soltó Adrien mientras abandonaba la cocina.

Cuando entraron en la sala, comprobaron con asombro que todos los destrozos habían desaparecido. Nada indicaba que unos minutos antes una explosión de una fuerza desconocida había asolado el mobiliario, las ventanas y había abierto un

par de agujeros en las paredes. Kate dejó escapar un suspiro entrecortado. Ver su casa intacta le calentó el pecho y alivió un poco su tristeza. Sin soltar la mano de William, ocupó con él el sofá. Adrien se sentó a su lado, cosa que agradeció. Entre ellos se sentía a salvo y protegida.

Miguel se situó junto a la chimenea, al lado de Rafael; Nathaniel y Meriel estaban afuera, vigilando; y Gabriel contemplaba el jardín desde una de las ventanas, dándole la espalda de forma intencionada. William lo taladraba con la mirada. Le costaba permanecer quieto cuando lo tenía tan cerca. La idea de atravesarle el pecho con una daga era demasiado tentadora.

—Bien... —empezó a decir Miguel—, solo hay una forma de intentar arreglar este asunto: que seamos sinceros e intentemos ayudar. Así que, necesito que todos colaboremos y que tratemos de entendernos lo mejor posible. No pido que nadie se disculpe ni se arrepienta de nada. Gabriel es el primero que se niega a hacerlo. Cree que ha hecho lo correcto y no se lamenta, pero ha prometido que no os hará daño a ninguno. ¿No es así, hermano?

Gabriel lo miró por encima de su hombro y asintió una sola vez con la barbilla. Su mirada se cruzó con la de Kate y acabó bajando hasta su pecho. Ella se encogió, abrazándose el estómago.

Miguel cruzó los brazos y entornó los ojos con gesto de concentración.

—Creo que es inútil remontarnos al pasado y explicar acontecimientos que en este momento serían irrelevantes, y que no aportarían nada salvo la pérdida de tiempo. Así que voy a limitarme a resumir lo más importante que debéis saber y a mostraros la situación en la que nos encontramos.

Cuando estuvo seguro de que tenía la atención de todo el mundo, comenzó a explicar:

—Existen catorce arcángeles. En este momento, ocho de nosotros se han convertido en Oscuros. Eso quiere decir que han desobedecido las leyes impuestas por nuestro padre y que han abandonado el camino de la rectitud. Consideran que el mundo les pertenece y que el hombre nunca ha merecido un regalo como este, que no merecéis el libre albedrío. Los lidera Lucifer, el más fuerte de todos nosotros. Él siempre ha anhelado poseer cada creación de nuestro padre, superarla. Su mayor deseo es dominar la tierra y hacerse con todas las almas que la habitan. Si habéis leído sobre el Apocalipsis, entonces sabéis a qué me refiero.

» Tras la última batalla que nos enfrentó, y que nosotros ganamos, logré encerrar a Lucifer en lo que conocéis como infierno. Me aseguré de que no pudiera volver a salir de allí de ningún modo. Lo despojé de sus poderes y estudié cada profecía que anunciaba su advenimiento, para crear cadenas y sellos que lo mantuvieran encerrado si estas se cumplían. Y no solo eso, para no correr riesgos, hice algo que iba en contra de mis propios principios, algo prohibido que ni siquiera a mí me está permitido. Pero que aseguraría el encierro de Lucifer de

forma permanente.

Evitó mirar a Rafael. Su hermano aún estaba consternado y confuso, enfadado con él por llevar algo así a cabo y haberlo ocultado durante tanto tiempo a sus hermanos.

—Entonces se estableció un acuerdo de honor con el resto de nuestros hermanos —continuó—. Nosotros moraríamos en el cielo y ellos en el infierno. Y el poder del cielo y el infierno lo decidirían los hombres con su libre albedrío. La lucha se libraría en las mentes humanas a través de su voluntad para elegir entre el bien y el mal. El desequilibrio a favor de un bando u otro lo decidiría esa voluntad. El mundo pertenecía a los humanos y no podría ser tomado por ninguno de los dos bandos. No influiríamos en el futuro de la especie y permaneceríamos reclusos en nuestros planos correspondientes. Así que, se levantó un velo insalvable que separara los distintos mundos.

» Pero hubo ciertas concesiones. A los arcángeles y a los caídos de mayor rango se les permitía descender y disfrutar de los placeres y la belleza del mundo, pero únicamente si mantenían su promesa de no intervenir. Se crearon unos portales para permitirles el paso entre planos. Los portales los custodiaban unos guardianes llamados Potestades, ya que siempre había insurgentes, siervos del lado oscuro que incumplían dicha norma y cruzaban para poseer cuerpos y obrar con una maldad absoluta. Ellos los capturaban y devolvían al otro lado; además, se aseguraban de que tanto nosotros como los Oscuros cumpliéramos el acuerdo.

—Ya, muy interesante toda la historia, pero... ¿podrías resumir un poco más e ir directamente a la parte que tiene que ver con Kate? —lo interrumpió William. Se tomó un segundo para frotarse las mejillas. El cansancio estaba haciendo estragos en él.

—No eres nadie para exigirle nada. Cierra la boca —le espetó Gabriel con rabia.

—Gabriel, me has dado tu palabra —le recordó Miguel.

Gabriel apretó los dientes y regresó junto a la ventana. Apoyó la espalda contra la pared y se cruzó de brazos. Miguel fue junto a él y se quedó contemplando el jardín, buscando las palabras adecuadas para que pudieran entenderlo. No sabía cómo hablarles de las almas que había sacrificado para lograr la magia necesaria que encerrara a su hermano. Cómo se había fallado a sí mismo y a todo lo que protegía para lograrlo. Cómo había cometido el mayor de los crímenes. No había modo de explicar algo así.

—Usé una magia antigua y prohibida para crear un hechizo —confesó de golpe—. Aunque todas las profecías se cumplieran, los portales se abrieran y los sellos que impedían su paso se rompieran, mi hermano Lucifer nunca cruzaría hasta aquí. El hechizo rompía el vínculo entre su cuerpo y su alma; por lo que si intentaba cruzar, solo podría hacerlo su cuerpo. El alma quedaría atrás, atrapada

en el infierno sin protección. Y sin alma en la tierra, es tan frágil como un niño humano e igual de mortal.

» Creí que había sido más listo que él y que todos los profetas, porque estaba seguro de que mi hermano no se arriesgaría a dejar su bien máspreciado a merced de los caídos y sus siervos. Lucifer no confía en nadie y jamás se separaría de su poder. Pero me equivoqué. No supe interpretar vuestra profecía y no vi lo evidente: que en el recipiente adecuado, hasta su alma hechizada podría cruzar a este lado sin ser detectada por ninguno de nosotros y completamente a salvo.

Kate levantó la vista y miró fijamente a Miguel. De repente necesitaba aire, o vomitaría allí mismo. Fue incapaz de moverse, su cuerpo estaba paralizado por un fuerte *shock*. Era evidente que Marak le había entregado algo, pero..., ¿no podía ser eso! Miguel continuó, sin apartar su mirada de la de ella.

—Él sí lo averiguó, no sé cómo pero lo hizo. Y aguardó a que ese recipiente apareciera. Durante quince años ha esperado a que los portales se abrieran para él, y ahora solo le resta recuperarla para volver a estar completo.

—¿Llevo dentro el alma de Lucifer? —preguntó Kate sin aliento.

—Sí, Gabriel lo ha visto, la has llevado todo este tiempo contigo. Y ahora Lucifer está listo para recuperarla. Pero eso no puede pasar de ningún modo —respondió Miguel sin suavizar la respuesta.

Kate se puso de pie con piernas temblorosas.

—Tenéis que quitármela. No quiero tener esto dentro —pidió con voz entrecortada. Acortó la distancia que la separaba de Miguel—. ¡Quitámela!

—No podemos —dijo Gabriel, incapaz de guardar silencio por más tiempo—. Tienes algún tipo de protección que impide tocarte.

—Lo que impide es que le hagas daño —repuso William atando cabos—. Si Kate muere, tanto su alma como la de él cruzarían al otro lado, ¿no es cierto? Eso es lo que pretendías.

—Sí —admitió sin ningún remordimiento—. Pero es evidente que Lucifer y a lo tenía previsto.

—Tiene que haber alguna forma de sacarla —terció William.

—Hay algo que no entiendo —dijo Adrien—. ¿Por qué nos ayudó Lucifer cuando los nefilim nos atacaron? Si a ella no podían herirla, ¿por qué se arriesgó a que averiguáramos quién era?

La habitación quedó en silencio. Adrien estaba en lo cierto, no tenía sentido.

—Porque no hay ninguna protección —indicó Miguel al cabo de un par de segundos. Miró a Kate fijamente—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? No eres un vampiro corriente. Hay algo de nosotros en ti. ¿Cuál de ellos dos te transformó? —le preguntó con voz ronca y apremiante.

—Fui yo —respondió Adrien.

—¿Por qué lo hiciste?

Adrien dejó que su vista vagara por la habitación. Se pasó una mano por el pelo, nervioso y avergonzado. Había evitado hablar de todas las cosas que se vio obligado a hacer durante los dos años que su madre y su hermana estuvieron secuestradas por Mefisto. Creía que si las ignoraba y fingía que no habían sucedido, acabaría por ser cierto.

—Formaba parte del plan de mi padre. Él sabía que William no me ayudaría a romper la maldición de los vampiros, pero si ella se convertía en uno y corría el riesgo de morir bajo el sol...

—Acabaría por hacerlo —terminó de decir Miguel. Sonrió para sí mismo—. Siempre ha sido el más inteligente, además del mejor estratega. Convertirla no solo sirvió para que se rompiera la maldición, su muerte cumplió otro punto de la profecía. *Dos veces marchita*. Ese día murió por segunda vez. —De repente se echó a reír con fuertes carcajadas que resonaron por toda la sala. Se sentó en el sofá y se repantigó con los brazos estirados sobre el respaldo—. Y no solo eso. Te transformó un híbrido, así que, no solo has adquirido los poderes de un vampiro; por lo que veo, también los de un ángel. Lucifer no tiene nada que ver en esto.

Kate no lograba entender a dónde quería ir a parar el arcángel. Buscó a William con la mirada. Él la observaba como si fuera una extraña y la estuviera viendo por primera vez. Entonces recordó algo que Marak le había dicho durante su encuentro en la biblioteca; y a lo que William y Adrien también se habían referido en alguna ocasión: «Tú no eres un vampiro corriente. Te convirtió un semiángel y la sangre de otro te alimenta. Querida, tú también eres única en tu especie. Otro milagro de la evolución. ¡Quién sabe qué cosas podrás hacer!». Kate emitió un sonido estrangulado de angustia, haciendo que William maldijera entre dientes. Se acercó a ella, la atrajo contra sí y le rozó el cabello con la boca.

—Se protege a sí misma. No sé cómo lo está haciendo, pero ese campo de fuerza lo está creando ella de forma inconsciente al sentirse amenazada —explicó Miguel sin dejar de reír.

Gabriel se lo quedó mirando con los dientes apretados. Era raro ver reír a Miguel, y mucho más por un tema que no tenía nada de divertido.

—Me alegro de que te resulte tan entretenido, ¡porque yo no le veo la gracia! —En su voz vibraba el eco de la cólera.

—¡Porque no la tiene! —gritó Miguel perdiendo la sonrisa. Una capa de hielo se extendió por su pecho; fría, rígida y letal.

—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Adrien.

—¿Hacemos? —replicó Gabriel con tono mordaz—. Vosotros no vais a hacer nada, estáis fuera de esto, ya no sois relevantes. Ella vendrá con nosotros hasta que encontremos la solución.

William se movió en un visto y no visto. Empujó a Kate a los brazos de Adrien y, sin tiempo a que nadie pudiera detenerlo, se abalanzó sobre Gabriel y lo agarró por el cuello.

—Kate no se moverá de aquí y tú no te acercarás a ella —farfulló entre dientes mientras lo aplastaba contra la pared. Su imagen en absoluto era inofensiva, era la de un depredador, hábil, alerta y peligroso como ninguno.

Gabriel lo sujetó por la muñeca e intentó liberarse del agarre, pero William no estaba dispuesto a ceder. Rafael ni siquiera se movió, se había propuesto quedarse al margen de todo y pensaba cumplirlo aunque su hermano y el híbrido volvieran a las manos. Miguel, lejos de intervenir, soltó un suspiro y posó sus ojos en Kate. La voz de Amatiel se coló en su mente con un aviso.

«Deja que se acerque y que no os vea», le ordenó Miguel.

William soltó a Gabriel y se giró hacia la puerta, justo cuando esta se abría y Shane entraba como alma que lleva el diablo.

—Algo ocurre en el pueblo —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo.

Sus ojos se abrieron como platos al ver a Gabriel, Rafael y Miguel. Todos sus instintos reaccionaron y sus ojos destellaron adquiriendo el color de ámbar. La bestia se agitó en su interior, gruñendo como loca. Al primero ya lo conocía y sabía cómo las gastaba.

—¿Qué está pasando? —preguntó William.

—Algunas personas se están comportando de un modo extraño. La policía ha establecido controles en los accesos al pueblo y nadie puede entrar ni salir. Aseguran que se han detectados casos de gente enferma por una infección desconocida. Keyla dice que nada de eso es cierto, que en el hospital no han declarado ninguna alerta —respondió.

Gabriel y Miguel cruzaron una mirada. William supo que volvían a hablar en privado y, por sus expresiones, era importante y nada bueno.

—Demasiado tarde, saben que estamos aquí. Están preparados y han movido primero —dijo Rafael con voz ronca.

Mefisto prendió otro cigarrillo. Suerte que no podía enfermar, porque en los últimos días su consumo de tabaco se había disparado. Observó la casa de huéspedes, apoyado contra uno de los postes del viejo muelle, con un descuido y una tranquilidad que casi podría ser ofensiva para los que la habitaban si supieran que él se encontraba allí.

No podía resistir la tentación de verla de nuevo. Sabía que era una debilidad, quizá culpa de los dos años que la mantuvo retenida contra su voluntad. No estaba seguro del motivo, pero se había acostumbrado a verla de vez en cuando, a tenerla junto a él algún rato que otro; y, en cierto modo, sentía que la echaba de menos.

Ariadna.

Su nombre despertaba en él un extraño cosquilleo. Cuando la localizó en París, su interés en ella tenía un porqué: sembrar su semilla en su vientre y dar vida al instrumento que necesitaba. La habría llevado a su lecho aunque la hubiera encontrado repulsiva. De hecho, yacer con una descendiente de Lilith no lo entusiasmaba. Pero aquella noche en el Louvre encontró algo que no esperaba: una mujer hermosa, inteligente, divertida, y que había despertado su lujuria como ninguna otra en toda su larga vida.

Aún la deseaba. No solo eso, sentía cierta admiración, sus genes le habían proporcionado un hijo fuerte y merecedor de llevar su sangre. Jamás lo admitiría, pero se sentía orgulloso del descendiente que le había dado. Lástima que Adrien hubiera heredado el corazón y los principios de su madre. Una parte de él ansiaba tenerlo a su lado, que le llamara padre con afecto, y no con el desprecio que lo hacía cuando él lo obligaba a pronunciar aquella palabra.

Sus dedos se crisparon en torno al cigarrillo. Lo tiró al suelo y lo pisó sobre la hierba húmeda, después lo hizo desaparecer sin más, borrando cualquier evidencia de su discreta visita.

Se desmaterializó y un segundo más tarde tomó forma en el pueblo. Se encaminó hacia la iglesia de Saint Mary, paseando sin prisa por la calle. La gente iba de un lado a otro sin fijarse en él; en realidad, ni siquiera lo veían. Solo unos pocos reparaban en su presencia. Se encogían de miedo y respeto, bajaban la vista y lo saludaban con reverencias. Siempre despertaba esa reacción en sus

siervos.

Llegó hasta la vieja iglesia. Cruzó la oxidada cancela y se dirigió al cementerio que se extendía bajo la arboleda. Caminó entre los mausoleos ruinosos y las tumbas elevadas. Aquel cementerio abandonado le recordaba un poco al Père-Lachaise de París. Aún recordaba los interminables paseos nocturnos que dio con Ariadna por sus calles, y sus conversaciones sobre arte junto a las tumbas de Chopin y Balzac.

Se detuvo frente a una cripta, con todos sus sentidos alerta, y fingió contemplarla con el interés de un turista. Una pareja de visitantes dobló una esquina y pasó por su lado sin prestarle atención. Simples humanos. Se relajó un poco y echó a andar. Conforme se adentraba en el campo santo, la mezcolanza de estilos era casi ridícula a la par que hermosa. Detalles victorianos, del renacimiento y del gótico se mezclaban en un caótico laberinto de tumbas invadidas por la naturaleza. Arbustos, plantas trepadoras y maleza habían conquistado hasta el último rincón.

Con la mano apartó la cortina de hiedra que cubría gran parte del frontal de una antigua capilla privada. En su interior se encontraba la única cripta subterránea de todo el cementerio. Traspasó la protección que la mantenía oculta, penetró en su interior y bajó sin prisa la escalera de caracol.

Sin necesidad de verle la cara supo que estaba de mal humor. Su disgusto se respiraba en el ambiente rancio y mohoso que impregnaba hasta la última piedra. Lo encontró sentado en un enorme sillón de terciopelo rojo, descansando como si durmiera rodeado del resto de sus hermanos. Uriel puso los ojos en blanco y Azaril le hizo un pequeño gesto con la mano, pidiéndole paciencia.

Mefisto se detuvo frente al sillón y guardó silencio. De repente, Lucifer se puso de pie con aire dramático.

—Lo han descubierto, lo saben, están aquí... Todos ellos —se quejó.

—Era cuestión de tiempo —adujo Mefisto.

—Sí, lo era, pero no tan pronto. No hasta que yo estuviera completo —escupió la última palabra con rabia contenida y taladró con su mirada plateada a Mefisto—. Es culpa tuya —lo reconvino—. Tus planes para distraerlos no han servido...

—¿Que no han servido? —estalló Mefisto—. Llevo siglos preparando hasta el último detalle, centrando todos mis esfuerzos en tu liberación. He dedicado cada segundo de mi vida para llegar a este instante. ¡Lo he logrado, estás aquí, a un solo paso de ser Dios! —gritó, alzando los brazos como si orara—. Te amo más que a mí mismo, hermano, pero no toleraré que menosprecies mis esfuerzos. Miguel ha pasado semanas persiguiendo distracciones para que tú pudieras prepararte, fortalecerte, ponerte a salvo de sus espadas hasta que estés completo. Y todo eso ha sido gracias a... ¡mí! —rugió como una fiera.

Lucifer le sostuvo la mirada. Poco a poco su enfado se fue atenuando. Con un

suspiro regresó al sillón y se dejó caer con descuido. Con las piernas estiradas y el codo apoyado en el reposabrazos se acarició la barbilla.

—Necesito recuperarla. Con ellos tan cerca no logro sentirla, y mucho menos llegar a ella —dijo en voz baja—. Estoy enfadado porque estoy preocupado. Tú te sentirías igual si estuvieras en mi lugar.

Mefisto soltó un largo suspiro, arrepentido por su ataque de ira. Se acercó a Lucifer y se arrodilló a sus pies. Colocó su mano sobre la de él.

—Y lo estoy, Marak—susurró. Le gustaba llamarle por su nombre humano y no el divino—. También estoy enfadado y preocupado. Pero sé que todo va a salir bien; esta vez sí. La suerte está de nuestra parte. Nunca habíamos llegado tan lejos.

Lucifer levantó los ojos del suelo y miró a su hermano.

—Nunca —musitó más animado.

—Nunca —repitió Mefisto—. Todo es como deber ser. Estamos en el lugar adecuado y en el momento adecuado. La chica es un recipiente hermético en el que estás a salvo. Pronto te devolverá tu poder y serás invencible. Una batalla, la última, y todo será tuyo. Porque esta vez los venceremos.

—Los venceremos. —La sonrisa se extendió por la cara de Lucifer. Se inclinó hacia delante y tomó el rostro de Mefisto entre sus manos—. No más cadenas.

—No más cadenas —repitió. Ladeó la cabeza y besó la mano que aún le sostenía. El amor que sentía por su hermano pequeño era infinito.

—Necesito llegar a ella antes de que encuentren la forma de quebrarla —dijo Lucifer de forma vehemente—. Ha llegado el momento. Ha de ser ya.

—Todo está preparado. Aunque voy a precisar un poco de ayuda, necesitamos a alguien que pueda mantenernos informados de cada paso que den y que nos ayude a llegar a la chica. —La garganta de su hermano se movió y se le torció el gesto. Las velas de los anaqueles prendieron a su alrededor y las luces que proyectaban jugaron en las paredes—. No te preocupes, sé quién es esa persona.

William sabía que regresar a la casa de huéspedes e instalarse allí era lo más sensato hasta que tuvieran otro plan. No quería que Kate estuviera sola ni un minuto, y mucho menos con los arcángeles tan cerca. No se fiaba de ninguno, sobre todo de Gabriel.

Kate llevaba en su interior algo que ellos querían, y no solo ellos; allí afuera, en alguna parte, Lucifer esperaba con más necesidad que ningún otro. La situación era muy complicada y peligrosa, y no parecía haber opciones viables.

—¿Estás bien? —le preguntó Adrien mientras cargaban el coche con las cosas que podrían necesitar.

—Nada de esto pinta bien. Hay que sacarle esa cosa de dentro cuanto antes.

—Lo sé, pero ¿cómo lo hacemos? El modo fácil es darle a Kate el descanso eterno —comentó con tono ácido—. Otra opción sería que Lucifer recuperara su alma; aunque desencadenar el Apocalipsis tampoco parece la mejor solución.

William se estremeció con una punzada en el estómago, como si un fuego lo quemase por dentro. Quería sacarla de allí y desaparecer con ella, llevársela lejos. Y lo había intentado, pero desmaterializarse con Kate era algo que ya no podía hacer; Adrien tampoco. Así que, el problema residía en ella y en lo que llevaba dentro, que empezaba a actuar con vida propia.

—Hay una tercera opción: matarlo —dijo William.

—¿Te refieres a Lucifer?

—Sí. Lo encontramos y lo matamos. Dicen que ahora es mortal, ¿no?

Adrien le sostuvo la mirada durante un largo segundo. Desde luego, era la mejor idea que tenían.

—Vale, siempre he sabido que eras un idiota temerario con prisa por morir, pero que yo acabara siguiéndote el juego sí que no lo esperaba —indicó Adrien.

William se encogió de hombros mientras sonreía.

—No hace mucho me dijiste que no te importaba palmar.

—Y es cierto, lo que no entra dentro de mis planes es el suicidio, y tú pareces empeñado en que nos lancemos desde un precipicio —le hizo notar Adrien—. Claro que... saltaría sin dudar, por lo que soy tan idiota como tú.

Sonrió y se frotó la mandíbula con un gesto perezoso, aunque por dentro hervía como la lava de un volcán. Los arcángeles lo ponían nervioso y tenían a seis en la entrada. Sin contar con que su padre no andaría muy lejos.

—Deberíamos irnos. Shane ya habrá organizado la reunión —añadió Adrien.

William enfundó las manos en los bolsillos de sus tejanos y miró a su alrededor.

—No debería meterlos en esto. No hace ni una semana que casi mueren en ese almacén en Nueva Orleans. Ya les he pedido demasiado y esto es cosa nuestra.

Adrien sacudió la cabeza. No estaba de acuerdo con William.

—Nos afecta a todos, incluso a los humanos. Pero, como siempre, ellos vivirán felices en su ignorancia hasta el último momento, y nosotros intentaremos deshacernos de los monstruos en su armario. Lo de Nueva Orleans no será nada comparado con lo que podría pasar si la profecía se cumple. No podemos con esto nosotros solos.

William era consciente de que Adrien tenía razón en todo, pero eso no lo hacía más fácil ni lo hacía sentirse mejor.

—Sabes que no tendrían ninguna oportunidad enfrentándose a un ángel.

—Lo sé —admitió Adrien. Suspiró—. Está bien, lo haremos nosotros. —Frunció el ceño, pensativo—. Si las cuentas no me fallan, son catorce arcángeles: siete para ti y siete para mí. ¡Pan comido! Y si no te importa, Mefisto y el tal

Rafael son míos. Me muero por sacudirle a ese estirado.

William soltó una risita.

—Sabes que podrían estar oyéndonos, ¿verdad?

—Con eso cuento —replicó Adrien con ese tonito cargado de chulería que se había convertido en su marca personal.

William asintió y se lo quedó mirando.

—Gracias —dijo de repente—. Por todo.

Adrien clavó la vista en el suelo con timidez. Las palabras de William lo habían pillado por sorpresa, sobre todo porque sonaban sinceras. Empujó una piedra con la punta de su bota y se pasó la mano por el pelo sin saber qué hacer con las emociones que sentía.

—Bueno, sí, pero no hace falta que me compres flores. Ya sabes que no eres mi tipo.

—Lo sé, según me han dicho, te ponen las nefilim —comentó William como si nada mientras se dirigía a la casa—. Sobre todo una: morena, menuda, cuerpo bonito...

Los ojos de Adrien centellearon un instante. Sacudió la cabeza y una sonrisa maliciosa se extendió por su cara.

—Sigue así y seré yo quien clave la tapa de tu ataúd algún día.

William fingió no oírlo y continuó:

—Parece una chica lista, pero quién sabe, quizá tarde en darse cuenta de lo idiota que eres y se acabe fijando... —Se agachó para evitar la daga que volaba directa a su cabeza—. Alguien debería hablarle de tu mal genio —añadió.

Una segunda daga se clavó en el marco de la puerta, a milímetros de su oreja.

—¡Te gusta de verdad!

Se oyó un clic. Adrien acababa de quitarle el seguro a su arma. William entró a toda prisa en la casa con una enorme sonrisa en la cara. Bromear con Adrien había aligerado un poco el malestar que sentía.

Se encaminó a la escalera y... lo olió.

Corrió hasta la habitación, entró sin llamar y se dirigió al baño con un nudo en la garganta. Encontró a Kate de frente al espejo, y ella bajó la cabeza en cuanto lo vio aparecer. William la agarró por la nuca con una mano y la obligó a que lo mirara, mientras con la otra mano le apartaba los dedos con los que intentaba ocultar la hemorragia nasal.

—¡Mierda! —exclamó él. Se estiró para coger una toalla.

—No es nada. Estoy bien —dijo Kate. Quiso girar la cabeza, pero él la obligó a permanecer quieta mientras le limpiaba la sangre que le escurría por encima de los labios y la barbilla.

—No lo estás —replicó William, sacudiendo la cabeza sin parar. Dejó la toalla a un lado tras asegurarse de que había dejado de sangrar. La miró a los

ojos—. ¿Cuántas veces?

Kate sabía perfectamente a qué se refería. Se encogió de hombros, quitándole importancia.

—¿Cuántas? —la presionó.

—Unas pocas, nada serio. Estoy bien, de verdad —insistió ella.

William no la creyó, pudo verlo en su mirada. Y la toalla empapada no ayudaba a tranquilizarlo. No dijo nada. Se inclinó, la cogió por la nuca y la besó con una desesperación que no tenía nada de ternura. Estaba aterrado y eso se transmitió en la forma en la que sus dedos se le clavaban en la suave piel del cuello. La tomó en brazos, mientras una furiosa impotencia se adueñaba de su mente. En otro tiempo la habría podido controlar para evitar así hacer alguna estupidez. Pero en ese momento, y tratándose de Kate, le era imposible.

Minutos después entraban en la casa de huéspedes. Y ese día el nombre le iba que ni pintado. Estaba llena de gente, casi parecía una celebración, sino fuera porque el ambiente se parecía más al de un funeral.

William dejó a Kate en el sofá de la sala. No la había soltado en ningún momento, permitiendo que Adrien condujera su coche. Mientras la llevaba acurrucada contra su pecho en el asiento trasero, su mente se había convertido en un hervidero de rabia y deseos de venganza. Repasó cada detalle, cada conversación, toda la información de la que disponía. Necesitaba tener cada pieza en su sitio con absoluta precisión.

Se sentó junto a ella y esperó a que todos ocuparan un sitio. Su corazón estaba lleno de una potente mezcla de ira y desesperación. Paseó su vista por la habitación. Todos los Solomon habían acudido, incluidas Rachel y Keyla. Robert y Marie permanecían juntos, él ocupando un sillón y ella sentada en el reposabrazos. Cecil y Ariadna se acercaron a Adrien, al igual que Salma y Sarah, que parecían sentirse más cómodas cerca de él que de los demás. El último en llegar fue Stephen, acompañado de Mako y dos jóvenes guerreros.

Todos miraban a Kate, no podían evitarlo. Su aspecto empeoraba por horas. Se la veía tan delgada y frágil, y con una palidez preocupante incluso en un vampiro.

William miró a Daniel, directamente a los ojos.

—Nunca te he mentido y tampoco voy a hacerlo ahora. Ha pasado algo que lo cambia todo y que me afecta más que nunca...

Daniel asintió, prestándole toda su atención.

De repente, el aire se agitó y los seis arcángeles tomaron forma junto a una de las paredes. Los ojos de Daniel centellearon con un susto de muerte.

—¿Pero qué demonios...?

—No exactamente —dijo William—. Daniel, estos son Miguel, Gabriel, Rafael, Nathaniel, Meriel y Amatiel. Los arcángeles.

—¿Y qué hacen aquí?

—Vigilan a Kate —respondió Adrien. Escupió las palabras como si estuvieran impregnadas en ácido.

—¿A Kate? ¿Por qué la vigilan? —preguntó Robert. Se había puesto de pie y contemplaba a los arcángeles con desprecio.

—Porque ella tiene algo que ellos necesitan —respondió William. Miró a Daniel y a Samuel sucesivamente—. Ella es el alma pura de la que habla la profecía.

Todos se giraron para contemplar a Kate, sorprendidos y con la esperanza de no haber escuchado bien. Un pesado silencio se impuso en la habitación. Williamladeó la cabeza y buscó a Salma.

—Este sería un buen momento para decirme que has tenido una visión con la que todo se arregla.

Salma le devolvió la mirada con una pena profunda. Negó con la cabeza.

—No he vuelto a ver nada, lo siento —musitó.

Miguel dio un paso adelante y clavó sus ojos plateados en Salma.

—¿Tenéis a un profeta entre vosotros?

—¿Pro... profeta? —preguntó Salma, incómoda con la repentina atención de los ángeles en ella.

William expuso lo mejor que pudo la situación a sus amigos, y después trató de explicar a Miguel lo referente a Salma. Al narrar la historia en conjunto, y con todos los datos de los que ya disponían, la gravedad del problema tomó una nueva dimensión. La profecía estaba a punto de cumplirse. Un paso más y Lucifer recuperaría todo su poder; algo que no tardaría en intentar. El tiempo era un bien escaso, que comenzaba a agotarse en aquella cruzada en la que estaban inmersos desde hacía mucho y sin saberlo.

—¿Así que Mefisto te indicó el camino hacia ella? —preguntó Miguel, señalando a Salma con la barbilla. Sus ojos centelleaban de rabia. Adrien dijo que sí con la cabeza—. ¡Bastardo manipulador! —exclamó para sí mismo. Y añadió—: ¿Puedo ver ese libro?

Adrien y William intercambiaron una mirada. Este último se llevó la mano a la espalda y sacó el ajado manuscrito de debajo de su ropa. Lo dejó en un extremo de la mesa y lo empujó con su mente hasta el arcángel.

Miguel tomó el diario y comenzó a leerlo. Conocía el contenido. Había vigilado al profeta que lo escribió durante toda su larga vida, y guardaba en su mente todo lo que el hombre había presagiado. Aunque en aquel instante, y con las pistas que ahora tenía, la dimensión de la profecía cobró forma ante él.

—*Donde el cielo cae dando nombre a la tierra. Ante los que un día estuvieron y ya no se encuentran. Ante los que fueron carne y en polvo se desvanecen. Una promesa cumplida traerá consigo el fin de los días. El velo caerá, la oscuridad retornará, y la tierra llorará sangre cuando los primeros hijos se desafíen* —leyó para sí mismo. Y añadió en voz alta—: Donde el cielo cae, dando nombre a la tierra...

—Ninguno de nosotros hemos logrado averiguar a qué se refiere —dijo William.

Un leve resplandor iluminó el cuerpo de Miguel, y una corriente de energía se extendió por la sala.

—¿Cómo se llama este pueblo? —preguntó.

—Heaven Falls —respondió Daniel—. Así lo bautizó uno de los colonos fundadores, un hombre de Dios.

—*Donde el cielo cae...* —repitió William. De repente se puso de pie y soltó una palabrota. Últimamente su lenguaje dejaba mucho que desear—. ¡Es aquí, este es el lugar del que habla la profecía! ¿Cómo no lo hemos visto?

Se agachó. Metió un brazo bajo las rodillas de Kate y el otro se lo pasó por la espalda. La levantó y se encaminó con ella a la puerta principal.

—Nos vamos —le dijo en un susurro.

—William, no creo que... —empezó a decir ella.

—Nos largamos de aquí —insistió sin ánimo de ceder. Su expresión hosca era pura furia.

Robert salió tras él.

—¿A dónde la llevas? —preguntó.

—Lo que quiera que deba pasar, será aquí, en Heaven Falls. Así que voy a llevármela lo más lejos posible y donde nadie pueda encontrarla —respondió William.

La mirada de Kate se encontró con la de Robert. El entendimiento fluyó en ambos sentidos. William actuaba a la desesperada. Poner distancia, cuando se estaban enfrentando a unos seres tan poderosos como los arcángeles..., no podía ser tan fácil.

—Voy contigo —dijo sin más.

Y no fue el único. Adrien y Shane se unieron a ellos.

Estaba a punto de llegar al coche, cuando Miguel y sus hermanos aparecieron de la nada interponiéndose en su camino. Sus ojos plateados se enfrentaron a los de William con un propósito inconfundible.

—Moverla es exponerla. No puedo permitir que lo hagas. El riesgo es demasiado grande —dijo Miguel con voz suave, como si le estuviera hablando a un niño al que pretendía convencer con condescendencia.

Pero William no era ningún niño, y sí lo suficientemente obstinado y despiadado como para no dejarse impresionar y mucho menos manipular. Prefería marcharse e intentarlo, que quedarse allí como prisioneros a la espera de un desenlace.

—Sacarla de aquí supone una oportunidad. No me quedaré de brazos cruzados esperando a que pase algo. La profecía habla de este pueblo, lo que está escrito debe ocurrir aquí. Si me la llevo no pasará nada —replicó William.

—¿De verdad crees que Lucifer te dejará llevártela sin más? No va a permitirlo —le hizo notar Gabriel.

—Lo sabré cuando llegue el momento —respondió William. Sus ojos destellaron con impaciencia—. Lo que no entiendo es qué hacéis vosotros aquí. ¿No deberíais estar buscándolo ahora que aún es débil? Esta situación acabaría si volvéis a someterlo.

—Lucifer es débil, pero no el resto de mis hermanos. La lógica apunta en una única dirección. —Miguel señaló a Kate con un gesto de su barbilla—.

Mantenerla alejada de los Oscuros y encontrar la forma de recuperar el alma de mi hermano. Es lo más sensato.

Adrien se adelantó hasta colocarse al lado de William.

—Os guste o no, nos la llevamos. Si queréis protegerla, tendréis que venir con nosotros.

Miguel dirigió una breve mirada a Adrien, antes de pasearla por el porche de la casa. Todos los licántropos observaban la escena con cara de pocos amigos. También los vampiros. No le preocupaban en absoluto, reducirlos apenas requería un poco de esfuerzo mental, puede que algún golpe. Pero ellos no eran el enemigo. El enemigo real estaba allí fuera, en alguna parte, y compartían la misma sangre. Un adversario peligroso al que no debían enfrentarse, si la solución al problema podían hallarla de otro modo; porque si había un enfrentamiento, las posibilidades de vencer en las condiciones actuales eran inexistentes.

—Está bien, intentadlo —dijo Miguel después de un largo silencio.

—¿Y ya está? ¿Vais a dejar que nos marchemos? —inquirió Adrien.

—Sí —respondió Rafael—. Así mediremos sus fuerzas.

William no esperó ni un segundo más. Abrió la puerta del coche y depositó a Kate en el asiento. Le lanzó las llaves a su hermano.

—Tú conduces, eres mejor que ellos al volante, y Adrien y Shane son más rápidos en caso de que tengamos que defendernos en marcha.

No hubo despedidas. Los neumáticos del Porsche chirriaron cuando Robert pisó a fondo el acelerador, lanzando una lluvia de gravilla al aire.

Kate apenas tuvo tiempo de echar una mirada por la ventanilla y alzar una mano. Dejó caer la cabeza contra el asiento. Se sentía tan cansada que ni siquiera intentó pensar en lo que estaba sucediendo. Cerró los ojos. Vivía una pesadilla de la que no lograba despertar, pero se aferraba a la creencia de que, si lo intentaba con más ganas, al final lo haría, despertaría.

Mentira, su pesadilla era muy real.

Se rodeó la cintura con los brazos, sintiéndose expuesta. Las emociones brotaron en una gran ola que trató de reprimir. Llenaban su ser con miedo, impotencia, dolor y una negativa rotunda a rendirse. Se inclinó sobre William, que le envolvía los hombros con un brazo protector, y lo estrechó ciñéndole el torso con sus brazos temblorosos. Él le devolvió el abrazo con toda la ternura de que era capaz. Apoyó el mentón en su pelo y la mantuvo pegada a su pecho mientras el coche volaba en dirección al pueblo.

Al contrario que ella, William solo sentía una agresividad descomunal invadiendo su cuerpo. Era descarnadamente consciente de la energía apenas contenida en su cuerpo, repentina e incontrolable.

Las luces del atardecer eran engullidas por la oscuridad de una noche sin luna. Al penetrar en las calles de Heaven Falls, sus instintos se pusieron en

marcha. Algo no iba bien, era temprano para que las calles estuvieran tan vacías. Ni un alma se paseaba por las aceras. Los comercios tenían las luces encendidas, las puertas abiertas, pero no se atisbaba a nadie en el interior. Y luego estaba ese olor que se colaba en su olfato, rancio y sulfuroso.

No había coches circulando. Nadie dijo nada, pero todos pensaban lo mismo.

—Acelera —ordenó William a Robert, al ver que este dudaba al acercarse a un semáforo en rojo.

Su hermano obedeció de inmediato y cruzaron la intersección como un rayo. Giró a la derecha y el coche derrapó. A punto estuvo de quedarse sobre las dos ruedas del lado izquierdo y volcar. Pero Robert era un dios pilotando cualquier cosa con ruedas y un motor. Ante ellos apareció la larga recta que los sacaría del pueblo en dirección sur.

—¿Qué es eso? —preguntó Adrien, inclinándose hacia el parabrisas.

Algo se movía en la carretera, pero no estaban lo suficientemente cerca para ver de qué se trataba. Robert aceleró y cambió de marcha. Mientras no fuera un muro de hormigón, aparecido de la nada, sin problema. Pero no estaban preparados para lo que encontraron. Pisó el freno a fondo y el coche se deslizó, quemando goma sobre el asfalto hasta que se detuvo por completo.

Había un muro, pero no de hormigón, sino humano. Frente a ellos, ocupando la carretera de lado a lado, había un montón de personas.

—Es gente del pueblo —susurró Shane con la cabeza entre los dos asientos delanteros—. ¿Qué demonios hacen ahí parados?

Adrien se pasó una mano por el pelo, frustrado. Su aguda visión había captado lo que los otros no; excepto William, que abrazaba a Kate con más fuerza mientras sus brazos se convertían en piedra.

—De eso se trata —respondió William. Adrien se giró en el asiento y cruzaron una mirada—. No son gente del pueblo, son otra cosa.

Robert se inclinó sobre el volante y forzó su vista. De repente dio un respingo que le hizo saltar en el asiento. Había hombres, mujeres y niños, y todos tenían los ojos completamente negros. Reconoció a algunas de aquellas personas. Llevaba semanas viendo sus rostros casi a diario.

—¿Qué hacemos? —preguntó

—Seguir adelante —respondió William con voz inexpresiva.

Kate se enderezó y clavó su mirada violeta en él.

—¡No puedes pasarles por encima! —exclamó.

—Estamos perdiendo el tiempo. Si mi padre o cualquiera de los otros aparecen, entonces sí que no podremos salir de aquí —indicó Adrien, que parecía compartir los mismos escrúpulos que William: ninguno. Miró a su alrededor, inquieto, como si en cualquier momento esperara ver surgir de la oscuridad un dragón de dos cabezas con mucha hambre.

« Están poseídos. Han anulado su voluntad y harán lo que les hayan ordenado.

Mi hermano está desplegando a su ejército de demonios. Estará cerca», la voz de Miguel se coló en la mente de William.

—Acelera —ordenó William a Robert.

—William, hay niños —le hizo notar Kate con voz rota—. Conozco a esas personas. No tienen la culpa de nada.

—Pues más les vale apartarse. ¡Acelera! —gritó William.

Robert obedeció al instante, sin dudas, sin vacilación. El motor del Porsche negro rugió, cuando la aguja del cuentakilómetros llegó al límite, y salió disparado hacia delante. Los faros iluminaron los rostros desprovistos de vida que formaban la barricada.

—No van a apartarse —gimió Kate. Escondió la cara en el pecho de William. No podía ver aquello.

—Lo siento, pero son ellos o tú —musitó William, sangrando por dentro. No era el monstruo sin remordimientos que podía parecer.

Robert no vaciló y se mantuvo en línea recta como si fuera una bola dispuesta a hacer un *strike* con un montón de bolos. En el último momento, todos se apartaron y dejaron que el vehículo continuara su camino. Kate se enderezó al no oír nada, y pudo ver cómo sus vecinos volvían a ocupar la carretera sin apartar sus ojos del coche. Se llevó las manos a la cara, aliviada. Una sonrisa se dibujó en sus labios y se aferró a William. En el fondo quería alejarse de allí cuanto le fuera posible.

En una oscuridad absoluta, rota tan solo por los dos haces de luz de los faros, Robert conducía sin aflojar el ritmo. El plan era llegar cuanto antes al aeropuerto más cercano y salir del país. El destino daba igual, lo más lejos posible de Heaven Falls.

De repente, Kate se dobló por la mitad, apretándose el pecho con el puño. Oh, Dios, aquello dolía, le dolía mucho.

—Kate, ¿qué te pasa? —preguntó William, asiéndola por los brazos. Con una mano temblorosa le alzó la barbilla.

—No lo sé —logró responder. Otra punzada la estremeció de arriba abajo y las náuseas se agitaron en su estómago. Otro doloroso espasmo la partió por la mitad con un grito—. Duele —masculló—. Duele mucho.

Adrien se giró en el asiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Entonces vio el hilo de sangre que le resbalaba por la nariz—. ¡Madre santísima! —Sin pensar se puso de rodillas mientras sacaba del bolsillo de su pantalón un pañuelo. El hilo se convirtió en una hemorragia.

William logró moverla en el asiento y la colocó en su regazo, de modo que podía verle la cara. Shane se acomodó para sujetarla por la espalda. Kate empezó a gemir. Notaba un dolor agudo en la cabeza que se extendía hacia sus oídos. Se llevó las manos a las orejas y comprobó horrorizada que también le

sangraban. Dentro de su pecho, aquella fuerza latente cobró vida, palpitaba como loca haciendo crujir sus costillas. Se estaba muriendo, o algo peor, y tenía la sensación de que cuanto más se alejaban, más empeoraba.

—Para el coche, para, por favor —logró articular Kate.

—Detente —ordenó William.

Robert obedeció. El fuerte frenazo los lanzó hacia delante. Adrien chocó contra el salpicadero y se golpeó la cabeza con fuerza. William logró poner una mano en el asiento, mientras con la otra sujetaba a Kate, y absorbió la fuerza del impacto.

Kate volvió a gritar con fuerza. Unas garras invisibles se clavaban en su mente, despedazando su cerebro, y la hoja de un cuchillo se abría paso desgarrándole las entrañas. Se miró el estómago, esperando ver cómo sangraba abierto en canal. No había nada, pero el dolor era tal que ni siquiera podía oír sus propios gritos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Shane.

William no contestó. No tenía ni idea, y solo podía pensar en cómo acabar con la agonía que ella estaba sufriendo.

—No podemos quedarnos aquí —adujo Robert.

—¡Joder! —bramó William, desesperado—. Continúa al aeropuerto.

Se pusieron en marcha, pero apenas cien metros más adelante, la hemorragia de Kate se convirtió en un torrente profuso sin control. Shane se quitó la camiseta y se la pasó a William. El vampiro la usó para ejercer presión en el rostro de Kate. Nunca había oído un sonido tan absoluto de agonía como el que ella lanzó mientras convulsionaba. Su mente estableció una relación.

—Da la vuelta, da la vuelta —gritó. Robert lo miró por encima de su hombro, sin entender nada de nada—. Da la vuelta, maldita sea.

Robert hizo lo que le pedía. Se las arregló para frenar el coche y hacerlo girar en la misma maniobra. Dio media vuelta y, sin perder un segundo, emprendió el camino de regreso a toda velocidad.

—¿Volver? ¿Te has vuelto loco? —inquirió Adrien.

—Ella empeora conforme nos alejamos —intentó explicar. Kate se quedó inmóvil contra él. Ahuecó la mano sobre su mejilla y la miró a los ojos; seguía con él, pero tan débil que apenas estaba consciente.

Kate le devolvió la mirada. « Mátame », articuló con los labios. A William se le rompió el corazón. « Antes los mato a todos ellos, a todos », le dijo a través de su mente, pero no logró llegar hasta ella. Estaba cerrada para él. William rezó para tener razón con aquel presentimiento. El tiempo que tardaron en regresar al pueblo se le antojó una eternidad. Kate no daba muestras de recuperarse y temió que su tiempo se estuviera agotando inexorablemente. La rabia lo desgarró, dejando una estela de desolación a su paso. Al mirarla a los ojos, la expresión de su cara era de puro tormento.

—Siguen allí —anunció Robert, deteniéndose a unos trescientos metros de la entrada al pueblo.

La gente seguía en el mismo lugar. Automatas sin voluntad. Kate se estremeció en los brazos de William, recuperando poco a poco el dominio sobre sí misma. Había dejado de sangrar. Él le apartó el pelo de la cara y contempló a las personas desplegadas frente a ellos. Poco a poco se fueron separando, dejando libre uno de los dos carriles, y formaron un pasillo de cuerpos rígidos.

—Sabían que volveríamos —dijo Adrien—. Por eso nos dejaron marchar.

—Robert —lo urgió William para que continuara. Cada segundo que pasaba, más convencido estaba de que Kate se recuperaría si volvían al pueblo.

—No entiendo nada —dijo Robert mientras volvía a ponerse en marcha.

Aceleró y pasó entre ellos sin el menor incidente. A través del espejo retrovisor vio cómo empezaban a caminar tras el coche. Las farolas comenzaron a parpadear y una a una se fueron apagando tras ellos, sumiendo las calles en una oscuridad absoluta.

William saltó del coche antes de que se detuviera por completo. Tomó a Kate en brazos y corrió con ella hasta el baño en la buhardilla. No quería que nadie más la viera en aquel estado. Una vez dentro, la sujetó con un brazo y con el otro la fue desvistiendo como si fuera una muñeca. Apenas se tenía de pie y tuvo que sostenerla con la habilidad de un malabarista. Intentó no fijarse en la cantidad de sangre que humedecía sus ropas, además de la que le empapaba el pelo y manchaba su cara. Como no tenía modo de desvestirse sin soltarla, de un tirón desgarró su camiseta y la arrancó de su cuerpo. Después se sacó las zapatillas con un par de sacudidas y se quedó vistiendo tan solo sus tejanos.

Abrazó a Kate mientras abría el agua caliente de la ducha, y muy despacio entró con ella bajo la cascada de agua. En pocos minutos el baño se cubrió de una espesa nube de vapor. La pegó contra la pared y le apartó de la cara los mechones de pelo que se le pegaban a las mejillas. A sus pies, el agua teñida de rojo se fue aclarando poco a poco, llevándose consigo los restos de la peor pesadilla que William había tenido nunca.

Kate lo miró a los ojos y alzó una mano para tocarle la cara. Él le sonrió, aliviado de ver cómo empezaba a responder.

—¿Crees que puedes sostenerte un minuto? —preguntó. Kate asintió—. Bien, date la vuelta y apoya las manos en la pared. Voy a lavarte el pelo.

Kate obedeció. Se dio la vuelta muy despacio y apoyó las palmas contra la pared de azulejos blancos. William alcanzó un bote de champú y se puso un poco en las manos. Las frotó hasta lograr abundante espuma y después comenzó a masajear su cabello con suaves caricias. Kate cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, aún sumida en una extraña neblina de debilidad. Aquello era agradable y soltó un suspiro mientras él le aclaraba el pelo. Después le dejó que le frotara el cuerpo con una suave esponja; y el aroma a violetas del jabón

sustituyó al olor frío y metálico de la sangre.

De repente, él la hizo girar y la abrazó con fuerza. La sostuvo así durante un largo rato, sin decir nada de nada, al menos no con palabras. Su piel y el ímpetu de su abrazo, sus labios apretados con fuerza contra su sien lo decían todo. Miedo, desesperación, preocupación..., y un amor como nunca había existido otro igual. Kate se apretujó dentro de aquel abrazo fuerte y seguro.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó él. Kate asintió con un gesto imperceptible—. Lo siento, ha sido culpa mía, no me detuve a pensar. ¡Jamás había pasado tanto miedo, y o...!

Kate se puso de puntillas con las manos en sus hombros y acalló sus palabras con un beso.

—No quiero hablar sobre lo que ha pasado. No quiero hablar de nada, solo deseo fingir que todo es perfecto. Quiero olvidarme de esta pesadilla durante un rato —susurró contra sus labios.

Le puso las manos a ambos lados del cuello y volvió a besarlo, acercándolo cada vez más a ella. Sintiendo más y más ansiosa por momentos, a pesar de la extrema debilidad que notaba. Pero necesitaba sus caricias, necesitaba que borrara cualquier cosa de su mente que no fuera él y lo que le hacía sentir.

William pareció percibirlo, porque obedeció su petición y no dijo nada más. La acarició, adorándola con cada gesto. Sus movimientos eran lentos y delicados, y ella comenzó a derretirse. Volvió a besarlo, mientras con sus manos le recorría los musculosos brazos, unos brazos que podían partir por la mitad a un hombre o reducir a escombros aquella casa. Unos brazos que con ella eran dulces y cariñosos, suaves; y que la alzaron como si no pesara nada de nada. Goteando y olvidándose por completo de cerrar el agua, la sacó de la ducha y la llevó hasta su habitación. La dejó sobre la pequeña cama.

Y él cumplió su palabra. No la dejó pensar en nada. En algún momento se percató de que se estaba alimentando de su vena, que las fuerzas regresaban a su cuerpo y que las sensaciones se apoderaban de cada terminación nerviosa de su ser. Y eran las más eróticas que había sentido nunca. No había nada como estar segura de que la muerte te aguardaba en la siguiente esquina, para devorar cada minuto como si fuera el último; y eso estaban haciendo, devorarse el uno al otro.

William le puso una mano detrás de la espalda y le dio la vuelta colocándola bajo él. Sintió su peso ya familiar sobre ella y dejó escapar un ruidito adorable cuando se relajó para acogerlo. Abrió los ojos, no quería perderse nada, ni un gesto, ni una mirada. Algo dentro de su pecho le decía que esa noche no iba a repetirse, que sería la última. La seguridad de esa realidad casi la rompe en pedazos, pero no lo permitió.

Le acunó el rostro entre las manos, deleitándose con el deseo que reflejaban sus ojos, oscuros y perversos; y esa sonrisa tentadora en la que no había ninguna clemencia. ¡Dios, era tan sexy! Cuando la miraba de ese modo, ella no podía

hacer nada salvo sentir cómo se derretía y se moldeaba bajo su cuerpo. Reclamó sus labios con un beso fiero y exigente que le hizo perder el control, sin importarle que en ese momento la casa estuviera llena de gente. Al infierno con todos. Lo único real en su mente era la masa jadeante y desmadejada en la que se convertía entre sus brazos. Y, por los ruiditos que brotaban de su garganta, a William tampoco parecía importarle. Cuando eres vampiro, todo, hasta lo más insignificante, se siente con una intensidad desmedida. Y esa intensidad podría aplicarse con mayor ardor a la lujuria.

Volvió a morderle, pero esta vez no era por el hambre de la sed, sino por otra igual de primaria. Él se alzó sobre los brazos para mirarla y ella esbozó una sonrisa culpable como respuesta, que lo único que logró fue que William se apretara aún más contra su cuerpo.

—Mía —le susurró él al oído—. Toda mía —repitió—, para siempre.

—Para siempre —musitó Kate. «Sea cual sea ese tiempo», pensó, abrazándolo contra su pecho como si tuviera miedo a que fuera a desvanecerse.

Debían haber pasado minutos, o tal vez horas, cuando William se dejó caer al lado de Kate, completamente exhausto. Permaneció de espaldas, con la cabeza ladeada, contemplando su sonrisa. Dejó escapar un suspiro tembloroso y, cuando logró volver a moverse, se puso de costado, observándola y jugueteando con un mechón de su pelo.

Ella lo miró de reojo.

—¿Qué miras con tanta atención? —preguntó.

—¿De verdad tengo que contestar a eso? —preguntó William a su vez. Alargó la mano y le rozó el vientre plano, demasiado plano. Lo acarició de arriba abajo con las puntas de los dedos—. Eres preciosa.

Kate también se puso de costado.

—Bueno, tú tampoco estás nada mal —replicó, deslizando un dedo por su hombro hasta su pectoral.

Él sonrió con un atisbo de arrogancia y se inclinó hacia ella. Kate pudo ver los músculos de su cuerpo ondulándose; se entretuvo en ellos, en la forma en la que se estiraban y contraían. Su deseo por William era una fuente inagotable que no dejaba de fluir y, vista la forma en la que los ojos de él volvían a oscurecerse, el sentimiento era correspondido. Cada célula de su cuerpo le pertenecía sin reservas y sería suya durante toda la eternidad... Solo que... no tenía todo ese tiempo.

Dentro de ella había algo horrible que no debería estar allí. Se estremeció. Solo había dos formas de sacar esa alma de su cuerpo: dejando que los arcángeles acabaran con su vida, o permitiendo que Lucifer la recuperara. Fuera como fuese, ella no saldría bien parada en ninguno de los casos. El tiempo se acababa; e iba a morir. Lo sabía, lo sentía hasta en el rincón más recóndito de su ser. Puede que todo su futuro se redujera a unos pocos días, horas...

Horas...

Clavó sus ojos en los de William, consciente de la angustia que transmitían. Él la miraba preocupado y le acarició una mejilla con su fuerte mano. Había tantas cosas que quería decirle, que deseaba vivir con él. Irracionalmente se sintió celosa. ¿Cuánto tiempo tardaría él en superar el dolor de su pérdida? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que apareciera otra chica en su vida, que pudiera curar sus

heridas del mismo modo que ella había sanado las que Amelia le dejó? Pensar en otra mujer junto a él la ponía enferma. Él era suyo, y no podía perderlo, no podía.

Sus labios impactaron contra los de él, feroces, ansiosos, con una urgencia infinita. William, sorprendido, trató de sujetarla por los hombros, pero ella lo empujó de modo que quedó de espaldas. Se encaramó de un salto sobre él y se sentó a horcajadas en sus caderas; sin dejar de atraer sus labios sobre los de ella, apretándose con fuerza contra su cuerpo.

William le devolvió cada gesto y dejó escapar un siseo cuando ella le clavó los dientes en el labio inferior, afilados como las espinas de una rosa, y le pasó la lengua lamiendo la sangre. ¡Dios, aquello era maravilloso! Gruñó con anhelo, mientras ella lo acosaba presa de una necesidad dolorosa que le enturbiaba la razón, lo aturdió y lo embriagaba. No tenía ningún control sobre su pensamiento racional; y, aun así, en algún rincón de su cerebro, se dio cuenta de que algo no marchaba bien.

—Hey, hey —susurró mientras intentaba detenerla. Ella le apartó los brazos y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza—. Kate, ¿qué te pasa? —logró preguntar entre beso y beso.

—Es evidente, ¿no? —respondió mientras dejaba un reguero de besos por su cuello.

William se liberó de su agarre y esta vez fue él quien la sujetó por las muñecas, reteniendo sus pequeñas manos contra su pecho.

—No para mí.

—¿Qué pasa, no te gusta? —preguntó ella, ronroneando como un gatito.

Los ojos de William cambiaron de color, pasando de un azul oscuro a un rojo profundo moteado de estrellas plateadas.

—Me vuelve loco —gruñó. Una palabrota ascendió a sus labios y se obligó a calmarse—. ¿Qué te pasa, nena?

—Me gusta que me llames así —susurró Kate mientras se inclinaba sobre él y lo besaba—. Me gusta mucho.

—Te cambiaré el nombre si así lo quieres, pero dime qué te pasa. —Esta vez su voz sonó más dura.

Kate no cedió en su empeño.

—Solo quiero estar contigo de nuevo. Como si esta fuera la última noche, la última vez... —susurró. El significado de esas palabras la golpeó como una enorme ola, y de nuevo la asaltó el demencial pensamiento que la había estado acosando—. La última vez que vamos a estar juntos.

Su voz se rompió con una emoción profunda y deslizó la mano por su pecho. Lo miró a los ojos y arrastró los dedos por su piel, provocándolo. William le sostuvo la mirada y entornó los ojos como si supiera lo que a ella le estaba pasando por la cabeza.

—Pero no es la última —dijo él soltándole las muñecas. Alzó una mano y le acunó la mejilla. Después enredó los dedos en su pelo enmarañado.

—Pero podría serlo —insistió Kate—. Imagina que lo es, que estos son los últimos minutos que pasaremos juntos. ¿No querrías hacer el amor conmigo hasta el último segundo? —preguntó con una mezcla de deseo y desesperación en su voz.

—¡Claro que sí!, pero estos no son los últimos minutos de nada —dijo él. Se giró hasta acabar encima de ella—. No lo son —aseveró con tono vehemente.

Kate gimió con una desesperación que nada tenía que ver con que él no estuviera accediendo a sus peticiones, sino a algo mucho más profundo. La consumía la impotencia de no poder ser dueña de su propia vida; de que las cosas fueran así y ya está; y que la última palabra fuera de cualquiera menos suya. La frustración se volvió abrumadora.

—¿Y si lo fueran, Will? —estalló. Le golpeó el pecho con los puños apretados—. Sé que lo son. No habrá más noches juntos, no habrá más momentos como este. Se acabó, ¿es que no lo ves? No hay un futuro para nosotros, no hay futuro para mí. —Su rostro era el de una mujer que luchaba y perdía—. Sea como sea no hay nada que pueda salvarme de esto. No se puede luchar contra el destino y menos contra el tiempo. ¡Un tiempo que se me acaba! —gimió desesperada. En sus ojos no había lágrimas, pero por dentro lloraba de un modo desgarrador—. Así que haz esto por mí, una vez más, la...

La frase acabó en silencio cuando él apretó su boca contra la suya. La besó hasta convertirla en una muñeca de trapo a su merced. Se apartó unos centímetros y clavó su brillante mirada en la de ella. Plata fundida sin el más mínimo rastro de una pupila que le diera vida. Fríos e inhumanos, fieros y amenazantes. Kate tragó saliva. Nunca le había visto así, y sus propios pensamientos se convirtieron en algo lejano bajo la intensidad con que la contemplaba.

—Escúchame atentamente —musitó William—. A ti no te va a pasar nada. No lo permitiré. Jamás. No dejaré que nadie te haga daño.

Su piel se iluminó con un suave halo de luz, y en alguna parte, muy por debajo de ellos, la tierra comenzó a temblar. El sonido fue ascendiendo hasta la superficie y los cristales vibraron. Afuera el viento sopló con fuerza, mecendo los árboles centenarios como si estuvieran hechos de papel. Un ligero crepitar estremeció las sábanas y Kate notó cómo se cubrían de escarcha a su alrededor y bajo su cuerpo. Lo mismo le ocurría a las paredes y a la ventana.

Las luces comenzaron a parpadear hasta apagarse por completo, sumiendo toda la casa en una oscuridad absoluta. Kate no podía distinguir nada a pesar de su aguda visión, solo dos esferas brillantes fijas en ella. Sintió su mano rodeándole la garganta, fuerte y tensa, contenida como si supiera que el más mínimo movimiento sin control podía partirle el cuello. Le acarició la piel con el pulgar.

—Y pobre del que lo intente —añadió para sí mismo.

Entornó los ojos y Kate cogió una bocanada de aire como si la necesitara para respirar. La mano de William seguía en su cuello, posesiva. La otra... Se encogió bajo su tacto al tiempo que intentaba decirle con un suspiro que fuera más delicado. Pero algo le decía que William no era él mismo en ese momento. No había piedad en sus ojos. Su sonrisa sádica terminó de confirmárselo. Esa noche su control había sido puesto a prueba varias veces y al final lo había perdido; pero Kate sabía que era capaz de lidiar con él en esas circunstancias.

Todo su cuerpo descansaba sobre el de ella.

—Y ahora que hemos aclarado esa parte..., nena —le susurró junto al oído—. Yo también quiero estar contigo.

A Sarah le daba miedo la oscuridad sobrenatural en la que el bosque y el lago se habían sumido. Sentada en el muelle, aún se preguntaba qué estaba haciendo allí. Unos pasos y el aroma que los envolvía le recordaron el motivo. Se le aceleró el corazón con un violento golpeteo. Un tenue resplandor amarillento la iluminó. Adrien se sentó a su lado, tan cerca que sus hombros se tocaban, y dejó junto a él una antigua lámpara de queroseno.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió Sarah.

—Salma me ha dicho que no has comido nada en todo el día.

Sarah ladeó la cabeza y lo miró. Notó cómo le enrojecían las mejillas al ver que él la estudiaba sin ningún pudor. Pensó que debería sentir miedo, como las otras veces que lo había tenido tan cerca, pero lo que sentía era otra cosa que la asustaba aún más por su intensidad.

—¿Me vigilas?

Adrien sacudió la cabeza y sonrió.

—No, me preocupo por ti —respondió. Le puso en la mano un sándwich que ella no había visto. Luego sacó una chocolatina del bolsillo trasero de sus pantalones—. Si te lo comes, puede que te dé una de estas. Tienen caramelo por dentro —comentó mientras le quitaba el envoltorio y le daba un mordisco.

Sarah se lo quedó mirando, embobada con el movimiento de sus labios al masticar. Alzó una ceja, divertida por el chantaje. Su corazón flaqueó un momento al pensar que su bienestar le preocupaba de algún modo.

—Podríamos pasar directamente a la chocolatina. La verdad es que no tengo hambre —sugirió ella con una sonrisa.

—Si no te comes ese sándwich, te tiraré de cabeza al lago —dijo él como si nada.

Los ojos de Sarah se abrieron como platos.

—¿Hablas en serio?

Adrien se rio un poco ante su tono indignado.

—Muy en serio. Estás demasiado delgada.

Le sostuvo la mirada durante un largo minuto. Sabía lo que ella estaba pensando. Consideraba hasta qué punto hablaba en serio con lo de lanzarla al lago. Debíó pensar que lo haría, porque le quitó el plástico y empezó a mordisquearlo con la vista clavada en su regazo. Al cabo de un rato, tragó el último trozo y sacudió las migas que le habían caído en el pantalón como si fuera el trabajo más meticuloso del mundo.

—Así que te gustan las chicas con curvas —indicó Sarah, incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Adrien. Alargó la mano y le limpió con un dedo una mancha de salsa en la comisura de los labios.

Sarah se quedó sin respiración al sentir su roce en la piel; tenía la sensación de que el pecho iba a estallarle.

—Lo que has dicho antes sobre que estoy delgada —se obligó a responder.

—Ya —suspiró el vampiro—. ¿Y qué quieres saber exactamente, si me gustarías con unos cuantos kilos más?

Sarah dio un respingo. Un calor sofocante le calentaba las mejillas. ¿En qué momento aquella situación se había vuelto tan incómoda?

—No... no estoy hablando de mí en absoluto. Era una observación... Solo eso —empezó a justificarse—. Además, sé que jamás te fijarías en mí en ese sentido.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Adrien, taladrándola con los ojos.

Sarah se rió con nerviosismo.

—Bueno, es evidente...

—¿El qué? —insistió él con sus ojos cambiando de color rápidamente.

La estaba provocando a propósito, porque había algo que necesitaba saber. El tipo fuerte y confiado, capaz de arrancarle el corazón a un demonio sin ni siquiera inmutarse, no tenía valor para mover un dedo respecto a una chica sin estar seguro de que no iba a rechazarlo. Solo lo había hecho con Kate, con ella se abrió sin reservas, y acabó con el corazón roto.

—¿Qué es evidente? —la presionó al ver que guardaba silencio.

—Que yo no te gusto como... —Sarah tragó saliva— como chica, como mujer.

—¿Y yo te gusto a ti? —Adrien dejó caer la pregunta con descuido, aunque a ella debió parecerle un golpe en el estómago, porque se puso pálida y contuvo el aire.

Sarah abrió la boca un par de veces, incapaz de contestar. Estaba tan roja que sus mejillas destellaban a la luz de la lámpara. Su corazón latía por los dos, rápido y nervioso. Si aquello no era un sí rotundo, entonces era una mentirosa de lo más convincente.

—Yo creo que sí te gusto —alegó Adrien con una sonrisa traviesa.

Ella cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos, él estaba a solo unos centímetros de su rostro. Sentía su aliento frío en la cara, dulce y seductor. Quiso apartarse, pero quedó atrapada en aquellos ojos oscuros que no dejaban de cambiar de color. Sus labios se separaron para recuperar el aliento y, casi sin darse cuenta, asintió dándole la razón.

Las fosas nasales de Adrien se dilataron, leer en las reacciones de los nefilim era tan fácil como hacerlo en un humano. Su corazón, el sudor, incluso el olor los delataba. Sarah sentía una atracción intensa hacia él.

—Tú también me gustas —confesó él, rozándole la mejilla con el dorso de la mano.

Sarah tardó un largo segundo en asimilar lo que Adrien acababa de admitir. Su corazón aleteaba como las alas de un pajarito. Una parte de ella se estremeció excitada; la otra, estaba aterrada y le costaba aceptar que decía la verdad.

—Creía que me estabas ayudando por otros motivos —susurró mientras se abrazaba las rodillas.

—Al principio sí —contestó Adrien con tono travieso.

Le tomó la barbilla para que lo mirara y, cuando se encontró con sus enormes ojos asustados, el deseo de besarla se convirtió en un impulso incapaz de controlar. Se inclinó sobre ella con la vista clavada en su boca.

—Nunca me han besado —dijo Sarah con voz temblorosa.

Adrien se detuvo. Eso sí que era una sorpresa. También el hecho de que su sangre cargada de adrenalina olía de maravilla, mejor que cualquier perfume. Su olor lo envolvió. La miró a los ojos y sonrió.

—Suerte que soy un buen maestro —susurró.

Los labios de Sarah se apretaron contra los suyos antes de que tuviera tiempo de moverse. Sintió un impacto que se extendió por todo su cuerpo. Un calor que le inundó las venas, tan real como la sangre. Sus labios eran suaves y sabían de maravilla. Se retiró un momento y la miró a los ojos para ver su reacción. Ella los mantenía cerrados y ese gesto le hizo sonreír. La besó muy despacio, sin prisa, como una tentativa, con besos cortos y suaves, exploratorios.

Ella enlazó los brazos en torno a su cuello y se apretó contra él. Adrien aceptó la invitación y la abrazó envolviéndola con su cuerpo. La atrajo hasta colocarla en su regazo, sin dejar de acariciarla; y el ritmo de los besos aumentó, cada vez más rápidos, hambrientos, hasta que él no pudo más y rozó con la lengua la fresa que formaban sus labios. Sarah le dejó entrar con una timidez que a él le provocó fiebre.

Al cabo de un rato, y en contra de su voluntad, Adrien se separó de ella. Excitado y abrumado, la tentación de ir más allá amenazaba con anular su lado racional. Le acunó el rostro entre las manos y la miró. Tenía los labios rojos e hinchados y el contorno plateado de sus iris brillaba dándole el aspecto de un

felino. Preciosa. Le acarició el labio inferior con el pulgar.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Sarah.

—¿Cómo?

Adrien frunció el ceño, sin entender la pregunta.

Sarah tragó saliva y apartó la mirada. A lo largo de toda su vida nadie se había preocupado por ella. Nunca se había sentido querida y, mucho menos, deseada. Todas las personas que se habían acercado a ella, siempre lo hicieron por un motivo interesado.

—Quiero decir que, si esto..., tú y yo... —Hizo una pausa para tomar aire e intentar no parecer tan patética—. Me refiero a... si vas en serio o si solo soy un pasatiempo.

Los ojos Adrien se abrieron como platos. Menuda pregunta. Ni siquiera se había parado a pensar en ello. Sarah le gustaba, y mucho, pero no se había detenido a analizar nada de aquella relación. ¡No hacía ni diez segundos que acababa de darle su primer beso! Se pasó una mano por el pelo mientras con la otra le acariciaba la espalda de forma distraída.

—No sé qué contestar a eso. Yo... —Silencio.

Sarah sintió que el corazón le daba un vuelco. Se le pusieron los ojos vidriosos y un escalofrío de vergüenza le recorrió el cuerpo. Ni siquiera sabía por qué le había preguntado algo así. No se conocían y... ¿ya esperaba que le prometiera amor eterno? Intentó levantarse de su regazo y marcharse.

—No, espera —pidió él, sujetándola con fuerza—. No me malinterpretes. Desde luego que no eres un pasatiempo. Dame un segundo, ¿vale? —rogó sintiéndose un poco agobiado. Sus ojos ardían con mil emociones diferentes—. Verás. Lo que he dicho es cierto, me gustas; y después de ese beso... —Esbozó una sonrisa traviesa. Ella se sonrojó y pudo notar cómo la temperatura de su piel subía de golpe—. El caso es que... ¡Dios, parezco idiota! Lo que intento decir... —La miró a los ojos con decisión—. Me gustas, me gustas mucho, y me encantaría poder conocerte y ver a dónde nos lleva esto. Supongo que lo correcto sería pedirte salir y esas cosas formales; pero, por otro lado, me parece absurdo cuando puede que mañana esos arcángeles nos maten a todos. Y desde hace días es en lo único que pienso, en ellos.

Sarah se estremeció. Adrien la tomó por la barbilla y le alzó el rostro.

—Aunque ¿sabes qué? Al cuerno con eso. Me gustaría salir contigo y hacer todas esas cosas que hacen dos personas que se atraen —continuó. Las palabras se atropellaban en su boca—. Quiero conocerte y ver qué pasa, ver si funciona. Y te juro que me esforzaré mucho para que funcione, porque me gusta cómo me siento cuando estoy contigo. Así que, si esto te parece un ejemplo de «ir en serio», pues sí, voy en serio. Sería un idiota si no lo hiciera. ¿Y tú qué... quieres ir en serio conmigo?

Ella le sostuvo la mirada mientras una ráfaga de aire frío con olor a lluvia le

acariciaba los costados y los hombros. Asintió, un poco cohibida, y acabó dibujando una sonrisa que logró que una de las capas que aún escondían el corazón de Adrien se derritiera. Rió con suavidad y la atrajo hacia él hasta rozarle los labios con un beso. Ella le puso una mano en el pecho y profundizó ese beso.

Cuando se separaron, Sarah jadeaba sin aliento y su mano se había colado bajo la camiseta de él, ascendiendo por su estómago. Con una lentitud que resultó graciosa, Adrien bajó la mirada hacia su mano al tiempo que iba arqueando una ceja. Una sonrisa pecaminosa se dibujó en su cara.

—Me he propuesto ir despacio contigo, pero me lo estás poniendo muy difícil. Sarah enterró el rostro en su cuello y se quedó allí mientras él la abrazaba.

—¿Cómo está Kate? —preguntó al cabo de un minuto.

Adrien levantó la vista al cielo y lo estudió unos segundos antes de contestar.

—Parece que ahora está bien. Sigue en su habitación, descansando.

—¿Qué le ha pasado?

Adrien se encogió de hombros.

—Si tienes tanta curiosidad, ¿por qué no te has quedado en la casa mientras hablábamos?

—No me gusta estar cerca de ellos, de los arcángeles; me ponen nerviosa — confesó Sarah, poniéndose tensa.

Adrien le acarició la espalda y notó cómo ella se relajaba de inmediato.

—Creo que nos pasa a todos. Mi madre los evita como si tuvieran la peste. — Suspiró y se concentró en lo que Sarah le había preguntado—. Ellos creen que el vínculo entre el cuerpo de Lucifer y su alma se está restableciendo. La magia del hechizo se diluye en este plano. Así que, cuando Kate se aleja de él, el hilo de ese vínculo se tensa y ella sufre todos esos daños.

—¿Podría matarla? Porque cuando vi entrar a William con ella en brazos, creí que estaba muerta —comentó Sarah. Se separó de él y lo miró a los ojos, preocupada.

Adrien sacudió la cabeza.

—Nadie está seguro de qué puede ocurrirle. Pero te juro que esta noche he creído que sí, que iba a morir. Jamás he visto a nadie sufrir tanto —susurró con voz temblorosa. Ver a Kate sangrando y gritando de ese modo era algo que jamás olvidaría. Se había sentido tan impotente.

—¿Y qué vais a hacer para ayudarla?

—Querrás decir, vamos a hacer. Ahora tú formas parte de esta extraña familia —le recordó. Sarah sonrió agradecida—. La única forma es sacarle esa cosa de dentro y, de momento, solo conocemos un modo de conseguirlo: que Lucifer la recupere. Pero eso no podemos hacerlo, Sarah. Las consecuencias... —se lamentó con la voz rota, como si pidiera perdón por pensar así.

—Lo sé —dijo ella. Alzó una mano y enterró los dedos en su cabello negro y

espeso—. He estudiado la Biblia y todos los textos sagrados, incluidos los textos apócrifos. Sé lo que supone el Apocalipsis. —Se pasó el pelo por detrás de las orejas—. ¿Sabes? En realidad, lo que le ocurre a Kate parece un caso de posesión. Solo que es un tanto atípico. Si ella fuese humana y él un demonio corriente, un exorcismo podría ser la solución.

Adrien dio un respingo y la agarró por los brazos.

—¿Qué has dicho?

Sarah sintió el poder de aquellos músculos apretándole los brazos, y se estremeció con un temor absoluto. Durante un segundo una oleada de vívidos recuerdos la asaltó: golpes e insultos. Pero cuando logró mirarlo a los ojos no vio nada que la hiciera temer, solo una intensa preocupación y un atisbo de esperanza. No cabía duda de que era menuda, casi parecía una muñeca sobre su enorme cuerpo, pero no era débil ni frágil; y se obligó a creérselo. Adrien jamás le haría daño y ella tenía que empezar a comportarse como una persona libre.

—Que parece una posesión y, en circunstancias normales, un exorcismo podría expulsar esa cosa de ella —respondió en voz baja.

Adrien no dijo nada, se limitó a quedarse mirándola fijamente. De repente, asaltó su boca con un beso que amenazaba con bebérsela como si estuviera hecha de agua. Se separó de ella, dejándola sin aliento, y se puso de pie arrastrándola consigo. La cogió de la mano y tiró de ella hacia la casa.

—Puede que, sin saberlo, acabes de dar con la solución. ¡Ojalá! —exclamó Adrien. La miró con una sonrisa en los labios, mientras ella corría a su lado para mantener el ritmo de sus largos pasos—. ¿De verdad estudiaste la Biblia y todos esos textos?

—Emerson nos obligaba y después nos daba su propia interpretación de lo que significaban. De su mensaje.

—Ya. Algo me dice que siempre de una forma beneficiosa para él.

Sarah asintió.

—Se consideraba una especie de salvador. En realidad estaba loco, y también su hermano.

Los ojos de Adrien destellaron un segundo con un resplandor púrpura.

—Ya no tienes que preocuparte de ellos. Ni de nadie más. Jamás —aseveró con voz ronca.

William gruñó sin darse cuenta. Una afilada mezcla de ira y posesión dominaba su feroz instinto protector en lo tocante a Kate. Así que, cuando Gabriel se acercó a ella para «palpar» el alma de su hermano en su interior, William tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no saltarle encima y apartarlo de un empujón. También ayudaba que Adrien tenía una mano en su brazo y Robert y Shane estaban delante de él como un muro de contención.

Kate no apartaba los ojos de él. La hechizaba por completo con su carácter taciturno, sus besos oscuros y su instinto protector. La aterraba que cada minuto pudiera ser el último, y si podía elegir la imagen que captaran sus retinas antes de apagarse, esa era la de él.

—Se está haciendo más fuerte —dijo Gabriel tras apartar las manos de la cabeza de Kate. Miró a Miguel como si fuera el único presente en la habitación—. Pero no veo nada que la una a ella. No hay ataduras, solo la contiene.

—Entonces, ¿sería posible? —inquirió Miguel.

Gabriel se quedó pensando. Al cabo de unos segundos se encogió de hombros.

—Técnicamente sí —respondió—. Pero ya sabes que en este caso no se trata solo de técnica. Se necesita a alguien con un gran poder que pueda llevar a cabo el rito.

En cuanto Gabriel se alejó de Kate, William fue hasta ella y la atrajo hacia la protección de sus brazos. La besó en el cuello en un acto de afecto completamente espontáneo.

—¿Puede hacerse? —preguntó William sin rodeos—. ¿Y cómo de peligroso sería para ella?

—Podría hacerse, o eso parece. Pero no estamos seguros de si sería peligroso. Nadie esperaba lo que pasó anoche, alejarse de él casi la destroza —respondió Miguel.

William se pasó una mano por la barba incipiente. No estaba dispuesto a usar a Kate como si fuera un experimento, con la simple esperanza de que pudiera funcionar.

—¿Lo harías tú? —preguntó Kate, que hasta ese momento había permanecido callada.

—Kate, no... —replicó William con un sonido ahogado que expulsó todo el

aire de sus pulmones.

Trató de que se girara para que lo mirara. Pero ella se deshizo de su contacto y dio un par de pasos hacia Miguel.

—Si existe una posibilidad, no voy a ignorarla porque sea peligrosa —repuso ella. Se dirigió de nuevo al arcángel—. ¿Harías tú ese exorcismo?

Miguel sacudió la cabeza. Una extraña aflicción formaba arrugas en su rostro, se sentía desarmado con todo aquel asunto.

—No, y o no podría. Debe hacerlo un humano, un hombre de fe.

—¿Un sacerdote? —preguntó Kate, y añadió antes de que él respondiera—: ¿Por qué un humano, cuando es evidente que vosotros tenéis poderes que ellos no?

—¿Por qué el fuego quema y el agua se congela? ¿Por qué un pájaro vuela y un escorpión posee veneno? Porque así se crearon, del mismo modo que a ciertos humanos se les dotó de dones que los hacen necesarios en un mundo donde las divinidades no pueden intervenir sin romper las reglas. Un profeta predice; un vidente muestra lo que está por venir; un hombre creyente puede expulsar a un demonio de un recipiente inocente... Tenéis vuestros propios protectores.

Kate asintió una sola vez y alzó la barbilla sin que su rostro mostrara dudas, solo una férrea seguridad.

—Bien —aceptó con voz firme. En realidad le importaba un cuerno el cómo o el por qué, solo quería que aquella pesadilla acabara—. ¿Sirve cualquiera o debemos buscar a alguien en particular?

William soltó una maldición. Se acercó a Kate y posó las manos sobre sus hombros con una delicadeza que no encajaba con la rabia que destellaba en sus ojos.

—Es demasiado arriesgado. No sabemos qué puede pasar. ¿Acaso no tuvimos suficiente anoche?

Kate iba a contestar cuando sintió un fuerte pinchazo en el interior de sus ojos. Notó un líquido descendiendo por el interior de su nariz hasta que asomó encima de sus labios y goteó sobre la alfombra. Ella se llevó las manos a la cara, intentando detener el sangrado. Se mareó y fueron los brazos de Miguel los que la mantuvieron cuando sus rodillas dejaron de sostenerla. William se la arrebató con un gruñido y la alzó del suelo. La llevó hasta la cocina y la sentó sobre la encimera junto al fregadero. Tomó un paño y lo humedeció bajo el agua del grifo. Empezó a limpiarla, pálido como un cirio.

—Debemos hacerlo —dijo Kate. Él no contestó, negándose a escucharla. Ella le sujetó la muñeca y la alzó hasta que el paño ensangrentado quedó a la altura de sus ojos—. No puede haber nada peor que esto. No puedo más. Si ha de acabar quiero que lo haga ya, y si hay una posibilidad tengo que intentarlo. Cualquier cosa menos seguir así —sollozó.

William se quedó mirándola y la expresión de sus ojos cambió.

—Me pides que me cruce de brazos y me limite a mirar.

—Lo sé —dijo ella—. Y si sale mal, tienes que saber que no será culpa tuya.

—Si sale mal, no hará falta un Apocalipsis para que este mundo deje de ser como es —cedió al fin. Se había prometido a sí mismo que la protegería a cualquier precio, pero que nunca más se impondría por la fuerza. Ella era libre de elegir, aunque eso lo matara.

Regresaron al salón, donde nadie se había movido. Adrien, Robert y Shane se hallaban juntos. Los arcángeles se mantenían alejados de ellos y las miradas de odio circulaban en ambas direcciones, letales como el veneno.

—Está bien, intentémoslo —dijo William.

Kate le apretó la mano, a pesar de que él se la estrujaba con fuerza.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —intervino Rafael.

—¿Qué quieres decir?

—Que el último exorcista capaz de algo así, murió hará unos... Hace mucho —respondió sin estar muy seguro del tiempo transcurrido en aquel plano.

—Pero, entre los humanos hay casos de posesión, lo sé —dijo con tono vacilante Sarah. Todos se giraron para mirarla. Nadie recordaba haberla oído decir una sola palabra en los últimos días. Se puso colorada y deseó no haber hablado. La sonrisa que Adrien le dedicó la animó a seguir—. ¿Quién se encarga de esos casos?

—Existen unos pocos exorcistas, pero no harán nada a no ser que haya una investigación previa por parte de un tribunal eclesiástico que demuestre que ella está poseída por un espíritu. En el caso de que se convenzan de ello, se necesitaría la autorización de un obispo de su diócesis que permitiera al sacerdote llevar a cabo el rito de exorcismo. Esos trámites son demasiado lentos.

Robert soltó una carcajada sin pizca de gracia.

—¿Aunque un arcángel grande y fuerte como tú... les pidiera que movieran sus sacros culos hasta aquí y a? —acabó gritando.

Rafael lo fulminó con la mirada.

—Ten cuidado con cómo te diriges a mí —le espetó. Robert iba a replicarle, pero el codazo que Shane le dio en las costillas lo obligó a callarse. Rafael añadió —: Si me hubieras dejado terminar, te habría dicho que ninguno de esos sacerdotes puede llevar a cabo el exorcismo.

—¿Por qué? —preguntó William.

—Explicar el porqué nos llevaría más tiempo que decirnos lo que necesitamos. Además, dudo que pudierais comprenderlo —intervino Gabriel.

En circunstancias normales, William habría sido más paciente y cauteloso. Sabía que tenía los medios y la fuerza para enfrentarse al arcángel, pero que pudiera vencerle entraba dentro de un número limitado de posibilidades, condiciones y supuestos que podían no estar de su parte en ese momento. Pero su control, junto con su prudencia y aguante, caminaba sobre una cuerda sin red en

la que no dejaba de tropezar.

—¿Sabes? Empiezo a estar harto —soltó William—. Dinos de una vez qué tenemos que hacer para sacarle esa cosa, o te juro que empezaré a plantearme la posibilidad de negociar con el otro bando. Seguro que se muestra más predispuesto a caerme bien.

Gabriel rechinó los dientes y un tic contrajo su mandíbula. Tenía los puños apretados, intentando controlar el acceso de ira y destrucción que pulsaba en su interior desde hacía días. Sostuvo la mirada de William, y sin darse cuenta se encontró a sí mismo admirando la fuerza y la osadía del híbrido.

—Lo harías, ¿verdad? —le preguntó Gabriel.

—Sí —admitió sin dudar—. Del mismo modo que tú harás cualquier cosa para conseguir lo que quieres.

Gabriel no contestó, no hacía falta. Parpadeó, sosteniendo su mirada, luego se llevó un dedo a la frente y se la frotó como si le doliera. Empezó a hablar:

—Hay hombres que nacen con ciertos dones. La mezcla de sangre entre ángeles y humanos da lugar a híbridos. Híbridos que tienen descendencia: generaciones y generaciones que nacen y mueren sin nada en especial. Pero, a veces, entre ellos viene al mundo alguien único. Alguien con la capacidad de ver mucho más allá del velo. Poseen restos de magia en su sangre y pueden hacer cosas como sanar, invocar fuerzas, exorcizar pequeños demonios. Eso es lo que necesitamos, alguien con la capacidad de hacer todas esas cosas y una habilidad concreta.

—¿Cuál? —preguntó Kate.

—Debe ser un guía. Una vez que el alma se libera, debe poder guiarla a un nuevo recipiente. En este caso, el nuevo recipiente tiene que ser uno de nosotros.

—Vale. ¿Dónde lo encontramos? —inquirió William.

—No lo sé. El único que lleva un registro de humanos con habilidades es Lucas, un ángel a mi servicio. Pero hace semanas que no sé nada de él. Desapareció justo después de que le enviara a observarlos. ¿Sabéis algo de ese asunto? —preguntó con recelo.

Se había olvidado de Lucas por completo. Demasiadas preocupaciones ocupando su mente.

William y Adrien cruzaron una mirada.

—Está muerto —mencionó William sin ninguna emoción—. Y no pienses ni por un momento que me arrepiento. Era un intruso, una amenaza y yo protejo a los míos contra quien sea.

La casa se agitó con una vibración que ascendía desde los cimientos en oleadas.

—¿Lo mataste? —rugió Gabriel—. ¡Era un ser noble!

—No me culpes cuando tú estás dispuesto a matarla a ella aun sabiendo que es inocente —replicó William. Abrazó a Kate contra su pecho.

—Toda guerra tiene sus bajas —masculló el arcángel.

—Pues asume las tuyas. Estamos en paz.

—Discutir no nos conduce a ninguna parte —intervino Miguel. Miró a su hermano—. ¿Hay forma de encontrar un humano con esas habilidades en las próximas horas? Conforme pasa el tiempo, Lucifer se hace más fuerte.

Gabriel sacudió la cabeza.

—No lo sé. Es posible que...

—Yo sí puedo —replicó Salma. Sentada en una silla junto a la ventana, con una manta sobre los hombros, intentaba que aquella situación no la sobrepasara.

De repente, toda la atención de los presentes estaba puesta en ella. Se reclinó en el asiento y el cansancio le encorvó los hombros. Miguel dio un paso hacia ella y Salma subió los pies haciéndose un ovillo sin apartar sus ojos de él.

—¿Qué puedes? —le preguntó el arcángel.

Salma vaciló. Buscó la mirada de William, pidiendo permiso con los ojos. Él le dijo que sí con un gesto imperceptible.

—Conozco a una santera. Estuvo unos años viajando con los mismos feriantes que yo. Llegamos a convertirnos en amigas. Nos hacíamos compañía durante los viajes y compartimos la misma caravana durante unos meses. Por eso sé que no es ninguna farsante. La vi hacer cosas... —Guardó silencio mientras esbozaba una sonrisa perturbada, como si los recuerdos la pusieran nerviosa.

—¿Qué cosas? —preguntó Shane.

Salma se encogió de hombros.

—Iba a verla gente muy enferma, casi agonizante, y salían de allí por su propio pie y completamente recuperados. Otros parecía estar poseídos, hablaban lenguas extrañas. Maritza, así se llama, los ahumaba con unas hierbas. Después ella ingería una extraña infusión y entraba en trance. Sacaba cosas de esas personas y las guardaba en unos recipientes de barro decorados con pinturas y lazos de colores...

—¿Qué quieres decir con que sacaba cosas? —se interesó Robert, arrodillándose frente a ella.

—Nunca vi nada, nada tangible, no como te veo a ti ahora. Pero de esas personas escapaba algo que Maritza atrapaba en su boca y que luego vertía en aquellas vasijas.

Miguel asintió con la cabeza y la vista clavada al frente.

—Es una médium, si es poderosa, podría servir —dijo más para sí mismo que para los demás. En las profundidades de su mente empezó a ver una luz de esperanza que cobraba fuerza por momentos.

—¡Poderosa! —exclamó Salma como si la hubiera ofendido—. Lo es y mucho. Apostaría un brazo a que no existen muchas como ella.

—¿Puedes contactar con ella? —preguntó William.

—No, hace tiempo que perdimos el contacto. Sé que se instaló en el Condado

de Fairfax, en Virginia. Su madre era muy mayor y quería estar con ella. Aunque sé quién puede hacerlo.

—Bien. Hazlo, localízala, pero ella tendrá que venir hasta aquí. Después de lo que ocurrió la otra noche, no voy a arriesgarme a mover a Kate —indicó William.

—Verás. Es que... Maritza no trabaja de manera desinteresada —comentó Salma.

—Dile que le pagaré lo que pida. Seis ceros, siete, ocho... Que ponga una cifra —intervino William. Le daría su propia vida a cambio si se la pedía.

La lluvia volvía a caer azotando las ventanas. William estaba en el porche, viendo cómo el agua fría empapaba la tierra. La preocupación se reflejaba en sus rasgos apuestos y orgullosos. Vestido tan solo con unos vaqueros y una camiseta, parecía que lucía un traje de diseño. Así era él, la viva imagen de una perfección de la que ella estaba perdidamente enamorada.

—¿Estás bien? —preguntó Mako tras él. Se apoyó en la balaustrada de madera, de espaldas al bosque.

William asintió un sola vez y se quedó mirando los árboles. Permanecieron en silencio unos minutos, en los que él no dejaba de mirar su reloj.

—Vendrá. Cualquiera vendría con la cantidad de dinero que le has prometido —le hizo notar ella.

William levantó los ojos, traspasándola con la mirada. La observó un momento, luego retrocedió y se sentó en el sofá donde Alice solía acomodarse para coser.

—No te estoy criticando. No lo tomes en ese sentido —se apresuró a aclarar Mako. Se sentó a su lado, tan cerca que sus piernas se tocaban—. Esa mujer vendrá esta noche y ayudará a Kate. Estoy segura. Así que no te preocupes, ¿vale? —Le sonrió mientras le apretaba la mano intentando reconfortarlo.

—Gracias —dijo William.

Apartó la mano. No se sentía cómodo cuando se acercaba a él, más por Kate que por sí mismo. William tenía muy claro qué lugar ocupaba Mako en su vida. Era una amiga, nada más; pero una amiga importante a la que quería y protegería. Durante una época de su vida ella fue compañera, la más leal. La recorrió con los ojos, desde el pelo, recogido en una coleta, hasta las botas de combate que solía llevar. Era como si estuviera reencontrándose con ella, como si llevara años sin verla. Esbozó una leve sonrisa.

—No he sido muy buen amigo últimamente, ¿verdad? —preguntó él.

Mako levantó la vista de sus pies, sorprendida, y se encontró con aquellos ojos azules que apenas recordaba. Allí estaba el chico con el que había convivido durante dos años. Su William, el de antes, no el que era ahora. Sonrió y casi se le escapó un sollozo.

—Bueno, estás pasando por muchas cosas. Es normal que no pienses en mí —

musitó.

—Pero eso no es cierto, sí pienso en ti.

—¿De verdad? —preguntó ella con un nudo apretado en la garganta.

—¡Claro! —exclamó William; y le dio un golpecito cariñoso con la rodilla—. Siempre me preocuparé por ti, siempre. Y sé que Kate también acabará haciéndolo. Deberíais daros una oportunidad.

La luz desapareció de los ojos de Mako en cuanto William nombró a Kate.

—Sé que es importante para ti, así que lo intentaré —dijo con una sonrisa forzada. Lo miró de reojo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sabes que sí.

—Hay algo que necesito saber, así que... tienes que ser sincero —pidió con voz entrecortada. Él dijo que sí con la cabeza—. Si yo no hubiera desaparecido entonces, tú y yo... ¿qué crees que habría pasado?

William meditó su respuesta durante unos segundos. Intentó dejar a un lado la vida que tenía ahora, a Kate...

La lluvia arreció, golpeteando con fuerza el tejado y los peldaños que subían al porche. Las últimas luces del crepúsculo desaparecían tras las copas de los árboles y la oscuridad cubrió de un manto húmedo y frío la tierra.

—Creo que, de haber seguido juntos, habríamos encontrado a Amelia y a Andrew muchos años antes de lo que yo lo hice. —Encogió un hombro, quitándole importancia—. Quizá, compartir ese momento de venganza nos podría haber unido más. Yo no habría acabado aquí y puede que mi vida hubiera sido muy distinta —comentó William con la mirada perdida en la cortina de agua.

—¿Connmigo? ¿Crees que esa vida habría sido connmigo? —preguntó Mako con un destello de esperanza en los ojos.

—No lo sé. Es posible. Puede que no como tú necesitabas, pero a mi modo te quería. Las cosas ocurrieron así y ya no sirve de nada darle vueltas. —Sonrió y le tiró de la coleta—. Deja el pasado como está y mira el presente, mira al futuro. Aquí estamos, como los mejores amigos, eso es lo que importa. Siempre estaré para ti.

La tomó de la mano y depositó un casto beso en sus nudillos. La soltó muy despacio y se puso de pie.

—Voy a ver cómo está Kate. Finge que se encuentra bien, pero yo sé que no. Está asustada.

—Claro, adelante. Yo tengo que ver a Stephen, quería que repasáramos el plan antes de salir.

William entró en la casa, dejando a Mako en el porche. La vampira se quedó mirando la lluvia, mientras en su interior estallaba una tormenta aun mayor que la que estaba teniendo lugar afuera. Dudas y miedos, resolución y más dudas.

«A mi modo te quería. Siempre estaré para ti», pensó en las palabras de William.

Quizás, si fuera paciente, si supiera esperar y estuviera ahí para ser ese hombro en el que llorar. Sí, él acabaría por verlo, tan claro como lo veía ella. Se daría cuenta de que el tiempo había vuelto a unirlos por un motivo.

Temblando como un flan se puso de pie. Empujó la mosquitera y bajó los peldaños. Caminó bajo el aguacero hasta perder la casa de vista. Comprobando que no había nadie, sacó su teléfono móvil y marcó. Esperó hasta que contestaron al otro lado.

—¿Lo has pensado mejor? —preguntó una voz.

—Prométeme que a él no le haréis daño —exigió Mako con voz ronca.

—Nadie le tocará un solo pelo.

—Y cuando todo acabe, dejaréis que nos vayamos, libres y a salvo.

—Lo prometo, por supuesto.

—Bien. Entonces, ¿tenemos un trato? —preguntó Mako con voz vacilante. De pronto todo su cuerpo le gritaba que diera marcha atrás.

—Eso depende de ti, ¿lo tenemos?

En la casa se respiraba nerviosismo, y William se encontraba de un humor de perros. Le estaba costando un esfuerzo enorme no empezar a gritar como un poseoso, invitando a todo el mundo a largarse a casa y que dejaran a un lado esa cara de funeral que arrastraban y que no ayudaba a nadie.

Kate, sentada en el sofá del salón, no era capaz de levantar la vista del suelo. Rachel y Ariadna se encontraban sentadas a su lado. Marie estaba arrodillada en el suelo y no dejaba de acariciarle el brazo y de repetirle que todo iba a salir bien. Incluso Jill había acudido, a pesar de que había desarrollado alguna especie de fobia hacia William. No se fiaba de él, y mucho menos de sus colmillos y su «problemilla» no resuelto. Keyla, Cecil y Sarah completaban el círculo.

William se apartó de la jamba de la puerta, donde llevaba diez minutos contemplando la reunión, y fue hasta la cocina. Se sentó a la mesa y echó un rápido vistazo a su alrededor. Volvió a mirar el teléfono y releyó el mensaje de Salma. Ya había llegado al aeropuerto, donde recogería a Maritza, que viajaba desde Virginia, acompañada de un par de guerreros encargados de protegerla. Había puesto objeciones a que la vidente abandonara la casa y su protección; sus visiones podían ser la ventaja que necesitaban desesperadamente. Pero ella era la única que conocía a Maritza y en la que la santera confiaba.

Escondió el rostro entre sus brazos e intentó tranquilizarse.

Una mano empujó un vaso a lo largo de la madera y lo detuvo frente a él. El olor a bourbon le colmó el olfato. Su estómago se agitó con náuseas, atiborrado de sangre humana. No quería beberla, por miedo a que su adicción fuera incontrolable, pero esa noche necesitaba sentirse al cien por cien. Tenía un extraño presentimiento que le había obligado a armarse hasta los dientes, y

Adrien parecía sentir lo mismo, porque, cuando William levantó la vista, lo encontró cubierto de metal como si fuera una ferretería ambulante.

Shane entró en la cocina por la puerta trasera. Estaba empapado por la lluvia y sus pies cubiertos de barro dejaron un rastro al acercarse a la mesa. Se dejó caer en una silla y se sirvió directamente de la botella. Robert apareció arrastrando los pies, y se sentó en la encimera de un salto. Llevaba en la mano una bolsa de sangre y bebía distraído con sus pensamientos.

Por el raballo del ojo, William vio a Daniel sacando un pack de seis cervezas de la nevera. Le pasó una a Samuel, que tenía los ojos hinchados y el pelo revuelto, como si hubiera estado durmiendo hasta hacía poco. Lanzó otra a Carter, que la atrapó al vuelo, y una más a Evan. Jared levantó la mano y recibió un gruñido a modo de respuesta. Daniel abrió de nuevo la nevera y le pasó un refresco a su hijo.

William se dio cuenta de que era un idiota afortunado por tenerlos a todos ellos allí. Incondicionales, dispuestos a dar su vida por él. Sabía que no merecía esa lealtad, pero no iba a rechazarla ni loco. Exhaló largo y despacio, y miró otra vez el reloj. Hora de marcharse. Tomó su vaso y bebió un buen trago. Se puso de pie y revisó las dagas que llevaba cruzadas sobre el pecho; luego aseguró las que escondía en los brazos; por último la munición en su cintura bajo la ropa.

Mientras se ponía la cazadora, su mirada se cruzó con la de Samuel. Llevaba todo el día dándole vueltas a un recuerdo. En Boston, el mayor de los Solomon le confesó algunas cosas difíciles de olvidar.

—Tú no deberías venir —le dijo al lobo.

—¿Por qué? —preguntó Samuel.

—Porque hay demasiadas coincidencias como para no pensar en ello. No te equivocaste cuando me viste convertido en rey... ¿Y si tampoco te has equivocado con esa parte?

Daniel miraba a uno y luego al otro sin entender de qué iba aquella conversación.

—Si ha de pasar pasará, no sirve de nada esconderse. Yo voy —mantuvo Samuel sin opción a réplica.

William contempló al lobo mientras este salía de la cocina. «Demasiadas coincidencias», pensó.

Minutos después, los coches estaban en marcha. Se había decidido que solo irían los imprescindibles: Daniel, Samuel, Carter, Shane y Evan; Robert, Marie y Stephen; Adrien y William. En el pueblo ya se encontraban un pequeño grupo de guerreros, bajo las órdenes de Mako; y otro de cazadores, bajo el mando de Daleh. Se mantendrían cerca, vigilando el barrio por si algo salía mal.

William se llevó la mano de Kate a los labios mientras conducía. La besó, entreteniéndose en el gesto. Ella estaba ausente, con la vista perdida en la oscuridad al otro lado de la ventanilla. No había dicho nada de nada en las últimas

horas, ni siquiera había preguntado por el plan ni los pasos a seguir esa noche. Ella misma tomó la decisión de mantenerse al margen de las reuniones. Temía poseer algún vínculo con Lucifer que hiciera que él pudiera ver sus pensamientos, saber las cosas que ella sabía. Si ese vínculo existía y el Oscuro averiguaba lo que se proponían, intervendría para evitarlo.

El exorcismo, por llamarlo de algún modo, debía llevarse a cabo en un lugar santo. Un lugar bendecido, impregnado con la influencia positiva de la fe. En los sitios santos las fuerzas oscuras perdían gran parte de su poder; y necesitaban cualquier ventaja que pudieran lograr.

La lluvia continuaba cayendo, fría y espesa, sin tregua desde esa mañana. La carretera se había convertido en un río que brillaba como una estela plateada bajo la luz de los faros. Un poco más adelante, unos destellos rojos y azules llamaron su atención. Conforme se acercaban, pudieron comprobar que se trataba de un accidente. Un par de coches de policía, una ambulancia y un camión de bomberos cortaban la vía.

William detuvo el coche frente a un policía que no dejaba de hacer señales con una baliza luminosa. Bajó la ventanilla cuando el agente, cubierto por un impermeable transparente, se acercó a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Un camión que transportaba reses ha volcado por culpa del barro —respondió el policía, alzando la voz por encima de repiqueteo de la lluvia contra la carrocería—. ¿Van al pueblo?

—Sí, y tenemos un poco de prisa.

—Pues lo siento, pero la carretera está cortada hasta que los bomberos retiren los animales que han muerto en el siniestro.

William se tragó una maldición.

—Mis amigos y yo podemos echarles una mano —sugirió, señalando los dos coches que le seguían.

El policía se enderezó y miró los vehículos. Sacudió la cabeza y se pasó la mano por la cara para quitarse el agua que le entraba en los ojos.

—Lo siento, pero eso va contra las normas. Además, lo que hay ahí no es agradable, se lo aseguro, es una auténtica carnicería. Hay sangre y restos por todas partes. Es como si alguien se hubiera entretenido en hacerlos picadillo. —Dio un golpecito con la mano en la ventanilla—. Quédense dentro del vehículo, no tardarán mucho.

El agente se alejó de regreso al lugar del accidente. Se detuvo junto a uno de los bomberos y le dijo algo mientras señalaba a su espalda.

Robert salió del segundo coche y se acercó al de su hermano.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un accidente. No podemos pasar hasta que limpien la carretera.

—¡Joder! ¡Qué oportunos! —maldijo Robert—. ¿Qué hacemos? Los hombres

que enviamos al aeropuerto acaban de llamar. Están a punto llegar.

William tamborileó sobre el volante, pensando. No podían llamar la atención desobedeciendo las órdenes del policía. Debían ser prudentes y no dejarse dominar por los nervios; así que, no les quedaba más remedio que esperar.

—Dile a Stephen que ataje campo a través y que se asegure de estar allí cuando lleguen —dijo, tomando una decisión.

Robert regresó a su coche. Segundos después, la puerta trasera del otro vehículo se abrió y una sombra se perdía en la oscuridad a gran velocidad.

—Algo no me gusta —dijo Adrien desde el asiento de atrás.

—A mí tampoco —confesó William. Tenía el vello de punta desde que habían salido de la casa. Se acercó a Kate y le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Estás bien?

Kate asintió sin apartar la vista de aquello que solo ella parecía ver. William cruzó una mirada preocupada con Adrien y volvió a sujetar el volante para tener algo que hacer con las manos, que empezaban a iluminarse como neones.

Veinte minutos después, los bomberos habían logrado despejar la carretera. Sin prisa y con los nervios de punta, William le dio las gracias al policía en cuanto este les permitió continuar.

Cuando entraron al pueblo eran más de las once; y, al contrario que la noche que intentaron huir de allí, todo parecía de lo más normal. Había gente por la calle, en los restaurantes, en los bares de copas... No percibieron nada raro en nadie que hiciera pensar que continuaban bajo el control de algún ser sobrenatural.

Kate seguía igual de inmóvil, ajena a todo. William pensó que quizá fuera mejor así.

Dejaron atrás el centro y se dirigieron al este, hacia uno de los barrios residenciales. Dieron un par de vueltas a la manzana para asegurarse de que no había nada extraño por lo que preocuparse. A simple vista no se percibía nada raro, de hecho, todo estaba demasiado tranquilo. Detuvo el coche y apagó las luces.

Kate reaccionó por primera vez en horas. Se encogió en el asiento, abrazándose el estómago como si le doliera. Saint Mary se alzaba frente a ellos como una sombra siniestra entre los árboles, tras una verja oxidada de hierro forjado. Decrépita, envuelta en una fantasmal bruma azul, sobrecogedora bajo la lluvia. Sus recuerdos de ese lugar no eran buenos: dolor, miedo, rabia... Y ahora estaba allí de nuevo.

—Voy a echar un vistazo. Esperad aquí —dijo Adrien.

Se desmaterializó desde el asiento trasero y tomó forma sobre uno de los tejados próximos. Fue de azotea en azotea, recorriendo el entorno como lo haría la brisa, rápido e invisible. En el suelo vio a los lobos recorriendo el perímetro. Regresó en cuanto estuvo seguro de que no había ningún peligro.

—No hay nada, salvo el Jeep de tus hombres aparcado en la esquina —informó Adrien a William en cuanto este bajó del coche—. A través de las vidrieras he visto a Salma y a la santera, están sentadas en el primer banco, a la derecha. A Stephen y sus hombres no los he visto, pero los he sentido. Están dentro y todo parece en orden.

Continuaba lloviendo, no de un modo torrencial, pero lo suficiente para acabar empapados en poco tiempo.

—Bien, cuanto antes empecemos mejor —dijo William.

—No creo que sea buena idea que entréis solos ahí —indicó Adrien.

Robert bajó del segundo coche. Marie lo siguió. Mako apareció tras ellos, recorriendo con su mirada felina hasta el último rincón. Acababa de dejar a sus hombres apostados en lugares seguros.

—Él tiene razón —dijo Robert a su hermano.

—Kate se sentirá mejor si hay cierta intimidad —susurró William. Miró de reojo al interior del coche.

—Eso es una tontería. Necesitará saber que estamos a su lado, que no está sola —dijo Marie.

—Ella misma me lo ha pedido. Le da miedo que sea como en las películas y no quiere que nadie la vea así. Debéis entenderlo —insistió William—. Esto no es fácil y menos para ella.

—No tenemos por qué mirar, nos quedaremos junto a las puertas, de espaldas. No me gusta que estéis ahí dentro, solos con los arcángeles. Nos ayudan porque les interesa, pero ¿qué pasará en cuanto consigan lo que quieren? No me fio de ellos —masculló Adrien.

—¿Acaso nuestra palabra no es suficiente? Prometimos no haceros daño —dijo una voz tras ellos.

Los cinco se giraron con un susto de muerte en el cuerpo. Gabriel había tomado forma junto a la verja y miraba la iglesia con ojos críticos y suspicaces. Sacudió la cabeza para apartarse unos mechones mojados de la frente.

—Tienes que dejar de hacer eso, aparecer sin avisar. Me pones de los nervios —le espetó Adrien.

Gabriel se giró y clavó una mirada asesina en él, con la que lo retaba a decir alguna tontería más.

—¿Has venido solo? —preguntó William. Miró a su alrededor, esperando ver al resto. Si algo malo ocurría, no estaba demás tener a un grupo de arcángeles cubriéndoles las espaldas.

—Sí. Yo seré el portador.

—Creía que estábamos todos en esto —le hizo notar William.

—Y lo estamos —afirmó Gabriel—. Pero en este momento mis hermanos y yo somos vulnerables, más débiles en fuerza y número que Lucifer y Mefisto. Debemos evitar el enfrentamiento.

Robert resopló con los ojos en blanco.

—En mi mundo a eso se le llama esconderse —masculló.

—¿Qué? —inquirió Gabriel con voz ronca.

—Que os tenía por muchas cosas pero no por cobardes.

—¿Cómo te atreves? —estalló el arcángel.

William se interpuso entre Gabriel y Robert. Empujando a este último hacia atrás con las manos en el pecho.

—Este no es el momento —recreminó en voz baja a su hermano—. ¡Maldita sea, no ayudas!

Robert se relajó entre los brazos de su hermano y asintió una sola vez, asegurándole que iba a portarse bien. Al otro lado de la calle, los lobos contemplaban la escena, alertas por si debían intervenir. Los ojos de William se encontraron con los de Daleh. Había acudido a la llamada de Daniel, su Alfa. El viejo licántropo y su manada se habían instalado en las montañas, en un albergue abandonado, lejos del bullicio y la gente a la que aún no terminaban de acostumbrarse. Se saludaron con una inclinación de cabeza.

William se puso en marcha. Estaban perdiendo el tiempo, cuando cada minuto contaba. Rodeó el coche en busca de Kate. Antes de abrir la puerta, volvió a explorar con sus sentidos los alrededores. Continuaba sin saber nada de Lucifer, aunque estaba seguro de que se encontraba en alguna parte, no muy lejos, escondido mientras fuera vulnerable y fácil de matar.

No obstante, eso no había impedido que extendiera sus garras sobre el pueblo, recordándoles a todos que estaba allí, que no iba a dejarlos tranquilos. Los poseídos habían sido el primer aviso. Se preguntó cuándo llegaría el segundo; o peor aún, el ataque definitivo. Necesitaba a Kate y no tardaría en reclamarla.

Abrió la puerta del Porsche y se agachó hasta quedar a su altura. Ladeó la cabeza, buscando su mirada, pero Kate tenía los ojos clavados en el edificio y todo su cuerpo temblaba.

—¿Por qué aquí? —preguntó ella.

—Te expliqué que debía ser un lugar sagrado. Ese tópico parece que es cierto, los objetos y lugares religiosos afectan a los ángeles caídos. Los debilita y les sale urticaria —dijo a modo de broma, buscando su sonrisa.

Ella lo miró a los ojos. No había humor en ellos, sino miedo.

—La última vez que estuve ahí, Mefisto entró y se paseó entre sus paredes sin que nada pareciera molestarle.

—Créeme, le afectaba —le aseguró William. La tomó de la mano y la besó en la muñeca—. ¿Lista?, porque deberíamos hacer esto cuanto antes.

Kate bajó la mirada un segundo y volvió a contemplar la iglesia con aprensión.

—¿Y por qué no Saint Martin? También es una iglesia.

—Porque Saint Martin está en el centro. Necesitamos un lugar en el que no

corramos el riesgo de ser descubiertos. Alejado y fácil de vigilar. Por aquí vive poca gente y durante la noche ninguna patrulla circula por la zona. Kate... —Le deslizó una mano por la nuca para que lo mirara a los ojos—, va a salir bien. Esa mujer sabe lo que hace, puede ayudarte. Después nos iremos de aquí, lejos de todo. Tú y yo solos —susurró con la frente apoyada en la de ella.

Kate sintió el suspiro de William contra su boca y después cómo sus labios se curvaban con una sonrisa. Él le dio un beso suave y profundo que borró parte de su malestar. Entre sus brazos se sentía segura y él no permitiría que le hicieran daño. Dejó que entrelazara los dedos con los suyos y que tirara de ella fuera del coche.

Marie se acercó y le dedicó una sonrisa. Kate se la devolvió sin mucha convicción. Robert y Adrien se plantaron delante de ella. Con un nudo en el estómago contempló a su familia, una parte de ella. La otra se encontraba justo detrás, escondidos en las sombras. Miró por encima de su hombro y supo, sin necesidad de verles, que estaban allí. Un destello dorado surgió de la nada para desaparecer igual de rápido. Un leve aullido llegó hasta sus oídos. No estaba sola.

Cruzaron la verja y se dirigieron con paso rápido hasta la puerta principal de la iglesia. Gabriel los seguía a poca distancia. Estaba serio y fruncía el ceño, preocupado. Sus sentidos no habían percibido nada que indicara que los Oscuros se encontraban por allí.

¡Parecían niños escondiéndose los unos de los otros! Mefisto no se arriesgaría a exponerse mientras Lucifer fuera débil; y ellos no podían permitirse un enfrentamiento que no estaban seguros de poder ganar. A pesar de esa seguridad, no podía quitarse de encima aquella sensación. A veces, la guerra se ganaba con las pequeñas batallas.

Se detuvo un segundo y giró sobre sí mismo, escudriñando las sombras.

—No puede ser tan fácil —susurró para sí mismo.

Entraron en la iglesia. Unas velas votivas eran la única iluminación en el interior. Kate contempló las vidrieras, el altar y el óculo en la cúpula bajo el que había estado suspendida mientras un rayo de sol le achicharraba la piel. Al tiempo que cruzaba el pasillo, comprobó que las huellas de aquel día seguían presentes en las paredes y en el suelo; al igual que los agujeros de donde habían colgado las cadenas.

Cerró los ojos un segundo y tomó aire. La mano de William se mantenía en la de ella, guiándola entre las losetas resquebrajadas.

« Puedo hacerlo, soy fuerte. Sé que puedo hacerlo» , pensó Kate, invocando el coraje que necesitaba.

Vieron a Salma sentada en el primer banco, de espaldas, junto a una mujer de piel oscura y pelo corto y rizado que debía ser Maritza. Ambas se mantenían erguidas, con la espalda muy recta y mirando al altar. Estaban solas, no se veía a Stephen y sus hombres por ninguna parte.

Adrien aflojó el paso y examinó despacio el lugar.

—¿Salma? —la llamó mientras avanzaba con cautela, frenando a los demás con sus brazos extendidos. La mujer no contestó. Alzó la voz—. Salma.

La vidente giró la cabeza, sin prisa. Lo miró por encima de su hombro y una sonrisa se dibujó en su cara. Se puso de pie y la otra mujer la siguió.

—¡Hola! —exclamó Salma.

El viento comenzó a aullar y la campana de la iglesia sonó cada vez más deprisa.

—¿Ella es Maritza? —preguntó William al ver que la vidente no decía nada más.

El grupo se había detenido a mitad del pasillo; menos Gabriel, que se movía muy despacio entre los bancos sin apartar la vista de las dos mujeres.

—¿Cómo? —Salma parpadeó un par de veces y ladeó la cabeza para mirar a su amiga, como si acabara de percatarse de que se encontraba allí—. ¡Sí! Ella es Maritza.

La santera los miraba a todos con los ojos muy abiertos. Estaba pálida y en su mirada se reflejaban unas sombras de conmoción y de horror. En cierto modo, era normal, la reacción lógica de un humano rodeado de vampiros.

—¿Todo está bien? —intervino Adrien mirando a su alrededor con incomodidad. El vello se le había puesto de punta y un hormigueo extraño le recorrió la piel.

—Perfecto —respondió Salma. La sonrisa parecía dibujada en su cara, no variaba ni un ápice—. Estamos preparadas.

—¿Dónde está Stephen? —preguntó Robert.

—Stephen —repitió ella—. Stephen, Stephen... —Movía el brazo como si le picara bajo la manga. Sus ojos se desplazaron hasta Gabriel y lanzaron un destello de odio. Miró de nuevo al grupo, que permanecía inmóvil—. Stephen se encuentra bien. Sí, se encuentra bastante bien —comentó mientras alzaba la vista al techo. Le entró una risita floja.

Con un mal pálpito, William siguió la dirección de aquella mirada. Sus ojos se abrieron como platos y se le doblaron las rodillas. Stephen y los dos guerreros que habían acompañado a Salma al aeropuerto, colgaban de la pared por encima de la puerta, cabeza abajo y con los brazos en cruz. No se movían.

Estaban muertos.

Kate se llevó las manos a la boca y ahogó un grito. Estaba tan horrorizada como el resto. Cuando se giró hacia el altar, la imagen que sus retinas captaron la dejó sin habla: Salma sujetaba a Maritza por el pelo y sostenía un cuchillo en su garganta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Adrien con voz ronca.

Salma gruñó y presionó con más fuerza el cuello de la santera. La mujer intentaba mover la boca, pero era como si tuviera los labios pegados.

—¡Sus ojos! —exclamó Marie.

Los ojos de Salma se habían vuelto completamente negros y la sonrisa de su cara era espeluznante.

—Esa no es Salma —dijo Gabriel. Se había deslizado por un lateral hasta colocarse a pocos metros de las dos mujeres.

—No te muevas, campanilla, o te cortaré las alitas después de que le rebane el cuello a esta zorra —masculló la vidente con tono burlón. Giró la cabeza muy rápido y miró fijamente a Kate—. Hola, preciosa. Estás siendo una niña muy mala, ¿sabes? Esto... —Arrugó los labios con una mueca de disgusto mientras sacudía la cabeza—, todo esto no está bien. No está bien hacer trampas.

—No te atrevas a hablarle —le espetó William.

Salma tiró del pelo de Maritza, obligándola a que echara la cabeza atrás.

—Kate, Kate, Kate... —canturreó—. Las promesas deben cumplirse, y tú le hiciste una promesa, ¿recuerdas? Le prometiste que se la devolverías, y a cambio él te llevaría con tus papás.

Kate dio un paso atrás. Lo recordaba, lo había visto en sus sueños.

—Cállate, demonio, engendro del infierno —ladró Gabriel. Una espada envuelta en fuego azul apareció en su mano. Extendió la otra hacia ella y trató de

expulsar al demonio de su interior.

El cuerpo de Salma se convulsionó a una velocidad sobrenatural. Su boca se abrió y cerraba. De repente se quedó quieta y, muy despacio, movió el cuello de un lado a otro, aflojando la tensión.

—No puedes echarme de este recipiente. No tienes ese poder —se burló. Sus ojos destellaron—. Al igual que esta zorra no podrá hacer lo que le habéis pedido. —Acercó la boca al oído de la santera—. No debiste ser tan avariciosa, es un pecado.

Sin tiempo a que nadie reaccionara, rebanó el cuello de la santera de una oreja hasta la otra. La mujer cayó al suelo y, bajo la mirada estupefacta de todos, Salma giró su brazo dirigiendo el cuchillo a su pecho.

—¡No! —gritó Adrien, lanzándose hacia delante.

Gabriel fue más rápido. Agarró a Salma por la muñeca y de un golpe le hizo soltar el cuchillo. Con la otra mano la sujetó por el cuello y la estrelló contra el suelo. La mujer empezó a reír, cada vez con más fuerza.

—¿Matarás a un inocente? —le escupió.

—Tú no eres un inocente —masculló Gabriel.

—Ella sí, y está aquí, conmigo. ¿Quieres saludarla?

Los ojos de la vidente recuperaron su color durante un segundo, el tiempo en el que un «por favor» se deslizó por su garganta. Gabriel dudó. De repente aquellos ojos volvieron a ser negros y a través de ellos escapó una sombra que acabó desvaneciéndose en el aire.

Salma regresó. Un grito agudo escapó de su boca mientras se abrazaba el estómago y se giraba hacia el cuerpo inerte de Maritza.

—¡Oh, Dios, oh Dios! ¿Qué he hecho? —Un llanto desgarrado la estremeció de arriba abajo. Se arrastró por el suelo con la vista clavada en aquellos ojos sin vida que le devolvían la mirada—. Perdóname, perdóname... —suplicaba entre sollozos.

Adrien se acercó a ella y la levantó del suelo. La abrazó, sosteniéndola para que no se desplomara.

—No ha sido culpa tuya —le susurró—. No es culpa tuya, no lo es.

—Lo es, tengo las manos llenas de su sangre. Han sido mis manos —gritó, rompiéndose por dentro.

—Lo sabían —dijo Robert—. ¿Cómo se han enterado?

—Ya contábamos con que nos estuvieran vigilando —le hizo notar Marie.

—No, hemos sido muy cuidadosos y rápidos —insistió Robert.

—Da igual cómo, lo sabían y han dejado muy claro que están dispuestos a lo que sea —masculló William. Tenía a Kate abrazada contra su pecho—. No es culpa tuya, ¿me oyes? —le dijo a ella mientras la besaba en el pelo—. Nada de esto es culpa tuya. Tenemos que salir de aquí y llevarnos los cuerpos. —Se volvió hacia Mako, que miraba sin parpadear el cuerpo de Stephen suspendido sobre su

cabeza—. Hay que bajarlos de ahí —ordenó.

William intentó ignorar sus emociones. Hizo todo lo posible para no pensar en el hombre, su amigo, que colgaba de ese techo sin vida; en Keyla y en cómo iban a decirle que él ya no estaba. Ahora debía preocuparse de salir de allí.

Nada iba bien, todo estaba mal.

—Sácala de aquí —dijo a Adrien.

Adrien asintió sin soltar a Salma. La vidente estaba en estado de shock.

Gabriel se acercó al cadáver de la santera, extendió una mano y el cuerpo se redujo a cenizas sin más. Ni una llama, ni una chispa. Hizo lo mismo con los de los vampiros muertos. Una ligera brisa arrastró las cenizas.

—Este es el mejor modo —dijo sin más.

Afuera se oyó un extraño rumor que iba cobrando fuerza. Un golpe y un aullido, muchos aullidos y gruñidos. Corrieron hacia las puertas y al abrirlas y salir afuera, se quedaron paralizados. Frente a la verja había más de un centenar de personas; tras ella, todos los Solomon formaban un solido muro de músculos y peligrosas fauces.

Kate recorrió con la mirada los rostros de aquellas personas. Las conocía a todas, eran vecinos del pueblo, compañeros de instituto, amigos...

—¿Emma, Carol? —gimió.

Sus amigas le devolvieron la mirada, solo que ya no eran sus amigas, sus ojos negros anunciaban que ahora eran otra cosa. Justin y Becca surgieron entre el tumulto y se colocaron en primera fila. Iban armados con barras de hierro, cuchillos y todo tipo de objetos punzantes. La primera fila dio un paso adelante y los lobos gruñeron dispuestos a atacar.

—No podemos hacerles daño. Conocemos a todas esas personas, William —susurró Kate—. No son ellas las que quieren matarnos.

—No te separes de mí —fue la única contestación que él le dio.

La masa arremetió contra ellos. Cualquiera habría pensado que un centenar de humanos no tenían nada que hacer contra un reducido grupo formado por licántropos, vampiros y un par de híbridos. Y en circunstancias normales así habría sido, pero no lo eran. Poseídos eran prácticamente inmortales. Golpes y heridas que deberían dejarlos noqueados, no tenían ningún efecto sobre ellos.

El número no dejaba de aumentar.

—¿Son demasiados? —gritó Adrien.

—¿No puedes hacer algo? —gruñó William a Gabriel.

El arcángel se limitaba a esquivar los golpes y no hacía nada para devolverlos.

—¿Algo como qué?

—Algo como llamar a tus hermanos o traer a tu ejército de ángeles para que nos ayuden.

—No puedo hacer venir a mis ángeles.

—¿Por qué? —inquirió William. Se agachó para esquivar un tajo y se interpuso en el camino de otra estocada para proteger a Kate. Ella estaba en shock, mirando sin parpadear a todas aquellas personas que conocía desde que era una niña.

—Porque no se enfrentarán a ellos —respondió el arcángel—. Una de las primeras cosas que aprenden es a no dañar a los humanos. Aunque estos estén poseídos por demonios, su alma sigue dentro, al igual que su conciencia. Ven y sienten.

—¿Por eso no los atacas? —le reprochó William.

—Solo cuando sea necesario.

William iba a replicar. Las palabras se le atascaron en la garganta. Se giró con un gruñido cuando una barra de acero le golpeó en el cúbito, a diez centímetros de la muñeca. El crujido que notó le indicó que se había roto el hueso. Se le cayó la daga, pero no tuvo tiempo de preocuparse por haber quedado desarmado. Otro golpe le dobló las rodillas. Se estaba conteniendo para no herir de gravedad a aquellas personas, a la vez que trataba de mantener a Kate a su lado, a salvo de los golpes. Aunque ella no parecía ser el objetivo de ninguno de los poseídos. La evitaban como si fuera contagiosa.

Otro golpe en la cabeza lo aturdió. Lanzó un grito de frustración y esta vez no pudo contenerse, la rabia se escapó por su venas. Le rompió el cuello al tipo que le había golpeado; recordaba haberlo visto atendiendo una pequeña tienda de comestibles cerca de la floristería. No sirvió de nada, el hombre volvió a levantarse y se abalanzó sobre él. Otros cuerpos le cayeron encima, no sabía exactamente cuántos, pero cuando logró levantarse y sacudirse los de encima, Kate ya no estaba.

—¡Kate! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡No, no... Kate!

Sin saber cómo, Kate acabó separándose de William. Se encontró sola en medio de un grupo de aquellos seres. Empezaron a acorralarla, empujándola hacia el interior del cementerio. Dio media vuelta y echó a correr, espoleada por la persecución a la que Justin y Becca la estaban sometiendo. Podía detenerse y enfrentarse a ellos, pero no quería hacerles daño. Después de ver a Salma en la iglesia, sabía que ellos continuaban dentro de sus cuerpos, sintiéndolo todo y sin poder hacer nada.

Se encaramó a un árbol y desde una de sus ramas saltó a otro, y a otro. Aterrizó en el tejado de un mausoleo y se dejó caer al suelo con la esperanza de haberlos despistado. Se quedó quieta y exploró con sus sentidos los alrededores. Desde allí aún se oían los gritos y sonidos de la pelea; y la voz de William llamándola desesperado.

Lo sintió en su piel, en la forma en la que el vello se le ponía de punta y todos

sus instintos le gritaban que saliera corriendo. Estaba allí. Muy despacio, giró sobre sus talones y se encontró con él. Sintió que las rodillas se le aflojaban.

—Lucifer —susurró.

Una figura oscura, distante, bella y majestuosa, dio un par de pasos emergiendo de la oscuridad que lo mantenía oculto. Lucía un aspecto impecable a pesar de que llevaba la ropa mojada. De su pelo bicolor caían gotas de lluvia que parecían existir en un tiempo diferente. Caían a cámara lenta. Sin disimular su asombro, Kate comprobó cómo el tiempo se detenía ante sus ojos. La lluvia quedó suspendida, los árboles dejaron de mecerse con el viento. Un grillo flotaba ingrávito a medio camino de un salto.

—Oh, no me llames así —dijo él.

—Ese es tu nombre.

—También lo es Marak. No te mentí, es mi nombre humano entre los humanos.

Dio un paso hacia delante y Kate retrocedió, manteniendo la distancia. El pánico se apoderó de ella, haciéndola jadear mientras miraba a su alrededor con ansiedad. Se repitió una y otra vez que debía mantener la calma. Él no podía hacerle daño, solo lograría recuperar su alma si ella se la devolvía por propia voluntad. Contaba con esa ventaja. Aun así, no pudo sustraerse a la sensación de que algo funesto, algo definitivo estaba organizándose.

—Esperaba que tuviéramos esta conversación de otro modo, porque ahora tengo la impresión de que ellos han pervertido tu preciosa cabecita con ideas equivocadas contra mí.

—¿Equivocadas? —lo cuestionó ella.

—¡Por supuesto! Te habrán repetido mil veces lo malo que soy y las cosas tan horribles que podría hacer si vuelvo a estar completo. ¿Sabes una cosa, Kate? Ni ellos son tan buenos ni yo tan malo. —Alzó las manos, frustrado e impaciente—. ¿Por qué creer esa versión de la historia? ¿Quién dice que vaya a hacer esas cosas que relatan las escrituras? ¿Mis hermanos? No son tan dignos como fingien ser. El bien y el mal no siempre está bien definido.

Kate se obligó a sostenerle la mirada a aquellos ojos que se introducían en su ser.

—Quizá les crea porque ellos no quieren la destrucción del mundo ni de los hombres. Tus hermanos quieren que las cosas se queden como están.

—¿Y quién ha dicho que yo no quiero eso? —la cuestionó él.

—Algo me dice que no.

Lucifer dejó escapar una risita.

—Puede que hiciera algunos cambios. Mira a tu alrededor. Por cada hombre justo hay diez que no lo son. Impera la mezquindad, la avaricia, la violencia... Todo está corrompido...

—Gracias a ti. Tú eres el perverso, esa vocecita que les susurra que obren

mal.

—Podrían negarse, no escucharla, pero todos acaban prestando oídos con la oferta adecuada. No merecen este mundo. Mi padre les entregó un precioso regalo que están destruyendo. Un regalo que nunca debió ser para ellos.

—Yo no lo veo así.

—Sé que no, porque las nubes te impiden ver el paisaje tal y como es en realidad.

—¿Y cuál es ese paisaje? ¿Desolación, destrucción, muertes? —preguntó ella, perdiendo la paciencia que a duras penas lograba mantener.

—Has leído muchos cuentos, Kate. De todas formas, mi intención no es convencerte de nada. Tienes algo que me pertenece y quiero recuperarlo. Es mío —dijo él.

—No puedo devolvértela —replicó Kate.

—Pero ¡me hiciste una promesa! —exclamó Lucifer con tono inocente.

Kate sacudió la cabeza.

—¡Tenía cuatro años y estaba asustada! Me engañaste —le espetó ella recuperando su valor.

Él la miró de arriba abajo.

—Da igual, ahora necesito que me la devuelvas. Es parte de mí y tú cuerpo no podrá contenerla durante mucho más. Puedo sentir tu debilidad, te mueres —le soltó sin miramientos.

—Por lo que sé, si muero la arrastraré conmigo al otro lado. Sea como sea no la tendrás.

El aire se estremeció con una secuencia de chasquidos.

—Es mía. No tienes ningún derecho —rugió Lucifer.

Un rayo cayó a poco metros, resquebrajando un árbol. No llegó a desplomarse, estático como todo lo demás.

Kate dio un paso atrás. Pensó en las posibilidades que tenía de salir de allí si echaba a correr. Él movió la cabeza como si supiera lo que estaba pensando, y sus ojos plateados se convirtieron en dos pozos negros sin fondo.

—Tú tampoco tienes derecho —replicó Kate—. Sé lo que significa el Apocalipsis, lo que supone. No puedes destruir este mundo ni a los hombres.

—No tienes elección.

—Claro que la tengo.

—¿Morir?

—Si crees que me da miedo, estás equivocado. No me asusta morir —aseguró Kate de forma desafiante, pero ni siquiera ella estaba segura de que fuese así.

—¿Y qué hay de las personas que quieres? William, tu hermana, tus amigos...

—Seguirán adelante sin mí. Se cuidarán entre ellos y lo superarán.

—No me refiero a eso, mi preciosa niña.

Kate notó que se ahogaba, como si una tonelada de roca acabara de caerle sobre el pecho. Lucifer era hermoso e implacable. Le resultaba tan despiadado que apenas podía aguantarle la mirada.

—¿Me estás amenazando? ¿Intentas chantajearme con la idea de hacerles daño a ellos? —Un azote de rabia la sacudió. Sintió unos deseos incontrollables de arrancarle la piel—. Por lo que sé, ahora eres mortal, podría partirti el cuello en este momento y nadie lo lamentaría.

—Puede que yo sí. Un poco al menos —dijo una voz a su espalda.

Kate se giró y se encontró cara a cara con Mefisto. Su presencia la asustaba hasta la médula. Marak tenía ese aire infantil e inocente que podía distraerte de su auténtica naturaleza. Mefisto era más hermoso en todos los sentidos, pero su aspecto mostraba quién era y lo que podía hacer. Su mirada era una promesa de dolor y tortura. Su sonrisa el reflejo de miles de perversiones y maldades. Él era el infierno, el mal absoluto en persona. La mano derecha del diablo.

—Esta noche están muriendo personas, amigos tuyos—dijo Mefisto caminando hacia ella.

Kate retrocedía, manteniendo las distancias mientras la imagen de Stephen, asesinado, le revolvía el estómago. ¡Dios mío, pobre Keyla!

—Y están muriendo por tu culpa. La única culpable eres tú. Y seguirán muriendo hasta que cumplas tu promesa —continuó él, implacable—. Todo depende de ti, Kate. Es tu decisión.

Kate seguía retrocediendo, al tiempo que Mefisto la acosaba con su cuerpo cerniéndose sobre ella. De repente chocó, y se dio cuenta de que había topado con el pecho de Lucifer. Quedó entre ellos, completamente sometida. Su cuerpo palpitaba a un ritmo endemoniado, las costillas le crujían con la sensación de que en cualquier momento cederían y un hueco se abriría en su cuerpo dejando escapar aquella fuerza.

—Debes tomar una decisión, se te acaba el tiempo —susurró Lucifer junto a su oído—. Devuélveme lo que es mío o los mataré a todos.

Lucifer le acarició la oreja con la nariz, después la mejilla. Depositó un beso en su piel y añadió:

—Pero antes haré que los que significan algo para ti sufran, que supliquen una muerte rápida. Los obligaré a matarse entre ellos y a mirar; y alargaré ese dolor lo que dure la eternidad. Te lo prometo. Y yo sí cumplo mis promesas.

Se desvanecieron en el aire y Kate se quedó sola en la oscuridad. El tiempo volvió a ponerse en marcha. Corrió de vuelta a la vieja iglesia, con el pánico atenazándole las costillas. De repente se sentía muy pequeña y asustada, como cuando tenía cuatro años y el coche cayó al río. A pesar de su corta edad, sabía que algo muy malo y sin remedio estaba pasando; y ahora tenía la misma sensación.

Cuando llegó a las puertas de Saint Mary, los últimos poseídos se perdían corriendo en la oscuridad. Kate contempló horrorizada los cuerpos caídos sobre la hierba mojada. Tenían la marca de una mano en la frente. Aquello debía ser obra de Gabriel.

Un lamento ahogado surgió del interior de la iglesia. Kate nunca había oído nada igual y el dolor que impregnaba aquel sonido la deshizo. Muerta de miedo por lo que pudiera encontrar, penetró entre las paredes de piedra. Daniel estaba de rodillas en medio del pasillo que formaban los bancos de madera, ahora destrozados. Sujetaba a Samuel entre sus brazos y lo apretaba contra su pecho, mientras un lamento inhumano ascendía por su garganta. Alzó la cabeza y gritó, el rugido de su bestia resonó en la sala.

Shane trataba de consolarlo, al tiempo que su propio rostro se inundaba de lágrimas. Las limpió con el dorso de la mano y corrió a ayudar a Carter: Evan acababa de desplomarse entre sus brazos. Daleh le exigía a Gabriel que hiciera algo. Le gritaba como si fuera su hermano el que yacía en el suelo en un charco de sangre.

Kate comprobó horrorizada que casi todos estaban heridos. ¿Qué demonios había pasado allí? Sus ojos regresaron a Daniel y Samuel. El licántropo estaba muerto. ¡Dios mío, estaba muerto de verdad! Dio unos cuantos pasos inseguros hacia ellos. William, que estaba arrodillado junto a los hermanos sosteniendo la mano de Samuel, alzó la cabeza y la miró. A pesar de la situación, su rostro reflejó el alivio que sentía al verla. Se puso de pie y fue a su encuentro. Sin mediar palabra la abrazó con fuerza.

—No debí permitirle que viniera —dijo él al cabo de unos segundos—. Demasiadas coincidencias. Yo sabía lo que él había visto, aquella noche en Boston él me habló de su visión. Y ha pasado tal y como dijo. ¡Maldita sea, no debí dejarle venir! —sollozó.

Kate no entendía nada de lo que William le estaba diciendo. No tenía ni idea de qué pasó en Boston, ni qué era esa visión de la que hablaba. Solo sabía que él se sentía culpable por la muerte de Samuel y sufría por ello. En realidad todos sufrían en ese momento. Nunca pensó que un sentimiento tuviera olor, pero en aquel preciso instante descubrió que sí. Cuando tantas personas sufrían de una forma tan intensa, la emoción se convertía en algo tangible. Aquella era áspera y olía a flores marchitas.

—No es culpa tuya —susurró.

Apartó la cara de su pecho y contempló la imagen espantosa que ofrecía la iglesia. Todos estaban heridos, tristes y cansados. En el suelo aún se apreciaban los restos, el polvo al que habían quedado reducidos los cuerpos de Stephen, sus hombres y Maritza. Ahora se mezclaban con la sangre que nunca debió derramarse.

«La culpa es solo mía. Empezó conmigo y solo terminará conmigo», pensó

Kate.

Kate no podía apartar los ojos del cuerpo de Samuel. Lo habían lavado y vestido, y ahora reposaba dentro de un ataúd que no era más que parafernalia. Esa noche lo llevarían a un lugar apartado y quemarían su cuerpo. Todos los grandes pueblos, de grandes guerreros, rendían homenaje a sus muertos purificándolos con fuego. Los licántropos no eran diferentes en ese sentido. Su estirpe, una de las más antiguas en el mundo, había nacido de una bruja de los primeros Hombres del Norte, y sus ritos perduraban.

Apenas lograba soportar el dolor que había en aquella casa. Shane sollozaba como un niño pequeño, mientras Marie trataba de abarcar su enorme cuerpo con los brazos. Daniel no había dicho ni una palabra desde que abandonaron la iglesia horas antes. Su mente se encontraba en algún lugar muy lejos de allí. Jerome estaba sentado a su lado y consolaba a Keyla con lágrimas en los ojos. Ella, además de a su tío, había perdido a Stephen; en el vampiro había encontrado al amor de su vida.

Los sollozos de Rachel y Jill descendían desde la planta superior. Ambas llevaban horas junto a la cama de Evan. El chico había sido herido de gravedad y su estado no pintaba bien. No se curaba, y nadie entendía por qué.

Kate apretó los puños, sin saber qué hacer con todo lo que sentía; pero más importante que su pena, era el sentimiento de culpa que ensombrecía el corazón de William. A su lado, él soltó un sollozo inesperado, fue un sonido áspero y furioso. Ella no pudo soportarlo y abandonó la casa en silencio. Se sentó en el porche y contempló el bosque. Por primera vez desde que se había convertido en vampiro, su cuerpo percibió el frío de principios de noviembre. Ya no era solo una sospecha, se moría.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Llenó sus pulmones de aire y se dejó envolver por la pesadilla en la que se había convertido su vida. La gente a la que quería estaba muriendo. Primero sus padres; después su abuelo; Alice también la había dejado; y su nueva familia comenzaba a deshacerse. Apretó los puños. Rabia, ira, violencia..., se expandían dentro de su cuerpo alimentando sus células. No podía permitirlo. Tenía que hacer algo y sabía qué debía hacer, solo que le daba tanto miedo.

—Si vienes a molestarme, pierdes el tiempo, no hay nada que digas que

pueda hacerme más daño en este momento —le espetó a Mako antes de que la vampira pudiera abrir la boca.

Hubo un largo silencio, roto tan solo por el sonido de unos pasos recorriendo el porche.

—En realidad, me remordería la conciencia si te hiciera sentir peor de lo que ya te sientes —contestó Mako. Se apoyó junto al balancín donde Kate estaba sentada, y soltó sin miramientos lo que sentía—: Lo admito, todas las cosas que te he dicho y te he hecho han sido horribles, no estuvieron bien. Pero no voy a disculparme por amarlo. Tú mejor que nadie sabes cómo me siento. Tenía que intentarlo.

Kate alzó la vista y la miró de soslayo.

—¿Intentar qué? William no te quiere. Te lo dijo abiertamente y nunca te dio esperanzas. ¿Qué esperabas que pasara?

—¿Tú qué crees? —preguntó ella a su vez—. Lo que aún espero, que un día abra los ojos y me vea de verdad. El amor nace y muere de muchas formas distintas. Él podría enamorarse de mí. Y tú vas a morir, ¿por qué debería perder la esperanza?

Kate se puso de pie de un bote. Sus ojos se transformaron en rubíes incandescentes y sus colmillos descendieron con un siseo. El deseo de abofetearla le provocaba picor en las manos, las cerró en un puño y se quedó mirándola.

—No obstante, debería perder esa esperanza y no hacerme ilusiones. Soy tonta por aferrarme a lo que nunca será mío —continuó Mako. Esta vez no había desafío en su voz, solo resignación—. Ni siquiera podría competir contra tu recuerdo. Aunque tú ya no estés, él te querrá mientras viva, y yo no podría vivir sabiendo que soy un segundo plato.

Kate frunció el ceño, sorprendida por la declaración. No podía culparla por sentir lo que sentía, al igual que no podía culparla por mantener la esperanza. En su lugar, ella probablemente estaría haciendo lo mismo. Y lo que había dicho era cierto, iba a morir, iba a morir sin remedio por culpa de aquella cosa que llevaba dentro. E iba a morir por nada.

La realidad se abrió paso como una luz en la noche. No importaba cuánto hicieran, cuánto arriesgaran o sacrificaran, no se podía luchar contra el destino, contra lo que estaba escrito. Por más que intentaron impedirlo, cada paso de la profecía se había cumplido. Nunca tuvieron la más mínima posibilidad de ganar aquellas batallas. Les había tocado la peor mano y no iba a mejorar. Al contrario, lo estaban perdiendo todo, y ella iba a perder hasta la vida.

Sí, su muerte solucionaría el problema inmediato, el alma de Lucifer iría al otro lado, arrastrada por la suya; pero, antes o después, encontraría la forma de recuperarla y regresaría a este lado para cumplir lo inevitable.

—¡No lo hagas, no te sacrifiques! —dijo Mako de repente.

—¿Qué?

—Dale su alma, y a cambio pídele que... que... nos salve. Pídele que nos deje vivir, que deje vivir a William. Prefiero verlo contigo y a salvo (y sufrir por ello), a que todos muramos. Negocia con él. Lucifer podría hacerlo si quisiera, seguro que puede. Devuélvele su alma a cambio de nuestras vidas.

A Kate le costó unos segundos asimilar lo que Mako le estaba pidiendo, y un poco más darse cuenta de las consecuencias que tendría considerar algo así.

—¿Y qué pasa con el resto del mundo? ¿Qué pasa con los humanos? ¿Podrías vivir con todas esas muertes? —preguntó Kate.

Mako se encogió de hombros.

—Quizá, esa parte sobre el fin del mundo no sea como la pintan. Cada uno cuenta la historia desde su punto de vista, y hasta ahora solo conocemos el que Miguel nos ha contado. No sabemos qué pretende en realidad Lucifer. Puede que todo se limite a un cambio de gobierno, nuevas normas... Dicen que Lucifer es el ángel más poderoso que existe, dudo que haya algo que no pueda hacer.

A Kate se le escapó un sollozo.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó con voz suplicante.

—No te estoy haciendo nada.

—Sí lo haces. Intentas que tenga esperanza cuando ya la he perdido. Llevo horas mentalizándome de que voy a morir. Diciéndome a mí misma que es lo mejor y que merece la pena. Porque, cuando pase, William, Marie..., todos ellos dejarán de estar en peligro. Y ahora tú me pides que vaya en contra de todo lo que creo, de mis principios, ¿por puro egoísmo?

—Sí, eso es lo que te estoy pidiendo. Si fuera al contrario, William lo haría por ti sin dudar.

La puerta se abrió y Jill apareció en el porche. Estaba pálida y ojerosa, y tenía los ojos tan rojos que parecía que lloraba sangre. Se quedó mirando el horizonte, mientras temblaba de arriba abajo.

—Jill —susurró Kate. Se percató de que llevaba algo en su mano, una de las 45 del arsenal de Evan—. Jill —insistió.

Jill se giró hacia ella, como si acabara de darse cuenta de que se encontraba allí.

—No se regenera y no recupera la consciencia. No pasará de esta noche —dijo la chica en un susurro.

—Oh, Dios, Jill, lo siento mucho —se lamentó Kate. Se acercó para abrazar a su amiga, pero Jill dio un paso atrás, alejándose de ella.

—¡No me toques! —le espetó. Estiró el brazo con el arma en la mano, apuntándola. Kate dio un paso atrás con los ojos como platos—. Por culpa de esa cosa que llevas dentro, Evan está sufriendo y voy a perderlo. Es culpa tuya, siempre es culpa tuya. —Bajó el arma. Dos lágrimas se deslizaron por su rostro—. Si él se va, no pienso quedarme atrás. No me quedaré aquí viendo cómo todos

mueren.

Jill dio media vuelta y entró de nuevo en la casa. Kate se quedó inmóvil, completamente rota por dentro. ¿Cuánto más iba a durar aquella locura? ¿Cuánto merecerían un poco de descanso? Volvió a sentarse y escondió el rostro entre las manos. Notó que Mako se sentaba a su lado.

—¿Crees que todo acabará cuando tú cruces al otro lado? No lo hará —dijo la vampira—. Querrán venganza. Vendrán a por nosotros y uno a uno te seguiremos al infierno. ¿No te das cuenta?, tu sacrificio no servirá de nada. En realidad vas a sacrificar a los que amas por un mundo que no lo merece y al que no le importas. La mayoría de los humanos nos aniquilarían sin dudar, si supieran de nuestra existencia. ¿Por qué te empeñas en ser buena, en ser una mártir? Es como si tú misma levantarás la espada sobre nuestras cabezas.

Kate se sentía mareada. Sus palabras eran como un látigo en su espalda, descarnándola, desangrándola. Lo que Mako proponía era una idea espeluznante para la humanidad que aún quedaba en su conciencia..., pero ella ya no era humana. Era un vampiro, algo que una parte de ella se había negado a admitir.

—Lucifer podría salvar a Evan, estoy segura —añadió Mako.

Kate se estremeció. No sabía qué decir. En realidad no había nada que decir. Mako solo había puesto voz a sus propios pensamientos. Llevaba horas dándole vueltas a todo aquello y siempre acababa en el mismo punto. Lo que estaba escrito sucedería sin remedio, antes o después, era inevitable. Entonces, ¿por qué seguir dudando?

—Si decidiera intentarlo —susurró tan bajo que Mako apenas podía oírla. Se asustó de sí misma, estaba flaqueando—. ¿Cómo voy a salir de aquí sin que nadie se entere? Los arcángeles, William, Adrien..., todos me vigilan.

—Yo te ayudaré. Puedo sacarte sin que se den cuenta. Esta noche, mientras están distraídos con el funeral de Samuel. Déjame a mí —susurró.

—¿Y cómo encontraré a Lucifer? ¿Me pongo a dar gritos hasta que aparezca? —preguntó con sarcasmo.

—Tengo la impresión de que él siempre sabe dónde te encuentras. Aun así, creo que sé cómo encontrarle.

Kate se enderezó de golpe, se giró hacia Mako, buscando su mirada.

—¿Sabes dónde se oculta y no has dicho nada? —le recriminó.

—¿Y que William salga como un loco a por él y regrese en una caja de pino? —preguntó a su vez con tono despectivo.

Kate sacudió la cabeza.

—No, pero Gabriel y sus hermanos...

Mako chasqueó la lengua, frustrada.

—Esos no han hecho otra cosa que esconderse, no se enfrentarán a Lucifer si pueden evitarlo. ¿Acaso no te has dado cuenta? Nadie va a hacer nada por nosotros. Todo este asunto se ha convertido en una cuestión de supervivencia,

incluso para ellos —dijo con tono vehemente.

—¿Y cómo has averiguado tú dónde se esconde?

Mako se puso de pie y se acercó a la balaustrada de madera. Apoyó las manos en ella y se quedó mirando el paisaje.

—Vinieron a mí. Querían que les ayudara, que les pasara información útil sobre vosotros. Acabé aceptando —admitió al cabo de unos largos segundos.

—¿A cambio de qué?

Mako miró a Kate por encima de su hombro y sonrió con aire triste.

—De William. Me prometieron que él siempre estaría a salvo y que sería para mí. —Hizo otra pausa, más larga que la anterior—. No pude, al final me arrepentí y no tuve valor para traicionarlo. Sabía que no podría mirarlo a la cara si lo hacía. Le tendría, sería mío, pero yo no lo quiero así, así no... ¿Puedes entenderlo?

—Creo que sí —admitió Kate. Lo entendía perfectamente, aun cuando los celos le estaban taladrando el pecho. Era doloroso oír a otra mujer hablar de ese modo sobre William, por muy segura que estuviera de sus sentimientos por ella.

—Me alegro de no haberlo hecho. Ahora tendría que vivir con la muerte de Stephen, de Samuel, y puede que con la Evan. No soy tan mala y fría como todos piensan —se lamentó Mako.

Kate se levantó y se acercó a ella. Tras tomar aire, colocó su mano sobre la Mako en la barandilla. Ella tampoco podría vivir consigo misma si hacía un trato con Lucifer, los remordimientos se convertirían en un pozo oscuro y destructivo que acabaría con ella.

—Estás demostrando que no eres mala. Gracias por sincerarte conmigo.

Los ojos de Mako se perdieron en la lejanía, fijos, absortos.

—¿Se lo dirás a los demás?

Kate sacudió la cabeza y dejó escapar el aliento de golpe.

—No, no lo haré. Y tampoco intentaré negociar con Lucifer. No confío en él.

Mako se giró hacia ella.

—Pero ¡hace un instante estabas de acuerdo! —exclamó, intentando entender en qué momento había cambiado de opinión.

—Sé que tienes razón en todo lo que has dicho —la atajó Kate. No quería correr el riesgo de que lograra convencerla de nuevo. Bastantes dudas y miedos tenía ya—, pero no voy a hacerlo. Sé cual es el problema y cómo solucionarlo.

—El único modo es...

Kate levantó una mano para que no lo dijera.

—Sí, es el único. En realidad esta vida nunca me ha pertenecido, ha sido un préstamo. Mi vida terminó cuando era una niña, en ese accidente.

Dio media vuelta y se dirigió al interior de la casa. No tenía nada más que decir.

—William sufrirá. No podrá superarlo —dijo Mako.

—Al final lo superará. —Sonrió—. Sé que lo hará.

Kate encontró a William en la parte de atrás de la casa, de pie, de espaldas a ella, mientras contemplaba el cielo. Sus pensamientos volaron a la primera noche que estuvo allí, en aquel mismo jardín. Parecía que hiciera una eternidad desde aquella cena a la que acudió con Jill, aunque apenas habían pasado unos meses. Hubo una tormenta épica y su cámara fotográfica, uno de los pocos recuerdos que conservaba de su madre, acabó empapada. Estuvo a punto de perderla para siempre, pero Jared logró arreglarla. ¡Dios, ni siquiera se había dado cuenta de que había dejado de hacer fotos!

Contempló a William, estaba ensimismado en sus propios pensamientos y no se había percatado de su presencia. Se acercó a él y lo abrazó por la cintura, apoyando la mejilla en su espalda. Su mejor recuerdo de aquella primera noche se lo debía a él. Aún se le electrizaba la piel al recordarlo, empapado bajo la lluvia, sosteniéndola contra su pecho para que no resbalara sobre la hierba mojada. Cada detalle estaba vivo en su mente: su piel fría, sus ojos sobre ella, su cuerpo contra el suyo disparándole el pulso, la suavidad y la fuerza de sus brazos al levantarla. Cómo un instante parecía odiarla y al siguiente adorarla.

Kate quiso gritar. Gritar hasta que la sangre se le subiera a la cabeza. Hasta que los ojos se le salieran de las órbitas. Hasta que se le quebrara la voz, convertida en un estertor dramático. El dolor por lo que iba a hacer, por lo que iba a perder la atravesó, hiriéndola de tal modo que no le habría sorprendido encontrar una herida sangrante por cualquier parte.

Habría sido tan fácil si Gabriel hubiera podido matarla el día que descubrió lo que portaba en su interior. Pero no, ella no tenía derecho a que fuera fácil, como si formara parte de un castigo aún mayor del que ya sufría. Ni siquiera estaba segura de cómo iba a hacerlo, o si podría hacerlo. Si esa especie de escudo que la protegía de un daño físico, también la protegía de sí misma, no podría lograrlo.

Un escalofrío de muerte la estremeció, y abrazó a William con más fuerza, sintiendo contra su pecho cada línea, cada músculo de su espalda. En lo más profundo de su ser, sabía que estaba obrando bien. Su muerte no era la solución, cuando los hechos demostraban que la profecía acabaría por cumplirse en algún momento; pero les daría un tiempo precioso. William y todos aquellos a los que quería podrían disfrutar de una larga vida. Puede que siglos y siglos de tranquilidad mientras Lucifer encontraba otro modo de regresar. Y esta vez, Miguel podría aprender de los errores cometidos y ponérselo mucho más difícil.

Solo sentía no haber tomado la decisión mucho antes, habría evitado las muertes de Samuel, Stephen, Maritza...

« ¡Oh, Dios!, no permitas que a Evan le ocurra nada malo », pensó. No quería imaginar por lo que Jill estaba pasando. Si fuese William el que estuviera

agonizando en ese momento, ella se estaría volviendo loca.

—Te quiero —musitó.

William entrelazó sus dedos con los de ella y apretó las manos contra su estómago. El sol se estaba poniendo y el paisaje se había convertido en una dorada postal.

—Yo a ti más —susurró él. Se dio la vuelta, la atrajo hacia sí y la acunó entre sus brazos.

—Siento como si esto estuviera mal. Tú y yo aquí, aliviados por estar juntos, mientras ellos lloran sus muertes ahí dentro —dijo Kate.

—No está mal. Así es la vida. Siento un dolor profundo por ellos, pero, por otro lado, no dejo de pensar en lo afortunado que soy de que no hayas sido tú. — Le tomó el rostro entre las manos y depositó un dulce y tierno beso en sus labios —. Tú eres lo más importante de mi vida, lo único que no soportaría perder, si eso me convierte en un egoísta y en mala persona... Entonces lo soy.

Se inclinó y la besó de nuevo. El mundo desapareció durante esos preciados momentos. Se perdió en aquel beso desesperado con sabor a miedo y a remordimiento. Sentimientos que fueron desterrados por un intenso deseo al sentir las manos de ella bajo su camisa. A duras penas logró controlarse. No era el momento ni el lugar.

A Kate le flojearon las rodillas y los brazos de William impidieron que se desplomara.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, solo estoy un poco cansada.

William la tomó en brazos y se sentó con ella en la mesa de jardín. La acomodó en su regazo.

—Pronto estarás bien —dijo en voz baja con la vehemencia de una promesa —. Encontraremos a alguien como Maritza, y esta vez seremos más cuidadosos. Sé que saldrá bien.

Le cubrió de besos la mejilla y la nariz. Kate sonrió y se quedó mirando aquellos preciosos ojos azules.

—Lo sé. Saldrá bien y seguiremos adelante. Olvidaremos todo esto, como si no hubiera pasado, y tendremos una nueva vida —musitó ella sin dejar de sonreírle.

Levantó la mano y le acarició la mandíbula con los dedos. Contempló sus ojos; las largas pestañas, más oscuras que sus cejas; el arco perfecto que formaba su nariz; sus pómulos y su bonita boca; el mentón cubierto por una leve sombra oscura. La realidad de que era la última vez que iba a tenerlo así la sacudió. La certeza del fin la había alcanzado. Sin salidas, sin esperanzas. Se acababa y no era un concepto abstracto, sino un hecho real e inminente.

Kate posó sus labios sobre su boca mientras lloraba por dentro. « No quiero irme. No quiero dejarlo. Por favor, no me obligues a dejarlo. Por favor, por

favor, que alguien detenga esto. Por favor, solo quiero quedarme aquí con él. Por favor...», rezó con todas sus fuerzas, suplicando sin saber muy bien a quién o a qué. Ni siquiera creía a pesar de todo lo que había visto.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó. Después lo besó en el hombro y bajo la oreja. Apretó los labios contra su piel y aspiró su olor.

—Te quiero muchísimo, no lo olvides nunca, ¿vale?

William la apartó un poco y buscó su mirada.

—No podré hacerlo, porque tú me lo recordarás cada día.

Kate sonrió.

—Cada día —susurró ella contra sus labios. Le acarició las mejillas, el pelo, la nuca. Sus manos lo tocaban como si quisiera aprenderse de memoria cada centímetro de piel—. ¿Sabes? Si de verdad existen los milagros, este sería un buen momento para uno —dijo con una sonrisa que no pudo esconder el profundo dolor que sentía. No entendía cómo un corazón muerto podía doler tanto como dolía el suyo en ese momento.

—¿Qué te pasa, nena? —preguntó William, acunándole el rostro con la palma de la mano.

Kate sollozó.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta que me llames así? —preguntó.

William le dedicó una sonrisa, esa que era capaz de derretir hasta un bloque de hielo.

—Nena... nena... nena —repitió él entre besos.

Kate se aferró a su cuello, incapaz de soltarlo. Se quedó así un minuto, dos... hasta que perdió la noción del tiempo.

William se puso de pie, con ella entre sus brazos.

—Me quedaría aquí toda la noche, pero ha llegado el momento... Ya sabes... Samuel —explicó con tono vacilante. Kate asintió—. Voy a llevarte a mi antigua habitación para que descanses, ¿vale?

Kate asintió de nuevo y se acurrucó contra su pecho mientras él subía la escalera, recorría el pasillo y abría con su mente la puerta. La dejó sobre la cama y se sentó junto a ella. Le acarició el pelo y le colocó un par de mechones tras la oreja. Kate pudo percibir su tristeza y lo mucho que le costaba levantarse e ir a donde debía estar. Junto a los Solomon. ¡Madre de Dios, y con su decisión ella iba a terminar de destruirlo!

«Lo superará», pensó, aferrándose a ese deseo.

—Puedes hacerlo —dijo Kate—. Eres fuerte y puedes con esto.

Él la miró a los ojos.

—No lo sé. Sigo pensando que pude evitarlo. Si hubiera insistido un poco más, si lo hubiera obligado a quedarse en la casa en lugar de dejar que nos acompañara.

—No te atormentes. No puedes cargar con toda la culpa.

—Me cuesta no hacerlo.

Kate apoyó la mano contra su corazón.

—Entonces, este es un buen momento para dejar que esa parte oscura de ti tome el control. Piensa con frialdad, Will. Samuel ha sido un daño colateral, algo que podía pasar. Una baja más en una guerra. Ha pasado y ya no se puede hacer nada. No es tiempo de lamentaciones, sino de superarlo. —Apretó la mano contra su pecho—. Así que, deja que la oscuridad que encierras aquí salga afuera; y en su lugar guarda tus emociones.

Los ojos de William se abrieron como platos al oírla hablar de ese modo. No era propio de ella pensar así. Y no era un farol, lo decía en serio, le estaba pidiendo que bloqueara sus sentimientos.

—No me mires así, lo digo de verdad—replicó Kate—. He asumido quién eres en realidad y lo que puedes hacer y sentir en algunos momentos. Esfuérzate, mentalízate y no sientas nada. Ni por mí ni por nadie —le exigió con tono vehemente, sujetando su mano con fuerza.

William se sorprendió por su actitud dura y agresiva. Se inclinó sobre ella.

—Contigo lo voy a tener un poco complicado. Me haces sentir demasiadas cosas, algunas muy difíciles de ignorar —le dijo con un guiño.

Le dio un beso en los labios, lento y perezoso, que poco a poco se volvió más profundo y apasionado. Casi sin darse cuenta, se encontraron el uno en los brazos del otro. Tocándose, explorándose, perdiéndose en la forma en la que sus cuerpos se movían juntos, con la sensación de que no lograban acercarse lo suficiente. La ropa dejó de ser un obstáculo, y su control la siguió fuera de la cama. Quizá fuera el subconsciente, que les susurraba que aquella sería su última vez, o la fuerza de un deseo contenido durante mucho tiempo buscando la liberación. Pero había algo hermoso en la violencia con la que se tomaban el uno al otro, desesperada y dolorosa.

—Te veo luego —le susurró él después de vestirse.

—Aquí estaré —respondió Kate bajo sus labios.

Kate inspiró hondo y apartó el papel. Había pensado dejarle una nota, explicándoselo todo, pero llevaba media hora frente a la hoja en blanco y no había logrado escribir una sola palabra. Quizá fuera lo mejor, no dejar ningún recuerdo al que él pudiera aferrarse.

«Espero que sepas lo que estás haciendo», se dijo a sí misma.

No sabía lo que estaba haciendo. De hecho, no tenía ni idea de si su plan funcionaría. Solo estaba segura de que debía intentar cambiar las cosas.

Cogió el pomo y lo apretó entre sus dedos, intentando reunir el valor necesario para abandonar la habitación. Había llegado el momento, y si quería hacerlo, debía ser ya. No había nadie en la casa salvo Rachel y Jill, que seguían junto a la cama de Evan; y Ariadna, que les hacía compañía. Giró el pomo con decisión y abrió la puerta.

Mako se precipitó dentro de la habitación y a punto estuvo de caer sobre ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Kate.

—Tu amiga, Jill, acabo de verla adentrándose en el bosque. La he llamado, pero no me ha hecho caso. Creo que va armada —le explicó a toda prisa.

Kate tragó saliva.

—¿Evan está...?

—No, sigue vivo, aunque no creo que aguante hasta mañana —respondió la vampira.

—Entonces, ¿adónde demonios va?

—No lo sé. ¿A vengarse? —aventuró Mako—. Puede que haya perdido la cabeza, parecía fuera de sí.

Kate apartó a Mako de su camino y salió de la casa a toda prisa. Con sus sentidos exploró los alrededores, rezando para que los arcángeles no estuvieran por allí e impidieran que se alejara. A veces desaparecían durante horas, ojalá fuera una de esas veces. Traería a Jill de vuelta y después continuaría con su plan. Iba a sacrificarse. No tenía ni idea de cómo acabar consigo misma, pero estaba dispuesta a intentarlo de todas las formas posibles y necesarias. Debía hacerlo, tenía que hacerlo para darles una oportunidad a las personas que quería.

Se adentró en la arboleda buscando el rastro de Jill. No percibía nada, ni olor, ni pisadas, ni sonidos. Nada de nada. Era imposible que una humana se moviera

tan rápido y con tanto cuidado como para no sentirla. Lo único que oía eran las pisadas de Mako tras ella.

El golpe la pilló por sorpresa. Los huesos de su cráneo crujieron al fracturarse. Cayó hacia delante, golpeándose el rostro contra las piedras del suelo. La punzada de dolor que sintió la dejó aturrida un instante; el tiempo que su agresor utilizó para colocarle una mordaza impregnada en algo que le quemaba la piel y la lengua.

Gritó y el sonido quedó atascado en su garganta. Ni siquiera se paró a pensar en qué estaba sucediendo. Reaccionó sin más. Dobló la pierna y golpeó con el talón. Su atacante se desplomó sobre ella y aprovechó para echar la cabeza hacia atrás y golpearlo.

Forcejeó, tratando de liberarse. Logró darse la vuelta y se encontró frente a frente con el rostro de Mako. La furia y el desprecio transformaban sus hermosos rasgos, convirtiéndola en un monstruo. Quiso gritarle, preguntarle qué estaba haciendo, pero tuvo que conformarse con asestarle un puñetazo. Mako cayó hacia atrás con un quejido. Kate no perdió el tiempo. Se puso de pie y echó a correr mientras trataba de aflojar la mordaza. La vampira le dio alcance, le golpeó las piernas y la hizo caer de costado. Forcejearon, rodando por el suelo, golpeándose contra las rocas y las raíces. Kate se dio cuenta de que Mako llevaba puestos unos guantes de cuero, y no tardó en averiguar el motivo. En una de sus manos apareció una cadena de plata, con la que intentó atarle las manos.

Kate se defendió con todas sus fuerzas. Golpeó, mordió y pateó. Logró quitársela de encima y, con un giro feroz, la lanzó por los aires. El cuerpo de Mako voló hasta estrellarse contra un árbol. Se incorporó de un salto y arremetió contra Kate. Esta logró hacerse con una rama caída, la blandió como un bate y lanzó un golpe directo a su pecho.

Mako la superaba en habilidades y rapidez. Dobló su cuerpo hacia atrás y evitó el impacto, a la vez que con el pie lograba desequilibrar a Kate y hacerla caer de bruces. Saltó sobre ella, le sujetó las manos a la espalda e inmovilizó sus muñecas con la cadena. Una de las vueltas se la pasó por el cuello y otra por la cintura.

—Quédate quieta —gruñó Mako. El esfuerzo hacía que su voz sonara ronca.

Agarró a Kate por el pelo y le golpeó la cabeza contra el suelo. Después le clavó una rodilla en la espalda, tratando de inmovilizarla, mientras sacaba otra cadena de uno de sus bolsillos y se apresuraba a atarle los tobillos.

Kate gritó por el dolor abrasador que le recorría el cuerpo. El metal se le pegaba a la piel y tiraba de ella, despegándola de su carne cada vez que se movía. Volvió a gritar entre sollozos, tan pronto como Mako sujetó la cadena que le rodeaba el cuello y tiró de ella, obligándola a que se pusiera de pie.

—Maldita zorra consentida —masculló Mako.

Escupió al suelo la sangre que tenía en la boca y se limpió con la mano la que

le manaba del labio. Le dio a Kate un puñetazo en el estómago que hizo que se doblara hacia delante con un gemido. La agarró y se la echó sobre el hombro. Empezó a caminar.

—Podría haber sido más fácil, menos doloroso —empezó a decir Mako—. Lo intenté por las buenas. En serio. Traté de convencerte de que te entregaras a él por voluntad propia, te di la oportunidad de salvar a las personas que te importan. Pero no, tú tenías que adoptar el papel de mártir, tenías que hacerte la heroína y elegir el sacrificio. Así todos dirán: «Pobre Kate, era tan buena que murió por nosotros. Convirtámosla en santa» —dijo con tono burlón.

Alcanzó el camino donde había aparcado su coche. Abrió la puerta trasera y lanzó a Kate al asiento. Se sentó frente al volante y se puso en marcha.

A Kate le daba vueltas la cabeza. La plata la estaba mutilando y el dolor era tan insoportable que no lograba concentrarse en nada salvo en el ardor de sus heridas. Al moverse para colocarse de espaldas, notó que la mordaza se había aflojado. Frotó la cara contra el asiento, hasta que logró deslizar la atadura hacia abajo.

—Mejor ser mártir que no una traidora —logró articular Kate en cuanto su boca quedó libre.

Mako miró hacia atrás por encima de su hombro. Hizo una mueca de fastidio al comprobar que se había desecho de la mordaza.

—O una mentirosa —continuó Kate—. Vas a llevarme con él, ¿verdad? Todo lo que me has contado era mentira.

—Sí, voy a llevarte con Lucifer. Tenemos un trato. Y no te he mentido. —Se encogió de hombros—. Bueno, puede que un poco cuando te dije que no tuve valor para traicionarlo, que sabía que no podría mirarlo a la cara si lo hacía y *bla, bla, bla...* —Suspiró—. La verdad es que haré cualquier cosa para tener a William. Y Lucifer me prometió que, si le ayudaba a que le devolvieras su alma, podríamos marcharnos juntos y que nadie nos haría daño.

Kate comenzó a atar cabos. Sintió un desprecio y un odio profundo por Mako.

—Fuiste tú quien les avisó anoche. Tú tienes la culpa de que Stephen y Samuel hayan muerto y de que Evan esté agonizando —susurró Kate. Le costaba hablar con la lengua quemada—. William acabará enterándose de lo que has hecho y te matará.

—William creerá lo que las evidencias muestren, y estas dirán que la culpa y la pena por tus amigos te han empujado a darle a Lucifer lo que quiere para evitar más muertes. Míralo desde el lado positivo, seguirás pareciendo una santa.

—No voy a hacerlo, no se la daré.

—Eso ya lo veremos. Te aseguro que todos ellos pueden ser muy persuasivos, sobre todo Mefisto.

Kate se estremeció. Se dirigía a las mismísimas puertas del infierno. Empezó a forcejear, pero era imposible aflojar aquellas cadenas, y solo estaba logrando

debilitarse.

—No tienes por qué hacer esto, aún puedes dar la vuelta. No diré nada a nadie. Te lo prometo —Kate intentó apelar a su conciencia.

Mako negó con la cabeza.

—Debo hacerlo. Es la única forma de tener todo lo que quiero.

—Podrás tenerlo sin que me entregues. Voy a desaparecer, dejaré de ser un estorbo para ti.

—No es suficiente. Él tiene que quererme.

Un sonido angustioso escapó de la garganta de Kate.

—¿Cómo, lavándole el cerebro? ¿Obligado por un arcángel? ¿De verdad crees que serás feliz teniendo a William así? No será amor de verdad.

—Lo será —aseguró.

De repente, Mako frenó en seco. Se giró en el asiento y volvió a colocarle la mordaza. Condujo hasta el cementerio. Lo rodeó y detuvo el coche junto al muro de piedra que lo circundaba por la parte de atrás. Se bajó y abrió la puerta. Las piernas de Kate salieron disparadas y la golpearon en el estómago. Se dobló hacia delante y esquivó por unos milímetros un nuevo golpe, esta vez directo a su cara.

Lanzó un gruñido y un par de palabrotas. Agarró la cadena que sujetaba los tobillos de Kate y le dio un fuerte tirón, sacándola del coche por la fuerza. La arrastró hasta la base del muro y lo recorrió buscando la puerta de hierro que antiguamente usaban los enterradores para los carros. La empujó con la mano y continuó arrastrando el cuerpo de Kate dentro del cementerio.

Una nube pasó por delante de la luna y todo quedó sumido en una oscuridad absoluta. Hasta sus oídos llegó el rumor de una tormenta que avanzaba con rapidez. A lo lejos, el cielo comenzaba a iluminarse con relámpagos. La atmósfera nocturna era pesada, como si el aire no contuviera suficiente oxígeno.

Kate se mordió los labios para no suplicar que se detuviera. Las cadenas eran una tortura que le devoraban la carne, causándole un dolor que se filtraba en su sangre y en sus huesos como si fuera ácido. Mako se paró frente a una cripta y la soltó, pero solo el par de segundos que tardó en sujetarla por el pelo y obligarla a ponerse de pie. Se la cargó sobre el hombro y penetró en la tumba. Olía a azufre y a humedad. Los olores se intensificaron hasta hacerla toser, mientras descendían la escalinata en forma de caracol. Acabaron en una sala de piedra abovedada, con las paredes agujereadas por una decena de nichos, sellados por antiguas lápidas decoradas con relieves y grabados.

Mako la dejó caer al suelo sin ningún cuidado.

—Aquí la tienes. He cumplido con mi parte del trato —dijo la vampira.

Kate ladeó la cabeza y la imagen que vio le heló la sangre. Lucifer estaba recostado sobre un sillón rojo de terciopelo. Tras él había seis hombres, todos vestidos de negro. Supuso que serían los Oscuros, los arcángeles que le guardaban

lealtad. A su lado se encontraba Mefisto, de pie, con aire apático y molesto.

Lucifer se puso de pie y se acercó a ellas; y como si de su sombra se tratara, Mefisto lo siguió.

—¿Era necesario que la trataras así? —preguntó el señor del infierno, mientras se agachaba junto a Kate. Le apartó un mechón de pelo de la cara y le acarició la mejilla.

—No me lo ha puesto fácil. No he tenido más remedio que encadenarla —se justificó Mako—. He tratado de convencerla por las buenas, pero es demasiado estúpida. Iba a sacrificarse y no me ha dado más opción que recurrir a la fuerza.

Lucifer le dedicó a Kate una mirada indulgente y le sonrió. Se puso de pie y le hizo un gesto a Mefisto. Este movió las manos y las cadenas desaparecieron de su cuerpo. Kate dejó escapar un suspiro de alivio y se sentó con mucho esfuerzo en la fría piedra. Lucifer le ofreció la mano. Ella la rechazó, fulminándolo con la mirada, y se levantó del suelo por sus propios medios. Se sentía como un niño que aprende a caminar. No lograba sostenerse y la pérdida de sangre la estaba debilitando rápidamente. Se quitó la mordaza y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Más que recurrir a la fuerza, parece que te has ensañado con ella —le hizo notar Lucifer. Se giró hacia Mako y la miró de arriba abajo—. Gracias. Has sido una gran aliada, bastante eficiente, la verdad. No lo esperaba.

Mako aceptó su gratitud con una ligera reverencia.

—He hecho lo que me pediste. Te he informado de todo. Ahora, cumple con tu palabra —exigió con tono vehemente, sin poder disimular el nerviosismo que se apoderaba de ella.

Lucifer sonrió y se acercó a Mako.

—Por supuesto, querida. Tenemos un trato. —Le ofreció su mano.

Los ojos de Mako fueron desde la mano hasta su cara y volvieron a descender. Despacio, alargó su brazo y estrechó la mano de Lucifer. Sintió su fuerte apretón y una ligera sacudida que indicaba su compromiso con el acuerdo. El gesto logró que se relajara un poco y que una leve sonrisa empezara a dibujarse en su cara. Lucifer le dio un tirón y la atrajo hacia su cuerpo con la intención de abrazarla.

El golpe contra su pecho fue rápido y seco. Intentó apartarse cuando el brazo que le rodeaba la espalda se convirtió en un cable de acero que le aplastaba los huesos. Forcejeó y gimió. De su boca salió el sonido de un burbujeo, y por las comisuras de sus labios escaparon dos hilos de sangre roja. Se le doblaron las rodillas y quedó colgando entre sus brazos.

—¿De verdad has creído en algún momento, que mantendría a mi lado a alguien que es capaz de traicionar a su propia especie por puro egoísmo e interés? —le susurró al oído—. ¿Quién me asegura que no intentarías lo mismo conmigo al primer cambio? Lo siento, querida, pero nuestro acuerdo acaba de expirar...

Como tú.

La soltó y el cuerpo de Mako se desplomó en el suelo, agonizante. De su pecho sobresalía una daga envuelta en un fuego azul, que se fue apagando al igual que el brillo de sus ojos, clavados sin vida en la bóveda.

Kate no podía apartar la vista del cuerpo de Mako. Levantó la mirada y se encontró con el rostro de Lucifer. Una sonrisa espeluznante, por la maldad que reflejaba, y hermosa, por el rostro que la enmarcaba, le tiró de los labios.

—¡Vaya, se me ha manchado la camisa! —exclamó él. La prenda estaba empapada de sangre. La arrancó de su cuerpo y la arrojó al suelo, dejando a la vista un torso de piel dorada y líneas perfectas. Alzó una mano con un gesto despreocupado—. Uriel, ¿serías tan amable?

Uno de los seis arcángeles se movió, y en su mano apareció una camisa negra que le entregó con rapidez.

—Gracias, hermano —dijo Lucifer; y, mientras se ponía la prenda, se acercó a Kate.

Kate retrocedió arrastrando la pierna izquierda, en la que su tendón de Aquiles estaba tardando en curarse. Chocó contra la pared de piedra y se pegó a ella como si quisiera atravesarla.

Él se detuvo a pocos centímetros. La luz de las velas dibujaba sombras en su cara y lanzaba destellos sobre su pelo de dos colores.

—¿Damos un paseo? —sugirió, ofreciéndole su brazo.

—No puedo caminar —le hizo notar Kate con voz ronca.

—¡Oh, es cierto, que poco considerado por mi parte! —Buscó a Mefisto con la mirada—. Hermano, deberíamos hacer que nuestra invitada se sintiera un poco más cómoda.

—No soy tu invitada, soy tu prisionera —le espetó Kate.

Mefisto se acercó a ellos. Sus ojos, completamente negros, recorrieron el cuerpo de Kate de arriba abajo. Ella se encogió sobre sí misma para evitar que la tocara, pero no sirvió de nada. Mefisto la cogió por el brazo y tiró de ella hasta plantarla frente a él. Cerró los ojos e inspiró, mientras la sujetaba por los hombros.

Kate notó un ligero picor por todo el cuerpo, que se convirtió en una sensación insostenible en las zonas donde las cadenas le habían lastimado la piel. Las heridas sanaron en cuestión de segundos.

—Mucho mejor —suspiró Lucifer—. Ahora, pasea conmigo. Hace una noche preciosa.

—No voy a dártela —indicó Kate sin acobardarse.

—Y yo no puedo obligarte a que me la des. Aunque espero que cambies de opinión. —La miró y un destello de impaciencia le iluminó los ojos—. Camina conmigo.

Kate siguió a Lucifer fuera de la cripta. La tormenta se aproximaba con

rapidez. Los relámpagos iluminaban el cielo, precedidos del rumor de unos truenos que sonaban como si la tierra fuese a resquebrajarse. Una ligera brisa se movía entre las ramas de los árboles, y arrastraba hojas sobre el mantillo frío y podrido, aún mojado por la lluvia de la noche anterior. Pensó en echar a correr y tratar de escapar. Un rápido vistazo a su alrededor, le bastó para darse cuenta de que no llegaría muy lejos. Sus hermanos lo seguían a una distancia prudencial, controlando cada metro de terreno. Mefisto no apartaba sus ojos de ella.

—Me gustan los cementerios —dijo Lucifer con una sonrisa sincera en los labios—. Me refiero a los antiguos como este, por supuesto, no a esas abominaciones de diseño que se construyen ahora.

Kate lo miró de reojo y guardó silencio. Él continuó:

—Son espléndidos, verdaderas obras de arte. Fíjate —le pidió, abriendo los brazos—. Las criptas, los nichos, la capilla que corona la colina..., todos estos pequeños monumentos funerarios son magníficos. Ensalzan la muerte, la convierten en algo hermoso; y no tétrico como os empeñáis hoy en día.

Pasaron junto a una cruz de piedra, frente a la que se levantaba la estatua de un ángel arrodillado con las manos unidas, orando. Lucifer se detuvo un segundo, la miró con un atisbo de desdén, y continuó caminando.

—Nunca he entendido esta idea que los hombres tienen sobre nosotros. Fíjate en ese. —Señaló con uno de sus dedos la efigie de un ángel que sostenía una corona de flores entre sus manos—. Mira esos rizos, esa cara apenada, con los ojos siempre puestos en el cielo, implorando. ¡Es patético y humillante!

Continuó hablando sobre las esculturas afligidas, la mezcla de estilos y la grandiosidad de otras épocas; y sobre la creencia de los hombres de que algo tan efímero como la muerte, debía ser celebrado con ostentosas ceremonias, enormes mausoleos..., convirtiendo los cementerios en jardines de cuentos de hadas de insólita belleza.

Mientras paseaban por los senderos plagados de vegetación, Kate trataba de prestar atención a todo lo que él decía, pero no lograba entender a qué venía aquel itinerario turístico sin sentido. A no ser, que su cometido fuera el de distraerla, que se sintiera cómoda, o, peor aún, a salvo.

—Ángeles dolientes, esperanzados, querubines... No me gustan estas representaciones... —continuaba Lucifer. De repente, se detuvo— excepto esta. Me atrae, tiene un... —Suspiró. Muy despacio, rodeó la tumba sobre la que se hallaba—. Me conmueve y no sé por qué. Puedo sentir su dolor y la tristeza que refleja. Tan abatido que parece que llora.

Kate contempló la escultura: un ángel arrodillado, con el torso inclinado sobre un bloque tallado en mármol. Tenía el rostro oculto tras un brazo y las alas caídas.

—Es una réplica de *El ángel de la pena* —dijo Kate quedamente—. El original se encuentra en Roma, en un cementerio protestante.

Lucifer la miró de reojo, y volvió a centrar su atención en la figura.

—¿El ángel de la pena?

—Sí. Lo esculpió un hombre llamado William Wetmore, y fue su última creación. Lo creó en memoria de su esposa fallecida, Emelyn. Dicen que la amaba con locura y que el ángel representa todo el dolor, la tristeza y la desdicha que sentía por su pérdida. Yace ocultando su rostro, y sus alas cuelgan lánguidas, vencido por un llanto eterno y desconsolado por no volver a ver al ser amado. Contemplar algo así hace que te enamores de la muerte, solo por sentir un amor tan grande.

Lucifer sacudió la cabeza y sonrió.

—Muy poético —comentó con una chispa de diversión. Y añadió—: También el hecho de que el escultor se llame William, ¿no te parece? La tal Emelyn te envidiaría. Tú tienes a un ángel de verdad amándote de la misma forma.

Kate se sintió incómoda por la comparación y volvió a notar esa opresión en el pecho.

—¿Por qué yo? —preguntó de repente—. ¿Por qué entre tantas personas me elegiste a mí?

Lucifer alzó la mirada al cielo y lo observó como si fuera de día e intentara averiguar la hora por la posición del sol. Se quedó callado un largo rato y Kate temió que no fuera a contestar.

—¿Has oído hablar de las Parcas? —preguntó; y sonrió abiertamente.

A Kate esa sonrisa le alimentaba su lado malo, ese que le hacía imaginar mil formas de torturar a una persona y disfrutar con ello. Asintió sin gana. Por supuesto que había oído hablar de las Parcas. Siempre le habían gustado las clases de Historia, e Historia Clásica estaba entre sus preferidas.

—En la cultura griega existían las Moiras, para los pueblos nórdicos las Nornas. Lo cierto es que siempre han sido las mismas con distintos nombres, y existen —indicó él como si nada.

Los ojos de Kate se abrieron como platos y su frente se llenó de arrugas. Sus emociones eran tan confusas que apenas podía interpretarlas. ¿Las Parcas existían? ¿Y qué tenían que ver con ella?

—En realidad, los que existen son los ángeles del Destino —continuó él—. Ellos conocen cada vida desde su comienzo hasta su final. No sirven a nadie, solo a las almas de los mortales, y se encargan de recolectarlas y guiarlas al cielo o al infierno, según su vida y su destino. Dejaron el cielo para poder proteger mejor a esas almas, así que se mantienen lejos de las desavenencias entre mis hermanos y yo. Podría decirse que son neutrales.

Esbozó una sonrisa siniestra. Rodeó de nuevo la estatua y se detuvo tras sus alas de piedra. Con el dedo fue repasando en contorno de las plumas.

—De vez en cuando van hasta el infierno, para asegurarse de que no hay ningún alma que no deba estar allí —prosiguió—. Ellos me hablaron de ti. Estaban tristes. Siempre lo están cuando es la vida de un niño la que se termina.

Pero en tu caso su pena era mayor y sentí curiosidad. No me costó mucho que se les soltara la lengua, y así supe de ti. Tu luz brillaba tanto en sus pensamientos, que enseguida me di cuenta de que una sombra como la mía sería invisible bajo ella.

» Te convertiste en mi oportunidad. Así que esperé y te encontré; y te di el mayor regalo que jamás le he concedido a nadie. Te confié mi vida y te devolví la tuya. En aquel mismo momento, vi cómo los lazos del destino cambiaban ante mis ojos y se entrelazaban, uniendo el hilo de tu vida a los hilos de los híbridos, de una forma tan profunda y sólida que supe que eras tú, sin lugar a dudas, aquella de la que hablaban los profetas. Y también supe que ellos te mantendrían a salvo para mí, William, Adrien y tú. Tres.

Regresó junto a ella y se la quedó mirando fijamente.

—El tres siempre ha sido un extraño número. *Trinum* —continuó Lucifer—. La imagen del ser supremo; principio, medio, fin; es el símbolo de la tierra; las tres leyes de la armonía universal; las tres Furias; las tres Parcas; las Trinidades; los tres Reyes Magos; hasta Pedro negó tres veces a su señor. El tres tiene un poder especial. El tres simboliza un triángulo. ¿Has oído hablar del Triángulo del arte, Kate?

Kate iba a responder que sí, cuando una ráfaga de viento arrastró el manto de hojas y tierra que cubría el suelo. Se oyó un chisporroteo y unas líneas brillantes comenzaron a trazarse sobre la superficie. Kate giró sobre sí misma, contemplando atónita las formas del dibujo. La última línea se cerró y el dibujo se iluminó con una luz rojiza que confirió a sus rostros una apariencia fantasmal. Y entonces lo vio en conjunto y supo de qué se trataba. Lucifer y ella se encontraban dentro de un triángulo, en cada vértice se situaba un objeto: una vara, una espada y un cáliz. Junto a su base había un círculo y en el centro de este, Mefisto.

Kate dio un paso atrás, y luego otro, hasta que chocó contra una barrera invisible que la contenía dentro del triángulo. Eran símbolos de invocación y contención.

—No voy a dártela, ya te lo he dicho —se reafirmó Kate con voz temblorosa—. Te aseguro que no me da ningún miedo morir. Pienso llevarme tu alma conmigo al otro lado. Y algo me dice que cuando ocurra, tu cuerpo la seguirá. Puedo sentir cómo el vínculo con ella se ha hecho más fuerte. Te arrastrará.

Los ojos de Lucifer perdieron su color y se convirtieron en un abismo, frío y oscuro, que amenazaba con absorberlo todo. Alzó una mano y Uriel cayó desde el cielo arrastrando un cuerpo consigo. Cuando se enderezó, Kate comprobó atónita que se trataba de su hermana.

—¡Jane! —exclamó.

Quiso abandonar el triángulo e ir hasta ella. Corrió y chocó de bruces contra la barrera mágica.

Su hermana sonrió. Se sacudió los brazos después de que Uriel la liberara y acortó la distancia que la separaba de Kate. Se paró al otro lado de la barrera y levantó la mano. Sus ojos verdes se oscurecieron hasta adquirir el color del petróleo.

—Hola, Kate. Tu hermanita te saluda. —Agitó los dedos y le guiñó un ojo.

—Sal de ella. ¡Maldita sea, sal de ella! —gritó al darse cuenta de que no era Jane quien había hablado. Se giró hacia Lucifer, echando chispas por los ojos—. Ordénale que la deje en paz —le exigió.

—No lo haré si no me ofreces algo a cambio —dijo él con una tranquilidad que hizo que Kate quisiera borrar aquella expresión de su cara a golpes.

—Me pides que cargue con el peso de millones de muertes —replicó derrotada.

—¿Millones de muertes? ¡Yo no ansío esas muertes! Un dios necesita fieles que lo veneren. ¿Por qué nadie es capaz de leer entre líneas? —preguntó exasperado. Se acercó a Kate y clavó sus ojos en los suyos, de modo que ella solo podía ver aquellos dos agujeros negros—. Sí, habrá un fin: el fin de los tiempos, el fin de los días conocidos. El mundo dejará de ser como hasta ahora. Pero yo no busco su desaparición, solo instaurar un nuevo orden. Si los hombres se someten a mis preceptos, nadie sufrirá. El único castigo que ansío va dirigido a mis hermanos y a mi padre. Tengo un infierno hecho a medida para ellos —apostilló con un tono cargado de ira y venganza. Sus ojos se transformaron en dos llamas en las que sombras oscuras danzaban, se retorcían y gritaban.

Kate podía sentir el calor que emanaba de aquellos ojos. Notaba su ardor recorriéndole las venas, susurrándole un montón de promesas. Ese fuego la llamaba, le daba la bienvenida y la tranquilizaba. Miró de reojo a su hermana y vio que en su mano había un cuchillo, con el que jugaba dándole vueltas entre los dedos. Recordó la facilidad con la que Salma rebanó el cuello de Maritza, y sintió un escalofrío.

En ese momento se dio cuenta de cuánto quería a su hermana y lo mucho que la había echado de menos. Intentó encontrar la razón por la que se habían pasado toda la vida distanciadas, ignorándose o molestándose la una a la otra con comentarios malintencionados que no sentían; y no la encontró.

No podía sacrificarla. Que Dios la perdonara, pero no podía.

—Pídemelo lo que quieras y te lo concederé, sin mentiras ni falsas promesas. Te lo prometo —dijo Lucifer, como si fuese consciente de sus pensamientos.

Kate enfrentó su mirada, tomando la decisión más difícil de toda su vida.

—Los mantendrás a salvo, a todos ellos. No necesito darte sus nombres porque tú ya los conoces. No sufrirán ningún daño. No me importa lo que pretendas hacer con tus hermanos, eso es cosa tuya. Sé un dios si es lo que quieres, pero deja el mundo como está. Y... no sé si es posible, pero busca la forma de que todos los que murieron la otra noche regresen. Sana a los que están

heridos y... —Se quedó pensando, completamente confundida y abrumada por la decisión egoísta que acababa de tomar. En un abrir y cerrar de ojos, la confusión desapareció y la sustituyó la ira—. En cuanto a mí.

Lucifer negó con la cabeza y una expresión de pesar oscureció su rostro.

—Intentaré recuperar a los que han muerto, aunque puede que no haya tiempo. Sanaré a los heridos, te lo juro. Pero esa petición que estás a punto de pronunciar no es posible; aunque quisiera que lo fuera. No puedo prometerte que vivirás y que volverás con él.

—¿Por qué? —sollozó Kate.

—Porque cuando tenías cuatro años moriste en aquel río, mi niña. Y fue definitivo, sin vuelta atrás. Es mi alma la que alimenta la tuya. Una vez que la recupere, tú desaparecerás. Lo siento.

Kate enfrentó sus ojos y creyó en lo que decía. De verdad lo lamentaba.

—De acuerdo —aceptó finalmente. Miró a su hermana—. Quiero despedirme de ella.

—Por supuesto —dijo él.

A un gesto de su mano, una columna de humo rojo escapó a través de los ojos de Jane. La chica parpadeó como si acabara de despertar de una pesadilla y recobrara la conciencia. Miró a su alrededor, muerta de miedo, hasta que sus ojos se detuvieron en Kate. Con un sollozo desgarrado se precipitó entre sus brazos. Kate la abrazó con fuerza.

—Lo siento, lo siento mucho, Jane —le susurró mientras la estrechaba.

—Yo también lo siento. He sido una hermana horrible. —Las lágrimas resbalaban por su mejillas—. ¿Quiénes son estas personas, Kate? ¿Qué es todo esto?

Kate miró a Lucifer por encima del hombro de su hermana.

—No quiero que le pase nada.

—Nadie le hará daño —dijo él con el tono de una firme promesa—. Date prisa.

—¿Qué está pasando? —inquirió Jane—. ¡Dios mío, dentro de mí había algo!

—Todo está bien, Jane —musitó ella—. Nadie te hará daño. Esto solo es un mal sueño del que vas a despertar, te lo prometo. —La besó en la mejilla—. Te quiero mucho, muchísimo. Eso no lo olvidas, ¿vale? No lo olvides nunca. Y... y dile a Bob que te cuide mucho, y que... que a él también lo quiero. Y cuida de William. Pídele perdón por mí. Dile que lo amo y que es por ese motivo que estoy haciendo esto; que no se preocupe, todos van a estar a salvo, me lo han prometido. Díselo, por favor, dile que lo amo.

—Se lo diré.

Abrazó con más fuerza a su hermana.

—Adiós, Jane. Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Por qué... por qué te estás despidiendo? —preguntó Jane soltándose del

abrazo para poder verle la cara.

Uriel se acercó y la cogió de un hombro. Tiró de ella para sacarla del triángulo.

—Te quiero, Jane. Te quiero muchísimo, y lo siento, de verdad que lo siento —repitió Kate alzando una mano a modo de despedida.

—¿Qué sientes? —preguntó Jane con desesperación, segura de que algo muy grave estaba a punto de pasar—. Kate, dime qué pasa. Dime ahora mismo qué ocurre.

Kate le dio la espalda y se quedó cara a cara con Lucifer. Asintió una vez y cerró los ojos.

—Será rápido —susurró Lucifer.

Mefisto inició una extraña letanía, una oración en una lengua que pocos conocían, mientras el resto de arcángeles se unían a él. La voz grave y siniestra reverberaba en cada rincón del cementerio, entre las tumbas y los muros.

El cuerpo de Kate se iluminó con un leve resplandor y flotó unos centímetros, suspendida ante Lucifer como un sacrificio. La sensación de revoloteo dentro de su pecho se hizo mayor, le quemaba por dentro, empujaba y golpeaba ascendiendo por su garganta. Quiso gritar. Abrió la boca, pero no brotó ningún sonido. Dolor y fuego, no sentía otra cosa; y deseó que aquel sufrimiento acabara de una vez y para siempre.

Unas manos se posaron en sus mejillas, acunando su rostro con ternura, y un alivio inmediato hizo que soltara un gemido, mitad quejido, que quedó ahogado entre unos labios que se posaron sobre los suyos. Sintió el aleteo dentro de su boca. Alas de terciopelo rozando su lengua y escapando de entre sus labios con un hondo suspiro que detuvo su tiempo. Para siempre.

Lucifer sostuvo el cuerpo de Kate entre sus brazos. La miró un largo rato y, muy despacio, la depositó junto a la tumba del ángel. Le peinó con los dedos unos mechones de pelo y le limpió una mancha de la mejilla con una ternura inusitada. Se puso de pie y contempló la escena. ¡Por fin todo era como debía de ser!

Se dio la vuelta y enfrentó a sus hermanos. Ellos le devolvían la mirada sin poder disimular la excitación y la ansiedad que los dominaba, los corroía. Una sonrisa se extendió por cara, al ritmo que un poder desmedido se apoderaba de él. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito al aire. Decenas de sombras cubrieron el cementerio. Salían de cada rincón, de cada agujero, de cada grieta; y danzaron a su alrededor. Lo cubrieron como un suave manto y lo alzaron en el aire, mientras el ambiente se cargaba de electricidad y chisporroteaba. Segundos después, las sombras se disiparon del golpe y Lucifer cayó al suelo con el torso desnudo y los ojos cerrados.

Los abrió, y dos alas negras como la noche se extendieron a ambos lados de su espalda, brillantes y majestuosas. Por fin estaba completo, y era libre.

—Preparémonos. Ha llegado la hora de tomar lo que siempre debió ser nuestro —dijo a sus hermanos.

Nada más terminar el funeral por Samuel, William regresó a casa de los Solomon. Estaba preocupado por el estado de Evan; y sobre todo por Kate. Ella se sentía culpable por todo lo ocurrido, por las muertes, y nadie mejor que él sabía lo que un sentimiento así podía destrozarte.

La vuelta desde las montañas se le había antojado eterna. Podría haberse desmaterializado sin más, pero no tuvo el valor de dejar a Daniel, ni a ningún otro Solomon, de ese modo.

Cuando se bajó del coche de Carter, estaba de los nervios. Había sentido una extraña opresión en el pecho durante las dos últimas horas, una sensación instintiva que le avisaba de un peligro real. Entró en la casa, cada vez más alarmado, y subió la escalera sin hacer ruido. La puerta del cuarto de Evan estaba entreabierta. Jill se había quedado dormida junto a él, sentada en una silla. Rachel descansaba profundamente en un sillón al otro lado de la cama. De repente, sus ojos se encontraron con los del chico. Había recuperado la consciencia, su piel el color y, por el sonido de su estómago, también el apetito.

William entró en el cuarto sin hacer ruido.

—Hola, campeón —susurró.

Evan le sonrió y utilizó sus brazos para incorporarse un poco sobre las almohadas.

—¿Mi tío...? —empezó a preguntar. William sacudió la cabeza—. No puedo creer que haya... —se le rompió la voz. Parpadeó un par de veces para alejar las lágrimas que se arremolinaban bajo sus pestañas.

—Y yo no puedo creer que te estés recuperando —musitó William, mirándolo de arriba abajo sorprendido—. Estabas muy mal.

—Ni yo, creía que me moría. Pero he empezado a regenerarme y ahora me encuentro bien. Sentí algo extraño, unas manos sobre mi cuerpo, y te juro que creí ver a alguien en la habitación...

—Sea lo que sea, parece un milagro.

—¿Evan? —la voz somnolienta de Jill los interrumpió. Pegó un bote de la silla al verlo despierto—. ¡Oh, por Dios, estás aquí! ¿Te encuentras bien?

Rachel también se despertó. William aprovechó el momento y salió, dejándolos solos. Fue hasta su antigua habitación y entró. El estómago le dio un

vuelco al comprobar que ella no estaba allí. Había dejado a Mako a cargo de su vigilancia. Sacó su teléfono móvil y la llamó por si habían vuelto a la casa de huéspedes. Tenía el teléfono apagado. Encontró papel sobre el escritorio y un bolígrafo, que no recordaba que estuviera allí antes. En la papelera vio un par de folios arrugados. Cogió uno y lo estiró con cuidado.

«No sé cómo decirte esto...», no había nada más. William se agachó y cogió otro. Deshizo la pelota y leyó. «Nunca creí que me resultaría tan difícil...», lo había tachado, pero aún se podía leer. Empezó a ponerse nervioso, paranoico. Su teléfono móvil sonó. El número de la casa de huéspedes iluminaba la pantalla.

—¿Kate?

—Soy Sarah —dijo la voz de la nefilim al otro lado del teléfono. Estaba alterada y junto a ella se oía un llanto desconsolado—. Acaba de llegar una mujer, buscándote. Está histérica. Dice que se llama Jane y que es hermana de Kate. No para de decir incoherencias y no sé qué le pasa.

—¿Kate está ahí?

—No, aquí no está.

—Bien, no te preocupes. Gracias.

William colgó el teléfono y se quedó petrificado. Aún seguía aquella opresión en su pecho, como un mal augurio. Recorrió toda la casa y no encontró ningún rastro de Kate. Con un mal presentimiento que le erizaba el vello, se desmaterializó y tomó forma en el porche de la casa de huéspedes. Entró y encontró a Jane en el salón, sentada en el sofá con Sarah y Salma. En cuanto lo vio, la chica se puso de pie y corrió a sus brazos. Temblaba como un flan y no dejaba de llorar, de una forma tan amarga y violenta que apenas podía respirar.

—Jane —se impacientó William, apartándola por los hombros de su pecho—. ¿Qué ocurre?

—Estaba en casa y ... No sé cómo... entró en mí... Yo no podía moverme... Y me llevó hasta allí. Ella... ella estaba con ellos... Me dijo cosas... cosas que no entendí... Ese... hombre, ese hombre... le... hizo algo —gimoteaba.

A William le flojearon las rodillas.

—¿Qué hombre, Jane? —le preguntó en un tono más duro de lo que pretendía—. ¿Dónde está Kate? ¿Qué le ha pasado a tu hermana?

—Me pidió que te dijera... que lo sentía... y que... que te amaba —hipó.

Cada palabra era como una puñalada en el corazón de William. No quería perder el control, no quería, pero todo su cuerpo temblaba y su piel comenzó a iluminarse. Agarró a Jane con más fuerza y la sacudió.

—¿Qué le pasa a Kate? ¿Dónde está tu hermana, Jane? —preguntó casi sin poder contenerse.

—¡Está muerta! ¡Está muerta! —gritó Jane con voz estrangulada—. En el viejo cementerio.

William la soltó, como si de pronto su piel le quemara en las manos. Dio un paso atrás y después otro, hasta chocarse con la pared. Jane cayó al suelo, de rodillas, y se cubrió el rostro con las manos sin dejar de llorar. Sarah se arrodilló a su lado y la abrazó en un intento por consolarla.

William sacudió la cabeza, negándose a creer lo que la chica acababa de decir. Se quedó mirándola un largo segundo. De repente, se dio la vuelta y echó a correr hacia la salida. Cruzó el porche de un salto y se desmaterializó en el aire. Sus pies aterrizaron en el viejo cementerio. Echó a correr sin saber muy bien a dónde.

—Kate —gritó con un nudo en la garganta, tan apretado que le dolía como si alguien lo estuviera estrangulando.

No recibió más respuesta que el eco de su propia voz rebotando contra las piedras hasta perderse en el silencio. Apretó el paso, mientras rezaba para que nada de lo que Jane había dicho fuera cierto. No podía ser cierto. Quizá se había dado un golpe en la cabeza o había visto algo que no era. Sí, seguro que se trataba de eso. Quizá había averiguado que su hermana se había transformado en vampiro y se refería a esa clase de muerte. ¿Y quiénes eran ellos? Mientras su mente divagaba, convenciéndose a sí mismo de que todo estaba bien, sus ojos localizaron un rastro de sangre sobre las marcas de un cuerpo que había sido arrastrado.

Se agachó para verlo de cerca. Tocó con los dedos las manchas secas y se los llevó a la nariz. Un gemido desesperado brotó de su pecho al reconocer el olor. Era la sangre de Kate...

Dios mío.

No, no, no...

Siguió el rastro hasta la entrada a una cripta, semioculta tras una cortina de hiedra y maleza. El vestigio de sangre era más profuso, y continuaba por unas escaleras con forma de caracol que desembocaban en una sala de piedra. El moho cubría las grietas y los rincones, y el agua goteaba desde el techo formando pequeños charcos. Olía a cera quemada y a humo. Las velas de los anaques habían sido usadas hacía muy poco.

Giró sobre sí mismo. Le temblaba el cuerpo y era incapaz de controlar los cambios que estaba sufriendo: su piel se iluminaba como un faro, parpadeaba al ritmo de sus emociones. De sus dedos brotaban pequeños rayos, que chasqueaban al entrar en contacto. Notaba un picor insoportable en la espalda, a la altura de los omóplatos.

Un bulto en el suelo llamó su atención. Un cuerpo caído boca abajo, con la cabeza vuelta a un lado. Cruzó la sala como una exhalación y se precipitó de rodillas sin importarle el desgarrar en su ropa y en la piel. Frenético, cogió el cuerpo y le dio la vuelta, sujetándolo entre sus brazos. La cabeza cayó hacia atrás. No se movía y tenía los ojos abiertos y fijos en ninguna parte. William

sintió que se paralizaba al contemplar aquellos rasgos tan conocidos: Mako.

A Kate no la veía por ninguna parte. Pero había estado allí, esa sangre era suya.

La situación pintaba cada vez peor y sus esperanzas se desvanecían en una desesperación que rozaba la locura. Dejó el cadáver en el suelo con cuidado. Trató de comunicarse con Adrien a través del vínculo que poseían. No lo logró. Puede que estuviera demasiado lejos. Maldijo al comprobar que tenía el teléfono apagado. Con dedos temblorosos tecleó un mensaje que ni él mismo entendía. Le dio a enviar y salió disparado de la cripta.

—¡Kate! —gritó una vez tras otra mientras recorría las calles bordeadas de tumbas y mausoleos.

La terrible premonición, que había sentido durante toda la tarde y parte de la noche, se estaba cumpliendo. Giró en una esquina y al fondo de la siguiente calle vio una estatua. El tiempo se fue deteniendo a la vez que él reducía su carrera hasta pararse por completo. Conocía ese ángel. Su familia poseía una réplica exacta en el cementerio familiar que tenían en Blackhill House.

William sintió que el pecho se le abría de dolor. Su corazón gritando de agonía. En el suelo, recostada bajo la estatua, se encontraba Kate. Parecía que durmiera, con la mano del ángel sobre su cabeza como si estuviera vigilando su sueño. Se llevó las manos a las sienes, mientras se iba acercando a ella, tambaleándose, negándose a creer lo que estaba viendo. No podía ser.

Se dejó caer junto a Kate, sintiendo cómo su vida se hacía añicos. Ella ya no estaba allí, se había ido, y la única energía que sentía era el terror que surgía de su propio cuerpo diciéndole que estaba muerta. Cerró los ojos. No era capaz de mirarla y se limitó a seguir con los ojos cerrados, con la esperanza de que, cuando volviera a abrirlos, nada de aquello hubiera pasado. Que no fuera real, solo una pesadilla, otra más.

Tic... tac... tic... tac...

No sabía cuánto tiempo permaneció así. El paso de ese tiempo ya no tenía ninguna importancia. Tic... tac... Abrió los ojos y la esperanza se desvaneció. No se movía. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, dando paso a un llanto amargo y desgarrado mientras la tomaba entre sus brazos y la acunaba contra su pecho. Empezó a mecerse con ella, de delante hacia atrás con un rítmico balanceo. La miró a través de sus ojos vidriosos y, sin saber lo que hacía, posó una mano sobre el corazón del único amor verdadero que había conocido, como si con ese simple gesto fuese capaz de hacerlo latir de nuevo.

—¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? —no dejaba de repetir.

El dolor que sentía lo hizo doblarse hacia delante hasta apoyar su frente contra la de ella. Empezó a temblar, sin soltarla. El olor de su piel, de su pelo... Dios, ¿cómo iba a vivir ahora? Besó sus labios, mientras en su pecho iba creciendo una fuerza descontrolada. Echó la cabeza hacia atrás y gritó. Gritó con

todas sus fuerzas, con un odio infinito y un deseo de venganza que le quemaba las entrañas. Gritó hasta quedarse ronco, mientras una corriente de energía salía disparada hacia el cielo.

Decenas de rayos empezaron a caer, partiendo árboles, impactando contra las tumbas, devastando mausoleos. Las nubes cruzaban el cielo a una velocidad que el ojo humano no hubiera podido captar. El suelo temblaba haciendo que las lápidas se tambalearan, colisionando contra las losas de piedra y mármol, creando un ruido que se asemejaba al del cristal chocando entre sí. Y empezó a llover.

William abrazó el cuerpo de Kate contra su pecho y luego la levantó con mucho cuidado, como si todavía estuviera viva. Pesaba tan poco. Comenzó a caminar con ella en brazos, sin pensar en lo que hacía. Avanzaba a trompicones mientras la lluvia caía sobre él sin compasión, llevándose consigo las lágrimas que se deslizaban por su rostro de manera incontrolable. Se sentía roto y deshecho, y sabía que esta sería su existencia de ahora en adelante. Un cascarón vacío. El mundo ya no tenía nada que ofrecerle; por él podía acabarse. Kate lo había abandonado y, en aquel momento, la odiaba por haberlo hecho.

Adrien regresó a la casa de huéspedes en cuanto se aseguró de que los Solomon estaban bien. La rápida y sorprendente recuperación de Evan había aliviado un poco la sensación de pérdida que estaban sufriendo. Encontró a Sarah en el porche, esperándolo, y no pudo evitar sentirse muy bien por ello. Era agradable tenerla allí, ser el único dueño de su cariño. Todos sus pensamientos, junto con su sonrisa, se desvanecieron en cuanto se percató de la expresión de su rostro.

Iba a preguntarle que si todo iba bien cuando su teléfono móvil vibró en su bolsillo. Le echó un vistazo sin dejar de caminar. Se detuvo de golpe al leer el mensaje y levantó la vista hacia Sarah. Sus ojos le confirmaron que no se trataba de una broma. Se desmaterializó en el aire y tomó forma frente a la verja que daba entrada al cementerio. La lluvia, concentrada en aquel lugar, lo empapó en un segundo. Miró al cielo y se quedó maravillado ante un firmamento que no dejaba de iluminarse y chasquear con una furia descontrolada. Uno de los rayos impactó en el campanario de la iglesia. La maldita iglesia que parecía haberse convertido en el epicentro del desastre. El campanario se vino abajo y Adrien tuvo que apartarse para que las piedras no le cayeran encima.

Sus piernas se convirtieron en gelatina. William caminaba hacia él por la avenida principal, con el cuerpo de Kate colgando entre sus brazos. Empezó a negar con la cabeza y notó cómo su propio cuerpo se rasgaba en dos mitades. No podía ser, de ninguna manera ella...

William pasó por su lado sin siquiera mirarlo. Acunaba el cuerpo de Kate como si fuera el de un bebé. El perfume de la muerte flotaba en el aire. Miró a la vampira. Su piel había adquirido un tono azulado y sus labios habían perdido el color hasta fundirse en su rostro. Uno de sus brazos colgaba inerte y se balanceaba al ritmo de la marcha fúnebre de los pasos de William. La realidad lo golpeó como un martillo directo a la cabeza. Kate se había sacrificado por ellos. No debía haber hecho eso, ninguno lo merecía.

William se encerró en su casa con el cuerpo de Kate. La dejó sobre la cama del dormitorio que habían compartido tantas veces y se arrodilló junto a ella, sujetando su mano. Tres días después no se había movido de su lado y no había

dejado que nadie la tocara. El tiempo pasaba y ella merecía su descanso. Todo había sido dispuesto para enterrarla junto a su abuela y sus padres en el nuevo cementerio que había al lado de Saint Martin. La tumba continuaba vacía.

—¡Fuera! ¡Mataré al que la toque! —gritó William—. ¿Está claro? ¿Está claro para todos? —gritó con más fuerza—. Nadie va a tocarla.

Robert y Marie abandonaron la habitación completamente deshechos. Fuera, en el pasillo, Adrien y Shane cruzaron una mirada de impotencia.

—No atiende a razones —susurró Robert, dejándose caer contra la pared—. Asegura que si no nos vamos y lo dejamos en paz, se largará con ella de aquí.

—Quizá madre pueda convencerlo, ella siempre ha tenido mucha influencia sobre él —comentó Marie. Se acurrucó bajo el brazo de Shane. La muerte de Kate la había destrozado. Aún no podía creer que la chica ya no estuviera con ellos.

—Ha prohibido su presencia, y la de padre. No quiere ver a nadie —respondió Robert con tono hastiado—. De momento es mejor no forzarlo demasiado, no sea que haga alguna tontería. Démosle algo más de tiempo.

—¿Más tiempo? Lleva tres días ahí dentro. Todos hemos tratado con la muerte para saber qué le ocurre a un cuerpo sin vida. No dispone de mucho más tiempo —les hizo notar Shane.

Adrien se pasó una mano por la cara y después por el pelo. Exhaló un suspiro cargado de dolor.

—Necesita despedirse y aceptarlo. Acabará haciendo lo que debe. —Intentó parecer seguro, pero ni él confiaba en que William entrara en razón. Ya no era él mismo, se había convertido en un fantasma que yacía junto a otro fantasma, y temía que pudiera acabar usando la 45 que llevaba encima para volarse la tapa de los sesos. Con las balas que cargaba esa cosa podría—. Lo aceptará —aseguró, negándose a pensar en otra posibilidad.

La muerte de Kate había arrojado un velo funesto sobre todos ellos, y que afectaba por encima de todos a Adrien. Se sentía responsable de su fin. Nada de aquello estaba bien. Ella no merecía nada de lo que le había pasado. Quiso retrasar el tiempo, volver atrás, a aquel instante en el que chocó con ella en la calle de forma premeditada. La habría dejado en paz. De no ser por él, Kate estaría ahora en la universidad, rodeada de amigos y sin problemas. Sana y salva.

Las lágrimas regresaron a sus ojos. Dio media vuelta y salió de la casa. Caminó sin rumbo fijo, y acabó en la cascada. Le preocupaba William, no podía evitarlo, se había convertido en alguien importante para él. En el hermano que nunca tuvo. Se preguntaba si sería capaz de seguir adelante sin ella. No podría. Había dejado de vivir desde el primer segundo sin ella. No había comido, ni hablado salvo para gritarles que lo dejaran solo.

Adrien se agachó y contempló su reflejo en el agua, invadido por una

sensación de fatalidad que lo aplastaba. De improviso, un escalofrío de peligro le recorrió la espalda. Alzó la vista y se quedó mirando el rostro que despertaba en él un desprecio absoluto. Mefisto se encontraba al otro lado del remanso que la cascada formaba al caer. Se tomó un momento para serenarse y se puso de pie. Sintió un odio infinito hacia él y hacia toda la maldita historia que los unía, hacia la sangre que compartían y que de buena gana drenaría de su cuerpo hasta quedar limpio.

—¿Qué quieres? —escupió.

Mefisto bajó la mirada un segundo, antes de clavarla de nuevo en su hijo.

—Te guste o no, somos lo que somos, Adrien. Siempre seré tu padre y tú siempre serás mi hijo.

—Si pudiera, me arrancaría ese ADN del cuerpo.

Mefisto se estremeció como si le hubiera dolido y se tomó unos segundos para calmarse. Adrien frunció el ceño. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Sincero amor de padre en estado puro?

—Lo sé, pero no puedes. Yo te engendré, di luz a tu vida...

Adrien soltó una carcajada sin pizca de gracia. El impulso de saltar sobre él y golpearlo hasta dejarle la cara irreconocible, se convirtió en un dolor físico.

—Mi vida pertenece a mi madre, solo a ella le debo algo. Ella es la única familia que tengo. Tú no eres más que alguien a quien odio con todas mis fuerzas y a quien he prometido matar con mis propias manos.

Mefisto le sostuvo la mirada.

—Nunca quise hacerte daño, jamás. A mi modo siempre te he querido. Te pareces tanto a mí. Eres fuerte, peligroso y poderoso. Las cosas podrían haber sido de otro modo entre nosotros, si tú...

—¿Si yo qué? —le espetó Adrien con el pecho convertido en cemento. No pensaba entrar en aquel juego. ¿Qué intentaba hacer? ¿Acaso le estaba pidiendo perdón por haber sido el peor padre de toda la historia?—. ¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido? El papel de padre preocupado no te pega. No quiero que te comportes así, me asquea.

Una oleada de calor brotó del cuerpo de Mefisto y su voz tronó.

—Te guste o no, soy tu padre. Eres parte de mí y me debes un respeto. Eres mi hijo.

Adrien desnudó sus colmillos.

—No me llames así. Nunca más. Tú y yo no somos eso. Me has herido, aterrorizado, amenazado y obligado a hacer cosas horribles. Un padre no habría hecho algo así —siseó con voz envenenada.

—Créeme, para mí tampoco fue agradable. Aunque no lo creas, siempre he estado ahí, tras tu sombra.

Adrien se echó a reír, aunque su risa se asemejaba más a un llanto amargo.

—Entonces, debería darte las gracias por haberte quedado mirando sin hacer

nada mientras yo sufría; cuando por tu culpa perdí toda mi humanidad y mi inocencia. ¡Me lo has arrebatado todo! Me has robado lo poco bueno que había en mí, padre —escupió con desprecio.

Mefisto cruzó los brazos sobre el pecho.

—Fue necesario. Hay cosas que están por encima de ti y de mí —se justificó el arcángel.

—Si por un momento has creído que me importa, pierdes el tiempo. Ahora contesta a mi pregunta. ¿A qué has venido? —inquirió Adrien.

Mefisto se colocó los puños de su camisa y después se abrochó los botones de la chaqueta. Lo hizo despacio, sin prisa, y se quedó mirando a Adrien. Frío e inhumano, era imposible no apreciar hasta qué punto era hermoso; y peligroso.

—El tiempo se ha acabado. Los tres días de gracia tras el retorno de Lucifer han pasado, y esta noche lanzaremos el desafío —respondió.

—¿Y se supone que tengo que saber de qué hablas? —replicó Adrien.

—Dentro de unas horas Lucifer retará a Miguel. No puede negarse, así que habrá guerra. La última batalla, la que dará comienzo al Armagedón. Vengo a pedirte que luches a mi lado, como mi descendiente, ocupando el lugar que te corresponde. Eres lo que yo, hijo. Mi sangre predomina en ti, eres un ángel.

Adrien se quedó mudo. Jamás habría esperado semejante petición por parte de su padre.

—Me estás pidiendo que olvide quién soy y todo en lo que creo. Que olvide a todas las personas que me importan y me una a ti para destruir el mundo en el que vivo. ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

—No, te estoy dando la oportunidad de vivir y ocupar un lugar a mi lado. La oportunidad de proteger a tu madre y mantenerla a salvo, incluso a esa nefilim por la que sientes algo. Te estoy dando un futuro en el nuevo mundo que vamos a crear, hijo mío.

—Por mí puedes coger tu futuro y metértelo por donde te quepa. Espero que Miguel te saque el corazón del pecho y después te arranque el alma.

Mefisto entornó los ojos y ladeó la cabeza, esbozando una sonrisa maliciosa.

—¿Te refieres al mismo Miguel que no ha hecho otra cosa que esconderse mientras tus amigos mueren? ¿El mismo que ha permitido que Kate se sacrifique? ¿El mismo que no ha tenido las agallas de enfrentarse a nosotros sin la certeza absoluta de que sus artimañas le asegurarían la victoria? ¿Hablas de ese Miguel? Tienes demasiadas esperanzas puestas en un cobarde. Eso es lo que siempre ha sido, un cobarde; que esta noche caerá de su pedestal.

Adrien le dedicó una sonrisa cargada de desprecio. Apuntó a su padre con el dedo.

—En realidad me importa un cuerno quién gane. Por mí podéis mataros entre vosotros hasta que no quede ninguno. Pero te juro que no voy a quedarme de brazos cruzados si intentáis algo contra nosotros, y que haré lo que sea para

proteger a los que quiero de toda vuestra mierda.

Dio media vuelta, de regreso a la casa. Aunque se moría por matar a aquel ser, ni siquiera merecía el esfuerzo. Ahora debía estar en otro lugar, al lado de las personas que de verdad lo necesitaban. Al lado de William.

La voz de Mefisto llegó hasta él, sinuosa como el contoneo de la serpiente que era.

—Tienes que elegir, Adrien. Hasta ella lo hizo; y optó por nosotros. Eligió salvarlos a costa de su sacrificio. Al menos deberías hacer honor a eso y honrar su decisión. La apreciabas.

Adrien se detuvo con los puños apretados y los dientes rechinando. No se giró. Se quedó inmóvil con la vista clavada en el bosque, mientras un chisporroteo, que apenas podía contener, sacudía su cuerpo. Lenguas de fuego lamían sus dedos. Que osara hablar de Kate era más de lo que podía soportar.

—¿La apreciaba? —le gritó a Mefisto, destilando rabia—. Ella fue lo único que me sostuvo de pie cuando me quedé sin fuerzas. Me perdonó cuando ni yo mismo podía. No me ofendas. Mis sentimientos por Kate van mucho más allá del aprecio —gruñó, cada vez más alterado—. Pero alguien como tú, que no siente nada, jamás podrá entenderlo. Tú no quieres a nadie. ¿O es que te importó mi madre mientras la seducías para tus propósitos? ¿O te importaba yo cuando la tuviste secuestrada durante dos años para someterme?

Continuó caminando. Necesitaba alejarse de allí o acabaría perdiendo el poco control que le quedaba y se lanzaría sobre él con una daga en cada mano.

—Tienes que elegir, Adrien. Todos tendréis que decidir de qué lado estáis —insistió Mefisto, con una nota amenazadora en su voz.

Adrien giró sobre sus talones, como si un látigo lo estuviera azotando.

—¿Acaso no lo ves? Ya he elegido. Reniego de hasta la última gota de tu sangre que corre por mis venas. Yo nunca he tenido padre. Para mí tú eres el enemigo a derrotar.

Y sin más, se desmaterializó. Dejó a su padre con la palabra en la boca y un ataque de ira con el que hizo hervir el agua de la cascada, matando a todos los peces. Segundos después, Adrien tomaba forma en la cabaña que había alquilado meses antes de ir a vivir a la casa de huéspedes. Muchas de sus cosas seguían allí, incluida su moto. Entró en el garaje y le echó un vistazo. Correr con ella siempre le había gustado. Le ayudaba a pensar, y ahora lo necesitaba más que nunca.

La puso en marcha y se lanzó a una frenética carrera sin rumbo fijo. Lo único que quería era sentir el viento en la cara y la potencia de la máquina bajo su cuerpo. Centrar todos sus sentidos en la carretera y evadirse por un rato del inminente desastre.

En pocas horas, el destino del mundo iba a ser decidido por un grupo de semidioses, ególatras y vengativos, motivados por su propio deseo de revancha. Como si el mundo en realidad fuera un patio de juegos y ellos unos mocosos

envidiosos, peleándose para ver quiénes se llevaban el juguete más grande. O, peor aún, para llamar la atención de un padre que los ignoraba por completo, con la indolencia del que está acostumbrado a sus rabietas y sabe que, antes o después, acabarán por hacer las paces. No sabía que idea le daba más miedo.

No era capaz de resignarse a ser un mero espectador. Iba en contra de su naturaleza; pero tampoco sabía qué podía hacer para evitarlo. Y la única persona con la que podía contar para intentar encontrar una solución, estaba viviendo el peor momento de su vida, el mayor de los sufrimientos. Necesitaba que William despertara y saliera de ese duelo doloroso que lo estaba consumiendo. No había nada que pudieran hacer por Kate, pero sí por el resto; y Adrien sabía que, a pesar de todo, a William le importaban sus hermanos, los Solomon...

Regresó a la casa del vampiro. Sabía perfectamente dónde encontrarlo.

Se coló en la habitación sin más. Sabía que pedir permiso para entrar sería inútil. La escena que encontró en aquella alcoba lo dejó sin habla. El cuerpo de Kate continuaba en la cama, inmóvil. Su piel tenía un color ceniciento y estaba tan rígida como una barra de acero. William se encontraba a su lado, de rodillas, con el rostro escondido entre sus manos. ¡Dios, aquello era demasiado macabro!

—Lárgate —dijo William con un gruñido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Adrien, ignorando su petición.

William alzó la cabeza y lo miró. La vida había abandonado sus ojos. Apenas era la sombra del hombre que había sido tres días antes.

—¿Te das cuenta de que no va a levantarse de ahí? —continuó Adrien—. ¿A qué esperas? Ella no querría esto. Ya no está. Ella ya no está —repitió como una súplica—. Deja que su cuerpo descanse en paz, esto es... es... —No encontraba las palabras con las que explicar el horror dentro de aquella habitación.

William no apartaba los ojos de él. Hubo un cambio en el aire, y la explosión que siguió fue tan fuerte que destrozó las ventanas. Volaron cristales por todas partes. En un visto y no visto, William aplastaba el cuerpo de Adrien contra la pared. Las luces del techo parpadeaban sin parar. La energía vibró por el suelo, resquebrajando la madera. Se formó una especie de remolino que daba vueltas alrededor de la cama como un muro protector.

—Nadie va a moverla de ahí. ¿Entiendes? —gritó William, golpeando a Adrien contra la pared—. No puedo hacer lo que me pides. No puedo enterrarla, porque si lo hago, entonces estaría aceptando que... —se le rompió la voz.

—Dilo —le exigió Adrien. La mano de William sobre su garganta apenas le dejaba mover las cuerdas vocales—. Dilo —repitió en tono vehemente.

—No puedo...

—Sí puedes. Duele, pero tienes que decirlo. —Se miraron a los ojos—. Dilo, William.

—Que... que ella está... ¡Dios, está muerta! —sollozó con amargura—. Lo está, ¿verdad? Lo está —gimió.

Adrien asintió.

—Lo siento mucho —le dijo—. Lo siento mucho, William.

William aflojó los brazos y se dio cuenta de que se sostenía de pie porque Adrien lo sujetaba. Dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de él. Se tambaleaba de un lado a otro, moviendo los brazos como si fuera a vomitar. Jadeaba sin parar. Sentía un dolor imposible. La pena que brotaba de él era como un virus extendiéndose por su cuerpo, enfermándolo, y que le hacía temblar y que le doliera el pecho. Nunca pensó que la tristeza pudiera ser una enfermedad física, pero lo era. Corrió al baño y empezó a vomitar. Cuando por fin pudo calmar su estómago, Adrien estaba a su lado, ofreciéndole una toalla mojada.

William se limpió la boca y se quedó sentado en el suelo, junto al retrete.

«Ella ya no está. Está muerta», el pensamiento se repetía en su cabeza sin parar.

No podía hacer nada para remediarlo. Salvo comportarse como un hombre que ya no tiene nada que perder. Quería tanto a Kate, que la vida sin ella no tenía sentido, era insoportable. Así que, no quería esa vida. Abandonarla, dejarse ir, sería fácil sabiendo cómo hacerlo; y él sabía cómo. Pero antes debía hacer algo.

Con la toalla se secó las lágrimas que aún le mojaban las mejillas. Las lágrimas eran inútiles, una debilidad indigna del recuerdo de Kate; cuando ella se había sacrificado sin dudar. Le ofrecería un tributo: muertes, y la venganza sería la tierra con la que cubriría su tumba. Uno a uno iba a acabar con todos ellos. Su mirada apagada, sin vida, comenzó a brillar, recubriéndose de odio.

Adrien vio en sus ojos lo que su mente pensaba y una idea se abrió paso en su cerebro. En pocas horas el mundo iba a cambiar. Tendría lugar una batalla, que Mefisto y Lucifer estaban seguros de ganar porque superaban en fuerza a sus hermanos. Pero ¿y si la balanza se igualaba? Si derrotaban a Lucifer, regresaría al infierno y, con un poco de suerte, no volvería a salir de allí. No todo estaba perdido. Aún tenían una oportunidad. Se agachó junto a William y lo miró fijamente a los ojos.

—Quieres venganza. Yo sé cómo puedes lograrla. Mi padre ha venido a verme, quería que me uniera a él. Van a desafiar a Miguel, van a luchar para ver qué bando se queda con el premio. Están convencidos de que ganarán porque son superiores en número y fuerza —explicó en tono vehemente. Las palabras fluían de su boca con rapidez, presa del nerviosismo que comenzaba apoderarse de él—. Pero ¿y si nosotros hacemos que esa pelea sea mucho más justa? Somos tan fuertes como ellos.

William se enderezó. Toda su atención pertenecía en ese momento a Adrien.

—Quiero matarlos a todos —dijo con una serenidad brutal.

—Y yo quiero que lo hagas, pero no podemos solos. Necesitamos a Miguel y a su corte de idiotas egocéntricos; aunque admitirlo me guste tanto como que me metan un hierro candente en un ojo.

—Dudo que acepten nuestra ayuda —terció William.

—Puede que seamos su única posibilidad. Tendremos que convencerlos de que nos necesitan.

—A mi ya me habéis convencido —dijo una voz desde la puerta.

Adrien y William se giraron a la vez, y vieron a Gabriel apoyado contra la madera. Su cuerpo reposaba con un descuido indolente. Se puso derecho y miró a William con una expresión más humana.

—Siento tu dolor —dijo el arcángel.

El funeral de Kate se celebró en la más estricta intimidad. Todos pensaron que William por fin había recapacitado y reunido el valor para despedirse de ella como era debido. De pie, frente a la tumba, él miraba impasible el féretro mientras era cubierto por capas y capas de tierra.

Jane estaba a su lado, llorando en silencio, aferrada a la mano del vampiro. El shock que había sufrido al presenciar la muerte de su hermana, fue comparable al que le sobrevino después al descubrir la verdad sobre las personas que la rodeaban. La incredulidad había dado paso al miedo, después a la rabia, finalmente a la aceptación. Vampiros, licántropos y ángeles velaban el cuerpo de su hermana, lloraban su muerte, y ella solo podía pensar que se había vuelto loca de remate.

William apretaba entre sus dedos una cadena de la que colgaba el anillo de Kate. Notaba los eslabones clavándose en su piel. Si al menos hubiera podido convertirla en su esposa. No sabía por qué, pero tenía la necesidad imperiosa de poder tener ese recuerdo. Kate siendo su mujer. Ahora era demasiado tarde para ellos. Era demasiado tarde para volver a sentirla, para tocarla, para tenerla de nuevo entre sus brazos. Tarde para compensarle la vida que no pudo ni supo darle.

—¿Estás bien? —preguntó Shane.

—Sí —respondió William—. Solo quiero estar un rato a solas con ella.

—Te esperaremos en casa, ¿vale? —dijo Marie.

William asintió y se inclinó hacia su hermana cuando ella se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. La vampira rodeó los hombros de Jane con el brazo y se la llevó consigo. Poco a poco, todos regresaron a los coches y abandonaron el cementerio. William se quedó solo, con los ojos clavados en la tierra húmeda. Aún con la esperanza de que todo fuera un mal sueño y que de un momento a otro despertaría con ella a su lado. No iba a despertar. Kate solo se encontraba viva en su mente. Siempre con él, por siempre fuera de su alcance.

Iba a tener que cargar con su sufrimiento un poco más, pero esa clase de sufrimiento era como un purgatorio para alguien que no había muerto.

Adrien se paró a su lado. Segundos después, Gabriel apareció frente a ellos.

—Se ha lanzado el desafío —dijo el arcángel al cabo de unos segundos.

William alzó los ojos hacia él.

—Estamos listos.

—Sí —confirmó Adrien.

No se habían despedido de sus familias. Ninguno de los dos había dicho nada a nadie; no tenía sentido preocuparlos. Si todo salía bien, ya tendrían tiempo de aclarar lo sucedido; si no acababa como esperaban, ya se verían al otro lado.

Gabriel esbozó una sonrisa y su voz adquirió un tono grave.

—Un consejo: cogeos de las manitas —dijo entre dientes.

Gabriel se esfumó arrastrándolos consigo. El aire crujió y una intensa luz brilló en el cielo.

Adrien y William se encontraron cayendo al vacío sin ningún control. Se estamparon de bruces contra el suelo y sus cuerpos se hundieron varios centímetros en la arena. Una arena fina y suave que debía rondar los cincuenta grados de temperatura, a pesar de que el sol ya se estaba poniendo. Ambos se levantaron, sacudiéndose el polvo de las ropas y escupiendo tierra.

—Os dije que os dierais la mano —se rio Gabriel.

Adrien estaba a punto de mandarlo al infierno, cuando se percató del paisaje que los rodeaba. Ante ellos se extendían kilómetros y kilómetros de páramos pizarrosos y cañadas arrasadas por la erosión. A lo lejos se intuían unas ruinas, difuminadas como si fueran un espejismo. Nunca habían visto un lugar tan inhóspito como aquel. El sol se ocultó por completo a sus espaldas y en el cielo comenzaron a brillar las estrellas. Puntos borrosos entre dos luces. La temperatura bajaba a toda prisa y el escenario se transformó con una rapidez increíble. En la tierra debía haber pocos lugares tan hermosos como aquel.

—¿Dónde estamos? —preguntó William.

—En el desierto del Néguev —respondió Gabriel.

—¿Estamos en Israel? —inquirió Adrien con la boca abierta.

—En este desierto tuvo lugar la primera batalla de la historia, y tendrá lugar la última. Tiene sentido, ¿no? En el fondo siempre hemos sido unos sentimentales —contestó el arcángel. Dejó escapar un suspiro y echó a andar—. Vamos, mis hermanos ya han llegado.

Caminaron en silencio durante unos minutos. Descendieron por una escarpada cañada y recorrieron con paso rápido el pasillo que formaban sus paredes.

—Se me olvidó comentaros una cosa —dijo como si nada Gabriel.

William clavó sus ojos en la espalda del arcángel y frunció el ceño con desconfianza.

—¿Qué cosa?

—Para que podáis luchar en esta batalla, primero tendréis que hacer un pequeño sacrificio. Una parte de vosotros se perderá para siempre y la otra se afirmará definiendo lo que sois. —Ladeó la cabeza y los miró por encima de su

hombro—. Y, por cierto, el proceso duele bastante.

Adrien apretó el paso hasta colocarse al lado de Gabriel.

—¿De qué sacrificio estamos hablando? —preguntó bastante mosqueado.

Gabriel se limitó a reír.

La cañada se fue ensanchando y desembocó en una vasta extensión de arena y guijarros; y allí, frente a ellos, estaban los hermanos de Gabriel: Miguel, Rafael, Amatiel, Meriel y Nathaniel.

—¿Qué hacen ellos aquí? —gruñó Rafael, dirigiéndose hacia ellos con los puños apretados.

Gabriel le cortó el paso con una mano en el pecho y lo empujó para que retrocediera.

—Los necesitamos. No podemos ganar nosotros solos —dijo en tono vehemente.

—¿A esos? —lo cuestionó Meriel.

Gabriel apretó los dientes. Sabía que iba a ser difícil convencerlos, pero no tenía paciencia para discutir.

—He pensado que otro par de espadas nos vendrían bien, ¿no crees?

Los dos hermanos se quedaron mirándose un largo segundo. Al final, Meriel dio un paso atrás y se separó de Gabriel. William y Adrien cruzaron una mirada. No había que ser un genio para darse cuenta de que nadie estaba al tanto de los refuerzos, y que tampoco estaban muy contentos de verlos allí.

—¿Qué estás haciendo, hermano? —preguntó Miguel, que hasta ese momento había guardado silencio.

Gabriel sacudió la cabeza y se acercó a él.

—El mundo tal y como lo conocemos se encuentra al borde del precipicio. Estamos ante el fin de los tiempos y solos no podemos detenerlo —dijo Gabriel en voz baja—. Con ellos seremos ocho contra ocho. La igualdad supone esperanza. No cierres los ojos a eso.

Miguel miró por encima de su hermano a los híbridos.

—No son como nosotros, es imposible —le hizo notar.

—Tú tienes el poder de cambiar eso, y ellos están dispuestos al sacrificio.

—Lo que pides no es posible —insistió Miguel.

—¡Maldita sea, hermano! Si lo es —gruñó Gabriel—. Sabes que no solo se nace, también pueden crearse. Pueden surgir de la fuerza de su carácter, de su virtud y del poder de su voluntad. Ellos tienen todo eso, y la sangre de sus padres.

—¿Te das cuenta de lo que estás pidiendo? —intervino Rafael. Agarró a su hermano por el hombro y lo obligó a girarse para que lo mirara—. ¡Son vampiros!

—¿Y qué? —explotó Gabriel—. Ellos se alimentan de sangre y nosotros de almas. No hay tanta diferencia.

—Va en contra de nuestro código —susurró Amatiel.

Gabriel lo fulminó con la mirada.

—¿Qué código? —escupió con desprecio—. ¿El mismo que nos saltamos cuando nos interesa? —Entornó los ojos y miró a Miguel, recordándole a través de su vínculo cómo el arcángel se había saltado todas la normas habidas y por haber para lograr encerrar a Lucifer con magia prohibida.

—Él no lo aprobará —terció Miguel.

Gabriel lanzó una mirada al cielo antes de volver a posarla en su hermano. Se encogió de hombros con indolencia.

—¿Se lo has preguntado? —Hizo una pausa, antes de añadir—: Dáselas para que puedan luchar. Son tan fuertes como nosotros.

Miguel sostuvo la mirada de su hermano durante unos segundos que se le antojaron eternos. Los engranajes de su cerebro estaban funcionando a su pleno rendimiento. Pensando, evaluando, decidiendo. Masculló algo por lo bajo y apartó a Gabriel de un empujón. Tenía que hacer cuanto estuviera en su mano para que Lucifer no se alzara con el poder, esa era la máxima prioridad.

Adrien y William dieron un paso atrás cuando vieron al arcángel acercándose a ellos con cara de pocos amigos.

—Arrodillaos —les ordenó.

—¿Por qué? —preguntó William. No confiaba en él; en realidad no confiaba en nadie.

—Os dije que tendríais que hacer un sacrificio. ¡Quién sabe!, quizá hasta lo encontréis liberador —intervino Gabriel. Sonreía de oreja a oreja. Al ver que seguía dudando añadió—: ¿Quieres venganza, sí o no?

William se arrodilló a modo de respuesta. Adrien lo siguió.

—Quitaos la camisa —les pidió Miguel.

Los híbridos obedecieron.

Gabriel y Rafael sujetaron a William por los brazos; Nathaniel y Meriel hicieron lo mismo con Adrien.

—¿Os dije que podía doler mucho? —les preguntó Gabriel en tono burlón—. No os resistáis y será más fácil.

Miguel posó su mano izquierda sobre la espalda de William y la derecha sobre la de Adrien. Mientras invocaba su poder, su cuerpo se iluminó con un torrente de energía. Sus manos desaparecieron entre la claridad y penetraron en los cuerpos arrodillados. Un arco de luz surgió del pecho de William y salió disparado hacia el mismo centro de Adrien. La corriente de energía brotó despedida hacia el cielo, inmediatamente sucumbieron a un dolor insoportable que casi les hace perder el conocimiento. Sentían un ardor inmenso en las terminaciones nerviosas, sus cuerpos rezumaban calor y dolor; y acabaron desplomándose sobre la arena en cuanto Miguel rompió el contacto y los arcángeles los soltaron.

Adrien se abrazó el estómago, reprimiendo las ganas de vomitar. Jadeaba

como si le faltara el aire. William, con los puños clavados en la tierra, intentaba mantenerse derecho sobre las rodillas.

—¿Qué... qué ha sido eso? —logró articular.

Alzó la cabeza con esfuerzo y se encontró frente a frente con Gabriel. Parecía tan satisfecho que su expresión se asemejaba a la de un niño abriendo sus regalos el día de Navidad.

—¡Vuestro renacimiento! —exclamó, alzando las manos hacia el cielo.

William se puso de pie al segundo intento y se enderezó despacio. Sentía la espalda como si la tuviera cubierta de llagas, tan dolorosas como una quemadura; y algo más. Por la cara de Adrien supo que él también lo sentía. ¿Qué demonios les habían hecho? Le faltaba algo, podía notar que ya no estaba allí, pero no lograba identificar qué era.

La realidad lo golpeó de lleno. El deseo, el ansia, su sed había desaparecido, y había otra cosa en su lugar. Apretó los puños al darse cuenta del precio que acababa de pagar. Había dejado de ser quien era, y ahora se había convertido en uno de ellos, en un ángel completo. Sus ojos sin pupilas se clavaron en Gabriel. No había gratitud en ellos, solo el deseo de aplastar su hermosa cara contra una roca. Ya no le quedaba nada, ni siquiera su identidad.

—¿Por qué? —gritó William.

—Porque en todos los contratos hay letra pequeña.

La rabia y el instinto se apoderaron de William. Perdió el control. Una ira profunda y desbocada se disparó a través de su piel. De repente, surgidas de la nada, dos alas negras aparecieron en su espalda. Grandes, oscuras y majestuosas. No supo qué le causó más sorpresa, si el hecho de tener alas, o que cada célula de su cuerpo estuviera regresando a la vida. Podía sentir cómo se regeneraban. Se le doblaron las rodillas, ¿ese sonido era el de su corazón?

Giró sobre los talones, tratando de ver el aspecto de aquellas plumas, y se quedó de piedra al toparse con Adrien; el chico lucía otro par de alas, y la misma cara de idiota que él mismo estaba seguro de tener.

El cielo se iluminó. Ambos miraron hacia arriba, al tiempo que dos bolas de luz se precipitaban sobre ellos. Dos espadas envueltas en un fuego azul se clavaron en la arena.

—Tomadlas, son vuestras —les dijo Miguel—. Ahora somos iguales en forma, espero que también en corazón.

Como si hubiera nacido con ellas, William replegó sus alas hasta que desaparecieron. Ni siquiera había tenido que pensar en ello; y no solo eso, todos sus sentidos se habían agudizado aún más, como si le hubieran arrancado una capa de piel muerta. Se acercó a la espada y la tomó. La examinó, controlando su peso y la empuñadura. La esgrimió en el aire y giró la muñeca dibujando arcos con la hoja. Era perfecta para su brazo. Notó algo extraño en ella y la estudió con más atención. La espada podía desdoblarse y convertirse en dos

armas gemelas.

—Ya están aquí —dijo Nathaniel con voz grave. Sus ojos plateados destellaron bajo las últimas luces del crepúsculo.

Ocho sombras surgieron a varios metros por encima de sus cabezas. Una a una cayeron a tierra. Los Oscuros tomaron forma mientras descendían y sus pies desnudos se hundieron en la arena del desierto. El último en posarse fue Lucifer. Su sonrisa era maldad en estado puro, siniestra y peligrosa.

—Hola, queridos. Tan puntuales como siempre —dijo con un suspiro.

Sus ojos recorrieron los rostros de sus hermanos y acabaron deteniéndose en William y Adrien.

—Esto sí que es una sorpresa. ¿Tan desesperado estás? —preguntó Lucifer a Miguel con tono divertido.

En realidad, no le hacía ninguna gracia. No había contado con que reclutaran nuevos guerreros para igualar el número. Siempre había envidiado ese poder de su hermano. Crear vida, transformarla; debía ser la sensación más intensa y maravillosa que se podía experimentar. Clavó sus ojos en William con una expresión desdeñosa y despectiva.

—Le prometí a ella que no os haría daño a ninguno. Que estés aquí cambia un poco las cosas, ¿no crees? ¡Qué lástima, tenía intención de cumplir mi palabra! —se burló.

William no pudo controlarse. Kate había sacrificado su vida por ellos, pero el intercambio nunca había sido justo. Aquel tipo había matado a Kate. Ella estaba muerta por su culpa. Sin pararse a pensar, arremetió contra él. En un visto y no visto todos habían desenvainado sus espadas, menos Gabriel, que sujetaba a William a duras penas.

—Déjame, voy a matarlo y acabaré con esto de una vez.

Empleando todas sus fuerzas, Gabriel lo hizo retroceder más atrás de la línea que formaban sus hermanos.

—Escúchame bien. Esto es un duelo, un desafío, y hay reglas que cumplir. Tú estás sujeto a esas normas... —empezó a explicarle.

—¿Tus abominaciones se rebelan? —se burló Uriel.

Gabriel puso los ojos en blanco y cogió a William por el codo para que le prestara atención.

—Tienes el poder de un ángel, pero el corazón de un hombre. Para sobrevivir no puedes sentir nada por nadie. Olvídala, ella ya no está. Deja a un lado tus emociones o perderás la batalla. Eres un guerrero, lo llevas en la sangre —le hizo notar. William asintió, sosteniéndole la mirada—. Pues actúa como tal. Aguarda, calcula, y golpea solo en el momento preciso.

Hubo un largo silencio durante el cual, William tuvo la sensación de que su cuerpo y su mente se estaban reajustando. De que cada engranaje volvía a encajar en su lugar. Gabriel tenía razón. Clavó sus ojos en Lucifer y un gruñido

brotó de su pecho.

—Lo siento, pero él es para Miguel. Es demasiado personal —le reveló Gabriel antes de soltarlo. Se inclinó sobre su oído y añadió—: Pero si tienes la oportunidad, no lo dudes.

—No dudaré —respondió William, de acuerdo con la sugerencia.

—Ahora bien, hay normas, no puedes lanzarte contra ellos sin más. No hasta que Miguel dé la orden. Él ostenta el mayor rango y, aunque no lo creas, tanto ellos como nosotros respetamos esos detalles.

William asintió con la cabeza. Gabriel le deslizó la mano hasta la nuca con un insólito afecto y lo guió a la línea que formaban sus hermanos. Miró a Adrien por el rabillo del ojo. Tenía la vista clavada en su padre, que se hallaba a tan solo un par de metros con la espada empuñada, preparado para el enfrentamiento. De forma imperceptible, arrimó su hombro al de él y le dio un golpecito.

—Si no salimos de esta... —susurró Adrien.

—Entre hermanos no existen las disculpas —dijo William.

Se miraron y el entendimiento fluyó entre ellos. Eran hermanos, porque no se trataba de una cuestión de sangre, sino de corazón.

Miguel dio un paso adelante.

—Lucifer, no me obligues a hacer esto.

—Nadie obliga a nadie a hacer nada. Acepta tu derrota y pongámosle fin —dijo Lucifer fingiendo un tono inocente.

—No puedo hacer eso y lo sabes —indicó Miguel. Miró a Mefisto. Sus emociones destellaban en su interior como dagas afilándose en las rocas—. ¿Cómo puedes seguir de su lado? ¿Cómo puedes enfrentarte a tu propio hijo y no sentir nada?

—Mi hijo tuvo la oportunidad de elegir y ha elegido —replicó Mefisto con la vista clavada en el chico. Su expresión no dejaba entrever la más mínima emoción.

Entonces Miguel se dirigió a Uriel.

—¿Y tú? Siempre has estado con nosotros. Has luchado contra ellos desde su caída y ahora...

—Y ahora —lo atajó el arcángel—, por fin me he dado cuenta de lo equivocados que estábamos. El hombre es una plaga que debe ser controlada. El libre albedrío no funciona y han de aprender que su vida es un regalo, no un derecho; aunque para ello tengan que perderla. Despierta, Miguel, las quimeras pertenecen a la inocencia del pasado. Han tenido milenios para demostrar que su creación fue un acierto. El tiempo se ha agotado.

Miguel sacudió la cabeza con el corazón roto. Nunca conseguiría lo que deseaba con toda su alma. Su familia nunca volvería a estar unida. Suspiró como si se arrepintiera de la decisión de Uriel.

—Te lo imploro una vez más —se dirigió a Lucifer—. Ven conmigo, y lo olvidaré todo. Él lo olvidará todo. Te ama.

Lucifer fingió reflexionar sobre el ultimátum de su hermano. Suspiró y sus ojos se transformaron en fuego. Sombras oscuras atravesaban su cuerpo, como gatitos demandando caricias. Empezó a tronar y una tormenta eléctrica sin precedentes creció sobre sus cabezas a una velocidad sobrenatural. Se fue extendiendo por el cielo y, a ese ritmo, tardaría pocos minutos en cubrir todo el planeta. Soltó una carcajada cargada de ironía.

—¿De verdad solo quieres vivir para servir? —le espetó a Miguel—. ¿No

crees que ha llegado el momento de que tengamos algo más que las migajas que esas aberraciones humanas nos dejan? No volveré a arrodillarme. Todo lo que tiene un principio tiene un final, hermano. Ese final ha llegado.

Los dos hermanos se miraron durante largo rato. Miguel fue el primero en apartar la mirada. No había esperanza.

—No puedo creer que el final del mundo lo decidan un puñado de arcángeles —masculó Adrien.

—¿Y qué esperabas, legiones de ángeles con armaduras doradas y trompetas anunciando la batalla? —replicó Rafael.

Adrien se encogió de hombros.

—Pues ya que lo dices —respondió. Legiones de ángeles con armaduras no sonaba nada mal.

—Pues siento decirte que no existen tales ejércitos —comentó Gabriel mientras le guiñaba un ojo. La expresión de su rostro cambió de inmediato y el fuego de su espada cobró intensidad—. Preparaos —ordenó con un susurro.

Rayos y truenos cobraron más fuerza. En la distancia, las luces de las ciudades se fueron apagando. Países enteros se sumieron en la oscuridad, desatándose el caos. Miguel lanzó una mirada al cielo. De pronto, sus ojos cambiaron, se tornaron más salvajes y desaparecieron de ellos cualquier rastro de aprecio y bondad.

—Pues que así sea —sentenció.

Embistió contra Lucifer haciendo girar la espada sobre su cabeza.

William se lanzó hacia delante. Uriel salió a su encuentro y sus espadas chocaron provocando una lluvia de chispas. La tormenta se había convertido en una espiral que no dejaba de dar vueltas sobre sus cabezas. La tierra comenzó a resquebrajarse y de las profundidades surgieron columnas de humo y llamaradas naranjas. El suelo temblaba como si un fuerte terremoto lo estuviera sacudiendo.

William cayó al suelo y esquivó por unos milímetros una estocada dirigida a su pecho. Rodó sobre las cenizas que se posaban sobre la arena, y se puso de pie justo cuando una nueva grieta se abría bajo su cuerpo. Arremetió contra Uriel y bloqueó otro peligroso tajo.

Irónicamente, el campo parecía una pista de baile. Dieciséis cuerpos, ocho parejas, moviéndose con la precisión letal de la máquina más perfecta. El vórtice de la tormenta giró cada vez más rápido y decenas de rayos cayeron incendiando el gas que emanaba de las profundidades.

William interpuso el brazo entre su cabeza y la empuñadura de la espada que iba directa a su frontal derecho. Trastabilló hacia atrás y su espalda chocó contra otra espalda; la de Adrien, que luchaba contra su padre. El chico tenía un golpe muy feo en la mejilla y le costaba sostener la espada que esgrimía con la mano izquierda. Una herida profunda mostraba los tendones de su muñeca. Otra

estocada de Mefisto le rasgó el pecho de lado a lado. Adrien cayó de rodillas con la cabeza colgando hacia delante. Las espadas se escurrieron de sus manos y se apagaron al caer al suelo. William se sacudió como si un látigo lo hubiera azotado. No, no, no... Mefisto alzó de nuevo su espada.

William gritó y una furia descontrolada veló sus ojos cuando echó a correr hacia Adrien. Uriel le cortó el paso con una sonrisa perversa jugueteando en sus labios. William no frenó su carrera, sino que aceleró. Saltó por encima del arcángel, convertido en un borrrón, con la cara contraída con una mueca dura y salvaje. En el aire abrió los brazos, empuñando sus espadas gemelas. Su cuerpo trazó un arco y hundió las hojas en la espalda de Uriel. Este se desplomó en el suelo con los ojos abiertos por la sorpresa. De su boca escapaban jadeos agónicos.

William no se paró a comprobar si lo había dejado fuera de combate, solo podía pensar en Adrien; por eso le costó entender lo que estaba viendo. Mefisto aún sostenía su arma por encima de la cabeza y miraba fijamente al chico, que continuaba de rodillas, sin fuerzas. De repente, Mefisto soltó la espada y cayó de rodillas frente a su hijo.

—No puedo hacerlo —gimió mientras sacudía la cabeza—. No puedo hacerlo, no puedo...

Alargó los brazos y tomó el rostro de Adrien entre sus manos. El chico parecía a punto de desmayarse, temblaba y su sangre había formado un charco alrededor de su cuerpo. Lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó, meciéndolo como si fuera un niño pequeño.

—Lo siento, lo siento... —le susurraba.

—¡Miguel! —El grito de Gabriel restalló por encima del chasquido de los relámpagos.

William se giró, a tiempo de ver a Lucifer atravesando el estómago de Miguel. Lucifer se entretuvo en sacar la espada de su cuerpo; lo hizo muy despacio para alargar la agonía que sentía su hermano. La blandió de nuevo, dispuesto a asestar otro golpe, el definitivo. Miguel ya no se defendía, estaba exhausto y su cuerpo mostraba muchas heridas.

William no supo qué lo impulsó, probablemente el odio, ya que no sentía otra cosa. El rencor se había fundido con su sangre y sus huesos. Quería arrancarle el corazón a aquel cabrón retorcido. Un poder escondido lo azotó y de un saltó logró detener el golpe de Lucifer. Empujó con todas sus fuerzas y consiguió lanzarlo por los aires.

La caótica batalla sobre el desierto se detuvo. Todos los que continuaban de pie se quedaron mirando con cara de asombro lo que William acababa de lograr. Lucifer se levantó del suelo y se limpió con el dorso de la mano la sangre que le manaba del labio. Empuñó su arma con una sonrisita que le oscureció el rostro.

—Comprendo que estés furioso. Cualquiera en tu lugar lo estaría —dijo el

arcángel.

—¿Quién te ha dicho que yo esté furioso? —replicó William.

Giró las muñecas, blandiendo las espadas en círculos sobre su cabeza. El resplandor de las hojas aumentó hasta casi cegarlos. Era como si el poder que se arremolinaba en su interior se extendiera hasta el metal. Estaba frente al ser más poderoso que existía y no sentía miedo, sino la seguridad de que su fuerza estaba a la altura de la de él. Y todos parecieron notarlo, porque nadie se movió, contemplando atónitos cómo dos titanes giraban en círculos, midiéndose.

—No estoy furioso. Solo voy a acabar contigo por el placer de hacerlo —añadió William.

—Soy el ángel más poderoso que jamás ha existido, ¿de verdad crees que puedes derrotarme? —Soltó una carcajada llena de desprecio—. Voy a conseguirte un lugar privilegiado en mi infierno.

William se encogió de hombros. Si con eso pensaba atemorizarlo, perdía el tiempo. Él ya se sentía en el infierno sin Kate, tendría que sufrir la eternidad en soledad. Morir no parecía tan malo en comparación.

El aire que los rodeaba oscilaba igual que el vapor que emite el asfalto caliente. Pero el corazón de William se había cubierto de hielo. Adoptó una postura que irradiaba poder y amenaza. Lucifer lo imitó, y acometieron el uno contra el otro.

William detuvo una estocada con un violento impulso homicida recorriéndole el cuerpo. Sus brazos se movían deprisa, defendiéndose; y atacando en cuanto su oponente bajaba la guardia. La espada de Lucifer se precipitó sobre él, aumentando de tamaño y envuelta en llamas. Logró esquivarla por los pelos, pero no pudo evitar que le quemara el antebrazo y la parte superior de una de sus alas. Aprendió del peor modo posible que, a pesar de estar ocultas, sus alas eran vulnerables.

William no tuvo tiempo de pensar en nada más, Lucifer le lanzó un nuevo mandoble. Se agachó y la hoja le chamuscó la coronilla, pero no se detuvo. Arrojó su espada al suelo y cerró la mano libre alrededor de la garganta del señor del infierno. Lo empujó, derribándolo, y dejó que le siguiera su propio peso. Cuando golpearon el suelo, Lucifer le dio un cabezazo que lo dejó aturdido. Se apartó sin saber muy bien lo que hacía. Una estocada le alcanzó el muslo, enviando intensas punzadas de dolor por toda su pierna. Otro tajo le perforó el costado.

William se tambaleó en medio de una explosión de tormento. Con una rodilla en el suelo levantó un brazo para detener un nuevo golpe, pero no pudo frenar el puñetazo en la cara que le lanzó la cabeza hacia atrás. Rodó por el suelo, sintiendo en la piel las altas temperaturas que estaba alcanzando el aire; tan denso y caliente como si fuera a arder de un momento a otro. Se puso de pie y recuperó su espada. El dolor aumentó su ira, enviando a sus venas una descarga de

adrenalina. Se arrojó hacia delante. Su brazo se movió lanzando un tajo horizontal y una estocada al frente. Lucifer fue más rápido, se coló bajo su brazo y le golpeó la espalda, logrando que cayera de bruces.

Gabriel sostenía a Miguel, que apenas conseguía mantenerse consciente. No podía quedarse quieto viendo cómo la lucha final se iba a decidir entre William, un neófito con más voluntad que fuerza, y su hermano. Al ver al chico en el suelo, soltó a Miguel y corrió para intervenir. Uriel y Azuriel también se movieron con las espadas desenvainadas.

—¡No! —gritó William, alzando una mano para detener a Gabriel—. No me vayas a quitar también esto. —Lo miró a los ojos y añadió con una súplica—: Puedo hacerlo.

Lucifer detuvo a sus hermanos. Por la sonrisa de su cara era evidente que estaba disfrutando.

Gabriel accedió. Ni siquiera sabía qué disparate le había llevado a consentir que la mano de William peleara la última batalla; pero una voz en su interior le pedía que lo dejara hacer.

—Tú y yo, nadie más —masculló William.

—Por supuesto. No seré yo quien le niegue a un moribundo su último deseo —contestó Lucifer. Ordenó a sus hermanos que no intervinieran.

William apoyó el peso de su cuerpo sobre la pierna sana, y Lucifer se despojó de su camisa rota. Se miraron a los ojos y embistieron el uno contra el otro. Sus espadas chocaron una vez tras otra. El sonido reverberaba entre el rumor de los truenos y el chasquido de los rayos que caían por todas partes. William apretó los dientes cuando la hoja le cruzó la espalda de arriba abajo. No se detuvo a evaluar el daño. Se lanzó a por Lucifer con un grito salvaje. Con un ágil movimiento se agachó, rodó y se incorporó evitando un nuevo ataque. No pudo contener el segundo y una de las espadas le atravesó de lado a lado el costado. Soltó un grito de angustia.

Se giró hacia el arcángel con una expresión de rabia deformando su hermoso rostro. Sin perder un segundo, agarró la empuñadura y arrancó el arma de su propia carne. Ardiendo de dolor, sufriendo una intensa agonía. Notó que un reguero de sangre caliente le recorría el costado. Todo su ser se tensó con una punzada de agotamiento y no había un centímetro de su cuerpo que no le doliera. Estaba pálido y muy débil después de haber perdido tanta sangre; tenía los labios amoratados y las manos le temblaban demasiado.

William dejó caer la espada que sostenía con su brazo izquierdo. Se había quedado sin fuerza en esa mano; tenía los tendones prácticamente seccionados. La cabeza le daba vueltas y, por un momento, creyó verla, de pie frente a él. Parpadeó y la imagen de Kate se diluyó como una columna de vapor. La de Lucifer seguía tan nítida como la agonía que él sentía.

Apretó la empuñadura hasta que las estrías del metal se clavaron en su piel

dejando marcas. La culpa y la rabia formaron una desagradable combinación que le animó a seguir adelante. Estaba en las últimas, podía sentirlo, pero no era motivo suficiente para doblegarse. Saltó hacia delante, amagó a la derecha, giró a la izquierda y descargó su espada con todas sus fuerzas en la espalda de Lucifer. Se mantuvo en movimiento por pura fuerza de voluntad; porque no iba a ser débil, no iba a rendirse, debía acabar con él por Kate.

William volvió a atacar, con la desesperación del que ya no tiene nada que perder. Sentía sus antebrazos y bíceps entumecidos por el esfuerzo, pero no se detuvo. Concentró hasta la última gota de su fuerza y su poder en las piernas y en el brazo que aún le funcionaba. Con cada golpe lograba hacerlo retroceder un poco, y cada vez le costaba más detener sus acometidas. Un ataque tras otro, sin descanso; y, durante un instante, Lucifer tuvo un descuido. Alzó el brazo más arriba de lo que debía y su costado quedó vulnerable.

William no dudó. Amagó y pasó por debajo. Hizo girar la espada sobre su cabeza, dio media vuelta y le asestó un fuerte golpe. La hoja centelleó un segundo antes de hundirse en el hueco entre sus alas. No entendía cómo, pero sabía que el golpe de gracia debía ser allí. Empujó con las dos manos, lanzando un grito al aire, y la hoja penetró hasta la empuñadura.

El aullido de Lucifer eclipsó el fragor de la tempestad. Su cuerpo comenzó a convulsionarse y a desdibujarse, cambiando de tamaño y de forma. Y no dejaba de gritar. La tierra se agitó con un nuevo terremoto. William cayó al suelo, incapaz de sostenerse. Columnas de fuego surgieron de las grietas. Centenares de sombras se movían de un lado a otro en un caótico baile.

De repente, una de aquellas grietas se fue haciendo más grande y de ella surgieron más sombras. Planeaban y giraban sobre el cuerpo de Lucifer, que, con los brazos abiertos en cruz, rugía con tanta fuerza que sus tímpanos corrían el riesgo de estallar. Las sombras lo rodearon por completo y se precipitaron dentro de la grieta, arrastrando al arcángel con ellas.

Una calma absoluta se apoderó del desierto. Nadie se movía, contemplaban atónitos el lugar por el que las sombras habían desaparecido. Lo que acababa de ocurrir iba contra todo pronóstico, podía catalogarse de un milagro imposible; y, aun así, había sucedido. Todos se giraron hacia William. Yacía de espaldas, inerte sobre el suelo, con la vista clavada en el cielo.

Adrien no quería creer lo que estaba viendo. Muerto de miedo se puso de pie, y a trompicones logró llegar hasta él. La imagen lo deshizo. Cayó de rodillas a su lado, mientras con los ojos recorría su cuerpo. William tenía heridas por toda la piel, profundas y letales. Era imposible que quedara sangre dentro de él que lo mantuviera vivo, estaba tan pálido que parecía un espectro. Adrien trató de incorporarlo. No sabía qué temblaba más, si sus manos, o el cuerpo que intentaba levantar. Lo notaba débil y frágil entre sus brazos. Hilos de sangre le caían de la boca y la nariz.

—Eh —le dijo.

Los ojos de William parpadearon y se abrieron. Separó los labios y una burbuja de sangre se formó en ellos.

—¿Está...? —logró articular.

—Sí, si lo está. Lo has conseguido —musitó Adrien; y se obligó a esbozar una sonrisa.

El pecho de William se desinfló con un suspiro de alivio.

—Lo siento mucho, William —dijo Adrien. Movié la mano para limpiarle la sangre que le escurría por la barbilla, pero desistió en cuanto vio que la tenía cubierta de hollín y de su propia sangre—. Lo siento muchísimo.

—Chist —lo interrumpió William. La voz no le salía del cuerpo—. No ha sido culpa tuya.

—La brillante idea de meternos en esto fue mía. Lo siento mucho —repitió entre sollozos. Se puso tenso. Notó que William se iba entre sus brazos. Lo zarandé para mantenerlo despierto—. Vamos, aguanta un poco. Vas a ponerte bien.

William parpadéó, intentando enfocar la vista, pero la imagen de Adrien se fue haciendo más brumosa.

—Cuida de todos —musitó, antes de sucumbir a un ataque de tos. La sangre le estaba inundando los pulmones y se escapaba por sus heridas con cada espasmo. Intentó seguir hablando. Movié una mano y logró agarrar la camiseta de Adrien. Tiró para asegurarse de que tenía toda su atención, y con la otra aferró el anillo que colgaba de su cuello—. Con ella... Quiero estar con ella.

Adrien apretó los párpados y los labios, que no dejaban de temblarle. Sabía perfectamente lo que le estaba pidiendo.

—Claro. Yo me encargo. Te lo juro —prometié con voz ahogada. William se apagaba. Miró por encima de su hombro, primero a su padre, y después al resto de arcángeles—. ¡Haced algo, maldita sea, haced algo! —grité con la voz rota.

Miguel sacudió la cabeza.

—Arréglalo —le exigió a su padre. Con la mirada le pidió lo mismo a Gabriel, y añadió—: No se merece nada de esto. Él menos que nadie. ¡Por Dios, haced algo, os lo suplico!

La mano de William perdió la fuerza y solté el anillo que apretaba. Cayó inerte sobre la arena. El dolor abandonó su cuerpo y el frío lo reemplazó. Frío, mucho frío, hasta que eso también desapareció y no quedó nada. Solo el murmullo de las voces que se alejaban.

—Haz algo, Miguel —gritaba Gabriel.

—Sabes que no puedo. Iría contra todo lo que creemos. Sacrilegio.

—¿Y crees que a estas alturas importa? —intervino Rafael.

—Hazlo, Miguel —replicó Mefisto.

—No puedo, Él...

—Pues pídeselo a Él. A ti te escuchará —insistía Gabriel.

—No aceptará —susurró Miguel.

—Puede que lo haga si se lo pedimos entre todos. Hemos dado demasiado. Va siendo hora de conseguir algo a cambio —dijo Mefisto. Sus ojos se encontraron con los de Adrien—. Y si hay un precio, yo lo pagaré.

—Lo pagaremos todos —dijeron los arcángeles con una sola voz.

Epílogo

Era el fin. La certeza de la muerte me había alcanzado, real e inminente. No era lo que había imaginado. No vi una luz blanca al fondo de un túnel, ni una escalera elevándose al cielo, tampoco se abrieron ante mí las puertas del infierno. Solo había silencio y oscuridad. Y fue un alivio dejar de notar ese dolor, no el de las heridas, a esa clase ya me había acostumbrado; sino el del corazón. Solo sentía un pequeño resquicio de consciencia, pensamientos e imágenes pulsando en mi cerebro como una débil señal. Después ni eso, solo dejé de existir.

Al menos un tiempo.

La lucidez se abrió paso a través de la nada. Primero como un concepto abstracto, como leves destellos. Y cobró fuerza devolviéndome cada pensamiento, cada recuerdo, cada herida abierta: Kate muerta bajo la estatua del ángel, la batalla en el desierto, yo venciendo a Lucifer y las sombras que se lo llevaron de vuelta al infierno.

Estaba tumbado de espaldas, con el pulso acelerado y la respiración pesada. Respiré hondo y exhalé el aire con fuerza, mientras una sola lágrima rodaba por mi cara. No oía nada, solo el latido de mi propio corazón. El maldito latía como loco. ¡Qué ironía sentirte vivo mientras estás muerto!

Abrí los ojos. Parpadeé y enfoqué la vista hacia el resplandor que nacía sobre mí. No sentía paz. Ni aceptación por todo lo ocurrido. Solo una rabia espesa que me calentaba la piel, sumiéndome en las brumas de la desesperanza.

No había descanso en el descanso eterno.

—Eh, ¿cómo estás?

Ladeé la cabeza y me encontré con el rostro de Adrien a solo unos centímetros del mío. Me senté de golpe, sin entender nada. Estábamos en un brillante patio de mármol negro, bajo un cielo completamente blanco. Miré a mi alrededor sin la menor idea de dónde me encontraba y qué hacía él allí.

—¿Dónde... dónde...?

—¿Estamos? —terminó de decir Adrien.

Asentí.

—En casa. Pero no la que imaginas. Ven conmigo.

Dudé, pero al ver que se alejaba me puse de pie y lo seguí. Miré mi cuerpo, vestido tan solo con un pantalón.

—No entiendo nada. Se supone que...

—Tranquilo. Todo está bien. Enseguida lo vas a entender —dijo Adrien con una enorme sonrisa.

—¿Qué demonios ocurre? ¿Dónde estoy? Lo último que recuerdo... —Las dudas me asaltaron.

—No sobreviviste —replicó Adrien como si me hubiera leído el pensamiento—. Y sí, vuelves a estar vivo. Bueno, no exactamente.

—¿Qué?!

—Confías en mí, ¿verdad? Pues ten un poco de paciencia, solo un poco más —pidió Adrien.

Cruzamos el patio y penetramos en una sala de paredes y suelos desnudos. Al fondo, frente a un balcón, se hallaban tres figuras de espaldas a nosotros. Mis pasos se ralentizaron hasta detenerse. Miguel, Gabriel y Mefisto se dieron la vuelta y me miraron. Empecé a hacerme una idea de dónde me encontraba. ¡Ni muerto iba a poder librarme de ellos! Adrien también se paró al ver que no lo seguía.

—No pasa nada. Escúchales. Quizá te interese lo que tienen que decir —Adrien me guiñó un ojo.

Respiré hondo y crucé la sala. Me paré frente a ellos sin decir una palabra. Gabriel me sonrió y me miró con un calor y afecto que nunca le había visto hacia nadie. Creo que me dio más miedo que otra cosa. Había aprendido que tras la sonrisa más hermosa, podía esconderse el peor de los monstruos. Me hizo un gesto con la cabeza y sus ojos volaron hacia un rincón, atrayendo mi atención.

Miré en la misma dirección y se me doblaron las rodillas. El cuerpo de Kate reposaba sobre un banco hecho con el mismo mármol negro. Parecía dormida, incluso una sonrisa se insinuaba en sus labios. Cualquier pensamiento desapareció de mi mente y corrí hasta ella con la esperanza ardiendo en mi pecho. Me dejé caer a su lado y la tomé por los hombros.

—Kate —la llamé. La sacudí al ver que no reaccionaba—. ¡Kate!

Su cuerpo colgó inerte entre mis brazos, lánguido, sin vida.

—¿Qué significa esto? —pregunté casi sin voz. Reviviendo el dolor que sentí cuando la sostuve del mismo modo en el cementerio—. ¿Un castigo?

Sacudí la cabeza. Después de todo, ¿tanto mal había hecho a lo largo de mi vida como para merecer semejante tortura?

Miguel se acercó a mí.

—No es un castigo, sino una recompensa por tu sacrificio. Nos salvaste a todos nosotros y evitaste el mayor desastre que podía haber caído sobre los hombres.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Que puedes recuperarla si así lo deseas —dijo mientras sus ojos se posaban en Kate.

Di un respingo, convencido de no haberlo escuchado bien.

—¿Recuperarla?

Miguel sacudió la cabeza.

—Sí. Gabriel ha rescatado su alma y yo puedo devolverla a la vida. Tal y como era antes de morir —me explicó.

—Hazlo. Tráela de vuelta —supliqué con tono vehemente.

—Hay un precio. Siempre lo hay. La cara y la cruz

—No importa. Como si es mi vida lo que tomas a cambio. Devuélvemela.

—Primero deberías saber de qué se trata. Puedo asegurarte que es un precio alto y que te compromete de por vida. No admitimos devoluciones —comentó Gabriel, agachándose a mi lado.

—Lo acepto —insistí desesperado. ¿Qué parte era la que no entendían? Haría cualquier cosa que me devolviera a Kate.

—Puede que el sacrificio sea mayor de lo que imaginas —dijo Mefisto. Miró a Adrien y pude percibir una fuerte emoción en sus ojos.

—¿Peor que este dolor que siento por dentro?, lo dudo. —Reí sin ganas—. Acepto, sea lo que sea.

—No sería justo. Así que escucha antes de decidir —me pidió Miguel—. Nada ha terminado, William. Después de todo lo que ha pasado, lo único que hemos conseguido es volver a empezar.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Lucifer no ha muerto, solo ha regresado a su prisión. Hay una nueva profecía —anunció Miguel con voz ronca—. Lo que significa que volverá a intentarlo. Procurará escapar y entre todos tendremos que detenerlo. Y digo entre todos, porque ese es el precio. Te unirás a nosotros y asumirás tu papel como arcángel: portales que vigilar, demonios que perseguir y un mundo repleto de humanos que proteger. Y mientras tanto, descifraremos esa profecía y haremos todo lo posible para que Lucifer no pueda regresar. —Se encogió de hombros—. Ese es el precio para recuperarla. Serás uno de nosotros para siempre. Conservarás esas alas para siempre, William.

Yo ni siquiera sabía que aún las tenía. Miguel se me quedó mirando fijamente. Le sostuve la mirada mientras pensaba en todo lo que me había dicho. Sentí que las entrañas se me retorcían y que en mi garganta se formaban dolorosos nudos de ansiedad. Lo que me estaba pidiendo no era fácil. Un compromiso de por vida convertido en algo que detestaba, junto a unos seres a los que no quería parecerme. Pensar que podría acabar siendo el recipiente vacío que ellos eran, resultaba devastador. Ser vampiro era mil veces más humano.

Miré a Kate.

—Lo haré. Seré uno de vosotros para siempre —dije si dudar.

Gabriel me pasó una mano por el pelo con una sonrisa, como si ya conociera de antemano la respuesta.

—Pues que así sea —dijo mientras se ponía de pie.

En su mano apareció una luz blanca que creció hasta el tamaño de una manzana. Miguel la tomó en su mano y susurró unas palabras. A continuación, la luz flotó hasta penetrar en el cuerpo de Kate, que se iluminó con un suave resplandor y empezó a vibrar entre mis brazos.

De repente caí en la cuenta de algo. Si cada recompensa tenía un precio. Si cada vida devuelta exigía un pago...

—¿Quién ha pagado por mí? —pregunté con un nudo en el estómago.

Cada rostro se giró en una única dirección. Adrien apartó su mirada, cohibido, y dejó que vagara por la sala. Acabó mirándome fijamente con una tímida sonrisa. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué les has dado? —pregunté con voz ronca.

Se encogió de hombros con un gesto cansado.

—No más que tú —respondió al tiempo que unas alas enormes se desplegaban a su espalda.

Cerré los ojos un segundo. Adrien había pagado con su vida la mía. Sabía cuánto odiaba él todo lo relacionado con los ángeles... a su padre; y, aun así, se había sacrificado por mí convirtiéndose en otro de ellos.

—Gracias —fue lo único que pude decir.

El cuerpo de Kate se estremeció entre mis brazos y la luz que la envolvía palideció lentamente. Se hizo el silencio mientras los ojos más bonitos que existían se abrían muy despacio y se clavaban en mí. Vacilaron un segundo y se abrieron como platos en cuanto comenzaron a comprender.

—¿Will?

Asentí. No era capaz de hablar. Su voz, su preciosa voz en mis oídos.

—¿Cómo... cómo es posible? ¿Tú...?

Le tomé el rostro entre las manos y la besé, acallando sus palabras con mis labios. En ese momento, cualquier duda que aún pudiera albergar se disipó. Su olor, su sabor, la forma en la que su cuerpo encajaba en el mío. Era real, ella completamente real. La rodeé con los brazos, desesperado, y el beso fue más apasionado. La besé sin preocuparme por lo que pudiera significar el futuro. De su garganta brotó un gemido adorable, que hizo que me dieriera. Ella era la dueña de mi corazón, de mi alma y de mi razón, y me olvidé por completo de que no estábamos solos.

Me aparté para mirarla. Su sonrisa me llegaba al alma y su cuerpo estaba despertando al mío. Ella se había convertido en mi destino, mucho antes de que el hilo de su vida fuera tejido. Fue creada para mí, para convertirse en mi hogar, en mi guía, en mi vida. Lo supe en ese momento. No había nada ni nadie capaz de separarnos. No importaba qué pudiera ocurrir, Kate y yo estaríamos juntos para siempre.

Me perdí en sus ojos, brillantes y preciosos. Sonreía de oreja a oreja como

hacía tiempo que no la veía sonreír. Di gracias por haberme perdido aquel día en la montaña, mientras buscaba el maldito pueblo. Y di gracias a la lluvia que la hizo resbalar en el asfalto, poniéndola en mi camino.

Dos meses después sigo dando gracias. A todas horas. Porque soy el capullo más afortunado del universo por tenerla a mi lado.

Nada es como antes, nunca podrá serlo después de todas las cosas horribles que han pasado, de las traiciones y los sacrificios, del vacío tan doloroso que han dejado los que ya no están. Las heridas son profundas, y puede que nunca sanen, pero nos han hecho más fuertes. Keyla comienza a sonreír, aunque a veces la descubro observando a Kate con cierta melancolía; y, aunque la adora y se alegra de que haya regresado, sé que una parte de ella sigue herida y piensa que es injusto que Kate esté aquí y Stephen no. No puedo culparla por ello. En su lugar no sé cómo me habría tomado que las cosas hubieran sido a la inversa.

Pienso en Samuel todos los días, sigo repasando cada minuto de aquella noche y no dejo de preguntarme qué habría ocurrido si hubiera insistido un poco más en que no nos acompañara. Kate cree que ese era su destino, que no se podía hacer nada. Quizá tenga razón. Shane ha ocupado su lugar y ahora dirige a los cazadores. Daleh se ha convertido en su hombre de confianza, en el mejor consejero que podría tener. El viejo licántropo y su manada aún intentan adaptarse a su nueva vida. Daniel ha conseguido que abandonen las montañas y ahora viven a las afueras, en el viejo aserradero; todos menos Nadia, la hija de Daleh. Marie prácticamente ha adoptado a la chica y la ha instalado en la casa de huéspedes; donde el sueño de Kate se cumple poco a poco.

«El refugio de Alice». Me gusta el nuevo nombre.

Las cosas también han cambiado en el clan vampiro. Mi padre se ha negado a asumir de nuevo la corona, está cansado. ¡Quién no lo estaría después de tantos siglos intentando gobernar un reino como el de los vampiros! Ahora trata de convencer a mi madre para dar la vuelta al mundo en barco; dudo que lo consiga. Mientras tanto, han convertido mi casa en Laglio en su nuevo hogar.

Y sí, Robert es el nuevo rey; y, contra todo pronóstico, lo está haciendo bien y no ha puesto patas arriba todo el sistema. Quizá sea porque pasa más tiempo en Heaven Falls que en Blackhill House. ¡Algo que a Shane le encanta!

—¡Hola, cumpleaños!

La mano de Kate se desliza por mi pelo mientras se sienta a mi lado en la escalera. Es 31 de diciembre, Nochevieja, y también mi cumpleaños. Nada más y nada menos que ciento setenta y un años; pero para mí es como si acabara de nacer. Inclina su hombro sobre el mío y me da un empujón cariñoso.

—¿Todo bien? —pregunta.

Le recorro el brazo con los dedos antes de cogerla de la mano. Ella me mira

con sus resplandecientes ojos verdes. Asiento con una sonrisa y la abrazo hasta acurrucarla contra mi pecho. Huele a violetas y su pelo me acaricia el cuello con el tacto de una pluma. Su cuerpo se ajusta al mío como si yo hubiera sido su molde. Estar con ella es mi adicción. Mi cuerpo se pone tenso y la abrazo con más fuerza.

—¿Crees que tardarán mucho en largarse? —le pregunto con voz ronca.

La casa está llena de gente. Marie ha organizado una fiesta sorpresa para mí, por la cual llevo amenazado una semana para que no se me ocurra escabullirme. ¡Sorpresa!

—Olvidalo, tu hermana es capaz matarte si desaparecemos ahora —me susurra escondiendo el rostro en mi pecho.

—Pero moriré feliz —replico.

Kate se echa a reír y me da un golpecito en el muslo. Jane acaba de salir de la cocina con una tarrina enorme de helado. Nos saluda con la mano y se deja caer en el sofá con un suspiro. Ha dejado su trabajo y piensa trasladarse a Heaven Falls con su prometido para estar cerca de Kate. La relación entre ellas ha cambiado y sé lo feliz que Kate se siente por tener a su hermana cerca. Sin secretos, sin mentiras.

—Jane está embarazada —dice Kate de repente.

La miro sin poder disimular mi asombro.

—¿En serio?

—Sí. Ella aún no lo sabe.

—¿Y tú sí?

Kate sonríe sin apartar los ojos de su hermana.

—Tú también lo sabrías si te hubieras fijado. —Cierra los ojos y me aprieta el muslo con sus dedos—. Escucha.

Hago lo que me dice y concentro todos mis sentidos en Jane. Al principio no consigo oírlo, pero poco a poco voy limpiando el ruido hasta que todos los sonidos desaparecen excepto uno. Un leve latido, rápido y constante. Sacudo la cabeza sin dar crédito y un hormigueo que me encoge el estómago.

—¿Te parece bien? —No puedo evitar preguntárselo.

Ella me mira a los ojos y asiente completamente convencida.

—Claro que sí. Ese niño es mi oportunidad —responde. Sabe qué es lo que me preocupa, porque me conoce mejor que yo mismo. Su voz brilla de emoción—. Yo nunca podré tener hijos, pero ese pequeño será un poco mío. Seré para él como una segunda madre, solo que yo podré consentirlo y mimarlo todo lo que quiera. ¡La tía Kate será la más enrollada!

No puedo evitar que el corazón se me encoja. Ni tampoco pensar en cómo sería tener un hijo con Kate, a cuál de los dos se parecería y qué tipo de padres seríamos. Eso es algo que ninguno de los dos sabremos. Me acerco y rozo sus labios con los míos, mientras le cubro la mejilla con la mano.

Adrien acaba de llegar. Lo sé antes de verlo cruzar la puerta. Al igual que él sabe dónde me encuentro sin necesidad de buscarme. Viene directo hacia mí con Sarah de su mano. Una sonrisa se extiende por su cara y yo se la devuelvo sin darme cuenta. Ahora es mi hermano, y le debo tanto.

—¡Feliz cumpleaños, idiota! —dice mientras cierra su puño para chocarlo con el mío. Después besa a Kate en la mejilla.

Se sienta un peldaño más abajo y arrastra a Sarah con él hasta sentarla sobre sus rodillas. Me gusta verlos juntos, y no porque eso signifique que se ha olvidado de Kate. Adrien necesitaba a alguien como Sarah en su vida. Y por cómo la mira, sé que es «ella».

—¡Kate, ven, tienes que ver esto! —grita Jill desde un rincón. Agita la mano en el aire, apremiándola para que se dé prisa. Una sonrisa de oreja a oreja le ilumina la cara—. ¡Sarah, tú también!

—Ahora vuelvo —dice Kate. Me da un beso en la mejilla y se marcha con Sarah al encuentro de su mejor amiga.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta Adrien.

Me encojo de hombros sin mucho entusiasmo. Él esboza una sonrisa que, conociéndolo, debería darme miedo. Mete la mano bajo su cazadora y saca lo que parece una botella envuelta en papel de regalo. Le quito el papel y no puedo evitar quedarme con la boca abierta. Tengo en las manos uno de los mejores whiskies escoceses del mundo, un Glenfiddich de 1937. Lo que se traduce en muchos miles de dólares la botella. Creo que este chico empieza a ser una mala influencia para mí.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto, de repente más animado.

—¡Sé hacer regalos, eh! —Se pone de pie y me guiña un ojo—. Vamos a tomar el aire.

Lo sigo hasta la calle. Ha dejado de nevar y el suelo está cubierto por un manto impoluto de nieve. Caminamos sin prisa hasta adentrarnos en la arboleda. El silencio es sobrecogedor. Adrien abre la botella y me cede el primer trago. ¡Dios, está bueno! La conversación oscila entre bromas, deportes y futuros planes de cosas que no sé si lograremos hacer algún día. Pero me gusta perder el tiempo de ese modo. Entre nosotros se ha establecido algún tipo de pacto no hablado, y evitamos mencionar cualquier cosa que tenga que ver con ellos. Arcángeles. La palabra nos viene demasiado grande. Ninguno de los dos logramos hacernos a la idea de que eso es lo que somos ahora, y no sé si algún día lo asimilaremos. Adrien acaba de colocar una piedra sobre la nieve y con una rama intenta jugar al golf lanzando una bola alta. Falla el primer intento y da un traspié. Rompo a reír y la botella se me escapa de las manos. Consigo cazarla al vuelo y me caigo de culo. Esta vez es Adrien el que se parte de risa a mi costa. No debería beber con el estómago vacío.

—Dais pena.

Kate acaba de aparecer tras nosotros. Nos mira con los brazos cruzados sobre el pecho y una enorme sonrisa.

—Sarah te está buscando —le dice a Adrien.

—¡Hora de irse! —replica antes de arrebatarme la botella y desvanecerse en el aire.

Kate se me queda mirando durante unos segundos. Y yo no soy capaz de apartar la vista de ella. Despacio, se acerca y me coge de la mano. Me lleva con ella serpenteando entre los árboles. No dice nada. Solo se vuelve y me mira con los ojos entornados y una sonrisa coqueta. Se me acelera el corazón y me golpea las costillas con fuerza. Sé que puede oírlo, pero no me importa que sepa el poder que tiene sobre mí.

Al llegar junto al arroyo se detiene. Apenas unos centímetros de aire separan nuestros cuerpos. Levanta la barbilla y me mira a los ojos, mientras saca del bolsillo trasero de su pantalón un pequeño sobre de color blanco.

—Feliz cumpleaños —susurra.

Cojo el sobre y sonrío. Con rotulador ha dibujado un corazón y ha escrito mi nombre dentro de él. Lo abro y saco una tarjeta en la que solo hay escrita una fecha: 25 de abril. La miro a los ojos.

—¡Me encanta, en serio! Siempre he querido una de estas.

Kate sacude la cabeza y suspira con ganas de estrangularme.

—Ni siquiera sabes lo que es.

—Sí que lo sé —replico, rodeándole la cintura con las brazos—. Es el día que nos conocimos.

Sonríe y se muerde el labio.

—¡Bingo! Pero es la fecha de algo más.

Frunzo el ceño y trato de pensar a qué se refiere.

—Vale. Me has pillado —admito, dejando caer la cabeza hacia delante.

Noto que se ha puesto nerviosa por la forma en la que traga saliva. Toma aire antes de empezar a hablar.

—Hay algo que he estado evitando durante un tiempo sin saber muy bien por qué. Creo que... porque en el fondo sabía que nos precipitaríamos si dábamos el paso, porque ese momento aún no había llegado para nosotros. Necesitábamos vivir algunas cosas para estar de verdad preparados. Ahora sé que estoy preparada y que lo deseo más que nada.

Vuelve a meter la mano en su bolsillo y saca una alianza de hombre. Yo acabo de quedarme sin aire. Me mira a los ojos y tengo que esforzarme para que no se me doblen las rodillas. Sé que he empezado a sonreír como un idiota.

—Bueno... —Se le escapa una risita mientras toma mi mano y me pone el anillo muy despacio—. ¿Crees que estarás libre para ese día? —Lanza una mirada elocuente hacia el cielo y la timidez hace que le brillen los ojos—. Porque si lo estás, creo que sería un día perfecto para casarnos.

Dejo escapar un profundo y lento suspiro. Cuando creo que no puedo amarla más, va y hace algo como eso.

—Creí que no me lo pedirías nunca —replico.

Me agarra de la camisa y me da un golpe en el estómago, completamente avergonzada. Quiero sentir sus labios contra los míos. La miro muy serio, porque es uno de los momentos más importantes de mi vida y quiero que pueda sentirlo.

—Estoy completamente libre. Y yo también creo que es un día perfecto para casarnos. ¡Me muero por convertirte en mi esposa, Kate!

Ladeo la cabeza y la miro, y su irresistible sonrisa ilumina mi mundo y me llega al corazón, con ese cosquilleo al que nunca lograré acostumbrarme. Me inclino y la beso, y como siempre ocurre, todo se desvanece a mi alrededor.

No importa cuánto tiempo pase. Kate me sigue doliendo como una herida abierta. Abierta por el amor que siento, por el fuego que me abrasa las entrañas y por un deseo puro e insaciable. Ya no siento ese vacío en el estómago, porque he encontrado justo lo que debía llenarlo.

A lo lejos un coro de gritos comienza una cuenta atrás. Diez, nueve, ocho... El año se está acabando.

Mi vida no es para nada tal como la había imaginado.

Es mil veces mejor.

Porque ya no hay sombras. Kate las borra con su sonrisa tranquila y llena de complicidad.

Porque ella es mi cielo.

La luz que ilumina mi alma oscura.

El firmamento se enciende con fuegos artificiales que no tengo ni idea de dónde han salido. Kate mira al cielo y empieza a reír.

—Feliz eternidad —dice mientras me abraza.

—Feliz eternidad —susurro antes de besarla de nuevo.

Fin

Agradecimientos

Escribir agradecimientos probablemente sea para mí la parte más difícil de todo el proceso de creación de una novela. Siempre tengo la sensación de que estoy olvidando a alguien, y probablemente lo haga, aunque esa no sea mi intención.

En muchos momentos he llegado a pensar que no escribiría Juego de ángeles. Han pasado años entre los dos primeros libros y este último volumen. En todo ese tiempo ocurrieron muchas cosas, entre ellas que escribí tres novelas, y ese tiempo me hizo madurar como escritora. Así que, cuando quise continuar Almas Oscuras y me reencontré con los personajes, me di cuenta de que mi percepción sobre ellos y el mundo ficticio que había creado ya no era la misma. Vi que muchas de las ideas que tenía ya no eran válidas y casi tuve que empezar de cero. Me ha costado mucho encontrar el camino. Pero en este momento, cuando miró hacia atrás y hago balance de todos estos meses en los que casi me vuelvo loca, veo que ha merecido la pena. Estoy orgullosa de Juego de ángeles.

Quiero dar las gracias a todos mis lectores por ser tan increíbles. Son mi inspiración para escribir y significan más de lo que puedo expresar con palabras. Sin su apoyo y su paciencia, ahora no estaría escribiendo estas palabras. ¡Sois los mejores!

A mi brillante agente, Lola Gulias, por ser la vela que impulsa este barco. Tu apoyo, tu fe y tu amistad incondicional no dejan de sorprenderme. ¡Por no mencionar tu paciencia al oírme hablar sin parar de todos esos proyectos y desvaríos que ni yo misma entiendo! Te quiero; muchas gracias.

A Ilu y Verónica, mis editoras, que siempre se han asegurado de que me sienta cómoda y han sido las personas más comprensivas del planeta, esperando con una infinita paciencia que yo pudiera acabar esta novela. Sois maravillosas; me encanta trabajar con vosotras.

Debo una gratitud absoluta a mis chicas: Cristina Más, Marta Fernández, Yuliss Hale y Raquel Cruz. Por ser las mejores amigas que podría desear, y por ser las primeras personas en leer y comentar mis historias. Sin vosotras no mantendría la ilusión. Y tan importantes como ellas, también lo son Victoria Vilchez, Rocío Carralón, Pat Cásala y Antonia Romero. Sois mis almas afines.

A Bea Magaña. Eres un regalo.

A Natalia Perez, Nazareth Vargas, Virginia Sobreira y Patricia Fernández.

¡Quién me lo iba a decir! Os quiero mucho, chicas.

A Eva Rubio y Daniel Ojeda, siempre en mi corazón.

A todas esas personas que he ido encontrando por el camino y que han acabado ocupando un lugar especial en mi corazón. Es imposible nombraros a todos, pero vosotros ya sabéis quienes sois. Gracias por estar ahí cada día, por comentar todas mis tonterías, y por todos esos « Me gusta » . Soy afortunada por tantos amigos virtuales.

Quiero darles las gracias a mi familia y amigos por no odiarme cuando los abandono durante días enteros para terminar un libro. Os quiero mucho más por ello.

A Celia y Andrea, nunca podré agradecerlos lo suficiente que me hayáis dejado escribir mis libros, y que no os haya importado comer tantos macarrones. ¡Estoy tan orgullosa de vosotras!

Finalmente, quiero dar las gracias a William, Kate, Adrien..., a todos los personajes que han dado vida a Almas Oscuras. ¡Os voy a echar mucho de menos!